10/10-1744
Marc-1931

MARGARET MEAD

EL HOMBRE y la MUJER

DIPUTACION PROVINCIAL DE LA CORUÑA
BIBLIOTECA
R. 83-4344

COMPAÑIA GENERAL FABRIL EDITORA

Título del original inglés:
MALE AND FEMALE
© *by Margaret Mead*
Traducción de
L. M. CAPRIOLI

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley Nº 11.723.
© 1961 by COMPAÑÍA GENERAL FABRIL EDITORA, S. A., Bs. As.

A mis padres
EDWARD SHERWOOD MEAD
EMILY FOGG MEAD

Las observaciones directas sobre las que se basa este libro comprenden un lapso de catorce años, 1925-1939; los conceptos abarcan toda mi vida profesional, 1923-1948. Los estudios y las investigaciones fueron llevados a efecto con diversos y generosos auspicios: del Museo Americano de Historia Natural, que me ha acogido y alentado desde 1926 y me ha brindado el apoyo económico del Fondo Voss para las expediciones; del Consejo Nacional de Investigaciones; del Comité de Investigaciones sobre Dementia Praecox, respaldado por el Rito Escocés del Trigésimo Tercer Grado, Jurisdicción Masónica del Norte; del Gobierno Naval de los Estados Unidos en Samoa, del Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales del Ministerio del Interior y Territorios de Australia, de la Administración del Territorio bajo mandato de Nueva Guinea, del Gobierno de las Indias Orientales Holandesas y de varias agencias del Gobierno de los Estados Unidos. Durante mis largos períodos de residencia en lugares apartados he contado con la cooperación de muchas personas y quiero agradecer especialmente al señor juez don J. M. Phillips, C. B. E., al señor E. P. W. Chinney, al señor Edward J. Holt y a la señora de Holt, y al gran artista fallecido Walter Spies. Por colaboración en el campo de las observaciones directas, les estoy infinitamente reconocida, mucho más de lo que puedo expresar, a Gregory Bateson, Jean Belo y Reo Fortune y a nuestro asistente balinés I Made Kaler. No podría dar una idea siquiera de lo mucho que les debo a los centenares de personas del Pacífico cuya paciencia, tolerancia de diferencias, confianza en mi buena fe e inquieta curiosidad, hicieron posibles estos estudios. Muchas de las criaturas que tuve en los brazos y de cuyo comportamiento tenso y tranquilo recibí nociones que de ninguna otra manera hubiera podido adquirir, son hoy hombres y mujeres adultos; la vida que cobran en las notas de un antropólogo tendrá siempre algo de maravilla tanto para ellos como para el antropólogo. Apartados de la corriente principal de la civilización, han conservado la delicada trama de sus culturas, y a través de

esta fidelidad han contribuido a la comprensión contemporánea de las potencialidades de la humanidad.

Cronológicamente, este libro representa el desarrollo de mi pensamiento sobre este problema en particular a partir de la publicación de Sexo y temperamento *en 1935. Continúa también con el hilo del tema al que me he dedicado durante toda mi vida profesional y expresa mi reconocimiento por las ideas recogidas en el transcurso de la misma, especialmente de Franz Boas, Ruth Benedict, Luther Cressman, William Fielding Ogburn, Edward Sapir, Reo Fortune, A. R. Radcliffe-Brown, Philip Mosely, Earl T. Engle, Robert y Helen Lynd, Lawrence y Mary Frank, Gregory Bateson, John Dollard, W. Lloyd Awrner, Erik Homburger Erikson, Gardiner y Lois Murphy, Kingsley Noble, Geoffrey Gorer, Kurt Lewin, Robert Lamb, Harold Wolff, Gotthard C. Booth, Marie Jaha, Erwin Schuller, Evelyn Hutchinson, Frances Ilg, Rhoda Metraux, Nathan Leites, Martha Wolfenstein, y Edith Cobb. Por su ayuda en la preparación de este manuscrito, les estoy profundamente agradecida a mi madrina, Isabel Ely Lord y a Marie Eichelberger, Marion Marcovitz, Carol Kaye, Judith Calver y Catherine Schneider. A mi abuela, Martha Ramsey Mead, a mi padre, Edward Sherwood Mead, y a mi madre, Emily Fogg Mead, les debo la fe en la búsqueda del conocimiento, la convicción de que las observaciones y el análisis deben realizarse con amor para que resulten constructivos tanto para los que estudian como para los que son estudiados, y les debo finalmente la identificación con mi propio sexo que ha orientado mis trabajos hacia el estudio de los niños.*

MARGARET MEAD

Cobb Web
Falls Village, Connecticut
19 de octubre de 1948

PRIMERA PARTE

INTRODUCCION

1. LA SIGNIFICACION DE LAS PREGUNTAS QUE HACEMOS

¿Qué concepto han de tener los hombres y las mujeres de su masculinidad y de su femineidad en este siglo veinte, cuando tantas de nuestras antiguas ideas deben renovarse? ¿Habremos domesticado demasiado a los hombres, habremos negado su natural espíritu aventurero, los habremos atado a máquinas que, al fin y al cabo, no son sino husos y telares glorificados, morteros y azadas, que antes correspondían a tareas de mujer? ¿Habremos aislado a las mujeres del contacto natural con sus hijos, les habremos enseñado a buscar un empleo en vez de la caricia de la manecita de un niño, a aspirar a cierta categoría en un mundo en el que reina la competencia más que a un lugar señero junto al fuego del hogar? Al educar a las mujeres igual que a los hombres, ¿habremos hecho algo desastroso tanto para los hombres como para las mujeres, o habremos solamente iniciado otra etapa de la tarea periódica de desarrollar más y mejor nuestra naturaleza humana original?

Estas preguntas están siendo formuladas de cien maneras distintas en nuestra América contemporánea. Las encuestas, los folletos y los artículos de las revistas especulan, censuran y expresan preocupación por la relación entre los sexos. En las películas, las chicas bonitas que usan anteojos de carey y zapatos de tacón bajo son primeramente humilladas por competir con los hombres, para ser luego perdonadas y amadas, permitiéndoseles ser atractivas sólo cuando han reconocido su error. En los carteles de propaganda se les dice ahora a los hombres que si usan el sombrero indicado pueden llegar a ser el elegido, el ser amado (papel que antes estaba reservado para las mujeres). Las antiguas certidumbres del pasado han desaparecido y surgen por todas partes indicios de una tentativa de crear una nueva tradición que, al igual que las viejas tradiciones desechadas, rodee a los

niños y a las niñas para que cuando crezcan se elijan unos a otros, se casen y tengan hijos. Las modas reflejan la huella de esta incertidumbre: el *new look* de 1947 captó en parte la imagen fugaz de las madres de la generación anterior, los muchachos hallaron nuevamente que las chicas eran elegibles como esposas — como lo habían sido sus madres —, mientras que las chicas mismas adquirieron otra femineidad al adoptar un andar cimbreante en armonía con la sensación recordada de las amplias faldas de volantes que en otro tiempo habían usado sus madres. Es probable que en cada pareja de enamorados ambos se estén preguntando cuáles han de ser los próximos pasos de un *ballet* entre los sexos que se ha apartado de la línea tradicional, un *ballet* en el que cada pareja debe ir inventando los pasos a medida que avanza. Cuando él insiste, debe ella ceder, y ¿hasta qué punto? Cuando ella es exigente, debe él imponerse, y ¿con qué grado de firmeza? ¿Quién da el próximo paso hacia adelante o hacia atrás? ¿Qué significa ser un hombre? ¿Qué significa ser una mujer?

Un solo libro no puede pretender más que rozar apenas una cuestión que es tan fundamental para la vida humana. He tratado en este libro de hacer tres cosas. Primeramente, trato de despertar una mayor conciencia de cómo todas las nociones que adquirimos sobre nuestro propio sexo y nuestra relación con el otro sexo se fundan en las diferencias y similitudes que existen entre los cuerpos de los seres humanos. Hablar de nuestros cuerpos es difícil y complicado. Estamos habituados a cubrirlos, a referirnos a ellos indirectamente con expresiones familiares o en otro idioma, hasta a encubrir el sexo de las criaturas con cintas celestes y rosadas. Es difícil llegar a tener clara conciencia de cosas que han estado y estarán siempre sujetas a nuestros pudores y reticencias. Rechazamos, y con justa razón, los catálogos de caricias ordenadas en tablas de frecuencia o los relatos de la infancia que parecen historias clínicas. Por lo tanto, a fin de que podamos pensar vívidamente, y sin embargo desde cierta distancia, en la forma en que nuestros cuerpos aprenden a lo largo de la vida a ser masculinos, a ser femeninos, he recurrido — en la primera parte del libro — a las siete culturas de Oceanía, que he estudiado durante el último cuarto de siglo. Sus nociones fundamentales son las mismas que las nuestras: cada criatura debe aprender, mientras su madre la amamanta, que es del mismo sexo, o del sexo opuesto, que la madre que la concibió, que el padre que la engendró. Quizá cuando sea grande el niño use lanzas y arcos y flechas en vez de portafolios y estilográficas, pero tendrá también que cortejar a una mujer, conquistarla y mantenerla. Podrán las mujeres usar la más breve indumentaria y pasarse la vida desempeñando las tareas más simples imaginables, pero al aceptar a sus maridos y al dar a luz a sus hijos en la ladera verde de la montaña, a veces sin poder siquiera guarecerse de la lluvia, deben hacer frente

a su condición esencial de mujeres tan ineludiblemente como las que tienen a sus hijos en un sanatorio moderno. Observando las etapas a través de las cuales sus niños aprenden a qué sexo pertenecen, podemos llegar a tener una idea del proceso por el cual se aprende a ser varón o a ser mujer, y a comprender cómo hemos adquirido nosotros el sentido que tenemos de nuestro propio sexo. De ahí que haya titulado la segunda parte "Los medios del cuerpo".

En la parte siguiente, "Los problemas de la sociedad", me he basado no sólo en las siete culturas de Oceanía que he estudiado personalmente, sino también en parte de los conocimientos que poseemos sobre todas las sociedades humanas, ya que cada sociedad ha intentado crear un mito del trabajo, establecer un vínculo que una a los hombres con las mujeres y los niños, asegurar que los niños sean alimentados y criados, y resolver los problemas que surgen cada vez que los impulsos sexuales individuales deben disciplinarse dentro de formas sociales. Podemos idear formas de familia más adecuadas para nuestra vida moderna si sabemos qué moldes se han usado en el pasado, cuáles son los elementos comunes que ninguna sociedad ha podido hasta ahora desconocer, y cómo las reglas sobre el incesto han hecho posible el desarrollo de la vida de familia tal como la conocemos. ¿Qué logra la familia, cómo funciona, y qué relación hay entre la vida de familia, con sus tensiones y sus prohibiciones, sus sacrificios y satisfacciones, y la potencia que surge naturalmente de los hombres y la correspondencia espontánea de las mujeres, que florece más lentamente?

Cada una de las sociedades humanas conocidas ha tratado de hallarle una solución a este problema, de contrarrestar la incompatibilidad que existe entre la espontaneidad del hombre y la monotonía doméstica, la compatibilidad excesiva que hay entre la docilidad de las mujeres y la perpetuación de alguna tradición severa y anticuada. En esta época, en la que millones de mujeres no tienen ni consorte ni hijos, o están solas para criarlos, en la que tantos hombres andan otra vez por el mundo inquietos y errantes, este problema es hoy tan urgente y tan ineludible como antes. Los pueblos que no lo afrontan no pueden sobrevivir integralmente como seres humanos.

En la cuarta parte, "Los dos sexos en la América contemporánea", vuelvo a lo conocido, a lo familiar, a lo que es concretamente urgente, a la relación entre los sexos en América hoy en día, a la infancia, el noviazgo y el matrimonio aquí en los Estados Unidos, vistos comparativamente, en contraste con las costumbres de otras sociedades.

Y finalmente trato de sugerir de qué maneras podríamos, como civilización, aprovechar los dones especiales de las mujeres tan plenamente como hemos aprovechado los de los hombres, creando así formas de civilización que sepan hacer uso cabal de todas las dotes humanas. Cada una de las partes principales del libro constituye una unidad. El

lector puede comenzar por la niñez en Oceanía, o por el problema del sexo en la sociedad, o por el sexo en los Estados Unidos de hoy, según su temperamento o su gusto. Las tres partes tienen como origen el mismo método, la disciplina de la antropología, la ciencia de la costumbre, mediante el cual hemos aprendido a observar los medios y las normas de que se ha valido el hombre para crear diversas y provocativas culturas humanas sobre la base de la herencia biológica común.

Las diferencias que existen entre los sexos constituyen una de las condiciones importantes sobre las que hemos creado las diversas variedades de cultura humana que dignifican y enaltecen al hombre. En todas las sociedades conocidas la humanidad ha estilizado la división biológica del trabajo, inventando formas que a menudo están sólo remotamente relacionadas con las diferencias biológicas originales que proporcionan la clave en un principio. Basándose en el contraste de las formas y funciones corporales, los hombres han creado analogías entre el sol y la luna, el día y la noche, la bondad y la maldad, la fuerza y la ternura, la constancia y la veleidad, la resistencia y la fragilidad. Unas veces cierta cualidad le ha sido atribuida a uno de los sexos; otras veces, al otro. En ciertos casos los varones han sido considerados como infinitamente vulnerables, prodigándoseles especiales y tiernos cuidados; en otros, las mimadas son las niñas. En ciertas sociedades los padres tienen que reunir una dote para sus hijas o celebrar ritos mágicos para conseguirles marido; en otras, la preocupación de los padres radica en las dificultades que se presentan para casar a los varones. Algunos pueblos consideran que las mujeres son demasiado frágiles para trabajar al aire libre, otros las consideran aptas para llevar pesadas cargas porque "tienen la cabeza más dura que los hombres". La periodicidad de las funciones reproductivas femeninas ha hecho pensar a algunos pueblos que las mujeres eran fuentes naturales de poder mágico o religioso, mientras que otros han pensado que eran precisamente la antítesis de dichos poderes; algunas religiones, incluso nuestras religiones europeas tradicionales, le han asignado a la mujer una posición inferior en la jerarquía religiosa, otras han basado toda su relación simbólica con el mundo sobrenatural en imitaciones masculinas de las funciones naturales de la mujer. En algunas culturas se considera a las mujeres incapaces de guardar un secreto; en otras, los chismosos son los hombres. Ya se trate de menudencias o de cuestiones importantes, ya de la frivolidad del adorno y los cosméticos o bien del lugar sagrado del hombre en el universo, encontramos siempre que los papeles de los sexos han sido precisados de maneras muy diversas y a menudo completamente contradictorias. Pero siempre encontramos patrones. No conocemos ninguna cultura que haya expresado, clara y distintamente, que no hay diferencia alguna entre el hombre y la mujer aparte de la forma en que cada uno contribuye a la creación de la generación siguiente, que son por lo demás en todo sentido simplemente seres humanos dotados de distintas cualidades que no pueden atribuirse exclusivamente a uno u otro sexo. No encontramos ninguna cultura en la que las características reconocidas — la estupidez y el talento, la belleza y la fealdad, la cordialidad y la hostilidad, la iniciativa y la obediencia, el coraje y la paciencia y la laboriosidad — sean tan sólo cualidades humanas. Aunque estas cualidades se hayan asignado diversamente, unas a un sexo, otras al sexo opuesto y algunas a ambos, aunque la atribución parezca caprichosa (ya que seguramente no es posible que la cabeza de la mujer sea al mismo tiempo absolutamente más débil — para llevar cargas — y absolutamente más fuerte — para llevar cargas — que la cabeza del hombre), aunque la división haya sido arbitraria, siempre ha existido en todas las sociedades conocidas.

De modo que en este siglo veinte, al tratar de revaluar nuestros recursos humanos y al preocuparnos por alcanzar la plenitud humana, nos enfrentamos con un conjunto de pruebas aparentemente contradictorias acerca de las diferencias entre los sexos, que nos llena de perplejidad y confusión. Podríamos muy bien preguntarnos: ¿Es que tienen importancia? ¿Existen aparte de las evidentes diferencias anatómicas y físicas, diferencias reales que, aun siendo también de origen biológico, puedan disimularse mediante las enseñanzas de una sociedad, pero que no obstante estén siempre presentes? ¿Yacen dichas diferencias en el fondo de la conducta de todos los hombres y mujeres? Es de esperar, por ejemplo, que una niña valiente sea muy valerosa, pero sin tener nunca el mismo tipo de coraje que un varón valiente, o que un hombre que se dedique todo el día a una labor monótona llegue a producir más que cualquier mujer de su sociedad, pero a costa de un sacrificio personal mayor? ¿Son reales estas diferencias y han de tenerse en cuenta? ¿Significa el hecho de que los hombres y las mujeres hayan creado en todas las sociedades una gran estructura artificial de diferencias socialmente definidas entre los sexos (que no son evidentemente características de toda la humanidad, ya que el pueblo vecino no podría entonces pensar en sentido exactamente opuesto), que es menester crear tales estructuras? Aquí surgen dos preguntas diferentes: ¿No estaremos hablando de una necesidad que no nos atrevemos a dejar a un lado porque está arraigada en nuestra naturaleza biológica de mamíferos que desdeñarla acarrearía males individuales y sociales? ¿O será una necesidad que, aunque sin raíces tan hondas, es sin embargo de gran conveniencia social y está tan bien probada que no sería provechoso desdeñarla, una necesidad que señala, por ejemplo, que es más fácil que nazcan y se críen los niños si estilizamos la conducta de los dos sexos de acuerdo con patrones bien definidos, enseñándoles a

caminar, a vestirse y a comportarse de manera contrastante y a especializarse en distintos tipos de trabajo? Pero existe todavía una tercera posibilidad. ¿No son valiosísimas las diferencias entre los sexos, no constituyen uno de los recursos de la naturaleza humana utilizados por todas las sociedades, pero que ninguna sociedad ha comenzado aún a aprovechar plenamente?

Vivimos en una época en la que todas las interrogaciones deben juzgarse en función de su urgencia. ¿Son académicas estas preguntas acerca del papel que desempeñan y que podrían desempeñar los sexos? ¿Resultan ellas periféricas en relación con los problemas centrales de nuestro tiempo? ¿Constituyen estas discusiones una ociosa pérdida de tiempo mientras arde Roma? Creo que no.

La supervivencia de nuestra civilización, que hoy podemos destruir, depende de la precisión cada vez mayor con que estimemos nuestras limitaciones y nuestra potencialidad como seres humanos y especialmente como sociedades humanas. Jamás en la historia ha tenido la humanidad ante sí alternativas tan trascendentales. Es cierto que en el pasado un pequeño grupo de salvajes podía optar por vagar demasiado hacia el norte y morir de frío a la llegada del invierno, o podía una pequeña banda de rebeldes habitantes de las islas del mar del Sur marcharse en una canoa, navegando hacia el poniente para no regresar, y también podían las tribus vecinas combatir en una guerra que destruyera la cultura de ambas, dejando apenas algunos sufridos remanentes humanos que debían marcharse y aprender la lengua y las costumbres de algún otro grupo social. Los hombres podían esclavizar a pueblos enteros, arrasar aldeas y ciudades, los colonizadores podían destruir el alma misma de un pueblo y abandonarlo, apenas con el pan de cada día, a una vida mucho menos humana que la del salvaje más simple; los sistemas militares podían regimentar a grupos enteros dentro de una existencia social estricta y mutilada incapacitándolos para una vida humana íntegra. Ninguno de estos poderes es nuevo —ni el de matar a los individuos, ni el de destruir la integración social de los grupos, ni el de deshilar la fina trama de la cultura humana dejando desnudos y avergonzados a quienes la hubieran lucido con orgullo—; son poderes que el hombre ha tenido en su mano desde que comenzara a crear una tradición social que abarcaba el conocimiento de hacer armas además de herramientas, de organizar ejércitos y ofensivas diplomáticas al igual que reunir partidas de caza y grupos de cosechadores, una tradición que incluía el deseo de convencer a los demás hombres que sus costumbres eran inferiores y sus dioses falsos. Pero mientras los hombres estuvieron diseminados sobre la faz de un planeta que llevó milenios poblar, y mientras la mayoría de los que iniciaban largos viajes no llegaban al fin de los mismos, mientras naufragaban cincuenta canoas por cada una que llegaba a otro atolón de coral, aunque

los hombres corrieran riesgos, aunque las sociedades vivieran en peligro y las culturas humanas se mantuvieran en precario equilibrio en manos de hombres que no sabían guardarlas, la gran tradición, variada e irregular, de la cultura humana estaba segura. Es cierto que algunas lenguas podían desaparecer por completo, aunque parezca increíble que un invento tan complejo y tan perfecto como lo es una lengua —en un tiempo creada y hablada con amor por ancianos y niños— pueda desaparecer. Sin embargo, han desaparecido idiomas, y sólo conocemos los idiomas de muchos indios americanos a través de textos tomados de labios de los últimos seres humanos que los hablaron. Nuestros anticuarios escudriñan los vestigios de lenguas muertas que encuentran grabados en piedra. Pero la facultad de tener un lenguaje, la certeza de que todos los hombres que vivieran en grupos podrían tener nombres y verbos, conforme a un patrón fonético, mediante los cuales sería posible comunicarse, estaba segura. Porque aunque muchas lenguas murieron, otras fueron creadas entre los pueblos que se salvaron del desastre de la peste, el terremoto o la guerra, que azotara a una parte de la humanidad borrando todo vestigio de su idioma.

Cuando los que hemos llegado a la edad madura o somos ya ancianos éramos niños, leíamos en los libros de historia leyendas románticas acerca de las artes perdidas y nuestra imaginación quedaba hechizada con los relatos de métodos olvidados de templar el acero o de fabricar vidrio de color, comprendiendo luego que civilizaciones enteras se habían perdido y que ya nada queda del patrón intrincado de Grecia o de Persia, de Egipto o del antiguo Perú, en ningún hombre ni en ninguna mujer, ni en el andar, ni en el porte, ni en el lenguaje, ni en la manera de vivir. La pérdida de un arte útil —como en el caso de los habitantes de las islas del Pacífico austral que un día ya no supieron construir canoas y quedaron prisioneros para siempre en las pequeñas islas a las que habían llegado siendo audaces marinos— quizá haga estremecer de horror a los que tienen imaginación. Si los sencillos hombres de las islas olvidaron el arte de construir canoas, ¿no podrán los pueblos más complejos olvidarse de algo que sea igualmente esencial para su vida? ¿Es posible que el hombre moderno haya olvidado su relación con el resto del mundo natural hasta el extremo de aislarse del latir de su propio pulso, de escribir poesía solamente al compás de las máquinas apartándose irremisiblemente de su propio corazón? ¿Es posible que debido a la recién descubierta preocupación por el dominio del mundo natural los hombres se hayan olvidado tanto de Dios como para querer crear una barrera infranqueable contra la sabiduría del pasado? La gente ya se ha hecho estas preguntas, los poetas y los filósofos de antaño percibieron intuitivamente que la humanidad podría llegar un día a tener demasiado poderío a su alcance. Pero por muy imaginativos que fuésemos, por más que llorásemos las

glorias pasadas de Grecia, de la Inglaterra isabelina o de la Florencia del *Quattrocento*, preguntándonos si la naturaleza humana podría jamás volver a fundirse en un molde tan perfecto, sólo hacíamos ejercicios espirituales, tratando de que la mente y el corazón fueran más sensibles a toda la tradición humana; no nos enfrentábamos con un problema real y apremiante.

Hoy vivimos en otro mundo, en un mundo tan íntimamente relacionado que ningún grupo, por pequeño que sea, puede sucumbir ante un desastre — ya sea la peste, la revolución, la agresión extranjera o el hambre — sin que tiemble la estructura del mundo entero. Por más que lo desee, ya no puede ningún pueblo guardar un invento como la pólvora para utilizarlo en fuegos artificiales en vez de cañones. Estamos llegando a una altura en la que cada paso que damos no sólo *puede* tener repercusión en el mundo entero y ser de importancia para la historia del futuro, sino que podemos tener la certeza de que *será* importante para todo el mundo. Así como la cultura de cada pequeña sociedad antigua se desarrolló, se modificó, y floreció o declinó, desapareció o se transformó en otra, sin que ningún hecho que tuviera lugar dentro de esa estructura pudiera considerarse totalmente insignificante en relación con el todo, así también hoy la cultura del mundo tiende a ser única, única por su interdependencia, pues lejos está de ser una sola por los contrastes y discrepancias que hay dentro de ella.

Las decisiones que tomemos ahora, como seres humanos y como miembros de grupos con suficiente poderío para actuar, pueden comprometer el futuro como nunca lo comprometieron antes las decisiones de los hombres. Estamos colocando los cimientos de un sistema de vida cuyo alcance mundial puede llegar a ser tan vasto como para no tener rival, y la imaginación de los hombres estará a la vez amparada y prisionera dentro de los límites del sistema que creemos. Porque para el pensamiento creador los hombres necesitan el estímulo del contraste. Sabemos por dura experiencia cuán difícil es para los que se han criado dentro de una civilización sin apartarse nunca de sus conceptos, imaginar, por ejemplo, lo que sería un idioma con trece géneros. Es claro — piensan —: masculino, femenino y neutro... ¿y cuáles podrán ser los otros diez? A quienes han crecido creyendo que el azul y el verde son dos colores diferentes les cuesta imaginar siquiera cómo los verían si no estuvieran diferenciados, o lo que sería pensar en los colores en términos de intensidad en vez de matiz. La mayoría de las mujeres americanas o europeas no pueden hacerse una idea de lo que significaría ser una esposa feliz dentro de una familia polígama, compartiendo las atenciones del marido con otras dos mujeres. Ya no podemos pensar en la falta de atención médica sino como en una penuria que debe eliminarse en seguida. La cultura que nos rodea modela y limita inevitablemente nuestra imaginación y, al permitirnos actuar, pensar y sentir de una manera determinada, hace que sea cada vez más improbable o imposible que actuemos, pensemos o sintamos de otro modo, ya sea en sentido contrario o tangencial.

Por consiguiente, ahora que todavía podemos escoger, ahora que apenas comenzamos a explorar las propiedades de las relaciones humanas como exploraron las ciencias naturales las propiedades de la materia, tienen muchísima importancia las preguntas que hacemos, porque estas preguntas han de determinar las respuestas que obtendremos y señalarán el rumbo a seguir por las generaciones futuras.

Las relaciones entre los hombres y las mujeres y entre padres e hijos constituyen los puntos cruciales de las relaciones humanas. Estas relaciones son transmitidas, ya delineadas conforme a un patrón, por la madre a la criatura mientras la amamanta, y el niño, antes de empezar a gatear, ya ha asimilado un estilo de relaciones entre los sexos y ha aprendido a desechar otros estilos.

Podemos comprender cómo nuestra experiencia limita las preguntas que formulamos si examinamos los posibles resultados de diferentes preguntas. Supongamos que se pregunta: "¿No son las mujeres tan capaces como los hombres de desempeñar una actividad X?" O lo contrario: "¿No tienen los hombres tanta capacidad como las mujeres para una actividad X?" Las investigaciones de este tipo generalmente conducen a comparaciones cuantitativas, que indican que los hombres son más rápidos que las mujeres, o las mujeres más rápidas que los hombres, o que no hay entre ellos diferencia alguna. La respuesta puede también ser un poco más complicada y señalar que las mujeres son más lentas pero más exactas, o que los hombres son más rápidos pero que no tienen la precisión que proporcionan los músculos pequeños para esa tarea. Una vez obtenida esta respuesta, siempre de acuerdo con las prácticas de nuestra cultura actual, los patronos, o las serviciales oficinas del gobierno, o alguna minoría de uno de los sexos que tenga influencia sobre la opinión pública, se encargarán de explotar o de restarle importancia a estas diferencias, para obtener mejor trabajo por el mismo sueldo, o para inventar una máquina compensadora. Pero en ninguno de estos casos sirve el descubrimiento de las diferencias para sugerir nuevas aplicaciones de los recursos humanos. Sólo influye en el sentido de que habrá mayor o menor probabilidad de que los hombres y mujeres trabajen juntos en una misma fábrica, pero no sirve de punto de partida para la utilización constructiva de dichas diferencias, sino para inventar métodos de compensación a fin de que las mismas no cuenten, o para encasillar a los individuos destinándolos a ciertos trabajos exclusivamente.

Esto puede compararse con lo que se está haciendo con las personas que tienen distintos grados de agudeza visual o auditiva. Los anteojos y los audífonos eliminan las evidentes diferencias de capacidad

de realización que hay entre los individuos. En tanto que antes tener la vista de un lince era uno de los rasgos destacados de la personalidad del cazador, y una maravillosa miopía podía ser uno de los atributos del poeta, hoy conocemos el efecto que la necesidad de llevar anteojos tiene sobre la personalidad. Mediante nuestros ingeniosos esfuerzos para que individuos con diferentes aptitudes puedan alcanzar un mismo nivel de realización, hemos logrado aumentar enormemente el número de personas cuyo desempeño en la sociedad es aparentemente comparable, pero eliminamos las diferencias subjetivas que también podrían contribuir a la civilización humana. Si hacemos preguntas acerca de las diferencias que existen entre los sexos con el solo objeto de librarnos de ellas o de explotarlas cuantitativamente, es muy probable que encontremos manera de eliminarlas, pero las eliminaremos al mismo tiempo como causa de desigualdad y de pérdida y como base de diversificación y de contribución para el mundo.

Es cierto que en algunos terrenos sería decididamente provechoso hacer este tipo de pregunta para obtener una sencilla respuesta cuantitativa que se pueda encarar a través de la inventiva. Es una tontería excluir a la mujer de aquellas actividades para las que su fuerza física resulta sólo ligeramente inferior a la del hombre, cuando un simple dispositivo puede hacerla tan competente como él. Es más absurdo aún que se trate de justificar esta actitud mediante estudiadas y falsas razones sociales que implican que cierta labor es indigna de una mujer o de un hombre. Sería indudablemente beneficioso para la sociedad destruir los mitos de esta naturaleza en aquellos casos en que todos los que pertenecen a un sexo se ven impedidos automáticamente de consagrar su talento a determinado campo para el cual la investigación objetiva demuestre que tienen aptitud. Si admitimos que necesitamos todos los dones humanos y que no podemos permitirnos desdeñar ninguno por causa de barreras artificiales creadas en razón del sexo, la raza, la clase o la nacionalidad de origen, debemos saber cuáles de las pretendidas diferencias entre los sexos son solamente exageraciones artificiosas de diferencias sin importancia que pueden remediarse fácilmente con tantos inventos como hay ahora.

Las preguntas que hacemos acerca de los sexos pueden afectar en forma más fundamental aún el esquema del mundo que, de buen o mal grado, conscientemente o con absoluta indiferencia, estamos edificando. Podemos formular nuestras preguntas acerca de las diferencias entre los sexos concentrando la atención sobre las limitaciones que impone el sexo y, por consiguiente, directamente sobre las limitaciones que nuestra naturaleza de mamíferos nos impone. Cuando examinamos las diferencias entre los sexos pensando en limitaciones, cada palabra que pronunciamos implica suposiciones arraigadas. ¿En qué medida debe evitársele a una mujer embarazada el esfuerzo físico? ¿Hasta qué punto debe estar exenta de monotonía la vida de un joven sano? ¿Qué grado de experiencia sexual física se necesita para gozar de buena salud mental? ¿Qué oportunidad debe tener una criatura —que después de todo es como un osezno que muerde y retoza entre otros oseznos—, de morder, de patear y de hacer añicos las cosas? ¿Y ha de dársele a los varones más oportunidad para ello que a las niñas? ¿Qué tolerancias han de acordarse a la periodicidad de la vida de una mujer? Todas estas preguntas, que surgen de nuestro empeño por comprender nuestro pasado biológico y por crear un mundo que tenga en cuenta las limitaciones impuestas por nuestra condición de mamíferos, implican cierto sentido de restricción. Subrayan concesiones que es menester hacer porque, de lo contrario, habría que sufrir las consecuencias sobre la salud, la felicidad del individuo y de la sociedad, la simetría y la belleza de las tradiciones culturales y la armonía del mundo. Nos encontramos creando un panorama en el que las que se ha dado en llamar *necesidades humanas básicas* son como fronteras que no nos atrevemos a trasponer, como pozos que debemos esquivar, como trampas que se abren a nuestros pies. Así, crear un mundo en el que puedan vivir los seres humanos, o criar una familia individual, viene a ser como edificar una casa con los ojos fijos en las ordenanzas municipales o en las disposiciones del Ministerio de Sanidad, o como preparar la cena teniendo como único recetario las tablas que ilustran sobre la pérdida de vitaminas esenciales durante el cocimiento. Por más que se quiera ampliar la lista de las necesidades humanas básicas, el formarse un concepto de la vida según las necesidades significa fundamentalmente —al menos según las tendencias actuales de nuestra opinión— admitir que la naturaleza humana impone limitaciones. Quizá se nos prometa que si examinamos, catalogamos y satisfacemos cuidadosamente estas necesidades —la necesidad de ingerir vitaminas y minerales y tantos gramos de proteína, la necesidad de descansar, de consumir líquidos y oxígeno, de aliviar las tensiones (ésta es indudablemente la más ajustada descripción del amor cuando las necesidades físicas figuran en primer término), la necesidad de estar siempre en contacto con un ser humano reconocible sensorialmente durante los primeros dos años de vida, etcétera —podremos crear una sociedad digna, criar individuos sanos, desarrollar y perpetuar tradiciones culturales que no tengan fallas ni falsedades, que no presenten oscuras ambigüedades ni alternativas aparentemente claras pero engañosas, y lograremos que el mundo viva en armonía.

Pero estas soluciones nos dejan una sensación de vacío y de disgusto. Basta observar las caras del auditorio mientras se expone este punto (y lo exponen muy a menudo quienes tienen un optimismo y un afecto denodado y sin límites por la raza humana) para sentir que a medida que se describe ante las miradas atentas el cuadro del niño fuerte

de la sociedad íntegra, de la cultura equilibrada y sana y del mundo tranquilo, el desaliento invade el espíritu de los que escuchan porque detrás de la visión de las piernecitas robustas a salvo del peligro milenario de la falta de vitamina, detrás de los hombres y mujeres de mirada brillante y de andar airoso que demuestran que no sufren ni las penas ni las penitencias de la soltería, de la correcta postura del escolar al leer, que indica que el examen de la vista es una medida anual rutinaria, detrás de todo esto nos acecha cierta sensación de limitación. Si tomamos las necesidades humanas como única guía para el mundo que queremos crear, descubriremos que nos queda un resabio en la boca. No se trata de un sabor desagradable, puesto que la dieta adecuada, el descanso necesario y la higiene sexual asegurarán la pureza de nuestro aliento, sino simplemente de cierta desazón y del deseo vehemente de adoptar la posición denegada, es decir, la opuesta: el deseo de "conservar hambrientos los labios y morder pan bendito". *

Porque esta exigencia de que se examine la naturaleza humana y de que se estimen sus necesidades —las de los hombres y las de las mujeres, las de los varones y niñas, las de los ancianos y ancianas, las de los que tienen diferente físico o distinto ritmo de desarrollo— da lugar a muy poco entusiasmo positivo. Todas las recetas son al fin y al cabo negativas. ¿Qué hacer para evitar el raquitismo, para no convertirse en delincuente o en cleptómano, o para no volverse una solterona neurasténica? ¿Qué hacer para no aspirar a la dictadura, ni empezar una guerra, ni sufrir de ninfomanía, ni convertirse en el tirano torturador de un campo de concentración? ¿Cómo evitar ser lo que no se debe, cómo hacer para no soñar, quizá no tanto sueños inconvenientes, pero de todos modos los sueños que en vez de servir para descargar cómodamente los impulsos antisociales colman los días y sirven de fondo a la poesía... inoportuna? Todos estos proyectos utópicos descuidan la otra faz del problema, aunque traten de tenerla presente, y es que como seres humanos no sólo estamos interesados en apartarnos del mal y de la destrucción, sino que también nos ha importado siempre muchísimo la posibilidad de realizar algo bueno, constructivo y bello.

Pero creo que en el momento actual la solución no es lanzarnos al otro extremo. No pueden proporcionarnos solaz ni guía los preceptos ascéticos o extáticos que ignoran las necesidades reconocidas de nuestra condición de mamíferos. Apenas empezamos a descifrar las intrincadas conexiones que hay entre un corazón acongojado y un nervio bloqueado o la hipertensión de una arteria, a comprender cómo una cuenta de almacén pendiente se transforma en algo que se puede observar mediante los rayos X en el estómago, y cómo un recuerdo olvidado de la infancia puede ser el origen de una dismenorrea aguda. Sabemos que si un niño prefiere comer papel en vez de comida no es aconsejable esperar hasta que se coma las entradas para el teatro el día del cumpleaños del abuelo para decidirse a consultar a un especialista. Por mucho que deseemos proclamar que no sólo de pan vive el hombre, sabemos que los resultados obtenidos con el programa federal de nutrición, que ordenara agregar elementos nutritivos al pan y que lograra hacer desaparecer la pelagra del sudoeste de los Estados Unidos, forman parte, y buena parte, de nuestras convicciones. Los norteamericanos de esta época, y probablemente también una gran proporción de europeos occidentales, de chinos y japoneses modernos, no pueden ya permitirse ignorar el conocimiento cada vez mayor que se tiene de la sutilidad de nuestro sistema nervioso, de la sensibilidad de los tejidos de la piel, o de las reacciones espontáneas del canal gastrointestinal. La imagen de un mundo en el que el clero podía decir francamente: "No nos interesa la civilización, sino la colonización del Cielo", quizá llene de nostalgia a quienes aman la catedral de Chartres, pero así solo se logra desanimar a un obrero que la civilización necesita en su taller. Los que hoy se dediquen a la hermosa y grata tarea de colonizar el Cielo tan por entero como para no poder prestar atención a las disposiciones de salud pública o a los reglamentos sobre la edificación, se apartarán de casi toda la banda de colonos que pretenden conducir hasta la luz eterna de la presencia divina. La aptitud del hombre para entrar en el Cielo, que quizá sea la mejor descripción de las potencialidades no compartidas con ningún otro mamífero, no es una simple fórmula que les impida a los hombres y mujeres modernos prestar la debida atención a los medios recién descubiertos para desarrollar la aptitud del hombre para vivir en la tierra.

Pero no tenemos por qué aceptar semejante oposición entre el Cielo y la tierra, entre las necesidades corporales y las facultades espirituales, entre las limitaciones y las potencialidades. El alfarero que trabaja con arcilla reconoce las limitaciones de su material, sabe que tiene que mezclarlo con cierta cantidad de arena. Esmaltarlo conforme a cierto método, mantenerlo a determinada temperatura, cocerlo a un fuego adecuado. Pero aunque reconozca las limitaciones del material no por ello limita la belleza de la forma que su mano de artista, sabia por la tradición recogida y expresiva por su propia visión especial del mundo, puede darle a la arcilla. Pero si el alfarero deja de pensar en la arcilla, si aspira a fabricar sus cacharros valiéndose de fórmulas mágicas que hagan el trabajo mientras él duerme, o si ya no tiene una visión en su mente y cree poder reemplazarla con pinzas y normas de proporción, se malogra y fracasa.

Puesto que somos mamíferos, y machos y hembras además, tenemos limitaciones, y es nuestro deber conocerlas, tenerlas en cuenta y conser-

* Las referencias correspondientes a todos los capítulos se encontrarán en las páginas 319 a 328.

varlas en nuestros hábitos a fin de evitarnos el fastidio de pensar en ellas continuamente. Hay algunas cosas que los hombres no pueden hacer por ser hombres o que las mujeres no pueden hacer por ser mujeres: el engendrar, el concebir, el dar a luz, y el amamantar a la generación siguiente están repartidos de distinta manera. A medida que los cuerpos de cada sexo se desarrollan para estar en condiciones de asumir los diferentes papeles que desempeñan en la reproducción, tienen necesidades básicas, algunas comunes a ambos sexos y otras diferentes, aun en las criaturas pequeñas. Durante toda la vida debemos cumplir con la condición permanente e ineludible de que somos criaturas creadas no sólo para ser individuos sino para perpetuar la raza humana. Si no lo hacemos, nuestra omisión puede manifestarse bajo innumerables formas: una úlcera gástrica o una rabieta, una disputa o un poema mal escrito. (Un buen poema requiere explicaciones mucho más complejas para justificar su existencia.) Pero si sólo hacemos las preguntas en este sentido, si indagamos únicamente cuáles son las limitaciones que impone el sexo, cuáles son las condiciones ineludibles, los sacrificios inevitables, invocamos y fomentamos el conflicto, la tradicional falsa oposición entre lo elevado y lo terreno, entre lo animal y lo espiritual, entre el cuerpo y el espíritu.

De modo que al formular las muy urgentes preguntas que tenemos que hacer sobre las diferencias y las similitudes, la vulnerabilidad y las desventajas de cada sexo, debemos también preguntar: ¿Qué potencialidades ofrecen las diferencias que hay entre los sexos? Si a los hombres, por ser hombres, les cuesta más olvidar las urgencias inmediatas del sexo, ¿qué gratificaciones les ofrece este recordar más urgente? Si los varones tienen que afrontar y aceptar desde pequeños el desengaño que les ocasiona el saber que jamás podrán crear un niño con la certeza y la incontrovertibilidad que la mujer tiene como derecho natural, ¿en qué forma llegan a tener por eso más ambición creadora que las niñas, y a depender también más del mérito y del éxito de sus empresas? Si las niñas tienen un ritmo de crecimiento que no les permite al principio estar tan seguras de su sexo como los varones del propio y sienten por eso un ligero impulso hacia el logro de méritos compensativos que se desvanece casi siempre ante la certidumbre de la maternidad, ¿ello contribuye probablemente a limitar su sentido de la ambición? ¿Pero qué potencialidades positivas hay además? Si en cada etapa preguntamos consciente y claramente cuáles son las limitaciones y cuáles son las potencialidades, los límites inferiores y los posibles límites superiores, del hecho que haya dos sexos, y de las diferencias que existen entre ellos, no sólo hallaremos respuestas en sí satisfactorias sobre el papel de los sexos en el mundo en transformación de nuestra época, sino que haremos algo más: contribuiremos a fortalecer la convicción de que en toda cuestión referente al ser humano debemos interesarnos no sólo por las limitaciones o sólo por las aspiraciones y potencialidades, sino por ambas cosas. Acrecentaremos nuestra fe en la plenitud humana —tan arraigada en la herencia biológica que no nos atrevemos a desdeñar— capaz de alcanzar alturas tan magníficas que cada generación viviente sólo podrá vislumbrar apenas la próxima etapa del ascenso.

2. COMO ESCRIBE UN ANTROPOLOGO

En la jerga de los modernos comités americanos y de las relaciones sociales responsables en general se ha introducido durante los últimos años la frase "desde mi punto de vista". Es a menudo dicha en broma, y sin embargo representa un cambio total de concepto. Cuando alguien agrega risueño o esbozando apenas una sonrisa, o un pequeño gesto de disculpa, "desde mi punto de vista", se admite que ninguna persona puede ver más que una parte de la verdad, que la contribución de un sexo, o de una cultura, o de una disciplina científica aunque ésta trasponga las fronteras del sexo y de la cultura, es siempre parcial, necesitándose otras contribuciones para lograr una verdad más completa. Este libro está escrito desde el punto de vista de una mujer de edad madura, americana y antropólogo. Uno de los argumentos en los que se basa este libro es precisamente que las mujeres ven el mundo de distinta manera que los hombres, contribuyendo en esta forma a que la humanidad logre una imagen más completa de sí misma. Forzosamente una americana escribe sobre América de otro modo, sintiéndose más comprometida, que un extranjero. La contribución especial del antropólogo requiere sin embargo un comentario más extenso.

La materia de estudio de un antropólogo está constituida por la conducta de personas que viven juntas según costumbres que han aprendido de sus antepasados, que tuvieron ciertos patrones de conducta en común. Los laboratorios del antropólogo son principalmente las sociedades primitivas, pequeños grupos aislados de personas que debido a su aislamiento geográfico o histórico han permanecido al margen de la corriente principal de la historia conservando prácticas propias, en agudo contraste con la conducta de las grandes sociedades. El antropólogo no estudia a los pueblos primitivos con el fin primordial de investigar los orígenes de nuestras actuales formas de conducta. Tanto el esquimal como el samoano, el ashanti como el indio cheyene, tienen una historia tan larga como la nuestra, sólo diferente. Si bien el estudio de estos pueblos simples puede aclarar la relación que hay entre una tecnología simple, la inseguridad en el abastecimiento de los ali-

mentos, una población reducida y otros aspectos de la vida social, al pensar en nuestros orígenes sociales sólo es posible utilizar estas relaciones como sugerencias; nunca podemos estar seguros sobre el sentido en que fueron similares nuestras propias formas de sociedad ancestrales. Pero podemos estudiar a los pueblos primitivos para reunir material que nos sirva de base para meditar sobre la conducta humana, para que nos faciliten indicios sobre cómo y cuándo se aprenden ciertas líneas de conducta. Nos volvemos hacia las sociedades primitivas para informarnos acerca de los límites pasados los cuales la sociedad ya no puede negar la herencia biológica del hombre, y también para encontrar variaciones de conducta humana que no podríamos de lo contrario ni siquiera imaginar.

Los antropólogos poseemos ciertas peculiaridades propias que tienen su origen en el tipo de trabajo que realizamos. Debido a que hemos trabajado con pueblos que no tienen lenguaje escrito, hemos ideado maneras de estudiar la conducta animada, en vez de los indicios que de dicha conducta quedan, en una sociedad como la nuestra, registrados en documentos como cuestionarios, declaraciones de impuestos, testamentos, certificados, etcétera. Hemos trabajado casi siempre solos o en parejas de distinto sexo y lo hemos hecho debido a varias razones: por falta de fondos, porque éramos muy pocos para trabajar y la tarea urgente, y, porque la mayoría de las comunidades primitivas son tan pequeñas que sólo pueden tolerar la presencia de dos observadores de distinto sexo. Puesto que trabajábamos solos hemos tenido que saber algo sobre todos los aspectos de la sociedad, y el plan de trabajo que surgiera del simple deseo de obtener alguna información sobre todo lo que un pueblo hiciera — sobre su arte, sobre sus tradiciones populares, su sistema de parentesco, sobre sus métodos de fabricar cacharros y, de preparar los alimentos, su forma de matrimonio y de enterrar a los muertos — se ha transformado con el tiempo en un punto de vista sistemático. El antropólogo ha llegado así a trabajar constantemente con una sociedad entera como telón de fondo. No se especializa en la conducta de las criaturas, ni en las prácticas corrientes de los avisadores, ni en los detalles de la construcción de viviendas, como los estudiosos que trabajan principalmente dentro de nuestra compleja sociedad. De manera que el antropólogo aprende, al hacer estudios directos sobre el terreno, a pensar simultáneamente en muchas cosas que la mayoría de los estudiosos de la conducta humana no acostumbra a tener presentes a la vez. Esta modalidad de pensamiento que relaciona una serie de hechos aparentemente dispares: la forma de alimentar a un niño, de labrar un puntal, de recitar una plegaria, de componer un poema o de cazar venados al acecho, con la unidad que representa el modo de vivir de un pueblo, se convierte en un hábito de la mente que conservamos al trabajar con nuestras propias culturas.

Este hábito de estudiar cada aspecto en relación con la sociedad entera nos permite establecer un nexo, en el caso del pueblo iatmul de Nueva Guinea, por ejemplo, entre lo poco decisivos que se muestran al simular primero el destete de un niño para sólo luego destetarlo realmente, las órdenes que les gritan a los perros y que éstos nunca obedecen, y las disputas interminables entre los grupos. Observando el patrón completo, es posible distinguir en Bali que la construcción de una casa balinesa — un sistema de partes independientes prefabricadas reunidas temporariamente en un edificio — expresa la misma actitud que los balineses siempre manifestaron hacia el cuerpo humano como un sistema de partes independientes ensambladas, pero cuyo montaje no es nunca del todo definitivo. Buscamos cierta regularidad entre distintos aspectos de la conducta humana dentro de cada sociedad, y esperamos hallarla porque los actos son realizados por seres humanos que además de su humanidad tienen en común una misma tradición y una misma imagen del mundo. En segundo término, la antropología es una ciencia *comparativa*. Descubrimos ciertas claves al comparar lo que la gente ha hecho dentro de una cultura con lo que hace en otra. Como parte de su preparación, enviamos expresamente a nuestros investigadores a observar pueblos remotos y exóticos, donde estarán expuestos a líneas de conducta muy diferente de las nuestras, tan diferentes que ningún esfuerzo mental logra redefinir las nuevas modalidades valiéndose de los conceptos de las viejas modalidades conocidas. Al vivir entre un pueblo cuyas costumbres le son totalmente ajenas, el antropólogo tiene que adaptarse en muchos sentidos. Aprendemos a hablar, o por lo menos a oír y, a pensar en idiomas completamente diferentes, en los cuales puede haber muchos géneros o puede no haber ninguno, en los que las palabras pueden combinarse de tal modo que hacen imposible todo intento de clasificación dentro de las categorías gramaticales que conocemos y se pronuncian según un sistema fonético que está sistemáticamente relacionado con los sonidos que nuestros órganos vocales podrían producir, pero no con los que hemos aprendido a producir. Hasta en nuestros hábitos musculares quedan huellas de esta manera de vivir. En Samoa me acostumbré a inclinarme casi hasta el suelo al pasar delante de una persona de alto rango que estuviera sentada, y todavía ahora cuando paso delante de alguna persona que me inspire profundo respeto experimento una curiosa sensación en la región lumbar. Aprendemos a hacernos diferentes preguntas cuando los niños lloran, aparte del consabido: ¿Qué le pasa? Aprendemos a formular nuevas teorías acerca de lo que significa apretar los dientes o dejar las manos laxas, a medida que vamos interpretando la conducta humana primeramente en este nuevo y extraño contexto y luego con mayor flexibilidad cada vez que la abordamos. Por lo tanto el investigador

que como antropólogo ha tenido amplia participación en el estudio de una cultura es un agente modificado.

Esto que le ocurre al antropólogo disciplinado no debe confundirse con lo que les sucede a las personas que pasan por la experiencia de trasladarse de una cultura a otra, de casarse con miembros de otra cultura, y aun de hablar varios idiomas. No se trata simplemente de saber que el animal cuadrúpedo que en español se llama perro se puede denominar igualmente *chien, hund, nubat, maile,* etcétera. Es cierto que las personas que han tenido la suerte de aprender varios idiomas en su niñez poseen un valioso grado de sofisticación y de comprensión de distintas culturas. Pero el antropólogo aprende a tener presente y a pensar sobre la posible diferencia entre lo que representa un apretón de manos correspondiente al verse frente a un miembro de una nacionalidad determinada. Aparte del conocimiento de otras costumbres, y de la capacidad de adoptarlas o relegarlas según las circunstancias, el antropólogo percibe constantemente las diferencias: diferencias en el tono de la voz y en las palabras, en las secuencias de conducta, en la forma en que las disputas sencillamente se desvanecen en un país, mientras que en otros una serie de intercambios iniciales hubiera conducido a una pelea a puñetazos o a una muralla de silencio.

Para que el lector pueda apreciar debidamente el estudio antropológico de nuestra sociedad, especialmente en lo que se refiere al material incluido en la cuarta parte de este libro, es menester, ante todo, aclarar un punto. ¿Es fría o inhumana esta conciencia de la conducta de nuestros semejantes? Encontramos una profunda desconfianza entre los profanos en cuanto a la posibilidad de combinar el conocimiento y la benevolencia, cierta sospecha de que una mayor conciencia implica siempre mayor grado de manipuleo, de frialdad, o una gran sed de poder. Vemos expresado este temor en las historias que se cuentan a menudo acerca de los hijos de psicólogos y psiquíatras, en las que cualquier fracaso y el menor defecto se atribuyen a supuestos experimentos que los padres han hecho con sus hijos. Las historias que circulan acerca de los antropólogos en esos rincones primitivos del mundo donde el antropólogo forma parte del paisaje al igual que el traficante, el cateador, el funcionario del gobierno y el misionero, tienen por consiguiente especial significación. Las leyendas corrientes acerca de los antropólogos en el Pacífico sudoccidental casi siempre los acusan de haberse quitado la ropa y, de haber adoptado alguna forma de indumentaria nativa. No se les acusa de causar estragos en la sociedad nativa, ni de intromisión despiadada en las huertas nativas con el objeto de observar ritos de magia hortelana, ni del envenenamiento de algunas personas de edad y sexo determinados para poder describir una serie de funerales. Pero se les acusa de desechar las prendas de la civilización, la peluca, la camisa de campaña, las polainas, y

de ponerse una falda de hierba o un taparrabo, o de andar desnudos. Yo misma he debido soportar que un funcionario del gobierno a quien había recibido impecablemente vestida de hilo blanco y sentada con suma compostura ante una mesa perfectamente puesta para el té, describiera tres meses después y de muy buena fe lo que yo parecía con una falda de hierba o con una toalla de baño. Sin embargo, pasada la primera sensación de ultraje, esta singular serie de leyendas acerca de los antropólogos puede resultar reconfortante. Porque aunque en detalle son todas calumnias increíbles y aunque ningún antropólogo llega a los extremos de comodidad o de adopción de la indumentaria nativa que por rutina les reprochan, estas historias señalan ciertos hechos que son veraces en espíritu. Expresan en el lenguaje popular que el antropólogo desecha las prendas de su propia cultura e intenta adoptar —comprender— la cultura nativa; expresan que echa abajo las barreras que apoyados en la raza, la clase y los temores higiénicos erigen en torno de sí la mayoría de los euro-americanos en las aldeas nativas. Y por último estas pequeñas leyendas populares dicen claramente que el método utilizado por los antropólogos para estudiar a los pueblos no es el de hacer experimentos, sino aprender mediante la observación y la participación.

El antropólogo no sólo registra el consumo de sagú en la dieta nativa; come por lo menos lo suficiente para comprobar si le resulta pesado para el estómago, y no sólo toma notas verbales y fotográficas del estrecho abrazo de un niñito, sino que lo toma en sus propios brazos y siente la presión de los bracitos sobre la tráquea, se apresura o queda rezagado camino de una ceremonia, y se arrodilla casi cegado por el incienso mientras hablan los espíritus de los antepasados o los dioses se niegan a manifestarse. El antropólogo se introduce en el ambiente y observa, pero no altera. Por consiguiente, estas historias sintetizan muy prolijamente los principios fundamentales del antropólogo que realiza observaciones directas, pues éste considera que las personas con quienes trabaja son seres humanos tan importantes y dignos como él, se toma la molestia de aprender minuciosamente sus costumbres y procura en lo posible dejar intacta su manera de vivir, tratando toda la animada trama de su modo de vida como una valiosa contribución para la ciencia del hombre.

Entonces, con la conciencia adquirida por haber estado tan en contacto con otras maneras de vivir, el antropólogo piensa teniendo presente todos estos detalles contrastantes de muchas culturas. Si es afortunado, como lo he sido yo, puede tener la oportunidad de estudiar muchas sociedades primitivas que pueden ser comparadas, de modo que cada nueva experiencia hace resaltar más la experiencia anterior y la memoria queda casi tan repleta como los libros de apuntes de contrastes y comparaciones. Pero, se estudien o no muchas sociedades, se

aprende igualmente a utilizar material sobre diversas sociedades, a tener presente crónicas de la vida de los esquimales aunque no se haya estado en las regiones árticas, a leer con otra penetración las repeticiones de la frase "¿No tiene acaso huesos?, que figuran en un cuento de Nueva Guinea, frase con la que las mujeres desafían a los hombres a ser hombres.

En lo que se refiere a la cuestión de lo que es masculinidad y feminidad y a la forma en que los varones difieren de las niñas y los hombres de las mujeres, los antropólogos tenemos nuestro modo propio de encarar el problema. Nos ideamos pruebas merced a formas coloreadas, indefinidas, en las que los hombres puedan ver cierto tipo de imagen, y las mujeres otro. No contamos cuántas veces las niñas construyen viviendas bajas e íntimas mientras los varones levantan torres. No ponemos en fila a los hombres y a las mujeres para someterlos a pruebas de rapidez para golpetear o apretar botones, ni tomamos ratas ni conejillos de Indias para inyectarles hormonas sexuales y observar las alteraciones que se producen en su conducta. No hacemos estudios detallados de los pacientes que llegan a nuestra clínica de la ciudad con anormalidades estructurales tan profundas que resulta imposible decir a qué sexo pertenecen. Tampoco seguimos hasta el final las historias de los hombres que deciden vivir como si fueran mujeres ni las de las mujeres que resuelven vivir como hombres para encontrar la clave anatómica endocrinológica o psicológica de lo que les ha inducido a seguir ese camino. Todos estos modos de abordar la cuestión de las maneras y los aspectos en que los hombres difieren de las mujeres son válidos e importantes. Las conclusiones que se saquen mediante dichos métodos deben confrontarse unas con otras.

Pero el método antropológico consiste en llegar hasta las sociedades primitivas sin teorías muy precisas y formular en cambio preguntas exploratorias.[1] ¿Cómo aprenden desde pequeños los varones y las niñas cuáles son los papeles sociales que les toca desempeñar en distintas sociedades? ¿Qué tipos de comportamiento han sido clasificados por ciertas sociedades como masculinos o femeninos? ¿Qué comportamientos no han sido considerados característicos de ningún sexo? ¿Qué grado de similitud han encontrado algunas sociedades entre los hombres y las mujeres; y qué grado de diferenciación?

No indagamos si hay diferencias particulares de sexo en la personalidad, sistemáticamente asociadas, cualquiera sea la cultura, con la masculinidad y la femineidad, como por ejemplo la pasividad, la iniciativa, la curiosidad, cierta capacidad para lo abstracto, cierto interés por la música. Indagamos sí, qué comportamiento esperan distintos pueblos de los niños, cómo se valen de la diferencia de sexo para definir la diferencia del papel por desempeñar, y cómo logran provocar las reacciones previstas.

Esta investigación tiene varios resultados. En primer lugar, elimina el lastre de preconceptos culturales sobre los hombres y las mujeres, ya se trate de la tradicional insistencia sobre las diferencias innatas o del intento más contemporáneo de negar muchas diferencias históricamente aceptadas. Esto exime a la mente de la utilización de argumentos del tipo de los que se invocaron a favor y en contra del movimiento feminista, la libra de las confusas reconstrucciones de períodos idílicos de la historia durante los cuales gobernaron mujeres y reinó la paz y de las enojosas discusiones sobre por qué las mujeres no han sido nunca grandes compositoras de música. Las mil y una afirmaciones que diariamente se hacen — "Cosas de hombres", "Los hombres son unos niños grandes", "Las mujeres tienen una mentalidad tan infantil", "Las mujeres son más sensibles que los hombres", "Los hombres son más sensibles que las mujeres", "Las mujeres son más volubles que los hombres", "Los hombres son más volubles que las mujeres" — tienen que ser barridas de la mente como las hojas secas de los senderos de los jardines en otoño para que sea posible pensar con claridad.

Pero como el método antropológico consiste en ir a vivir entre un pueblo, aprender su lenguaje y todas sus costumbres, se torna muy complicado comunicar a otros los resultados de este *método*. La tarea de presentar la imagen de una manera de vivir contrastante es relativamente simple. Se puede escribir un libro dando todos los detalles posibles sobre la vida de los samoanos o de los manus, de los esquimales o de los bagandas, se puede llevar al lector hasta el interior de las casas nativas, sentarlo junto a los deudos en un funeral, hacerle seguir los pasos de los bailarines en una boda, permitirle escuchar conversaciones tan increíbles, tan inesperadas, que le hagan experimentar en parte, aunque en forma mucho más atenuada, la sensación que el antropólogo experimentara oportunamente. A veces le es difícil al lector abrirse camino entre los detalles sobre las fantásticas disposiciones de parentesco que colocan a las abuelas y nietas bajo una misma clasificación y prescriben ciertas normas de conducta para los primos hijos de hermanos y hermanas, pero no para los hijos de dos hermanos o dos hermanas, o sobre cómo el espectro del suegro mantiene a raya la lengua de la nuera. La experiencia ha demostrado que si el antropólogo tiene interés en este tipo de comunicación, en proporcionarle al lector una idea de la trama animada de otro sistema de vida, puede hacerlo. Los lectores han accedido a que se les presenten tres culturas en un solo libro, han consentido en hacer el esfuerzo que significa pasar de un pueblo indio a una aldea papú, o de un apacible pueblo paternal a un grupo de caníbales. Es posible que luego los nombres de las extrañas tribus, los incidentes de vida y de muerte, de brujería y de ceremonial se confundan y se desvanezcan en una especie de neblina, pero

queda un sedimento. El lector ha pasado por la experiencia de comprender —aunque sea durante una hora— que la naturaleza humana puede modelarse según patrones muy diversos. Pero hasta ahora, al tratar de que los relatos antropológicos fueran provechosos para el lector sofisticado, que puede ser un psiquíatra, un biólogo o un geólogo, juez, pediatra, banquero o una madre de cinco niños, hemos procurado dos cosas: hacer comprender que ciertos aspectos de la conducta humana —como la adolescencia, la propensión a la bebida o la sensibilidad artística— podrían organizarse diferentemente, o, de lo contrario, señalar hasta qué punto las culturas difieren unas de las otras. Para el primer objetivo de disipar la expectativa impuesta por nuestra cultura de que ciertos aspectos de la conducta aprendida han de manifestarse inevitablemente en la forma conocida en nuestra sociedad, basta la descripción de una sola cultura diferente. Para el segundo objetivo, bastan tres o cuatro culturas.

En este libro yo me propongo algo distinto. No quiero sólo documentar vívidamente que diversos pueblos le asignan a los hombres y mujeres diferentes papeles, ni demostrar únicamente cómo han logrado coordinar estrechamente dicha distribución y la educación de la infancia con la conducta adulta. Quiero darle a conocer al lector los descubrimientos positivos de un estudio realizado sobre la cultura, acerca de las similitudes, acerca de los factores esenciales de la masculinidad y de la femineidad que toda sociedad debe tener en cuenta, y acerca de las regularidades así como de las diferencias. Quiero presentar resultados y al mismo tiempo dar una idea de cómo fueron obtenidos.

Este es un objetivo mucho más difícil, como lo demuestra una anécdota. Cierta vez incluí en un trabajo etnológico un párrafo que iba a ser publicado en una serie editada por un geólogo muy conocido. En dicho párrafo describía las creencias respecto de las posibles maneras de reconocer el embarazo, y dio la casualidad que estas creencias coincidían exactamente con las convenciones obstétricas del momento. El editor me lo devolvió con la nota: "igual en todo el mundo". Si yo hubiera escrito sobre un pueblo que creyera que las náuseas por la mañana sólo se sienten al esperar el primer hijo o que el embarazo dura seis meses, el editor lo hubiera aceptado por diferenciarse de nuestras creencias y observaciones. Así apenas unas frases sobre un pueblo que crea que no hay relación alguna entre la cópula y la concepción, o que el hijo en miniatura anda vagando por la nieve y se introduce en la matriz trepando por los cordones de los zapatos de la madre, captan la imaginación y producen la conmoción deseada. El lector piensa: "Entonces los hombres no siempre han comprendido la biología de la concepción tan bien como nosotros" (tendrá que ser muy sofisticado para agregar esa última frase, ya que la suposición corriente es que la ciencia *recién* sabe); "qué interesante, me imagino que esta creencia

dará lugar a diferencias en la organización de la familia e influirá sobre la buena disposición de los padres para hacerse cargo de los hijos", etcétera. Y si yo dijera que muy pocas sociedades humanas han podido reducir tan al mínimo el papel de la madre, aunque los habitantes de las islas Rossel creen que el padre pone un huevo en la mujer, a quien consideran como un receptáculo completamente pasivo, y aunque se sabe que los montenegrinos niegan toda relación entre madre e hijo, igualmente le resultaría llamativo, porque es evidente para el lector que es mucho más difícil negar el papel de la madre que el del padre. Pero si yo le digo: "En todas las sociedades se admite que las mujeres conciben hijos", ahorrándole las serie de sorpresas y sobresaltos que podrían provocarle las imágenes de infantes diminutos gateando friolentos por la nieve en busca de los cordones de los zapatos de su madre, o de mellizos que anhelan la reencarnación saltando como pajarillos mientras inspeccionan a un grupo de mujeres para elegir madre, el lector sentirá inclinación irresistible a decir "y bien, ¿qué?" y a olvidarse del asunto.

Sin embargo entre la frase del profano: "Naturalmente ninguna sociedad humana toleraría el incesto", que brota de sus labios inspirada por las enseñanzas tradicionales de su propia sociedad, y la afirmación del antropólogo: "Todas las sociedades humanas conocidas tienen reglas sobre el incesto", se interpone toda la experiencia que el segundo ha tenido y el primero no. Cuando el primero dice "incesto" se refiere a las relaciones entre padres e hijos, hermanos y hermanas, biológicamente relacionados. No incluye, en nuestra sociedad, a los primos hermanos, aunque piense que los matrimonios entre primos pueden ser causa de la demencia, o pertenezca a un grupo religioso que no permita los matrimonios entre primos, a menos que se les conceda una dispensa especial. El antropólogo, al hablar sobre el incesto, se referirá también a este mismo grupo biológico primario pero habrá llegado a formular su declaración después de considerar los alcances enormes y grotescos de los grupos sobre los que rige el concepto de incesto, que pueden incluir a varios cientos de personas pertenecientes al clan propio, o a una prima-hermana abuela bajo la clasificación de prima-hermana o de abuela, según el caso. Después de estudiar las diversas formas en que los distintos pueblos del mundo entero han extendido y complicado los tabúes sobre el incesto, su afirmación constituye una abstracción especial. Entre la frase del profano: "*Naturalmente* ninguna sociedad" y la frase del antropólogo: "Ninguna sociedad *conocida*" hay miles de estudios detallados y concienzudos hechos a la luz de faroles y fogatas por exploradores y misioneros y hombres de ciencia modernos en muchas partes del mundo. ¿Pero cómo pueden introducirse estas observaciones en la comunicación entre el escritor y los lectores?

El método que generalmente utilizamos para salvar la distancia que hay entre las observaciones del científico y las necesidades de los profanos acerca de determinada ciencia es el simple ejercicio de la autoridad. Incluyo en la cubierta de mi libro o, para más seguridad, en la primera página, todos los nombramientos y las becas que se me han otorgado, o por lo menos los de mayor eminencia. El lector inspecciona la lista. Si es una persona muy preparada y pedante irá más lejos aún y buscará mi nombre en alguna guía. Entonces, una vez aclarado que se trata de mí, que me he sometido oportunamente a los ritos correspondientes para obtener títulos importantes, que se me han concedido becas y que he hecho expediciones y escrito monografías que se han publicado en colecciones eruditas, el lector comienza a leer el libro con el respeto que inspira quien es considerado como una "autoridad" en la materia. Luego, cuando el lector quiera hacer uso del material, tendrá probablemente que averiguar si las demás autoridades están de acuerdo conmigo o cuántas autoridades hay de cada lado, qué explicaciones puede haber para justificar las divergencias y si dichas divergencias son pertinentes o si se deben sólo a distintas ideologías políticas o vinculaciones históricas. Si el lector desea valerse únicamente de los descubrimientos citados por la autoridad en sus relaciones humanas corrientes, tarde o temprano se verá envuelto en una discusión y aferrado a su autoridad lanzará argumentos contra su contrincante, quien hará lo propio aferrado a otra autoridad. El resultado es tan previsible como la respuesta a la pregunta del niño: "¿Mamá, qué sucede cuando alguien que sólo cree en Dios conversa sobre la naturaleza con otro que cree únicamente en la ciencia?" Y este desacuerdo insuperable que irrumpe en todas las discusiones no es nada más que sintomático de los desacuerdos que se suscitan en la mente de los que han aceptado las vitaminas, los átomos, las glándulas endocrinas y los complejos —guiándose por las opiniones de los expertos— y ahora descubren que constituyen un material poco valioso para pensar sobre un mundo moderno muy difícil. Yo quisiera, de algún modo, lograr algo más. Desearía poder intercalar una pausa entre mis afirmaciones y la consideración del lector, no para la verificación de la autoridad que tengo para hacer dichas afirmaciones, sino para que comprenda cómo se llegó a ellas y cuál es el procedimiento antropológico.

Para dar una idea de la experiencia que aporta el antropólogo a la consideración de un problema humano, tomemos la frase "El amor siempre encuentra un camino", un refrán bien conocido de nuestra propia tradición. A un americano joven esta frase le hará evocar imágenes de dificultades de transporte, de un hombre resuelto que cruza los Estados Unidos pidiéndoles a los automovilistas que lo lleven un trecho, o que viaja treinta y seis horas seguidas parando sólo para comer salchichas, a fin de reunirse a tiempo con su novia, antes de que se embarque o se case con otro. O puede representar la forma en que una chica hace proyectos, ahorra y hasta diseña el vestido que se va a poner para un baile sabiendo que allí se encontrará con su ex novio, que quizá vuelva a ella. Por la mente de cada persona cruzan diversos incidentes y escenas: automóviles, empleos, escasez de dinero, aviones mal combinados, hasta padres que se oponen, si los amantes son lo suficientemente jóvenes o los padres lo bastante ricos como para que sus opiniones cuenten. Confundidas con las imágenes de nuestra propia experiencia aparecerán escenas de películas, de novelas, de episodios radiales, imágenes fugaces de Tom Mix cruzando las llanuras a caballo, o de Ingrid Bergman en un papel muy dramático, uno o dos versos de *Romeo y Julieta*, o alguna antigua rima de San Valentín. Si uno es más sofisticado pueden surgir algunas dudas sobre el amor —sobre si no será sólo un término sentimental para designar a "las hormonas"— al mismo tiempo que más imágenes de iniciales entrelazadas, corazones flechados e inscripciones como "Juan y Alicia" en las paredes de las casas vacías. El amor es una emoción admitida, sentida por personas a quienes vemos mentalmente iguales a nosotros mismos, luciendo ropa, conduciendo autos, compitiendo con rivales, luchando contra el abatimiento cuando las rechazan y eufóricas de felicidad cuando son correspondidas. Aun leyendo *Romeo y Julieta* detenidamente, se tiene la sensación de que los amantes se parecen mucho a los jóvenes americanos modernos y de que la enemistad entre Montescos y Capuletos es sólo parte del argumento. Después de todo, nadie sabe lo que realmente sintieron Romeo y Julieta. Shakespeare sabía muy poco más que nosotros al escribir sobre ellos como dramaturgo inglés para el público inglés del siglo dieciséis. El conocimiento del pasado puede enseñarle a nuestros labios hermosas palabras, pero debemos reconocer que éstas incluyen sentimientos ajenos a la vida moderna, ya que la fidelidad después de la muerte es tenida hoy por emoción sospechosa, injusta para la familia y las amistades, mereciendo tal vez la atención del psiquíatra más que la del poeta.

Entre el joven lector que nunca ha salido de América y que sólo ha visto la conducta de otras épocas y de otras tierras a través de los cristales especiales que le proporcionan Hollywood y los novelistas históricos contemporáneos —a través de los cuales la ve exactamente igual a la suya propia— y el antropólogo sentado en la intimidad de la choza de un cazador de cabezas de Nueva Guinea puede haber naturalmente muchos matices de experiencia. Hay en los Estados Unidos millones de personas que, por ser hijos de extranjeros, han sentido en sus propios huesos que la vida puede ser y es diferente en otras sociedades. También hay muchos miles de personas que han vivido en la intimidad de países europeos, latinoamericanos o asiáticos, y saben por sus relaciones con la niñera, el amante o el amigo, que la frase "El amor

siempre encuentra un camino" tendrá otro sentido para ellos. Muchas de estas experiencias, con padres servios o escoceses, o con niñeras alemanas, con un amante italiano o con amistades francesas, entrañan un grado de contacto personal y de intimidad que no se logra fácilmente entre un hombre de ciencia caucásico de este siglo y los miembros de una tribu de Nueva Guinea. Estos residentes de diferentes climas emocionales pueden muy bien observar: Puesto que se buscan relaciones emocionales vividas con personas que ven la vida en forma muy distinta, no estarán los que han vivido y amado en el extranjero mejor preparados para observar la conducta con la perspectiva que confiere el conocimiento de varias culturas que los científicos que deambulan con libros de apuntes, demasiado ocupados en anotar lo que ven para observar realmente. A primera vista, esta objeción parece muy acertada. Uno evoca la imagen de un chiquillo americano, con las piernas bien plantadas y los dientes apretados, tratando en vano de soltarse de la mano de una tía alemana, o la de un joven pintor americano inclinado sobre la mesa, contemplando embelesado el juego de expresiones del rostro de su esposa francesa. Entonces al comparar estas escenas con la imagen del antropólogo sentado ante una mesa en la aldea de los cazadores de cabezas, anotando sus observaciones entre personas a quienes el solo acto de escribir de por sí les parece casi mágico, se pensará por supuesto que el antropólogo tiene menos probabilidades de saber lo que pasa por la mente del cazador de cabezas, que el niño o el amante de aprender algo significativo e importante acerca de valores que difieren mucho de los suyos. Aun así, el antropólogo tiene una experiencia que le está negada al joven que se ha pasado la noche despierto haciendo el amor en otro idioma, o a la chica que se marcha con su marido a vivir con la familia de éste en un país extranjero. Porque lo que hace el antropólogo está motivado por razones propias de su disciplina. Si ustedes son seis hermanos y su madre insiste en tomar gobernantas alemanas, quizá lleguen a realizar un estudio bastante profundo de las *Frauleins* a fin de poderse librar de la presente, aunque sólo sea para oír una nueva versión de lo que les cuenta a la hora de acostarse. Si usted es el dueño de una fábrica, y el trabajo se ve continuamente desorganizado a causa de las disputas entre dos grupos de diferente nacionalidad, usted puede llegar a aprender "a llevarse bien con los italianos", y si es un dirigente político, sabrá exactamente lo que debe hacer para calmar o para aprovechar los odios y las alianzas nacionales existentes. Pero en todos los casos, ya se trate de un niño que estudie un desfile de niñeras o que vaya al colegio en un país extranjero, de un joven que escudriñe el rostro de su amada o de una novia que observe la extraña conducta de su suegra, las observaciones estarán siempre subordinadas a los fines prácticos del niño, del amante y de la novia. Y esta subordinación les da un ca-

rácter distinto del que tienen las observaciones del antropólogo, al igual que lo que uno le dice a un amante difiere de lo que le dice a un psiquíatra. A ambos puede uno contarles un incidente desgarrador de la infancia: que una vez se despertó y se encontró en una casa vacía, que miró cómo el médico de al lado le amputaba la mano a un herido o que vio caer al padre de un molino. Pero cuando se habla con el amante o con un amigo, se está edificando una relación, se están colocando ladrillos de comprensión y de confianza para crear una estructura que uno tiene la esperanza que ha de durar toda la vida. El relato es expurgado y plasmado de manera que se ajuste a lo último que contara la otra persona y que lleve a nuestras confidencias. Pero cuando se habla con el psiquíatra, la intimidad de las confidencias mutuas de una relación completa es reemplazada por un proceso exploratorio consciente, quedando subordinada a éste la relación con el psiquíatra como persona. Si el psiquíatra es experto y el paciente se siente lo bastante perseguido por los terrores y las ansiedades que lo han llevado a consultarlo, este énfasis impersonal sobre la comprensión y sobre la utilización de la comprensión en forma personal y no interpersonal se mantiene hasta que un día la puerta del consultorio se cierra definitivamente. El paciente será otro. Lo que el médico sabe sobre el paciente difiere mucho de lo que el paciente sabe del médico, y generalmente no conversarán nunca sobre dicha diferencia.

Cuando el antropólogo entra en la aldea de un pueblo primitivo, solo o como integrante de un matrimonio para poner su casa entre las otras, también se suscita una situación consciente y controlada. No desea comprender la cultura *a fin* de poder construir su casa o cultivar su huerta, ni *a fin* de conseguir acarreadores para su equipo, ni obreros para un aeródromo, ni prosélitos para su religión. Ni siquiera desea, como desearía un médico, curarles las enfermedades, ni cambiarles los conceptos que puedan tener sobre la sanidad, ni persuadirlos de que tienen que enterrar a los muertos prolijamente en un cementerio y no debajo de las casas como lo hacen "para que no estén tan solos". No quiere mejorarlos, ni convertirlos, ni gobernarlos, ni comerciar con ellos, ni reclutarlos, ni curarlos, sólo desea comprenderlos, y comprendiéndolos ampliar nuestro conocimiento de las limitaciones y potencialidades de los seres humanos. * Así como el psiquiatra debe limitarse a un objetivo, curar, el antropólogo debe disciplinarse con un solo fin, observar y comprender cómo los individuos revelan su cultura. Al pro-

* Lo que aquí menciono se refiere al *estudio* de una cultura. Se está desarrollando la ciencia de la antropología aplicada, a través de la cual el antropólogo se convierte en un profesional que trata de mejorar, mejorando las relaciones entre un pueblo primitivo y el gobierno, o entre dos grupos étnicos en una comunidad, o entre unidades de diferente nacionalidad que actúen en cooperación. En este caso rige una ética diferente.

fano le parecen rebuscadas muchas de las técnicas psiquíatricas que se exponen. ¿Por qué habrá de discutirse tanto si el psicoanalista debe o no darle la mano a los pacientes, visitarlos o tener un consultorio con dos puertas? Pero es únicamente porque la relación entre el psiquíatra y el paciente es una relación parcial y estilizada que estos detalles aparentemente pequeños tienen importancia.

De modo que cuando el antropólogo se va a vivir a una aldea nativa, es preciso pensar con detención en cada detalle subordinándolo a la tarea primordial. ¿Dónde ha de construirse la casa? No ha de ser donde tenga la mejor vista, ni más aire, ni poco ruido, ni menos cerdos, ni tampoco donde esté aislada de la proximidad de Manngwon, una viuda anciana y pendenciera, siempre de mal humor, ni lejos de la casa de Kwowi Kogi Kumban, cuyo hijito Maggiendo todavía llora porque fue una vez adoptado y devuelto la misma noche. No han de tomarse en cuenta ninguna de las consideraciones corrientes acerca de la belleza, la tranquilidad y la salubridad del lugar. En cambio, se traza rápidamente un mapa de la aldea, tomando especialmente nota de la ubicación de los templos, los lugares de recreo y los senderos. Se consideran los parajes disponibles, los sitios vacíos en los que ha habido casas antes y la índole de dichas casas. Si, por ejemplo, como nos sucedió en Alitoa, construimos nuestra vivienda en el sitio ocupado anteriormente por la casa ceremonial de los hombres, el terreno estará "caliente" y los visitantes no querrán venir por temor a que algo de su personalidad quede retenido en esa tierra que para ellos está tan saturada de hechizos. O, como nos ocurrió en Manus, se puede adquirir juntamente con el predio la personalidad de un hombre recientemente fallecido, cuyo espectro aún ronda la querencia y cuyos parientes le tienen todavía tanto miedo que ni se atreven a visitar la nueva casa. Pero al desechar un sitio porque se diga que el suelo está impregnado de susurros mágicos, o porque un espectro particularmente agresivo va a hacerse omnipresente, no lo hacemos porque prefiramos un territorio neutral o fantasmas más tranquilos, sino porque después de pensarlo detenidamente nos parece que otro sitio nos crearía menos complicaciones en el trabajo.

Así, la ubicación de nuestra casa en la aldea de Tambumún sobre el río Sepik fue elegida en 1938 por las siguientes virtudes: Era bastante céntrica con respecto a la aldea, pero se hallaba más cerca del extremo que daba a otra aldea y por lo tanto favorecería el contacto con la aldea vecina. Estaba lo suficientemente cerca de la casa de los hombres como para oír la música de las flautas y como para poder ir — en el caso del marido — a ver lo que pasara. Estaba entre un grupo de casas en las que había muchos niños, de modo que era posible — en el caso de la esposa — escuchar el llanto de cada criatura y acudir inmediatamente al notar alguna diferencia significativa, como cuando salí de mi mosquitero a las dos de la mañana al oír una nota extraña en el llanto de una niña de dos años, Nemangke, y la encontré frente a una disputa tan seria entre sus padres que la madre le había prohibido acercarse al padre. Además nuestra casa estaba situada justamente entre el sendero de los hombres, que corría a la orilla del río, y el sendero de las mujeres, que quedaba más hacia tierra adentro. Mientras trabajaba, yo observaba a todos los que pasaban de un extremo al otro de la aldea, sin detenerme a anotar sus nombres, sin advertir siquiera en que había reparado en sus nombres, pero registrándolos de modo que si pasaba algún grupo cuyo propósito no adivinaba o grupos de personas que normalmente no tenían por qué estar juntas, pudiera salir en seguida a averiguar lo que ocurría. Construimos nuestras casas sin paredes, utilizando solamente una enorme lona que debíamos acomodar trabajosamente de madrugada cuando había tormenta. Había una plataforma disponible delante de la puerta, sobre la que se reunía la gente a charlar todas las tardes; tampoco esto es lo más indicado para esas horas abrasadoras del trópico, cuando el sol está casi horizontal e invade todos los rincones de una casa tan expuesta, pero no obstante convierte a la casa en un excelente centro de observación. Por último, una de las consideraciones que tuvimos en cuenta para la elección de ese sitio fue que la esposa de nuestro vecino Bangwin estaba embarazada, porque es muy difícil poder presenciar un parto en las sociedades primitivas, ya que los niños nacen a menudo de madrugada, o cuando la madre se ha ido de pesca. Es cierto que a la postre el hijo de Bangwin también nació cuando Tchamwole estaba pescando, pero de todos modos estábamos suficientemente cerca como para oír que Bangwin increpaba a su mujer por estar demasiado tiempo embarazada y que Tchamwole le contestaba: "¿Por qué me riñes? Este niño va a nacer cuando quiera. Es un ser humano y escoge el momento de nacer. No es como los cerdos y los perros, que nacen cuando los demás dicen." Pudimos filmar la escena en la que Bangwin cortó en pedazos la canasta de dormir de su otra esposa — una acción que en América equivaldría a destrozar el piano de cola o el coche nuevo — y la escena en que Tchamwole, que se hallaba cuidando a su hijito en otra casa, volvió rabiosa de celos porque la otra esposa gozaba de todos los placeres del matrimonio y puso una señal de "no tocar" en los cocoteros que le pertenecían a ella, la primera esposa. De suerte que la elección de un predio contiguo a la casa de una mujer embarazada fue muy provechosa, desde el punto de vista antropológico. Al igual que la elección de la casa y su construcción, se deben ajustar también los otros detalles de la vida cotidiana para aumentar la capacidad y las oportunidades de observación. Los sirvientes no se escogen porque sepan cocinar o porque sean honestos, aunque uno se siente agradecido cuando ocurren semejantes coincidencias, sino porque vienen bien para las observaciones,

porque proporcionan representantes de las dos familias más grandes o de las dos facciones de una comunidad dividida, o porque son del sexo y de la edad indicados para atraer o por lo menos para no ahuyentar al tipo de informante que a uno le interesa. En Manus, por ejemplo, donde yo quería observar a los niños, toda mi servidumbre estaba compuesta de jóvenes de menos de catorce años, porque de haber tenido varones mayores se hubieran suscitado problemas de relaciones prohibidas y las niñitas se hubieran mantenido alejadas de la casa. La edad comprendida entre los doce y los catorce años no es la ideal para el personal doméstico y a veces la cena iba a dar a la laguna sobre la que se erigía nuestra casa, mientras tenía lugar una batalla en la cocina. Pero entre los muchos miles de dibujos de niños que recogí había dibujos hechos por niñas, además de los de los varones.

Esta necesidad de planear, de disciplinar las preferencias para lograr un objetivo, no significa que las relaciones con un pueblo primitivo estén limitadas a una fría indiferencia profesional. Pero al mismo tiempo que se toma en brazos el cuerpecito inerte de un chiquillo ahogado y se trata desesperadamente de hacerlo revivir, uno tiene la obligación de observar la actitud de la madre que se golpea la cabeza contra una almohada de madera, en lugar de permitir que los pensamientos se vuelvan hacia otros cuerpecitos exánimes que uno ha tenido en los brazos. Los sentimientos propios, que podrían dar lugar a un poema, a una plegaria por alguien que está muy lejos, o al deseo de escribir una carta o de abandonar la escena de la muerte buscando lo que nunca es posible lograr en el campamento, un momento de soledad, deben quedar subordinados a la obligación de observar, de escuchar, de registrar, de comprender. Aun los fracasos de esta autodisciplina — como la vez que me eché a llorar, presa de un resentimiento impotente, porque me mordió el perro al volver una fría madrugada junto a un niño balinés gravemente enfermo, a quien había velado toda la noche y sólo dejado por unos instantes para ir hasta mi casa — deben ser utilizados inmediatamente por el antropólogo, si es posible, como estímulo para descubrir cómo reacciona la gente cuando se manifiesta la ira en ciertas formas.

Los antropólogos entran a formar parte de la vida de los pueblos de muy diversas maneras: ya sea vendándoles las lastimaduras, o ayudándoles a reparar los fragmentos de máquinas modernas que posean, saliendo de caza con ellos o suministrándoles carne en lata para las fiestas. Pero, cualquiera sea el tipo de relación que surja durante los muchos meses en que se vive pendiente de los temores y las alegrías de toda una aldea, la relación debe disciplinarse siempre para lograr un único objetivo: el de comprender la cultura. Por lo tanto la penetración que el antropólogo aporta a la consideración de un tema como el de las relaciones entre los sexos difiere mucho de la del hombre sensible que ha tenido la experiencia de conocer más de un ambiente cultural y difiere también de la del historiador, que debe reconstruir el cuadro histórico fundándose en las pruebas documentales fragmentarias que accidentalmente puedan subsistir. El material es de un orden especial y de una utilidad también especial, del mismo modo que el médico puede a menudo tener un radio de observación menos vasto y menos variado que el del novelista, pero sin embargo y debido a que sus observaciones son disciplinadas, aporta una contribución de distinta índole a la comprensión de la conducta humana.

La otra pregunta importante es: ¿Qué es lo que el antropólogo observa al trabajar con pueblos primitivos?

Quizá el punto más importante sea que el antropólogo tiene que decidir en qué sentido va a analizar los resultados al mismo tiempo que realiza las observaciones. Por ejemplo, si se quiere estudiar de qué manera hablan el inglés los irlandeses, los habitantes de Queensland o los montañeses de Kentucky — todas muy diferentes y muy dignas de estudio — el lingüista aporta a la tarea todo su conocimiento de la gramática y del sistema fonético del inglés y de otros idiomas indoeuropeos. No pregunta fundamentalmente qué idioma es, sino en qué sentido varía dentro de la estructura del inglés. Pero cuando vamos a estudiar una tribu de Nueva Guinea, debemos preguntar: ¿qué idioma es éste?, y deducir la gramática a través de las pocas frases que es posible sonsacarle a un nativo incómodo colocado frente al etnólogo. Lo mismo ocurre con la conducta de los niños y las niñas, de los hombres y las mujeres. Al estudio del papel desempeñado por la mujer en una aldea del sur de Alemania uno aportaría todo el conocimiento que se posee sobre los papeles históricos de la mujer en Europa, su posición según la ley romana y la antigua ley teutónica, los conceptos de los católicos y de los protestantes acerca del lugar que ocupa en el esquema del universo, y con esta estructura como referencia, observaría entonces en qué sentido varía el cuadro histórico en dicha aldea. Pero al abordar una tribu desconocida de Nueva Guinea no se puede contar con la guía de semejante modalidad de pensamiento. Porque al anclar el velero o al dar la voz de alto a los acarreadores — si se marcha a pie — a la entrada de una aldea extraña e inexplorada, no sabemos cuál de los dos sexos estará adornado y cuál no, no sabemos si la cabeza rapada que se asoma entre los arbustos pertenece a un hombre o a una mujer, si la figura trepada a una palmera de quince metros de altura en la distancia es un hombre, porque las mujeres no deben realizar trabajos difíciles y peligrosos como trepar a las palmeras, o una mujer, porque éste es un trabajo de mujeres y niños. Tenemos que ir formando nuestro conocimiento directamente por el comportamiento de las personas, aprender simultáneamente cómo se porta una suegra y si tienen una palabra para designarla. Al antropólogo habituado a someterse a su mate-

rial, a esperar, a observar y a escuchar hasta que una forma emerge de los innumerables pequeños actos y palabras del grupito de gente con el que lleva una existencia tan concentrada, el material mismo le determina las categorías. Así se ve libre del riesgo de hacer únicamente las preguntas que se basan en nuestra civilización y en otras conocidas.[4]

Entonces, de nuestro acopio de observaciones propias y de otros antropólogos, ya se trate de imágenes, frases y sonidos que guardemos en la mente o bien estén catalogadas prolijamente en fichas que repasamos con la mayor atención, tomamos el material que ha de servirnos para formular hipótesis, comprobar la utilidad de éstas y sugerir nuevas líneas de acción. Este es el proceso que señala la distancia que hay entre la frase del profano: "*Naturalmente* ninguna sociedad", y la del antropólogo: "Ninguna sociedad *conocida*", y. desearía que el lector lo tuviera presente de algún modo al leer las páginas siguientes.

Detrás de la palabra "hombre" hay en mi mente toda una legión de imágenes de hombres de piel blanca y de piel cobriza, amarilla y morena, de hombres con el cabello corto o la cabeza rapada o grandes moños, de hombres de nuestra sociedad contemporánea vestidos de etiqueta, y de hombres que llevan como único atuendo medias lunas de nácar sobre el pecho, de hombres de músculos abultados y crispados y de hombres de brazos finos como los de las muchachas, de hombres que tienen los dedos tan torpes que sólo pueden manejar un hacha y de otros que se pasan los días ensartando cuentas pequeñísimas; de hombres para quienes el olor de una criatura es una ofensa a su virilidad, y de otros que acunan suavemente a un niño en sus brazos firmes; de hombres con las manos siempre prontas para el ademán violento de arrojar una lanza y de otros cuyas manos se juntan serenamente en un gesto de excusa y de súplica; de hombres de un metro noventa y de hombres de uno cincuenta. Junto a ellos aparecen las mujeres, también de distintos tonos de piel; algunas con la coronilla calva y otras con largos cabellos; mujeres con los pechos muy caídos y a veces tan deformados que pueden echárselos por encima del hombro y otras con los pechos pequeños y erguidos como los de las estatuas de las tumbas de los Medici en Florencia; mujeres que le infunden a las faldas de hierba un gracioso vaivén al andar y mujeres que usan esas mismas faldas como si fueran camisas de hierro para proteger su virtud, mujeres cuyos brazos parecen siempre vacíos si no acunan a un niño y otras que levantan a sus hijos con los brazos estirados como si fueran gatitos monteses que arañan; mujeres que están más dispuestas a pelear que sus propios maridos y mujeres que se dispersan como hojas al menor indicio de una riña; mujeres con una labor siempre en las manos y mujeres que se sientan a descansar después de las faenas del día dejando las manos fláccidas sobre la falda; y delante y detrás de ellas,

en sus brazos, a sus espaldas, aferrándose con los bracitos a sus cuellos, sentados sobre sus hombros, en cabestrillos, en bolsas de malla o en cestas, colgados en las paredes de los *tipis* bien atados a las tablillas que les sirven de cuna, están los niños. Niños vestidos como réplicas de los mayores, tropezando con largos faldones al aprender a caminar, y niños que andan completamente desnudos hasta los diez y once años de edad; niños que descansan pasivamente mientras las que los llevan majan arroz o se entretienen con juegos bruscos, y. niños que se defienden con brío cuando la canoa se atasca y madre e hijo caen al agua; niños para quienes no hay palabras que los denominen, a los que se alude con los términos "ratones", "escarabajos" y luego "pequeños hombres"; y. niños que han sido deseados y cuyas palabras son tenidas por profecía; niños considerados subhumanos hasta que les salen los dientes y otros que son tenidos por monstruos si los dientes les van saliendo sin regularidad; niños que no tienen juguetes y que se aferran huraños a las piernas de los mayores y niños juguetones y alegres como la risa misma.

Este libro trata sobre varones y mujeres, de niños y de adultos. La mente del lector estará llena de imágenes distintas de las mías. La cuestión es si podrán, mientras yo escribo con estos antecedentes, tener presente que las palabras como "hombres", "mujeres" y "niños" no deben implicar conceptos rígidos, sino que deben ser portadoras de un eco, aunque no de detalles precisos, de las variedades de la conducta humana, cuyo conocimiento me ha servido de base para lo que quiero comunicar.

SEGUNDA PARTE

LOS MEDIOS DEL CUERPO

3. LAS PRIMERAS NOCIONES

En este libro me referiré principalmente a los siete pueblos de Oceanía, con los que he vivido y trabajado. Las islas del Pacífico constituyen una región en la que los grupos humanos, separados por el mar y las montañas y careciendo de las formas políticas que unen a los hombres para crear reinos, han desarrollado maneras de vivir notablemente distintas. Siete sociedades son demasiadas para poder tenerlas presentes a la vez. Los detalles se mezclan confusamente, ya se trate del sistema de parentesco que obliga a los niños manus comprometidos a echarse de cara al piso debajo de una estera cuando pasan las suegras, o a los adolescentes arapesh a llevar suavemente de la mano a sus prometidas, todavía niñas, a juntar langostinos por la noche, o a los jóvenes mundugumores a volver con una explicación razonable sobre los arañazos que han recibido de la chica escogida para un instante furtivo; o bien de las fugas al amanecer en Bali, donde las jovencitas se fijan si hay testigos ante los cuales tendrían que gritar y patalear para fingir un rapto o si pueden irse tranquilamente con sus elegidos, o de un marido tchambuli que en un instante de cólera y de incomprensión de su papel clava su lanza en una hendidura del piso y hiere a su esposa en la mejilla, de un cazador de cabezas iatmul que llama a sus compañeros de la misma edad para que le ayuden a forzar y a someter a su mujer o de una joven samoana susurrándole al oído a su amante exactamente en qué sitio va a esperarlo debajo de las palmeras.

Trataré de presentar sucintamente a cada pueblo, como se hiciera cierta vez con la larguísima lista de personajes de una novela antigua y complicada. Estos siete pueblos, que viven en islas, en las montañas, en lagos y lagunas y a las orillas de los ríos, son los actores, no como individuos, sino como grupos de individuos que tienen una misma ma-

nera de vivir. Sus gestos, fruto de hábitos conservados desde remotos tiempos, forman parte de la trama del tapiz de la vida humana, recién retocado para incluir su conducta, que yo quiero de algún modo poner ante los ojos del lector. Quizá los lectores que no tienen inconveniente en mirar de cuando en cuando el reparto que figura en los programas de teatro, estén también dispuestos a retroceder a veces algunas páginas para identificar una tribu.

LOS SIETE PUEBLOS DE OCEANIA *

Los samoanos son un pueblo polinesio, de buena estatura y de piel dorada, que viven en un pequeño grupo de islas pertenecientes en parte a los Estados Unidos. Su manera de vivir es ceremoniosa y llena de dignidad. Los jefes y los oradores, los príncipes y las princesas de las aldeas, los grupos establecidos de jóvenes y de ancianos, se reúnen para plantar y cosechar, para pescar y construir, para festejar y danzar, en un mundo en el que nadie tiene prisa, el alimento es abundante, la naturaleza generosa y la vida armoniosa y no muy intensa. Hace más de un siglo que son cristianos, y han incorporado los dogmas del cristianismo a sus propias tradiciones, poniéndose prendas de algodón primorosamente almidonadas los domingos, pero siguiendo descalzos y orgullosos de su manera de vivir.

LOS MANUS DE LAS ISLAS DEL ALMIRANTAZGO

LOS SAMOANOS

El pueblo manus es una tribu pequeña y enérgica de pescadores y comerciantes que construyen sus casas sobre pilotes en las lagunas-salinas cerca de sus pesqueros. Altos, de piel morena, delgados y activos, merced a su ingenio, a su habilidad y a una ética que señala que los espectros de los muertos castigan a los holgazanes, se han creado un elevado nivel de vida, que conservan trabajando con tesón. Puritanos hasta la médula, dedicados por entero al esfuerzo y al trabajo, negándose el amor y el deleite de los sentidos, se avienen fácilmente a los usos del mundo occidental, las máquinas y el dinero.

* Ver el Apéndice I.

LOS ARAPESH DE LA MONTAÑA

Los montañeses arapesh son un pueblo manso, mal nutrido, que habita las escarpadas e improductivas montañas Torricelli de Nueva Guinea. Son pobres y están siempre luchando por ahorrar lo suficiente para comprar música, pasos de baile y nuevas modas de los pueblos mercaderes de la costa y para librarse de los brujos de los pueblos más feroces que viven en las llanuras del interior. Sensibles a la necesidad ajena y cooperadores, han creado una sociedad en la que aunque nunca hay bastante de comer todos los hombres se pasan la mayor parte del tiempo ayudándole al prójimo y dedicados a los proyectos del vecino. El mayor interés de tantos hombres como mujeres radica en criar cosas — niños, cerdos, cocoteros —, y su mayor temor es que cada nueva generación llegue a la madurez sin alcanzar la estatura de sus antepasados, hasta que finalmente no quede gente bajo las palmeras.

LOS CANIBALES MUNDUGUMORES DEL RIO YUAT

Este pueblo vigoroso e inquieto vive a orillas de un río de rápida corriente, pero no tiene tradición fluvial. Trafican y asaltan a los pueblos mal nutridos que viven en tierras más pobres, pasan el tiempo riñendo o cazando cabezas, y han creado una forma de organización social en la que cada hombre tiene la mano alzada contra los otros. Las mujeres son tan fuertes y hacen valer sus derechos tanto como los hombres; aborrecen tener y criar hijos y suministran casi todos los víveres, dejando a los hombres en plena libertad para pelear y conspirar.

LOS TCHAMBULIS LACUSTRES

El pueblo tchambuli, que sólo cuenta con seiscientos miembros en total, ha construido sus viviendas a la orilla de uno de los más bellos lagos de Nueva Guinea, que reluce como el ébano lustrado y que tiene por telón de fondo las colinas distantes, detrás de las cuales viven los arapesh. Hay en el lago lotos morados y nenúfares rosáceos y blancos, blancas águilas pescadoras y garzas reales. Aquí las mujeres, ágiles, y sin adornos, diligentes y laboriosas, van de pesca y al mercado; los hombres, decorativos y acicalados, tallan y pintan y ensayan pasos de baile, habiendo reemplazado la tradición de cazar cabezas por la costumbre más sencilla de comprar víctimas para validar su virilidad.

LOS CAZADORES DE CABEZAS IATMULES DEL GRAN RIO SEPIK

En la ribera del río ancho y lento en el que desemboca el Yuat, que recibe las vertientes de las montañas de los arapesh y que se comunica por medio de canales con el lago de los tchambulis, se levantan las orgullosas aldeas del pueblo iatmul; cazadores de cabezas, tallistas y oradores, altos y fieros, de una masculinidad quebradiza, donde las mujeres son espectadoras de la teatralidad sin límites de la conducta de los hombres. Poseyendo bañados de sagú, que les aseguran un suministro estable de víveres, bien alimentados gracias al pescado que proporciona la continua laboriosidad de las mujeres, han construido magníficas casas ceremoniales y canoas guerreras primorosamente talladas, acumulando en sus grandes aldeas todos los estilos artísticos, los pasos de danza y los mitos de los pueblos menores que los rodean; descollantes, pero sumamente vulnerables en la intensidad de su orgullo.

LOS BALINESES

Los balineses, que se cuentan por cientos de miles, y no por millares como los samoanos, ni por cientos como los pueblos de Nueva Guinea, no son un pueblo primitivo sino una cultura que se halla relacionada, a través del Asia, con nuestro pasado histórico. Sutiles, gráciles, de cabello ondeado y ágiles cuerpos cuyos segmentos mueven separadamente en la danza, tienen una manera de vivir sumamente compleja y ordenada que por sus corporaciones y su ritual hindú, sus registros y la organización de sus templos, sus mercados y sus artes, nos recuerda a la Europa de la Edad Media. Estrechamente agrupados en una isla diminuta con un paisaje hermosísimo, cambiante y muy matizado, han convertido la vida toda en arte. El aire está lleno de música noche y día y las gentes, cuyas relaciones personales son frívolas, sin ardor perdurable, ensayan incansablemente una comedia en la que se da estilizada expresión a los sentimientos relegados.

Estos son los personajes. Han sido escogidos por la simple razón de que yo los he estudiado personalmente y puedo compararlos, contraponiendo una danza bruja de Bali al juego de un niño de Nueva Guinea, las quejas murmuradas entre dientes por una mujer manus ante los requerimientos de su marido a los gritos acusadores de una mujer iatmul cuyo marido no le demuestra interés. No fueron escogidos para esclarecer los problemas que se exponen en este libro, sino para distintos fines, profesionales, prácticos, teóricos y personales, durante un cuarto de siglo de investigaciones. De ninguna manera representan todos los modos posibles de encarar las relaciones entre los sexos. No se incluyen aquí las sociedades en las que los hombres amenazan e intimidan a sus hijos hasta lograr una sumisión impotente, ni las sociedades en las que las mujeres representan una fuerza sobrenatural maligna, ni las sociedades en las que hay gran intensidad religiosa, explotación económica, tiranías, o división de clases.

Faltan también las sociedades en las que los hombres fundamentan su masculinidad en realizaciones productivas que le están vedadas a la mujer. Pero en estos siete pueblos encontraremos muchas cosas que nos harán detenernos a pensar, a indagar, y que excitarán nuestra imaginación con visiones de lo que podría haber sido nuestra vida de no ser como es.

En la siguiente exposición estos siete pueblos aparecerán intermitentemente, a veces en una frase que evoque cierta actitud o la manera en que un hombre invita a una mujer al amor o como se mueve la mano de una anciana en cierta danza, otras veces en la descripción algo más completa de una ceremonia o de una escena entre madre e hijo. Esto no equivale, sin embargo, a los datos sueltos de la antropología antigua, en la que el antropólogo de sillón citaba detalles exóticos de diferentes procedencias sin tener noción alguna de la forma en que el detalle insólito sobre los sacrificios humanos o los filtros mágicos para el amor estaba relacionado con la cultura entera. Cito cada detalle extrayéndolo de la unidad, pero trataré de darle al lector el sentido de dicha integridad sin agobiarlo con la obligación de tener presente un conjunto de singulares disposiciones sociales. De las diferencias, de los contrastes, de las maneras extrañas e inauditas en que estos siete pueblos han ordenado la vida, han delineado las relaciones entre los sexos, entre padres e hijos, entre los hombres y mujeres, y sus facultades creadoras, debe surgir una mejor apreciación del valor que para la civilización tiene la presencia de los dos sexos, de la importancia de este contrapunto que a veces ignoramos penosamente, que a menudo falseamos y que nunca hemos aprovechado en forma cabal.

Al referirme a los hombres y a las mujeres, me ocuparé de las diferencias primordiales, los diferentes papeles que desempeñan en la reproducción. ¿Qué diferencias de funcionamiento, de capacidad, de sensibilidad, de vulnerabilidad surgen de los cuerpos plasmados para desempeñar papeles complementarios en la perpetuación de la especie? ¿Qué relación hay entre lo que los hombres son capaces de hacer y el hecho de que el papel que les corresponde en la reproducción se cumple en un solo acto, y qué relación hay entre la capacidad de las mujeres y el hecho de que su misión les exige nueve meses de gestación y, hasta hace poco, muchos meses de lactancia? ¿Cuál es la contribución de cada sexo de por sí y no como versión imperfecta del sexo opuesto?

Viviendo en el mundo actual, arropados y embozados, obligados a dar la sensación del cuerpo por medio de símbolos remotos, como los

bastones y los paraguas y los bolsos, es fácil perder la noción de la presencia del cuerpo humano. Pero cuando se vive entre pueblos primitivos, donde las mujeres usan apenas minúsculos delantales de hierba y hasta se los quitan para insultarse o para bañarse en grupo, y donde los hombres sólo usan un taparrabos de corteza batida o — después de matar a un hombre — la piel de un murciélago frugívoro, que luce bien como condecoración homicida, pero que cubre poco, y donde los chiquillos no usan nada, las comunicaciones fundamentales entre el infante, el niño y el adulto que se transmiten de un cuerpo a otro, se hacen muy reales. En nuestra sociedad hemos inventado recientemente un método terapéutico que deduce trabajosamente de los recuerdos de los neuróticos o de las fantasías desembarazadas de los psicópatas cómo el cuerpo humano, sus apariciones y desapariciones, determina la imagen que del mundo se forma el individuo en crecimiento. El analista observa en su consultorio cómo el niño juega con una fuente, hace tortas de barro, coloca escudillas unas dentro de otras y las guarda en un sitio seguro y guía un tren de miniatura hacia un túnel con certeza y ufana puntería. Observa al niño alterado, traído porque su costumbre de comerse todo resultó fastidiosa cuando se comió las entradas para el teatro, llenarse la boca de pedazos de papel y destrozarlos con los dientes. Observa cómo el niño toma bolitas de plastilina y le pone pechos al muñeco para luego arrancárselos airadamente, o cómo le coloca órganos genitales masculinos a una muñeca y luego la castra con las tijeras de juguete. En estas sesiones largas y lentas, interrumpidas por la resistencia de los padres que hace tiempo aprendieron a ocultarse toda relación inmediata con el cuerpo, se reconstruyen las imágenes del niño, y gran parte de esta reconstrucción todavía le parece al adulto corriente de nuestra sociedad un asunto bastante grotesco. Le parece más grotesco aún cuando el paciente adulto tendido en el diván brinda largas y detalladas descripciones de sucesos de su niñez que los padres saben que no pueden haber tenido lugar ya que el niño vivía plácidamente en su camita en un cuarto aparte. Los que se han transformado saludablemente en adultos normales en nuestra sociedad, no pueden aceptar con facilidad los símbolos que se revelan en el consultorio o en el hospital. Después de todo, si bien los niños muerden los flecos del cobertor y la borla de la gorra, no llegan por lo general a comerse las entradas. Y casi todos los adultos, aun los que han sido muy bien criados, se ríen a carcajadas en cualquier función de variedades en que se haga referencia a las bananas. Pero para la mayoría de nosotros durante la mayor parte del tiempo las entradas, las tiras cómicas y las etiquetas de los equipajes son simplemente entradas, tiras cómicas y etiquetas de equipaje; las bananas son, fuera de la escena, frutas que recomendamos para los niños, pero que los adultos no tenemos por qué comer. El penetrante conjunto de imágenes corporales del

niño se atenúa, se nubla y se transforma en una conducta social admisible, quedando apenas un hilillo en la memoria como fuente oculta de la que brotan luego las risitas de los adolescentes y las carcajadas de los adultos. Y así debe ser. La civilización depende de la ordenada transformación de las experiencias primarias de la niñez en el simbolismo disciplinado de la vida adulta, en la que los bastones son distintivos de clase o de individualidad, los paraguas sirven para resguardarse de la lluvia, y los bolsos contienen los objetos que uno necesita llevar consigo, y es tan evidente la distinción entre lo que es comestible y lo que no lo es, que el tragarse una espada resulta una divertida prueba de circo. Los que no logran hacer estas transformaciones se vuelven locos y llenan los manicomios. Los que conservan el acceso a sus primeros recuerdos y tienen además talento y habilidad se convierten en artistas y actores, los que pueden combinar estas experiencias fundamentalmente humanas con cierta visión y con el amor a la humanidad se convierten en profetas; los que combinan este fácil acceso a las primeras imágenes con el odio, se vuelven demagogos peligrosos, como Hitler y Mussolini. Sin embargo es necesario para todos — para los que dirigen y los que escuchan, para los que actúan y para los que aplauden, para el pintor y para los que surten su imaginación menos fértil con las escenas del lienzo — que haya un velo entre la niñez y el presente. Si se retira el velo, la imaginación artística languidece y se extingue, el profeta se mira al espejo con ojos desilusionados y cínicos, y el hombre de ciencia se va de pesca. El auditorio, la clase y la multitud quedarán también irrevocablemente despojados. Hace mucho tiempo, uno de los vecinos de una aldea de Nueva Inglaterra recibió una manifestación divina en el sentido de que todos hicieran lo que quisieran. Tristemente, pero con ejemplar rebeldía, los aldeanos se quitaron la ropa y empezaron a andar a gatas, gruñendo como animales. A ninguno se le ocurrió nada mejor.

La significativa y saludable función de la transformación de la experiencia corporal primaria en estilizaciones aceptadas por la cultura quedó perfectamente demostrada en el caso reciente de una niña internada en una sala de niños psicópatas.[1] La niñita había vivido con su madre en un prostíbulo. Al entrar en el hospital dibujó repetidamente una casa, un árbol y una iglesia, pero se refería al dibujo diciendo que era ella misma, un falo y la vulva de su madre, y "no me contradiga". Lentamente, a medida que fue recobrando la salud y el equilibrio, la pesadilla de las experiencias del prostíbulo se fue desvaneciendo, y la casa fue simplemente una casa; el árbol, un árbol con manzanas, y la iglesia, una iglesia; y la niña pudo abandonar el hospital.

Si esto es cierto, si los dotados de talento y los sanos deben conservar con gran esfuerzo los velos de reinterpretación que los separan de una infancia profundamente física, con impulsos de ira incontrolable y de

una determinación asombrosa, ¿cuál ha de ser el procedimiento del científico que, a fin de esclarecer nuestra comprensión de los problemas que enfrentamos actualmente, no puede rasgar estos velos, porque sólo podrían repararse insegura e imperfectamente, sino que debe hacerlos transparentes? En primer término, el científico debe tener la clara intención de explorar la primera infancia en nombre de una humanidad más completa, de una humanidad que esté mejor capacitada para utilizar los símbolos de nuestra gran tradición. En segundo término, el lector debe comprender que puede sentirse tranquilo viviendo largos años con un cuerpo que se ha civilizado, que tiene dientes que mastican los alimentos pero que no muerden a sus semejantes, que tiene cavidades que sirven para digerir la comida en ambos sexos y para concebir hijos en las mujeres, y que no son cuevas de brujas en las que podrían encerrar y destrozar a sus enemigos, que tiene órganos genitales hechos para el amor y no para las guerras extrañas y oscuras de niñitos furiosos atrapados en un mundo infantil de gigantes. El hecho de que las clínicas y los jardines de infantes demuestren que el proceso de civilización es difícil y lento y que en los niños de cuatro y cinco años se pueden notar a veces —observándolos detenidamente— claros indicios de que aún no están civilizados, no significa que la mayoría de nosotros no lo estemos y que no podamos permanecer civilizados. El lecho es una tentación irresistible cuando uno tiene fiebre, las piernas flojas o un dolor de cabeza, pero el hombre y la mujer corrientes pueden, por muy fatigados que estén, pasar la mañana de compras en una tienda llena de muebles de estilo, o vagar toda una tarde por los salones de época de Fontainebleau o Hampton Court o del Museo Metropolitano sin dejarse caer sobre un cobertor antiguo. Si hemos de comprender realmente las diferencias fundamentales que existen entre los sexos y cómo estas diferencias se desarrollan durante la infancia y la niñez —a medida que el niño crece y va utilizando cada centímetro de su piel, cada músculo en tensión, cada una de las sensibles mucosas, para aprender, para explorar, para conocer el mundo que lo rodea—, es preciso explorar esta infancia, que hemos dejado atrás y que tienen por delante las generaciones futuras, y explorarla sin reacciones violentas, sin fascinación, sin desviar los ojos, por lo que representa en sí: el proceso mediante el cual se adquiere jerarquía humana.

Pero el hecho de que comencemos por los niños no significa que las culturas humanas sean obra de las criaturas. Las experiencias de los niños en un mundo en el que los mayores ya tienen determinadas maneras de vivir, les sirven a su vez cuando llegan a adultos para decidir si han de adaptarse y seguir con dichas maneras de vivir o si han de rebelarse y desecharlas. Al seguir las etapas a través de las cuales el niño aprende su civilización, descubrimos un proceso de transmisión y no de creación, pero el camino no es por eso menos revelador.

Se sabe muy poco acerca de las experiencias que el niño tiene en la matriz y acerca de la forma en que las distintas culturas precisan dichas experiencias. Los arapesh dicen que el niño duerme hasta que está pronto para nacer y que entonces desciende de cabeza. Los iatmules creen que el niño puede a su antojo darse prisa o demorar para nacer. "¿Por qué me riñes?", le decía Tchamwole a su marido. "Este niño va a nacer cuando quiera. Es un ser humano y escoge el momento de su nacimiento. No es como los cerdos y los perros, que nacen cuando los demás dicen." "El parto es difícil", dicen los tchambulis, "porque la madre no ha juntado bastante leña." Es probable que en diferentes sociedades, por la mayor o menor autonomía de movimiento que se le atribuye al niño o por la conducta activa o plácida que se le impone a la madre, el proceso de aprendizaje comience en la matriz y que se pueda interpretar de distinto modo para cada sexo. Es posible que haya profundas afinidades bioquímicas entre madre e hija y contrastes entre madre e hijo que desconocemos en absoluto. En el instante mismo de nacer, ya sea que la madre esté en cuclillas aferrada a dos palos o a un trozo de roten colgado del techo —apartada entre mujeres o sola con su marido sosteniéndola del talle, sentada entre un grupo de visitantes dedicados al juego o sujeta a una moderna mesa de parto—, el niño experimenta un violento contacto inicial con el mundo cuando es sacado, arrastrado, impelido y expulsado de cabeza desde un medio apacible y perfectamente modulado hacia el mundo exterior, donde la temperatura, la presión y la nutrición son diferentes, y donde tiene que respirar para vivir. Puede haber aquí una intervención cultural, en el sentido, por ejemplo, de salvar al varón y estrangular a la niña, pero no tenemos noción alguna sobre si el nacer en sí tiene distinto significado para el varón y para la mujer. Parece que existe una diferencia de sensibilidad entre la piel de los varones y la de las mujeres; y la piel sensible es uno de los indicios que pueden inducir a un varón a clasificarse como mujer, mientras que una piel recia puede ser el motivo de que una niña parezca masculina ante sus propios ojos y ante los ojos de los demás. La conmoción que sufre la piel es una de las mayores que se experimenta al nacer, y donde hay una diferencia definitiva es posible que haya también una diferencia inicial. En nuestra sociedad la imagen que tenemos del ritual escrupulosamente observado en la sala de partos, en la que la mente evoca una temperatura uniforme regulada por el termostato, los más perfectos aceites y ungüentos medicinales y la gasa más suave para envolver al niño, disimula y no permite comprender la conmoción que representa el nacimiento. La conmoción es evidente cuando el niño nace a la intemperie en la ladera de una colina, donde la madre y las mujeres que la atienden se agachan alrededor de una pequeña fogata hasta que por último el niño cae suavemente sobre una hoja fría y cubierta de rocío para permanecer allí duran-

te unos cinco minutos, mientras la madre le corta y le ata el cordón umbical, envuelve la placenta y le limpia los ojos y la nariz. Sólo entonces toma la madre en sus brazos a la pobre criatura expuesta a un mundo hostil, y la acurruca contra el pecho. Ya sea o no fundamentalmente distinta para cada sexo esta experiencia inicial, el concepto que más adelante se formarán de su sexo puede abarcar la experiencia que saben que han sufrido. El anhelo de un mundo en el que la presión sea uniforme en todo el cuerpo y la respiración no requiera esfuerzo, la aspiración de los místicos de todas las épocas, puede representar cosas muy diferentes en la fantasía de una pareja que espera un hijo. Para la madre puede significar un sentido más profundo de la relación protectora que hay entre ella y el niño que lleva en la matriz, para el padre estos recuerdos pueden representar una amenaza o una tentación. Para él la identificación con el hijo es por lo menos en parte inadmisible, porque convertiría a su mujer en su madre. Estas fantasías pueden traerles a ambos recuerdos de la época en que naciera un hermano menor, y entonces tanto el padre como la madre se defenderán del recuerdo de distinto modo. No sabemos qué huellas específicas quedan realmente en el sistema nervioso de la conmoción que se sufre al nacer, pero observando cuidadosamente las distintas maneras de tratar a los niños recién nacidos — los acunan suavemente contra el pecho, los toman por los tobillos palmoteándolos, los arropan de tal modo que la luz no los toca hasta que tienen ya varias semanas, o los sostienen con los brazos tiesos para que se las arreglen solos, como ranitas — se comprueba que estos primeros tratos coinciden con el tratamiento que se les da posteriormente y con las fantasías que tendrán luego. Por muy poco que aprenda el niño al nacer, la madre, la comadre que la atiende y el padre que aguarda o que se marcha a consultar al brujo, conservarán la huella de la experiencia del nacimiento y se la transmitirán al niño. Nuestras teorías de las nociones humanas sufrirían una alteración esencial si se comprobara que los varones y las mujeres recuerdan, en forma diferente, la primera experiencia violenta de la temperatura y la respiración, o si se enteran de ella a través de las imágenes y de la poesía del mundo adulto. Pero de cualquier modo, tanto si el varón aprende algo diferente de la voz de su madre porque recuerda, muy en lo íntimo, una conmoción menos intensa en su piel, o porque comprende que sólo puede experimentar el nacimiento una sola vez, mientras que la niña vive anticipadamente al nacer el momento en que dará a luz a su propio hijo, de cualquier modo la experiencia del nacimiento forma parte del equipo simbólico de las mujeres, que están hechas para concebir hijos, y de los hombres, que nunca los han de concebir.

A partir del nacimiento — y probablemente también desde antes — pueden distinguirse tipos contrastantes de conducta en la actitud de la madre hacia el niño. El niño puede ser tratado como una pequeña

criatura íntegra: pequeño animal, pequeña alma, pequeño ser humano, según sea el caso, pero siempre íntegro y hasta cierto punto capaz de oponer su voluntad y sus necesidades a las de su madre. Esta conducta se puede denominar *simétrica*[2] ya que la madre procede como si el niño fuera esencialmente igual a ella, como si ella respondiera a una conducta similar a la suya. O puede tratar al niño como si fuera un ser diferente, que recibe cuando da, poniendo todo el énfasis en la diferencia que hay entre su conducta y la del niño, mientras acaricia, cobija y, sobre todo alimenta a una criatura débil que depende de ella. Esta relación puede denominarse *complementaria* ya que cada uno desempeña un papel diferente y los dos papeles se complementan. Aparece un tercer tema cuando se considera que la conducta de la madre y el niño entraña un intercambio, recibiendo el niño lo que la madre le da, y devolviéndolo luego en la eliminación. No se subraya el carácter simétrico o complementario de los papeles, que implica una sensación de ambas personalidades — como siendo del mismo tipo o, en este caso, como teniendo diferentes conductas adecuadas —, sino que se pone de relieve el intercambio de cosas entre madre e hijo. Esta conducta puede denominarse *recíproca.*[3] En la versión recíproca de las relaciones el amor, la confianza, las lágrimas equivalen a los objetos físicos, pero el intercambio de objetos físicos sigue siendo el prototipo. Todos estos temas se encuentran presentes en las distintas versiones culturales de la relación entre madre e hijo. Cuando se subraya la individualidad íntegra del niño, hay simetría; cuando se subraya su debilidad y su impotencia, hay conducta complementaria; cuando la madre le da al niño no sólo el pecho sino la leche, comienza la reciprocidad. Pero las culturas difieren mucho en cuanto al énfasis que le dan a cada uno de estos aspectos. Por lo tanto podemos ver los contrastes que hay entre madres pertenecientes a culturas que subrayan aspectos diferentes. Los arapesh tratan al niño como si fuera un pequeño objeto suave, frágil y precioso que se debe proteger, alimentar y mimar. No sólo la madre, sino también el padre, tienen que cumplir con esta protección absoluta. Después del nacimiento, el padre deja de trabajar y duerme al lado de la madre, debiendo abstenerse de copular, aun con su otra esposa, mientras el niño sea pequeño. Cuando la madre anda por la casa o por la aldea lleva al niño colgado debajo del pecho por medio de una banda de género de corteza o en una suave bolsa de malla donde el niño se acurruca como lo hacía en la matriz. Siempre que quiera comer, aunque no dé muestras de hambre, se lo alimenta con serenidad e interés. Se pone de relieve así la receptividad de la boca tanto en los varones como en las niñas. Durante la larga y amparada infancia, mientras son llevados por los escarpados caminos de la montaña en bolsas sostenidas con la frente por sus madres o sobre los hombros de sus padres, sin que jamás se les haga cumplir con tareas difíciles o agotado-

ras, todo su interés se concentra en la boca. Ni siquiera el pecho que está casi siempre a su alcance le proporciona suficiente estímulo a una boca a la que se le ha dado tanto énfasis, y los chiquillos juegan incansablemente con los labios, haciendo burbujas, pellizcándoselos o frunciéndolos con los dedos. Entretanto, la acción prensil de la boca no se desarrolla. El pecho que se le ofrece fácilmente no tiene por qué ser arrebatado o mordido. El modo de llevar a los niños no hace hincapié en que las manos aprendan a asir; cuando así ocurre esto refuerza las posibilidadades prensiles de la boca. El niño arapesh, varón o niña, sigue tomando, receptiva y pasivamente, todo lo que le ofrecen y tiene rabietas si se le llega a negar el alimento, como puede suceder por necesidad, ya que el pueblo sufre gran escasez de víveres.

Tanto los niños como las niñas van conociendo la vida valiéndose de la boca. Cuando miran, sus ojos reflejan la misma expectación pasiva. Los ojos se les iluminan y las bocas gritan de entusiasmo cuando se les muestra un color hermoso, pero las manos no se extienden agresivas, ni las miradas escudriñan o examinan con curiosidad activa. Entre los arapesh la comunicación entre el infante y los demás se establece a través de una parte del cuerpo, que se ha especializado intensamente, la boca, y de un aspecto de la boca, la receptividad pasiva. Los arapesh de ambos sexos, como todos los seres humanos, deben aprender eventualmente a usar el cuerpo entero en el acto de madurez sexual que conduce a la procreación. Esto le resulta bastante fácil a la mujer arapesh.[4] Se necesita un cambio muy leve de actitud para transferir la sensación de agradable expectación, de retención suave y optimista, de la boca a la vulva. Entre los arapesh era posible ver a una esposa desdeñada traerle con afán la comida al marido negligente, quedando patéticamente agradecida si él la comía, pero jamás oí a ninguna mujer quejarse de la incompetencia sexual del esposo. No se oyen acusaciones de poca potencia cuando riñen al caer la tarde. Cuando siguen el patrón establecido para el matrimonio, según el cual el marido, siendo todavía un jovencito de doce o catorce años, empieza a alimentar a su prometida, desempeñando el papel que su madre y su padre han desempeñado antes para con él, y el matrimonio no sufre interrupciones, la mujer se encuentra en una posición psicológica que es la evolución perfecta de su experiencia infantil: pasiva, subordinada, mimada. A su vez trata a los hijos del mismo modo.

Pero, ¿qué le sucede al varón arapesh? ¿Qué preparación le proporciona para la vida en una agreste región de Nueva Guinea, rodeada de tribus de feroces cazadores de cabezas y brujos chantajistas, la noción de que la relación primordial con los demás está basada en la receptividad pasiva o en el suministro de alimento y bebida? No se vuelve homosexual dentro de la sociedad, aunque hay mucha confianza y cordialidad y risitas de amor pueril entre los varones. Pero la actitud inversa —el deseo de dominar, de imponerse, que serviría de base para la homosexualidad activa— no se practica lo suficiente, ni está lo bastante desarrollado el resentimiento asertivo de la pasividad como para dar lugar a un tipo de homosexualidad en el que se intercambien los papeles activos y pasivos. Los hombres adultos son varones heterosexuales que desconfían muchísimo de las mujeres extrañas, de sexualidad acentuada, de las tribus vecinas, que les quitarán parte del semen para utilizarlo en brujerías. Aun la cópula con sus propias esposas, a quienes han alimentado y mimado, no entraña una confianza absoluta, sino que es un rito por el cual las excreciones genitales de cada uno le son entregadas ceremoniosamente al otro. Y hasta dentro del círculo doméstico, tan bien definido, esto puede resultar peligroso. No hacen la guerra casi nunca y permiten que sus vecinos más agresivos los extorsionen, los amenacen, los intimiden y los sobornen; admiran tanto las producciones artísticas de otros pueblos que prácticamente no tienen arte propio. Cuando van de caza arman trampas y esperan a que el animal caiga, o "caminan por el bosque para ver si encuentran alguna presa" y las peleas entre los cazadores son motivadas porque discuten acerca de quién divisó primero al animal. Las ceremonias masculinas de los arapesh, de las que quedan excluidas las mujeres, subrayan simbólicamente la naturaleza de la maternidad. Los hombres se hieren los brazos, dejando correr la sangre que luego mezclan con leche de coco para dársela a beber a los novicios, que en esta forma ritual se convierten en sus hijos (porque el niño al nacer sólo lleva la sangre de la madre). Todos los violentos recursos utilizados en la iniciación, la subincisión, el golpearse con ortigas, etcétera, contribuyen, a su manera de ver, al crecimiento de los novicios. Los jóvenes que han comido por falta de precaución alimentos prohibidos —frase que también usan para referirse a la promiscuidad sexual— se hieren el pene y dejan correr la sangre para recobrar la salud. Por consiguiente, la crianza que los arapesh dan a sus hijos subraya la conducta complementaria de tal modo que les resulta muy fácil a las mujeres transformarla para asumir el papel femenino adulto. Solamente sufre la mujer que, a pesar de estas nociones impuestas, tiene una sexualidad positiva y tiene interés en la culminación del placer. Pero se trata de una sociedad en la que es mucho más difícil ser varón, especialmente en los aspectos afirmativos, creativos y productivos de la vida, de los que depende la estructura de una civilización. Si bien la crianza es adecuada para la mayoría de las mujeres, sólo resulta apropiada para algunos hombres.

Pero la receptividad es sólo una de las modalidades de conducta propias de la boca del niño pequeño que pueden transferirse a otras partes del cuerpo. La boca no es únicamente dócil y receptiva, los labios infantiles son capaces de algo más que de exprimir suavemente

el pezón; la boca es también un órgano prensil exigente y las encías del niño más pequeño pueden morder salvajemente el pecho que no le da satisfacción. Cuando la madre toma al niño en brazos por primera vez puede tratarlo como si fuera una criaturita receptiva o una criaturita activa y exigente armada de voluntad propia y de dientes. Esta relación activa es todavía más complementaria; el niño toma, la madre responde con resignación o con una acción recíproca, o quizá retirándole el pecho si el niño reclama demasiado. Entre los cazadores de cabezas iatmules hallamos que tanto la conducta receptiva como la exigente están muy desarrolladas. Desde su nacimiento se trata al niño como si fuera una entidad aparte con voluntad propia, y en seguida, antes de que la madre tenga leche, la nodriza le introduce el pezón en la boca con solicitud, pero al mismo tiempo con algo de ese gesto que tienen las madres cuando le ponen el pezón en la boca al niño que llora, como quien tapa una botella de gaseosa.

Cuando el niño iatmul tiene algunas semanas la madre ya no lo lleva a todas partes, ni se sienta con él en la falda, sino que lo deja encima de un alto banco a cierta distancia, desde donde tiene que llorar con ganas para que lo amamanten. Segura de que tiene hambre, la madre se llega hasta el niño y lo alimenta generosa y serenamente, pero cuando el niño ha tenido que llorar de veras para que le den su alimento come con más determinación y aumenta también el vigor con que la madre le introduce el pezón en la boca. Antes de que el niño tenga dientes, se le dan a roer trozos duros de carne de ave y cuando los dientes le empiezan a salir los corta con las conchas del collar de su madre. A través de este intercambio entre madre e hijo, se va desarrollando la sensación de que la boca es un órgano imperioso y exigente, que toma todo lo que puede de un mundo que no está muy mal dispuesto a dárselo. El niño adquiere noción de una actitud ante el mundo: que si lucha bastante, alguien que lo trata como a un igual cede, y que la ira y el hacer sentir imperiosamente los derechos tienen recompensa.[5]

Los niños de ambos sexos se forjan imágenes que luego influirán sobre su concepto de la cópula; la niña se forja una imagen más activa del papel femenino. Más adelante, en las ceremonias de iniciación se harán descender figuras que representan vulvas gigantescas sobre las cabezas de los novicios.[6]

A orillas de uno de los afluentes del río Sepik viven los mundugumores, quienes exageran aún más las actitudes activas de las mujeres iatmules hacia los niños de pecho. A las mujeres mundugumores les disgusta positivamente tener hijos y les disgustan los niños. Llevan a las criaturas en ásperas canastas opacas que les raspan la piel, y luego sobre los hombros, bien lejos del pecho. Amamantan a los hijos de pie, apartándolos en cuanto están un poco satisfechos. A los recién nacidos que algunas veces adoptan los hacen pasar hambre para que chupen

luego con fuerza de los pechos hasta que les venga la leche. Aquí hallamos que el desarrollo del carácter subraya la avidez impaciente, irritada. En la vida adulta el amor se hace como si fuera el primer asalto de una pelea y los mordiscos y los arañazos figuran prominentemente. Cuando los mundugumores capturaban a un enemigo se lo comían y luego contaban el incidente riendo. Cuando un mundugumor se enojaba hasta el punto de estar furioso consigo mismo, se metía en una canoa y se dejaba llevar por la corriente para que lo devorara la tribu vecina.

En estas tres tribus la boca tiene un papel importante, como medio del que se valen los adultos para comunicarle al niño sus actitudes organizadas con respecto al mundo. Es probable que al mismo tiempo que se alimenta, el niño vaya adquiriendo cierta noción de la disposición del mundo para darle o negarle comida, para ofrecer pródigamente o repartir con parquedad. Pero a fin de lograr una comunicación genuina, que le sirva de base al niño para comprender su cultura y su papel sexual, es preciso que la boca le interese tanto al adulto como al niño. Cuando una mujer se ha formado el concepto de su propia receptividad femenina a través de la forma en que ha sido alimentada de niña, el proceso está presente cuando le introduce el pezón en la boca a su hijo, y es aparentemente a través de este intercambio como se adquieren las nociones fundamentales en la sensibilidad de los labios, en la perioricidad del apetito, en la fuerza del impulso para mamar. Estas diferencias, que en realidad pueden estar sistemáticamente relacionadas con el tipo de complexión, tienen gran importancia porque constituyen la base del carácter individual, pero la individualidad se desarrolla como una versión de la actitud general que prevalece en la sociedad, en la clase social o en la región donde se cría el niño.

En algunas culturas los adultos se interesan menos por la boca y demuestran en cambio más preocupación por enseñarle al niño a controlar el intestino. La alimentación se cumple más sencillamente ya que no tiene la misma implicancia, en tanto que las principales nociones que adquiere el niño tienen relación con el otro extremo del canal gastrointestinal cuya modalidad de conducta no es la receptividad pasiva y la exigencia activa, como en el caso de la boca, sino la retención y la evacuación. En este caso el énfasis se desvía de la relación complementaria hacia la relación entre el niño y lo que primero ingiere y luego expulsa. Así se conocen las relaciones entre la persona y las cosas, subrayándose las relaciones recíprocas en vez de las simples relaciones complementarias. La posterior transferencia a los órganos genitales de las actitudes referentes a la eliminación da origen a la pudibundez, al apuro, a la ausencia de gozo y de caricias previas en la cópula. Este tipo de carácter en el que la comunicación más destacada

entre madre e hijo es el énfasis sobre el control de la eliminación es bastante frecuente en nuestra sociedad. Figura prominentemente entre los manus de las islas del Almirantazgo un grupo de puritanos eficientes cuyas mujeres jamás menean las faldas de hierba al andar —las faldas no son, al fin y al cabo, más que un artículo como cualquier otro de continuo tráfico de mercancías—, donde a las jóvenes no les está permitido coquetear y donde el amor, aun el afecto entre hermano y hermana, se mide en mercaderías. En estas aldehuelas de la Edad de Piedra existía la prostitución, y el dueño de la prostituta, una cautiva de guerra, ganaba dinero. Aquí las mujeres no se quitan jamás las faldas, ni siquiera cuando dan a luz. Entre marido y mujer la cópula es algo vergonzoso que se hace de prisa y a escondidas, y entre otros es adulterio, castigado severamente por los espectros tutelares vigilantes y puritanos. Los papeles que desempeñan los hombres y las mujeres están muy poco diferenciados; todos tienen importante participación en el ceremonial religioso e intervienen en los negocios. Si un hombre es estúpido, los parientes le buscan una esposa lista para compensar su deficiencia. El acto sexual viene a ser algo así como una excreción compartida y entran en juego las actitudes que ambos sexos han adquirido durante la infancia, aunque no en igual medida, ya que el papel sexual de la mujer es denigrado, mientras que el hombre sigue hasta cierto punto cumpliendo con una actividad que le han impuesto. Pero es tan grande la desestimación del sexo y de la atracción sexual que esta diferencia entre los conceptos que se forjan los hombres y las mujeres pierde significación. La sodomía, algo frecuente entre los jóvenes, es uno de los naturales resultados de esta educación.

Por otra parte, un pueblo puede demostrar mucho menos interés por los extremos del canal gastrointestinal. Pueden alimentar a los niños de una manera positiva sin énfasis alguno, demostrar hacia la eliminación una absoluta indiferencia, y comunicarse con ellos en cambio por la forma de tomarlos en brazos, de oprimirles los bracitos y las piernas, de abrazarlos y tocarlos, por el juego de tensiones entre el niño y quien lo sostiene. Los balineses, por ejemplo, logran cierta comunicación por medio de la boca, pero en esta comunicación el énfasis recae sobre el alimento ya masticado (es decir, por analogía, ya digerido), una mezcla de bananas y arroz que apilan sobre los labios indefensos del niño y que le hacen tragar sin piedad en cuanto abre la boca para protestar. La consecuencia lógica de este asalto es una fuerte tendencia a cubrirse, a taparse la boca más adelante. Se come con gran vergüenza, mientras que se bebe con naturalidad y con placer; el arquetipo es libar de un pecho vuelto hacia arriba sobre el que se sostiene al niño. Existe una dicotomía fundamental en la vida balinesa entre lo frívolo y lo serio, entre las comidas pesadas y la defecación por una parte, y las comidas ligeras y la micción, por la otra, entre

acostarse con la esposa y acostarse con una extraña con quien se tropieza al azar. La criatura se encuentra por primera vez frente a esta dicotomía en la alimentación. Pero, a diferencia de los otros cuatro pueblos que he mencionado, los balineses le dan énfasis a los órganos genitales desde muy temprana edad. La madre, el chiquillo que lo cuida y todos los que lo rodean juguetean constantemente con el pene del niño. Acompañan el cosquilleo repitiendo las palabras, "buen mozo, buen mozo", calificativo que sólo emplean para los hombres. A las niñitas les acarician suavemente la vulva, susurrándoles el calificativo femenino correspondiente: "Linda, linda, linda". Hay muy poca diferencia entre el trato que la madre le da a su hijo y el que le da al pene del niño. El mismo palmoteo, las mismas caricias se repiten mientras que los demás también toman en brazos al niño jugando con él como juegan con su pene.

Pero la mayoría de las nociones del niño balinés tienen relación con su cuerpo entero, con la forma en que la madre lo toma en brazos como si fuera parte de su cuerpo; el niño, pasivo y tranquilo, se mece en el cabestrillo mientras ella maja arroz o hace sus tareas con movimientos rápidos y rítmicos. El niño se va creando una relación con el mundo semejante a la de una parte integrante con el todo, en la que cada parte de su cuerpo es una unidad y sin embargo es parte integrante del todo. La valoración de la sexualidad se basa primordialmente en la valoración del pene. La homosexualidad masculina no es cuestión de reivindicación complementaria, sino un anhelo de poseer toda la masculinidad posible, y en los casos de homosexualidad femenina —en los palacios de los viejos rajás, por ejemplo— se utilizaban falos postizos. Cuando los chiquillos se ponen el dedo en la boca explorándola, ponen aparentemente más énfasis en la sensación que experimentan en la superficie del dedo que en las sensaciones de los labios y de la cavidad oral. Se corteja con los ojos y todo el juego galante se concentra en las miradas. La frase que usan para describir el juego de los ojos es "como se miran dos gallos de riña", y la tensión decae rápidamente luego de este choque de sentimientos. Aun esta exploración tan esquemática de la forma en que los miembros de diferentes culturas les comunican a los niños sus actitudes culturales históricas puede dar una idea de lo infinitamente complicado que les resulta el proceso de forjarse un concepto del papel sexual adulto a los seres humanos que tienen que estar durante tantos años sujetos a las estilizadas presiones de los adultos. El cuerpo del niño con sus orificios está expuesto a innumerables presiones, estímulos, prohibiciones y énfasis. Puede ser cuidado por mujeres, o por hombres y mujeres, por niñas o niños. Puede ser como si fuera parte de su madre, o como si fuera una persona íntegra, o parte de una persona, o un escarabajo o un dios. Pero cualesquiera sean las estilizaciones de su crianza, el acto sexual adulto sigue

siendo un acto complementario: el varón introduce, la mujer recibe, por más que estos principios anatómicos se quieran falsear o ignorar. Cada niño se forja, a través del trato que recibe de los adultos de ambos sexos, una imagen de su cuerpo y del sexo opuesto, que luego formará parte de su capacidad y de su papel sexual. Probablemente, el énfasis sobre la boca como zona de intercomunicación entre los adultos y los niños proporciona imágenes más intensas para el acto sexual, pero al mismo tiempo entraña gravísimos peligros porque la apreciación demasiado vívida de las gratificaciones de la receptividad es incompatible con el papel masculino adulto, y puede hasta conducir a la inversión; mientras que si se da mucho énfasis a los aspectos afirmativos y exigentes de la boca se puede suscitar una imagen femenina demasiado activa, demasiado exigente, y amenazante. En las disputas conyugales los maridos iatmules protestan agriamente porque las mujeres exigen demasiado de su capacidad para la cópula.

Por lo tanto, hemos visto que el énfasis sobre la boca o los órganos genitales es fundamentalmente de carácter complementario, y conduce a la adopción de ciertas actitudes con respecto a la actividad y a la pasividad, a la iniciativa y a la correspondencia, a la introducción y a la recepción. También hemos visto que el énfasis sobre la eliminación puede fácilmente recalcar la reciprocidad y el énfasis sobre la ingestión, retención y evacuación, la mesura en dar y recibir. A fin de hacer de esta conducta una conducta simétrica, es preciso ignorar o falsear estas relaciones parciales que son esencialmente asimétricas. Cuando la distorsión es activa, encontramos situaciones como las que reproducen cuando riñen las mujeres iatmules y una le dice a otra: "Voy a copular contigo", contestándole la otra con la misma furia: "¿Con qué?" El hombre balinés conserva las relaciones simétricas rechazando específicamente las situaciones complementarias. Se tapa la boca y los oídos, niega su correspondencia y su receptividad, y no permite que lo convenzan por medio de la oratoria. Se doblega, y a menos que su superior demuestre la más estilizada conducta complementaria, exagera súbitamente su propia conducta en términos complementarios y le hace correr el riesgo de degradarse. El superior, para recobrar el equilibrio, debe renunciar a la arrogancia complementaria.

Pero un conjunto igualmente importante de nociones, que luego formarán parte de los conceptos del niño sobre su papel sexual, le es ofrecido por las diferencias de tamaño en el mundo que lo rodea. Las diferencias de tamaño entre padres e hijos parecen a primera vista fijas y por lo tanto inmutables; no obstante, las sociedades en realidad las utilizan de muy distintas maneras. El adulto puede subrayar el parecido entre el niño y el padre y vestirlo como un adulto, quitándole toda relevancia a la diferencia de tamaño y destacando la diferencia de sexo. En ciertas regiones del antiguo Japón un niño de cuatro años, por

ser varón, podía aterrorizar a su madre y a las demás mujeres de la casa. Su masculinidad contrarrestaba una diferencia de tamaño que le hubiera permitido a cualquiera de las mujeres darle una buena zurra. Cada vez que se subraya la identidad del sexo a expensas del contraste en el tamaño, se destaca la significación y el carácter complementario de los dos sexos. Pero cuando se agrupa a los niños sin distinción alguna considerándolos inferiores en categoría o en fuerzas a los adultos de ambos sexos, se les resta toda importancia a las diferencias de sexos. Algunas culturas hacen uso de un tema, otras se valen de los dos. Entre los iatmules, que demuestran acentuada preferencia por la conducta simétrica, cuando dicha conducta es posible, se utilizan complicados recursos para no perder el control de las posibilidades de que se desarrolle una conducta complementaria entre los hombres. La criatura conoce simultáneamente las posibilidades de la pasividad y de la receptividad, a través de la forma afirmativa en que su madre lo amamanta, y las ventajas de la exigencia imperiosa porque no es alimentado hasta que no haya hecho sentir su reclamo. Las madres no sólo tratan a los recién nacidos como si fueran seres íntegros dotados de voluntad propia, sino que es muy corriente ver a una madre desafiando a un niño de dos años, que huye chillando de miedo al palo con que lo amenaza, pero con el que sin embargo nunca le pega. Se le permite escapar agotado por el esfuerzo, mientras la madre vuelve a sus tareas comentando lo fuerte y lo intratable que es el chico. Los hombres adultos ahuyentan a los niños arrojándoles piedras; los padres se pasean furiosos por la aldea lanzando imprecaciones contra sus hijos de ocho años, que pueden por ejemplo haber quemado una valiosa huerta de sagú. De mil maneras diferentes los adultos le dicen al niño: "Eres muy fuerte, más de lo que pareces, más aún de lo que tú te sientes. Tan fuerte eres que puedes ser nuestro rival y vencernos." Y cuando la madre toma algo para comer el niño grita rabioso y la obliga a darle un pedazo primero. Pero, a pesar de esta valorización de su fuerza, los varoncitos están clasificados con las niñas y las mujeres frente a los hombres, que son los más fuertes o quieren creer que lo son. Los varones se sientan con sus madres en las casas de duelo arqueando la espalda, con la misma gracia que tienen las niñitas cuando se sientan a jugar con sus pequeños utensilios de cocina, y llevan también cariñosamente a las criaturas en brazos. Oyen más de una docena de términos para designar la sodomía proferidos por los habitantes de la aldea sin distinción de sexo, pero si dos chiquillos intentan llevar a efecto lo que oyen, los varones mayores los arman con palos y los obligan a pelear. En la vida adulta los ritos complicados en los que los hombres se disfrazan de mujeres parodiando su inferioridad y las mujeres se disfrazan de hombres parodiando su gloriosa ampulosidad figuran frecuentemente en las ceremonias. Y sin embargo en todas las

sociedades los hombres son en general más grandes que las mujeres, más fuertes que las mujeres, y los adultos son en general más grandes y más fuertes que los niños. Se le puede hacer sentir a un niño que su masculinidad es profundamente dudosa porque es tanto más pequeño que un hombre, o que su masculinidad es una posesión inalienable y absoluta porque le otorga una posición de dominio o de preferencia frente a una mujer mucho más grande que él. Una niña puede pasarse la infancia peleando en igualdad de condiciones con los varones, algunos más chicos o más débiles que ella, cuando los niños de ambos sexos se colocan frente al mundo de los adultos, y puede llegar a sentirse en consecuentica tan fuerte o más fuerte que un varón. Una niña puede ser tratada con tan excesiva caballerosidad desde chiquita, que llega a darle a sus encantos femeninos un valor que jamás se le hubiera ocurrido asignarles, si no se lo hubieran acordado hombres tanto más grandes e importantes que ella.

De modo que los tres temas, la oposición complementaria, la reciprocidad y la simetría, están entretejidos en el largo proceso de aprendizaje, compenetrándose y modificándose, siendo posible recalcar un aspecto de la conducta complementaria hasta convertirlo en una forma de conducta simétrica, constituyendo la diferencia de edad la única asimetría — como entre los arapesh, donde lo ideal es que los maridos sean mucho mayores — puesto que la receptividad y la correspondencia están tan subrayadas. O el aspecto imperioso y agresivo de la relación que merced a la lactancia se crea entre madre e hijo puede tornarse dominante, volviéndose ambos sexos imperiosos y exigentes. La noción de los medios del cuerpo se adquiere a través de éste.

4. LOS PATRONES DE EQUIDAD, DE LUCRO Y DE EMULACION DE LA MATRIZ

En el capítulo anterior hemos visto cómo la comunicación mutua entre el niño y el resto de la sociedad humana, en particular la madre que lo amamanta, determina sus primeras suposiciones y nociones acerca del carácter complementario de las relaciones sexuales. Veremos ahora la forma en que estos siete pueblos de Oceanía han delineado, en los ritos y ceremonias, los papeles relativos de los hombres y las mujeres, y como han valorado o desestimado las diferencias anatómicas fundamentales que existen entre los sexos.

Estas crónicas de las casas ceremoniales de los hombres con sus pilares labrados, de mujeres que pescan mientras los hombres dicen discursos, o de hombres que conducen bueyes mientras las mujeres hacen

ofrendas, de hombres con rulos y mujeres rapadas, diligentes y prácticas, de mujeres que andan de modo que las faldas de hierba casi se desvanecen sobre sus cuerpos y de mujeres avejentadas por tener tantos hijos, pueden servirnos de ilustración de dos maneras distintas. No sólo nos insinúan ciertas posibilidades de nuestra sociedad o de otras sociedades que conocemos bien, sino que nos permiten observar con más claridad algunas de las relaciones fundamentales entre los hombres y las mujeres que están oscurecidas por la complejidad y la diversidad de nuestra moderna manera de vivir. Las paredes nos separan en casi todos los momentos importantes de la vida, los colegios separan a los de cierta edad de los otros, la ropa nos separa de nuestros cuerpos y de los cuerpos de los demás. Las pocas ocasiones en que derribamos estas murallas: un funeral al que no es posible dejar de ir, una boda en la que el significado del matrimonio penetra hasta la conciencia algo turbada por el champaña de los invitados que lloran, muy a su pesar y sin saber por qué; el nacimiento en el que un ajuar y un alboroto como para cien niños samoanos disimula la falta de preparación del padre y de la madre; todas estas ocasiones contribuyen a que la imagen que tenemos de nosotros mismos y del sexo opuesto sea aún más fantástica y menos intuitiva.

Es posible que ahora, a mediados del siglo veinte en los Estados Unidos, sea mucho más difícil que antes pensar en los sencillos contornos de nuestro cuerpo porque estamos viviendo en una época en la que, como reflejo de la promiscuidad temporaria de la guerra, se fomenta la falta de decoro en el lenguaje y en los anuncios. Pero por muy largas que tengan las piernas las modelos de las láminas, el hombre que las contempla no se familiariza más por eso con su propio cuerpo ni con el de ellas. Nuestra sociedad nos enseña a no pensar nunca en el cuerpo. Esto nos resulta mucho más difícil si tropezamos en todas partes con imágenes de mujeres seductoras a medio vestir. El puritano, en sus ratos libres, puede pecar con más frecuencia pero no con más facilidad, y todavía se cree que la conciencia corporal constituye inevitablemente una amenaza para los que basan sus nociones de la templanza, la responsabilidad y la decencia en la mortificación del cuerpo. La solución de las dificultades propias de una sociedad puritana no se encuentra en una serie de figuras de chicas con pechos hermosos para el amor, pero que como es notorio no han de amamantar nunca a sus hijos. La solución sería más bien lograr mayor desenvoltura con la ropa puesta; el quitárnosla sólo contribuye a aumentar nuestra ansiedad.

Cuando observamos pueblos exóticos que han creado una manera de vivir totalmente diferente y que viven en un clima donde la desnudez es adaptación y no falta de habilidad para hacerse vestidos de cuero o para ponerles suela a los zapatos, tenemos la oportunidad de seguir el crecimiento del cuerpo, de observar cómo los adultos y los niños se

comunican a través del trato que se le da al cuerpo del niño, y podemos no obstante permanecer vestidos. Sin ninguna referencia directa a nuestro cuerpo, bien alejados de los corpiños rellenos y de la expresión del rostro del abuelo cuando una nieta los usa, podemos observar los medios del cuerpo en un bosquejo delicado y lejano, comprendiendo así lo que son y pueden llegar a ser los seres humanos como no lo podríamos comprender jamás si permaneciéramos en nuestra sociedad, aunque nos desnudemos y descubramos totalmente nuestra piel tan sensible. La búsqueda del siglo XVIII del noble salvaje, de los habitantes del paraíso terrenal inocentes aún, sin que la serpiente los hubiera engañado, puede interpretarse como una evasión, como una curiosidad morbosa o como un deseo de comprender. Hasta el más encallecido e indiferente hombre de negocios que es un dechado de virtud en su pueblo se convierte en libertino cuando va a una ciudad grande, y cuando llega a Bali porque ha visto los pechos desnudos de los anuncios se queda a preguntar: "¿Por qué está esta gente tan contenta?"

Volviendo entonces al niño y a la niña que viven en un mundo donde el cuerpo de los hombres y mujeres de cualquier edad se cubre apenas y se acepta llanamente, vemos que la niña sabe que es hembra y que si espera, simplemente, algún día será madre. El niño sabe que es varón y que si tiene éxito en acciones varoniles llegará un día a ser un hombre y a demostrar su virilidad. Al mirar a las niñas y a las mujeres comparando sus cuerpos con el suyo, puede decir sencilla e indistintamente: "Soy varón y ella no podría serlo nunca", o "¿No serán las mujeres en realidad también varones?" Es posible que el hecho de que haya tantas mujeres solteras y sin hijos en la sociedad occidental sea uno de los factores que le hacen perder al hombre la sensación de que las mujeres conciben y él no, fortaleciendo su concepto de que son hombres imperfectos, varones castrados, incompletos, parciales, que nunca tendrán su importancia porque no están completamente habilitados. Asimismo, en la sociedad moderna la niña al mirar a las demás mujeres no puede decir con certidumbre "puesto que soy una niña tendré un hijo algún día". En nuestro mundo de departamentos cerrados y aislados la noción que adquieren los niños sobre las diferencias entre los sexos está relacionada con las diferencias de ocupación, de vestido y de privilegio. No todas las mujeres tienen hijos, pero la mayoría de los hombres no tienen que lavar platos. Los hombres son aviadores, *gangsters*, capitanes de barcos y policías, son ellos los que ganan las pruebas de esquí y los que llegan a ser presidentes. Es significativo que en los Estados Unidos no se haya encontrado un papel adecuado ni para los hijos ni para la esposa del presidente; sólo tienen papeles interinos y derivados. Pero en las sociedades donde todas las mujeres se casan, y hasta las mujeres estériles pueden generalmente adoptar y

criar a un niño, donde el embarazo es un hecho notorio e interesante, los varones saben que no pueden tener hijos, por más que jueguen a que pueden y que más adelante expresen este deseo colectivamente en ceremonias que emulan la gestación y el parto. Es cierto que el ambiente social, la distribución de hombres y mujeres en las familias y los términos de parentesco les dicen que serán padres, pero es mucho más difícil comprender lo que es ser padre que lo que es ser madre. La niña pone su mano sobre el vientre hinchado de su madre, sabe que allí hay un niño y que algún día también habrá uno dentro de su cuerpo, que es igual al de su madre. Se va a jugar a la arena y se sienta cubriéndose la vulva con arena, encerrándose; ella que ha de alojar un día dentro de su cuerpo a una nueva vida. Pone a su muñeca, a un perrito o a su hermanito en un lugar cerrado y puede imaginarse a sí misma en el futuro. Su capacidad sexual actual es negativa, mientras que la de su hermano es positiva. El puede hacer alarde de su masculinidad, ella en cambio sólo puede aguardar la maternidad.

Para el varoncito su habilitación para el amor es manifiesta, pero, ¿qué significa ser padre? Es algo que tiene lugar fuera de su cuerpo, en el cuerpo de otra persona. Además es algo que lleva mucho tiempo. Uno de los motivos de que sea tan difícil convencer a la gente de la importancia de la nutrición, en contraste con la importancia de la alimentación, es que los efectos de la deficiencia de vitamina C demoran tanto en manifestarse que a muchos adultos les resulta imposible admitirlos. A los niños, cuya mente sólo puede abarcar lapsos muy cortos, y cuya visión del futuro es muy precaria, el concepto de la fecundación, seguida tantos meses después por el parto, les resulta mucho más difícil de entender que la gestación y el nacimiento. Los detalles del análisis simbólico de los juegos de las criaturas indican que los varoncitos que emulan la vida adulta juegan sobre la idea de la cópula y del embarazo, pero juegan menos sobre la idea de la fecundación, una secuencia que ellos inician y otros deben terminar. El hombre, como amante y como realizador, para dar prueba de su virilidad, y la mujer, como hacedora de niños, vista a veces como una realizadora de mayor o menor mérito, cautivan la imaginación del niño. "¿Por qué no copulas con tu mujer en lugar de pegarle?", grita un niño manus de ocho años. Sus nociones sobre el acto sexual son numerosas y variadas, tan numerosas y variadas como las prácticas y las emociones que los adultos de su sociedad se permiten expresar, pero su concepto de la paternidad es vago y su cuerpo no lo valida.

Aunque los adultos no demuestren interés activo o prohibitorio por los órganos genitales infantiles, los niños van adquiriendo cierta conciencia diferencial de los mismos. Ambos sexos experimentan momentos de ardoroso placer orgiástico, y aparentemente los varones los asocian más fácilmente que las niñas con los órganos genitales. Ambos

sexos comprenden paulatinamente — o quizás a veces súbitamente — que los distintos nombres, frases y conductas que les han asignado, "pequeño varón", "pequeña mujer", o "cosa masculina", "cosa femenina" tienen especial relación con los órganos genitales. Esta noción tendrá sin embargo muy distintos significados, según la capacidad del niño para captar la continuidad que existe entre su cuerpo y el de un adulto.

En una ola de serios intentos para eliminar algunos de los tabúes que ya no eran apropiados para una sociedad que había cambiado radicalmente desde la época en que fueran instituidos, hubo recientemente en los Estados Unidos una tentativa general por parte de los padres para evitarles a sus hijos los conceptos erróneos que el psicoanálisis acababa de descubrir en los pacientes neuróticos, permitiéndoles a los niños verlos desnudos. Cuando la próxima serie de pacientes llegó a los consultorios — esta vez eran niños — surgió una nueva alarma, porque los médicos anunciaron que dicha medida no había resultado ser una panacea universal como se esperaba y que los niños estaban todavía asustados y llenos de confusión, negándose a aceptar su sexo.

Estos reformadores tan bien intencionados habían pasado por alto un eslabón sumamente importante de la cadena del conocimiento. Lo que el niño recibe en las sociedades primitivas y lo que está adquiriendo en las playas modernas es la seguridad de que hay una serie ininterrumpida de etapas entre su cuerpo pequeño y el cuerpo de una persona adulta. El varoncito tiene que ver los cambios de la forma y del vello del cuerpo, los órganos genitales que se desarrollan gradualmente, el vello que se va extendiendo por el pecho y las axilas, la primera pelusa facial que no se puede afeitar siquiera, para asociar la sensación que tiene de sí mismo, tan pequeño y sin desarrollo alguno, con la imagen del hombre que llegará a ser un día. Y la niña, para sentirse segura, necesita integrar una serie de niñas que incluya a la joven núbil de pechos florecientes y a la joven mujer, al principio y en la plenitud del embarazo, después del parto y durante la lactancia. Esto es lo que ocurre en las sociedades primitivas, donde el cuerpo está apenas cubierto y donde la mayoría de las principales transformaciones corporales tienen lugar a la vista del niño. El adulto puede ser pudoroso, en el verdadero sentido del pudor, no exhibiendo jamás ante los ojos desprevenidos de otra persona las partes de su cuerpo que pudieran resultarle chocantes o turbadoras; como los hombres balineses que salen del agua cubriéndose ligeramente los órganos genitales con la mano, después de bañarse desnudos. Pero ante los ojos del niño, cuando ha tenido libertad de ver y no lo han atemorizado ni sobornado para que no mire, se halla visible todo el proceso del desarrollo humano, desde la niñez hasta la madurez. Las comparaciones angustiosas entre

el niño y su padre — la única manifestación de virilidad que le deparan en el hogar progresista — no son características de esta experiencia.

Estas experiencias pueden naturalmente ser impresionantes aun en las sociedades en las que no existe el vestido. Los pueblos primitivos son también capaces de imbuirle temores muy profundos al niño. La imaginación del hombre ha hallado tantos modos sutiles de agregarle detalles fantásticos a la condición misteriosa de la existencia que en Sudamérica, en Africa y en Oceanía hay tribus en las que el antagonismo de los hombres de edad hacia la sexualidad floreciente de los jóvenes infunde temores que se traducen luego en pantomima, en los crueles ritos del noviciado en los que los jóvenes deben sufrir la circuncisión, la pérdida de algunos dientes y varias duras pruebas que los rebajan, los modifican y los humillan, antes de que se les permita ser hombres. El contraste de tamaño, especialmente cuando coincide con la noción de que algún día será necesario tomar ciertas medidas, se presta siempre a la fantasía de una cultura o de la imaginación alterada o ultrasensible de un niño.

Pero consideremos aquellas sociedades en las que el niño conoce todo el crecimiento normal y la expresión del cuerpo humano, y en las que los ritos del noviciado no entrañan sentimientos de castración tan arrolladores. El varoncito camina desnudo por la aldea, con paso incierto y con precario equilibrio. Cuando se resbala, su manecita se dirige hacia el pene como para asegurarse de que aún está en su lugar o para que le sirva de apoyo. No existen en su idioma prejuicios inconscientes que le impidan llamar al pene por su nombre, o que lo desestimen hasta el punto de que parezca inexistente, como sucede en los idiomas en que la gazmoñería ha privado a la lengua de palabras que designen a los órganos y a los actos de la procreación, generalmente debido a una lamentable asociación con los actos de excreción. La gente le habla del pene como le habla de los brazos y las piernas, de los ojos y de la nariz. Es algo que tiene, definitiva e ineludiblemente. Es varón. Es pequeño, pero algún día, a través de las etapas que ve representadas en los varones mayores que hay a su alrededor, va a ser un adulto. Va a ser un hombre y no va a ser una mujer.

El lector versado en la literatura que existe sobre los neuróticos burgueses de la sociedad occidental contemporánea, se preguntará quizá por qué no expongo primero la experiencia por la que atraviesa la niña, la dolorosa experiencia de sentirse menos habilitada que su hermano para la lucha de la vida. Pero esta experiencia occidental que, sin duda alguna, ocurre con bastante frecuencia, y que es una de las características más corrientes de la mujer que llega al consultorio del psicoanalista, ocurre en una sociedad que se viste con afectado recato y en una sociedad que reconoce tan excesivamente las posiciones masculinas, que la envidia del papel desempeñado por el padre puede estar ligada

al conocimiento incidental de la más obvia habilitación anatómica de un hermano o de un compañero de juegos. Como veremos más adelante en una exposición sobre las estilizaciones del papel sexual que han creado distintas culturas, la envidia del papel del sexo opuesto es casi inevitable en algunos individuos, cualquiera sea la cultura, pero la envidia profunda de la anatomía del sexo opuesto es un problema distinto, y puede o no suscitarse.

Para los niños desnudos que corretean al sol entre las palmeras, la identidad del sexo de la niña es tan evidente como la del de su hermano, pero le sirve de mucho menos. Cuando tropieza y se cae, se agarra la cabeza o trata de cruzar los brazos sobre el pecho. Su femineidad está oculta muy dentro de ella, no es algo que pueda ver y tocar, algo a que pueda atenerse o de que pueda hacer alarde. En las sociedades donde los adultos reconocen el sexo de los niños, donde los hombres tratan a las niñitas con galantería y las mujeres provocan e incitan jugando a los varones, las niñas responden con movimientos de cuerpo entero, que ondula y adopta actitudes con una complacencia deliciosa de su femineidad. El varón se pavonea, a veces con énfasis sobre el pene, pero más a menudo llevando un machete, un cuchillo o un palo en posición vertical mientras marcha, rechaza estocadas y se luce. Su conducta, aunque simbólica, constituye, dentro de su masculinidad, una concentrada exageración fálica, mientras que la conducta de su hermana es más difusa y abarca el cuerpo entero. El varón está seguro de su masculinidad específica, pero no se siente tan seguro de su competencia para manejarla. La suple con diversos objetos simbólicos, Con frecuencia también grita, sumando la energía de su voz a la energía de sus actitudes.

En una sociedad semejante la niña ve también que el embarazo es tratado con la mayor franqueza y sencillez. Es posible que el parto en sí no pueda ser presenciado sino por adultos; quizá los niños se mantengan ajenos al parto, como sucede en Bali, porque los han atemorizado con historias acerca de las brujas que vienen a robar al recién nacido; quizá los mayores les prohiban firmemente acercarse, como entre los arapesh; o quizá los ahuyenten arrojándoles piedritas, y regresen en seguida para atisbar a través de las rendijas de las esteras, como en Samoa. Pero en ninguna de estas siete sociedades se oculta el embarazo, y se requiere por cierto mucha ropa y casas cerradas y un sistema económico que permita que las mujeres se retiren y se abstengan de realizar trabajos productivos para que sea posible ocultar el embarazo ante los ojos del mundo, como se hacía en ciertas clases de Europa durante el siglo pasado. "I Wajan está embarazada, algún día tú también estarás embarazada." "¡Qué barriguita gorda tienes! ¿Estarás embarazada ya?" En Bali las niñitas de dos y tres años de edad caminan muy a menudo con el vientre hacia adelante de propósito

y las mujeres mayores les dan unas palmaditas cuando pasan, diciéndoles en broma "embarazada". De modo que la niña sabe que aunque los indicios de su identidad sexual son leves, sus pechos dos botoncitos como los de su hermano, sus órganos genitales un pliegue poco visible, llegará el día en que va a estar embarazada y tendrá un hijo. Y tener un hijo es en general una de las realizaciones más emocionantes y notables ante los ojos de los niños de estos mundos simples donde el edificio más alto tiene cinco metros de altura y el barco más grande tiene seis metros de eslora. Además la niña sabe que va a tener un hijo no porque sea fuerte o enérgica o tenga iniciativa, ni porque trabaje y luche y se esfuerce, triunfando finalmente, sino sencillamente porque *es* una niña y no un varón, y las niñas se transforman en mujeres y al final — si protegen su femineidad — tienen hijos. Puede ser que la sociedad les imponga ciertas precauciones a las niñas mayores: es posible que deban observar ciertos tabúes en la alimentación o que tengan que frotarse con ortigas para asegurarse de que les crezcan los pechos; pero se subraya siempre la protección de un desarrollo natural o a lo sumo cierto realce del tamaño de los pechos, y no el empeño y el esfuerzo. Es posible que la identidad sexual no sea por ahora tan evidente como la de su hermano, pero sólo tiene que aguardar, que ser, y un día ha de concebir un hijo.

Entretanto, ¿qué representa el papel masculino en el presente y en el futuro para el varón que se cría en una sociedad donde el papel procreador de la mujer es tan eminente? Sobre este punto se pueden hacer distinciones muy precisas entre las siete sociedades, pero no comparando aquellas sociedades en que las realizaciones de los hombres son sumamente evidentes con las sociedades en las que son las menos eminentes, puesto que las grandes casas ceremoniales de los hombres del río Sepik representan la realización más notoria de las siete sociedades. Las distinciones no dividen a las sociedades en las que el físico de hombres y mujeres ha sido claramente diferenciado. En Bali, donde si existe envidia alguna, es la virilidad anatómica lo que se valora, ambos sexos se parecen extraordinariamente. Los hombres carecen casi por completo de desarrollo muscular pronunciado y tienen los pechos bien desarrollados; las mujeres son menudas y tienen los pechos pequeños y altos. Lo que notamos en estas siete sociedades es que en las que han subrayado la lactancia, que es la relación más complementaria de toda la experiencia cognoscitiva corporal, existe una mayor preocupación simbólica por las diferencias entre hombres y mujeres, una mayor envidia, compensación excesiva, imitación ritual del sexo opuesto, etcétera. Juntamente con el énfasis sobre la relación creada por la lactancia, surge naturalmente el énfasis sobre la relación entre madre e hijo o por lo menos entre nodriza y lactante. No es posible dejar al niño durante mucho rato a cargo del padre, de uno de los abuelos o de

una niñera; el lazo que lo une al pecho es fuerte y central. Cuando además la segregación entre hombres y mujeres se transforma en una institución influyente con casas ceremoniales para los hombres y ritos de iniciación masculinos, se crea un sistema que se va reforzando perpetuamente, en el que cada generación de varones crece entre mujeres, se identifica con las mujeres, envidiándolas, y se aparta de ellas luego para defender la certidumbre comprometida de su virilidad. Los hijos de estos hombres se crian a su vez concentrando toda su atención en las mujeres, y necesitan luego ritos excesivamente compensatorios para redimirse.

Porque por más seguro que esté el niño de que es varón y de que algún día ha de ser hombre, queda pendiente el problema de la identificación con el adulto. Sabe que ha de ser un hombre, pero esto no es garantía de que desee ser hombre, del mismo modo que en nuestra desequilibrada sociedad occidental el hecho de que una niña sepa que es mujer no es garantía de que *quiera* serlo. En realidad, es muy posible que el papel sexual adulto que le corresponda sea más vívidamente inaceptable o insatisfactorio si la sensación del propio sexo es clara e inequívoca a la edad en la que sólo se ven los aspectos más notorios y destacados del papel desempeñado por el sexo opuesto: que las mujeres hacen niños y que los hombres andan a caballo o matan enemigos. Es sólo mucho después que la niña llega a comprender que el temor de no ser capaz de matar al león le quita casi todo el encanto al juego, y que el varón llega a la conclusión de que el tener un hijo cuesta nueve largos meses de paciencia y no es sólo un momento de dramática realización.

Estas siete sociedades polinesias nos ofrecen virtualmente todas las variaciones sobre este tema. En Samoa y en Bali, donde se subraya el tratamiento del niño como entidad, siendo la relación merced a la lactancia específica y no difusa, y donde no existe prácticamente preocupación alguna por la eliminación, el niño se cría en un mundo de dos sexos, en un mundo en el que tanto a los hombres como a las mujeres se les trata de maneras significativas y equitativas. En Samoa, el niño aprende a respetar al jefe de la familia no porque sea un hombre sino porque es el *matai*. Echan tanto a los varones como a las niñas, pero ambos vuelven siempre para observar una fiesta o a una pareja de enamorados a la luz de la luna. En el ritual los hombres tienen sus fiestas propias y las mujeres las suyas, pero las fiestas más importantes son aquellas en las que la *tapou*, la princesa de la ceremonia y el gran jefe, o el *manaia*, el heredero, bailan juntos, con pelucas de cabello humano. Ni a los varones ni a las niñas se les apremia ni se les hostiga. El joven que huye de la presión excesiva que se le impone a su masculinidad casi no existe en Samoa; la chica ambiciosa y emprendedora tiene muchas oportunidades para actuar en la vida animada y equi-

tativamente organizada de los grupos femeninos. La certidumbre del propio sexo, la separación entre el cuidado, la disciplina y el amamantamiento, la falta de énfasis en la eliminación que podría rodear de vergüenza a las relaciones sexuales y una imagen del mundo adulto en el que tanto los hombres como las mujeres desempeñan papeles satisfactorios se combinan para hacer que los samoanos sean seres humanos complacientes, equilibrados, con un equilibrio tan firme que aun el alejamiento de Samoa por muchos años no logra alterar su simetría esencial. Bali en muchos sentidos contrasta agudamente con Samoa. La vida samoana se caracteriza por lo reposada, por la ausencia de complicaciones, por las largas noches de luna en las que la gente baila las mismas danzas simples y aplaude sin esfuerzo la misma broma que ya ha oído muchas veces. La religión cristiana ha sido aceptada sencillamente como una forma social agradable y satisfactoria en la que los coros cantan y las mujeres casadas usan sombrero y los pastores oran y predican en un lenguaje hermosísimo. La vida balinesa es en cambio como el muy estilizado filo de una navaja, donde las personas cuyas emociones han estado durante la infancia primeramente en tensión y luego más flojas dejan las relaciones personales volviéndose hacia formas artísticas y religiosas interminablemente complicadas y entrelazadas, donde las mujeres se pasan días enteros haciendo intrincadas ofrendas, los hombres ensayan durante largos meses para perfeccionar una pieza orquestal y logran enseñarles a los niños a bailar en éxtasis sobre brasas, viviendo cada uno tan pendiente de saber cuál es su sitio en el tiempo y en el espacio y dentro de su casta que un alejamiento de veinte millas puede resultar traumático. Y sin embargo tampoco aquí existe la segregación entre hombres y mujeres, excepto en que los hombres tienen ciertas ceremonias y las mujeres las propias correspondientes. Así como en Samoa la esposa del jefe orador es también una jefa oradora, en Bali la esposa del gran sacerdote brahmán puede ser una gran sacerdotisa, y el principal dignatario del ritual del templo de la aldea puede ser reemplazado por su esposa. La división del trabajo está bien definida, pero nadie se opone si se trastrueca. El énfasis algo excesivo sobre la masculinidad, paralelo al papel ligeramente preponderante que desempeña la madre en comparación con el padre en la crianza de los hijos, es simbólicamente anatómico, constituye una valoración excesiva y un interés pronunciado por la sensibilidad de los órganos masculinos más que un interés por la mayor capacidad de realización de los hombres.

Entre los manus hay también cierto grado considerable de equidad en la vida religiosa y económica de la aldea. Se destaca más el comercio que la guerra — en la que se embarcaban principalmente para adquirir propiedades o alguna vez para vengar una muerte — y tanto en el comercio como en la religión la mujer puede tener una actuación

de relieve. Lo más significativo en Manus es la desestimación del sexo y del vínculo entre marido y mujer. La pudibundez, la equiparación del acto sexual con la excreción, la estrecha relación entre la mujer y la propiedad, el hecho de que el matrimonio sea el eje de todos los convenios económicos de modo que el adulterio constituye siempre una amenaza para la economía, todo contribuye para que la suerte de la mujer sea menos atractiva que la del hombre. Representando a las actividades denegadas del cuerpo, siendo el sexo que en realidad realiza más con el cuerpo, las mujeres están más oprimidas. Si las mujeres cuentan chismes, los espectros se enfurecen, si las mujeres pecan con alguien, los espectros crean dificultades. Pero los hombres manus pueden pecar libremente fuera de las fronteras de la tribu, lejos de las mujeres de su clan que son tan importantes para la economía. Todo ello tiene repercusión en los niños. Cuando se les pide que dibujen hombres y mujeres los niños dibujan a los hombres con pene y a las mujeres con faldas de hierba. Cuando una mujer da a luz, se la aisla de su marido durante un mes, hasta que él pueda rescatarla mediante el pago de una fuerte suma al hermano de ella, quedando él en libertad para jugar con la criatura por la aldea. El lazo que se crea entre el padre y el hijo durante los primeros años es afectuoso y durable, pero la niña, que de pequeñita siente gran apego por su padre, tiene que volver junto a las mujeres a los cinco o seis años porque las prohibiciones y los tabúes relacionados con los matrimonios y compromisos en perspectiva resultarían embarazosos para los hombres y los jóvenes entre quienes su padre y su hermano pueden actuar libremente. La identificación de la niña con el grupo femenino nunca llega a ser tan feliz ni tan completa como la identificación de su hermano con el grupo masculino. Al transformarse en una mujer adulta no mueve jamás las caderas al andar y los pesados ornamentos que lleva de novia, y luego en cada aniversario de la boda, representan dinero y no un adorno; puede cansarse tanto de soportar su peso como para irse disimuladamente a su casa después que las sartas de conchas monetarias han sido contadas. El intercambio de bienes, y no la novia, constituye el centro de atención de la boda. Este ejemplo manus es muy instructivo porque representa un caso en el que las mujeres no se sienten felices de ser mujeres, no porque les sean negados el reconocimiento público y las recompensas que les conceden a los hombres, ya que tanto la influencia como el poder y la riqueza están al alcance de la mujer; sino porque se desestima tanto la significación creativa y sensorial del papel femenino de esposa y madre. El mismo sentido del tacto está restringido y reglamentado; la única mujer a quien un hombre puede acariciarle los pechos es su prima, con quien no tiene ninguna relación de afecto — la ternura le está reservada a la hermana — y con quien le está vedado copular. En las especulaciones occidentales se desconoce a menudo el hecho de

que la envidia de la función masculina puede ser provocada tanto por la desestimación del papel de esposa y madre como por la excesiva valoración de los aspectos públicos de las realizaciones reservadas para los hombres. Cuando las realizaciones consideradas meritorias tienen lugar fuera del hogar, a las mujeres les resulta odioso que les digan que deben encerrarse en sus casas, pero cuando se desestima el hogar en sí, las mujeres ya no se sienten felices de ser mujeres y los hombres no envidian ni valoran el papel femenino.

En tierra firme, en Nueva Guinea, la mayoría de los pueblos practican alguna variedad de noviciado masculino, conforme a patrones formales similares. He trabajado en cuatro de estas culturas — arapesh, mundugumor, tchambuli, iatmul—, y resulta instrutivo comparar lo que ha sucedido en cuatro grupos diferentes que han trabajado dentro de un marco común. El noviciado, con una casa en la que los hombres se reúnen para las ceremonias y de la que quedan excluidas las mujeres y los jóvenes no iniciados, constituye una institución social muy poderosa, tan estrechamente entrelazada con los demás aspectos de la cultura que generalmente al quebrantarse el sistema de noviciado — como sucede debido a la influencia de las misiones, por ejemplo — se derrumba todo el sistema cultural. A través del tiempo los pueblos pueden, en razón de accidentes de personalidad, por epidemias o por efecto del contacto con pueblos vecinos, desviarse en muchos sentidos de la cultura original, para la cual el sistema de noviciado resultaba congruente. En consecuencia, la crónica de la forma en que distintas sociedades de Nueva Guinea que son vecinas, que comen los mismos alimentos, que hablan idiomas entre los que se distingue cierta relación, modifican y alteran esta institución tan firmemente integrada de la casa de los hombres y del noviciado; esta crónica, decimos, nos proporciona valiosas sugerencias sobre la relación que existe entre una institución social y el desarrollo de determinadas actitudes hacia la identificación con el propio sexo y hacia los papeles sexuales.

Podemos tomar la cultura iatmul del río Sepik Medio, con sus casas enormes, sus aldeas imponentes, su arte espléndido, sus grandes canoas, como ejemplo de una cultura en la que el sistema de noviciado se mantiene estable debido precisamente a la complejidad o al eclecticismo de la cultura misma. Cada clan paternal posee su parcela en la aldea, con las altas viviendas construidas entre los árboles con los techos coronados por mascarones tallados y con sólidas escaleras para subir a los pisos superiores. Junto al río, que cuando crece inunda la aldea obligando a la gente a desplazarse en canoas, se levanta la casa de los hombres que representa un tabú para las mujeres y en la orilla fangosa se alinean las canoas usadas por ambos sexos. Cada aldea se enorgullece de poseer además de las pequeñas casas para los hombres una o más grandes casas, construidas gracias al esfuerzo conjunto de varios clanes,

y lo suficientemente sólidas como para mantenerse en pie varias décadas, si no las incendian durante las excursiones enemigas, con los desvanes repletos de grandes gongs, flautas, máscaras y los solemnes atavíos rituales del culto masculino. En esta casa ceremonial tienen lugar todos los acontecimientos importantes del ritual masculino, los cónclaves guerreros y los debates, los preparativos para las cacerías de cocodrilos y para la guerra. Generalmente la planta baja es abierta, de modo que las mujeres y los niños puedan, desde cierta distancia respetuosa, ver algo de las actividades cotidianas. Pero para las ceremonias y los ritos de iniciación erigen un gran cerco de hojas. En este recinto penetran los novicios a través de un portón con forma de cocodrilo después de haber sido intimidados y de sufrir escarificaciones y humillaciones, para ocupar sus puestos junto a los hombres adultos en la casa ceremonial, llamada muy propiamente matriz. Los mitos del noviciado relatan cómo los sagrados objetos resonantes fueron en un principio descubiertos por las mujeres, quienes les contaron el secreto a los hombres y hasta les rogaron que las mataran para que sólo ellos pudieran conservarlo para siempre.

Entretanto en las amplias viviendas sigue la vida cotidiana de la aldea. Las mujeres vienen y van ocupándose de la pesca o de hacer cestas, cruzando la aldea continuamente, y junto a ellas se encuentran siempre los varones pequeños y las niñitas. Cuando los hombres vuelven a sus hogares, no tienen ningún papel preciso para desempeñar. Se enojan con sus esposas y éstas se enojan con ellos a su vez con una magnífica simetría de furia. Frente al grupo masculino, las mujeres son, salvo en ciertas ocasiones especiales, espectadoras llenas de admiración, pero individualmente son recios marimachos. A menudo el padre, estando en su casa, toma al hijo en brazos o lo mece sobre las rodillas, pero lo hace con el mismo gesto y con el mismo tono de voz que emplea la madre. Al igual que ella, les grita a los niños, simulando que son más fuertes que él, los empuja hasta los límites de sus fuerzas, los recompensa por su imperiosidad y los ayuda a desarrollar la capacidad de gozo de la pasividad, siendo ésta una faceta del carácter iatmul que cuando sean hombres no han de gratificar. En este período los niños participan en la variada vida de las mujeres, pudiendo hasta presenciar las grandes ceremonias de duelo de las que quedan excluidos los hombres, mientras que ven en la vida de los hombres una descolorida versión de la vida de sus madres — cuando los padres están en casa — o, desde cierta distancia, un espectáculo espléndido y fantástico. Más adelante, cuando los varones se convierten en novicios, los recuerdos conscientes de esta época de la infancia se tornan pálidos y confusos. Dirán por ejemplo: "Mi madre debe haberme llevado a algún velatorio porque veo que las mujeres llevan a los niños. Pero no lo recuerdo." Sin embargo, cuando les dábamos juguetes a los varones de once y doce años, les gustaba jugar sobre todo a los velatorios, volviendo en sus fantasías a la niñez que habían compartido con sus madres en vez de anticiparse al esplendor y a la temeridad de la vida pública masculina. Los varones cuidan a las criaturas tan bien como las niñas, y aun los adolescentes pasan gran parte del tiempo jugando con los niñitos. En su manera de ser son sorprendentemente femeninos, dúctiles, sin que pueda entreverse la ampulosidad y la conducta arrogante y voluntariosa que ha de caracterizarlos de adultos.

Inevitablemente, se han identificado primero con las mujeres, con mujeres que tratan a los varones y a las niñitas en la misma forma, simétricamente, como pequeños haces de voluntad, y en sentido complementario, como objetos a los que se les puede tapar la boca a la fuerza con el pezón. Luego, a los trece o catorce años y mucho antes de que lo deseen, los separan para ser iniciados, pasando después varios meses y a veces años de desdicha, durante los que las mujeres los ahuyentan — como echarían las ninfas pudorosas a un intruso que osara penetrar en el estanque — mientras que ellos están todavía poco dispuestos a unirse a los hombres.* Entretanto en el grupo de los hombres se observa una conducta masculina recia y demasiado definida, así como el uso constante de verbos que nacen de las imágenes del asalto fálico a hombres y mujeres por igual. Pero hay también poderosos tabúes que impiden toda demostración de pasividad y no existe ningún matiz de homosexualidad masculina en esta sociedad. La menor señal de debilidad o de receptividad es considerada como una tentación y a menudo los hombres caminan por la aldea sosteniendo cómicamente sus pequeños taburetes de madera contra las nalgas. Cualquier varón de una aldea o de una tribu extraña es una víctima propicia, y se dice que los jóvenes iatmules se transforman en homosexuales activos cuando conocen a hombres de otras tribus en las plantaciones. Pero dentro del grupo el sistema se mantiene y demuestra claramente cómo es posible deformar la educación del varón de modo que su capacidad y la tentación de introducir el sexo en sus relaciones con los demás varones, aun siendo muy fuerte, se mantenga bajo estricto control.

Las relaciones sexuales con las mujeres son activas y vigorosas. Las técnicas de seducción que emplea una mujer son dos: poner en duda la virilidad del hombre — enviándole por un intermediario una prenda de amor y cualquiera de las preguntas burlonas ya mencionadas, "¿Es que no tienes huesos?" o "¿Eres hombre o mujer?" — o colocarse en una posición que facilite el ataque, y la propensión a atacar se

* Esta descripción data del año 1938 y pertenece a la aldea de Tambunum. La nueva costumbre de marcharse a trabajar como obreros contratados en las plantaciones ha reducido sensiblemente la edad para la iniciación, ya que al volver los jóvenes son ya muy mayores y se sienten demasiado seguros de sí mismos para los ritos del noviciado.

encuentra siempre presente en la crianza de los iatmules. Los chiquillos están tan alertas que para poder alcanzarlos la palmada debe venir completamente de sorpresa. En cuanto se percibe la menor tensión en el cuerpo de un adulto, los chicos se dispersan como hojas en el viento. Para incitar a los hombres a cualquier actividad se necesita una lluvia de insultos y de desafíos provenientes de otra facción o de otro clan, y la esposa que ve su despensa vacía grita furiosa contra el marido porque su desidia, imprevisión y falta de energía le hacen pasar vergüenza a ella, a los hijos y a él mismo frente a los cuñados.

Siguiendo las líneas de esta estructura de noviciado que separa a las mujeres y a los niños de los hombres en otras tres culturas menores y no tan presuntuosas de Nueva Guinea, encontramos valiosos indicios acerca de la forma en que puede modificarse una institución tan influyente. Las aldeas tchambulis del hermoso lago negro que se encuentra al sudoeste del río Sepik presentan superficialmente la misma estructura que hallamos en las aldeas iatmules: grupos de casas pertenecientes a los clanes y de casas ceremoniales para los hombres junto al lago, un sistema de noviciado, y complicados ritos que los iniciados cumplen ante el asombro y la admiración de las mujeres. Pero el carácter de la mujer tchambuli es mucho más severo y positivo que el de la mujer iatmul. Mientras ésta trata a su hijo como si fuera tan fuerte y voluntarioso y tan capaz de utilizar la ira para lograr lo que desea como ella misma, la mujer tchambuli pone de relieve su propia fuerza. Alimenta al niño alegre y amenamente, ya sea amamantándolo u ofreciéndole variedades de melcocha, raíces de lirio, semillas dulces y frutas. Mientras la madre iatmul persigue al niño travieso de dos años amenazando matarlo con un remo de tres metros si lo alcanza —y, nunca lo mata—, la madre tchambuli se pone simplemente al pequeño culpable bajo el brazo. Entre los iatmules, son las mujeres y los niños quienes usan sartas de adorno; entre los tchambulis las usan los hombres y los niños: las mujeres llevan la cabeza rapada, no se adornan y se dedican diligentemente a sus tareas. Entre los iatmules el hombre es el amo del hogar, aunque tenga que pelearse con una esposa casi tan fuerte como él para lograrlo; pero las esposas riñen entre sí y le es más fácil imponerse. Entre los tchambulis el hombre se casa con la hija de alguno de los hermanos del clan de su madre, de modo que la joven entra de novia en la casa de la hermana de su padre. Siendo a la vez tía y suegra, la madre del novio trata bien a la joven. Las mujeres de la casa forman un grupo sólido, siempre unido, trabajando aprisa mientras los varoncitos retozan a su lado sin que les presten atención alguna y los jóvenes permanecen sentados, inquietos e incómodos, cerca de ellas, optando luego por marcharse a la casa de los hombres. En lugar de tener grandes ceremonias colectivas de iniciación, como los iatmules, los tchambulis inician y escarifican a los varones de pequeños y de a uno

en una ceremonia familiar en la cual todo el énfasis recae sobre el rito y sobre el intercambio de bienes y no sobre el niño. Cuando los iatmules transforman a los jóvenes en hombres, subrayan sin piedad el estado anterior, similar al femenino, de los novicios; les introducen ignominiosamente figuras enmascaradas en la boca y les colocan vulvas gigantes en la cabeza; pero los tchambulis simplemente escarifican a los varones y los tienen recluidos durante varios meses.

Los hombres tchambulis son volubles, cautelosos, desconfiados entre ellos, y se interesan por el arte, por el teatro y por mil pequeños chismes e insultos mezquinos. Se ofenden constantemente, pero la reacción no es la violenta respuesta iracunda del iatmul, desafiado en lo más sensible de su ser, sino el resentimiento quisquilloso de los que se sienten débiles y solos. Los hombres llevan adornos primorosos, hacen las compras, tallan, pintan y danzan. Con anterioridad al dominio británico la caza de cabezas ya se reducía al sacrificio ritual de cautivos comprados y no opusieron resistencia efectiva a las depredaciones de sus vecinos iatmules, sino que huyeron hacia el interior, retornando sólo cuando la paz británica les ofreció seguridad. Los que tenían el cabello bastante largo se hacían rizos y los otros usaban rizos falsos de palmera.

De todas las sociedades que he observado, ésta es la única en la que las niñas de diez y once años de edad eran más inteligentes y más emprendedoras que los varones. Ni siquiera las confusiones de la educación iatmul logran evitar que los varones sean más decididos y que tengan más curiosidad intelectual que las niñas, pero la mentalidad de los varones tchambulis, fastidiados, consentidos, desatendidos y solitarios, tenía cierta cualidad esquiva y caprichosa, una imposibilidad de hacerle frente al mundo.

El culto de iniciación de Nueva Guinea es una estructura que presupone que los hombres sólo pueden serlo cumpliendo con un rito que simboliza el nacimiento y haciéndose cargo —colectivamente— de las funciones que las mujeres cumplen naturalmente. No obstante los tchambulis han modificado este culto para que coincida con los énfasis particulares de un pueblo que ya no tiene interés en el ideal guerrero. Han adaptado parcialmente la sociedad conforme a su interés primordial: el arte. El varón tchambuli se convierte en artista frente a una mujer fuerte y práctica que lo mima y lo maneja. Las máscaras blancas y negras de larga nariz que talla se cuentan entre las más bellas de la región, pero inevitablemente nos traen el recuerdo del hombre-lobo.

Entretanto, separados por dos ríos y a unas cincuenta millas de distancia, los mundugumores del río Yuat han hecho algo completamente distinto con el sistema de noviciado. Sobre los patrones de parentesco de la región, que parecen vacilar siempre entre los vínculos maternales y los paternales, han creado un sistema que separa a los hombres unos de otros, más profundamente que ningún otro sistema conocido.

Los linajes se llaman hileras y consisten en un hombre, sus hijas, los hijos de sus hijas, las hijas de los hijos de sus hijas, y así sucesivamente. Todas las cosas de valor, inclusive los objetos sagrados pertenecientes al culto masculino, se heredan en este orden. Hasta cuando una joven se fuga con su amante, trata de robar la flauta sagrada profusamente adornada de su padre. Si una mujer tiene dos hijos, que pertenecen por lo tanto a la misma hilera, hay un tabú que los separa, estableciendo que no han de comer del mismo plato ni hablarse jamás si no están enojados. Tanto los varones como las niñas se crian en un mundo hostil y dividido por la discordia. A los varones las madres les enseñan cuál es el sitio que ocupan en la sociedad, los términos de parentesco y las complicadas combinaciones de prohibiciones familiares, mientras que a las niñas las enseña el padre. Ambos sexos son independientes, hostiles, vigorosos, y tanto los varones como las niñas desarrollan personalidades similares. No existe la casa de los hombres donde éstos puedan reunirse, porque no hay dos hombres que se sientan a gusto estando juntos. En esta sociedad la unidad está constituida por el caserío doméstico rodeado de una empalizada, donde las esposas de un hombre logran cierta cooperación forzada y las hijas conservan cierto grado de solidaridad, mientras que cada madre convierte a su hijo en enemigo del padre y de su medio hermano. La iniciación ya no es un acto colectivo que une a los varones, sino un espectáculo ofrecido por algún hombre importante en el que los iniciados pueden intimidar e inferirle incisiones a los novicios de cualquier edad. Las niñas pueden ser iniciadas sencillamente mediante la observancia de ciertos tabúes.

En una sociedad semejante a las mujeres les estorban las cualidades femeninas. Detestan el embarazo y la lactancia, haciendo todo lo posible por evitarlos, y a los hombres les disgusta que sus mujeres estén embarazadas. Los hombres ven en la mujer a un ser humano por el que deben pelear y por intermedio del cual pueden recibir perjuicios y ofensas. Si el hombre no tiene una hermana que pueda dar a cambio de una esposa, tendrá que entregar en pago una flauta valiosa, y así encontramos curiosamente que las flautas, esos símbolos excesivamente masculinos del culto de los hombres, que en otras partes no pueden ser ni siquiera vistas por las mujeres sin que peligre toda la sociedad masculina, están colocadas en el mismo plano que las mujeres, y a éstas les está permitido mirarlas con menos precauciones que las que se toman ante los jóvenes. El concepto que de su identidad tienen los varones es el de que son luchadores vinculados precariamente por intermedio de las mujeres a otros varones en pugna. Las mujeres se han masculinizado hasta el extremo de que todo rasgo femenino representa un inconveniente, con excepción de su muy específica sexualidad genital, y los hombres hasta el punto en que cualquier aspecto de su personalidad que pudiera tener un eco femenino o maternal significa vulnerabilidad e

implica un riesgo. Han eliminado prácticamente la división de la sociedad en dos grupos, hombres adultos por una parte y mujeres y niños por la otra, pero lo han logrado arriesgando, como los tchambulis, la supervivencia misma del grupo. Pues los hábitos hostiles de los mundugumores estaban tan exacerbados que habían comenzado a devorar a miembros de su propio grupo lingüístico. No existía virtualmente la solidaridad tribal, y probablemente fue sólo debido a un accidente histórico que se hayan entregado a los misioneros antes de que sucumbieran a los asaltos de sus vecinos.

Los arapesh de la montaña constituyen el cuarto grupo, cuya vida social se basa en una división entre hombres y mujeres, siendo los varones transformados en hombres mediante la iniciación que los integra al grupo masculino adulto. Los arapesh poseían los mismos atavíos y objetos ceremoniales para el culto de los hombres que poseían las otras tribus que he descrito: los toros rugientes, las flautas sagradas, las máscaras, el recinto donde el novicio es escarificado, la relación particular entre el iniciador y el novicio. Pero mientras el sistema tchambuli se derrumbó debido a la inversión del carácter de hombres y mujeres y mientras el sistema mundugumor fue invadido y desintegrado por el énfasis sobre un común carácter hostil en el que no había contrapunto ni rasgo complementario alguno aparte de la mera diferencia anatómica sexual, el sistema arapesh se vuelve inocuo debido al énfasis sobre los aspectos paternales y maternales de hombres y mujeres. Tanto los hombres como las mujeres arapesh se sienten a gusto cuidando a sus hijos en las pequeñas chozas de la montaña. No necesitan la casa de los hombres para otros fines aparte de la ceremonia y les resulta difícil construir casas grandes. La mano de obra es escasa y prefieren dedicar sus esfuerzos a la obtención de alimentos para las criaturas. Han modificado todos los ritos dándoles un sentido protector y los hombres evitan que las violentas personificaciones del guardián sobrenatural del culto masculino manifiesten ferocidad ante las mujeres y, si es posible, ante los novicios. En una sociedad semejante los varones y las niñas crecen juntos teniendo a sus padres y a sus madres siempre presentes como modelos. Los varones saben que son varones por su cuerpo, sus nombres y los oficios que aprenden. Las niñas saben que son mujeres por su cuerpo, sus nombres y por las pequeñas bolsas de malla que las madres les colocan en la cabeza. Los chiquillos de ambos sexos se sientan contentos alrededor de las fogatas en las mañanas frías y hacen burbujas con los labios. Las niñas ven que sus madres llevan cargas en bolsas de malla y los varones ven a sus padres llevarlas en el extremo de un palo. Saben ellos que más adelante tendrán que tomar parte en los asuntos de los hombres y que hasta deberán decir discursos y pelear. Son deberes que deben cumplir los hombres y ven lo cansados que vuelven después de las raras ocasiones en que suenan las flautas en la

aldea y los hombres pasan allí toda la noche. Las mujeres tienen que marcharse fuera de la aldea cuando se instalan las flautas o cuando el monstruo fabuloso del culto masculino anda por la aldea dejando sus enormes ajorcas de hojas y las huellas de los testículos en la tierra. Los hombres deben alejarse de la aldea cuando las mujeres dan a luz sus hijos y se preguntan, con una curiosidad angustiosa que nunca podrán satisfacer, cómo se hace para dar a luz. Tanto los varones como las niñas deben vigilar su crecimiento a fin de poder ser un día buenos padres.

El tener hijos ha de debilitar tanto al hombre como a la mujer. "Hubiera visto qué hombre magnífico era antes de tener todos esos hijos." No hay complejidad alguna de identificación que altere este ritmo, pero probablemente implica una mayor modificación de la conducta innata para los hombres que para las mujeres. Aun en este caso, aunque la casa de los hombres ha sido reemplazada virtualmente por el hogar en el que el padre y la madre crían a los hijos de ambos sexos, la alteración de la institución fundamental del culto de iniciación no se logra sin cierto detrimento en la adaptación al papel sexual.

Ha de resultar provechoso examinar ahora, después de observar estas cuatro variaciones sobre el tema del noviciado, la estructura subyacente que sustenta este culto de iniciación, porque proporciona un contrapunto convincente para nuestras ideas occidentales acerca de la relación entre los dos sexos. Según nuestro punto de vista occidental, la mujer, hecha de la costilla del hombre, sólo puede aspirar infructuosamente a imitar sus facultades y vocaciones superiores. El tema fundamental del culto de la iniciación es, sin embargo, que la mujer, en virtud de su capacidad para hacer niños, tiene el secreto de la vida. El papel del hombre es incierto, indefinido y quizá innecesario. Mediante grandes esfuerzos el hombre ha logrado hallar un método que compensa su inferioridad básica. Armados de distintos instrumentos misteriosos para hacer ruido, cuyo influjo reside en el hecho de que su verdadera forma es desconocida para los que oyen el sonido — ni las mujeres ni los niños deben saber jamás que se trata en realidad de flautas de bambú, de troncos huecos o de pequeños elipsoides de madera ensartados en un hilo —, logran atraer a los varones alejándolos de las mujeres, y tachándolos de incompletos los transforman ellos en hombres. Es cierto que las mujeres pueden hacer seres humanos, pero sólo los hombres pueden hacer hombres. Estas imitaciones del nacimiento se llevan a efecto más o menos abiertamente y, según el caso, los novicios son tragados por el cocodrilo que representa al grupo masculino, para renacer luego saliendo por el otro extremo del monstruo, o son alojados en matrices, alimentados con sangre, engordados, recibiendo la comida en la boca y atendidos por "madres" masculinas. Detrás del culto existe el mito de que todo esto les fue robado de algún modo a las mujeres; a veces, para obtenerlo debieron matarlas. Los hombres son dueños de su virilidad gracias a un robo y a una pantomima teatral que se derrumbaría en un momento convirtiéndose en polvo y ceniza si sus elementos se descubrieran. Esta frágil estructura protegida por un sinfín de tabúes y precauciones, que se mantiene vigente debido a la vergüenza de las mujeres en Iatmul, al temor aturdido de no poder tener hijos de los arapesh, a la tolerancia amena de la vanidad masculina en Tchambuli, y a los golpes y bofetadas y a la curiosa identificación invertida entre la flauta y la mujer entre los mundugumores, sobrevive sólo mientras todos observan las reglas. Los hombres iatmules que ven en el europeo una amenaza para todo el orden social amenazan a su vez, entre lágrimas de furia, completar la ruina mostrándoles las flautas a las mujeres, y el misionero que se las muestra logra quebrar la cultura efectivamente.

Al occidental criado en una cultura que ha exaltado las realizaciones de los hombres y ha despreciado el papel de la mujer, todo esto le resulta rebuscado, quizá más rebuscado aun cuando piensa que los hombres cuyo sentido de la virilidad depende de una fantástica estructura de flautas de bambú tocadas dentro de un recinto de arbustos que emula a la matriz, no son apacibles pastores, sino cazadores de cabezas feroces y audaces, hombres de un metro ochenta de estatura, de físicos bien desarrollados, capaces de manifestar una cólera magnífica. Pero si hay sociedades enteras que pueden basar sus ritos en la envidia del papel femenino y en el deseo de emularlo, ha de resultar más fácil investigar la posibilidad de que la envidia del sexo opuesto o la duda acerca de la autenticidad del propio sexo exista en la vida de ambos sexos, posibilidad que puede ser en gran parte fomentada por las disposiciones culturales pero que de todos modos se halla siempre presente.

5. LOS PADRES, LAS MADRES Y LOS IMPULSOS QUE ASOMAN

En todas estas sociedades el niño debe hacer frente a los cambios que se producen en sus propios sentimientos — en lo que siente acerca de sí mismo y acerca de los demás —, sino que también debe tener en cuenta lo que los demás, especialmente sus padres, le manifiestan. Cuando los niños llegan a la edad de cuatro o cinco años aumenta su preocupación por el propio sexo y aumenta asimismo la preocupación de los adultos. Esto implica a veces la prohibición severa de tocar los órganos genitales o la insistencia de que se vistan, especialmente en el caso de las niñas. El hecho de que en todas estas sociedades sean siem-

pre las niñas las que deben vestirse antes constituye otra manifestación de que son mujeres latentes, mientras que los varones tienen aún que conquistar su virilidad. Para los jóvenes y los hombres las niñitas de cuatro o cinco años son decididamente femeninas y atractivas y esta atracción debe desimularse y guardarse, así como se ocultan los encantos de las hermanas mayores y de las madres para proteger a los ojos masculinos. Por lo visto, cuanto más cabalmente se reconoce la femineidad de las mujeres — en sentido positivo, no como mera negación de virilidad — más se les enseña a protegerla. La niñita graciosa y cautivante representa suficiente tentación para un hombre, como para justificar que las sociedades recurran a ciertas medidas para protegerla, circunscribirla, para enseñarle a no exhibir su sexo ya que ella no lo sabe domeñar. El niño, en cambio, por más que la madre lo trate como varón, representa para ella una prolongación de su maternidad más que una tentación frente a su femineidad, y en él se han erigido ya ciertas defensas contra la atracción de la madre. El incesto entre madre e hijo es el que ocurre con menos frecuencia en el mundo, y es menester que existan disposiciones culturales bastante rebuscadas para que resulten verdaderamente atractivos los amores entre mujeres mayores y hombres lo suficientemente jóvenes como para ser sus hijos. Sin duda alguna la base de la atracción de la mujer joven hacia el hombre mayor y del hombre mayor hacia la mujer joven, queda firmemente establecida durante la primera infancia.

En el caso del varón el énfasis es otro. Basta observar la prudencia del afligido niño balinés que esquiva a un grupo de hombres para evitar que le tiren del pene al pasar, o la furia del pequeño iatmul cuando la hermana del padre lo aporrea ritualmente, para comprender que el contacto de tono sexual que tiene con los adultos le infunde temor y necesariamente suscitan la pasividad del niño, avivando el recuerdo de lo que aprendiera cuando siendo un lactante aceptaba receptiva y pacientemente el pecho. Cada contacto le provoca tres temores: el temor de perder el pene, el de no llegar a ser nunca un hombre competente y el de volver a ser un niño de pecho, pasivo y dependiente. Cuando el temor a la pasividad también se halla presente en la mente de los adultos — es decir, cuando una sociedad admite la homosexualidad, ya sea con consentimiento o con reprobación — el miedo se hace más exacerbado. Los padres empiezan a regañar al niño, a preocuparse por su conducta, a someterlo a pruebas o a lamentar su mansedumbre. ¿Por qué se quedaba el pequeño Gelis, un chiquillo balinés, todo el día entre las mujeres, apoyando la cabeza sobre las rodillas de la que estuviera más cerca, en vez de sacar los bueyes al campo? Los padres, unos campesinos de la aldea Bajoeng Gedé, probablemente jamás habían visto un homosexual travestido en persona — un *bantjih* como dicen en Bali —; no obstante estaban preocupados. Demostrando un espíritu de iniciativa y un sentido de responsabilidad poco común entre los padres balineses, que están acostumbrados a tratar la vida como si ésta fuera una película expuesta que ha de revelarse oportunamente, pensaron que quizá la pasividad del niño tuviera algo que ver con el puesto de venta que había frente a la casa donde Gelis se hartaba de golosinas; de modo que convencieron al vendedor para que se mudara. Si se le tolera demasiado la mansedumbre y la pasividad, el varón no ha de llegar nunca a ser hombre. Los indios plains de América del Norte, que admiraban el coraje en el combate por sobre todas las demás cualidades, vigilaban a los varones con una vehemencia tan obsesiva, que inducía a más de uno a abandonar la lucha y adoptar la indumentaria de las mujeres.

Parece, en verdad, que hay motivos para suponer que, con excepción de alguno que otro caso de hermafroditas que presentan confusiones preanatómicas, la homosexualidad es producto de una combinación de presagios y temores adultos y de cierta posibilidad latente en muchos niños que no se manifiesta enteramente a menos que sea admitida socialmente o que se dé lugar a la posición complementaria, como entre los iatmules. La preocupación porque los varones no lleguen a ser hombres es más generalizada que la inquietud porque las niñas no lleguen a ser mujeres, y este temor no existe en ninguna de estas sociedades de Oceanía. Siempre que se mira a la mujer como madre y no como posible rival en el terreno de las realizaciones o como esposa mal dispuesta, ese cierto aire pueril puede servirle a las niñas de defensa contra la atención de los hombres adultos mientras no sea mayor. Los indios americanos tenían cierto temor de que sus mujeres pudieran manifestar una conducta masculina, pero este recelo tenía graves consecuencias: la india omaha que se encontrara sola era víctima dócil y propicia. Como contrapunto a esta insistencia sobre la docilidad de las chicas, los adultos tenían que acompañarlas constantemente, mientras que los hombres se abusaban en forma tan agresiva de la mujer fácil, que la joven de dudosa virtud era violada por grupos de hombres.

De modo que a medida que los varones y las niñas llegan a la edad en que experimentan con su propia sexualidad floreciente, se enfrentan también con una crisis en sus relaciones con los adultos, crisis que en psicología se denomina técnicamente la situación de Edipo, por alusión al mito griego de Edipo, que matara a su padre y se casara con su madre. En términos más generales, ésta es la etapa del desarrollo en la cual los niños capaces de sentimientos intensos y de experimentar el placer, pero careciendo del grado de madurez necesario para las relaciones procreadoras adultas, tienen que avenirse con sus padres y con su propia falta de madurez. El niño tiene que renunciar en parte al afecto apasionado que siente por su madre y a la rivalidad con su padre; la niña tiene que desechar el apego que siente por su padre y la rivalidad que existe entre ella y su madre. Ambos tienen que aceptar

al progenitor del mismo sexo como modelo en cierto sentido de su futura conducta. A la vez tienen que aceptar la postergación de una plena satisfacción sexual, y esto implica también el reconocimiento de que los padres son uno del otro y que no son de los hijos. Cuando se examinan las formas de este conflicto que perduran en los sueños y en la libre asociación de ideas, surgen imágenes que le resultan al adulto difíciles de enfrentar. El término "conflicto de Edipo" tiene cierta implicación de algo inaceptable porque proviene de un fracaso, y no deriva de las soluciones satisfactorias, aunque a menudo transigentes, que cada civilización ha encontrado. *

* Resulta interesante referirse a la declaración de un poeta norteamericano escrita con anterioridad a Freud que deja entrever cierta seguridad sin afectación de que se trataba de un problema que los hombres vencían: "To an Usurper" (A un usurpador) de Eugene Field [1].

Aha! A traitor in the camp,
A rebel strangely bold—
A lisping, laughing, toddling scamp,
Not more than four years old!

To think that I, who've ruled alone
So proudly in the past,
Should be ejected from my throne
By my own son at last!

He trots his treason to and fro,
As only babies can,
And says he'll be his mamma's beau
When he's a "gweat, big man"!

You stingy boy! you've always had
A share in mamma's heart;
Would you begrudge your poor old dad
The tiniest little part?

That mamma, I regret to see
Inclines to take your part—
As if a dual monarchy
Should rule her gentle heart!

But when the years of youth have sped,
The bearded man, I trow
Will quite forget her ever said
He'd be his mamma's beau.

Renounce your treason, little son,
Leave mamma's heart to me;
For there will be another one
To claim your loyalty.

And when that other comes to you,
God grant her love may shine
Through all your life as fair and true
As mamma's does through mine! *

* Ajá! Un traidor en el campamento, / Un extraño y audaz rebelde, /
Pillo balbuceante, riente y gateante. / De cuatro años apenas!
Y pensar que yo, que reiné solo / Orgullosamente en el pasado, /
Sería desplazado de mi trono. / Por fin, por mi propio hijo!
Pasea su traición por todas partes, / Como hacen sólo los niños /
Y dice que será el novio de mamá / Cuando sea un "hombre grande"!
Niño mezquino! siempre has tenido / Un lugar en el corazón de mamá.
No le regatearás a tu pobre papá / La más pequeña parte,
Y mamá, me entristece ver, / Se inclina hacia tu lado, /
Como si una doble monarquía / Reinara en su dulce corazón!
Pero cuando pasen los años de juventud, / El hombre con barba ya, /
Olvidará que jamás haya dicho, / Que sería el novio de su mamá.
Renuncia a tu traición, hijito, / Déjame a mí el corazón de mamá /
Pues habrá algún otro / Que reclame tu lealtad.
Y cuando ese otro llegue a ti, / Dios permita que su amor brille /
A través de tu vida, limpio y cierto / ¡Como el de mamá en mí!

En todas las sociedades conocidas encontramos en los varones ciertas manifestaciones de lo que los psicoanalistas denominan estado latente, o sea un período durante el cual desaparece el interés evidente por el sexo, viviendo los niños en un mundo aparte, indiferentes o abiertamente hostiles frente a las niñas, preocupándose solamente por adquirir fuerza y dominio sobre los demás. Ya son demasiado grandes para conformarse con las sensaciones que aceptaban ávidamente durante la infancia, pero todavía no están en condiciones de gozar los deleites más sofisticados de la edad adulta. No se sabe si existe algún mecanismo psicológico interno que provoque el "estado latente" en el niño, pero sin duda a los cinco o seis años se le presenta el dilema de la actitud que ha de asumir durante los próximos siete u ocho años en sus relaciones con los adultos, con el otro sexo y con su propio cuerpo. El dilema se agudiza cuando el niño pertenece a una reducida familia biológica, siendo su única compañera femenina la madre, que lo ha alimentado y cuidado con ternura confiriéndole una sensación de dependencia, y siendo su único compañero masculino su padre, que, por más cordial que sea, es siempre un rival por el cariño de la madre. Luego llega el momento —cuando lo envían a un internado si pertenece a una familia inglesa de la clase alta, o cuando nace un hermano o pierde los dientes de leche— en que su relación con la madre ya no se define en términos de ser él un niñito y ella una mujer que lo ampara. Cuanto más destaquen los adultos la femineidad y las musculinidad, más vivamente percibirán los varones la tensión de la situación, la rivalidad con el padre, el contraste virtual con el sexo de la madre. También la madre, empeñada en su relación de mujer con los hombres adultos, estará más dispuesta a renunciar al hijo. El caso es otro cuando se pone de relieve la femineidad de la mujer y la virilidad del hombre. Entonces es posible que la madre se aferre al hijo y que la masculinidad del niño se desarrolle como contraparte de su maternidad en vez de asumir la forma de una rivalidad con el padre. Cuando la masculinidad de los hombres es ruda y los sentimientos paternales están sólo ligeramente desarrollados, se acrecienta la tendencia a ver un rival aun en el varoncito más pequeño, y el padre trata al hijo-rival de modo que se atenúen los temores que dicha rivalidad le inspira obligando a menudo al hijo a comportarse más como un hombre que como un niño, lo que viene a ser otra manera de decirle "Aléjate de tu madre". Así es que aun antes de nacer el niño ya constituye una virtual amenaza y un rival tanto para el padre como para la madre mundugumor puesto que están pendientes de su propia masculinidad y femineidad, detestando ser padres. Entre los mundugumores los tabúes prenatales que en las otras sociedades vecinas sirven para proteger al niño protegen al padre; si el marido copula con su mujer durante el embarazo, le brotan furúnculos o engendrará otro hijo y luego se verá frente a la doble catástrofe que

significan los mellizos. Pero entre los arapesh, donde los papeles paternales eclipsan la sexualidad, las relaciones sexuales se prolongan por mucho tiempo durante el embarazo mientras que el niño se va formando, y es sólo cuando creen que el niño ya está completo que el marido deja de dormir con su mujer, como medida de protección para el niño que tanto desean. De modo que aun antes de que nazca la criatura se prefigura ya la situación de Edipo y se pueden observar indicios sobre la manera de encarar la rivalidad entre padre e hijo o madre e hija.

El niño de cinco o seis años se halla también en una etapa de consolidación de todas las nociones que ha adquirido, adaptándola para asumir una actitud frente a un mundo mucho más amplio. Sintiéndose todavía muy unido a la madre, aunque haya otro niño en el regazo materno —ya sea otro hijo o el hijo de una vecina—, cuidando a los hermanos menores que todavía no controlan bien la eliminación, enfrentándose con la noción de su propio sexo, la conducta del niño a esta edad ha de tener profunda repercusión en su vida futura. Esto resulta necesariamente del largo intervalo que se produce entre el momento en que los seres humanos son capaces de sentir emociones sexuales y su aptitud para ser padres. Pero también está profundamente arraigado en la naturaleza de la familia humana, en el hecho de que los padres fueron hijos un día, y que su conducta adulta se basa en las experiencias de la infancia. Por lo tanto, la forma en que los niños encaran a los cinco años su floreciente sexualidad, prematura y sin función social alguna en cualquier sociedad, está arraigada en el carácter de los padres. Cuando el padre observa al niño de cinco años que hace gestos con una lanza, que tira flechas con certera puntería, que reclama el pecho materno o que es retado por la madre por ser ya grande para esos mimos, vive nuevamente las emociones que experimentara cuando a esa misma edad lo trataban del mismo modo.

En aquellas sociedades homogéneas que evolucionan lentamente este revivir de los recuerdos tiene resultados satisfactorios, ya que todos los adultos que el niño encuentra en su vida han pasado por experiencias relacionadas normalmente. Entre los mundugumores el padre ha sido tratado con aspereza por sus propios padres y ha sido consentido hasta cierto punto por otros hombres, muchachos, tíos por parte de madre, y por las vecinas. Está dispuesto a tratar a su hijo con la misma aspereza, perpetuando el patrón de conducta. No hay mimos inusitados que confundan al niño que lucha en un mundo que ha sentido hostil desde que su madre le ofreciera el pecho de mala gana. A los cinco años los niños pueden ser ya enviados como rehenes a vivir unos meses con alguna tribu vecina, aliada temporaria. El niño, que corre el riesgo de perder la vida si cambian los proyectos de guerra, tiene que odiar a las personas entre quienes vive, lo suficiente como para aprender la lengua y descubrir sus rutas a fin de que más adelante, cuando sea grande, y

sean sus enemigos en vez de sus aliados, pueda prestar valiosos servicios como guía. No se habrá interpuesto nada de dulzura ni de condescendencia en su camino para resistir la prueba. Es posible que al nacer un hermano menor, la madre le haya ofrecido nuevamente el pecho, esta vez de buena gana por el sólo gusto de observar la lucha entre los dos varoncitos. Frente a su padre, la madre es una aliada. Trata ella de conservarle la hermana para que el hijo pueda cambiarla por una esposa, impidiendo que el padre la cambie por otra esposa para sí. Por su parte el padre vigila celosamente a la hija y, si puede, la cambia por una esposa joven mientras el niño es aún demasiado pequeño para oponerse. Las posiciones están claramente definidas, la situación de Edipo es resuelta de tal modo que coloca a los hombres unos contra otros. El mundugumor crece en un mundo hosco y áspero, pero su risa es vigorosa; sonríe de gusto cuando relata que ha mordido a un enemigo. El mito por el que explica cómo la muerte llegó al mundo dice que el hombre perdió el secreto de detener las hemorragias y que entonces las heridas se volvieron mortales. La hostilidad que siente hacia todos los varones y la rapacidad que demuestra frente a las mujeres le acarrearían serias dificultades en una sociedad moderna, o se manifestarían en costumbres ocultas y hasta criminales tan bien trabadas que resistirían a la reeducación, a la conversión y al psicoanálisis. Pero entre los mundugumores este patrón de conducta es válido y cada padre revive la saña de su propia infancia y cría a un hijo capaz de enfrentar los rigores de la vida con furia pero riendo.

Así estudiamos el papel del padre en las sociedades primitivas, pero no basándonos en los recuerdos de individuos lo suficientemente alterados como para consultar a un psicoanalista o a una visitadora social, sino observando cómo los padres miman u oprimen, alientan o reprenden a sus hijos y cómo responden los niños; analizando los tabúes que determinan sus relaciones recíprocas. Vemos que el papel del padre frente al niño, el de la madre, el de la esposa, están tan estilizados que individualmente cada padre, ya sea joven y fuerte, viejo y débil, o viejo y fuerte, y cada madre, así tenga leche en abundancia o sólo algunas escasas gotas que la obliguen a depender de otras mujeres para criar a sus hijos, actúa siempre sobre el fondo de este cuadro de estilización. Por consiguiente, es posible pintar con ciertos detalles la forma que ha de asumir la situación de Edipo. A menudo se oye decir en nuestra sociedad: "Si su padre hubiera sido otro hombre, sus problemas habrían sido bien distintos." Pero sería más acertado comentar: "Si hubiera nacido en el seno de una sociedad que tuviera otro tipo de paternidad..." Cuando el estilo de paternidad vigente exige firmeza y una dignidad reservada, el padre débil compromete el desarrollo de su hijo, dejándolo en inferioridad de condiciones en comparación con los demás muchachos. Pero cuando el estilo de paternidad impone un padre

aliado, cordial y sereno, el padre firme, reservado y riguroso constituye una amenaza. Hasta en nuestra sociedad, tan rica en matices, en la que cada pequeña familia se encuentra tan aislada de las otras que nadie puede decir si son muy particulares o corrientes los sentimientos y la conducta que custodian las puertas cerradas con llave, hay un estilo que sirve de punto de referencia para juzgar, aunque sea defectuosamente, las acciones individuales.

Las culturas difieren mucho en la libertad acordada a los niños para representar y experimentar con su sexualidad y en la forma de imponer reserva. En Samoa la personalidad aceptada es aquella que considera al sexo como una experiencia deliciosa, que debe ejecutarse expertamente, pero que no debe resultar tan absorbente como para comprometer el orden social. Los samoanos perdonan las aventuras frívolas, pero repudian las pasiones caprichosas y en realidad no admiten que alguien pueda preferir permanentemente, a pesar de las experiencias sociales que le indican lo contrario, a otro hombre o a otra mujer por encima de un cónyuge socialmente más aceptable. La exigencia de que las doncellas se mostraran receptivas a las proposiciones de varios amantes pero que fueran a la vez capaces de probar su virginidad al contraer matrimonio es bastante incongruente, y fue solucionada en un principio asignándole la responsabilidad de conservar la virginidad a la *taupou*, princesa ritual de la aldea, y no a todas las mujeres. La *taupou* estaba mejor custodiada que las demás muchachas y se hallaba por consiguiente libre de toda tentación. Como precaución adicional, podía siempre falsificarse la sangre virginal. La *taupou* que no avisara a sus guardianes que no era una verdadera *taupou*, y deshonrara así a la aldea en su noche de bodas, corría el riesgo de que la mataran a golpes, no por su flaqueza, sino por no haberse provisto de cierta cantidad de sangre de pollo. Los matrimonios eran concertados por las familias teniendo en cuenta hasta cierto punto los deseos de los jóvenes y éstos a su vez mantenían relaciones prolongadas que resultaban en el embarazo, que eran consideradas como una preparación adecuada para el matrimonio, con compañeros o compañeras aceptables, reservando las aventuras pasajeras "debajo de las palmeras" para quienes les resultaban inaceptables como cónyuges. Las aventuras premaritales y extramaritales eran lo bastante frívolas como para no alterar la estabilidad de las relaciones sexuales entre las parejas casadas, estabilidad que ha asegurado uno de los aumentos de población más grandes registrados en nuestra época.

Al examinar esta capacidad para responder con confianza y seguridad a los impulsos sexuales, capacidad que no compromete ni altera un orden social firmemente organizado en matrimonios bastante estables, encontramos que la relación entre el niño y sus padres se difunde o se divide entre varios adultos. La madre samoana amamanta al niño

generosamente; si llegara a no tener leche elige una nodriza; la lactancia da lugar a una relación física leve pero muy específica. De cualquier modo, el niño es alimentado, consolado y llevado en brazos por todas las mujeres de la casa, y más adelante es paseado por la aldea por las niñeras que se reúnen sosteniendo a las criaturas apoyadas sobre las caderas. Lo alimentan cuando tiene hambre, lo levantan cuando está cansado y le permiten dormir cuando quiere. Si comete una falta — si grita y altera el orden de una discusión entre las personas mayores, si hace sus necesidades dentro de la casa, o si tiene un ataque de rabia — no lo castigan a él sino a la niñera que tiene que cumplir con su deber de evitarle estas dificultades y de alejarlo para que no lo oigan cuando llora. Los niños son muy pequeños aún para saber conducirse pero se puede confiar en que adquieran juicio y criterio — *mafaufau* — con el tiempo. Entretanto la sociedad adulta toma algunas precauciones frente a ellos, y no tienen por qué tener miedo de alterar el orden normal de la existencia, debido al control incierto que ejercen sobre el esfínter, a sus alaridos y a sus exigencias inoportunas. A medida que van creciendo, es posible que los mayores pierdan el tiempo diciéndoles que hagan lo que ellos ya hacen. Me impacientaba, por ejemplo, oír a los niños de diez años decirle a los de cuatro, o a los de veinte decirles a los de diez años: "*¡Soia! ¡Soia! ¡Soia!*", "¡Cállense! ¡Cállense! ¡Cállense!", cuando los interpelados estaban quietecitos como ratones inmóviles, con las piernas cruzadas y los ojos fijos observando todo graves y respetuosos. En realidad, les infligen tantas órdenes innecesarias, que el niño en cierto sentido se estremece dentro de un marco en el que ya encuadra demasiado bien. Casi nunca enfrenta la experiencia de que le pidan algo que le resulte demasiado difícil, que le exija mucha autodisciplina o que lo obligue a estar largo rato sentado inmóvil de brazos y piernas cruzados. Más bien podría decirse que lo restringen, no permitiéndole hacer lo que es capaz de hacer muy bien, como si esto fuera no sólo un margen de seguridad sino también una especie de ventaja que les conceden para que logren la perfección. Todos los adultos tienen en cierto modo algo de la dignidad del jefe de la familia, en cuya presencia se come con mucha formalidad y no se pueden rascar, ni hacer cosquillas, ni reír, ni recostar. Pero consienten sin reservas los bocados que toman ávidamente entre las comidas, así como que se rasquen, se hagan cosquillas, se rían y se recuesten, cuando están fuera del círculo formal, fuera de la casa, o aun dentro de la casa en los momentos en que viven informalmente. La formalidad definida que existe entre padres e hijos nunca desaparece totalmente; los padres no hablan acerca de los problemas del sexo con los hijos, aunque a menudo asisten juntos a ceremonias en las que figuran danzas desprovistas de toda inhibición. Por consiguiente la formalidad es ante todo de carácter especial; y por mucho tiempo no le confieren al niño la res-

ponsabilidad de conservarla. El padre no lo rechaza, ni obliga al hijo a sentirse inhibido, sino que sencillamente la niñera se lleva al niño que tiene ganas de gritar a un sitio donde no lo oigan los adultos, cuya dignidad ofenderían los gritos de la criatura. El niño adquiere la siguiente noción: "Tienes un cuerpo y una serie de impulsos que pueden originar situaciones impropias, pero es sólo porque eres pequeño. Nadie se va a enfadar contigo por ello, pero se pondrán todos furiosos con tus pequeños cuidadores si permiten que tú, que eres inocente, hagas daño". El "aún no" de las emociones infantiles es subrayado en todo momento por un sistema que considera que esta falta de preparación esencial en el niño es natural y deseable. La peregrinación hacia la madurez es tan lenta que el impulso de no cumplir es entre ellos algo insólitamente rudimentario. Una vez que el niño samoano ha aprendido a quedarse quieto, permitiéndosele entonces estar solo donde quiera, manifiesta poca inclinación a patalear o a gritar o a quebrar la dignidad del momento.

Cuando los niños llegan a la edad de cinco o seis años, dejan de ser protegidos del daño que sus propias exigencias exorbitantes e impulsos incontrolables pudieran ocasionar a la dignidad de la vida. Las niñas se convierten a su vez en niñeras y deben entonces ser ellas las que alejen a las criaturas para que no molesten. Los varoncitos empiezan a seguir a los más grandes y aprenden a pescar, a nadar, a maniobrar con una canoa, a treparse a los árboles adquiriendo todas las otras pequeñas habilidades masculinas. Las niñas concentran toda su atención en el papel de facilitar la vida doméstica y cuidar a las criaturas, a quienes consideran bastante difíciles, resultándoles más bien una carga en vez de una responsabilidad. La atención de los varones se desvía hacia la posición que ocupan al principio de una escala de habilidad y destreza, ansiosos de que los muchachos mayores los acepten. El permiso para acompañar a los muchachos mayores parece constituir un potente incentivo para la buena conducta y así tiene lugar el aparente milagro de que los chiquillos exigentes, sin control, temperamentales, se transformen en niñeras y serenos portadores de agua y juntadores de cebo.

La distancia entre el grupo de los varones y el de las niñas es bastante grande a esta edad y se ve acentuada por el tabú más severo de la sociedad samoana, el tabú entre hermano y hermana. Este tabú no sólo incluye a la propia hermana, sino también a las primas y por supuesto a todas las niñas de la casa. Los hermanos y las hermanas no deben conversar jamás familiar o frívolamente, no deben pasear juntos ni tocarse nunca, ni formar parte de un mismo grupo informal en diversiones. Puesto que la cuarta, y hasta la tercera parte de las chicas de una aldea pueden ser "hermanas" para cada muchacho, el tabú separa efectivamente a los grupos de chicos mayores que buscan diversión, convirtiéndolos en grupos de un mismo sexo. También se quiebra aquí el

vínculo entre niñera y pupilo si éste es un varón. Las mujeres emplean afectuosamente el término *tei*, que significa "hermana menor". La relación entre hermano y hermana constituye el punto central cuando el varoncito se aparta de una niñez lozana que le permitía gratificar todas sus emociones y durante la cual tenía a la hermana apenas mayor a su entera disposición para entrar en una niñez más avanzada siendo entonces sólo un varoncito muy pequeño, muy torpe y muy insignificante entre los varones mayores que él. La imposición del tabú se deja en sus propias manos: "cuando se sienta tímido, avergonzado" ha de alejarse gradualmente de la hermana mayor, o de la prima u otra joven que ha atendido tan afablemente a sus necesidades infantiles. No se le impone nada de prisa; simplemente va adquiriendo la noción, al observar a los demás, por los comentarios que oye, por la expresión y la mirada de los que lo rodean, de que está llegando a la edad en que por iniciativa propia levanta una barrera que lo separa de su propia infancia impulsiva e irresponsable, y declara que empieza a regir el tabú. Durante el período de la niñez y el comienzo de la adolescencia los varones y las chicas se mantienen en grupos aparte, conservando la distancia mediante cierta hostilidad ritual, que se manifiesta a veces verbalmente y otras veces en batallas campales con proyectiles livianos. Luego, a medida que llegan a la edad núbil, las chicas son elegidas para su primera aventura amorosa por muchachos mayores que a su vez han sido iniciados en la completa experiencia sexual por chicas mayores. En cada pareja ha de haber uno con experiencia y seguridad. La única discordancia grave que pude observar en Samoa ocurrió cuando dos adolescentes sin experiencia tuvieron su primera aventura, sufriendo un traumatismo psíquico como consecuencia de su propia torpeza.

Puede afirmarse que la adaptación sexual del samoano adulto es de las más tranquilas y fáciles que se observan en el mundo. Combinan tan perfectamente la pasión con la responsabilidad, que los niños son recibidos con amor y criados con ternura en familias grandes y estables cuya seguridad y tranquilidad no dependen solamente de un vínculo sutil y frágil entre los padres. La personalidad del adulto es lo suficientemente estable como para resistir presiones extraordinarias del mundo exterior conservando la serenidad y la firmeza. Este sistema fácil, parejo, generoso e indulgente les cuesta no obstante un sacrificio: el del talento especial, la inteligencia extraordinaria, la intensidad particular. En Samoa no hay cabida para el hombre a la mujer capaz de sentir una gran pasión, una emoción estética compleja o una profunda devoción religiosa. El tributo que pagan por esta negación de la intensidad, que es el acompañamiento de la seguridad adquirida lentamente, se refleja en los chismes maliciosos, la calumnia, las intrigas políticas infames pero astutas. Los inadaptados son los que tienen ta-

lento, los que poseen una intensidad superior que hubiera podido hacer frente al impacto de la situación de Edipo representada por los padres, como si fuera un drama importante. Pero el drama no existe. El padre samoano está demasiado absorto en las relaciones bien escalonadas que mantiene con el grupo social a que pertenece; sus emociones, demasiado bien difundidas entre los que constituyen su grupo familiar, para percibir en el deseo insistente del niño por la madre algo que pueda ser una amenaza o resultarle de interés. No tiene miedo de su propia sexualidad, no teme por su capacidad para satisfacer a la esposa, no encuentra a su mujer ni inestable ni exigente, de modo que no surge en él ningún impulso en principio autoprotector que lo lleve a desafiar o a amparar a su hijito. De igual modo, las madres no abandonan una vida insatisfecha con el marido, con exigencias que son imposibles de cumplir, anhelando desesperadamente que los hijos las compensen. Posiblemente la cultura samoana demuestra con más claridad que ninguna otra hasta qué punto la solución trágica o fácil de la situación de Edipo depende de las relaciones entre padres e hijos, y que no es creada enteramente por los impulsos biológicos del niño.

Si comparamos las culturas samoana y mundugumor paralelamente, encontramos dos sociedades que preparan a los niños para la edad adulta, en un caso restándole importancia y disimulando toda intensidad entre padres e hijos, y en el otro acentuando las hostilidades y la especificidad sexual entre los padres y los hijos. Ambas sociedades preparan a los niños para que sean adultos que puedan actuar en la sociedad vigente y que continúa desarrollándose. Pero estas dos sociedades no son igualmente viables.

Los samoanos han logrado una de las adaptaciones más efectivas que se conozcan al impacto de la civilización occidental. De la politecnia europea han adoptado las telas y los cuchillos, los faroles, el kerosene, el jabón, el almidón y la máquina de coser, el papel, la pluma y la tinta, pero conservan los pies descalzos, los *sarongs* livianos y cortos, las casas hechas con materiales locales asegurados con cuerda de fibra de coco. Cuando se levanta un huracán, las chapas que techan las casas de los blancos se vuelan y hasta matan gente mientras la casa se derrumba; pero la casa samoana cae graciosamente ante la tormenta y luego es armada otra vez con los mismos puntales. Han aceptado el cristianismo protestante, pero han reformado suavemente algunos de sus preceptos más rigurosos. ¿Por qué arrepentirse con tanta amargura — pregunta el predicador samoano — "si de todos modos Dios está siempre dispuesto a perdonarte"? Ni la instrucción, ni las misiones ni la tecnología moderna han logrado perturbar la uniformidad y la docilidad que este pueblo, cuya cultura se basa sobre relaciones humanas difusas pero afectuosas, ha demostrado para adaptarse a cualquier cambio. Los mundugumores por su parte han estado siempre en peligro de no multiplicarse, de dividirse en tantas facciones que la cultura desapareciera, de abandonar tanto las ceremonias que éstas cayeran en el olvido. Una solución del conflicto de Edipo, que coloca a cada hombre frente a los otros, puede aquí resultarle al individuo perfectamente tolerable. El mundugumor se pasa la vida en una actitud hostil hacia los demás, pero es jovial y se ríe a menudo. Es al considerar la sociedad desde el punto de vista de la capacidad que demuestra para enfrentarse con emergencias y con cambios y para formar unidades sociales mayores, que se hacen notables las diferencias entre estas dos maneras de vivir.

Los mundugumores han sido siempre violentos al enfrentarse con nuevos acontecimientos. Prefirieron siempre pelear antes que adaptarse. El hombre que a los cinco años ya desafiaba a su padre, y se marchaba de la casa, que a los seis años vivía como rehén entre los enemigos, que a los quince tiene una mujer que defender contra los otros hombres, no se somete fácilmente ni ante los fenómenos naturales. Dicen que cuando el río junto al que viven cambió de cauce, dividiendo a los pueblos de habla mundugumor en dos, los mundugumores siguieron odiando y teniéndole miedo al agua, manejando las canoas con torpeza.* No han adoptado la crianza de los niños a la vida que hacen a orillas de un río de corriente rápida, y la vida de la aldea se ha complicado fastidiosamente tratando de hallar la forma de impedir que los niños se acerquen al agua en lugar de enseñarles a no caerse al río. De vez en cuando alguno cedía al impulso y empujaba al hijo o a un familiar débil mental de otro para que se ahogara. Jamás alegó nadie que cuidaran a los niños para protegerlos, pero les resultaba muy molesto ir a buscar agua a otra parte y había un tabú que prohibía beber agua del río si alguien se ahogaba. Contaban que después de la separación de los demás miembros del grupo ocasionada por el río, los veían cada vez menos y que uno sugirió que quizá fuera posible devorar a los miembros de su propio grupo lingüístico sin sufrir consecuen-

* Cuando se estudia un pueblo que no sabe aún escribir, la reconstrucción de los sucesos del pasado es sumamente insatisfactoria. El cambio del cauce del río, que los mundugumores sostienen que tuvo lugar y que explica en gran parte la actitud que asumen con respecto a las canoas, es factible de acuerdo con lo que se conoce sobre los ríos de Nueva Guinea. También es posible que la torpeza inaudita con que manejan las canoas, la ineptitud para la natación, el temor de que se ahoguen los niños, la enemistad entre las tribus que viven en ambas márgenes del río, sean las consecuencias de una adaptación cada vez más difícil y defectuosa a un medio inalterado; o quizá sean el resultado de una emigración hoy olvidada de la que no hay crónica alguna. Quizá los mundugumores se fueron acercando más y más al río, cruzándolo finalmente y luego lo acusaron de dividir el territorio que ocupaban y de complicarles la vida. De cualquier modo, el quid del asunto es el mismo: se deba el cambio al río o a la emigración, no supieron resolver inteligentemente la situación resultante.

cias deplorables. Puede considerarse que el pueblo mundugumor poseía un grado de adaptación tolerable en el individuo, pero que no obstante se manifestaba en instituciones que requerían circunstancias muy favorables en el medio para subsistir. Mientras los mundugumores pudieron vivir del pillaje de las tribus vecinas, que eran mucho menos agresivas y que les proporcionaban casi todo el trabajo de artesanía que necesitaban; mientras hubo abundancia de víveres y éstos fueron recogidos por las mujeres que expresaban sus impulsos agresivos activos pescando y comiendo mejor que los hombres o preparando platos más sabrosos que las demás esposas del mismo marido, la sociedad subsistió. Cuando llegaron los europeos, trataron en primer término de sojuzgar a los mundugumores con expediciones punitivas. Pero los mundugumores se reían de las aldeas incendiadas y de los miembros de la tribu fusilados por los pelotones de la expedición. Así debían morir los hombres. Sólo cuando algunos hombres importantes con muchas esposas fueron encarcelados, se sometieron al control del gobierno, porque la inactividad juntamente con la violencia de los celos hacia quien entretanto pudiera tener a las esposas era algo que estos hombres dominantes no podían soportar.

La solución de la situación de Edipo de los arapesh es tan especializada como la de los mundugumores y también es propia de una sociedad que depende de un ambiente particularmente favorable para sobrevivir, Mientras que los mundugumores subrayan el vínculo impetuoso entre madre e hijo y padre e hija y también los celos y la rivalidad que como consecuencia surgen entre todos los varones y casi todas las mujeres, los arapesh acallan todo el interés que pudiera surgir de los vínculos entre los niños y los adultos del sexo opuesto. Les parece bien que haya hijos de ambos sexos y tanto los padres como las madres tratan a los niños y a las niñas virtualmente de la misma manera. Puede ser que la criatura dotada de mayor intensidad de sentimiento trate de establecer una relación más aguda y definida con el progenitor del sexo opuesto, pero sólo lo logrará si el progenitor también posee cierta intensidad. Tanto los varones como las niñas quedan dentro de las redes de pocas y cortas familias relacionadas entre sí, estando cada familia empeñada en la producción de alimentos, en criar cerdos y niños, y en responder a los proyectos de los demás. Los niños de cinco o seis años tienen berrinches furiosos si se les niega el alimento, y los adultos los aplacan en vez de tratar de refrenarlos o castigarlos. Estas mismas ráfagas de cólera que estremecen al niño cuyas exigencias exorbitantes no son satisfechas aparecen nuevamente en la vida adulta y constituyen un riesgo para la sociedad. El adulto enojado porque le han negado ayuda para una fiesta o el préstamo de víveres roba los desechos personales del pariente que le infligiera la ofensa y se los lleva a un brujo. El niño sabe que los enojos son insoportables y que alteran el orden. De adulto, interviene en el castigo del que provoca a otro, no del provocado que hace uso de la violencia. Debido al énfasis permanente e interpersonal sobre la alimentación, sobre la solicitud alternada de alimentar y ser alimentado, la diferencia entre el papel del padre y el de la madre — siendo ambos indulgentes, cariñosos, mostrándose a veces absurdamente irascibles — es muy leve. Lo que les alarma un poco a los arapesh es la adolescencia de los hijos y no la conducta que manifiestan a los cinco o seis años, ya que creen que a esta edad son todavía demasiado pequeños, demasiado débiles para crearles problemas.

Característicamente, no se formaliza el estado latente. No se aleja al varoncito de un hogar en el que la madre acepte demasiado ávidamente o sea excesivamente exigente frente a la masculinidad del niño, o en el que el padre insista en tratarlo como a un rival o a una víctima potencial. Los niños, en cambio, van de un lado a otro de a dos y de a tres con los muchachos mayores y los hombres, o con las mujeres, según el caso. Sólo al llegar a la adolescencia se apartan más en grupos y las niñas aprenden los ritos de la choza menstrual y cuchichean excitadas contando cómo les crecen los pechos, mientras los varones comienzan a cumplir seriamente los tabúes que les prohiben ciertos alimentos para proteger el desarrollo de los órganos genitales. Durante la adolescencia los tabúes de que se sirvieran los padres para domeñar su propia sexualidad a fin de proteger a los hijos se trastruecan. Los adolescentes tienen que proteger a los padres y especialmente cuando se han consumado los matrimonios concertados mucho tiempo atrás deben cuidarse de no darles a los padres ni a los suegros alimentos cocidos sobre el fuego junto al cual han tenido relaciones sexuales. En esta sociedad, en la que el nexo entre los varones no está constituido por la rivalidad frente a las mujeres, sino por la empresa común de alimentar a las personas de toda edad y de ambos sexos, la atención se desvía de lo específico del conflicto de Edipo hacia la lucha interna que cada individuo sostiene con sus propios impulsos a fin de poder a su vez ser fecundo y criar seres humanos. Los padres se mantienen como aliados del niño en la lucha, sin imponer severas prohibiciones, sin oponerse a su vez, y sin estimular al niño presentándole un adversario fuerte y peligroso. Cualquier conflicto propio puede transmutarse en una actividad en favor de los hijos, como lo demostraron Wabe y Ombomb, dos hermanos de tribu bastante intratables y con personalidades desviadas, que pusieron fin a las disputas con sus esposas dedicándose a proyectos para buscarles mujer a los sobrinos, y, en el caso de Wabe, con el plan de adoptar a un niño. *

* Estas personalidades desviadas se describen en detalle en *Sexo y temperamento*, Primera Parte, y en *Los arapesh de la montaña*, Cuarta Parte, *passim*. Véase el Apéndice II c.

De modo que los arapesh tratan a los niños de seis años con suavidad, disimulando su sexo, subrayando su necesidad de alimento y protección hasta que lleguen a ser capaces de vigilar su propio crecimiento convirtiéndose el varón en el custodio de su pequeña prometida a quien alimenta, mientras la niña vela por su propio cuerpo y así por sus hijos futuros.

El sistema es vulnerable. No toma en cuenta debidamente ni lo fortuito ni la muerte. Los arapesh son mansos y trabajan con asiduidad, escalan las montañas entre la niebla de las mañanas frías para ayudarse unos a otros a alimentarse mutuamente, refrenan sus propios impulsos y concentran toda su atención en los demás. En un sistema semejante no hay cabida para las "fatalidades". Si todos quieren alimentar a los niños, lo justo sería naturalmente que siempre hubiera alimentos. Pero a veces no hay víveres. La tierra es pobre, el método de cultivo es muy insuficiente. Cuando un hombre está dispuesto a criar a su esposa y a esperar pacientemente durante muchos años hasta que ella llegue a la edad adulta a fin de salvaguardar la capacidad de ambos para ser padres, y cuando ella a su vez está dispuesta a reconocer por la obediencia esta deuda, resulta evidentemente injusto que uno de ellos muera y desbarate toda la estructura. La muerte, excepto en el caso de los muy ancianos o del niño que padece de un defecto congénito, no les resulta inteligible. La ausencia de una explicación adecuada para la muerte juntamente con la cólera impulsiva que manifiestan durante la niñez cuando les rehusan la comida quienes pretenden querer proporcionarla, exponen al arapesh a la brujería y a la lucha interior que provoca la sospecha de una brujería. No basta con que los padres sean cariñosos y benévolos, que se preocupen por sus funciones paternales en un mundo como el de Nueva Guinea, donde escasean los víveres y el frío y el hambre son problemas de todos los días. No basta con que los padres procuren convencer a los hijos de que la irritación que revelan en su voz al rehusarles el alimento no es provocada por los niños sino por la falta de víveres —porque en su voz quedarán también rastros de la ira infantil que sintieran cuando de chicos los padres les rehusaron el sustento—. El mundo exterior, los brujos de la tribu vecina— hombres robustos y ceñudos— se aprovechan fácilmente del resentimiento infantil o de la conducta indisciplinada del arapesh necio o inadaptado, y surgen las discordias. Si las tierras que poseen fueran fértiles y los bosques estuvieran poblados de animales, podrían mantener a los niños. Entonces nunca verían a una criatura llorando tirada en el suelo en medio de la aldea pidiendo a gritos que le den un coco porque los únicos recogidos están guardados para un frugal banquete en el que todos sus parientes han de pasar hambre por ser los anfitriones. Pero por otra parte si las tierras fueran fértiles y si los bosques estuvieran poblados, no sería muy probable que estu-

vieran en poder de un pueblo como el arapesh. En toda Nueva Guinea, las llanuras fértiles, los ríos con pesca abundante, las tierras altas en las que crecen los cocoteros y los bañados exuberantes de sagú están ocupados por los pueblos más agresivos. La conducta paternal que da lugar a que la escasez de víveres en la montaña provoque el quebrantamiento del frente de defensas sociales que tan minuciosamente se han creado los incapacita a la vez para la competencia franca con los pueblos vecinos que, siendo mucho más aguerridos, pueden elegir entre el chantaje o la hostilidad abierta. El chantaje les resulta más provechoso, ya que les asegura a los hombres de la llanura la hospitalidad de los arapesh durante las largas jornadas de viaje entre la llanura y la costa, y los arapesh de la montaña subsisten en un mundo cuya realidad está muy por debajo de sus sueños, atormentados por la pesadilla permanente de que los niños de cada nueva generación, esos niños que se desvelan por criar, son más pequeños que los de la anterior.

Otra solución de la situación de Edipo es el sistema de los tres hijos, según el cual cada uno de los niños de cada sexo es primero el favorito, es luego desplazado y queda por último en el grupo familiar contemplando cómo el usurpador es desplazado a su vez.[2] Este sistema de crianza dirige la atención del niño que deja atrás la situación de Edipo y asume un papel de espectador en el mundo de la niñez, hacia un drama complejo en el que intervienen tanto los padres como los hermanos menores. Tanto en Iatmul como en Bali, el "niño cercado", el tercero contando del menor al mayor, constituye el centro del drama entre el mundo de los padres y el niño en sí. En tanto que los mundugumores y los arapesh comienzan a definir la relación entre los padres y el hijo antes de que se produzca el nacimiento, y surgen graves tensiones al destetarlo cuando llega el próximo hermano, en Bali y en Iatmul el niño destetado permanece con la madre formando parte de un cuarteto compuesto por la madre y tres hijos haciendo el mayor de niñera del menor.

Existen muchas otras soluciones aparte de las que se observan en estos siete pueblos. En Ba Thonga, por ejemplo, los varones van a vivir con los abuelos maternos durante el período comprendido entre la primera infancia y la edad del noviciado, y entonces, luego de largos años de indulgencia vividos lejos del padre que asume el papel severo, son llamados bruscamente a la realidad de la vida adulta mediante las rigurosas ceremonias de iniciación. O se aprovecha casualmente la aptitud sexual de las criaturas, como lo hacen los kaingang del Brasil. Pero ninguna sociedad ha podido desconocer completamente este aspecto tan notorio de la naturaleza, este florecer prematuro de la sensibilidad sexual en el niño que aún está lejos de la aptitud para la procreación.[3] Cada adulto conserva candentes y casi a flor de labios los recuerdos de la niñez y éstos, juntamente con los impulsos del niño, constitu-

yen el dinamismo del drama que debe vivir cada nueva generación. La índole del drama varía según la cultura. En una sociedad en transición las partes del drama se dislocan y una niñez apropiada para una adolescencia expresiva puede verse seguida de severas restricciones o puede una infancia restringidda tener que hacer frente luego a exigencias de expresividad durante la adolescencia. Los modelos se tornan confusos y cada vez más niños se ven imposibilitados de experimentar la serie de acontecimientos que en cada cultura sirven de preludio para la edad adulta. Las sociedades humanas, siempre cambiantes y en contacto con otras sociedades también en evolución, deben trabajar constante y perpetuamente para readaptarse mediante la adaptación renovada de los seres humanos que las componen. La aptitud para lograr esta adaptación, así como la aptitud para cristalizar en una cultura una serie de hábitos de nutrición viables, es parte del patrimonio humano, parte del mecanismo de evolución que le ha proporcionado al hombre su mentalidad singular. Ejercida sin discernimiento, esta aptitud se desarrolla torpe e inciertamente produciendo en algunos casos civilizaciones hermosas y fuertes y en otras, civilizaciones que deforman, falsean y censuran aun aquellos aspectos de la naturaleza humana cuya manifestación toleran. Pero aún debemos probar que es posible lograr un discernimiento que, regido por la fe en la libertad de la humanidad, aproveche la prodigalidad de las épocas de inocencia dando origen no a un cinismo reactivo sino a una nueva inocencia que no tenga como base el sacrifico humano.

6. EL SEXO Y EL TEMPERAMENTO

De la solución de la situación de Edipo depende en gran parte la aceptación por parte del niño de su identidad sexual fundamental. Pero no basta con que la criatura llegue a la sencilla y absoluta conclusión de que pertenece al sexo correspondiente, de que anatómicamente es varón o hembra, de que tiene determinado papel procreador que desempeñar en el mundo. A medida que crecen, los niños se ven frente a otro problema: ¿"Cuán masculino o cuán femenina soy?" Oyen que se tilda a ciertos hombres de femeninos, que se censura a algunas mujeres por ser masculinas y que se elogia a alguien por ser todo un hombre o muy mujer. Oyen que algunos oficios son considerados propios de un hombre y otros no, que ciertas ocupaciones realzan o perjudican la femineidad de una mujer. Ven cómo ciertas formas de correspondencia, de afectación, de sensibilidad, de coraje, de estoicismo y de resistencia son atribuidas más a un sexo que a otro. En su mundo no encuentran un modelo, sino muchos, y se comparan con todos juzgándose a sí mismos y sientiéndose ufanos y seguros, angustiados, inferiores y perplejos, o desesperados y dispuestos a darse por vencidos.

En cualquier grupo humano es posible ordenar a los hombres y a las mujeres según cierta escala de modo que entre el grupo más masculino y el más femenino queden algunos individuos aparentemente intermedios, que parecerían exhibir en menor grado los rasgos físicos pronunciados característicos de uno u otro sexo. Esto se comprueba tanto al comparar las características sexuales secundarias —la distribución del vello en el pubis, la barba, las capas de tejido adiposo, etcétera— como al observar las características sexuales elementales —los pechos, las dimensiones de la pelvis, las proporciones entre el torso y las caderas, etcétera—. Estas diferencias se hacen aún más evidentes cuando se observa por ejemplo la sensibilidad de la piel, la gravedad de la voz o la modulación de los movimientos. Además encontramos en casi todos los grupos de cierto tamaño que hay muy pocos individuos que persisten en desempeñar un papel del sexo opuesto en sus ocupaciones, en su vestimenta o en sus actividades sexuales interpersonales. El invertido completo parece sólo surgir cuando la cultura reconoce esta posibilidad. En muchas de las tribus indígenas americanas el *berdache*, o sea el hombre que se vestía y vivía como una mujer, era una institución social reconocida, en contrapunto con el énfasis excesivo asignado al valor y al vigor de los hombres. En otras regiones del mundo, como en el Pacífico austral, por ejemplo, no se supone que un individuo pueda invertirse completamente aunque en numerosas tribus las ceremonias incluyen muchas inversiones rituales. Algunos pueblos permiten la inversión de los papeles para ambos sexos, como lo hacen los aborígenes de Siberia que asocian la inversión sexual con el exorcismo; otros se la permiten a los hombres pero se la prohiben a las mujeres; otros no la permiten bajo ninguna forma. Pero el contraste entre la inversión de los indios mojaves,[1] cuyos travestidos remedan el embarazo y el parto y se alejan del campamento para dar a luz ritualmente a una piedra, y los samoanos, que no reconocen al invertido, aunque encontré entre ellos a un muchacho que prefería quedarse con las mujeres haciendo esteras, es claramente un contraste de disposición social. Las sociedades pueden proporcionar papeles estilizados y complejos que resulten atrayentes para muchos individuos que nunca aspirarían a los mismos espontáneamente. El temor de que los varones sean femeniles en su conducta puede llevar a muchos a refugiarse en la femineidad explícita. La identificación de ciertas características como tener menos vello en el mentón o el busto menos pronunciado como pertenecientes al sexo opuesto puede crear desviaciones sociales. Si hemos de interpretar estas experiencias, por las que pasan

todos los niños, buscaremos una teoría sobre el significado de dichas diferencias.

Eliminamos toda esta estructura artificial al invocar la presencia o la ausencia, el reconocimiento y la tolerancia, de instituciones sociales invertidas, o la supresión explícita de la práctica homosexual, pero encontramos aún entonces diferencias que exigen explicación. Después de reunir los detalles reveladores de las historias clínicas de la sociedad occidental que señalan cómo los accidentes de la educación, la identificación errónea con uno de los progenitores, o el miedo excesivo al progenitor del sexo opuesto empujan a los varones y a las niñas hacia la inversión sexual, nos queda aún el problema fundamental. Colocados en fila, los hombres de cualquier grupo forman una escala en cuanto a masculinidad explícita, así como también a la masculinidad de su conducta. Las mujeres de cualquier grupo ilustran una variedad semejante de tipos, o mayor aún, si se observan además las radiografías de los contornos pélvicos que pueden resultar engañosos, ya que no revelan con exactitud la aptitudes reproductivas femeninas.[a] ¿Debe atribuirse esta escala aparente a diferencias en el equilibrio endocrino, por cuanto admitimos que cada sexo depende de hormonas masculinas y femeninas y a la acción recíproca de estas hormonas y otras endocrinas para su perfecto funcionamiento? ¿Es que cada individuo tiene una potencialidad bisexual que puede ser evocada fisiológicamente por falta o exceso de hormonas, psicológicamente por anormalidades en el proceso del desarrollo individual, o sociológicamente al criar a los varones siempre entre mujeres o apartándolos completamente de ellas, o imponiendo o fomentando diversas formas de inversión social? Cuando en la edad adulta los seres humanos — o las ratas — están acondicionados por las circunstancias para responderles sexualmente a los miembros del mismo sexo con preferencia sobre los del sexo opuesto, se funda este acondicionamiento en alguna base bisexual real de la personalidad, que varía mucho entre los miembros de un grupo y otro.

La primera impresión parecería indicar que es muy posible que haya que anticipar una hipótesis semejante. Al contemplar un grupo de varoncitos, parecería evidente que sería fácil acondicionar a los que aparentemente son "femeniles" para un papel invertido y que en un grupo de niñas resultaría más fácil preparar a la que tiene rasgos propios de los varones para la identificación con el sexo opuesto. ¿Y no significa esta "facilidad" que poseen un mayor grado de bisexualidad física? Pero los datos de que disponemos nos obligan a detenernos. Las investigaciones más minuciosas no logran relacionar el equilibrio endocrino con la conducta homosexual propiamente dicha. Las poquísimas criaturas que poseen los órganos sexuales primarios de ambos sexos, presentan como es lógico graves anomalías y confusiones pero hasta ahora no han servido para dilucidar el problema general. En

cada grupo es notoria la extraordinaria falta de correlación entre el físico que puede ser considerado hipermasculino o hiperfemenino y la aptitud reproductiva. El hombre que posee las características más viriles puede no tener hijos, mientras que el tímido y descolorido, de aspecto femenino, engendra numerosa prole. La mujer de pechos grandes y caderas anchas puede resultar estéril, o aun, si tiene hijos, ser incapaz de amamantarlos. No obstante, tropezamos siempre con una aparente correlación entre la tendencia hacia la inversión sexual en los hombres y mujeres que divergen más hacia el físico previsto para el sexo opuesto. En aquellas tribus primitivas que no admiten la inversión, el varón que opta por hacer esteras será más similar al tipo femenino según el concepto de la tribu y la mujer que sale de caza se parecerá más al varón. ¿No significa nada esta aparente correspondencia física; representa sencillamente un accidente dentro de la escala normal de variaciones? Si la tribu considera que el vello abundante es un rasgo varonil deseable, ¿no se sentirán los lampiños confusos acerca del papel sexual que les corresponde?, o si piensan que el vello es un rasgo tosco, ¿no se verán los hirsutos condenados sexualmente y los lampiños por consiguiente tenidos por menos viriles? Esto sería la réplica ambiental más extrema, mientras que la razón genética ulterior podría invocar alguna variación estructural y funcional muy sutil y aun insondable en la base biológica de la identidad sexual.

Sugiero otra hipótesis que en mi opinión está más de acuerdo con la conducta de los siete pueblos de Oceanía que he observado. El balinés es prácticamente lampiño; tanto que puede bien arrancarse los pocos pelos de la cara con una pinza. Tiene los pechos bastante más desarrollados que un occidental. Casi cualquier balinés parecería afeminado comparado con una serie de europeos occidentales. Las balinesas, al contrario, tienen las caderas estrechas y los pechos pequeños y altos y casi cualquiera de ellas parecería más bien un doncel entre mujeres europeas occidentales. Podría imaginarse que muchas son incapaces de amamantar, y hasta juzgarse que tienen el útero infantil. ¿Pero puede interpretarse esto en el sentido de que los balineses son más bisexuales, menos diferenciados sexualmente que los europeos occidentales, que los hombres son menos masculinos y las mujeres menos femeninas, o significa sencillamente que los tipos de masculinidad y femineidad balineses son distintos? Los partidarios más firmes de las variaciones del equilibrio bisexual sostendrían que en ciertas razas los hombres se diferencian menos, que son más femeninos, etcétera, y podrían aplicar el mismo argumento en el caso de las mujeres. Pero en general, se admitiría que por lo menos algunos de los aspectos por los que el balinés parecería femenino — la altura, el talle, el vello y otros — no afectan en realidad para nada su virilidad. Hay que inclinarse a reconocer, en consecuencia, que entre estirpes raciales tan variadas como la de los

balineses y la de los europeos nórdicos, los pigmeos de Andaman y los gigantes nubios, no sólo son ineficaces ciertos criterios de masculinidad y femineidad, sino que hasta puede producirse una correspondencia inversa, ya que los hombres andamaneses estarían por su estatura dentro de la escala de las mujeres de un grupo mucho más alto.

Pero todos los grupos humanos de que hayamos tenido noticia evidencian variaciones considerables en la herencia biológica. Hasta en los grupos más aislados y puros en su raza se observan diferencias muy pronunciadas en el físico y en el temperamento manifiesto, y no obstante el alto grado de uniformidad en la forma de criar a los hijos propios de muchas tribus primitivas, cada ser humano adulto parecerá más o menos masculino o femenino, según el tipo establecido por la tribu. Hay por otra parte variaciones de cierto orden que parecen — al observarlos, por lo menos, ya que no hay detalles registrados — mantenerse constantes en distintos grupos. Aunque casi todos los balineses presentan la configuración general que técnicamente puede clasificarse como asténica, el balinés asténico contrasta a su vez con el balinés fornido y con el que es más bajo y rollizo. Aparecen siempre las mismas diferencias en los hombres y mujeres dentro de los límites del tipo general. Mientras no tengamos métodos mucho más sutiles para medir, que no sólo tengan en cuenta la complexión individual sino también los rasgos étnicos, no podremos saber si existe una correspondencia auténtica en el plano de la conducta entre los individuos delgados y esbeltos arapesh, tchambulis, suecos, esquimales y. hotentotes, o si la conducta, aunque tenga cierta base en la complexión, no puede de ninguna manera relacionarse con las características que tienen en común. Entretanto no se creen dichos métodos y. no se realicen estos estudios sólo se puede especular merced a cuidadosas observaciones, no disponiendo de otro instrumento aparte del ojo humano para hacer comparaciones. No obstante, el uso de este instrumento en el estudio de siete pueblos diferentes me ha sugerido la hipótesis de que en cada grupo humano se encuentran, aunque probablemente en distinta proporción y no siempre en todos, algunos representantes de los mismos tipos constitucionales que empezamos a distinguir en nuestra población. Y sugiero además que la presencia de estos tipos contrastantes de complexión es una de las condiciones importantes que influyen sobre el niño al formarse un juicio sobre la integridad de su identidad sexual.

Si reconocemos la presencia de escalas comparables de tipos de complexión en las sociedades humanas, vemos que cualquier serie continua que ordenemos incluyendo desde el más masculino hasta el menos masculino puede resultar equívoca, especialmente ante los ojos del niño. Tendríamos que definir en cambio diversas series, haciendo una distinción entre el varón más masculino y el menos diferenciado sexualmente dentro de cada uno de los diversos tipos. El hombrecillo delgaducho, sin

vello ni músculos, que engendra numerosa prole no parecerá entonces una anomalía, sino que se considerará como la versión masculina del tipo humano en el que tanto los hombres como las mujeres son delgados y pequeños y tienen relativamente poco vello. La joven esbelta que tiene los pechos apenas formados, pero que puede amamantar perfectamente a su hijo porque la leche se le distribuye en forma pareja sobre el tórax, no será considerada como una mujer incompleta — diagnóstico desmentido por su aptitud para concebir y criar hijos y por lo bien que se siente durante el embarazo— sino como la correspondiente al tipo constitucional en el que la mujer tiene los pechos mucho más pequeños y menos redondeados. Se verá así que el hombretón de pelo en pecho, cuya masculinidad es a menudo tildada de pálida y poco convincente, es sólo una versión menos masculina de un tipo en el que predominan la musculatura muy desarrollada y el vello abundante. La mujer poco fecunda a pesar de sus pechos y caderas ondulantes será entonces una de las que pertenecen al tipo que presenta las caderas y los pechos muy pronunciados, cuya infecundidad en este caso se hace notoria porque la mayoría de las mujeres con las que se la compara tienen menos busto y. las caderas más suaves. También podría dilucidarse con este punto de vista la aparente contradicción que existe entre lo que revelan las radiografías de la pelvis y las medidas del contorno.

Los demás aspectos de la personalidad se considerarían de la misma forma. Se clasificaría a la mujer fogosa y vehemente junto a los hombres fogosos y vehementes del mismo tipo y no parecería entonces un león, sino sólo una leona en su propio ambiente. Si se colocara al menudo y sumiso Caspar Milquetoast junto a la más dócil versión femenina de sí mismo y no junto a un luchador se vería que es mucho más masculino que ella. El hombre rollizo, de pechos blandos, doble barbilla y glúteos prominentes, que parecería una mujer si le pusieran un sombrerito, no tendría contornos tan ambiguos si se lo observara junto a una mujer igualmente rolliza; su masculinidad es inconfundible comparándolo con la mujer de su complexión y no con hombres de otros tipos. Los bailarines y bailarinas esbeltos, sin caderas ni pechos, no parecen entonces hombres femeniles y mujeres-donceles, sino varones y hembras de un tipo especial. Así como no se podría identificar tan fácilmente el sexo de un conejo comparando su conducta con la del león, el ciervo o el pavo real, como si se compara al conejo con la coneja, al león con la leona, al ciervo con la cierva y al pavo con la pava, si lográramos eliminar de nuestra mente la costumbre de agrupar a todos los varones por una parte y a todas las mujeres por la otra y la de fijarnos en la barba de unos y en los pechos de otras, prestando en cambio más atención a los diferentes tipos de hombres y mujeres, el problema que se les presenta a los niños sería mucho más inteligible.

Se ordenarían también muchísimas cuestiones teóricas confusas.

Tomemos por ejemplo la cuestión del grado de actividad sexual y la mayor actividad que muestran los hombres que se desarrollan a una edad temprana. ¿Son éstos más masculinos o sólo un tipo distinto? O citemos el caso de las mujeres que aun en un pueblo como el arapesh, que no admite el concepto del orgasmo en la mujer, son activamente exigentes con respecto al sexo y tienen apetitos sexuales definidos. Tenemos asimismo el caso de las mujeres que en una sociedad como la de los mundugumores, que le asigna a la mujer un papel sexual específico y poco maternal, son no obstante difusamente responsables y maternales. Estas divergencias no se considerarían entonces como indicio de mayor o menor femineidad, sino como características de diferentes tipos de mujer de tan profundo arraigo biológico que ni el aparato del acondicionamiento cultural logra encauzarlas de acuerdo con el tipo que la cultura juzga como verdaderamente masculino o femenino.

En todas las sociedades el niño se encuentra frente a individuos — adultos, adolescentes y niños — que la sociedad clasifica en dos grupos, varones y mujeres, según los rasgos sexuales primarios más acentuados que exhiben, pero que en realidad presentan una extensa gama y gran diversidad de características en cuanto al físico y la conducta. Como las diferencias sexuales primarias son de extraordinaria importancia porque determinan la experiencia que del mundo adquiere el niño a través de su cuerpo y la reacción de los demás ante su identidad sexual, la mayoría de los niños acepta su masculinidad o femineidad como primer rasgo de identificación. Pero una vez establecida esta identificación, el niño comienza a compararse con los demás no sólo físicamente sino, lo que es más importante, según sus impulsos e intereses. ¿Son todos sus intereses propios de su sexo? "Soy varón, pero me gusta el color y el color sólo les interesa a las mujeres." "Soy mujer, pero tengo los pies ligeros y me encanta correr y saltar. Las carreras y los saltos y los arcos y flechas son para los varones, no para las niñas." "Soy varón, pero me gusta tener materiales suaves entre las manos; este interés por el tacto es femenino y me quitará virilidad." "Soy una niña, pero tengo los dedos torpes y puedo manejar mejor un hacha que ensartar cuentas; las hachas son para los hombres." El niño, a medida que va conociéndose, se ve obligado a rechazar las facetas de su propia herencia bilógica que discrepan con los prototipos que la cultura impone para cada sexo.

Por otra parte, los clisés que determinan los intereses y ocupaciones de cada sexo no carecen siempre absolutamente de fundamento. El concepto que una sociedad tiene del varón puede estar muy de acuerdo con el temperamento de cierto tipo de hombre. El concepto que tenga de la mujer puede corresponder al de la mujer del mismo tipo o de cualquier otro. Los niños que no pertenezcan a ninguno de los tipos preferidos sólo podrán valerse de la características sexuales primarias

para clasificarse a sí mismos. Sus impulsos, preferencias y luego en cierto sentido sus rasgos físicos parecerán anomalías. Estarán condenados toda la vida a sentirse menos hombres y menos mujeres entre sus semejantes sólo porque el ideal cultural se basa en una serie de características diferentes, aunque igualmente válidas. Así el hombre menudo como un conejo se amarga comparándose con el tipo leonino frente al cual no se siente hombre y quizá por ello suspira siempre por la mujer leona. Entretanto la mujer imperiosa y audaz, convencida en su fuero íntimo de que no es femenina porque se compara con las mujeres frágiles que ve a su alrededor, quizá se decida en su desesperación por un cambio total casándose con un hombre tímido y prudente. O tal vez el hombre tímido que hubiera podido ser suavemente firme y decididamente masculino, capaz de conquistarse una mujer, de defenderla y de mantenerla, si hubiera pertenecido a una cultura que le reconociera plenamente su virilidad, se dé por vencido y se tenga por mujer, convirtiéndose en un verdadero invertido y uniéndose a algún hombre que posea las magníficas cualidades que a él le fueran negadas.

A veces uno tiene la oportunidad de contemplar a dos hombres de físico y conducta similares, artistas o músicos, uno de los cuales se impone como completamente masculino, pudiendo con el brillo de sus ojos y de sus cabellos hacer que todas las mujeres presentes se sientan más femeninas cuando él entra. El otro se ha identificado como admirador de los hombres, sus ojos no tienen fulgor ni sus pasos firmeza, y parece casi estar disculpándose por su adaptación cuando se encuentra ante un grupo de mujeres. No obstante, ambos pueden ser idénticos, en las proporciones del cuerpo, en sus gustos, en la calidad de la mente. Pero uno ha sido criado en un ambiente de colonizadores, el otro en una atmósfera europea cosmopolita; en el mundo de uno los hombres sólo manejaban escopetas, cuchillos de monte y rebenques; en el mundo del otro los hombres tocaban los instrumentos musicales más delicados. Al estudiar una pareja semejante, se hace evidente que lo más provechoso no es buscar posibles diferencias endocrinas sino observar la discrepancia, mucho más manifiesta en uno de los casos, entre sus propias preferencias y las que la sociedad estima adecuadas para los hombres.

Si es que existen semejantes diferencias auténticas entre los tipos de complexión, de modo que la virilidad en un caso puede ser tan diferente de la virilidad en otro y hasta tener atributos femeninos — de acuerdo con un tipo distinto —, estos han de tener profunda influencia no sólo en la interpretación de las variaciones de cada sexo y en las formas de inversión y de fracaso sexual que surgen en las sociedades, sino también en el patrón establecido para las relaciones entre ambos sexos. Algunas sociedades simples y algunas castas dentro de sociedades complejas parecen haber escogido los prototipos para am-

bos sexos del mismo tipo constitucional. La aristocracia, los ganaderos o la pequeña burguesía pueden tener como ideal tanto para los hombres como para las mujeres al tipo delicado, menudo y sensible, o admirar a la mujer y al hombre altos, fogosos, indeciblemente altivos, con un temperamento sexual específicamente nervioso, o bien preferir a los hombres y mujeres rollizos y plácidos. Pero no sabemos si los prototipos masculinos y femeninos de una cultura se complementan de esta manera. En los casos en que parece que realmente existe una relación recíproca entre los prototipos de ambos sexos es probable que se pueda establecer una relación biológica más directa y más armoniosa para el matrimonio ideal y las formas de matrimonio serán entonces más coherentes y firmes. Cuando los hombres y las mujeres que no concuerdan con los prototipos intentan utilizar las formas de matrimonio —ese *ballet* finamente entretejido, la reserva orgullosa y firme o la agradable costumbre de quedarse de sobremesa, que son formas apropiadas y creadas para el prototipo— tienen por lo menos la ventaja de verse frente a un patrón coherente, aunque sea ajeno, que les resulta más fácil de aprender.

Imaginemos por ejemplo una aristocracia que tenga como prototipo para hombres y mujeres un ser humano alto, fogoso, altivo, con un temperamento sexual específico y sensible. Supongamos que en una familia así nazca un varón regordete, sosegado, goloso y de temperamento sexual difuso. Desde la infancia se le inculcará la conducta apropiada para un tipo de persona muy diferente y tendrá que aceptar como prototipo femenino a una joven fogosa, reservada, de temperamento sexual específico. Si se casa con ella, habrá aprendido en gran parte a desempeñar el papel que le corresponde y que la chica a su vez espera de él. Aun si se casa con una joven tan divergente como él con respecto a los modelos vigentes, cada cual tendrá aprendido un papel coherente, y así él la trataría como si ella fuera sensible y altiva, haciendo la joven lo propio con él. La vida quizás sea más artificiosa para ellos que para quienes se aproximan más al tipo para el que se establecieran los papeles culturales, pero la misma nitidez del patrón hace que los papeles puedan ser representados. En todos los casos semejantes de patrones rígidos habrá quien se rebele, quien se suicide —si el suicidio es una escapatoria reconocida por la cultura—, quien se vuelva promiscuo, frígido, retraído o loco o quien —teniendo talento— sea el innovador que introduzca variaciones en el patrón establecido. Pero la mayoría aprenderá a vivir según el patrón aunque le sea ajeno.

En todas las sociedades que he estudiado era fácil distinguir a los que divergían en forma más aguda con respecto al físico y a la conducta previstos y que se adaptaban de diferentes maneras según la relación que hubiera entre el tipo de complexión particular y el prototipo cultural. El varón que se transforma en un hombre alto, altivo e impaciente, a quien el orgullo torna susceptible exponiéndolo al azoramiento, corre muy distinta suerte en Bali, en Samoa, en Arapesh y en Manus. En Manus se refugia en los vestigios de jerarquía que quedan, se interesa más por las ceremonias que por el comercio y profiere los vituperios admisibles con más vivo encono en las controversias comerciales. En Samoa un hombre así es considerado durante largo tiempo como demasiado violento para que se le pueda encomendar la jefatura de una familia; la aldea espera hasta que su propensión a la cólera y los sentimientos intensos se haya desgastado a través de los años de resistencia suave que corroen estas exageraciones impropias. En Bali el mismo individuo quizá demuestre más iniciativa que los demás pero sólo le servirá para sentirse de mal humor y desorientado porque no puede realizar sus proyectos. Entre los maoríes de Nueva Zelandia probablemente sería el prototipo cultural ya que su propensión a la altivez correspondería a la exigencia de altivez de esa sociedad, su violencia a la exigencia de violencia, permitiéndosele también expresar perfectamente su impetuosa ternura ya que la mujer ideal es allí tan altiva e impetuosa como él.

Pero en las complejas sociedades modernas no existen estas expectativas tan claras ni este aprovechamiento tan perfecto de las posibilidades, ni siquiera para una clase social determinada, un grupo profesional o una región rural. No hay necesariamente una correspondencia entre los prototipos de hombre y mujer y cualquiera sea el tipo ideal de hombre es muy poco probable que el tipo femenino correspondiente también sirva de modelo. Las eventualidades de las migraciones, de los matrimonios entre personas de distintas clases sociales, de las condiciones de vida de los colonizadores, influyen para que las características deseadas en la mujer ideal correspondan a un tipo muy distinto del que sirve de base para el prototipo masculino. El prototipo mismo puede resultar borroso y confuso debido a expectativas distintas o estar desdoblado de modo que el amante ideal no sea igual al hermano o al marido ideal. El patrón de las relaciones recíprocas entre ambos sexos, de reserva o intimidad, de requerimiento o esquivez, de iniciativa y correspondencia, puede ser el resultado de la combinación de diversos tipos biológicos coincidentes en vez de ser afín a un tipo exclusivo. Necesitamos disponer de más datos sobre hasta qué punto puede en realidad identificarse y estudiarse este género de tipos constitucionales antes de responder a las interrogaciones que surgen en seguida con respecto a las diferencias en potencia, estabilidad y flexibilidad entre las culturas cuyos prototipos son combinaciones, compuestos o se basan en un tema lírico único, prototipos que son tan inclusivos que todos los hombres y mujeres encuentran una ubicación, aunque ésta no sea muy definida, o tan rígidos o estrechos que muchos

hombres y mujeres tienen que crearse otros patrones en contraposición a aquéllos.

El reconocimiento de estas posibilidades modificaría bastante los métodos corrientes de criar a los niños. Dejaríamos de referirnos a la conducta del niño que se interesa en ocupaciones que se consideran femeninas o que demuestra más sensibilidad que sus compañeros, diciendo que "tira a femenina" y preguntaríamos más bien qué tipo de varón es. Podríamos tomar la identidad sexual como clasificación general que abarque los diversos tipos de complexión, del mismo modo que en otra escala el sexo sirve para agrupar bajo cierta clasificación al macho del conejo, del león y del ciervo, sin que por eso nos oculte las características esenciales de cada uno de estos animales. Entonces la niña que demuestra más tendencia a desarmar las cosas que las demás no se verá clasificada como mujer singular. En un mundo semejante ningún niño se vería obligado a rechazar su identidad sexual por ser demasiado alto o bajo, demasiado gordo o delgado, o más o menos velludo que los demás, ni tendría nadie que sacrificar la sensación de su identidad sexual debido a las cualidades especiales que le permiten, a pesar de ser varón, disfrutar de un tacto sensible o, si es niña, ser una amazona audaz.

A fin de poder contar con el impulso necesario para superar las pruebas y los obstáculos de este período tan difícil de la historia, el hombre tiene que sentirse alentado por la visión de un futuro tan halagüeño, como para que ningún sacrificio le parezca excesivo y continúe avanzando. En ese panorama del futuro será de suma importancia la conciencia que tengan del cuerpo los hombres y las mujeres y el grado de soltura que adquieran en sus relaciones con las personas del mismo sexo y del sexo opuesto.[3]

7. LAS REGULARIDADES BASICAS DEL DESARROLLO HUMANO

Por más diferentes que sean las formas en que las distintas sociedades interpretan y precisan el desarrollo de los seres humanos, hay ciertas regularidades básicas que hasta ahora ninguna sociedad ha podido eludir. Luego de las digresiones sobre los contrastes en los métodos educativos de siete culturas distintas, podemos hacer una relación de las regularidades que toda sociedad debe tener en cuenta. Deben tenerse presentes cada vez que se intente comprender lo que está sucediendo en nuestra sociedad o en otras sociedades y siempre que procuremos comprendernos o crear una vida diferente para nuestros hijos.

Hemos visto que la sensación que el niño tiene de su identidad sexual

y la forma de estimar la importancia de dicha identidad están sujetas a una serie de condiciones. En la estructura de su propio cuerpo la niña encuentra que la reinterpretación de la fecundación, la concepción y el parto concuerda con sus primeras experiencias en la ingestión de alimentos, pero el varón, aunque haya pasado por la misma experiencia, puede a lo sumo utilizarla para interpretar el papel femenino y se siente confundido y turbado si trata de aplicarla a la interpretación del suyo. La niñita que ha aceptado contenta el pecho materno no tiene que someterse a una adaptación nueva o de distinta índole estructural para aceptar las relaciones sexuales adultas. La ingestión es una forma de conducta compatible con su ritmo biológico esencial. Debido a que las partes del cuerpo se pueden sustituir muy fácilmente en la imaginación si sus formas o modalidades funcionales son semejantes, la niña puede adquirir nociones incompatibles si aparte del natural deseo de correr y saltar, explorar y tocar, se interesa demasiado por el clítoris, vestigio fálico. Las pruebas obtenidas en muchas sociedades no confirman sin embargo la suposición tan corriente de los que limitan sus observaciones a nuestra sociedad, en el sentido de que esta etapa "fálica" de las niñas es un problema normal con el que tienen que lidiar o que presenta dificultades sistemáticas para la adaptación sexual completa de la mujer, similares a las que le provoca al varón la extensión de la receptividad asociada en un principio con la ingestión. En los casos en que se producen estas perturbaciones no se pueden relacionar directamente con el cuerpo, con el énfasis inapropiado que el niño le confiere a la ingestión ni con el interés desmedido que la niña demuestra por la intrusión. Deben mirarse como interpretaciones de la experiencia corporal de dos criaturas que viven en un mundo en el que existen dos sexos, en el que hay hombres y mujeres de todas las edades y en el que las funciones que requieren especialización sexual, como la cópula, el embarazo, el parto y la lactancia, son tan trascendentales como las que no son especializadas: comer y beber, digerir y eliminar.

Los indicios que al niño le proporciona su propio cuerpo, con sus tensiones, modalidades y aptitudes para ingerir, conservar y expulsar, y para actuar con otros seres humanos ya sea recíprocamente o en forma parcial, complementaria o simétrica como ente, no pueden considerarse aisladamente como si constituyeran sólo una secuencia del desarrollo. Junto al niño que va adquiriendo la sensación de destrozar algo con los dientes que le acaban de salir, está siempre el adulto que tiene nociones muy estilizadas y precisas acerca de la sensación de morder, desgarrar, destrozar, disecar y analizar. El niño muerde inocentemente una manzana, tanteándola con los dientes. La mano comprensiva del adulto tiene otra tensión porque recuerda la impresión que los dientes reciben de la manzana, porque se da cuenta con cierto recelo de que el niño ya puede morder y atacar a otros y hay que refrenarlo, o porque

furtivamente vuelve a su memoria una ilusión amarga oculta y olvidada durante muchos años. La ligera presión del brazo de su madre, el gesto de humedecerse los labios o apretar los dientes, la forma en que le estrecha la mano, todo esto le va indicando al niño lo que significa morder. A veces las fantasías de los adultos están tan lejos de las realidades observadas que es el propio cuerpo del niño el que le presenta órganos y modalidades que los adultos que lo rodean tratan de negar totalmente. Por eso es importante volver a destacar que, a pesar de lo que digan, sientan o repriman los adultos, el niño tiene un cuerpo, que la boca primero mama y luego muerde y puede también escupir o retener un bocado toda la noche, que el niño no es sólo una tabla rasa, sino un organismo vigoroso que se desarrolla y que tiene modalidades de conducta propias de su edad y de su potencia. No es un organismo en evolución colocado dentro de una vitrina o en un consultorio. El artificio de un compartimiento de cristal bien iluminado para fotografiar al niño desde seis ángulos distintos sirve sólo para obtener una visión abstracta del patrón de conducta adoptado por el niño a medida que crece rodeado de otros seres humanos. Hasta puede suprimirse por el momento a los demás, contemplando entonces al niño como organismo en evolución que avanza hacia la madurez. Pero esto nunca ocurre en toda la extensión de la experiencia humana. No se le exige al varón que interprete su masculinidad de otra manera que no sea en relación con los otros seres humanos de ambos sexos; y ninguna niña se limita jamás a concentrarse en el ritmo de su propio corazón. Si la madre que acuna al hijo tiene conciencia de que algún día ha de morder y reacciona ante la energía con que mama como si en realidad ya mordiera, es posible que el niño adquiera la noción de morder antes de que le salgan los dientes. Pero esto no se producirá porque haya aprendido a morder con las encías ni porque tenga el deseo latente de devorar a la madre, sino debido a la manera en que ésta, que tiene dientes, reacciona ante lo que la boca de otros le hacen a ella o a los demás, o ante la tensión del cuerpo del niño cuando se siente reprimido.

Cuando se hace caso omiso de la dependencia del niño de las demás personas para la interpretación de las modalidades del cuerpo, da la impresión de que los especialistas de nuestra sociedad se hubieran dedicado a fabricar los conceptos más fantásticos. Relatan por ejemplo el caso de un varoncito que cree que los niños nacen por el ano, ampliando la historia con elementos de juego gráficos, con declaraciones verbales y tal vez hasta con pesadillas en las que el niño sueña que está dando a luz. El lector o el oyente que trata de interpretar la historia piensa que lo que el especialista quiere decir — y acaso el especialista también lo piense — es que el niño ha elaborado una sutil fantasía sobre el parto en base a su propia experiencia corporal de la alimentación, la digestión y la eliminación. En realidad es muy probable que lo

sucedido no sea tan sencillo. El niño ha combinado todas sus experiencias con hombres y mujeres de distintas edades y las sugerencias proporcionadas por su propio cuerpo, y ha elaborado entonces, pero sólo entonces, sus singulares fantasías. Cuanto más disimula la sociedad estas relaciones, encubriendo los cuerpos con ropajes, ocultando la eliminación con pudibundez, relegando la cópula al misterio y a la vergüenza, mintiendo el embarazo, obligando a los hombres y a los niños a desconocer el parto, y disimulando la lactancia, más singulares y grotescos serán los esfuerzos de los niños por comprender y formarse una noción aunque sea imperfecta del ciclo vital de los dos sexos y por interpretar la etapa del desarrollo en que se encuentran sus propios cuerpos.

Pero aun en las sociedades donde no existen muchas de estas condiciones confusas, donde el niño tiene oportunidad de ver el cuerpo de personas de distintas edades y en distintas etapas, hasta después de la muerte, el niño percibe cómo los adultos aceptan o rechazan, o quizá a la vez aceptan y rechazan, la identidad sexual, restableciendo así en cada generación el patrón de carácter previsto la distorsión sistemática del mismo. Todos los sistemas semejantes comprenden no sólo el patrón central o diversos patrones para las distintas castas o clases, sino también la tolerancia y los límites para las posibles desviaciones. El muchacho manus se transforma en un hombre capaz de violar a las mujeres extrañas, de espiar morbosamente, de convertirse en un sátiro, pero jamás llega a ser un amante afable y considerado. El patrón de conducta que aprende de los que lo rodean no da lugar a estas posibilidades. El arapesh puede convertirse en un homosexual pasivo si llega a estar en contacto con miembros de otras tribus, puede ser impotente o crearse un ritual de autoerotismo merced a los ritos higiénicos que le imponen, pero la violación y la homosexualidad activa no están comprendidas en el patrón de conducta, a menos que se vuelva completamente loco.

Debemos por lo tanto tener presente que los niños reinterpretan continuamente la experiencia a medida que sus cuerpos se van desarrollando junto a los cuerpos de los demás, también en desarrollo, en la plenitud o en regresión. Y entonces, pensando siempre en seres humanos de ambos sexos, de distinta talla y de distinta edad, observamos que hay ciertas regularidades biológicas que indefectiblemente influyen sobre estas interpretaciones. La primera de esas regularidades es que tanto los varones como las niñas son amamantados por la madre, lo que significa que uno de los sexos recibe la imagen de una relación complementaria atenuada dentro de su propio sexo, mientras que el otro — el varón — conoce desde el principio una relación complementaria con el sexo opuesto. Aunque la criatura de tres meses no sea muy capaz de captar por sí misma la diferencia entre los sexos, la madre tiene plena conciencia y sus sonrisas, sus brazos, la actitud de su cuer-

po entero revelan el sentido de la misma de diversas maneras, según el temperamento y la sociedad en que vive. La niña es una réplica de sí misma. "Yo sentí antes lo que ella siente ahora", piensa introspectivamente, y la hija percibe fácilmente esta sensación. Constituye para la niña la base de la identificación fácil y sin complicaciones con su propio sexo: es algo que existe, que no necesita una estilización artificiosa, que puede aceptarse sencillamente. En cambio, en el caso del hijo, la madre inevitablemente pensará: "Es diferente para él." La ingestión no tiene el mismo sentido para el varón que para la mujer. Interpretada en términos adultos esta situación invierte los papeles masculinos y femeninos, ya que ahora piensa: "Yo introduzco y él recibe. Antes de transformarse en un hombre, tendrá que cambiar esta actitud de ingestión pasiva." La niña encuentra en su primera experiencia semejanza y proximidad con alguien de su propia índole. La madre y la hija pertenecen a un mismo patrón y la suposición de la madre de que el pulso de ambas tiene el mismo ritmo le da cierta intimidad al desarrollo de la niña. La niña adquiere esta noción: "Soy." El varón por su parte sabe que tiene que empezar a diferenciarse de la persona que está más cerca de él; que a menos que lo logre, no será nunca nada; y comprende por la sonrisa de su madre, la leve coquetería o la presión agresiva de sus brazos, la suave pasividad con que le entrega el pecho, que tiene que descubrir quién es, que es varón, que *no* es mujer. Por consiguiente, desde el comienzo mismo de la vida se le insinúa al varón que tiene que hacer un esfuerzo, tratar de diferenciarse más, mientras que a la niña se le sugiere la serena aceptación de su ser.

En la exposición precedente, hemos señalado algunas de las maneras en que diversas sociedades han deformado, falseado, destacado, valorizado o desestimado la identidad sexual femenina o masculina. Sin embargo, en este capítulo destaco las regularidades biológicas que se mantienen constantes por debajo de estas variaciones enormes. No importa que a las mujeres les agrade ser mujeres o que vivan resentidas por ello; de cualquier modo les enseñarán a las hijas que pertenecen al mismo sexo, les parezca desdichado o feliz, y a los varones les enseñarán que pertenecen al otro. Esta regularidad fundamental está naturalmente ligada a la lactancia y a sus consecuencias en los patrones sociales, ya que porque son las mujeres las que amamantan a los niños, también son ellas las que los cuidan.

Si se reemplazara totalmente el pecho en la alimentación de las criaturas — posibilidad factible en una sociedad como la nuestra orientada hacia el maquinismo —y si los padres y los hermanos asumieran la misma responsabilidad por el niño, esta regularidad biológica desaparecería. En lugar de que las niñas comprendieran que sencillamente son y los varones que tienen que llegar a ser, el énfasis recaería en cuestiones como el tamaño y el vigor relativos, se modificarían las preocu-

paciones del niño en desarrollo y, quizá la psicología misma de los sexos. Actualmente las derivaciones de la lactancia tienen vigencia universal ya que en todas las sociedades se cree que el cuidado de los niños es un trabajo de mujer más que de hombre, y por consiguiente no podemos saber si la tendencia del varón a afirmar su masculinidad por medio de realizaciones tiene alguna otra base aparte de ésta.

Las culturas como la de los arapesh ilustran claramente cómo se atenúa esta tendencia del varón cuando los padres no hacen distinciones tan marcadas entre los hijos de uno y otro sexo y los hombres desempeñan un papel importante en la alimentación. Pero este amortiguamiento sacrifica demasiado, por lo que nos preguntamos si esta tendencia a imponerse del varón no tendrá otras raíces más bien filogenéticas. De todos modos la situación actual entre madre e hijo proporciona un contexto perfecto para que la niña aprenda a ser y el varón aprenda que debe actuar.

En la etapa siguiente del desarrollo, durante la cual la relación con el pecho se torna activa, buscándolo el niño y concediéndoselo la madre, la situación se invierte en cierto sentido. La madre puede tomar por conducta masculina en el varón la exigencia activa del pecho y apoyarlo en su actitud imperiosa o puede estar aún demasiado preocupada por el cambio y pensar que esa exigencia es una rapacidad que agota en vez de renovar su femineidad. Asimismo, trata a su hija en forma análoga como si la avidez fuera impropia de una niña o de lo contrario como si fuera una fase natural de la receptividad femenina. En este período en el que el niño abandona la pasividad receptiva para buscar activa y ávidamente el pecho materno, pueden producirse confusiones en cuanto a las relaciones fundamentales entre la boca que se desarrolla y el pecho que se le ofrece. No es sorprendente que surjan complejas estilizaciones de la relación entre madre e hijo y complicaciones en las actitudes hacia los demás, por lo que vale siempre la pena estudiar en detalle las influencias de la lactancia desde los seis meses hasta el destete.

Luego viene el destete, en cierto sentido siempre cargado de emociones, tanto si se produce cuando la criatura todavía se preocupa principalmente por la ingestión, como cuando es todavía muy chica para caminar, o si ya camina y habla y se vale por sí misma. Cuando tiene lugar la ruptura, la niña abandona la relación de madre e hija, aunque la repetirá algún día. El varón la deja definitivamente y sólo podrá revivirla en el sentido de que la cópula expresa hasta cierto punto el reingreso a la matriz. De las relaciones posibles entre varón y mujer la de la madre con el niño de pecho puede ser la más grata para la mujer, y en ese caso le comunicará esa sensación al hijo. El deseo de prolongar esta relación tan preciada por "un mes más" está implícito en la voz de la madre cuando les contesta a quienes le aconsejan deste-

tarlo "porque ya es muy grande". El niño a su vez aprende que ésta es la relación que las mujeres más aprecian, y de adulto suponen que su mujer ha de preferir mimar al hijo en vez de dormir con él, repitiéndose así el ciclo. Para la niña el planteo esquemático es el siguiente: "Tienes que empezar a cambiar de papel. No puedes seguir siendo una criatura amamantada por una mujer; tienes que ser desde ya una mujer que algún día también críe hijos." Entre los arapesh, las niñas valoran la lactancia tanto como las madres y se muestran tan reacias a dejar el pecho como los varones. En Manus las madres trasmiten a las hijas la falta de entusiasmo hacia el papel maternal, y la niña a punto de ser destetada ya trata el pecho materno algo despectivamente. Pero cualquiera sea el matiz, para el varón representa el fin de un tipo de relación, mientras que para la niña representa la terminación de cierta fase de un patrón complementario y el comienzo de la preparación para la fase siguiente.

El período durante el cual los niños aprenden a regular la eliminación también proporciona una base natural para interpretar la identidad sexual. Las modalidades funcionales del ano tienen cierta relación con las modalidades de conducta aprendidas con la boca. Aunque la expulsión sólo tiene lugar por la boca en los casos de enfermedad, de conducta de emergencia o de emociones desagradables, es igualmente una modalidad que la boca puede ensayar. El cambio de dirección en el esófago que produce los vómitos tiene la misma cualidad convulsiva que la evacuación violenta y súbita, y la reprobación que merecen los vómitos puede transferirse en sensación a las actitudes hacia la defecación. Si el niño ha adquirido durante la lactancia actitudes definidas con respecto a la ingestión, si ha aprendido a defender la boca del asalto de las personas o las cosas y tiene hábitos como el de quedarse con la comida en la boca y no tragar, es posible que los reinterprete en su conducta en relación con la eliminación. Las culturas que se preocupan mucho por lo vergonzoso de la eliminación por lo general no reconocen abiertamente que el aparato gastrointestinal es uno solo, con un orificio en cada extremo, y a través del cual el alimento debe seguir cierto curso aunque pueda salir en cualquier dirección. El interés del niño por la ingestión, la retención y la eliminación, despertado casi siempre por el cambio de la leche a la comida y por las exigencias sanitarias —todas las sociedades humanas conocidas tienen reglas sanitarias—, también pone de relieve el concepto de la virilidad y la femineidad, de lo que significa pertenecer a determinado sexo y no al opuesto. La verificación de que las cosas no sólo se ingieren sino que luego se alteran y emergen bajo otro aspecto puede afectar profundamente el concepto que uno se forma de la concepción, la gestación y el parto. Si lo que se destaca del producto es que es verdaderamente un producto, permitiéndosele al niño identificarse e interesarse por el mismo, fácilmente lo asociará con el parto. Pero si el recato general obliga a rechazar los productos de la digestión, se subraya tanto el hecho de que el alimento se destruye o se torna inaceptable que sólo se nota la índole destructiva de la ingestión y ambos sexos le atribuyen propiedades peligrosas y dañinas a los órganos de entrada, la vulva y la boca. El problema también se puede resolver en el plano cultural negando que el cambio que se opera tenga importancia o afirmando que el cuerpo no aprovecha nada de los alimentos. Los nativos de Trobriand, que llaman la atención porque niegan que el padre tenga intervención alguna en la procreación, niegan también que el alimento sea de provecho y creen que sólo entra en el cuerpo para salir bajo cierta forma menos agradable. El extremo opuesto de la identificación de la cópula con la ingestión bien puede estar representado por las fantasías de las adolescentes de nuestra sociedad que se niegan a comer debido al profundo temor subconsciente de quedar embarazadas.[1]

La dualidad de la eliminación también contribuye a destacar o a desvirtuar las diferencias sexuales. Si la actitud es siempre la misma, como ocurre cuando la exposición del cuerpo y la eliminación son tan vergonzosas que la micción tiene que ocultarse y está sujeta a tantos tabúes como la defecación, se atenúan las diferencias sexuales con respecto al parto. Aumenta la probabilidad de que se asocien en cierto sentido los excrementos con las criaturas. Si la actitud hacia la micción es menos rígida, se hace más notoria la diferencia entre la estructura masculina y la femenina. Aunque en esas sociedades las mujeres orinan de pie, por lo que no se observa la expresión de envidia femenina previsible en Occidente —la niña que insiste en pararse—, los varones igual demuestran cierta tendencia al exhibicionismo en la micción, y hacen alarde de sus acciones delante de las niñas, si la cultura lo permite, o por lo menos delante de sus compañeros. Sin duda éste es uno de los casos en que puede adquirirse o lesionarse permanentemente el orgullo masculino por la posesión del órgano viril, y en los que la niña puede sentirse dominada por la amargura, la desilusión o el desaliento.

Al estudiar cómo las actitudes hacia la eliminación determinan las actitudes hacia el sexo es necesario limitarse a las posibilidades que ofrece la cultura, más aún que al referirse a la conducta relacionada con la lactancia. El proceso completo de ingestión, digestión y eliminación es sumamente complejo y puede interpretarse de distintos modos. Las convenciones culturales pueden desvirtuar excesivamente las diferencias estructurales entre el varón y la niña y no se puede entonces afirmar que esta etapa contribuya de una manera clara y sencilla a darles una sensación de femineidad o virilidad, aunque hay que tener presente la posibilidad de que se produzca algún aporte importante.

No obstante, cabe destacar que por intermedio del sistema gastrointestinal el cuerpo se relaciona más con materias que con personas,

absorbiendo alimentos y expulsando residuos. Por otra parte, la primera relación entablada por el niño a través de la alimentación es primordialmente una relación personal, aunque la discriminación entre el pecho y su propio ser sea muy borrosa para el niño, como afirman los investigadores. Si la madre le da otro alimento además del pecho, la relación entre el niño y la materia y el niño y la persona será de cierta índole; si solamente lo amamanta tendrá otro carácter. Al echar los dientes se intensifican las distinciones. Hemos mencionado que en Iatmul el niño corta los dientes mordiendo las conchas redondas y blancas que penden del collar de la madre. Cuando las molestias de los dientes lo inducen a morder, la madre no necesita despersonalizar completamente la relación a fin de protegerse el pecho, sino que le coloca simplemente entre las encías las conchas del collar. En Balí, en cambio, el niño corta los dientes mordiendo una cajita de plata que le cuelgan al cuello y que antiguamente servía para guardar un trozo del cordón umbilical. Al morder siente, si es que le parece un acto personal, que es personal hacia prolongaciones de sí mismo y no de los demás. Estimulado por la madre que lo incita, este mismo niño prefiere a menudo chuparse el dedo del pie aunque esté junto al pecho materno.

Cualquiera sea la transición, es importante la distinción que el niño hace entre el cuerpo de la madre y el suyo, como satisfactoria o insatisfactoria en el plano de las relaciones interpersonales y en el plano de la persona y el objeto. Cuando no se subraya la relación creada por la lactancia y el proceso completo de la alimentación y la eliminación constituye el eje de las comunicaciones entre los adultos y los niños, el niño se forma una imagen del mundo en la que las cosas son más importantes que las personas, en la que las relaciones con los demás entran principalmente en el plano del intercambio y la reciprocidad, en la que hacer niños es igual a hacer cosas y el parto es algo así como una expulsión. En las imágenes de una sociedad industrial como la nuestra, el cuerpo viene a ser una fábrica que produce seres humanos, en lugar de ser la fábrica una imitación imperfecta del cuerpo. Los productos del cuerpo se tornan impersonales y predomina la orientación del individuo hacia el mundo exterior a medida que la relación con su propio cuerpo disminuye. Esta es la estructura del carácter manus, aunque también se desarrolle frecuentemente en las sociedades modernas, pero el hecho de que aparezca en etapas tan primitivas como la de los manus, que viven en la Edad de Piedra custodiados por espectros en sus viviendas lacustres de las islas del Almirantazgo, indica que si bien coincide con la fábrica y la máquina, tiene su origen en la relación entre el individuo y el cuerpo. Este concepto de expulsión se manifiesta vívidamente en la actitud de los manus frente al aborto y el mal parto, ya que le dan un nombre al feto, tratándolo y refiriéndose a él como si fuera un individuo completo. Después de algunos años la

madre no distingue retrospectivamente entre un aborto, un hijo que haya nacido muerto y uno que muriera a poco de nacer. Pertenecen al mundo exterior, se hicieron intercambios de bienes en su nombre y para ella son iguales en los recuerdos que expresa.

El niño aporta a la interpretación de su propio sexo fundada en los órganos sexuales las experiencias anteriores sobre relaciones con los demás que reafirman lo que el cuerpo le sugiere. Si los padres han sabido diferenciar entre uno y otro sexo, el niño puede sentirse orgulloso del hecho de ser varón, y la estructura de su cuerpo le parece magnífica y digna de ostentar jactanciosamente. La niña no está tan segura de que la estructura inmediata de su cuerpo sea como para envanecerse. Sus órganos genitales son por cierto mucho menos evidentes. Aunque se identifique perfectamente con su madre, no tiene pechos y su vientre es pequeño por más que se arquee al caminar y la confundan palmoteándola y exclamando con sorna "¿Estás embarazada?" El varón tendrá la certeza de ser varón mientras se concentre simplemente en la posición fálica y no piense demasiado en los problemas de la paternidad, que están por encima de su imaginación, pero la niña tiene que confiar en que algún día será madre. Si bien el concepto de la maternidad es más accesible que el de la paternidad, la satisfacción que ofrece la virilidad anatómica es más explícita que la satisfacción que puede ofrecer la femineidad anatómica. Cuanto más precisas hayan sido las etapas anteriores, cuanto más haya logrado la madre hacerle sentir al hijo su virilidad y a la hija su femineidad, más seguros se sentirán los varones y más llenas de incertidumbre estarán las niñas durante este período. Al mismo tiempo esto hace que la solución al conflicto de Edipo sea muy distinta para ambos. Sintiendo plenamente su virilidad, el niño tiene que reconocer que en realidad no está preparado para tomar a una mujer, ni adulta ni pequeña. Tiene que reconocer la necesidad de crecer, de aprender, de desarrollar diversas habilidades y adquirir fuerza y destreza, antes de poder competir con los hombres. Puede desanimarse si el padre ve una amenaza en su masculinidad incipiente y le transmite su temor al peligro de ser masculino. Puede exasperarse si le presentan a los hombres como si fueran seres poco importantes con quienes es fácil competir. Puede sentirse muy desalentado si los hombres de la sociedad son ante sus ojos seres de un vigor y de un heroísmo incomparable, temerarios y aguerridos como los indios plains. Ser mayor puede interpretarse como haber alcanzado la plenitud del desarrollo, o cazado una cabeza o reunido suficientes bienes como para comprarse una esposa. Pero casi siempre el derecho del hombre a una mujer está sujeto a que aprenda a actuar en determinada forma, que puede resultar difícil. Ciertas sociedades no se preocupan por prohibirle los juegos sexuales, los juegos exhibicionistas en compañía de otros muchachos, o los simulacros de boda con las niñas. Tanto

si le permiten estos juegos como si se los prohiben, le enseñan, explícita o implícitamente, que hay una gran distancia entre la confianza lozana y exhibicionista que se tiene el niño de cinco años y el hombre capaz de conquistar y mantener a una mujer en un mundo lleno de otros hombres.

En la actitud hacia la edad adulta se invierte nuevamente la posición de los varones y las niñas. El varón sabe que tiene que hacer un esfuerzo para entrar en el mundo de los hombres, que el primer acto de diferenciarse de la madre, de reconocer que el cuerpo le pertenece y que es distinto al de ella, tiene que prolongarse durante muchos años de esfuerzo, y que puede fracasar. Conserva la noción de que el parto es algo que las mujeres son capaces de realizar, que su propia hermana será capaz de cumplir, y le sirve de estímulo latente para emprender otra clase de realizaciones. Inicia un largo proceso de desarrollo y ejercicios, cuyo resultado, si es que implica no sólo la posesión de una mujer sino también la paternidad, es incierto. Para la niña no existe esa amenaza. Los tabúes y la etiqueta que la obligan a observar sirven para proteger su femineidad incipiente de los hombres. Se sienta con las piernas cruzadas, sobre los talones o con las rodillas juntas. La visten para cubrirla mejor, para evitar la desfloración prematura. En la cantidad de reglas que le imponen, prohibiéndole exhibirse, merodear y vagar como su hermano, está implícito este mensaje: "Puede suceder demasiado pronto. Espera." Y esto a la edad en que al hermano le permitían exhibirse mucho más en público, pudiendo andar desnudo y desgreñado sin que lo vigilaran, con lo que los adultos proclamaban que nada que importara podía pasarle a él. En Iatmul, en Arapesh, en Mundugumor y en Tchambuli el varoncito se pone el taparrabo cuando quiere, pero a la niña le atan cuidadosamente una diminuta falda de hierba a la cintura. Y al llegar a la pubertad aumentan las manifestaciones de presciencia que la rodean: la vigilan más en las sociedades que aprecian la virginidad, y se hacen más audaces las insinuaciones de los hombres en las culturas que no le dan importancia. Por sobre la incertidumbre inicial de su maternidad definitiva, comienza a predominar la seguridad que culmina finalmente — en las sociedades primitivas y simples donde todas las mujeres se casan — en los hijos, experiencia ésta tan legítima y valedera que sólo pueden rechazarla unas pocas mujeres enfermas criadas en sociedades que denigran la maternidad. La vida de la mujer comienza y termina con certidumbre, primero por la identificación con la madre y luego la certeza de que esa identificación era auténtica y de que ha creado a otro ser. El período de duda, de perplejidad, de envidia hacia el hermano, es breve y ocurre temprano, seguido luego de largos años de seguridad.

El diagrama del varón es a la inversa. La primera experiencia sobre su propio ser ocurre cuando se ve obligado, en su relación con la

madre, a reconocer que es diferente, que es una criatura distinta a los seres humanos que hacen niños directa e inteligiblemente utilizando el cuerpo para ello. Tiene que salir de sí mismo, penetrar y explorar y producir en el mundo exterior, que hallar su expresión a través del cuerpo de otras personas. El breve período de certidumbre, durante el cual se siente bien equipado para la lucha — ya sea simplemente la cópula o las proezas de fuerza y potencia —, queda anulado por la conciencia de que aún no está preparado para actuar. Esta incertidumbre impuesta y este período de lucha y esfuerzo en realidad nunca terminan. Llegará a la edad adulta, cazará cabezas, reunirá los bienes necesarios para comprarse una esposa; se casará y su mujer tendrá un hijo, pero este hijo nunca le da la confianza y la certeza que le da a ella. Posiblemente las culturas como la de los arapesh, que asocian la creación del hijo con el esfuerzo prolongado y tesonero de los padres que lo van formando poco a poco con el semen del padre y la sangre de la madre, sean las que más le ofrecen al hombre que engendra un hijo la sensación de que ha realizado algo por sí mismo. Pero la versión arapesh de la paternidad es después de todo sólo un mito que coincide con el gran mérito que los arapesh le confieren a la paternidad. En la etapa más primitiva de la sociedad humana, los hombres no podían apreciar la relación entre la cópula y la paternidad; a medida que fueron haciendo observaciones correlacionadas y precisas establecieron que el papel masculino se reducía a un solo acto logrado. Si bien las teorías genéticas modernas le han restituido al padre una contribución genética equivalente a la de la madre, no nos facilitan la manera de probar que un hombre es el padre de determinado niño. Las teorías genéticas sólo nos permiten comprobar que cierto hombre no puede ser el padre de dicho niño. Le sirven de defensa en un pleito o para confirmar la sospecha de la infidelidad de su mujer, pero no subrayan la certeza de su paternidad. A pesar de todos los conocimientos biológicos de que disponemos, la paternidad es todavía un asunto tan ilativo como antes, y mucho menos determinable de lo que se presumiera en otras épocas. Por consiguiente, mientras que la mujer que vive en aquellas sociedades en las que todas las mujeres se casan resuelve casi siempre las dudas sobre su identidad sexual que le inculcan en el transcurso natural de su larga infancia y niñez, el varón necesita reafirmar, ensayar y definir nuevamente su virilidad.

En todas las sociedades humanas conocidas se advierte le necesidad del varón de realizar algo. Puede ser que los hombres cocinen o tejan, que vistan muñecas o cacen colibríes, pero si estas actividades son propias de los hombres, la sociedad entera, hombres y mujeres, las considera importantes. Cuando las mujeres desempeñan esas mismas tareas se las considera menos importantes. En muchas sociedades la certidumbre de la identidad sexual del hombre está ligada al derecho o a la

habilidad para desempeñar masculinidad prohibiéndoles a las mujeres dedicarse a ciertas ocupaciones o realizar ciertas hazañas. Aquí encontramos la relación que hay entre la virilidad y el orgullo; es decir, el anhelo de un prestigio que supere al que gozan las mujeres. No hay indicio alguno de que sea necesario que los hombres superen a las mujeres de cierta manera, pero parece más bien que los hombres necesitan la confianza y la certeza que les proporcionan las realizaciones, y por esta razón las culturas a menudo presentan las empresas como cosas impropias o imposibles para las mujeres y no directamente como algo que los hombres logran bien.

El problema permanente de la civilización es la definición satisfactoria del papel masculino —ya sea cultivar huertas, criar ganado, ir de caza o matar enemigos, construir puentes o colocar acciones— para que el hombre adquiera en el transcurso de la vida la sensación firme de que ha logrado realizaciones irrevocables, semejantes a las vislumbradas en su niñez en relación con la satisfacción de tener un hijo. En el caso de la mujer, basta con que las disposiciones sociales le permitan cumplir con su función biológica para que logre esta sensación de haber realizado algo irrevocable. Si se quiere que las mujeres sean inquietas y emprendedoras a pesar de tener hijos, es necesario prepararlas mediante la educación. Para que los hombres se sientan tranquilos, seguros de que viven plenamente, tienen que poder contar con medios de expresión estilizados culturalmente y que sean firmes y perdurables, aparte de la paternidad. Todas las culturas han creado a su modo soluciones satisfactorias para las actividades constructivas de los hombres sin falsear la certeza de su virilidad. Pero pocas culturas han logrado infundirle a la mujer un descontento supremo que exija otras satisfacciones aparte de los hijos.

TERCERA PARTE

LOS PROBLEMAS DE LA SOCIEDAD

DIPUTACION PROVINCIAL DE LA CORUÑA BIBLIOTECA

8. EL RITMO DE TRABAJO Y DE RECREO

Podemos dejar ahora el tema de cómo el niño adquiere la noción del papel sexual que le corresponde y encarar otro aspecto del problema. Para que una sociedad humana sobreviva —ya sea grande o insignificante, simple o compleja, se funde sobre la caza y la pesca o sobre intrincado intercambio de los artículos fabricados— tiene que disponer de un patrón de vida social que tome en cuenta las diferencias de los sexos. Contemplando el mundo, podemos preguntarnos: ¿Qué problemas hay que resolver para que una sociedad perdure? Uno de ellos es el de establecer un ritmo de actividad y descanso, que en la mayoría de las sociedades se convierte en la alternancia del trabajo (la actividad deliberada con fines ulteriores) y el recreo (la actividad grata de por sí).

La relación entre los ritmos fisiológicos de los seres humanos y la forma en que la humanidad ha ordenado el día y la noche, los meses y los años, ha visto la vida como algo continuo perpetuamente subdividido o como una serie de ciclos de vida y muerte, pone de relieve las distintas contribuciones de los dos sexos. Observamos los ritmos fisiológicos y notamos el contraste entre la vida de la mujer, con las transiciones bien definidas de la menstruación, la desfloración, el embarazo, el parto, la lactancia y la menopausia, y la vida del hombre, evolucionando casi imperceptiblemente de la niñez a la pubertad y a la edad adulta, sin que el primer sueño seminal ni la iniciación sexual le dejen huella alguna en el organismo aparte del significado que él mismo les atribuya. Observamos también las expresiones culturales estilizadas que distribuyen el tiempo en intrincadas periodicidades como la música y las matemáticas, en las que las mujeres casi no han intervenido en forma creativa. Podemos comparar el ciclo mensual de la mujer, que comprende la exaltación y la disminución de las tensiones y de la sensibilidad a medida que el cuerpo se prepara infatigablemente para la fecundación

que no llega a producirse, con los estados de ánimo intermitentes, en los que alternan el entusiasmo con la melancolía, de los hombres que, de no estar sujetos a la periodicidad de la esposa, carecen aparentemente de un ritmo que sirva de base para la creación de un calendario. Por último, tenemos las investigaciones sobre endocrinología y, sobre la fatiga, que parecen señalar que la mujer tiene más aptitud que el hombre para realizar tareas monótonas y continuadas, mientras que el hombre puede realizar esfuerzos súbitos necesitando luego descansar para reponerse.

Estos contrastes son tan evidentes que se comprende inmediatamente que si una cultura se ajusta a las aptitudes y peculiaridades rítmicas de uno de los sexos crea un patrón sumamente inadecuado para el otro y que toda cultura en la que hombres y mujeres participen del trabajo tiene que transigir con las periodicidades rítmicas de ambos sexos. Las soluciones adoptadas por las diferentes sociedades varían y los resultados son satisfactorios en mayor o menor grado.

Consideremos en primer término el trabajo monótono y repetido en comparación con el esfuerzo súbito seguido de reposo. La capacidad para estas explosiones de energía puede relacionarse por cierto con los conocimientos que poseemos sobre la endocrinología del hombre y presumiblemente se le podrían provocar a la mujer fisiológicamente pero a expensas de la masculinización de los rasgos sexuales secundarios. Las otras suposiciones — que porque los hombres pueden hacer esfuerzos intermitentes la monotonía los perjudica más y que las mujeres tienen cierta capacidad biológica natural para tolerarla sin detrimento psíquico — carecen aparentemente de fundamento, según las investigaciones.

De todos los pueblos estudiados, los que manifiestan menos fatiga son los balineses. Día y noche los caminos están llenos de hombres y mujeres que corren ágilmente con cargas tan pesadas que se necesitan varias personas para colocárselas sobre la espalda o la cabeza. El aire está noche y día lleno de música y los hombres tañen los instrumentos sin cansancio después de muchas horas de trabajo en los arrozales con los pies hundidos en el lodo. La actividad continúa hora tras hora diligentemente pero sin apremio, a un ritmo liviano y vivo pero firme, más que con grandes impulsos. Los brazos de los hombres son tan poco musculosos como los de las mujeres; sin embargo la potencialidad del desarrollo muscular existe y cuando los balineses trabajan de peones en los muelles bajo la enérgica vigilancia de los europeos, desarrollan músculos fuertes. Pero en las aldeas prefieren llevar y no cargar y, se reúnen muchos para realizar cualquier tarea, de modo que si hay que mudar una casa de sitio o que llevar una torre crematoria de diez metros de altura al cementerio, lo hacen entre cien hombres y ninguno tiene que esforzarse. Cuando construyen una casa o preparan los festivales de los templos y las ceremonias, siempre hay más obreros que los necesarios y tiempo de sobra. Sin presiones, ocupados en tareas que se dividen y subdividen para que todos participen, los hombres y las mujeres trabajan, hacen pausas para fumar, mascar buyo, dar una vuelta, jugar con las criaturas o tañer algún instrumento que siempre tienen a mano, y luego vuelven al trabajo. No tienen un vocablo que exprese la idea de estar "cansado" que utilizan en las raras ocasiones en que hay urgencia en las grandes competencias exhibicionistas como cuando los hombres aran conduciendo a la carrera sus bueyes ataviados por los arrozales secos de la montaña, y de regreso en sus hogares duermen durante varias horas agotados por el esfuerzo improvisado que los occidentales consideran propio del hombre. En Bali se ha descuidado la capacidad para el esfuerzo súbito que facilita la acción de levantar grandes pesos o de lanzarse a la carrera, pero los hombres y las mujeres llevan y hacen las ofrendas, caminan distancias enormes transportando cargas que no pueden alzar, pero que soportan bien a un paso rápido, trabajan muchas horas en los campos, y, luego, renovados por unos minutos de "paseo para olvidar", siguen por varias horas ensayando una danza o preparando hojas y carne para las ceremonias. Si no conociéramos otros pueblos aparte de éste, no sería posible suponer que por su constitución los hombres pudieran desarrollar la musculatura y trabajar alternando momentos de gran impulso energético con otros de reposo.

Así como el ritmo de trabajo no les exige a los hombres esfuerzos extraordinarios, el calendario balinés no transige con la periodicidad femenina. La menstruación y el embarazo la inhabilitan para las ceremonias. Durante la menstruación no puede entrar en el templo ni en el pequeño atrio, mezcla de santuario y jardín, que hay en su casa. Las mujeres embarazadas y las que acaban de dar a luz no pueden entrar en las casas donde se guardan ciertos dioses, ni acercarse al sacerdote, a fin de que éste pueda conservar la pureza ritual. Pero el calendario, una estructura intrincada en la que se suceden semanas de uno, dos, tres y hasta diez días, y en la que las intersecciones periódicas señalan la oportunidad para los ritos, no ofrece tolerancias que contemplen los ritmos femeninos. Llega la fiesta y la mujer menstruosa no concurre. Nace un niño y los padres, que hubieran sido parte integrante de una gran ceremonia fijada por el calendario, no pueden participar. Se aproxima la fecha de una sesión de baile y si el día antes una de las niñas que bailan transfiguradas menstrúa por primera vez, queda eliminada para siempre de esa danza. La vida regida por el calendario sigue su curso sin concesiones, excluyendo a las mujeres y por intermedio de ellas a los hombres. No es extraño entonces que las mujeres generalmente se refieran a la menstruación diciendo que no pueden entrar en el templo y

que hablen del embarazo en el mismo tono que mencionan una herida o una mutilación que les impide participar en los ritos.

Sin embargo, como si la intransigencia hacia el posible clímax de cada sexo — el clímax cíclico y orgiástico de la maternidad, el clímax orgiástico de la cópula, y. la capacidad masculina de realizar enormes esfuerzos físicos — exigiera alguna compensación, advertimos en los ritos religiosos de Bali violentos trances de paroxismo. A pesar de ser sumamente violentos, no denotan manifestaciones sexuales específicas. Armados de dagas serpenteadas, que dirigen contra sí mismos en furiosos atentados simulados, ruedan finalmente por el suelo retorciéndose en un espasmo. Al volver en sí, les recogen los cabellos a las mujeres — como durante el parto, para tranquilizarlas — y les echan agua bendita en la cara a los hombres y a las mujeres. Entonces vuelven a la vida cotidiana, apacible y sin momentos críticos, tranquilamente ocupados mientras transcurre el tiempo infinitamente subdividido por un sistema artificial que hace caso omiso del año lunar, que conocen pero no observan, tal vez porque es un ritmo demasiado natural y no les satisface tanto como el ciclo de doscientos diez días de su calendario principal.

Pero basta con dirigir la mirada hacia otra sociedad para encontrar otro ritmo. En los escarpados yermos de los montes Torricelli de Nueva Zelandia, donde los víveres son escasos y las huertas quedan en sitios apartados, los arapesh mal alimentados se pasan gran parte del día subiendo y bajando por las laderas empinadas y las mujeres aprietan los dientes para soportar las cargas que sostienen con la frente. Cuando hay un banquete, significa demasiado trabajo para poca gente, y después de largas horas en los pantanos de sagú, los hombres llegan con los ojos enrojecidos por el cansancio y sin ganas de nada. Todo el trabajo es arduo, los senderos son intransitables y largos y las cargas demasiado pesadas. Las mujeres por lo general llevan todas las cosas porque creen que ellas tiene la cabeza más dura; los hombres cargan los cerdos y los troncos más grandes, lastimándose los hombros con las pértigas que utilizan a ese efecto. Los raros días de descanso los hombres y las mujeres de la aldea se sientan con las manos vacías y ociosas, las madres con los hijos al pecho, y. el comentario es el siguiente: "Hoy estamos cansados, dormiremos en la aldea." Así como las mujeres participan en los arduos esfuerzos, los hombres intervienen también en las tareas menudas de la vida cotidiana, cuidando a los niños, encendiendo el fuego, trayendo cosas del bosque. Pero en general el ritmo de trabajo se aproxima más al supuesto patrón masculino de esfuerzos improvisados, y faltan característicamente los trabajos manuales que las mujeres realizan con tanta laboriosidad en otras sociedades. Allí las manos de las mujeres reposan inertes como las de los hombres al final de la jornada.

No tienen un calendario que les imponga a los días que pasan el esquema de la distribución del tiempo creado por la imaginación del hombre o mediante la observación detenida de la luna y las estrellas. Advierten el movimiento de las Pléyades pero sin finalidad alguna, y plantan los ñames — cultivados en todas partes según el calendario, por lo que hay períodos de escasez y de abundancia — en cualquier época del año. Aquí se combina el ritmo de trabajo que nosotros consideramos femenino, es decir, el trabajo que nunca se termina porque responde a las necesidades permanentes de los demás, especialmente la alimentación y el cuidado de los niños, con el ritmo de trabajo que denominamos masculino que alterna los impulsos irregulares de descanso.

Tanto los hombres como las mujeres se adaptan a las periodicidades femeninas. Durante la menstruación la mujer reposa en un pequeño refugio incómodo al borde de la ladera y el marido se las arregla para cocinar y cuidar a los hijos, absteniéndose de entrar en la huerta de ñames de la que ella también queda excluida. Durante el embarazo el marido comparte asimismo los tabúes de la mujer y después del parto descansa junto a su esposa porque el esfuerzo del parto avejenta tanto al hombre como a la mujer. Observando a los arapesh juntamente con los balineses, resultaría todavía defícil determinar una diferencia biológica de ritmo entre los sexos. Contemplando a los arapesh, se podría estimar que las mujeres son capaces de realizar grandes esfuerzos intermitentes y que los hombres están en cierto sentido sujetos a las sanciones fisiológicas que la menstruación y el parto les imponen.

Para el balinés tampoco hay una gran distinción entre el trabajo y el recreo. La diferencia entre una clase de trabajo y otra radica primordialmente en su carácter sagrado ya que picar carne en el templo es trabajar para los dioses mientras que picar carne en casa es simplemente trabajar. Los pescadores manus de las islas del Almirantazgo diferencian el trabajo del ocio de una manera muy similar a la de nuestros antepasados puritanos. Allí los dos sexos trabajan con ahínco, los hombres pescan, construyen casas y emprenden largos viajes para comerciar; las mujeres cocinan, ahuman el pescado, van al mercado, ensartan cuentas y hacen faldas de hierba. El ocio es un pecado, admisible solamente cuando se merece por algún trabajo sumamente arduo, como cuando los hombres rondan por la aldea después de haber pasado la noche pescando con el agua fría hasta la cintura, o cuando la mujer permanece con el hijo recién nacido mientras el marido reúne la cantidad de sagú suficiente para pagar el rescate que le debe al cuñado. Aunque viven apenas a un grado del ecuador los hombres y las mujeres trabajan intensamente, preocupados por muchas cosas, instigados por espectros cavilosos y exigentes, la enfermedad es interpretada como un castigo de los espectros por omisiones de índole eco-

nómica, como no cumplir con las deudas o con la obligación contraída de levantar una casa o iniciar cierta empresa. La menstruación es algo tan vergonzoso que debe ocultarse y no da lugar ni a sanciones ni a una tregua. Los tabúes que debe observar el padre de un recién nacido le permiten gozar de un período de ocio parcial mientras se recogen los víveres necesarios para llevar a efecto los intercambios en nombre del niño. En general, los manus presentan un patrón bastante equitativo para ambos sexos. El marido y la mujer comparten, aunque separados, un breve período de ocio después del parto. Las mujeres realizan más bien las actividades rutinarias, pero los hombres son tan industriosos que el contraste no es muy patente. Cuando el trabajo es un deber severamente impuesto por las sanciones religiosas, la aptitud tal vez mayor de la mujer para las pequeñas tareas monótonas y la capacidad tal vez natural del hombre para realizar esfuerzos irregulares pueden quedar supeditadas a un patrón de actividades basado en el deber inculcado de ser laboriosos.

Entre los cazadores de cabezas iatmules del río Sepik medio, encontramos una división de los ritmos de trabajo que coincide bastante con las teorías actuales sobre las diferencias de los sexos. Las mujeres trabajan en grupos, con perseverancia pero amenamente, sin sentirse demasiado esclavizadas. Se encargan de pescar todos los días, de llevar el pescado al mercado, de juntar leña y acarrear agua, de cocinar y de hacer las enormes cestas cilíndricas que son como alcobas diminutas en las que se refugian para defenderse del ataque de los mosquitos. Están ocupadas casi todo el tiempo que están despiertas, muestran muy pocas señales de fatiga o de irritación por las continuas exigencias de los deberes domésticos y de la pesca. El trabajo de los hombres es, sin embargo, casi enteramente episódico: construir casas y canoas, cacerías colectivas de cocodrilos durante la sequía o de roedores pequeños, para lo que queman la maleza, y proyectar los decorados primorosos de los ritos. Prácticamente no es necesario realizar ninguna de estas actividades en fechas determinadas y sólo las realizan después de muchas arengas preliminares, amenazas, desafíos y retos, que instigan finalmente a los hombres a trabajar con resolución. Fracasan muchos intentos de llevar a efecto obras de gran envergadura porque no basta esta determinación airada y exhibicionista. Cuando desempeñan una tarea hacen gran despliegue de energía y esfuerzo, interviene todo el cuerpo y los hombres de Iatmul se quejan del cansancio al terminar.

Cuando los varones y las niñas juegan juntos, imitan la vida de los adultos. Los varones cazan pajaritos y las niñas los cuecen; juntos remedan las ceremonias mortuorias y los exorcismos. Entonces el narrador suele agregar: "Volvimos a la aldea. Las niñas dijeron; 'Juguemos otra vez mañana'. Pero los varones contestaron: 'No, estamos muy cansados, mañana descansamos' ". Hubo un incidente a nuestra llegada

a la aldea de Tambunum que ilustra muy bien la aptitud de la mujer iatmul para trabajar con tesón en tareas monótonas sin aburrirse ni alterar seriamente el ritmo, y la aversión de los hombres por ese tipo de actividad. Le pedimos a Tomi, un nativo que trabajaba con nosotros en calidad de informante, que trajera arcilla del río para tapar las rendijas que quedaban entre el tejido de alambre y el piso de cemento desparejo de nuestro refugio contra los mosquitos. Tomi trajo la arcilla y comenzó de mala gana a rellenar las hendiduras. Al rato mandó buscar a sus cinco esposas. Dividió la arcilla en dos porciones y les dio una a las mujeres para que terminaran el trabajo útil y tedioso. Con el resto hizo un cocodrilo muy interesante para adornar el umbral de la puerta.

Por consiguiente, si el teórico basara sus conceptos acerca de los ritmos naturales de la mujer y el hombre sobre lo observado en Iatmul, llegaría fácilmente a la conclusión de que el hombre es el heredero directo del cazador nómade, capaz de realizar grandes esfuerzos pero exigiendo largos períodos de recuperación, mientras que las mujeres serían más aptas por naturaleza para cumplir con las tareas de rutina de la vida cotidiana, sin rebelarse ni oponer resistencia alguna contra un mundo en el que sus tareas nunca se acaban ni sus manos descansan.

En Iatmul no se le da mayor importancia a la menstruación. La mujer menstruosa no debe hacerle la comida al marido a menos que esté enfadada con él y quiera perjudicarlo levemente. Pero esto no le ocasiona problemas a nadie debido a la forma en que está organizada la vida doméstica, con dos familias viviendo en los extremos opuestos de una misma casa y varias mujeres disponibles: esposas, viudas, hijas solteras. A veces las mujeres vuelven con su familia para el parto, a fin de verse aliviadas de trabajo, pero no se le imponen tabúes rigurosos al marido. La crítica social está más bien dirigida contra el marido que deja embarazada a más de una esposa a la vez y los jefes de la tribu le reprochan su iniquidad, diciéndole: "¿Quién te crees que eres, para dejar embarazadas a tres esposas a la vez? ¿Quién va a hacer las cosas en tu casa? ¿Quién va a juntar la leña? ¡Tú, por lo visto!" Los hombres necesitan que se los hostigue hasta para cosechar el sagú que consume la familia. El aire está lleno de los gritos estridentes de las mujeres que tratan de instigar a sus maridos por medio de insultos y vituperios para que vayan a trabajar en el sagú.

Entre los samoanos los ritmos de trabajo están nuevamente divididos en forma más pareja. Aunque los hombres a veces demuestran entusiasmos repentinos por la pesca de tortugas o tiburones que les absorben todas sus energías, tanto los hombres como las mujeres cultivan intensamente las huertas y se dedican a una pesca fatigosa. Tanto los hombres como las mujeres cocinan, hacen trabajos manuales y ni siquiera los jefes más encumbrados están jamás ociosos. Sentados entre

sus consejeros, tienen siempre las manos ocupadas, ya sea enrollando el *sennit* (cordel hecho de fibra de cocotero) o trenzándolo para hacer los miles de metros de cuerda que se necesitan para trabar las casas o amarrar las canoas. Las mujeres se pasan las horas tejiendo esteras finas como el lienzo para los ajuares de las hijas de los jefes o las más rústicas que sirven de lecho a toda la aldea. El trabajo se distribuye primordialmente de acuerdo con la edad y el rango, más que de acuerdo con el sexo. Tanto los hombres como las mujeres son musculosos, trepan, cargan y alternan el trabajo arduo con períodos de laboriosidad apacible y largas horas de esparcimiento cantando y bailando. La vida diligente, placentera e industriosa se interrumpe cuando toda una aldea se va de visita para celebrar una boda o sencillamente para intercambiar festejos. En esas ocasiones, se dejan todas las tareas quizá por dos o tres meses, dedicándose todo el tiempo a los agasajos, que han de retribuirse más adelante requiriendo mucho trabajo. Pero todos los hombres y las mujeres de cualquier edad participan del trabajo y de la festividad. No hay una sensación de urgencia ni de apremio, aunque a veces se agitan inútilmente por cuestiones de etiqueta o detalles rituales y los niños de cinco años comentan excitados: "¡Hay grandes complicaciones en mi casa!"

El mero examen de cinco sociedades señala de qué modos tan arbitrarios pueden disponerse los ritmos de trabajo de los hombres y las mujeres. Aun si las investigaciones demostraran finalmente que hay diferencias auténticas en la capacidad para tolerar la monotonía o para trabajar con impulsos irregulares, tendríamos que ver si se obtendrían mejores resultados creando una sociedad en la que las tareas de las mujeres, aunque monótonas y asiduas, estuvieran en relación con los ciclos de la menstruación y el embarazo, y el trabajo de los hombres, no tan monótono ni asiduo, fuera más bien el requerido en las situaciones de emergencia, ya que los hombres no experimentan las fluctuaciones periódicas de capacidad que tienen las mujeres. Posiblemente descubramos en cambio que si el trabajo se ajusta a un nivel lo suficientemente flexible como para que las mujeres no sufran demasiado durante las fluctuaciones periódicas de su capacidad y los hombres no se vean impedidos de inventar crisis si las encuentran convenientes, el beneficio de la adaptación rítmica de los sexos compensará por lo que se pierda al no coordinar tan exactamente el ritmo de trabajo con las periodicidades respectivas.

Hasta aquí hemos considerado la distribución del esfuerzo en el tiempo y las posibles diferencias de capacidad innata y de conducta adquirida entre los sexos. Pero hay otro contraste tan notable como los distintos ritmos diarios y mensuales y la presencia o ausencia del embarazo, y es el contraste en el desarrollo de la vida.

La trayectoria biológica de la mujer tiene una estructura natural

con un punto culminante que puede ser ignorada, atenuada, disimulada y negada públicamente, pero que constituye de todos modos un elemento esencial del concepto que de sí tienen ambos sexos. Porque es imprescindible recordar que los niños adquieren la noción del papel sexual que les corresponde a través de sus experiencias con ambos sexos. Cualquiera sea la naturaleza peculiar del otro sexo, para ellos es algo "que no soy", "que nunca seré", "que me gustaría ser", o "que podría llegar a ser". Particularmente la estructura femenina con su punto culminante, da más lugar a que se subrayen las posibilidades de *ser* que la del hombre. La niña *es* virgen. Una vez roto el himen, físicamente si lo tiene y simbólicamente si es anatómicamente insignificante, ya *no es* virgen. La joven balinesa a quien uno le dice "¿Tu nombre es I Tewa?" y que contesta con altivez: "Yo soy Men Bawa" (la madre de Bawa), habla con sentido categórico. Es la madre de Bawa; Bawa podrá morirse mañana, pero ella seguirá siendo la madre; sólo si hubiera muerto antes de que le pusieran un nombre la llamarían los vecinos "Men Belasin" (Madre Despojada). Todas las etapas de la vida de una mujer se mantienen así, irrevocables, incontestables, consumadas. Esta es la base natural del énfasis que la niña le confiere al *ser* y no al *hacer*. El niño sabe que tiene que actuar como varón, que hacer cosas, que probar que es varón y confirmarlo muchas veces, mientras que la niña sabe que *es* mujer y que lo único que tiene que hacer es abstenerse de actuar como un varón.

Frente a la serie de etapas físicas inevitables que componen la imagen biológica de la vida de una mujer, se destacan nítidamente la doncella y la que no tiene hijos, contraste que en la vida de un hombre sólo se podría lograr mediante determinadas estilizaciones culturales.

La niña es virgen, luego de la desfloración ya no lo es; sucede algo definido, identificable, muy diferente de la experiencia gradual que el varón adquiere de la cópula. Sólo en aquellas sociedades que postergan la experiencia sexual hasta una edad más avanzada, de modo que el varón no ha tocado jamás el cuerpo de una mujer hasta que siendo adulto trata de copular con ella, puede compararse el primer acto sexual del varón con la intensidad dramática de la desfloración para las doncellas. La pubertad es para la niña una conmoción inconfundible mientras que para el varón la serie de acontecimientos se produce lentamente: la voz incierta y luego más grave, el vello corporal y finalmente las eyaculaciones. No hay un momento en el que el varón pueda decir: "Ahora soy un hombre", a menos que la sociedad intervenga e imponga una definición. Una de las funciones de las ceremonias de iniciación que se celebran en diversas partes del mundo — en las que los hombres adultos les practican incisiones, subincisiones, y someten a los adolescentes a la circuncisión, escarificaciones, mutilaciones y golpes — es precisamente la de puntualizar una etapa del desarrollo no se-

ñalada de otro modo. No sabemos si en realidad existiría el deseo de señalar definitivamente el hecho si no se conociera a su vez la irrevocabilidad de la menstruación en la mujer. Sea como fuere, el hecho es que la primera menstruación señala la transición de la niña a la mujer. Aunque las culturas han precisado este acontecimiento de distintas maneras, ninguna sociedad de que se tenga noticia ha creado un patrón que les negara vigencia. *

La primera menstruación da lugar a una importante ceremonia entre los austeros manus, que a partir de entonces ocultan la menstruación hasta el matrimonio. No tienen un vocablo que signifique "virgen", y para ellos la hemorragia provocada por la rotura del himen es equivalente a la menstrual, que suponen renovada por el matrimonio.

Son tan extremosamente pudibundos — las mujeres no se quitan las faldas de hierba ni cuando están muy gravemente enfermas — que la inspección ocular es inconcebible, es poco probable que vuelvan a descubrir el himen. La frase con que denominan la menstruación es *kekanwot* ("pierna" — en tercera persona y. posesivo — "rota") es decir, que la menstruación implica cierta idea de lesión que otros pueblos reservan para la desfloración. Para la primera menstruación de una niña manus se prepara una gran ceremonia. Las demás niñas de la aldea vienen a dormir a su casa, se hacen intercambios de víveres, realizan ciertos ritos y juegan bañandose en la laguna. Los hombres quedan excluidos y las mujeres se divierten en algunas fiestas; después las menstruaciones de la chica quedan en el mayor secreto. En cambio la ceremonia correspondiente de los varones, en la que se les perforan las orejas y se pronuncian hechizos similares, resulta descolorida. A la niña le ha sucedido algo que la hace pasar de un estado físico a otro; al varón le hacen algo que lo coloca en otra posición social.

Entre los arapesh la primera menstruación se efectúa cuando la niña ya ha vivido varios años con la familia de su prometido, donde el futuro marido y sus parientes cazan y cultivan las huertas para proporcionarle los alimentos que la ayudan a crecer. El suceso da lugar a una ceremonia; vienen los hermanos de la chica a construirle una choza menstrual lejos de la aldea para que la gente quede a salvo de los peligrosos poderes sobrenaturales que les atribuyen a las mujeres menstruosas. Se le advierte a la niña que tiene que sentarse con las piernas hacia adelante y las rodillas flexionadas. Le quitan la falda de hierba y los brazaletes que usara hasta entonces y los regalan o los destruyen. La atienden las mujeres mayores de la familia, enseñándole a arrollar hojas de ortiga y a introducírselas en la vulva para que les crezcan los pechos. Esta costumbre explica por qué no ocurre la desfloración a menos que el joven "robe" a su esposa antes de la primera ceremonia. La niña ayuna durante cinco o seis días y luego reaparece para que la adornen y la pinten.

Las mujeres le ponen su bolsa de malla vieja en la cabeza adornada con hojas de *wheinyal*. Sobre los labios le colocan una hoja roja en forma de corazón. Los novicios también usan estas hojas en las ceremonias del *tamberan*. Le mandan traer al marido el tallo de una palma de cocotero y un poco de *mebu*, la flor perfumada del licopodio, sobre dos hojas de *aliwhiwas*. La espera en el centro del *agehu*; la joven avanza lentamente, cabizbaja, con pasos inseguros después de tan largo ayuno, mientras las mujeres la sostienen por debajo de los brazos. El marido se para frente a ella y. coloca el dedo grande del pie sobre el suyo. Toma la vara de palma y cuando ella levanta la cabeza para mirarlo le quita la bolsa de malla (la misma que el padre le pusiera en la cabeza al concertar el compromiso cuando era pequeña). Entonces la chica deja caer la hoja de los labios y saca la lengua hinchada sarrosa a causa del ayuno. El marido se la limpia con el polvo de *mebu*. La joven se sienta en un trozo de corteza de *sagú*; lo hace cuidadosamente, apoyándose con una mano, y extiende las piernas hacia adelante. El marido le alcanza una cuchara forrada con una hoja y un tazón de sopa que ha preparado. Tiene que llevarle la mano para el primer sorbo y para el segundo, pero al tercero ya se siente lo bastante fuerte como para hacerlo sola. Cuando termina la sopa, el marido parte en dos uno de los ñames *wabalal*. Le da a comer la mitad y coloca el resto entre las vigas de la casa. Esto le garantiza que su mujer no ha de tratarlo como si fuera un extraño entregándolo a los hechiceros. Por si lo hiciera, la tradición le da en prenda parte de su personalidad. El trozo de ñame se guarda hasta que la joven quede embarazada.[1]

Los pueblos del Sepik — los iatmules, tchambulis y mundugumores — no le conceden mayor importancia a las ceremonias correspondientes a la menstruación, ya que se preocupan más por la preparación de los ritos del noviciado masculino que por asegurar la fecundidad de la mujer.

En Samoa no se le da énfasis social a la primera menstruación pero se celebra ritualmente la desfloración. Combinan una actitud tolerante hacia el sexo con la vanidad por las prerrogativas del rango. La hija de una familia encumbrada tiene que ser virgen al contraer matrimonio; el consejero oficial del novio tiene que exhibir ante los invita-

* Podemos, como es lógico, basándonos sobre nuestra experiencia acerca del ingenio con que el ser humano reinterpreta su propia fisiología, imaginar cómo podría lograrse esto. Las niñas podrían ser sometidas a sangrías rituales desde su nacimiento, de modo que la primera menstruación pasara a integrar fácilmente el patrón de conducta ya establecido. Es mucho más artificiosa aún la práctica social de fabricar la virginidad en los prostíbulos que se observa en ciertas partes de Europa. Estas posibilidades deben tenerse presentes al estudiar la relación entre lo innato y lo impuesto por la cultura, pero no se les debe dar demasiada importancia.

dos reunidos la mano envuelta en un paño blanco manchado de sangre y es preciso enarbolar frente a la casa un pendón blanco de tela de corteza también manchado de sangre. Si la joven no fuera virgen, tiene que atreverse a decírselo a las mujeres mayores de la familia, que le consiguen la cantidad necesaria de sangre de pollo. Este pueblo, que ha sabido combinar tan bien las exigencias del cuerpo con la etiqueta de un estilo de vida elegante, ha logrado asimismo admitir que la desfloración, aunque sea fisiológicamente irrevocable, puede repetirse socialmente.

En Bali, se le da otra vez énfasis a la menstruación y las niñas que se desarrollan temprano tratan de ocultarlo por temor a que las casen con maridos elegidos por los padres, mientras que las que menstrúan tarde —particularmente las de las castas superiores, que celebran hermosas ceremonias— se impacientan y se alegran de veras cuando por fin llega la menstruación.

En esta sociedad la circunstancia de no tener hijos significa más bien elegir otro camino. La joven brahmana puede llegar a ser una sacerdotisa virgen —en ese caso no puede casarse— o contraer matrimonio y luego dedicarse al sacerdocio. En las aldeas de la montaña los hombres y las mujeres que no tienen hijos pueden llegar a ocupar el segundo rango de la jerarquía social, pero si tienen hijos, a menos que uno sea varón, se encuentran en una posición social restringida. Es posible alcanzar casi el rango más alto no teniendo hijos y se dice que la mujer que no se casa "busca el cielo", pero para lograr una categoría absoluta en el mundo el hombre tiene que tener un hijo y el hijo tiene que ser varón. Los manus, por su parte, pretenden que para tener hijos se necesita más voluntad que participación física. Las mujeres adoptan hijos y los consideran como propios, negando todos los detalles del origen biológico del niño, así como borran con detalles económicos el recuerdo de los abortos, refiriéndose a ellos como si hubieran sido hijos normales.

No obstante, por más que las culturas modifiquen el sentido que se les da a los hijos, el embarazo sigue siendo evidente e inequívoco —excepto dentro de los confines de las grandes ciudades y de las sociedades complejas— y la diferencia entre la mujer que tiene un hijo y la que no los ha tenido es categórica. Hay sociedades que clasifican como madre a cualquier mujer que haya concebido, aunque haya abortado a las dos o tres semanas; otras hacen hincapié en el nacimiento de un niño vivo y otras clasifican a la mujer que ha perdido a sus hijos a distintas edades como si nunca los hubiera tenido. Pero queda la distinción absoluta e irrevocable.

La menopausia constituye otro cambio bien definido e inapelable. Cuando la procreación se considera en cierto sentido impura e inhabilitada para las ceremonias —como sucede en Bali— las mujeres que

han pasado la edad crítica y las doncellas trabajan juntas en los ritos que excluyen a las mujeres en edad de tener hijos. Cuando se les impone el recato en el lenguaje y en las actitudes, las mayores ya no se sienten obligadas a observar dichas normas de conducta y es posible que usen palabras indecentes con la misma o mayor licencia que los hombres. Pero aquí también le ha sucedido algo terminante a la mujer que no le sucede a ningún hombre.

Por lo tanto, la vida de una mujer se desarrolla en distintas etapas definidas, recayendo el énfasis inevitablemente sobre lo que *es* virgen, mujer que ya no es virgen, mujer sin hijos, madre, mujer que ha pasado la menopausia y que ya no puede tener hijos. No se puede subdividir infinitamente la vida de la mujer en etapas de virginidad perdida, de menstruación parcial o en una serie de intentos graduales para concebir y dar a luz a un hijo, sin un esfuerzo tremendo, sin que existan enormes invenciones culturales que nieguen la fisiología de la reproducción.

Para lograr secuencias dramáticas análogas en la vida del hombre, es preciso que los integrantes de la cultura le inflijan la circuncisión, o las incisiones y subincisiones, la mutilación de los dientes, escarificaciones o tatuajes para alterarle, deformarle o embellecerle el cuerpo por medios culturales, sin ajustarse a ningún ritmo determinado de su herencia biológica. También puede la sociedad introducir distinciones sociales artificiales, exigir por ejemplo que los hombres solteros permanezcan siempre junto a los jovencitos —como en las aldeas balinesas de la montaña— o negarles autorización para la caza y la pesca,[2] como en la época lejana en que los franco-canadienses estaban creando una sociedad que habría asegurado un altísimo índice de natalidad.

Algunas culturas hasta han llegado a adoptar la menstruación masculina artificial o sea sangrías para que los hombres puedan también eliminar su "sangre impura" y gozar de la salud de las mujeres. Hemos visto cómo las sociedades de Nueva Guinea han creado sistemas rituales que se basan en la emulación masculina del parto y la crianza de los hijos, pero dichos sistemas son siempre ficticios, son creaciones imaginarias de un sexo al que la vida del sexo opuesto le resulta dramática e incitante. A medida que se va alargando la vida, la menopausia —que no se observa en los primates probablemente debido a su corta existencia— se hace más notoria y advertimos entonces la tendencia a destacar el estado análogo masculino, ya que si bien sólo uno de cada cien hombres llega a experimentar una alteración física semejante al "cambio de vida", el climaterio, con sus tensiones y su conducta crítica, está al alcance de cualquier presidente de banco.

Si se contempla la herencia biológica de los seres humanos y se observa hasta qué punto deben regirse por ella, se advierte en seguida

que las mujeres son mucho menos dúctiles. La concepción y el parto son condiciones impuestas por la vida tan inquebrantables como la misma muerte. Ajustarse a los ritmos de la vida de la mujer significa aceptar la vida misma, cumplir con los mandatos del cuerpo en vez de con los mandatos de una civilización artificial, creada por el hombre, aunque ésta sea de una belleza trascendental.

Destacar el ritmo de trabajo masculino es destacar las posibilidades infinitas; subrayar los ritmos femeninos significa subrayar un patrón definido, limitado. El inmigrante que llega de Europa, donde las posibilidades de crear algo nuevo están determinadas por un pasado para él irrevocable — todos los nuevos caminos siguen en realidad una trayectoria prehistórica — encuentra en las llanuras sin límites de Kansas un estímulo incitante para cualquier realización. Los seres humanos quizá encuentren que la biología menos determinada del hombre constituye también un estímulo permanente. No es extraño que el siglo en el que se exploran continentes, se extraen las riquezas de la tierra y se establece el tránsito aéreo, considere que los ritmos femeninos representan una molestia y un obstáculo y que deben atenuarse, superarse o ignorarse. No en vano nuestra época ha dedicado la mayor atención al parto sin dolor para la "joven mamá", a las píldoras que la conservan fresca y atractiva "aun durante esos días", a las niñeras por televisión, a los biberones y a los tratamientos para que "las abuelas luzcan como colegialas". Siempre que el ser humano se ha sentido fascinado por el ritmo de su propio corazón, el patrón biológico más intrincado de la mujer le ha servido de modelo al artista, al místico y al santo. Cuando la humanidad se vuelve en cambio hacia lo que se puede realizar, alterar, construir o inventar en el mundo exterior, las propiedades naturales de los hombres, los animales y los metales se convierten en impedimentos para modificar en vez de ser cualidades que sirvan de guía. Mucho de lo que se ha escrito para el gran público durante los dos últimos años denunciando ásperamente a las mujeres no es más que un intento poco optimista para recobrar el equilibrio entre el ser biológico y el mundo que hemos creado. Entonces se les reprocha a las mujeres el que sean madres y que no lo sean, que quieran salirse con la suya y, que no quieran, y bien podría uno preguntarse: "¿Dónde están los hechos irrevocables que le daban cierto sentido a la vida humana?"

9. LA PATERNIDAD HUMANA ES UNA INVENCION SOCIAL

Los hombres y las mujeres de todas las sociedades han meditado siempre sobre los méritos específicos del género humano, sobre las diferencias que irrevocable o indubitablemente lo distinguen del resto del

reino animal. Esta preocupación puede manifestarse en cierto énfasis que reitere el parentesco del hombre con los animales que caza y de los que depende para el sustento, como sucede en los pueblos primitivos que se ponen máscaras de bestias cuando se reúnen alrededor de las fogatas. O puede denotar un profundo repudio del vínculo animal, como se observa en la ceremonia balinesa que obliga a la pareja incestuosa a andar a gatas con el yugo de los cerdos domésticos al cuello y a comer de una batea, debiendo luego despedirse de los dioses de la vida y marcharse a las tierras de penitencia a servir a los dioses de la muerte. Según el sistema tan difundido que técnicamente se denomina totemismo, las divisiones de la sociedad, los clanes u otros grupos organizados singularizan sus diferencias alegando vínculos de parentesco con ciertos animales que toman como emblema protector, que únicamente ellos pueden comer o que declaran tabú para siempre. Casi todos los pueblos se inspiran a menudo en el mundo animal para los insultos y las expresiones afectuosas; los padres se enojan con el hijo porque se porta como un cerdo o como un perro, lo miman diciéndole gatito o paloma, le reprochan que reaccione como una fiera o admiran la temeridad y la agilidad que posee en común con los animales del bosque. Mucho antes de que Darwin señalara el vínculo entre el hombre y la bestia en la teoría de la evolución, que le resultara tan repugnante a gran parte de sus contemporáneos como a los balineses el ver gatear a un niño, los hombres advirtieron las similitudes y diferencias con los demás animales.

El tema ha sido estilizado por las grandes religiones, traduciéndose en poesía, como cuando San Francisco les habla a los pájaros, o en un precepto, como cuando los yaínas se niegan a beber el agua que pudiera contener mosquitos; ha sido dramatizado en los juicios de animales de la Edad Media; ha sido falseado y llevado a extremos horrendos por la sensibilidad peculiar de los que siendo brutales con los hombres, le han prodigado excesivas atenciones a los caballos. Los niños sueñan y se despiertan gritando porque tienen pesadillas en las que figuran animales espantosos y extraños que los amenazan; la equivalencia de los impulsos del niño que los padres consideran animales. En el fondo de la poesía y del simbolismo de la belleza evocadora de los grandes emblemas de sacrificio en los que el cordero de Dios padece por el hombre o se reafirma el vínculo entre los hombres y todos los seres animados, por debajo de la blasfemia y del insulto que para denigrar a un hombre lo acusan de ser un animal o de tener las costumbres sexuales de un animal, surge siempre la misma pregunta: "¿En qué consiste la superioridad del hombre y qué tiene que hacer para conservarla?" Antes de que hubiera filósofos que meditaran sistemáticamente sobre el tema, los hombres de pelo enmarañado pintarrajeados de barro habían compren-

dido ya que esta cualidad humana era algo frágil, que podía perderse, que había que conservarla con ofrendas, sacrificios y tabúes para que la apreciaran las generaciones subsiguientes. La pregunta: "¿Qué hemos de hacer para ser humanos?" es tan antigua como la humanidad misma.

Esta interrogación perpetua revela que el hombre reconoce que su físico humano, la posición erguida, el cuerpo casi desprovisto de vello, el pulgar oponible y hábil y las facultades potenciales del cerebro no constituyen la clave de la naturaleza humana. Ni siquiera el prolongado período de gestación que lentamente prepara a una sola criatura humana para el nacimiento cuando todavía no está del todo formada de modo que pueda amoldarse a una civilización compleja, representa garantía alguna de humanidad perdurable. En el lenguaje corriente se habla de la bestia que el hombre lleva dentro, del barniz de la civilización, y estas expresiones simplemente trasuntan que no confiamos en que los hombres sean permanentemente humanos.

Nuestra humanidad depende de una serie de nociones de conducta adquiridas, que en conjunto forman patrones indeciblemente frágiles y que nunca se heredan directamente. Podemos confiar en que la hormiga que descubrimos en un bloque de ámbar báltico que los geólogos calculan que data de más de 20.000.000 de años reproduzca la conducta típica de la hormiga siempre que sobreviva. Podemos confiar en ello por dos razones: primero, porque su compleja conducta, según la cual su sociedad queda dividida en castas diminutas que desempeñan tareas predeterminadas, está arraigada en la estructura misma del cuerpo; y segundo, porque aunque aprendiera algo nuevo, no podría enseñárselo a las demás hormigas. La reiteración de un patrón de conducta más complicado aún que los que proyectan los utopistas tecnocráticos, por parte de innumerables generaciones de una misma especie, queda asegurada por dos circunstancias: la conducta está arraigada en la estructura física y no son capaces de transmitir las nuevas nociones adquiridas. Pero el hombre no trae consigo ni siquiera las formas más simples de conducta de modo que un niño pueda sin que otros le enseñen reproducir espontáneamente un acto cultural. Antes de que tenga los puños lo suficientemente fuertes como para pegar, los gestos irritados del niño no manifiestan sus remotos antecedentes mamíferos sino los hábitos de arrojar lanzas o de pegar con garrotes que tienen los padres. La mujer que da a luz sola a su hijo no se atiene a un patrón instintivo que le sirva de guía para cortar el cordón umbilical y limpiar a la criatura, sino que lo hace torpemente según las nociones sueltas y los chismes de las comadres que ha recogido. Quizá se sirva de lo que recuerde haber visto en los animales, pero su propia naturaleza no le ofrece sugerencias fidedignas.

Podemos enorgullecernos de nuestra nariz y nuestros labios, del cuerpo casi desprovisto de vello, de los brazos bien formados y de nuestras manos hábiles, pero cuando nos estremecemos frente a la deformidad que desfigura a un ser humano asemejándolo a un animal o cuando rehuimos el contacto con personas de otras razas identificándolas por los rasgos particulares que nos hacen considerarlas más animales que nosotros — los labios finos y el vello del caucásico, por ejemplo, la nariz sin caballete de los mongoles o la pigmentación de los negroides — existe por debajo del temor manifiesto a la mezcla racial la conciencia de que todas las formas de conducta cultural se pueden perder, que se logran y que se conservan con grandes sacrificios. Siempre que el temor del hombre se expresa en términos sociales — en los grandes ritos colectivos para que el sol brille otra vez, o cuando todos los hombres permanecen callados durante el día del Año Nuevo balinés para que no se interrumpa el flujo de la vida, cuando una vez al año los iroqueses vivían sus sueños, confesaban los pecados y se arrojaban desnudos a los ríos helados a instancia de una ilusión — la expresión es a la vez una forma de mitigarlo. Estos ritos sirven para reafirmar que solamente en conjunto *pueden ser* humanos los hombres, que su humanidad no depende del instinto individual, sino de la sabiduría tradicional de la sociedad. Cuando los hombres pierden la confianza en esta sabiduría, ya sea porque se vean entre personas cuya conducta no les garantiza la continuidad de la civilización o porque no puedan utilizar más los símbolos de su propia sociedad, se desesperan, retirándose lentamente, luchando a menudo con brío desgarrador antes de renunciar poco a poco a la herencia cultural adquirida con tanto esfuerzo y nunca asimilada lo suficiente como para que la nueva generación estuviera segura.

Este temor bien puede atribuirse al criterio del hombre y no imputársele como irracionalidad peculiar. Es tan profundo que incluye las acciones más fútiles y aparentemente inconsecuentes. Hasta los detalles más insignificantes de los modales — las comidas, cuándo se comen, con quién y en qué tipo de platos — pueden transformarse en la base de las condiciones por las que el hombre se siente humano. En las sociedades que se dividen en castas como la de la India o la del sudeste de los Estados Unidos, donde la humanidad culturalmente definida del individuo está inextricablemente ligada a la identificación con la casta, relacionarse con personas de otra clase en las formas proscritas significa perder la propia humanidad. La identificación con el propio sexo también comprende actitudes semejantes. La mujer cosaca de la novela de Sholokhov, después de espiar a una turca traída por los cosacos, manifiesta: "Lo vi con mis propios ojos. Usa pantalones. Me quedé helada." En aquellas culturas donde los modales de la mesa son distintivo de humanidad, es posible que la gente no pueda sentarse a comer con alguien que tenga otras costumbres, especialmente si los modales son

índice de clase o de casta de modo que la presencia de alguien que come de distinta manera lo clasifica a uno inmediatamente dentro de esa clase. Los hombres fornidos de Europa occidental se sienten ofendidos cuando entran en contacto con gente de Europa oriental, donde los hombres se agachan para orinar, y la mujer australiana moderna se siente algo incómoda cuando una americana le dice al marido que prepare el cóctel. Todas esas pequeñas cortesías o restricciones o deferencias son apreciadas por lo que en realidad representan, actitudes que cuesta mucho adquirir y que son fáciles de perder.

Recordando estos antecedentes, podemos observar las disposiciones acerca de las relaciones entre los sexos que han sido indispensables para la preservación de la sociedad humana. ¿Habrá en el fondo de los mil símbolos fugaces e inconsecuentes — el caballero que se quita el sombrero, la señora que baja los ojos, los geranios en la ventana del vecino alemán, los umbrales inmaculados de las viviendas obreras de los Midlands en Inglaterra — una práctica común esencial a la que se hayan aferrado todas las sociedades a fin de conservar los aspectos humanos tan preciados y tan difíciles de adquirir?

Al examinar las distintas sociedades humanas encontramos siempre alguna forma de familia, una serie de disposiciones permanentes por las que los hombres ayudan a las mujeres a cuidar de los hijos mientras son pequeños. La singularidad del aspecto humano de la empresa no se debe a la protección que el hombre le ofrece a la hembra y a los hijos; los primates también lo hacen. Ni se basa en el dominio posesional del macho sobre las hembras cuyos favores conquista en competencia con otros; también tenemos esto en común con los primates. Lo singular es la conducta nutricional del varón, que en todo el mundo le proporciona el sustento a la mujer y a los hijos. Las metáforas sentimentales tan corrientes en Occidente que recurren a las abejas, a las hormigas y a las flores para ilustrar los aspectos más equívocos del ser humano nos confunden y no es tan fácil reconocer la invención que representa esta conducta masculina. Es cierto que los machos alimentan a los polluelos entre las aves, pero el hombre está muy lejos del pájaro en la escala de la evolución. Ciertos peces machos hacen nidos con forma de burbujas y sólo capturan a la hembra para exprimirle los huevos, dedicándose luego, después de ahuyentarla, a recuperar sin mayor éxito los que salen del nido, y siempre que no se coman los huevos o las crías, algunos hijos sobreviven. Pero estas analogías tomadas del mundo de los pájaros o de los peces distan mucho del hombre. Entre los que tienen una estructura más similar a la nuestra — los primates — el macho no mantiene a la hembra.[1] Grávida y pesada, camina trabajosamente para buscarse qué comer. Quizá el macho luche para protegerla o para poseerla, pero no la alimenta.

En algún momento en los albores de la historia humana se debe de haber instituido una invención social por la cual los varones comenzaron a mantener a las hembras y a las criaturas. No hay motivo alguno para creer que los varones tuvieran la noción de la paternidad física aunque posiblemente el sustento fuera el premio ofrecido a la hembra que no fuera muy veleidosa para conceder favores sexuales. En todas las sociedades humanas conocidas sobre la faz de la tierra el varón sabe que al llegar a la edad adulta una de las cosas que tiene que hacer para entrar cabalmente a formar parte de la sociedad es proporcionarle el sustento a una mujer y a sus criaturas. Hasta en las sociedades más simples algunos hombres rehuyen la responsabilidad, transformándose en vagabundos, holgazanes o misántropos que viven solos en los bosques. En las sociedades complejas es posible que muchos hombres eludan la obligación de mantener a las mujeres y a los niños, ingresando en un monasterio — donde se alimentan mutuamente — o en una profesión que según la sociedad respectiva les confiere el derecho de ser mantenidos, como el Ejército y la Armada o en las órdenes budistas en Birmania. Pero a pesar de estas excepciones, todas las sociedades humanas conocidas se basan en la conducta del varón con respecto al sustento. Esta actitud de procurarles el alimento a las mujeres y a los niños en vez de dejarlos valerse por sí mismos como los primates, asume distintas formas. En casi todas las sociedades las mujeres también desempeñan ciertas tareas relacionadas con la recolección o el cultivo de los alimentos pero entre los pueblos que viven casi completamente de la caza y de la pesca las actividades de la mujer se reducen a limpiar y a preparar las presas. Cuando la caza proporciona sólo una pequeña parte de la dieta y los hombres se dedican primordialmente a esta ocupación, las mujeres se hacen cargo casi totalmente de la tarea de recoger los víveres. En las sociedades en las que los hombres se marchan a trabajar por dinero a la ciudad, las mujeres que se quedan en las granjas cultivan la tierra y crían los animales que sirven de sustento, mientras que el hombre compra herramientas y artefactos con el salario que gana. La división del trabajo puede realizarse de mil maneras distintas, de modo que los hombres vivan relativamente ociosos o que las mujeres disfruten de una vida desproporcionadamente fácil, como en los hogares urbanos americanos donde no hay hijos. Pero el principio es el mismo. El hombre, heredero de la tradición, mantiene a las mujeres y a los niños. No hay indicio alguno de que el hombre como animal, sin los patrones sociales, haría algo similar.

Las disposiciones sociales determinan qué mujer y qué niños ha de mantener, aunque el patrón central parece indicar que generalmente el hombre mantiene a su cónyuge y a los hijos que ella tenga. Que las criaturas sean de él o de otro del mismo clan, o simplemente hijos legítimos del primer matrimonio de su mujer, parece no tener mayor im-

portancia. Pueden haber entrado a formar parte de la familia por adopción, elección o por ser huérfanos. Pueden ser las aún niñas esposas de los hijos. El hogar compartido por uno o más hombres y sus cónyuges, al que los hombres traen el sustento para que ellas lo preparen, constituye el cuadro fundamental que se repite en todo el mundo. Pero este cuadro puede alterarse y las alteraciones evidencian que el patrón en sí no tiene arraigo biológico.[2] Entre los nativos de la isla de Troriand el hombre abastece la despensa de ñames de la hermana y no la de la esposa. En la isla de Mentawie los hombres trabajan en la casa del padre hasta que sus propios hijos concebidos subrepticiamente llegan a la edad en que pueden trabajar para ellos. Entretanto los hijos son adoptados por el abuelo materno y los mantienen los hermanos de la madre. El resultado social neto es el mismo: el hombre dedica gran parte del tiempo a asegurar la manutención de las mujeres y los niños; en este caso los hijos son de las hermanas y no propios. Donde predominan las formas extremas del matriarcado el hombre puede verse obligado a trabajar para la casa de la suegra, y si se divorcia tiene que volver a su casa materna a vivir de lo que producen los maridos de las hermanas, como en los pueblos de los indios zunis. Pero aun así, cuando podría alegarse que la responsabilidad social de los hombres hacia las mujeres se debilita, trabajan para alimentar a las mujeres y a los niños. Otra forma social extrema en la que los hombres aún trabajan para los niños aunque la relación con la madre sea muy vaga, se puede observar en las sociedades industriales modernas, donde muchos niños viven en hogares deshechos socorridos por los impuestos que pagan los hombres y mujeres que tienen entradas mayores, de modo que los miembros de la sociedad que se dedican con esfuerzo a tareas bien remuneradas son en cierto sentido los que mantienen a los miles de niños que dependen del Estado. Se advierte nuevamente lo tenue que es el impulso del hombre para mantener a los hijos, ya que las diferentes disposiciones sociales pueden anularlo fácilmente.

El vínculo alimentario entre la madre y el hijo está al parecer tan profundamente arraigado en las condiciones biológicas de la concepción y la gestación, del parto y la lactancia, que sólo pueden invalidarlo las disposiciones sociales bastante complejas. En los casos en que los seres humanos han aprendido a valorar el rango por encima de todo y la ambición suprema es alcanzar cierta categoría, las mujeres llegan a estrangular a los hijos con sus propias manos.[3] Cuando las sociedades exageran tanto la observancia de la legitimidad que se logra conservar provisores a los hombres mediante el ostracismo de la madre soltera, es posible que la mujer que tenga un hijo natural lo abandone o lo mate. Cuando el tener un hijo merece la desaprobación social y mortifica al marido, como sucede entre los mundugumores, las mujeres se esfuerzan por no tenerlos. Si se falsea la noción que de la aptitud de su

papel sexual tiene la mujer, si se disimula el parto con anestésicos impidiéndole tener conciencia de que ha dado a luz un niño, si se sustituye el pecho con una fórmula recetada por el especialista, advertimos también graves trastornos en las actitudes maternales, trastornos que pueden difundirse por toda una clase o una región y que pueden asumir importancia social además de personal. Pero las pruebas parecen indicar que el problema tiene aspectos diferentes para los hombres y las mujeres, ya que los hombres tienen que adquirir el deseo de mantener a otros y que esta conducta, siendo adquirida, es frágil y puede desaparecer fácilmente en circunstancias sociales que ya no la impongan efectivamente. Puede decirse en cambio que la mujer es madre a menos que se le inculque el rechazo de su aptitud para tener hijos. La sociedad tiene que falsear la sensación que tiene de sí misma, desnaturalizar los patrones de desarrollo innato, inculcarles una serie de nociones a la fuerza, para que desista de hacerse cargo, por lo menos durante algunos años, del hijo que ya ha nutrido durante nueve meses en lo más íntimo de su cuerpo.

Por consiguiente, las formas tradicionales que nos han permitido conservar las cualidades humanas adquiridas se basan en la familia, en cierta estructura familiar dentro de la cual los hombres se hacen cargo permanentemente de las mujeres y de los niños. Dentro de la familia cada nueva generación de varones adquiere la conducta adecuada que observar para la manutención y superpone este papel paternal aprendido a la virilidad biológica. Cuando la familia queda desmembrada — como sucede con los esclavos, los siervos y ciertas formas de mano de obra contratada, o en épocas de intranquilidad social, durante las guerras, revoluciones y epidemias, o períodos de escasez o de transición repentina de un tipo de economía a otro — se quiebra esta sutil línea de transmisión. Los hombres vacilan y tropiezan durante esos períodos y predomina nuevamente la unidad biológica primaria constituida por la madre y el hijo, violándose y desvirtuándose las condiciones especiales que garantizaban las tradiciones sociales. Hasta el presente todas las sociedades históricas conocidas han restaurado siempre la formas que perdieran temporariamente. El esclavo negro de los Estados Unidos era criado como un semental y le quitaban los hijos para venderlos. La huella de esa pérdida de la responsabilidad paternal se observa todavía en los negros americanos de la clase obrera donde la unidad nutricia está formada por la madre y la abuela materna, vinculándose a veces a ella los hombres aunque no aporten ninguna contribución económica. No obstante, no bien alcanzan cierto nivel de educación y de seguridad económica abandonan este estilo de vida desorganizado y el padre negro de la clase media es quizá hasta excesivamente responsable. A menudo los primeros en establecerse al colonizar una región son hombres, luego, durante algunos años, las únicas mu-

jeres tal vez sean prostitutas, pero finalmente traen esposas y se restablece la familia. Hasta ahora el patrón familiar no se ha quebrantado nunca durante tanto tiempo como para que los hombres se olvidaran de su valor.

La subsistencia de la familia hasta nuestros días, su restablecimiento luego de la destrucción catastrófica o ideológica, no es sin embargo garantía de que siempre ha de suceder lo mismo ni signifca que nuestra generación pueda tranquilizarse dándola por segura. Los seres humanos han adquirido su humanidad mediante grandes esfuerzos. Han conservado las invenciones sociales a pesar de innumerables pequeñas vicisitudes, en parte porque estando aislados en pequeños grupos separados por los ríos, las montañas, los mares, los idiomas extraños y las fronteras vigiladas, siempre había algún grupo que pudiera conservar la sabiduría conquistada con tantos sacrificios y que los demás desecharan, al igual que algunos se salvaban de las epidemias que exterminaban a unos o evitaban los errores de nutrición en que incurrían los otros debilitándose y pereciendo. Resulta significativo que las abrogaciones de la familia en gran escala más efectivas no hayan ocurrido entre los salvajes primitivos que se mantienen al borde de la subsistencia, sino en las grandes naciones y los imperios poderosos que tenían recursos abundantes, una población inmensa y dominio ilimitado. En el antiguo Perú el Estado disponía de las personas a su antojo y sacaba a muchas jóvenes de las aldeas destinando a las menos agraciadas para tejedoras en los grandes monasterios y a las más bellas para concubinas de la nobleza. En Rusia antes de 1861 los siervos se casaban por orden de los terratenientes que los trataban como si fueran ganado y no seres humanos. Durante el régimen nazi en Alemania, la ilegitimidad era premiada con casas de descanso cómodas y soleadas para la madre y el hijo, asumiendo el Estado por completo la responsabilidad masculina de la manutención. No tenemos por qué creer que estos procederes no puedan prevalecer si son impuestos durante cierto tiempo por naciones que logren evitar el conocimiento por parte de sus miembros de otros estilos de vida antiguos o contemporáneos. La Rusia soviética ha vuelto a hacer hincapié en los vínculos familiares luego de un breve ensayo de aflojar los lazos matrimoniales y reducir las responsabilidades de los padres, pero esto ocurrió en un contexto universal y en oposición con el resto del mundo. Las tentativas infructuosas que ha habido en la historia para crear sociedades en las que el *Homo Sapiens* actuara no como el ser humano que conocemos sino como una criatura que bien se podría comparar con la hormiga o con la abeja, aunque sus patrones rígidos fueran adquiridos en lugar de innatos, constituyen otra advertencia —más punzante que las analogías que el hombre primitivo percibiera entre su conducta y la de las bestias de

la selva— de que la forma actual de nuestra naturaleza humana no es inalienable, que es posible perderla.

Por consiguiente, si reconocemos que la familia, o sea un patrón de disposiciones para ambos sexos en el que los hombres desempeñan el papel de mantener a las mujeres y a los niños, es una de las condiciones primordiales de dicha humanidad, podemos investigar cuáles son los problemas universales que tienen que resolver los seres humanos que viven dentro de la familia además del problema elemental de inculcarle al hombre los patrones y los hábitos de la manutención. En primer término, es preciso establecer una permanencia de cierta índole, la seguridad de que los mismos individuos han de trabajar y hacer proyectos juntos por lo menos durante una temporada o una cosecha, y generalmente con la esperanza de que la unión dure toda la vida. Aunque sean liberales con respecto al divorcio, aunque los matrimonios se separen con frecuencia, en casi todas las sociedades existe la suposición de que el ayuntamiento ha de ser permanente, la idea de que el matrimonio ha de durar mientras vivan los cónyuges. Es posible que se devuelva a la esposa estéril, o que se le exija otra al clan de la mujer; que el hombre le ceda la esposa a un hermano menor con quien se lleve mejor; que los maridos dejen a las mujeres o éstas a aquéllos por los motivos más insignificantes; no obstante, la suposición prevalece. Ninguna sociedad ha inventado una forma perdurable de matrimonio que no tenga implícita la frase "hasta que la muerte nos separe". Por otra parte, sólo contadas sociedades primitivas han insistido con esta suposición hasta el extremo de negarse a reconocer diversas posibilidades de fracasos maritales. La insistencia jurídica sobre el matrimonio perpetuo en cualquier circunstancia es más propia de las sociedades que han logrado una organización tan absoluta que el grupo puede coaccionar al individuo sin tener en cuenta las relaciones entre los sexos. Hasta el presente una de las condiciones para que se estableciera y perdurara la familia ha sido la proposición de un patrón normal para todo el curso de la vida; en ciertos casos se ha basado en la relación con una hermana en vez de con la esposa, pero de todos modos el patrón es permanente.

A fin de lograr la estabilidad y la continuidad de la relación que da lugar a la familia, la sociedad tiene que hallarle solución a la rivalidad de los varones por las mujeres para que no se maten, ni las acaparen de modo que muchos se queden sin esposa, ni excluyan a los más jóvenes, ni maltraten a las mujeres y a los niños durante la época de competencia para el ayuntamiento.[4] Si imaginamos a dos hombres armados de garrotes enfrentándose ante una mujer desarmada y recelosa, nos parece que el problema de la rivalidad pertenece al pasado remoto y primitivo y no es propio de la sociedad moderna. Pero los patrones que rigen en la elección del cónyuge son patrones adquiridos y por lo tanto

pueden quebrantarse en cualquier momento, debiendo retocarse constantemente para que no resulten caducos. Se dice que uno de los factores que contribuyeron al advenimiento del partido nazi fue la tendencia contraproducente de la república de Weimar de darles a los hombres mayores los puestos que hubiera vacantes, dejando a los más jóvenes en inferioridad de condiciones frente a las mujeres. Durante la Segunda Guerra Mundial la diferencia entre la paga del soldado americano y el inglés asumió gran importancia en Inglaterra porque colocaba a los primeros en una situación ventajosa para cortejar y requerir a las mujeres. Siempre que se produce un cambio violento en el patrón de vida, en la división del trabajo, en la proporción de los sexos — como en las guarniciones de las islas del Pacífico durante la última guerra — surge el problema periódico de la rivalidad. Aunque no provoque combates individuales entre dos hombres que luchen con piedras y cuchillos por la posesión de una mujer, puede dar lugar a perturbaciones del estado de ánimo del grupo, al agravamiento de los problemas gremiales, a la formación de partidos subversivos. Puede llegar a alterar las relaciones entre aliados o a comprometer el éxito de una revolución democrática.

En las sociedades modernas que ya no sancionan la poligamia ni enclaustran a las mujeres surge ahora otro problema, el de la rivalidad de las mujeres por los hombres. Constituye éste el ejemplo de un problema creado casi enteramente por la sociedad, de un producto de la civilización superpuesto al problema biológico anterior. En el plano humano más primitivo el varón, por su atracción persistente hacia las mujeres, su fuerza física superior que los hijos no menoscaban, se encontraba en la posición natural de ataque. Las mujeres, aunque no permanecieran indiferentes ni pasivas frente a la contienda, no eran hasta cierto punto más que prendas en juego. Pero a medida que la civilización ha ido reemplazando los puños y los dientes, primero con el hacha de piedra, el cuchillo y el fusil, y luego con las armas más sutiles del prestigio y la influencia, el problema de la rivalidad de dos personas pertenecientes al mismo sexo por una del sexo opuesto se ha alejado progresivamente de la base biológica. En las sociedades en que hay más mujeres que hombres — la proporción normal en Occidente — y en las que impera la monogamia, advertimos que la competencia de los hombres por las mujeres está variando e incluye también la competencia de las mujeres por los hombres. Quizá este cambio singular sea la demostración más gráfica de lo que puede lograrse socialmente, ya que coloca al sexo que biológicamente está menos capacitado para la lucha en una posición de competencia activa.

Hay muy diversas soluciones humanas al problema de qué hombres han de conseguir a ciertas mujeres, bajo qué circunstancias y por cuánto tiempo, y al problema menos corriente pero más moderno de qué

mujeres han de conseguir a ciertos hombres. Algunas sociedades toleran períodos de licencia para que aquellos que crean que pueden habérselas con más miembros del sexo opuesto que los que normalmente se le consienten tengan la oportunidad de realizar sus ilusiones sin desbaratar el orden social. En ciertas sociedades se estila prestar a la mujer o intercambiar las esposas entre amigos, de modo que la cooperación entre los hombres se reafirma mediante este vínculo sexual. Otras sociedades permiten que todos los hombres que pertenecen al mismo clan tengan indistintamente acceso a las respectivas esposas y se observa la singular amonestación de que durante el embarazo la mujer sólo puede tener relaciones sexuales con su marido. El pueblo usuai de las grandes islas del Almirantazgo les permitía a los jóvenes de ambos sexos gozar de un año de diversión vigilada juntos, pudiendo al término del mismo escoger una pareja para una sola noche. Luego casaban a las chicas con hombres mayores y los muchachos optaban por casarse con viudas que tuvieran propiedades y experiencia. En ciertas sociedades los hombres más fuertes, los que se destacaran como guerreros, cazadores, agricultores o depositarios del saber popular tradicional, podían tener más esposas que los demás. En toda sociedad no sólo es menester encarar las situaciones reales, como la escasez relativa de hombres o de mujeres, sino también tener presentes las ilusiones que inspiran las disposiciones sociales particulares. El mundugumor trata siempre a su esposa como si fuera una entre muchas, aunque sea pequeño y poco competente y tenga sólo una esposa coja y con culebrilla mientras el hermano mayor tiene ocho o nueve, porque entre los mundugumores el varón ideal es el que tiene unas cuantas. El arapesh, en cambio, aunque tenga dos esposas, una heredada del hermano muerto o fugitiva de los pueblos más agresivos de la llanura, trata a cada una como si fuera la única, la que alimentara y cuidara durante los largos años del compromiso. Los manus, siendo monógamos rigurosos, aunque están rodeados de polígamos entusiastas, creen que hay gran escasez de mujeres en el mundo y no sólo comprometen a los hijos varones lo antes posible, sino que relatan que en el mundo de los espectros se arrebatan de una manera de lo más indecorosa el espíritu de cada mujer que se muere. Los papúes de Kiwai celebran ritos mágicos complicadísimos para asegurarles a los varones el éxito en el matrimonio y los esquimales practican a la vez el infanticidio femenino — basándose en la teoría de que sobran mujeres — y la poligamia, que implica quitarles las esposas a los demás porque las mujeres no alcanzan.

Todas estas situaciones de rivalidad afectan a los adultos, tanto si el eje de las mismas es la competencia entre los hombres mayores y más fuertes y los jóvenes y más débiles como si se trata del conflicto entre las mujeres más jóvenes y atractivas y las mayores y más aplomadas, o de la lucha entre personas de la misma edad. Pero hay otro pro-

blema que toda sociedad humana tiene que resolver: la protección de los que aún no han llegado a la madurez sexual, que es en esencia el problema del incesto.

Hemos mencionado las diferentes maneras de encarar la sexualidad en desarrollo del niño, hemos visto cómo el niño samoano comienza el período de inactividad sexual mediante la observancia del tabú entre la hermana y el hermano, cómo la identificación del niño con el progenitor del mismo sexo trae aparejadas ciertas tensiones y prohibiciones en su relación con el sexo opuesto. Poner al niño a salvo de los padres — una vez que se admite que sea deseable — implica también poner a los padres a salvo de los hijos. Es menester proteger a la niña de diez años de los requerimientos del padre para asegurar el orden social, pero es preciso evitarle al padre la tentación para que su adaptación social sea permanente. Las defensas que el niño erige contra el deseo por el progenitor tienen su equivalencia en las actitudes del progenitor que protegen al hijo. Generalmente los tabúes sobre el incesto se extienden en varios sentidos de modo que el niño queda protegido de todos los adultos, aunque la protección puede ser mínima, como entre los indidos de Kaingang, donde todos los niños reciben bastante estímulo sexual, o máxima, como lo ilustra la educación tradicional que se le daba en Francia a la *jeune fille*. Estas prohibiciones quedan estilizadas en los tabúes contra el "saqueo de cunas" y en la definición legal de la "edad del consentimiento", que según las madres de la generación pasada significaba la edad a la cual "una joven podía acceder a su propia deshonra".

Las reglas fundamentales sobre el incesto abarcan las tres relaciones primarias de la familia: entre padre e hija, entre madre e hijo y entre hermanos. La necesidad social de que haya reglas que eliminen la competencia dentro de la familia queda muy bien ilustrada por las condiciones imperantes en Mundugumor. Se quebrantó el tabú sobre los matrimonios entre personas de distintas generaciones debido a la presión de un sistema matrimonial demasiado complicado y esto les permitió a los hombres cambiar a las hijas por nuevas esposas más jóvenes. Pero esta situación pone al hijo en competencia con el padre por la hija-hermana, ya que ambos quieren canjearla por una esposa. La sociedad mundugumor se convirtió en una selva donde todos los hombres eran rivales y subsistía gracias la memoria de formas sociales anteriores que algunos todavía intentaban observar, aunque precisamente debido a esa memoria no se podían readaptar. Puesto que la tarea primordial de toda sociedad es lograr que los hombres continúen trabajando juntos con cierto grado de cooperación, cualquier situación que predisponga a los hombres unos contra otros resulta fatal. Para que el hombre siga siendo el que asegura el sustento dentro de la familia, tiene que mantener y no competir con los hijos, sobrinos, etcétera. Para

que pueda cooperar con los demás hombres de la sociedad tiene que establecer relaciones con los que no tenga rivalidad sexual.

Las sociedades que han puesto de relieve la colaboración en vez de la competencia entre los hombres logran formular los tabúes sobre el incesto de modo que no destaquen la necesidad de evitar las contiendas entre los que están emparentados, sino la de establecer nuevos lazos a través del matrimonio. "Si uno se casara con la hermana — dice el arapesh — no tendría ningún cuñado. ¿Con quién iba a trabajar? ¿Con quién iba a cazar? ¿Quién le ayudaría?" Y la cólera está dirigida hacia el hombre antisocial que no quiere casar a la hermana o a la hija, porque el deber del hombre es crear nuevos vínculos por intermedio de las jóvenes de su familia. Sin embargo, el desear un cuñado para irse de caza juntos, como los arapesh, o una nuera a quien poder dominar, como los japoneses, y el permitir el incesto entre el hermano y la hermana en la familia real, como sucedía entre los antiguos hawaianos y egipcios, constituyen estilizaciones de las reglas sobre el incesto. También lo son las generalizaciones que comprenden a media tribu o, en el caso extremo de los aborígenes de Australia, que se extienden en tal forma que sólo mediante las ficciones más rebuscadas pueden casarse ciertas personas. Las reglas sobre el incesto encierran en el fondo la manera de conservar la unidad familiar personalizando y particularizando las relaciones que surgen en el seno de la misma. La ampliación de las reglas sobre el incesto de modo que protejan en diversos sentidos a los jóvenes — a todos los hijos de la sociedad — contra la explotación y la crueldad sirve para ilustrar cómo las prácticas conservadoras y protectoras instituidas durante el transcurso de la historia humana sirven de pauta para la conducta social más compleja.

10. LA POTENCIA Y LA RECEPTIVIDAD

Aunque la familia humana depende de invenciones sociales que inducen a los hombres a mantener a las mujeres y a los niños, dichas invenciones se fundan en determinadas relaciones sexuales físicas que la naturaleza biológica establece entre el hombre y la mujer. No estando sujetos a una época de celo, al no disminuir ni aumentar periódicamente la receptividad explícita de la mujer, los seres humanos lograron fundar una asociación permanente sobre la base de las relaciones sexuales continuadas.

Aun entre los primates la plenitud de la actividad sexual está supeditada a la periódica disposición de la hembra. De nada vale el interés que pueda demostrar el macho a menos que la hembra se encuentre

en un período de receptividad. Hay algunos indicios que parecerían señalar que este ciclo de receptividad obra todavía en la mujer, pero sin tener ya el mismo efecto sobre la cópula y el embarazo.[1] Cuando los antropólogos comenzamos a estudiar detenidamente las sociedades primitivas, descubrimos que había sociedades en las que se permitía una gran licencia sexual premarital sin que hubiera casi hijos ilegítimos. No obstante, después de casarse las jóvenes que habían gozado de absoluta libertad concebían y tenían hijos, y lo que es más, tenían numerosa prole. Los pueblos de Samoa y de Trobriand constituyen dos de los ejemplos más conocidos de esta licencia premarital y ambos son pueblos fecundos. Al principio se sugirió como explicación que quizá hubiera en algunas razas, en ciertos climas o en sectores de la población, cierta demora entre la primera menstruación y la ovulación, de modo que las jóvenes parecieran desarrolladas uno o dos años antes de que pudieran concebir.[2] Pero aunque esto explique en parte este fenómeno, no parece aclararlo totalmente. Quizá tenga mayor significación el hecho de que con el matrimonio el control del momento propicio para el acto sexual pasa de la mujer al hombre, hecho éste que ilustra asimismo lo que parecería haber sucedido en la historia de la humanidad. En estas sociedades primitivas es la joven la que decide, antes del matrimonio, si ha de reunirse con su amante bajo las palmeras o si ha de recibirlo con las precauciones necesarias en su casa o en su lecho en la casa de los jóvenes. El la corteja y la requiere, le envía regalos y mensajes galantes por un intermediario, pero es ella quien tiene derecho a escoger. Si no quiere no va a la cita, no levanta la punta de la estera, no lo espera en el bosquecillo. Basta una leve alteración del ánimo, un capricho pasajero, la menor aversión, para defraudar al muchacho. Todo esto cambia con el matrimonio. El marido y la mujer comparten el mismo lecho y la misma mesa. Quizá el lecho no sea más que una estera en el suelo, una hamaca en la selva, una cesta contra los mosquitos en el río Sepik, o la décima parte del talego familiar, pero el marido tiene siempre por prerrogativa acceso a su mujer, rigiéndose solamente por la etiqueta y los tabúes. Es el deseo insistente, esporádico del hombre lo que determina el momento, y no la disposición más caprichosa de la mujer, que se manifiesta a intervalos tan dispares en distintas mujeres que no es posible atribuirle siquiera una regularidad general propia del sexo.

Muchos de los autores que escriben sobre los sexos y la familia humana destacan el hecho de que el hombre sea capaz de violar a la mujer. No es sino una manera precipitada y alarmante de expresar algo que es en realidad mucho más sutil. El macho de la especie humana es capaz de copular con una hembra que manifieste relativamente poco ardor y poco interés. No hay pruebas que indiquen que el estupro en el verdadero sentido de la palabra — es decir, la violación de una mujer

que se oponga totalmente — haya sido jamás admitido como práctica social. Ocurre como forma de desviación bajo diversas circunstancias sociales singulares, cuando los hombres se hallan segregados de las mujeres en condiciones que provocan la hostilidad exacerbada, en situaciones originadas por los sistemas de castas cuando no existen sanciones sociales arraigadas que las hagan tolerables, o en los casos de demencia del estuprador o de la víctima. Pero para que el hombre cuerdo e inerme viole realmente a una mujer — para que copule con ella contra su voluntad consciente e inconsciente — es preciso que existan circunstancias especiales, que haya por ejemplo una extraordinaria diferencia de talla, o diferencia de cultura, de modo que la joven se sienta aterrada y el hombre se deje confundir por lo inusitado de la situación, o que sucumban ante algún otro elemento imprevisto o insólito del ambiente. Por lo general, en un ambiente social homogéneo, el hombre de vigor normal no puede violar a una mujer sana y fuerte. En muchas sociedades primitivas uno u otro sexo, o ambos, sueñan con la violación, pero existen medidas sociales eficaces que impiden la práctica. Aun en nuestra sociedad, en la época en que una mujer que anduviera sola de noche propiciaba el ataque — es decir, insinuaba más bien interés que renuencia — eran bien conocidos los pinches de sombrero como medios de defensa. El hombre de Dobu soñaba con el estupro y la mujer disponía de una técnica efectiva para impedírselo. En Iatmul los hombres hablan de violaciones todo el tiempo e imaginan situaciones en las que una mujer sola e indefensa les brinda la oportunidad deseada, pero en la realidad cotidiana acuden todos los hombres de la misma edad cuando es necesario someter — por medio del estupro — a la mujer que el marido no puede dominar. La violación llega a ocurrir en las sociedades modernas cuando en diversos niveles y sectores rigen distintas leyes consuetudinarias, cuando los miembros de un sexo no son capaces de interpretar la conducta de los miembros del sexo opuesto que provienen de otro ambiente, o cuando no son eficaces las técnicas utilizadas para diagnosticar e internar a los que padecen de trastornos mentales criminales. Pero es entonces un acto muy diferente de la conducta que puede postularse para los pequeños grupos de criaturas que en los albores de la historia inventaran los patrones sociales.

Sin embargo, es muy grande la transición entre el simple ayuntamiento periódico de los primates, que obliga a los machos a competir entre ellos y a buscar el favor de la hembra en el preciso momento en que se encuentra fisiológicamente receptiva, y la familia humana, que le permite al hombre imponer su deseo a pesar del desinterés, el tedio, la fatiga, la aversión y hasta la repugnancia y el rechazo de la mujer. Cuando se produce esta transición de la voluntad femenina a la voluntad masculina, el hombre se ve frente a una responsabilidad que no tiene el macho en los planos inferiores del reino animal. En las hordas de

los primates las hembras manifiestan su receptividad periódicamente y los machos que les responden las cubren si los aceptan. Nada le sucede al macho que permanece indiferente. Ese día no riñe con los demás, sino que se queda sosegado, acicalándose. Hasta encuentra más fruta para comer porque los compañeros que despliegan más actividad sexual están absortos en otras cosas. No necesita esposa. Excepto en lo que al sexo se refiere, se basta a sí mismo, se procura el alimento que consume, se quita solo la caspa del cuerpo. No precisa, como el esquimal, una mujer que le machaque las botas, ni que le cuide los cerdos, como el papú, ni que le asegure una posición social, ni le zurza los calcetines ni curta las pieles de las presas de caza, como los hombres de ciertas sociedades. Ni necesita tampoco una esposa para que le críe los hijos. No tienen hijos — en ese sentido —. Son las hembras las que los tienen y los cuidan. De modo que mientras el macho excesivamente activo lucha con sus coetáneos para tener acceso a las hembras que se muestran receptivas, el que sea o se sienta temporariamente menos activo permanece al margen. Nadie se lo reprocha y las hembras no lo fastidian. Es posible que viva más que sus compañeros inquietos. No le preocupa la impotencia.

Pero al producirse la cohabitación conyugal prolongada entre los seres humanos, estando la mujer a disposición del hombre en todo momento debido a la índole de su receptividad, surgen varios problemas. El mérito del hombre como amante se complica con la necesidad de tener una esposa, con el vínculo que lo une a los hijos que tiene que mantener, con la posición que le corresponde en la comunidad. Mientras que el primate necesita a la hembra únicamente por razones físicas, es preciso que el hombre tenga esposa aun en los esquemas sociales más rudimentarios de que se tiene noticia. Y siempre, en cualquier sociedad y en todas las circunstancias conocidas, la esposa es algo más que el objeto o el medio para lograr la satisfacción del deseo físico. En consecuencia, aparecen diversas modalidades de conducta adquirida que definen y hacen más compleja la actitud del hombre hacia las mujeres. Suprimiendo los convencionalismos sociales o rodeada de formalismos que la definen sólo como objeto sexual accesible sin otros atributos sociales, la mujer activamente receptiva despierta todavía en la mayoría de los hombres la misma reacción que se observa entre los primates. El hombre que es sexualmente activo reacciona positivamente; el que es inactivo reacciona lentamente o no reacciona. Hasta entre las ratas blancas hay machos activos e inactivos. No obstante, puesto que las relaciones humanas implican el noviazgo, el matrimonio, el prestigio social, el intercambio de parentesco, la elección de un barrio respetable para vivir, etcétera, la preferencia espontánea del hombre está supeditada a otras aspiraciones. Quiere conservar a la esposa y esto significa que ha de acostarse más o quizá menos a menudo con ella. El iatmul les dice irritado a sus esposas: "¿Se piensan que uno es de palo para copular con ustedes todas las veces que quieren?" "La cópula es repugnante", dicen la mujeres de Manus. "El único marido tolerable es el que apenas hace sentir sus requerimientos." Cada cultura estiliza las preferencias de los hombres y las mujeres en cuanto a lo que debe ser la esposa, el marido, el amante, tolerando más o menos diferencias individuales. Los hombres y las mujeres criados en la misma cultura tienen los mismos ideales sexuales. El hombre sabe muy bien cuál es el amante ideal para las mujeres, y sabe asimismo en qué circunstancias la esposa puede reaccionar tirándole un tacho, dándole una palmada al niño, pegándole al perro, sacando la escalera para que él no pueda entrar en la choza, o sugiriéndole que duerma en el diván del tocador. En vez de ser una simple urgencia sin complicaciones moderada por la periodicidad de la hembra, como en los primates, el instinto del hombre está siempre supeditado a numerosas consideraciones. Sin embargo, parecería que la reacción sexual masculina se produce más fácilmente cuando es espontánea, cuando responde simplemente a ciertas señales que se reconocen como incitantes, como la desnudez, un perfume especial, la reputación de fácil de una mujer o sencillamente el hecho de que esté sola — en un sendero de la selva o en un departamento vacío —. Cuando la función sexual masculina se complica con ideas sobre el amor sentimental o sobre el prestigio personal, con reparos morales, con teorías acerca de la relación entre la actividad sexual y las proezas atléticas o la vocación religiosa, o entre la virilidad y la facultad creadora, es posible que se torne menos espontánea e indefectible. No es por casualidad que las *élites* — la aristocracia, los intelectuales, los artistas — de todas la culturas han creado diversas prácticas incidentales y suplementarias con el fin de avivar el instinto masculino, como las perversiones, una concubina distinta todas las noches, la homosexualidad o la dramatización de oscuros delirios. Dichas prácticas se observan con asombrosa regularidad, mientras que para los sectores de la población que tienen menos alternativas, un gusto más limitado y menos ideas que los distraigan o desorienten, la cópula es algo mucho más sencillo.

Teniendo presentes sus características de mamífero, parecería que el hombre demostrara mucha más iniciativa frente a la hembra que la que se observa entre los primates. Pero quizá sea uno de los principales dilemas de la historia de los seres vivientes que la misma circunstancia que consolida dicha iniciativa, la institución del matrimonio, entrañe muchas complicaciones. Sucintamente, podría decirse que cuanto más piensa el hombre menos copula, a no ser que la cópula y la reflexión se integren sabiamente en todos los planos.[8] En las culturas que consideran que todos los bienes son limitados la inversión de "energía" en actividades sexuales se mira como un dispendio contraproducente para el buen éxito de otras empresas. Por otra parte, cuando se desta-

ca precisamente la virilidad activa del cazador, del guerrero o del amante, la potencia es superior. Puede decirse sin embargo que en general cuanto más interpersonales son las relaciones sexuales, cuanto más influyen la personalidad de los protagonistas, el estado de ánimo, la fatiga, la actitud hacia el mundo y hacia la otra persona, más probabilidades hay de que disminuya la actividad sexual en sí. Los indios plains de la América del Norte cultivaban el vínculo entre el marido y la mujer de una manera mucho más particular y personal que los demás grupos primitivos conocidos. El noviazgo duraba a veces años enteros y después de la boda el marido cortejaba a la novia durante varias semanas antes de que se consumara el matrimonio. Los guerreros ya ancianos recordaban con nostalgia los primeros tiempos de casados, cuando se quedaban despiertos toda la noche hablándole suavemente a la joven esposa. Y fueron precisamente los indios americanos los que crearon la institución increíble de la manta de castidad, una manta perforada que los matrimonios recibían de manos de los jefes de la tribu cuando querían copular. En estas sociedades las parejas se enorgullecían de los intervalos entre los hijos.

Gran parte de la consideración hacia el estado de ánimo de la otra persona, implícita en el matrimonio que pone de relieve las relaciones interpersonales, puede naturalmente manifestarse en formas culturales que le ahorran al individuo la responsabilidad de pensar en ello y de controlarse o cumplir con una actividad periódica. Con la única excepción de Bali, todas estas culturas del Pacífico prohiben la cópula durante el embarazo. El marido no repara en el estado de ánimo de la esposa; la cópula está prohibida y hay penas rigurosas para quienes violen el tabú. Cuando los hombres de una aldea iatmul hacen los preparativos para una cacería, se quedan a dormir todos juntos en la casa de los hombres a fin de librarse de toda tentación. Durante la menstruación las mujeres arapesh se aíslan en chozas levantadas lejos de la aldea y si salen procuran andar por senderos poco frecuentados. En muchas sociedades es costumbre de la aristocracia que los cónyuges tengan dormitorios separados para no ofender la dignidad de la señora y para evitarle importunaciones impropias. Se han estilizado a menudo como períodos de abstinencia las épocas en que tienen lugar ciertas actividades, como tener hijos, amamantarlos, cazar, pescar, luchar, orar o dedicarse al arte sin saber cuál ha de ser el resultado de la obra, eliminándose así el dilema personal de escoger entre la actividad sexual y las demás.

Por consiguiente es relativamente fácil para la cultura regular la conducta activa de los hombres, estilizándola, aislándola, limitándola a determinados períodos y lugares, todo lo cual contribuye a que dicha actividad disminuya. Pero resulta mucho más difícil encarar la falta de espontaneidad cuando la actividad sexual se hace obligatoria sin tomar en cuenta la disposición individual del momento. Es menester, desde luego, que haya ciertos patrones positivos. En todas las sociedades los hombres tienen que aprender a modular la potencia, a acortar o prolongar los intervalos y el momento de acuerdo con la conducta prevista que se les ha inculcado a los hombres y a las mujeres de la sociedad y de la que dependen las relaciones sexuales satisfactorias. Pero si las disposiciones de la sociedad *exigen* que el hombre copule con una mujer en determinado momento y lugar, surge la resistencia. La costumbre popular de que se verifique públicamente la consumación del matrimonio la noche de bodas se desbarata cuando se exige demasiado de la espontánea reacción del novio. Es precisamente de la capacidad del hombre para resistir o rechazar los patrones rigurosamente impuestos a su espontaneidad que depende la armónica conjunción de la felicidad del individuo y el bienestar de la raza. El hombre tiene derecho a alegar con toda razón que la cultura que no contemple su sexualidad espontánea ha de perecer al fin porque no habrá hijos para perpetuarla. Tiene derecho a exigir, y a exigir enérgicamente, con plena responsabilidad social, que se modifiquen aquellas formas sociales que obstaculizan sus impulsos o que los circunscriben demasiado. La necesidad de formas culturales que permitan la favorable expresión de los impulsos sexuales espontáneos constituye una prueba decisiva para toda sociedad. Tal vez ésta sea una de las razones por las cuales a menudo se considera que los hombres son el elemento progresista de la historia.

A diferencia de la hembra de los primates, la mujer se ha beneficiado al controlar su sexualidad y ha aprendido a reemplazar el impulso primario por diversas modalidades de conducta. La hembra de los primates está sujeta al ciclo del estro; cuando se produce el período de ardor sexual se muestra receptiva, de lo contrario, no. Es muy raro que llegue a ofrecerse, como los machos jóvenes, a cambio de alimento o protección, pero esto parecería ser la más vil forma de prostitución. Por su parte, la mujer que ha aprendido desde la niñez a apreciar distintas formas de gratificación y de castigo comprueba que su receptividad — aun conservando cierto grado de periodicidad — puede en realidad modularse. Puesto que la receptividad le exige mucho menos — sólo aflojar y entregar el cuerpo en vez de la reacción específica y el deseo vivo que se le pide al hombre — le es más fácil combinar la simple anuencia con mil otras consideraciones sobre la manera de conquistar y conservar a un amante, compensando el estado de ánimo del momento con el del mañana, adaptando su receptividad al patrón general de la relación. Es indudable que el hombre que adquiere diversos hábitos rutinarios para estimular su especificidad sexual a fin de poder copular con una mujer que no desea en determinado momento se inflige más daño que la mujer que recibe a un hombre que merece su beneplácito en muchos sentidos, aunque no lo desee con ardor.

En todas las sociedades el matrimonio, como institución, configura un patrón dentro del cual es preciso disipar las presiones que la civilización les impone tanto a los hombres como a las mujeres, debiendo los hombres someterse, a cambio de diversas formas estilizadas de gratificación, a nuevas modalidades de conducta que permitan la espontaneidad sexual, mientras que las mujeres aprenden a disciplinar su receptividad teniendo presentes numerosas consideraciones. Donde impera la monogamia parecería que le resulta difícil al hombre la monotonía de dormir siempre con la misma mujer, pero en las sociedades polígamas el hombre se queja de lo que significan las exigencias de varias esposas. Cuando rige la monogamia, la mujer se lamenta porque el marido exige demasiado de ella, pero en las sociedades polígamas se advierte que cada una de las esposas trata de seducir al marido para que se quede en su choza. Por lo tanto, en las sociedades que atraviesan por épocas de transición, los más lúcidos y los interesados se ponen generalmente a escribir novelas y a inventar teorías acerca de este equilibrio, comprobando siempre que persiste la principal dificultad originada por la civilización, o sea la posibilidad de que el hombre tenga acceso permanente a una mujer y la aptitud de la mujer para lograr la receptividad controlada.

En algunas sociedades y en ciertas épocas de la historia se ha destacado especialmente la contrariedad que esto significa para los hombres. La impotencia cobra mucha importancia en las culturas como la de Bali, donde los individuos son cristalinamente impersonales, de modo que ni los espectadores de una función que todos aprecian se sienten en relación con los demás o con los bailarines. La broma de los casamientos es una pantomima en la que el cris se dobla ante la frágil estera de fibra y para los hombres es motivo de ansiedad que sea tan difuso el nexo entre los convencionalismos sociales que rigen el matrimonio y el ritmo incierto de su propio organismo, porque temen que les impida tener hijos. Muy a propósito, hay sanciones rigurosas para obligar a los hombres a casarse, penas sociales para los que no tienen hijos. En Bali la potencia es cuestión de fluctuaciones en la reacción masculina, retirándose el hombre siempre desconcertado por la mujer, que le inspira recelo, y si bien reacciona en un principio frente a su belleza, no puede mantener la relación porque a menudo resulta que no es la hermana linda, sino la hermana fea, que en el teatro aparece caracterizada como la madre o la suegra.

Para los arapesh el problema no es conservar la potencia sino resistir la seducción de las mujeres fuertes de sexualidad explícita. "Te acarician las mejillas, les acaricias los pechos, sientes un estremecimiento en la piel y se acuestan; te roban el fluido de tu cuerpo, se lo dan luego a un hechicero y mueres." Más allá de los confines del hogar, fuera de los sitios en que paran durante las travesías en casa de una tía, un primo o la prometida de un hermano, el mundo está lleno de mujeres extrañas que pueden fácilmente seducir a un hombre y ocasionarle la muerte. Ningún arapesh se acercó a nuestra clínica de campaña buscando un remedio para la impotencia; pedían en cambio eméticos para contrarrestar el mal que la brujería — por seducción — les causara. Pero esta potencia indefectible no constituye precisamente una satisfacción para todas las mujeres arapesh ya que cuando se da el caso de una mujer que, a pesar del panorama cultural, posee una sexualidad activa, específica, no es extraño que inspire desconfianza porque la identifican con la mujer que seduce para matar.

Para los manus, que tan a menudo se refieren a la cópula como si fuera una forma de excreción (o de "alivio", como diría el Dr. Kinsey), las relaciones sexuales conyugales no son muy agradables. Tanto para el marido como para la mujer, el ambiente hogareño ideal es el de una familia que tenga dos hijos, uno para dormir con el padre al lado del fuego, y otro para dormir con la madre del otro lado. Al llegar a la edad madura, cuando los hijos ya son crecidos, es posible que el marido y la mujer se permitan cierto esparcimiento, conversando y hasta comiendo juntos, libres ya de la sensación opresiva de una relación que es para ambos repulsiva y vergonzosa. El índice de natalidad es muy bajo en Manus. Tampoco aquí constituye la potencia un problema reconocido. No hay indicios explícitos de que se exija mucho de los hombres, y es posible que la aversión que las mujeres manifiestan hacia el sexo les baste como estímulo para sobreponerse a la vergüenza, así como la prostituta capturada y compartida por un grupo de hombres es para ellos el símbolo de una aventura sexual satisfactoria.

De todos los pueblos que he estudiado el samoano es el que tiene las actitudes más felices y serenas hacia el sexo, subrayando lo específicamente interpersonal que es el acto sexual. El amante perfecto es el que logra satisfacer sexualmente a una mujer, quedando él también satisfecho. El hombre se ofende en su más vivo orgullo si la joven recibe a otro amante la misma noche, pero no atribuye la derrota a posibles fallas de potencia, sino a su propia torpeza. Destacando como siempre la tranquilidad, los samoanos consideran que el amor debe insinuarse gradualmente, preparando el cuerpo de la joven para que sepa apreciar al amante y éste dedica toda su atención a la relación que tiene con ella en vez de inquietarse por su propia competencia. En Samoa el inadaptado sexual es el *moetotolu*, el intruso que llega durante el sueño; el hombre debe robar subrepticiamente lo que no es capaz de conquistar; el que sabiendo que una joven espera al amante se desliza entre las sombras y se aprovecha de su receptividad. Pero esta naturalidad que se advierte en Samoa para las relaciones sexuales es posible gracias al sistema de educación que se describiera anteriormente, debido a que el círculo de las relaciones personales del niño se va agrandando hasta

que las emociones de la infancia se diluyen, en vez de quebrarse como en Bali. Se atenúa y se controla la competencia; no les exigen demasiados méritos individuales a las niñas ni a los varones. El amor entre los sexos es como una danza ligera y agradable que uno puede ejecutar con mucha gracia o torpemente, y en este triste caso no encuentra pareja. Más tarde es como una buena merienda, frecuentemente compartida con naturalidad y buen humor, sin que pueda complicarse con la vergüenza, el esfuerzo, la ternura o el deseo de asomarse al alma de la otra persona. En Bali nunca cesa la música; en las aldeas la gente se dedica todo el tiempo a las ceremonias y a las ofrendas; el escultor trabaja en el bajorrelieve del templo y se yerguen esplendorosas entre las palmeras las torres crematorias, cuya construcción les lleva varias semanas. En Samoa las danzas, de las que nadie se aburre, son sencillas, y tiene más importancia la gracia con que se ejecutan que el argumento; el brillo de la piel, que el traje. Allí el niño aprende a exigir cosas sencillas y se le proporcionan los medios para satisfacer completamente sus deseos.

He titulado este capítulo "La potencia y la receptividad" a fin de destacar la diferencia que hay entre los problemas que se les presentan a los hombres y a las mujeres en la cultura humana. El hombre civilizado corre siempre el riesgo de que la civilización rija, y en consecuencia reduzca, su espontaneidad. La aptitud de la mujer para la receptividad se ve generalmente acrecentada por la civilización, por su capacidad para hacer proyectos, su anhelo de tener un hogar, casarse, tener hijos, alimentos y compañía, o de conservar una relación, aunque no responda precisamente a la manifestación del deseo físico. La falta de ardor en la mujer puede resultar desde luego crucial en ciertas circunstancias, al reproducirse temporariamente las condiciones de las sociedades no humanas, sin que haya entonces relaciones propiamente dichas, sino una asociación pasajera entre hombres y mujeres, como ocurre en las ciudades ocupadas en tiempo de guerra y en las aventuras extraconyugales que se fundan en la pasión. En estas circunstancias cuenta el ardor femenino, justamente porque la potencia del hombre no está supeditada a las infinitas consideraciones que sobrevienen en la vida normal. El soldado que halla indiferente a una mujer la deja si encuentra otra más ardiente. El amante apasionado se aleja de la mujer impasible. Pero el hombre como marido, presunto o verdadero, que es lo que está destinado a ser la mayor parte del tiempo debido a la índole de la civilización, tiene también que pensar en otras cosas. No busca una mujer que coincida perfectamente con su instinto de mamífero, que le responda como le responde durante el celo la hembra al macho entre los primates, sino que quiere una esposa cuya receptividad coincida en cierto sentido con su potencia esporádica que aumenta o disminuye debido a consideraciones al margen, como la humillación, la esperanza, la vanidad, el éxito y la previsión, el prestigio y la influencia, o el hecho de que se haya lucido en la casa de los hombres, en la cacería del jabalí o en una reunión de la junta.

En muchas sociedades primitivas sólo se exige y se espera receptividad de la mujer, y las niñas aprenden de sus madres y de la manera en que los padres les acarician la cabeza o las tienen en los brazos, tranquilamente, junto al cuerpo, que se supone que las mujeres son receptivas y que no se espera que impongan activamente su sexualidad. El hecho de que haya sociedades enteras que ignoren el orgasmo como aspecto de la sexualidad femenina parecería indicar que quizá no tenga tanto arraigo biológico en la mujer. Es cierto que la sociedad humana es capaz de crear sistemas culturales viables que prescinden en forma extraordinaria de todo fundamento biológico. Gran parte de la conducta adquirida del ser humano, como el caminar, por ejemplo, se desarrolla después que desaparecen las acciones reflejas que constituyen el prototipo estructura,[4] y Gessell, que cree que hay secuencias prácticamente inevitables en el desarrollo humano, encuentra factible la historia del niño lobo que corría en cuatro patas con las bestias.[5] Hay una disociación tan absoluta entre nuestra conducta alimentaria y el sabio instinto del cuerpo que es preciso reforzar los patrones artificiales de nutrición, en los que la alimentación adecuada depende de uno o dos alimentos que contienen determinado elemento nutritivo, con nociones sociales, inculcando el hábito de tomar determinadas comidas preparadas de cierto modo a distintas horas del día. Los experimentos demuestran que frente a una variedad de alimentos nutritivos adecuados, el niño hace una selección individual pero equilibrada, compensando un día el exceso del día anterior, exceso bien conocido por el especialista que analiza el alimento en cuestión.[6] Pero también se sabe que las ratas que encuentran a su disposición elementos nutritivos artificiales — vitaminas y minerales en tubos de vidrio transparente — tienen mejor discernimiento que el bioquímico que les prepara una dieta diaria.[7] Pero si bien las ratas después de pasar hambre y sed conservan el tino de *dirigirse hacia* el agua primero cuando tanto ésta como la comida están ocultas, estando frente a ambas cosas[8] prefieren el alimento que les gusta, aunque les agrave la sed y el malestar, en vez del agua, insulsa, pero más necesaria.

Los escasos datos disponibles nos permiten suponer que los seres humanos son capaces de escoger entre diversos alimentos que contengan sustancias nutritivas esenciales, creando normas de nutrición biológicamente provechosas, pero que esta capacidad no se manifiesta salvo en circunstancias muy especiales que no se habían producido nunca hasta que en el correr de este siglo se pudieron realizar análisis nutricionales y aislar los elementos nutritivos. Entretanto, el niño aprende a comer los alimentos incluidos en la dieta corriente que la sociedad con-

sidera digna de confianza debido a un largo proceso de experimentación social y de comprobaciones fortuitas, casi siempre sin control racional. El niño se habitúa a comer dichos alimentos y a no comer otros, pero no porque se guíe por una determinada sensibilidad bioquímica latente para ciertas vitaminas, aunque esta sensibilidad latente sea la base biológica de descubrimientos decisivos, sino porque los padres recurren al disgusto y a la complacencia, a la gratificación y al castigo, a toda la serie de sanciones y condiciones que rigen durante el aprendizaje. El niño comprende al fin: "Esto es comida para mí. Eso será comida para otros, pero no para mí. Esto es comida para los animales, pero no para las personas. Aquello no es comestible." La dentadura, la forma de la pelvis, la resistencia a ciertas enfermedades, la facilidad para curarse, de los pueblos, puede depender del empeño con que se valen de aptitudes adquiridas, no innatas.

Por consiguiente, es muy factible, en vista de lo que se conoce sobre la cultura humana, que las modalidades de conducta *adquiridas* absolutamente esenciales para la reproducción hayan reemplazado a las modalidades de origen biológico. La mujer demuestra aptitud para la excitación sexual y puede decirse que el motivo de que la masturbación ocurra con menos frecuencia entre las jóvenes, como lo señalan los informes sobre nuestra sociedad y las observaciones realizadas en todas las sociedades de los Mares del Sur que estudiáramos, se debe simplemente a la conformación anatómica. Los órganos genitales de las niñas están más al cubierto, menos expuestos a la manipulación por parte de la madre y de ellas mismas. Si la masturbación no se reconoce socialmente, si los hijos no aprenden esa práctica de los padres, ni los pequeños de los mayores, es posible que escape a la atención espontánea de la niña. Pero dejando por ahora este argumento, no se ha podido comprobar que haya una relación tan directa entre la capacidad para concebir y el orgasmo en la mujer como la que hay entre la capacidad para fecundar y la eyaculación en el hombre. La potencia física, aunque esté disociada o responda a un estímulo artificial, es esencial para la fecundación. Si una sociedad implantara métodos que inhibieran completamente la capacidad eréctil y eyaculatoria de los hombres, no podría multiplicarse. Parece sin embargo que no hay razón alguna para creer que el orgasmo en la mujer tenga una importancia comparable en la concepción, al menos en la mayoría de los casos. En consecuencia, sería razonable suponer que la capacidad de la mujer para el orgasmo debe considerarse más bien como una potencialidad que puede o no desarrollarse según la cultura y el cuadro particular de la vida de cada una, en vez de ser una característica innata de su naturaleza humana. Es indudablemente tan necesaria la aptitud de la mujer para recibir la fecundación como la capacidad masculina para fecundar. Más que

a la supuesta capacidad femenina para el orgasmo, la capacidad del hombre para introducir correspondería a la aptitud de la mujer para completar la secuencia de la reproducción: concebir, conservar y dar a luz. Se han llevado a efecto experimentos con ratas, tomando la cópula como índice para comparar la actividad de los machos y las hembras. Los primeros resultados indicaron que había sin lugar a dudas cierta relación entre la capacidad para la cópula y la aptitud para aprender en los machos, sin que se pudiera observar relación alguna en las hembras.[9] Algunas interpretaciones destacaban que el acto es después de todo mucho más complicado y difícil para el macho. No obstante, al ampliar los experimentos y al comparar la aptitud para aprender de la hembra con su desempeño como madre y no con la actitud hacia la cópula, se advirtió la misma relación que se observara en el macho entre la capacidad superior y el mejor desempeño como fecundador. La contribución biológica de la hembra abarca todas las funciones maternales y no sólo el acto en sí, que únicamente le exige inmovilidad.

Quedan sin embargo por estudiar ciertas pruebas contradictorias. Hay sociedades donde las mujeres poseen una sexualidad activa, admitiendo y deseando el orgasmo con la misma franqueza que los hombres, y donde se mortifica a las mujeres que no manifiestan ese temperamento. El mejor ejemplo que conozco lo constituye la sociedad de Mundugumor, donde se supone que la mujer tiene que gozar del sexo al igual que el hombre. El hecho de que algunas mujeres no logren experimentar ese placer se justifica fácilmente observando que pueden ocurrir casos de baja tonicidad, situaciones adversas en la educación, etcétera. Pero también tenemos sociedades como la arapesh, donde a pesar de que la mayoría de las mujeres declaran no conocer el orgasmo, que la sociedad no reconoce y ni siquiera identifica con un término, hay algunas mujeres que experimentan un ardor sexual activo que sólo el orgasmo gratifica. Si fuera cierto que la mujer no siente la necesidad innata de experimentar el orgasmo, ¿qué es lo que les ha sucedido a estas mujeres? ¿Serán más masculinas, como pretenden ciertas teorías, en el sentido de que quizá tengan un ritmo endocrino diferente? Naturalmente, en comparación con muchas mujeres de la misma sociedad, la mujer que demuestra más intensidad sexual se asemeja más al tipo masculino. ¿Habrán aprendido accidentalmente durante la infancia que el orgasmo es una potencialidad del cuerpo humano, despertándoseles entonces cierta avidez, así como las personas de ambos sexos desarrollan cierto gusto y apetencia por los alimentos preparados en determinada forma, aunque la preferencia no sea de primordial importancia biológica? Es una posibilidad como cualquier otra y los términos puritanos "inocente" para la mujer casta y "sensual" para referirse a la que consideraban mala mujer se fundan en una teoría semejante. Pero el teorizador convencido de que el orgasmo es una reacción elemental

para la mujer puede fácilmente ver en la mujer "inocente" un caso de falseamiento, producto de la civilización puritana.

Hay otra alternativa y sería la posibilidad de que todas las mujeres posean en distinto grado la capacidad para llegar a experimentar una reacción de orgasmo total, con leves diferencias que dependerían de ciertos detalles como la sensibilidad relativa de las zonas sensuales. Es posible que debido a la más difusa distribución de la receptividad sexual de la mujer, distintas partes del cuerpo, en ciertos casos los pezones, en otros los labios, sean lo bastante sensibles como para que se produzca un efecto espontáneo. En las sociedades que como Samoa hacen hincapié en la variedad y extensión de las caricias preliminares, el repertorio del hombre incluye actos que despiertan el ardor de todas las mujeres, a pesar de las diferencias de constitución. Pero cuando muchas caricias están prohibidas por la cultura o quedan descartadas debido a las disposiciones sociales que obligan a los amantes a estar cubiertos o a oscuras, o a disimular el olor del cuerpo con desodorantes perfumados, esta potencialidad que toda mujer puede desarrollar en circunstancias propicias es ignorada por gran parte o por la casi totalidad de las mujeres. Hay que tener presente asimismo que este desconocimiento de las potencialidades no implica necesariamente la frustración.

Quizá sea provechoso mencionar aquí algunas otras potencialidades y variaciones del ciclo femenino de la gestación que pueden quedar al margen o desarrollarse según el énfasis que la cultura les asigne. Es posible que se desconozca completamente un síntoma como la náusea por la mañana durante el embarazo, o que el malestar se estime tan natural que la mujer que no lo siente constituya una excepción, y hasta puede estilizarse como indisposición propia de la mujer que espera el primer hijo. Sin embargo, aun en las sociedades que han estilizado o que sólo admiten este malestar durante el primer embarazo de una mujer, hay madres que padecen de náuseas. Puede ser que la náusea indique que la mujer rechaza al hijo recién concebido, pero en una sociedad como la nuestra, donde las expectativas sociales suponen que la náusea ha de sobrevenir indefectiblemente y donde las amigas de la madre le anuncian lo mal que se va a sentir, queda excluida la simple hipótesis de que se trata de un síntoma que revela que la madre rechaza inconscientemente al hijo. Al contrario, la náusea con el atraso de la menstruación puede dar lugar a grandes esperanzas de estar embarazada, siendo en este caso un símbolo puramente social que la ilusión le impone al organismo. En aquellas sociedades que no reconocen la náusea como síntoma de la maternidad o que suponen que sólo se experimenta durante el primer embarazo, la náusea *puede* ser manifestación de repudio pero también podría ser un trastorno de menor significación psicológica dentro de los límites de lo normal, si bien inusitado en

las estadísticas, que se manifiesta a pesar de que la cultura no lo anticipe. (Los casos muy excepcionales de ardores súbitos que se observan en los hombres como fenómeno del climaterio *podrían* también significar histéricas identificaciones femeninas, pero pueden asimismo producirse debido a un raro desequilibrio del organismo.) Con respecto a la náusea puede decirse que cuando la cultura la estiliza como propia de determinada época del embarazo o de cierto orden (como por ejemplo, propia del primero), la mayoría de las mujeres manifiestan esa conducta; cuando no está reconocida por la sociedad, se advierten pocos casos. Cualquier organismo humano puede sufrir de vómitos espasmódicos, pero esta capacidad se puede estilizar, olvidar y hasta cierto punto denegar.

Se advierte lo mismo con respecto a la dismenorrea. Las samoanas admiten que es lo normal sentir cierto grado de dolor al menstruar y muchas mujeres declaran experimentarlo.[10] Las mujeres de Arapesh no reconocen el dolor menstrual, quizá debido a que la gran incomodidad de sentarse sobre un trozo de corteza en el suelo húmedo y frío de una mísera choza de hojas, frotándose el cuerpo con ortigas, no les permite tener conciencia de malestar alguno. Las investigaciones realizadas en América sobre la dismenorrea no revelan factores constantes en las mujeres que experimentan dolores, excepto el haber estado durante la infancia en contacto con mujeres que padecían de ese trastorno. Aunque no se elimina la posibilidad de que puedan producirse cambios en las terminaciones nerviosas, hay también motivos para creer que tal vez se trate de un fenómeno de atención comparable en cierto sentido con los fenómenos de la causalgia, en los que se crean circuitos de repercusión, ya que la joven sufre porque tiene conciencia de las contracciones uterinas que a otras no le producen dolor.[11] La expectativa cultural puede ser un factor de importancia cuando surge una conciencia semejante, de la misma manera que los Yoghi logran habituar al individuo a percibir conscientemente los procesos fisiológicos que normalmente están por debajo del plano de la atención consciente.

Se puede presentar todavía otra hipótesis para explicar en qué se fundan ciertas sociedades para desarrollar en la mujer una sexualidad activa que culmina en el orgasmo, mientras que en otras sociedades las mujeres manifiestan reacciones sexuales menos ardientes y más difusas. Es posible que haya verdaderas diferencias relacionadas con el tipo de constitución, diferencias que comprendan características estructurales específicas — como el clítoris más grande, más expuesto o más cerca de la entrada de la vagina, pezones más eréctiles, etcétera — o que entrañen cualidades mucho más sutiles, como la tonicidad, y el ritmo y la sensibilidad temporal del sistema nervioso. Entonces, como en otros casos, la cultura puede adoptar las características de determinado tipo de constitución e imponerles a las demás una conduc-

ta que no pueden observar como las que sirvieran de modelo. La forma en que las balinesas amamantan a los hijos, apoyando la madre sobre la cadera al niño que se arrima a mamar cuando quiere del pecho alto y pequeño, concuerda con el tipo que predomina en Bali y le resulta incómodo y difícil a la mujer que tiene los pechos más caídos. Pero en los pueblos donde las mujeres tienen los pechos tan fláccidos y estirados que algunas pueden ponérselos sobre los hombros, la típica mujer balinesa, con sus pechos pequeños y firmes, estaría todavía en peores condiciones. En los pueblos pequeños, donde hay un elevado índice de consanguinidad, puede alterarse radicalmente la proporción de individuos de cierta complexión, y entonces las características físicas refuerzan las nociones culturales. En un pueblo numeroso y heterogéneo como el nuestro esta selección resulta virtualmente imposible y surgen nociones exageradas y las prácticas para modificar exteriormente la forma del cuerpo, como la tendencia actual de las mujeres a corregirse los pechos mediante la cirugía estética y a someterse a disciplinas dietéticas para lograr la esbeltez que es ahora el ideal de los norteamericanos. Si se descubriera una verdadera diferencia relacionada con la constitución en la capacidad para experimentar el orgasmo, se daría con el motivo por el cual en ciertas culturas las mujeres se contentan con reacciones difusas y en otras son dichosas reaccionando en forma específica, mientras que las que presentan características divergentes se resignan, más o menos infelices, a imitar la modalidad predominante.

La comparación de los datos culturales no nos permite suponer que el orgasmo forme parte integral e innata de la reacción sexual de la mujer, como en el caso del hombre, e indica que la conducta femenina durante la cópula depende principalmente de nociones adquiridas. Las teorías que consideran "natural" la reacción muy específica o la falta de reacción específica en la mujer, haciendo caso omiso de la gran importancia que tienen estas nociones, no sólo han de fracasar y desbaratarse científicamente, sino que suscitan diversas actitudes sociales que falsean la índole de la sexualidad femenina y dificultan inútilmente las relaciones entre ambos sexos.

11. LA PROCREACION

Para muchos de los que viven, como nosotros, en culturas urbanizadas donde los hijos son un lujo costoso y en sociedades tan grandes que se piensa en el aumento y en el descenso del índice de natalidad antes que en la significación de cada hijo, el problema de la procreación está ligado al problema de limitar la población. Parece muy arraigada la creencia de que la concepción es un proceso casi automático y de que a menos que se tomen medidas drásticas, todo acto sexual da por resultado un hijo. La historia del rey y la reina que no tenían hijos ha sido desplazada por los cuentos sobre las fallas de los anticonceptivos. A pesar de que aumenta la esterilidad y de que han aparecido algunas clínicas de esterilización, la gente todavía se preocupa más por evitar los hijos que por tenerlos. Este énfasis unilateral no es nada extraño. Todas las épocas de la historia en las que los cambios sociales se producen con tal rapidez que no pueden quedar registrados en la estructura del carácter de las personas que viven la transición, presentan énfasis desequilibrados como éste. En los Estados Unidos una población móvil, predominantemente rural hasta hace dos generaciones, tiene que hacer frente a la exigencia social de que las familias sean reducidas, pero nuestra actitud hacia la maternidad comprende a la vez la consagración de las madres que han tenido muchos hijos, los conserven o no, y la noción de que la mujer moderna se salva por milagro de un destino peor que la muerte: el de tener una docena de hijos seguidos.

Pero aunque se explica la actitud contemporánea hacia la procreación — o sea que la concepción es infalible a menos que se tomen precauciones, opinión que comparten tanto los partidarios como los que se oponen a la paternidad controlada — se trata también, naturalmente, de una actitud parcial. Toda sociedad humana debe encarar no uno, sino dos problemas con respecto a la población: el de engendrar y criar bastantes hijos y el de no engendrar ni criar demasiados. La definición de los términos "bastantes" y "demasiados" varía enormemente, En un país colonial o en un Estado militar en ascendencia nunca están de más los niños sanos. Cuando la fecundidad menoscaba el vigor, pueden surgir presiones sociales en contra de la procreación. Los pueblos agrarios que sólo disponen de tierras limitadas se ven obligados a encarar automáticamente la necesidad de mantener una población estable, de permitir la emigración de los jóvenes o de crear una industria. Los pueblos primitivos que subsisten en pequeñas extensiones de tierras pobres viven constantemente pendientes del problema del equilibrio: asegurar el número necesario de varones y de niñas, decidir qué cantidad de criaturas hay que conservar y criar, y cuándo es preciso sacrificar la vida de un hijo por la de otro mayor — en algunos casos insólitos dándoselo a comer al mayor —. Y en el plano primitivo, así como en nuestras complejas sociedades modernas, existe cierto temor de que pueda disminuir tanto la natalidad como para que la sociedad desaparezca. Frente a situaciones nuevas de cualquier índole — la llegada del hombre blanco al Pacífico, la desaparición del búfalo de las llanuras americanas, la introducción de las armas de fuego, y hasta la necesidad de adaptarse a un río cuando el pueblo ha vivido siempre en la es-

pesura — se alteran de tal modo las disposiciones sociales que al grupo puede resultarle imposible mantener el aumento de la población en forma estable y conveniente. Muchos pueblos pequeños de los Mares del Sur comenzaron a desaparecer gradualmente ante el avance del hombre blanco, sin que hubieran adoptado precauciones para evitar la concepción. En algunos casos los grupos muy reducidos desaparecieron por completo. Los grupos más grandes vacilaron durante una generación luego del impacto producido por un mundo distinto y recobraron después la estabilidad como para subsistir dignamente.

Este descenso del índice de natalidad tal vez sea el fiel reflejo de la desesperanza, pero por ahora se sabe muy poco acerca de los mecanismos que intervienen. A menudo no pueden atribuirse a simples condiciones sociales como la edad de los novios o el índice de nupcialidad, o a costumbres evidentes como el uso de anticonceptivos, el aborto y el infanticidio. Hay un factor mucho más sutil detrás de estos recursos milenarios: la inclinación o la renuencia a procrear que está profundamente arraigada en la estructura del carácter del hombre y la mujer. Aún se ignora cómo funciona la relativa voluntad o renuencia y en qué etapas del proceso reproductivo se interponen los impedimentos, pero no hay lugar a dudas de que existen.

En el fondo de las tendencias de la población que registran las estadísticas, en el fondo de la ansiedad manifiesta por el número del contingente guerrero o de la partida de caza de la aldea, por los predios cada vez más divididos que les quedan a los hijos, se advierte las actitudes que los hombres y las mujeres han asumido con respecto a la procreación. Hemos visto que hay motivos bien fundados para creer que los hombres adquieren el deseo de tener hijos, tal vez siempre durante la infancia, por identificación o por envidia hacia la madre como procreadora, o por identificación con el padre que engendra y mantiene a los hijos de acuerdo con el papel definido por la sociedad. Como se ha observado, esta noción es una de las más esenciales para la preservación de la sociedad humana. En toda sociedad que proporcione las condiciones que inducen a los hombres a engendrar y a hacerse cargo de los hijos, el que no los desea se considera en cierto sentido un caso anómalo y divergente. Puede interpretar su falta de interés como inversión y volverse homosexual; puede elegir una categoría que le asegure la manutención como si todavía fuera un niño y pasarse la vida encerrado en un monasterio o en un colegio, o ingresar en el ejército. Si lo examinara un psiquíatra, se vería que a menudo presenta profundas divergencias con respecto a la estructura prevista para el carácter de los hombres de la sociedad y que es vulnerable, no porque sea un desnaturalizado, sino porque no ha adquirido las nociones que asimilaran la mayoría de los hombres de su edad y condición, del mismo grado de inteligencia y tipo de sensibilidad. No es más "desnaturalizado" que el

intelectual americano que insiste en tener muchos hijos a pesar de contar con un sueldo reducido. En un patriarca de esta índole, el mismo profundo examen psiquiátrico revelaría probablemente fallas de igual importancia, aunque un hombre así no se preocupa tanto y consulta menos al psiquíatra porque está respaldado por las tradiciones del pasado. Tanto la falta de nociones como la exageración entrañan graves perjuicios para el organismo; se observan muy a menudo síntomas somáticos que corresponden a las aberraciones de la vocación individual.[1] No se puede saber si el sacrificio de las funciones biológicas esenciales es mayor, por los síntomas físicos perceptibles, que el de quienes sufren porque se ven impedidos de componer cierto tipo de música o de vestirse como deben hacerlo las personas de su condición social. Por consiguiente, cuando se dice que los hombres no poseen naturalmente un instinto paternal y que no sufren al renunciar a la paternidad, hay que reconocer sin embargo que en casi todas las sociedades le cuesta muy caro al individuo rechazar las responsabilidades paternales.

Bali constituye un excelente ejemplo de la sociedad que, por la misma profusión de detalles con que recompensa el matrimonio, destaca la probabilidad de que no resulte agradable. En la aldea de Bajoeng Gedé el hombre que no se casa no puede gozar de todas las prerrogativas sociales. Queda siempre al pie de la escala social como el mayor de los jóvenes: es un joven viejo en vez de un joven en la plenitud. El hombre que no tiene hijos no llega nunca a la posición suprema dentro de la jerarquía, ni alcanza jamás la santidad absoluta, sino que se retira en el penúltimo escaño. No obstante, es peor aún la sanción para el hombre que intenta ser padre y sólo engendra niñas. En Bajoeng Gedé el hombre que, por ejemplo, tiene cuatro hijas y luego no tiene más prole durante un intervalo de cuatro años, queda al margen de la ciudadanía activa. Puede recuperar empero su posición al tener un hijo. De casado vive con la preocupación de no llegar a desear a su mujer lo suficiente como para poder tener hijos. Las disposiciones sociales separan continuamente al marido de la mujer y "si uno se va, el otro se queda a cuidar la casa", "uno en la aldea y el otro en la huerta". El matrimonio es una formalidad que la sociedad impone, un medio para tener los hijos necesarios a fin de ser una persona completa desde el punto de vista social. En Bali hay hombres, y también mujeres, que no quieren casarse, y hombres y mujeres que se aflijen tanto por no tener hijos o, lo que es más frecuente, por haber tenido sólo una hija que han perdido, que se tornan irritables y antisociales, dedicándose al juego y destruyendo la estructura material de su vida. El mismo ambiente hace que algunas personas respondan de tal manera a los aspectos negativos, que se niegan a casarse y a tener hijos, y que otras personas respondan tan intensamente, que se arruinan la personalidad si no logran la paternidad social satisfactoria. No he sabido de ningún caso

de reacciones extremas por parte de padres acongojados por la muerte del único hijo varón. Esta es en realidad la posición de más valor social en Bajoeng Gedé, ya que se ha alcanzado un grado de consumación individual que sólo la muerte puede interrumpir. Los hombres que tienen hijos vivos deben afrontar el retiro de la vida activa al casarse el menor o al nacer el primer bisnieto. Pero el marido y la mujer que tienen un hijo muerto están seguros por el resto de esa encarnación. Esta instancia dramatiza vívidamente la índole de las presiones ejercidas sobre la paternidad en Bali. También estiman conveniente tener un descendiente varón para que prosiga ofreciendo las plegarias de los antepasados y las familias que sólo tienen hijas adoptan a los yernos; las familias sin hijos adoptan un varón en ciertos casos, pero no siempre. La necesidad de asegurar las plegarias de los descendientes no se impone con tanta gravedad como la necesidad de que el individuo llegue a ser una persona completa desde el punto de vista social en esta encarnación. La secuencia es interesante; en primer término: los solteros, incompletos por definición, excepto en el caso de la joven brahmana que se convierte en sacerdotisa por derecho propio y que en consecuencia no se puede casar (o sea que ha alcanzado la posición que normalmente sólo logran unas pocas mujeres brahmanas casadas, no pudiendo por lo tanto ascender más; el matrimonio en el sentido profano sería para ella descender); luego vienen los matrimonios que han tenido únicamente hijas mujeres, los matrimonios sin hijos y, finalmente, los matrimonios que han tenido por lo menos un hijo varón.

Los aborígenes de Marind-Anim han exagerado hasta un extremo violento el temor de que los hombres y las mujeres no encuentren la actividad heterosexual lo bastante grata como para dedicarse a ella. Les permiten a los muchachos una época de experiencia homosexual muy convencional y luego, como sacrificio durante los ritos que preparan a un grupo de novicios para ser hombres, arrojan a un pozo a una pareja abrazada, dándole muerte. El temor de que nadie prefiera el amor heterosexual es una actitud muy extrema; constituye uno de los límites de la escala, mientras que los que imponen toda clase de restricciones severas a la actividad heterosexual (por temor explícito a que de lo contrario se torne irrefrenable) se hallan en el extremo opuesto. Ningún pueblo primitivo deja de reconocer de algún modo que la cópula tiene relación con la reproducción, aunque lo expliquen diciendo que se abre un sendero para que entre el espíritu del niño o que es para alimentarlo después que ha entrado en la matriz. Por lo tanto, las actitudes instituidas en lo que se refiere a la hosquedad de los impulsos heterosexuales y a la necesidad de estimularlos proporcionan un índice de la actitud hacia la procreación. Se advierte a veces un contrapunto y las plegarias de fertilidad van acompañadas en ciertos casos de tabúes que prohiben la actividad heterosexual para favorecer el desarrollo de

la nueva vida, mientras que en otros casos los ritos y las plegarias de fertilidad se complementan con ceremonias que estimulan el ardor heterosexual. En el hombre, la relación entre los impulsos sexuales innatos y la reproducción parecería depender de una noción adquirida, como lo confirma la gran variedad de soluciones culturales contradictorias. La sexualidad masculina parecerá en un principio no tener otro objetivo que la exoneración inmediata; es la sociedad la que le inculca el deseo de tener hijos y las relaciones interpersonales definidas que ordenan, controlan y estilizan sus impulsos originales.[2]

En la mujer, en cambio, se advierte algo muy diferente. El acto sexual masculino constituye en sí una solución y una gratificación inmediata para el hombre, pero la contraparte femenina no es únicamente la cópula, aunque parezca una gratificación satisfactoria, sino el ciclo completo de la gestación, el parto y la lactancia. Si bien las mujeres sólo disponen de la mitad de la vida en las sociedades donde mueren jóvenes, y de la tercera parte cuando viven mucho, para tener hijos, la mayoría de las sociedades insisten en destacar este aspecto de la femineidad como el de mayor significación. En muchas sociedades las niñas que no han llegado a la pubertad y las mujeres que han pasado ya la menopausia reciben el mismo trato que los hombres. La sociedad que no define a la mujer como destinada primordialmente a tener hijos, tolera más fácilmente la violación de los tabúes y de las barreras sociales. Resulta significativo que los mundugumores, a pesar de tener una estructura institucional basada en la exclusión de las mujeres del conocimiento del culto de los hombres, repudien las funciones procreadoras de la mujer y les permitan conocer el misterio de las flautas sagradas. Paralelamente, vemos que en el pueblo de los indios zuñis de Norteamérica, donde las disposiciones culturales le prohibían al hombre toda actividad que no tuviera un aspecto constructivo, conservador, que facilitara la crianza de los hijos, no había objeción alguna a que las mujeres ingresaran en las sociedades de los hombres. Pero mientras que en Mundugumor sólo una que otra joven indolente rechazaba los pequeños inconvenientes de la iniciación, en Zuñi muy pocas mujeres aprovechaban el privilegio. Parece que en Rusia antes de la revolución no se le daba gran valor a la aptitud procreadora de la mujer, y llama la atención el hecho de que los rusos no tengan mayor reparo en permitirles a las mujeres desempeñar tareas que normalmente se consideran masculinas, y hasta utilizar rifles y ametralladoras en la guerra. En Tchambuli, donde las mujeres se han hecho cargo casi por completo de la manutención, los hombres se irritan por la carga que el cuidado de los niños representa para la mujer, y los jóvenes nos instaban a que trajéramos cabras para la tribu. "Podríamos ordeñar las cabras y darles de comer a los niños", decían, "Las mujeres están muy ocupadas y tienen otras cosas que hacer". Más adelante veremos cómo en los Estados Uni-

dos, donde gran parte de la educación que recibe la mujer es idéntica a la del hombre, y donde se ha impuesto el dogma de que ambos merecen las mismas oportunidades económicas, se supone no obstante que el matrimonio exige un papel especializado para criar a los hijos y atender el hogar, casi completamente diferenciado de la experiencia que las niñas y los varones tienen en común con respecto a las posibilidades de la vida.

En resumen, los hombres tienen que aprender desde la infancia a querer engendrar y hacerse cargo de los hijos y a preservar una sociedad que asegure el porvenir de los niños, además de protegerlos de los enemigos. Las mujeres, por su parte, tienen que aprender a desear los hijos sólo bajo ciertas condiciones prescritas por la sociedad. El varoncito contempla su propio cuerpo y el de los demás hombres de distinta edad y se da cuenta de su potencialidad para explorar, para analizar y coordinar, para construir cosas nuevas, para profundizar en los misterios del mundo, para luchar, para hacer el amor. La niña contempla su cuerpo y el de las otras mujeres de distinta edad y se da cuenta de su potencialidad para concebir y tener un hijo, para amamantarlo y criarlo. La lógica de la frase "los pechos que no amamantan dañan" sólo se puede ignorar mediante las más rebuscadas nociones culturales. Es posible que la niña se críe en un ambiente donde todas desean ser varones y se lamentan de ser mujeres o donde ser mujer y tener un hijo equivale a soportar la invasión, la desfiguración y la ruina del cuerpo. Las niñas pueden aprender por supuesto a no querer hijos, pero esta noción es aparentemente impuesta siempre por la sociedad. Desde luego, la cultura puede reinterpretar los detalles más sutiles del cuerpo de la mujer. La vulva es entonces una región de placer inmediato en vez de la puerta para una nueva vida. Los pechos se pueden considerar como partes eróticas que se aprecian y se cuidan sólo porque sirven para el amor y no porque algún día lleguen a amamantar a un niño. El cuerpo suave de la mujer, en vez de ser un nido tibio para el recién nacido que tiene la piel ultrasensible y extraña la matriz, es algo despreciable que hay que mejorar robusteciéndolo. El útero, en lugar de ser un punto de expansión gozosa, puede llegar a constituir una amenaza que es preciso contrarrestar comiendo raíces mágicas que aseguran la esterilidad — como en Tewara, un poblado de Dobú — o una región que hay que aislar del resto del cuerpo demasiado fecundo mediante la operación que liga las trompas. La belleza de la mujer estéril puede llegar a tener tanta significación para un pueblo, que en Bali, por ejemplo, se define a la bruja como la mujer que porque le han rechazado a la hija en matrimonio, se venga educando a ciertas niñas hermosas sin sexo para que lleven la muerte a esa comarca.

El personaje de la bruja, que se repite con terrible monotonía en el mundo entero, entre los seres civilizados y los que carecen de civilización, en los rincones remotos de la selva y en la encrucijada de Europa, es una mujer que se va cabalgando sobre una escoba o una vara mágica descascarada, dejando la piel vacía junto al esposo para hacerle creer que está con él. No deja de tener significación el hecho de que no exista una imagen reiterada como ésta del hombre que hace el mal valiéndose de la magia. Los hechiceros, los médicos-brujos y los magos maléficos surgen y desaparecen en el curso de la historia de distintas sociedades. La bruja, en cambio, sigue siendo un símbolo tan arraigado que parecería perdurar sin que logre desplazarlo la más lúcida imaginación cultural.

En Bali la bruja es la figura principal del teatro y la caracterización exhibe al mismo tiempo los rasgos de la maternidad y de la madurez viril: los pechos caídos y mucho vello. Los niños la representan con las manos como garras, lista para destruirlos, pero en el teatro adulto es el miedo personificado, asustada y medrosa. Sola, moviéndose curiosamente, permanece dentro del círculo mágico que traza su amigo masculino, el dragón, encerrándola con la gente de la aldea. Está entre ellos, pero pueden sentirse seguros mientras no logre atraer a otras brujas. Y en el *djoget*, la fascinante danza callejera que la niña que aún no ha llegado a la adolescencia ejecuta para deleite de los hombres de la aldea, la bailarina, representando todo lo que la mujer tiene de atrayente y de irresistible, puede tomar una muñeca y, transformándola en bruja, pisarle la cabeza con su pie de doncella, delicado y fino, para dejarla muerta en el polvo. Muy lejos de Bali, a orillas del río Sepik de Nueva Guinea, donde las brujas sólo figuran en las leyendas, encontré una vez a una niña de cinco años bailando por encima de un hermanito de meses que había colocado en un hoyo hecho por ella misma en la tierra. Sin ninguna referencia visual que pudiera servirle de guía, sin pasos de baile tradicionales, ejecutó los pasos que en Bali se han elevado a la categoría de forma dramática. La imagen de la bruja que le quita la vida a todo, que les acaricia la garganta a los niños hasta que se mueren, cuya mirada basta para que las vacas pierdan la cría y la leche se cuaje en los tarros, es una personificación del miedo que al ser humano le inspira lo que es capaz de hacer la mujer que se niega o se ve obligada a renunciar a tener hijos. Se la considera capaz de apartarse, de mantenerse ajena al deseo de los hombres, eliminando así el vínculo con la vida misma. "Se marcha dejando la piel vacía junto al marido." La mujer, como el hombre, es una criatura que adquiere nociones; su conducta adulta depende igualmente de las experiencias de la infancia. Puede aprender a no querer hijos y llegar así hasta el punto de constituir una amenaza para la vida del mundo.

Pero no se ha confirmado que el aprender a no desear los hijos entrañe necesariamente para la mujer conflictos tan hondos que resulten insolubles o que el sacrificio, por la frustración y el odio que le ins-

pira su destino, sea inevitable y repercuta sobre la vida de quienes la rodean. Un psiquíatra que ejercía en los Estados Unidos resumió su experiencia clínica de la siguiente manera: "Nunca encontré una mujer que, estando física y socialmente en condiciones de tener hijos, se negara a tenerlos y no sufriera psíquicamente por la privación." Esta declaración se puede interpretar, como lo harían los autores más extremistas del momento, en el sentido de que la necesidad de tener hijos es tan esencial para la mujer que cualquier interferencia provoca trastornos y hasta dolencias. Según ellos, así como el ser humano no puede dejar de respirar, de comer, de dormir, pudiendo tan sólo modular y regular estas actividades combinadas, la mujer tampoco puede negarse a tener hijos. No obstante, leyendo con detención la frase del psiquíatra, se repara en el adverbio "socialmente". Hay otra interpretación posible y es que sufren quienes, sintiéndose en una situación que entraña tener hijos, se niegan a aceptarla. Es el caso del primogénito de un rey que no puede soportar la responsabilidad del trono, del piloto que fracasa al hacerse cargo del barco en alta mar cuando se muere el capitán, del estudiante que recibe una beca para estudiar música en Europa y luego la desperdicia sin aprender nada. Todos ellos manifiestan también graves desórdenes psíquicos. La sociedad humana dispone de una gran variedad de métodos para inculcarles a los hombres lo que deben hacer, así como del correspondiente conjunto de castigos, impuestos interior y exteriormente, para los que no cumplen con las nociones adquiridas. Las mujeres de nuestra sociedad saben que el matrimonio implica tener hijos, que excepto en circunstancias especiales — como cuando hay una enfermedad hereditaria, cuando uno de los cónyuges no goza de buena salud, o cuando hay que cumplir con deberes financieros como el de mantener a los padres o a los hermanos — evitar la paternidad significa eludir la responsabilidad. En esas circunstancias, los hombres y las mujeres que eluden expresamente esta responsabilidad demuestran haber elegido un camino inadmisible para la sociedad.

Ni siquiera los datos clínicos que parecerían sugerir, si bien no en forma concluyente, que la menopausia es más grave y que los carcinomas asumen distinto cariz en las mujeres que no han tenido hijos, justifican la teoría simplista de que el cuerpo de la mujer se venga por el desuso de la función maternal. Para la mujer soltera que hubiera querido tener hijos y para la casada estéril que los deseó, la menopausia desbarata definitivamente toda esperanza y puede por lo tanto traer apareadas la desesperación y la enfermedad. Tenemos que intercalar sin embargo la frase "que hubiera querido tenerlos" para que la afirmación tenga valor dentro del estudio comparado. Los que aprenden a desear algo sufren si no lo logran, a menos que hayan aprendido también a sentirse gratificados por la abnegación.

La institución monacal, por la que los hombres renuncian a sus potencialidades procreadoras y las mujeres a tener hijos, para dedicarse por entero a servir a Dios, ilustra una tradición aceptada por la sociedad por la cual las mujeres pueden aprender a no querer hijos. Cuando las niñas se sientan a la sombra de un árbol a conversar sobre el futuro y una dice, categórica y definitivamente: "Y yo voy a ser una monja de toca plegada y voy a cuidar a muchos niños", o "a los enfermos", o "Voy a enseñar a rezar todo el día", la sociedad dispone de una fórmula que le permite a la mujer renunciar a la procreación sin hacerse daño. A veces la pérdida posterior de la fe o las dudas en cuanto a la propia vocación religiosa quebrantan esta noción y la que fuera monja devota puede transformarse en una pobre criatura desesperada que oye las voces, no ya de los ángeles, sino de los hijos que no pudo tener. No obstante, es posible instituir vocaciones para la mujer que excluyan la posibilidad de tener hijos y que las niñas pueden abrazar como solución humana absoluta. Si estas soluciones no se complican por la negación de la femineidad, el rechazo de los niños o del papel maternal, el proceso es probablemente más sencillo que cuando la niña elige, porque la atrae, un estilo de vida que se considera masculino. La mujer que elige hoy la medicina lo hace por distintos motivos en la Rusia soviética y en los Estados Unidos, puesto que aquí la mujer médica constituye una excepción no muy reconocida, mientras que en Rusia es más corriente y es admirada. Pero esto no significa que se pueda insistir con la teoría de que los papeles en los que las mujeres se han sentido satisfechas aunque no tuvieran hijos impliquen la sublimación del deseo de tenerlos. No se sabe aún hasta qué punto logra aprender una niña o un grupo de niñas a *no* querer hijos.

Tampoco se ha confirmado que aprender a no seguir el camino definido por la fisiología resulte más fatal que aprender a seguir un camino definido por la sociedad que no tenga fundamento fisiológico. Si la sociedad les enseña a los hombres a ser constructivos, apacibles y dóciles a expensas del goce activo de la sexualidad — como en Zuñi y en Arapesh — la noción entraña un sacrificio para los hombres. Sin embargo, los samoanos, que son igualmente apacibles y constructivos como pueblo, no se sacrificaban en absoluto. La sexualidad masculina no se definía jamás como agresividad que refrenar, sino como un placer del que era posible disfrutar en el momento oportuno y con una compañera adecuada. Parece más justo decir que en toda sociedad tanto los hombres como las mujeres aprenden el significado de las diferencias físicas y comprenden la significación de sus aptitudes reproductoras. A medida que van adquiriendo estas nociones la cultura puede definir la conducta que exige de cada sexo imponiendo deberes onerosos o fáciles.

Quizá el ejemplo más evidente de dicha definición sea el modo de encarar el parto en sí. Ciertas sociedades creen que el parto es por naturaleza peligroso y los aztecas veían en el cielo teñido de rojo la sangre

de los hombres que morían en el campo de batalla y de las mujeres que morían de parto. Otros pueblos lo consideran un hecho tan sencillo que sólo la madre calcula esperanzada si el niño va a nacer en el campamento donde puede sobrevivir o si ha de nacer durante la jornada de marcha, muriendo entonces seguramente de frío. Los rigores del parto se pueden exagerar hasta el punto de compartirlos el padre, que se echa luego a "reponerse" junto a la esposa o se va a las islas Bermudas después de la tortura de la impaciencia en la sala de espera del sanatorio. A veces las comadres sugestionan a los niños con historias de sufrimiento y brujerías, de modo que las criaturas tienen pesadillas si hay un parto en la casa, mientras que en otras culturas los chiquillos se escurren por la aldea buscando un parto interesante para observar. En algunos casos se espera que las mujeres giman y griten como para que todas las espectadoras jóvenes se impresionen y se sientan predispuestas a gritar a su vez cuando les llega el "momento". En otras sociedades las mujeres aprenden que la parturienta tiene que proceder con sereno decoro, concentrando toda su atención en el acto y cuidándose muy bien de disipar sus fuerzas y de avergonzar a la familia con alaridos. Por consiguiente, según la interpretación de la cultura, el parto puede resultar una experiencia arriesgada y dolorosa, interesante y digna de atención, corriente, natural, con sólo alguna que otra contingencia, o puede entrañar graves peligros sobrenaturales. Tanto si les está permitido presenciar los partos como si jamás han visto uno, los hombres contribuyen a la interpretación y he tenido ocasión de ver cómo algunos informantes masculinos que nunca habían visto ni oído a una parturienta se retorcían en el suelo haciendo una espléndida pantomima del parto doloroso. La interpretación de cualquier manifestación de la conducta humana, aunque parezca propia de un solo sexo, recibe el aporte imaginativo de ambos, y es posible asimismo que las personas de uno u otro sexo que tengan inclinaciones singulares den la nota dominante. Las fantasías que se forjan los hombres que creen que la cópula es agresiva acerca del efecto deplorable que ese terrible instinto de agresividad incontenible le produce a la mujer, han de ser muy diferentes de lo que se imagina el hombre que piensa que la cópula es un placer y que acepta la interpretación cultural que asegura que el niño "duerme plácidamente hasta que llega el momento de nacer y extiende entonces los brazos por encima de la cabeza para salir".

Se ha dicho que uno de los cambios más significativos de nuestro tiempo es que las mujeres ya no teman tanto morir de parto porque las estadísticas demuestran que ha disminuido el número de muertes por esta causa [8]. Pero a mi entender — después de estudiar el material recogido en las sociedades primitivas — éste es un punto de vista limitado por la cultura. El hecho de que el parto se interprete como una situación en la cual se arriesga la vida, por la cual se obtiene un hijo, se

merece el reconocimiento social o el derecho de ir al cielo, no depende de las estadísticas sobre la mortalidad, sino del criterio adoptado por la sociedad. Todos los argumentos sobre la conducta maternal instintiva de la mujer que sostengan a este respecto que hay un sustrato biológico más fuerte que las experiencias cognoscitivas que la niña enfrenta desde su nacimiento tienen que tomar en cuenta esta gran diversidad de interpretaciones. No es posible afirmar que el parto sea a la vez un tormento insufrible y un dolor tolerable, una situación que toda mujer naturalmente anhela dichosa, que sea al mismo tiempo un peligro que es menester eludir y una consumación deseada con fervor. Por lo menos una de estas nociones tiene que ser adquirida y me parece más sensato suponer por ahora, en vista de los conocimientos actuales, que tanto las actitudes de las mujeres como las de los hombres con respecto al parto incluyen elementos complejos y contradictorios y que la sociedad puede tomar y estilizar cualquier serie de actitudes, hasta opuestas en ciertos casos. Y como acontece con toda conducta adquirida estilizada por la sociedad, cuanto más se aleja de la base biológica más libre queda la imaginación. Hay motivos para creer que la imaginación masculina, sin la disciplina y el conocimiento que brindan los indicios y la experiencia corporal inmediata, haya quizá contribuido desproporcionadamente a crear la superestructura cultural de creencias y prácticas en relación con el parto. Tal vez no carezca de significación el hecho de que en las sociedades de la Polinesia, donde el hombre interviene en el parto como marido, y no como mago o sacerdote, la actitud hacia el parto sea sumamente natural y sin complicaciones; las mujeres no gritan, actúan, y los hombres no tienen necesidad de imponerse luego actividades expiatorias.

Pero en el fondo de la aceptación y del rechazo de la procreación, del deseo de tener hijos y de criarlos, hay siempre una tradición cultural que les inculca a los niños la noción de que en el mundo hay dos sexos y que cada sexo desempeña un papel. Las distintas sociedades logran en mayor o menor grado enseñarle a cada sexo el papel que le corresponde en la procreación y cuando ambos sexos están predispuestos en contra de la reproducción, la sociedad se extingue sin necesidad de tomar precauciones contra la concepción.

Desde hace milenios los pueblos han estado luchando con los problemas de la fecundidad y la infecundidad, tratando de ajustar, aunque fortuita e imperfectamente, la relación entre el número de hijos deseado, el número de hijos que podían mantener y el número de hijos que habrían de nacer — a menos que se tomara alguna medida para evitarlo — según las prácticas sociales vigentes. Tal vez algún día logremos desarrollar una cultura en la que la comunión de las parejas sea tan perfecta que no haya necesidad de control alguno aparte del ritmo mensual de fecundidad natural de la mujer. Es evidente que si bien la

sensibilidad femenina a los cambios que se operan en el cuerpo le sirve de guía a la joven para desistir con mucho tino de la cita nocturna en una sociedad donde el amor es frívolo, no basta para resistir las infinitas presiones de una organización social compleja como la nuestra, en la que hay que adaptar los impulsos naturales a un mundo regido por los despertadores, las bocinas de las fábricas y los trenes de los empleados, donde también cuentan los meses propicios para el matrimonio, la temporada de las Bermudas y la tensión nerviosa de la sesión anual del directorio o de la puesta en escena de una obra de teatro. Sin embargo, al observar hasta qué extremos desesperados han llegado los pueblos más simples para ajustar el índice de supervivencia a la estructura social — viendo por ejemplo que los todas dejaban a las niñas recién nacidas en los lodazales para que los búfalos las pisotearan, mientras que el exceso de hombres que sobrevivía compartía las mujeres con precauciones complicadas a fin de que la vida doméstica fuera amistosa — comprendemos que no sólo la civilización, en el sentido de la urbanización moderna, aparta a los seres humanos de su propio ritmo fisiológico. Desde la época remota en la que nuestros antepasados nómadas escupían en seguida las bayas nocivas y sabían buscar la raíz que les proporcionara la sal que necesitaban, hasta hoy en día en que sabemos lo suficiente como para empezar a componer una dieta de la que la criatura pueda seleccionar intuitivamente sus alimentos, el hombre ha estado tratando, torpemente, pero con imaginación y con afán, de imponerle un estilo de vida creado por él a su propio organismo, que es capaz de idearlos pero que carece de la capacidad automática de adoptarlos. Desde el primer artificio, el primer lecho de pasto seco, la primera roca utilizada como abrigo contra el viento, la primera rama transformada en herramienta, o quizá la primera mujer que se acostó, más dócil que anhelante, junto al compañero elegido, o el primer hombre que comenzó a compartir con ella la fruta recogida, hasta los más modernos recursos de la era atómica, la niñera por radio, la leche homogeneizada con vitamina D, las operaciones para trasplantarle parte de los ojos de un muerto a una persona viva, los hombres han avanzado por el mismo camino y nada ha sido natural. Es una tontería sentimental decir que el esquimal vestido con un traje de pieles hecho por la esposa y calzando las botas que ella misma trabajara con cariño, sentado al acecho de una foca con un arpón hábilmente ideado, es *natural*; y que no lo es el hombre moderno que usa las botas que su mujer le compra en una liquidación, viste un traje confeccionado en un taller con tela de lana traída de Australia, y trabaja en una fábrica vigilando las máquinas de envasar carne. Es el mismo argumento que esgrimen algunos especialistas en nutrición contra la idea de enriquecer el pan con vitaminas, porque sería una manera "artificial" de tratar el pan natural, aunque se amase de harina de trigo cultivado, cosechado con herramientas fabricadas, molido en molinos modernos, y se dore en hornos construidos por el hombre. El dilema no es ser natural, lo que entrañaría en realidad deshacerse de todo vestigio de civilización, renunciar al lenguaje y retornar a la vida animal; y no es tampoco ser *más* o *menos* artificial, aceptando las metáforas cándidas, los falsos gestos rústicos, las cacerías con colchones neumáticos o el pan de harina integral mal molida, como atenuantes de nuestra horrible condición. La cuestión es desarrollar y estilizar este nuevo método de evolución, este invalorable sistema de invenciones y hábitos sociales adquiridos que, de todos los seres vivientes, únicamente el hombre ha sido capaz de crear. No necesitamos ese pan "más natural", amasado con un trigo similar al que les sirve de alimento a los animales salvajes, aunque algo inferior debido a los siglos de cultivo y a la fertilización. Necesitamos en cambio un pan en el que sea posible combinar más "artificios", más, y no menos, resultados de la investigación, de la inventiva y de la ciencia.

Nuestra naturaleza humana depende de nuestra relativa infecundidad, del largo período de gestación y de la independencia que sólo es posible cuando se tienen pocos hijos que se pueden criar con atención y con ternura durante muchos años. Depende de la espontaneidad de las reacciones de ambos sexos, que no están supeditadas al ciclo reproductivo de la mujer. Pero para poder definir y disciplinar esta potencialidad para la vida conyugal, para que no exista una desproporción entre los hijos que podemos mantener y los que deseamos tener, para evitar la necesidad de tomar medidas precipitadas e incongruentes, de modo que ningún sector de la población se eduque psicológicamente para la esterilidad y ninguna vida comience para ser sacrificada en seguida a los pies de ídolos ciegos, se necesita un conocimiento más profundo de las relaciones humanas y una trama mucho más sutil, que la humanidad aún no ha logrado concebir.

CUARTA PARTE

LOS DOS SEXOS EN LA AMERICA CONTEMPORANEA

12. LA COMPLEJIDAD DE LA CULTURA AMERICANA

Al contemplar la enorme extensión de los Estados Unidos, el paisaje complejo y variado, los cientos de tradiciones populares que imperan en los rincones de las montañas del sur, en los páramos de Nueva Inglaterra, en las casuchas aisladas de las llanuras, parecería casi imposible referirse al pueblo americano en conjunto. ¿No hay acaso un abismo insalvable entre la madre inmigrante que mece suavemente al hijo en la cuna traída del Viejo Mundo y la joven madre americana imbuida de nociones sobre horarios e higiene, impasible aunque el niño llore bajo las cobijas que le impiden chuparse el dedo, y la madre ultramoderna que desecha los horarios para alimentar al niño cuando tiene hambre? Si es cierto que los más fútiles detalles del mundo a su alrededor son de una importancia inestimable para la experiencia que prepara al niño para el papel sexual adulto — por ejemplo la pluma o la flor que le colocan en la cabeza, los adornos de cuentas para la nariz, una franja de color sobre la frente de la niña, la suavidad de un tejido delicado o de la piel de búfalo nonato, la superficie de un cesto rústico —, ¿cómo podemos entonces hablar de las criaturas americanas en general y del proceso por el cual los niños americanos se transforman en hombres y mujeres capaces, o incapaces, de amar y de tener hijos? Sin embargo, si visitáramos el más insignificante hogar americano, el que más se aparta del *standard* aceptable, el tugurio del aparcero donde las rajas de pino arden en el fogón, o el departamento sin agua caliente y sin otro mobiliario que las alfombras traídas del Cercano Oriente, encontraríamos en estos ambientes tan distintos de la casita blanca de dos pisos con postigos verdes que los diarios denominan "el hogar norteamericano", tal vez no ya una camita de niño moderna, pero por lo menos un catálogo o un almanaque con la ilustración correspondiente. Donde no se han introducido aún los objetos materiales y las nuevas costum-

bres que éstos reclaman debido a que la familia sigue aferrada a las antiguas tradiciones o porque la manera de ganarse la vida no les permite distraer dinero del sustento para aproximarse al nivel americano, se advierte que ha llegado la imagen de las costumbres nuevas, modernas, del estilo de vida corriente de los Estados Unidos. Ha llegado a través de los catálogos que ofrecen artículos contra reembolso, a través de la radio y del cine, aunque sólo vean dos películas por año. Tal vez las mujeres usen aún faldas largas de percal como las que se ponían sus abuelas; las hijas en cambio lucen versiones baratas pero auténticas de la moda impuesta en la Quinta Avenida y en el Hollywood Boulevard. Es necesario que la tradicional merienda del niño del campo incluya un pedazo de pan comprado, de lo contrario no querrá llevarla al colegio para no pasar vergüenza delante de los demás. La cultura norteamericana que se ha generalizado les llega sutil, persistente y continuamente a los ricos y a los pobres, a los inmigrantes y a los aborígenes cuyos antepasados recorrían las llanuras antes de que los españoles trajeran el caballo al Nuevo Mundo.

Cabe sin embargo preguntar: ¿Basta con dar a conocer las nuevas modalidades? Sin duda alguna, la madre que se recuesta contra la puerta de su casa destartalada para hojear ociosamente un catálogo que ilustra los mejores exprimidores para el jugo de naranja del bebé, mientras ella sigue dándole el chupete con azúcar cuando llora, es muy distinta de la joven bien arreglada que se pone un delantal coqueto para medir prolijamente la cantidad de jugo antes de dárselo al niño. Los efectos sobre la nutrición son muy diferentes. Una de las criaturas tal vez llegue a padecer de deficiencia de vitamina C, particularmente si la madre se pone fastidiosa y le prohíbe comer verduras crudas de la huerta; la otra no. Aun si el niño de la casucha crece y va al colegio y se torna superficialmente indistinguible de los niños criados en los departamentos inmaculados de la ciudad, la diferencia subsiste. Si son niñas, cuando sean a su vez madres quizás reciban la misma receta del especialista para sus hijos, pero una ha de cumplirla en la seguridad de que hace lo que su propia madre hiciera con ella, mientras la otra se lamentará por el estado de su dentadura y se ocultará a sí misma, avergonzada, la memoria del descuido materno. En la penumbra del consultorio tendrán historias muy distintas que contar sobre los recuerdos que conservan de la infancia acerca de las relaciones entre sus padres. Una de ellas recordará haber oído voces a través de la puerta prudentemente cerrada, tal vez la interrupción del teléfono que hizo que se abriera esa puerta, permitiéndole entrever los rostros tensos y oír una frase que no podía del todo comprender. La otra recordará las disputas de unos padres que compartían la misma alcoba y hasta el mismo cobertor desvanecido, que se enojaban y se reconciliaban ante los ojos de la niña. La angustia de no recibir la invitación para una cena o de no ser admitida

en el club del colegio tendrá detalles muy distintos, siendo lo más significativo que se mencione o no el problema. Los antecedentes de sus maridos no han de ser menos dispares, aunque —y esto es importante— lo sean a la inversa. Puesto que la chica de la casilla abandonada puede llegar a casarse con el joven de la ciudad, y viceversa. En un hogar es el padre quien recuerda vagamente, sin otro vestigio que un resquemor agridulce, la sensación del chupete azucarado, la incomodidad de los pañales mojados que nadie se ocupaba de cambiarle; en otros hogares las memorias son de la madre. Importan mucho los recuerdos de cada progenitor. El padre puede sentirse como un extraño frente al niño, tan limpio y prolijo con su trajecito almidonado —que le parece más bien una niña—, aunque no tanto frente a la hija porque sus recuerdos se remontan hasta una imagen de un niño muy distinto, y no directamente hasta la imagen de una niña. La madre criada en la pobreza siente de pronto que se le crispan los dedos mientras plancha el vuelo plegado del vestido de su hija, al recordar los pobres vestiditos descoloridos que le daban y que la madre ni siquiera le acortaba, por cansancio o por dejadez. Por su parte, la madre criada en el departamento céntrico, frente a un marido que no entiende por qué hay que gastar el dinero en esa forma, aprieta los labios irritada recordando las faldas tableadas de su niñez, resentida porque él se niega a darle a los hijos lo que merecen.

En cada hogar el panorama es diferente. Hoy en día, sólo es posible encontrar en los Estados Unidos en los sitios apartados, en la montaña, en las aldeas que los jóvenes abandonan, en las colectividades formadas por esclavos liberados o desertores, aisladas en parajes lejanos, y en los poblados de gentes de habla española que se aferran a las costumbres del siglo XVI, el tipo de relación entre padres e hijos, entre abuelos y nietos, que se observa en las sociedades primitivas. En el resto del país la característica más notable es que todas las parejas de padres son distintas, que no hay dos que tengan los mismos recuerdos, que no se pueden comparar dos familias diciendo: "Estos cuatro progenitores se han alimentado de la misma manera, han jugado a los mismos juegos, han oído las mismas canciones de cuna, se han asustado con el mismo cuco, se les han prohibido las mismas palabras, han recibido la misma imagen de lo que debían ser como hombres y mujeres adultos, están preparados para transmitir intacta la tradición que recibieran íntegra y bien definida de sus propios padres."

Cada hogar difiere de los demás, cada matrimonio, aun dentro de la misma clase y del mismo círculo, presenta contrastes entre los integrantes, en apariencia tan evidentes como las diferencias que distinguen a cada tribu de Nueva Guinea de las demás. "En casa nunca cerrábamos el baño con llave." "En casa nunca entrábamos a una habitación sin llamar." "Mi madre siempre nos pedía las cartas, aun siendo ya mayo-

res." "Siempre nos devolvían sin leer cualquier papel que tuviera algo escrito." "No nos permitían mencionar las piernas." "Mi padre decía que 'sudor' era una palabra más franca que 'transpiración', pero que nos cuidáramos muy bien de decirla en casa de tía Alicia." "Mi madre me decía que se me iban a estropear las manos si me subía a un árbol." "Mamá opinaba que las chicas tenían que correr y hacer ejercicio mientras fueran jóvenes." Hasta entre vecinos, entre los hijos de primos y de hermanos, se advierten discrepancias en la manera de educar a los hijos, y una familia los cría con recato y reserva, poniendo de relieve el papel de cada sexo, mientras otras toleran concesiones mutuas que hacen que las niñas parezcan marimachos. Luego se efectúan otra vez los matrimonios entre personas criadas de distinto modo, surge el contraste, la falta de sensibilidad para saber cuál es el momento oportuno, la falta de correspondencia entre los nuevos padres. No hay dos hogares iguales; no hay dos padres que hayan sido alimentados de la misma manera aunque los bols de plata para la avena hayan sido idénticos. Los ademanes de las manos, ya sean las de la madre o la abuela, las de una cocinera irlandesa, una niñera inglesa, un ama negra o una sirvienta traída del campo, no son los gestos seguros, estereotipados de los que viven en una sociedad homogénea. La mano de la extranjera recién llegada titubea al manejar las cosas que no le son familiares y al ponerle la cuchara en la boca a un niño que se comporta y habla en forma extraña; la mano de la anciana norteamericana conserva la huella de la incertidumbre de las generaciones anteriores y vacila o se crispa al entrar en contacto con un desconocido difícil de comprender.

Pero precisamente porque todos los hogares son diferentes, porque ninguna pareja responde naturalmente al mismo arrullo, son todos iguales. El antropólogo que estudia una tribu de Nueva Guinea puede a menudo anticipar hasta el menor detalle de lo que ha de suceder en una familia si surge una disputa, sabe lo que dicen al reconciliarse, quién toma la iniciativa, de qué palabras y de qué gestos se valen. Ningún antropólogo puede hacer lo mismo en los Estados Unidos. El motivo de la disputa, quién hace las paces y la actitud adoptada varían en todos los hogares; también varía el momento más intenso entre los padres y los hijos. Pero la forma, la índole de la disputa, y el tono de la reconciliación, el afecto y el temor de las desavenencias son similares por su disparidad.[1] En un hogar el marido manifiesta su ardor trayendo flores, en otro jugando con el gato al entrar, en un tercero haciéndole mimos a la criatura u ocupándose de la radio, mientras que la mujer revela su complacencia o su desinterés ante la expectativa erótica pintándose los labios o quitándose el *rouge*, dedicándose a ordenar el cuarto o sumiéndose en sueños acurrucada en el otro sillón mientras juega distraídamente con el cabello del niño. No existe ninguna norma, no hay ninguna palabra que repitan todos los maridos en presencia de los niños que han de ser maridos algún día y de las niñas que han de ser esposas, de modo que cuando sean adultos conozcan de memoria el juego de la insinuación y la reticencia.

En América cada hogar tiene un lenguaje propio; cada familia se vale de una clave que los demás no entienden. Y esto constituye la semejanza esencial, la regularidad básica de todas las discrepancias aparentes. Cada matrimonio norteamericano tiene su clave creada según los antecedentes de los cónyuges, durante las incidencias de la luna de miel y a medida que se definen las relaciones con los suegros, forjándose así un lenguaje que no llega a ser del todo inteligible para ambos. Aquí se advierte otra regularidad. Cuando un lenguaje, una clave, es conocido por todos los habitantes de una aldea, utilizado por los que son afables y los inflexibles, por los que tienen una disposición dócil y por los obstinados, por los que hablan en un tono melodioso y por los que tartamudean, la lengua cobra una precisión primorosa, diferenciándose los sonidos nítida y perfectamente. La criatura recién nacida que comienza a balbucear desaprensivamente toda la posible gama de sonidos agradables y desagradables, escucha y limita la escala. Si antes balbuceaba cien matices de sonido, se limita ahora a media docena y se ensaya para lograr la perfección, la seguridad de los mayores. Posteriormente, aunque tenga torpe la lengua y el oído, logra hablar el idioma de su pueblo de modo que todos le entiendan. El modelo perfeccionado que le ofrecen los labios y la lengua de personas de distinta condición que pronuncian las mismas palabras, le sirve al recién llegado para expresarse con la claridad y la precisión necesarias para lograr la comunicación. Y lo que acontece con el lenguaje también se aplica a los gestos, al tacto para saber cuál es el momento oportuno para la iniciativa, la correspondencia, la exigencia y la sumisión. El niño que se compenetra de la vida de quienes lo rodean forzosamente aprende su parte.

Pero en una cultura como la de los Estados Unidos en el momento actual, el niño no encuentra una conducta uniforme reiterada. No todos los hombres cruzan las piernas con la misma aserción varonil, ni se sientan en taburetes de madera para estar a cubierto de cualquier ataque traicionero. No todas las mujeres caminan con pasitos afectados, ni se sientan ni se acuestan con las piernas juntas hasta para dormir. La conducta del norteamericano es un compuesto, es una versión imperfectamente lograda de la conducta de otros que a su vez no tuvieron un modelo único — expresado de diversas maneras por muchas voces distintas, pero aun así único —, sino centenares de modelos diferentes, que tenían un estilo propio, careciendo de la autenticidad y la precisión de un estilo colectivo. Al extender la mano para despedirse, para contener una lágrima o para ayudar a un niño desconocido que tropieza, no se tiene la certidumbre de que la han de aceptar, y si la aceptan

no se sabe si es con el mismo sentido que se ofreció. Cuando existe un patrón de conducta reconocido para el noviazgo, la chica sabe lo que sucede si sonríe o se ríe, si baja la vista o si pasa callada junto a un grupo de jóvenes segadores con una espiga de maíz en los brazos. En América la misma actitud puede dar lugar a una amplia sonrisa como respuesta espontánea, o a que se aparten de ella los ojos turbados, a insinuaciones desagradables y hasta a que la sigan por las calles desiertas, no porque cada uno de los muchachos reaccione de distinto modo, sino porque interpretan de otra manera la conducta de la joven.

Por consiguiente, aunque todos los hogares sean distintos, se puede hablar mucho acerca del hogar americano, particularmente si nos referimos a la corriente principal de la vida norteamericana, admitiendo tolerancias para los esteros y los bajíos de las colonias del pasado ya lejano y las incorporaciones extranjeras, pero sin prestarles demasiada atención. Los pormenores varían, varían enormemente, pero la sensibilidad subyacente en el fondo de estas diferencias ha tomado cuerpo y forma. La manera de hablar, los gestos del norteamericano, encierran la incertidumbre, la posibilidad de una mala interpretación cuando las relaciones son intensas, la posibilidad de establecer una clave de emergencia que sirva para salir del paso, la necesidad de sondear a la otra persona, de lograr una comunicación superficial, inequívoca, incompleta e inmediata.

Los hogares norteamericanos tienen en cierto sentido, y a pesar de las notables discrepancias señaladas, otro rasgo de semejanza que no se advierte en hogares europeos tan dispares. La familia norteamericana vive orientada hacia el futuro, hacia lo que los hijos pueden llegar a ser, sin la preocupación de perpetuar el pasado ni de estabilizar el presente. En las sociedades divididas en castas los padres vigilan al hijo que, para bien o para mal, reitera el estilo de vida de sus mayores, casándose con una joven de la misma casta, vistiéndose, actuando y pensando, ahorrando o gastando, enamorándose y recibiendo al morir honores fúnebres al igual que sus antepasados. Aunque el hijo cambie de manera de vivir, lo hace juntamente con los demás miembros de la casta, permaneciendo en cierto sentido todavía fiel a la tradición familiar. En una sociedad de clases fluidas y cambiantes como la de América, los padres que viven en los viejos edificios de Hell's Kitchen, en las casas espaciosas de Hyde Park, Illinois, en las haciendas de Nevada o en los pueblos mineros de Pennsylvania, no tienen, al evocar el pasado, recuerdos en común. Pero al proyectar la mente hacia el futuro, tienen seguramente la misma visión: hijos bien vestidos con trajes de Brooks Bros., con el sombrero colocado como es debido para merecer la admiración de la chica más bonita, con una libreta de cheques en el bolsillo, el fulgor del éxito en la mirada, un coche de la misma marca en la puerta. Si estuvieran presentes los abuelos — los altivos

terratenientes húngaros, los caballeros ingleses, los mineros galeses, los artesanos suizos, los escoceses que insistían en la perfectibilidad como orientación de los hijos — menearían la cabeza, y cada uno a su modo rechazaría la visión. "En mil años nadie abandonó el valle sin que se muriera al intentarlo." "Ningún miembro de la familia se ha ensuciado jamás las manos con un oficio." "Los hombres de esta familia andan a caballo y no en máquinas." El pasado los agobiaría con distinciones, con el estancamiento, con la limitación de la esperanza conforme a la expectativa de los mayores. Pero los abuelos y los bisabuelos están muy lejos, en otro país, en otra ciudad o en otra clase, descartados en principio si no de hecho, y los padres de distinta condición, tan diferentes unos de otros que no se sentirían a gusto en la misma mesa, sueñan sin embargo con el mismo futuro. Mientras que en Asia y en Europa cada aldea, cada casta o cada grupo dialectal se caracteriza por la uniformidad que le ha otorgado la experiencia del pasado transmitida íntegramente de generación en generación, el pueblo de los Estados Unidos, del norte, del sur, del este y del oeste, se caracteriza por la uniformidad de sus aspiraciones, porque todos sueñan con la misma casa a pesar de la desigualdad de sus orígenes, porque todos tienen el mismo ideal de la elegancia femenina aunque sus madres no se hayan vestido de la misma manera.

Hay como es natural muchas excepciones, como por ejemplo Beacon Hill, en Boston, y la Main Line, cerca de Filadelfia, donde cada nueva generación ocupa una posición fija en el mundo aunque la vida a su alrededor sea fluida y cambiante. También se observan excepciones en los pueblos mineros donde la gente, trasplantada directamente de Europa, no entiende aún que el hijo de un minero no tiene por qué abrazar el mismo oficio. Los agricultores del sudeste se enteraron con asombro — por la campaña para repartir la carne durante la Segunda Guerra — de que los pobres podían comer un kilo de carne magra por semana y hay personas en los barrios miserables que han subido por primera vez a un tren a los sesenta años y comentan que "es lo mismo que un tranvía, pero avisa antes de ponerse en marcha". Pero la vida circunscrita y menguada de estas familias antiguas conscientes de su posición, de estos mineros aislados, de los labradores de las regiones apartadas, confirman la fluidez de la vida norteamericana en general. La tragedia de una clase alta que sólo puede descender porque en América no existe la noción de conservar simplemente la categoría social, y la amarga intransigencia de un millón de mineros atrincherados dentro de una colectividad extranjera que se aferra a un oficio, negando casi todos los valores manifiestos de la vida norteamericana, sirven para poner de relieve la preponderancia y la hegemonía del ideal del futuro. Es el ideal de la niña que se cría en una cabaña con las rodillas sucias, de las chiquillas raquíticas de los barrios pobres y de las

niñas cuidadas, fuertes, bien nutridas, de la clase media. Todas ellas, aunque tengan las piernas torcidas por falta de sol y de vitaminas y los pies deformados por los zapatos incómodos, tienen la esperanza de ponerse algún día las medias de nylon que las deslumbran en los anuncios de los diarios y revistas y en los carteles de propaganda. La niña norteamericana no obtiene la sensación de la superficie de sus piernas a través del roce sensitivo de la lana, la seda o el aire, ni de la aspereza del algodón negro o de la piel de foca. No percibe como imagen dominante la sensación de los materiales, la adherencia, la suavidad, la aspereza, el zurcido en la planta, sino que imagina que usa medias de un material que ni siquiera ha tocado jamás. En consecuencia, las piernas se convierten en una imagen visual percibida a través de los ojos, en vez de ser un conjunto de impresiones de músculos en movimiento y de la piel irritada o protegida por las medias usadas durante la niñez.

Juntamente con la preponderancia del soñar, del ideal que se forjan todos los norteamericanos a pesar de la diversidad de antecedentes y de la experiencia singular de cada uno, se advierte cierto descontento por la versión de la propia familia y de la propia infancia. Los estudiantes se reúnen a escudriñar y discutir el pasado de cada uno y los errores de las distintas familias, el exceso de rigor que inhibe la espontaneidad, la indulgencia que no da lugar a la sana rebeldía, el afán de estimular una espontaneidad que termina por resultar fastidiosa. Debido a la índole misma del ideal nadie lo alcanza y ninguna familia logra cristalizarlo perfectamente. A todas las casas les falta algún detalle incluido en esa casa soñada que nadie ocupa. Ninguna madre llega a ser todo lo que debe ser la madre americana, ningún idilio tiene todas las virtudes del amor verdadero. Y no es porque el ideal sea tan elevado, sino porque se trata de una visión del futuro y no de procurar la emulación del pasado. En aquellas sociedades que procuran reproducir fiel y respetuosamente los esquemas del pasado, algunos de los que tratan de construirse una casa de acuerdo con el modelo antiguo fracasan por diversas razones: por falta de medios, por pereza, por mala suerte, por enfermedad o por no ser capaces de ordenar su vida; algunos tienen la imaginación necesaria para superar el modelo y crear uno nuevo. Pero en las sociedades que se rigen por una visión no realizada del futuro, la deficiencia es de otro orden. El estilo de vida que se le presenta al niño como ideal puede lograrse únicamente mediante una educación basada en dicho estilo. Sólo es posible vivir con soltura y naturalidad en determinado tipo de casa si uno se ha criado en habitaciones similares, con los muebles y las luces dispuestos de la misma manera. En 1947 colocaron en la terraza de Leopoldskron de Salzburgo grandes candelabros con velas encendidas para alumbrar a los músicos austríacos. Los americanos que asistieron al concierto apenas pudieron prestar atención a la música de tan preocupados que estaban por las velas; ¿se irían a apagar, veían los ejecutantes bien la partitura cuando la luz vacilaba en la brisa? Hoy ya no se ponen velas en los árboles de Navidad, no porque las velas sean más peligrosas que antes, sino porque la gente ha perdido el hábito de manejarlas con la precaución debida, que incluía vigilar las cortinas agitadas por el viento y el cabello suelto de las niñas. La relación perfecta entre la persona y lo que la rodea, entre la persona y los demás, depende de esta lenta, amable habituación, a medida que los ojos del niño van absorbiendo los patrones, a medida que se van acumulando uno tras otro en la mente los significados en estratos coherentes, aunque se insinúe un contrapunto o contrastes aparentes.

Por consiguiente, no sólo existe la posibilidad de describir detallada y coherentemente las etapas de la trayectoria hacia la edad adulta de los americanos de cualquier condición sino que se percibe asimismo que las etapas se cumplen perfectamente. La discrepancia entre la realidad actual y el ideal se interpreta como una discrepancia entre "yo y los demás", un atraso con respecto al nivel general de los vecinos, del círculo social, de la clase del colegio, de los demás empleados de la oficina o de los colegas, y también como una discrepancia entre lo que uno debería ser y sentir y lo que siente en efecto. "Quiero a mi marido, tengo un hijo, tengo dinero, soy inteligente y bonita", se lamenta la joven esposa, "pero no soy del todo feliz. Me parece que no gozo plenamente de la vida y que me falta algo. ¿Seré todo lo feliz que debería ser?" El antiguo imperativo de los puritanos: "Trabajar, ahorrar, mortificar la carne", ha sido desplazado por una serie de imperativos irrealizables para el futuro: "Ser feliz, vivir plenamente, lograr el ideal".

Resulta muy difícil vivir de cierto modo cuando no se está preparado, adaptarse a relaciones que no se han experimentado durante la infancia, llevándose a los labios una cuchara que no logra suscitar el recuerdo de la presión de los dedos. Resulta tan difícil, particularmente para los nuevos norteamericanos, aquellos cuyos padres o abuelos llegaron como extraños al país, y para los que han cambiado de posición social, que la mayoría encara el problema negando la existencia del mismo. Se olvidan, se niegan, se borran de la mente los abuelos que desentonan, los padres con acento extranjero, y se superpone un retrato superficial, más de acuerdo con el ideal norteamericano, sobre la imagen aguda de las caras y actitudes verdaderas. La casucha de una sola pieza, el departamento pobre, las mil desviaciones del hogar norteamericano, se disculpan como accidentes, quitándoseles toda trascendencia en relación con la imagen íntima de la persona. Por eso los soldados norteamericanos que combatieron en Europa durante la Segunda Guerra contemplaban los barrios miserables de la Gran Bretaña y comentaban con toda franqueza: "Ningún americano vive en esas con-

diciones." Los ingleses que habían visto fotos del Dust Bowl, de los sectores abandonados de Chicago, o de los callejones de las ciudades del sur, creyeron naturalmente que los americanos mentían. Pero no era así; se referían sencillamente, como siempre, al ideal que era para ellos lo auténtico. Es claro que en América la gente vive de diversas maneras, pero se trata de extranjeros o de desgraciados, de viciosos o de personas sin ambición; hay gente que vive así, pero los *americanos* viven aparte en casas blancas con persianas verdes. El sueño tiene prioridad siempre, inflexible y ciegamente. El proceso de la negación es continuo, no se trata del repudio decisivo de un pasado que no sirviera para alcanzar la meta, sino de rectificar diariamente la vida real de acuerdo con el concepto de lo que la vida debe ser. El *living-room* de la casa con los muebles desvencijados, los posabrazos de *crochet* y la lámpara horrible de vidrio opaco decorada con una escena tropical, en rojo y verde, no es más que el precursor del modelo de *living* de este año que se exhibe en las mueblerías del centro. El chal que la abuela se pone en la cabeza se convierte casi en un sombrero y se transforma por completo cuando los pañuelos están de moda. La imaginación va entretejiendo lo que se percibe a través de los sentidos con lo que la mente considera completo y perfecto.

Los norteamericanos encaran estas discrepancias de distinta manera, según el temperamento y las experiencias que han tenido en la vida. Están los que se niegan a ignorarlas y expresan la conciencia vehemente que tienen de las mismas mediante el repudio cínico de todos los valores o afiliándose con entusiasmo a los grupos minoritarios, esforzándose por perfeccionar la comunidad, por acercar la realidad al ideal. Estos últimos son los liberales, el fermento de la entidad política de la que depende la sociedad americana para que el sueño valga la pena. Sin ellos estaríamos perdidos. No obstante, su presencia nos resulta incómoda porque corrobora las discrepancias esenciales del modo de vivir de los norteamericanos. No sólo importa el hecho de que tengamos evidentes desigualdades sociales, contrastes caprichosos entre los ricos y los pobres, contradicciones intolerables entre el ideal y la práctica en nuestras sociedades. Ha habido otras sociedades con contrastes similares que han encarado los cambios de diferente manera. Pero puesto que la estructura misma del carácter de los norteamericanos se basa en la necesidad de conciliar constantemente el presente real con el futuro irrealizable — en la vida personal — las discrepancias sociales tienen singular repercusión. Cuando se las señala perturban el corazón y la conciencia de casi todo el mundo: algunos no duermen y otros contribuyen con una donación para alguna buena causa; unos pocos — los que son menos capaces de tolerar las discrepancias — se sienten sublevados y vindicativos y organizan el contraataque. Se han llevado a cabo recientemente en la Universidad de California ciertos estudios

sobre el contraste entre la estructura del carácter de los que se manifiestan como partidarios activos de los grupos que disfrutan de menos privilegios — los obreros, los judíos, los negros, etcétera — y de los que demuestran tendencias en contra de las minorías.[2] Entre los defensores de las minorías están los que se podrían clasificar como neuróticos; es decir, los que han afrontado e incorporado a su propio carácter las discrepancias que se hallan presentes en la cultura. En el grupo de los contrarios se encuentran los que necesitan cosas permanentes, los que no pueden tolerar las ambigüedades, los que han ajustado la percepción de la realidad a una estructura formal y perfecta, que presenta un aspecto uniforme y muy bien adaptado, pero que incluye la posibilidad de un trastorno psicótico.*

Estos grupos representan tres énfasis de la vida norteamericana: los liberales no atenúan su imagen de la realidad para sentirse más cerca del ideal sino que agudizan la percepción y luchan para realizar el sueño o renuncian desalentados. Los que pertenecen a la gran mayoría central empañan su percepción, sacrifican la sutileza de la experiencia para vivir de acuerdo con el ideal como si estuvieran preparados. Y finalmente los reaccionarios, no pudiendo tolerar la discrepancia ni encararla a medias, optan por negarla y favorecen toda acción que contribuya a ese fin. En la vida privada este grupo se defiende con proyecciones y fantasías y haciendo responsables a los demás; en política abogan por distintas formas de reacción que reemplazarían los sueños políticos tradicionales por la aceptación de la desigualdad social, de los sistemas de castas, de la violencia y la perversidad como fenómenos de la vida social. La publicación del informe de Kinsey ha puesto de relieve el contraste entre estos tres grupos. Los reformadores redoblan el esfuerzo para que la educación sexual esté más de acuerdo con lo que el individuo afronta en la práctica sexual; no es que rebajen los conceptos, simplemente reiteran su empeño. La gran mayoría experimenta cierto desasosiego al tener que arrostrar las estadísticas que sugieren que las discrepancias que ellos practican y niegan son muy generales y difíciles de ignorar en letra de molde. Si un hombre se entera de que su infidelidad conyugal, que lo avergüenza y le remuerde la conciencia, va a ser clasificada en una tabla con los porcentajes correspondientes a los hombres de su edad y condición, se siente amenazado en su sistema de defensa por el cual podía pecar y arrepentirse,

* Los contrastes que se observan entre estos tipos de estructura de carácter asociados con los cambios sociales súbitos no se producen solamente en los Estados Unidos, pero la forma que adoptan en este país tiene relación con la índole de los cambios de la cultura norteamericana, con la combinación de la ideología orientada hacia el futuro y la circunstancia de que haya migraciones tan vastas de otras culturas, del ambiente rural al urbano y de una clase social a otra.

y, arrepintiéndose preservar el ideal inalcanzado. El reaccionario y el cínico se ponen de acuerdo al afirmar que todo lo que existe tiene su razón de ser y que hay que reformar las leyes y los ideales para que admitan las divergencias y discrepancias entre el ideal y la práctica, abandonando el empeño por lograr el ideal.

Es preciso tener presente todo al intentar describir cómo las chicas y los jóvenes norteamericanos se transforman en hombres y mujeres y adquieren las nociones sobre la manera de vivir que expresan y definen sus papeles sexuales y su identidad. Estudiar las regularidades en la crianza de los norteamericanos cuando cada uno se cría de distinto modo significa idear la forma de abordar las diferencias. Si yo quisiera describir la falta de susceptibilidad sensorial del niño mundugumor, podría relacionarla directamente con la ausencia de todo contacto con la piel de la madre u otras personas, con la rusticidad del cesto, con la manera de amamantar a las criaturas y de tomarlas en los brazos. Pero al referirse a la sensibilidad limitada de la mujer americana no es posible relacionarla con el hecho de que la hayan o no levantado de niña, que la hayan envuelto en arpillera o en gasa, acariciado o no —puesto que algunas han tenido estas experiencias—, sino más bien con la falta de correspondencia entre la experiencia sensorial y el ideal visual que se les presenta a los norteamericanos. Ninguna realidad sensorial concuerda con el sueño, es necesario negarla, atenuarla o rechazarla rigurosamente hasta cierto punto para poder seguir viviendo. La falla de la sensibilidad se produce en otro plano. No se trata simplemente de la habituación a superficies ásperas, de eludir cualquier roce directo, de la mortificación puritana del cuerpo, de asfixiarse contra el pecho insistente de la madre. Todo esto ocurre en ciertos casos y figura en las historias recogidas por los psiquíatras y los psicoanalistas, pero cuando se habla de la falta de sensibilidad cutánea de los americanos en general, esa falta de sensibilidad que comentan los europeos, que da origen a la tremenda importancia que cobra la apariencia personal en el amor, la descripción se aparta de la experiencia particular del individuo para abarcar las regularidades que surgen en la experiencia de casi todos los norteamericanos al aproximarse a un ideal sexual para el que carecen de los antecedentes de conducta necesarios.

Hay una segunda posibilidad para abordar el estudio de los papeles sexuales en América y relacionarlos con las experiencias de la niñez. Se trata ahora de las experiencias infantiles que la mayoría de los norteamericanos no ha tenido, aunque la conducta adulta las supone. El ser humano es capaz de adivinar, hasta cierto punto, la experiencia precursora de cualquier estado presente. Contemplamos un rostro sufrido e imaginamos las penas y los disgustos que han dejado esas huellas, percibimos en el niño asustado y cruel los malos tratos que lo volvieron

receloso; la suavidad y la ausencia de tensiones del cuerpo de una mujer nos hace pensar en las caricias que la han dejado así. Por consiguiente, alrededor de la imagen del hombre y de la mujer ideal los norteamericanos se forjan imágenes de lo que deben de haber sido las experiencias infantiles y juveniles que produjeron este resultado final. El cutis perfecto, "de colegiala", sugiere por ejemplo muchas fantasías acerca de toda clase de condiciones: la cara de una criatura lavada cuidadosamente con un paño finísimo, el aire fresco que entra por la ventana, un recipiente con agua sobre el radiador para que no se reseque la atmósfera del ambiente, las cremas "con fórmulas secretas exclusivas", las lociones para proteger la piel del viento y del sol, la digestión normal que asegura que no queda en el organismo ni una partícula de desechos después de transcurrido el tiempo necesario, una dieta adecuada a base de proteínas, sin muchos dulces ni grasas, compuesta de alimentos sanos y deliciosos a la vez; las sábanas lavadas con jabones que no contengan productos químicos irritantes, una vida sexual sin las indulgencias que todavía se consideran en cierto sentido perjudiciales para el cutis. De los procedimientos que se recomiendan para el cuidado de las criaturas, las niñas y las jovencitas, de las amenazas, advertencias y promesas de los anuncios, de las ominosas amonestaciones de la infancia, surge la imagen de cómo hay que tratar a la hija para que cuando crezca tenga un cutis impecable como el de las modelos de las carátulas. Convergen para forjar el pasado imaginario del ideal representado, del futuro soñado, las prácticas de actualidad, los fallos científicos de los pediatras, dietistas, fisioterapeutas y consejeros médicos, las modas impuestas por la literatura, el cine y la radio, los sobreentendidos y las insinuaciones de la propaganda. En consecuencia, cuando la madre le baña las mejillas suaves a la hijita se establece una nueva relación entre la manera de tratar a la niña y lo que la niña ha de ser cuando crezca, que difiere mucho de la fidelidad y la reiteración de los métodos de crianza de las sociedades antiguas y estables. Los procedimientos son diversos, contradictorios, y es dudoso que aseguren la belleza del cutis, pero tienen en común el deseo de darle a la niña esa tez hermosa; la finalidad manifesta viene a ser el común denominador de las distintas prácticas.

En conclusión, los norteamericanos reciben continuamente una imagen de lo que es la educación, el amor, el matrimonio y la familia, que representa en sí el ideal para el cual no están del todo preparados. Si bien no podemos trazar las etapas diversas y contradictorias por las que cada hombre y cada mujer pasa antes de llegar a la edad adulta, podemos trazar con bastante exactitud la imagen de esta supuesta evolución: el patrón recomendado, aplaudido, destacado, que suponen las películas y los educadores, los comentaristas radiales y los avisadores. Los adultos adaptan a esta imagen sus recuerdos del pasado y hacen

lo posible por aproximarse a la misma en sus relaciones con los hijos. Se puede así describir la rutina cotidiana del niño de la casita blanca con persianas verdes, donde casi nadie vive en realidad, o la declaración de amor que le hace el joven de traje de franela impecable a la chica perfectamente arreglada, hasta la exteriorización de los sentimientos del padre ante el nacimiento de un hijo. Hay no obstante algunos vacíos en esta estampa idealizada porque hay cosas que no se mencionan en la literatura popular ni en las obras de arte. "¿Por qué nadie va al baño en las novelas?", pregunta el niño sin inhibiciones de 1949. Estos claros sólo se llenan parcialmente en cualquier cultura, aunque se trate de una sociedad homogénea y relativamente estable. Pero es posible señalar la significación de estos vacíos, del hecho de que la mujer ignore la vida sexual de las demás y que conozca el parto sólo al tener un hijo, de que no se conozca el aspecto de los órganos genitales, aparte de los del marido, el amante, o la esposa, de que no se tenga noción de las fantasías que pueda tener la vecina —¿es que los demás piensan en esas cosas? — interpretándolos dentro del contexto general para facilitar la comprensión de los dos sexos en esta cambiante cultura americana.

Por lo tanto, al procurar aplicar los conocimientos antropológicos a los problemas de ambos sexos en América, hacemos observaciones en diversos planos, estudiamos las regularidades que se advierten entre los incontables contrastes y diferencias aparentes y describimos el impacto del ideal sobre las esperanzas de los norteamericanos.

13. LAS EXPERIENCIAS INFANTILES PREVISTAS

En América no hay magia que permita determinar el sexo de una criatura antes de nacer. Los padres a veces se niegan a elegir nombre de niña o de varón o —con la lógica de que salir con paraguas significa que no va a llover — eligen solamente un nombre del sexo que no quieren. No hay ningún motivo social para que se prefiera más a un sexo que a otro; las madres no reciben más honores por tener hijos varones y no se considera que los hombres sean menos viriles porque engendren únicamente niñas. Es cierto que el proyecto de una líder de las Girl Scouts de organizar en una comunidad del oeste un grupo de "Padres de niñas *solamente*" no contó con gran aceptación, pero dudo de que haya americanos que quieran pertenecer a un grupo limitado por la palabra "solamente", aunque se trate de "Dueños de coches Rolls Royce solamente". La posibilidad de que el hijo abrace la profesión del padre es tan remota que falta aquí el énfasis de otras sociedades en el sentido de que hay que tener un varón que herede las tierras o el oficio tradicional de la familia.

En América la diferencia radica simplemente en el hecho de tener o no tener un hijo, y un crítico sarcástico ha denominado "hijo de categoría" al hijo único de las familias de la clase media, es decir el niño que coloca a los padres en la categoría de *haber tenido* un hijo. A este fin no tiene importancia el sexo de la criatura. La tendencia de ponerle al hijo el nombre del padre es más general que la de darle a la niña el nombre de la madre, perpetuándose así la tradición patrilineal, aunque también influyen las complicaciones que surgirían si hubiera que decirle a la madre "Susana grande" o "Susana mayor", puesto que estos adjetivos no les agradan a las mujeres. Frente a la preferencia casi general por que el primogénito sea un varón se advierte a menudo en los avisos la imagen de la familia norteamericana con dos hijos, siendo la niña la mayor. Las hermanas menores siguen siendo la ilusión de los hombres contrapuesta a la opinión corriente de que para los norteamericanos las hermanas son siempre mayores, representando el rigor y el orden, las restricciones y prohibiciones, los privilegios e intervenciones, en lugar de ser frágiles criaturas que merezcan gentileza y necesiten guía.

Pero la opinión general es que los sexos deben estar mezclados. Se compadece a los que tienen únicamente niñas o varones y existe siempre el peligro de que el tercero o el cuarto de una serie de niñas o varones piense que ha decepcionado a sus padres. Los accidentes más simples en la distribución de los sexos dentro de una familia pueden dar lugar a una estructura dentro de la cual el niño siente que no lo quieren y que no lo quieren precisamente por su sexo. En el fondo de la imagen que muchos norteamericanos tienen del comienzo de su ser, figuran los defectos de los anticonceptivos y las tentativas infructuosas de aborto. A la amargura de la siguiente sensación: "Sólo fue un accidente." "No me querían." "No estaría aquí si no hubieran tenido pereza de ir hasta la farmacia", se agrega esta otra: "Unicamente querían otro hijo si era niña." "No se habrían molestado en tener otro hijo si hubieran sabido que iba a ser varón." El problema milenario del sexo de los hijos ha arruinado dinastías y ha desbaratado las delicadas disposiciones sociales de muchos pueblos. En los Estados Unidos constituye un aspecto de la posible aceptación o condena del propio pasado: "Fui del sexo que querían" o " No lo fui". Sin duda alguna es el progenitor que lo rechaza el que le dice al hijo que no es del sexo que deseaban, pero como todos los padres rechazan en cierto sentido al niño en algún momento, aunque nadie se lo diga explícitamente, éste puede crearse, según el panorama general de la sociedad, la sensación de que no ha logrado satisfacer las esperanzas de sus padres. * No son todos los que pueden de-

* Esto explica en parte el resultado sorprendente de la encuesta llevada a

cir lo que contestó una niñita meciéndose abstraída al oír que su madre había querido tener mellizos: "Yo quise ser mellizos pero era imposible, así que me encargué a mí sola."

El sexo de la criatura, señalado por el nombre, sirve para fijar el hecho del nacimiento en la mente de las amistades y los parientes que no la conocen. Antes del nacimiento las madres usan a veces esperanzadas el nombre que tienen escogido, pero es sólo al nacer cuando el niño se convierte en un individuo con nombre, de sexo determinado. En Bali las criaturas recién nacidas no tienen nombre y las llaman Ratón u Oruga u otra cosa semejante, sin que se repare mayormente en el sexo, excepto cuando el nacimiento de un varón coloca al padre en una situación social segura (o sea, que si tiene una hija es absolutamente necesario que tenga un varón). Pero la ventaja o desventaja social que el nacimiento puede significar para el padre le es ajena al niño, que carece en realidad de sexo hasta que tiene lugar la ceremonia del nombre a los ciento diez días de vida. La práctica norteamericana no da lugar a esta forma de obtener el sexo; el niño recibe su nombre e identificación completa y absoluta desde el momento de nacer. La reiteración sentimental del celeste para los varones y del rosado para las niñas aparece en las tarjetas, en los regalos, en la decoración de la pieza del niño.

Entretanto el cuerpo del niño es sometido a una larga serie de experiencias que influyen sobre la imagen que cada sexo tiene de su cuerpo, del cuerpo del sexo opuesto y de las relaciones entre ambos. En América se considera que lo ideal es que el parto ocurra en un hospital y esto sucede cada vez con más frecuencia, lo que significa que salvo raras excepciones el padre no está presente y la madre queda al cuidado de profesionales, de médicos y enfermeras. Durante varios meses se ha ido preparando para dejar el hogar, pero no para irse a la casa de sus padres, o de un hermano, como en algunas sociedades primitivas, sino para internarse en un lugar ajeno y segregado donde ella y otras desconocidas van a quedarse y a dar a luz entre extraños. El niño nace en contra de la fuerza de gravedad en una mesa que no ha sido diseñada para que el peso del niño facilite el parto, sino para favorecer la acción del obstétrico. El primer llanto es provocado por una palmada. La madre aletargada por los anestésicos no oye el llanto aunque las últimas investigaciones parecen señalar que tiene la propiedad de producir la contracción del útero. Se llevan al niño a una hilera de cunas; tiene los labios listos para mamar pero sólo puede apretarlos en su impotencia; aunque llore no lo atienden. Las aptitudes elementales del cuerpo del niño al llegar al mundo no se gratifican. Puede mamar, pero no se le ofrece el pecho; llora, pero nadie lo toma en brazos para alimentarlo. Tiene todo el cuerpo cubierto de telas suaves: es la primera lección de que siempre hay telas que impiden el contacto directo entre los cuerpos. La segunda lección tiene lugar cuando se lo llevan a la madre a la hora exacta de acuerdo con el peso que tenía al nacer, ya listo en una mesa rodante. Esta lo arrima a su cuerpo vestido, obligándolo a mamar del pecho desinfectado apenas expuesto. La persuasión es inflexible; la enfermera sabe agarrar al niño que a menudo está tan transido de hambre que ya ni quiere comer, lo toma por la nuca y lo acerca al pecho. Sin reparar en que haya mamado o no, es preciso retirarlo cuando ha transcurrido el tiempo indicado. La madre se queda a veces con los pechos doloridos debido a la presión de las pequeñas mandíbulas ávidas, otras veces preocupada y mortificada porque la criatura no ha querido mamar, y es raro que la experiencia rutinaria y enfundada le resulte agradable. Durante los nueve o diez días siguientes la madre sólo toca al niño estando vestido y a las horas prescritas. El padre no lo toca para nada. El pecho se descarta a menudo y cuando llega el momento de volver al hogar, por lo menos la madre ya ha aprendido que todo contacto entre ella y el hijo asume determinada forma. La falta de leche, la mala disposición del niño para mamar, los consejos de los especialistas en el sentido de que se complemente artificialmente la alimentación, son fenómenos naturales en un ambiente donde se trata al niño como si su salud y su bienestar dependieran de la precisión mecánica y de la fórmula de la alimentación. La madre no se conforma con su leche, que es demasiado fuerte o débil, demasiado abundante o escasa, que fluye de los pezones invertidos, lastimados o deficientes. Recurre con alivio al biberón y a las harinas, al chupete seguro con la perforación que se puede agrandar con un alfiler, al frasco graduado que sirve para medir la fórmula adecuada a la temperatura indicada. Se libra así del cuerpo humano reacio, individual, irregulable, que puede comprometer el aumento de peso del niño, principal criterio para juzgar su estado de salud. Desde un principio o a las pocas semanas, la mayoría de las madres norteamericanas rechazan su cuerpo como fuente nutricia para los hijos y al aceptar la perfección mecánica del biberón, reiteran por la manera de tratar al niño el concepto de que éste estará mejor en cuanto aprenda a valerse de esta maravilla artificial que controla exactamente las cantidades y la hora, en cuanto acepte un ritmo externo y abandone los ritmos peculiares que ha traído al mundo. La experiencia primordial que constituye el prototipo físico de la relación sexual —la relación complementaria entre el cuerpo de la madre y el del niño— es reemplazada por una relación entre el niño y un objeto, una imitación del pecho materno que no se considera parte de la madre ni del niño. Si la madre toma al hijo en brazos para darle el biberón (práctica que se recomienda para proporcionarle a la

---

cabo en el otoño de 1946 por *Fortune*, que indicaba que el 3,3 % de los hombres decían que si nacieran de nuevo preferirían ser mujeres. [1]

criatura lo que erróneamente se denomina contacto corporal), el frasco viene a ser como un implemento, una extensión de la mano que ofrece el alimento y no una extensión del pecho. No se sabe a qué edad la criatura sabe distinguir la diferencia exacta entre un frasco de vidrio con chupete suelto en el espacio y el pecho de la madre pero la madre percibe la diferencia desde el comienzo y se la transmite al niño a través de la voz, de las manos, del ritmo de su propio ser. No se está dando a sí misma, le proporciona puntual y eficientemente un biberón que les es ajeno a ambos, sustituyendo la relación directa por una relación en la que se interpone un objeto.

Durante los primeros meses la madre se preocupa continuamente por la salud y el crecimiento de la criatura, dándole los alimentos indicados, bañándola correctamente, cuidando de que no se le irrite la piel, que no se excite demasiado, que no tome frío, que no vaya a contraer ninguna infección. El baño es un ritual que puede llegar a dominar toda la jornada, pero suscita más ansiedad que placer. Las criaturas norteamericanas reciben tal vez la más perfecta atención física, el índice de mortalidad es cada vez menor, los chicos son en general más robustos y presentan menos síntomas de deficiencia vitamínica. El niño bien alimentado, bañado, entalcado y arropado descansa en la cuna y toma la leche pasterizada de un biberón perfectamente esterilizado. Después de llorar un poco — a veces — porque nadie lo va a malcriar tomándolo en brazos, se duerme. El sueño está asimismo muy bien regulado: lo acuestan un rato de cada lado para que no se le deforme la cabeza. Lo pesan, lo vigilan, lo comparan. Su desarrollo concuerda con las normas, así se trate de las normas de Gessell que le sirven de base a la madre instruida, como de los chismes de barrio que guían a las ignorantes. Es preciso examinarle la boca, esa boca que nunca o pocas veces se ha prendido del pecho, para ver si los dientes le salen antes o después que a la generalidad de las criaturas. Tenemos luego el problema de los niños que se chupan el dedo. ¿Se lo chupará? Tal vez el pediatra ultramoderno recomiende el uso del chupete — el mismo chupete que aún subsiste en las calles apartadas, en las farmacias desordenadas y atestadas de los barrios —, pero si lo recomienda es para que el niño *no* se chupe el dedo. Hasta puede imponerle el chupete al niño satisfecho que la madre a veces amamanta, porque está convencido de que gratificando así la acción refleja se evita que el niño se chupe los dedos. Este tabú se impone por razones de apariencia y de salud, pero sobre todo de salud. Perjudica la respiración, deforma la dentadura. La boca sirve primordialmente para la ingestión de alimentos sanos y hay que conservarla limpia, sin que se introduzcan los juguetes de goma que andan por el suelo ni los dedos sucios. Los niños se duermen abrazados a un perro descolorido o a una muñeca rota, dependiendo para el consuelo y el placer de objetos que no son parte de su cuerpo ni del de la madre.

A esta edad temprana los órganos genitales se conservan siempre limpios; no tiene que haber irritación porque el malestar facilita la conciencia del niño y puede inducirlo a la masturbación *. Al mismo tiempo se estimula al niño para que crezca, para que aprenda a moverse, a utilizar las manos y los pies, a seguir los objetos con la mirada, a responder a distintos sonidos. Sin distinción de sexo y en particular porque el vínculo entre el cuerpo de la madre y el de la criatura es tan insustancial, se incita a la criatura para que sea activa y vigorosa. Al bañarla, la madre deja a un lado mentalmente las evidentes diferencias de sexo. La conducta explícita de la mayoría de los adultos no hace abiertamente distinciones entre la manera de tratar a los varones y a las niñas. Probablemente la diferencia existe siempre porque desde pequeños los niños tratan de muy distinto modo a las personas de su mismo sexo y a las del sexo opuesto; pero permanece subyacente mientras el hijo es una criatura que depende de la madre. El escrupuloso amor maternal no da lugar a distinciones, a incitaciones ni a diferencias. Estas serían reprobables por considerarse "demasiado estimulantes".

Por lo tanto, los varones y las niñas aprenden que la boca, como las manos, sirve para tomar, es una parte del cuerpo que se pone en contacto con el mundo con cierto propósito. La boca no representa una manera de ser con otra persona sino una forma de afrontar el ambiente impersonal. La madre está para ponerles cosas — biberones, cucharas, galletitas, aros — en la boca. En el fondo de la imagen inarticulada que el niño tiene de las relaciones entre los hombres y las mujeres figura esta satisfacción primaria de que le pusieran cosas en la boca. Luego, cuando los soldados americanos van al exterior, los extranjeros que reflexionan perplejos sobre el espíritu norteamericano por creer que lo que tiene importancia primordial es el jugo de naranja, la Coca-Cola, o cualquier otro renglón de comestibles o bebidas. La relación complementaria de la lactancia es reemplazada por un patrón que fácilmente se transforma en alterno — "Dale una galletita al nene", "Nene, dale una galletita a mamá" —, interponiéndose entre ambos un objeto que satisface, quitándole relevancia a la profunda diferencia estructural de los papeles femenino y masculino. Los estudios realizados en los Estados Unidos sobre los niños señalan que tanto los varones co-

* El comentario más significativo en lo que se refiere a la tentativa de algunos especialistas de niños para eliminar el tabú de la masturbación lo proporciona el error actual en que incurren los padres y los maestros que han transformado el tabú en una insistencia casi obsesiva. Resulta difícil saber cuál de estos métodos ha de sofocar con más certeza el placer puramente exploratorio del niño.

mo las niñas quieren casarse con la madre a cierta edad y sugieren que sería un error interpretar directamente el interés del varón como siendo de índole sexual, porque la hija también se le declara. ¿Pero qué implica esta declaración? "Mamá, cuando yo sea grande, me voy a casar contigo y te voy a comprar una casa preciosa, un auto bien grande y un saco de piel." El juego recíproco sobre la base del "yo te doy y tú me das" no tiene por qué ser intersexual cuando deriva de los biberones y las tostaditas y no de la experiencia profunda y específica del pecho.

A los dos años tanto los varones como las niñas tienen que adquirir otra noción: la del control de la eliminación. En este caso la madre tiene que reparar mejor en las diferencias anatómicas que hay entre el varón y la niña. "A los varones les cuesta más aprender", comentan, con la imputación de que el niño es más reacio. Pero también dicen: "Es más fácil llevar a los varones toda la tarde al parque, porque se les puede decir que se paren atrás de un árbol", o como dijo un niñita la primera vez que vio orinar a un varón: "Qué cosa más cómoda para llevar a un *pic-nic*." Aquí comienza la valoración egoísta del miembro viril como órgano que no tiene equivalente femenino y que realiza actos específicos, y esta valoración constituye el antecedente de la envidia que experimenta luego la niña y que se asemeja más a la envidia que siente frente a las bicicletas o los patines de los demás, o la aspiración activa de poseer algo que sirve para cierto fin, que a la profunda amargura narcisista que se describe en los casos clásicos de neurosis del ambiente europeo. Más tarde se manifiesta vívidamente en la insistencia de las mujeres que quieren manejar su propio coche y, bajo otra forma, en el culto de los pechos erguidos y de las piernas, destacándose en la primera instancia la actividad y la potencia, y en la segunda las partes del cuerpo que se valoran y se admiran. Al llegar a la edad adulta, la mujer norteamericana camina como si estuviera perfectamente habilitada; no sigue de prisa al esposo con pasos propios de su ser tan diferente, ni se vale de su manera de andar para inducir al hombre a completarla. Tal vez crea que necesite lo que denominan satisfacción sexual —así como la persona sana necesita ejercicio— y quizá desee tener marido, pero ni el andar ni los gestos sugieren que sea parte integrante, antagónica, de la posible unión de dos personas.

Pero los varones y las niñas "enseñados" por madres impacientes y escrupulosas, aprenden otras cosas además de las diferencias anatómicas. Aprenden que es bueno exonerar los intestinos en el lugar y el momento indicado, mientras que los productos de la eliminación son tan nocivos que si permanecen en el cuerpo más de lo debido ocasionan toda clase de trastornos. Saber avisarle a tiempo a la madre es para el niño una cuestión de importancia angustiosa, particularmente en el caso de los varones, para quienes es mucho más complejo el control de la micción. Los impulsos quedan supeditados a la previsión y es menester preocuparse por las situaciones imprevistas, pensar cómo se han de solucionar los viajes largos en auto, las idas al cine, las visitas a los abuelos. Si el niño se olvida y no le avisa a tiempo a la madre, ésta le retira su cariño, cariño que el niño sabe que está condicionado por su comportamiento. "Mamá lo quiere mucho cuando el nene es bueno y avisa." Se le inculca a la criatura que la eliminación tiene gran importancia y que es también importante acordarse para evitar accidentes. Las calles de los Estados Unidos contrastan con las de Francia o Italia, donde hay más tolerancia para los impulsos urgentes de los hombres aunque se insiste en que los de la mujer se confinen a la casa. En los Estados Unidos los retretes públicos están para los que no supieron tomar precauciones, para los que se han quedado detenidos en el tránsito, no para el alivio espontáneo de la necesidad.

Esta asociación de la eliminación con la conducta virtuosa y saludable coincide con el carácter singular del cuarto de baño americano, que agrupa los artefactos que sirven para lavarse, bañarse y eliminar y que a menudo se utiliza en común. Hay culturas que han tenido la obsesión de repudiar los productos de la eliminación, que han reaccionado con repugnancia frente a la suciedad y la impureza, y que han aislado el lugar destinado a la higiene. Pero los norteamericanos, al incluir a la eliminación en el ritual de la salud, han reemplazado el retrete húmedo y desagradable por instalaciones eficientes y bonitas que se llevan los productos de la correcta eliminación y lo dejan a uno triunfante y listo para la jornada.

La tremenda importancia que la madre le asigna al control de la eliminación da lugar a que la criatura se forme merced a esto un concepto de lo que el cuerpo puede hacer. Durante la etapa anterior ha aprendido a ingerir; ahora aprende a expulsar, a no guardar nada indebido o perjudicial. La arquitectura moderna hace todo lo posible para que el proceso sea higiénico, agradable y cómodo. Tanto el restaurante inmaculado, recubierto de azulejos blancos, como el baño inmaculado, también blanco, integran este ritual, con la voz de la madre que dice: "Si cumples con todos los preceptos para conservar la salud, podrás gozar de la vida."

Pero mientras la madre evita con toda lealtad el favoritismo entre el varón y la niña y los trata de manera casi idéntica gracias a la mediación de los objetos —suspirando a veces de impaciencia porque el varón es más reacio, menos dócil para aceptar los patrones— el padre manifiesta una conducta diferenciada. Le sigue el juego brusco al varón y le hace levemente la corte a la niña, escogiendo juegos más amables. Los varones mayores acentúan aún más el reconocimiento del padre de las diferencias de sexo empujando y provocando, buscando y desafiando a los más pequeños a luchar y a desquitarse, pero sin reparar en las niñas más chicas. Con grandes variantes, según la clase social y

la región, todavía predomina la tendencia de que los varoncitos adquieran la noción de la virilidad mediante los juegos bruscos con el padre o los hermanos mayores, que se transforman luego en las bromas pesadas, los improperios jocosos y la chanza interminable pero cordial de los grupos masculinos. La madre le enseña que la gratificación — alimentos y elogios — le llega si crece, si se conserva sano y fuerte, si realiza algo, si aprende a ser independiente, a controlar su cuerpo, a manejar las cosas con habilidad. Si cumple con lo que ella le exige, lo recompensa. Más adelante, en el papel de marido, se merece las recompensas si gana bien, si arregla las persianas los sábados, si lleva a su mujer al cine. Si no cuenta con la aprobación de la madre, se siente desdichado, no tiene sosiego, teme perder su cariño. Pero el padre le enseña que las relaciones con los hombres exigen que demuestre toda su fuerza, que resista los embates con buen humor, que intervenga y arremeta por pequeño que sea, y que todo esto es muy divertido. Tanto el padre como la madre esperan que no se comporte como un bebe o como un mariquita, que salga bien en los estudios, en los deportes y luego en su trabajo. En el fondo de estas tres esperanzas hay cierto recelo de que pueda fracasar.

Por su parte, la niña adquiere la noción de su sexo de dos maneras distintas. Sabe que tampoco debe portarse como una llorona o una bobita, que no debe ser como el varón que se conduce como una niña. Y aprende con el padre el único juego que él sabe jugar con las mujeres: él pide jugando y ella jugando le dice que no. Resulta significativo el hecho de que en América el hombre mayor sea característicamente la víctima, el "protector" y no el explotador. Los padres son indulgentes con las hijas, les permiten a menudo acostarse tarde y les compran dulces. Las madres tienen que vigilarlos constantemente para que no las consientan demasiado. La hija aprende así a manejar al padre a pesar de que otra mujer trate de impedírselo. Este es un conflicto apenas esbozado para la niña pero se transforma en un conflicto mucho más agudo durante la adolescencia, cuando las chicas creen que la madre pone obstáculos a sus relaciones con los muchachos.

Entretanto, la prohibición de ser melindrosa le deja a la niña una imagen muy confusa. No le dicen que no se porte como un varón, que no sea un marimacho. Esta amonestación, tan común y corriente hasta hace dos generaciones, era por lo menos clara y simple, aunque irritara a las chicas activas y talentosas. Ser un marimacho significaba correr libremente, treparse a los árboles, robar manzanas del huerto, pelear, jugar como los varones, en lugar de quedarse en casa, arreglarse las cintas del pelo, jugar a las visitas y a las muñecas, sentarse discretamente con las piernas cruzadas y llorar en los momentos oportunos. Por otra parte, era bastante fácil decirles a los varones que no jugaran a las muñecas ni se preocuparan por mantenerse limpios y prolijos, ni rehuyeran los choques con los demás muchachos. Mientras se le exigió a cada sexo que evitara el patrón bien definido del sexo opuesto, sufrieron algunos, a veces vivamente, y se convirtieron en inadaptados e invertidos, en misántropos y en ermitaños, pero la mayoría logró adaptarse al patrón. Las mujeres lloraban y se desvanecían, los hombres proferían juramentos y golpeaban las cosas, pero no lloraban. Se sentaban despatarrados de cualquier modo; las mujeres cruzaban los pies con recato. Los hombres tenían empleos y ganaban dinero y se hacían cargo de todo lo que fuera rudo, peligroso o que pudiera ofender a la mujer, se consideraba que podían lidiar mejor con todo lo que fuera sucio, a excepción de la pelusa que se forma debajo de las camas y la mugre de las orejas de los niños.

Hoy en día los varones y las niñas en edad preescolar se enfrentan con la misma actitud, el mismo destello en los ojos, la misma disposición para pelear o evitar la pelea. A ambos se les dice que no deben pelear y luego se vigila a los varones con impaciencia, y a las niñas casi con el mismo afán, para que no se muestren esquivos, para que no se den por vencidos. A esta edad la niña parece contar, por su educación, con más recursos que el varón. Sus relaciones con el padre son menos rigurosas y le proporcionan más satisfacciones inmediatas que a su hermano las relaciones con la madre. Sabemos por lo que hemos observado en otras culturas que la madre que se inclina ante la virilidad imperiosa de su hijo de cuatro años le da alas a su aplomo masculino y — hasta donde puede servirle de modelo a la hija — le inspira a la niña actitudes negativas hacia el papel femenino. En América, en cambio, la niña recibe los halagos y los mimos de un padre condescendiente que no le impone disciplina y se siente muy segura de sí misma. La madre se muestra exigente con el marido y con el hijo. No es un papel que le haga sentir a la niña que está condenada —por su sexo— a desempeñar un papel débil o inferior. Al varón se le enseña a "ser bueno con la hermana", pero nadie le dice a la niña que le lustre los zapatos o que lo atienda porque sea modelo de su futuro amo y señor.

Así surge nítidamente la trama que Wolfenstein y Leite señalaron en las películas de la época posterior a 1940. Los varones esperan que el padre los apoye y los aliente, de lo contrario es un malvado y pueden derrotarlo completamente más adelante sin remordimiento. Las niñas esperan que el padre, y luego el marido, requiera persuación; ninguna victoria es definitiva, es preciso reiterarla al día siguiente. Para los varones, la madre, y luego la esposa, es la persona que le brinda la confirmación de que son buenos. Esta confirmación es tan necesaria como el pan y dulce que comen en la cocina en las tardes de invierno, pero entraña un sacrificio, el de evitar el placer de la irresponsabilidad, del desaliño, de las reacciones espontáneas que origina la libido, en resumen, implica renunciar a irse de pesca. Al mismo tiempo, subsisten al-

gunas hostilidades entre los sexos en los grupos de chicos de seis a doce años. Para los varones, la única forma de diferenciarse de las niñas, que manifiestan prácticamente las mismas preferencias y la misma conducta que ellos, es apartarse por completo. La pandilla de los varones de los pueblos de los Estados Unidos a principios de siglo se fundaba en el desdén que les inspiraban las niñas, que no podían hacer nada divertido y que se pasaban el día sentadas, entreteniéndose con tonterías. La pandilla de 1940 en adelante constituye un recurso defensivo desesperado para no ser mariquitas, lo que se puede interpretar en el sentido de no ser como las niñas. Pero las chicas también se afanan por no ser frágiles y patinan, esquían, ejercitan las piernas largas que ya no cruzan con modestia. Para ellas, la mejor manera de no ser unas bobitas, es decir, de no parecerse a los varones que se comportan como niñas, es naturalmente mantenerse en contacto con los varones. Las niñas de la generación anterior tenían primorosas mesitas de té que defendían de los varones que podían voltearlas y romper las muñecas, y las madres criadas en otra época todavía les regalan a las hijas juegos de té, insinuándoles que sería mucho más lindo festejar los cumpleaños sin los varones. Pero a medida que los nuevos modelos para cada sexo se van filtrando hasta los pequeños a través del comportamiento de los adolescentes, a través del número cada vez mayor de madres que no fueron criadas de ese modo, las niñas no se muestran tan dispuestas a aceptar las fiestas de las muñecas, en las que los varones, como rudos intrusos, les brindaban la ocasión de ensayar el tipo de reacción que en un tiempo se describía como "el alboroto del palomar". Ahora nadie, y mucho menos los hombres que se enamoran y se casan con ellas, tiene interés en las chicas que se ruborizan y sonríen tímidamente y no entienden de nada. Precisamente está desapareciendo el rubor a la antigua, el que sentían los niños cuando tenían que demostrar sus habilidades delante de los adultos, y las mujeres y las niñas cuando les pedían que hicieran algo propio de un hombre. Actualmente, decir "Miren, se ruboriza" significa — en una reunión mixta — que la joven disfruta activamente de un poco de coquetería exhibicionista. "Me ruborizo cuando me siento bastante feliz y segura de mí misma", dice una chica de veinte años.

Por lo tanto, se observan una serie de cambios a medida que los varones y las niñas se crían cada vez más de la misma manera, divirtiéndose con los mismos juegos, valiéndose del cuerpo en forma adecuada y eficiente. La desintegración de los grupos de niñas o varones para crear un esquema de relaciones entre los sexos ocurre cada vez más pronto. "El año pasado fue en séptimo", dicen preocupadas las maestras, "este año empieza en sexto". Van desapareciendo las antiguas hostilidades definidas de romper las muñecas y tirarse del pelo, las lágrimas de las niñas y las travesuras de los varones, y surge en cambio el nuevo esquema de relaciones entre los chicos que aún no han llegado a la pubertad, probablemente no con menos hostilidad, sino con la hostilidad interpretada de otro modo. A la edad en que, según la mayor parte de nuestros datos comparativos, los varones se encuentran menos preparados para intervenir en actividades sexuales que les exijan iniciativa, se ven empujados hacia una vida que imita las actividades sexuales de la última etapa de la adolescencia.

14. LA CONDUCTA ANTERIOR AL NOVIAZGO Y LAS EXIGENCIAS SEXUALES DEL ADULTO

Las actitudes con respecto a las relaciones entre adolescentes de ambos sexos que presentan las películas, los episodios radiales, los avisos que incluyen formulas para conducirse correctamente y las columnas de los suplementos femeninos, son naturalmente las actitudes de la burguesía. Los muchachos de las esquinas, los que dejan la escuela en séptimo a los catorce años, los muchachos del campo que abandonan temprano los estudios para trabajar en la granja, todavía tienden a agruparse hasta que están listos para la actividad sexual completa. Siguen considerando que la mujer existe primordialmente para satisfacerlos físicamente antes y fuera del matrimonio, y para darles hijos, prepararles las comidas y dormir con ellos cuando se casan. Sus costumbres, y las de las chicas que luego buscan y con las que a veces se casan, difieren mucho del modelo estilizado que presenta la literatura popular. Pero así como las modas en el vestir se popularizan en todas las categorías de precios de modo que la más humilde obrera puede tener un vestido de la misma hechura, aunque no de la misma confección, que la joven rica, se generalizan también las costumbres de la burguesía. Animan los sueños y contribuyen al descontento de quienes no participan de las mismas. Hay en los grupos económicos inferiores cada vez menos inmigrantes que insisten en que las mujeres vayan a todas partes acompañadas hasta que se casen, y hay cada vez más hoteles modestos donde se organizan bailes que remedan las grandes fiestas que figuran en la página de sociales. La mecanización de ciertas actividades, como los "bailes de presentación", el traslado de las fiestas de las casas que ya no tienen servidumbre a los hoteles donde los intrusos son tan corrientes que las medidas que en un tiempo se tomaban en los turbulentos bailes de los sábados de los pueblos mineros se adoptan ahora en casi los mejores círculos, individualizando a la pareja que ya ha sido admitida una vez; todo esto va aproximando los estilos sociales de las clases modestas a los estilos sociales de los privilegiados. Esto no quiere

decir que desaparezcan los matices, que la chica que paga cien dólares por un vestido no se dé cuenta de que el que luce otra joven a su lado en cine es un vestido de 14,98. Pero van al mismo cine, pagan el mismo precio por la entrada, y el contorno de las siluetas no revelaría ninguna diferencia. Es posible que a las chicas de la *élite* las ofenda la palabra "cita", pero también lloran amargamente si se quedan solas un sábado de noche. Por consiguiente, no es que haya menos presunción ni que se insista menos sobre las distinciones de clase, sino que la diferenciación entre las clases es cada vez más tenue. Tanto la obrera, como la jovencita de sociedad, como la hija del agricultor que pide prestado el ejemplar de *Life* que no puede comprarse, sienten determinada reacción frente al vestido descrito como "demasiado provocativo para una cita", a una la frase la horroriza, las otras dos piensan tristemente en sus perspectivas de ropa y en la reacción de los presuntos compañeros del próximo sábado. La imagen les queda grabada en la mente y tiene para ellas una significación muy diferente de la que puede tener para la chica que vive en realidad el papel descrito en la revista.

Cuando las chicas y los muchachos de un grupo de secundaria [1] empiezan a salir en parejas, resurge la antigua lucha por merecer la aprobación y las atenciones del padre o de la madre y la necesidad de que les reiteren la admiración y el aprecio, necesidad fomentada durante los primeros años cuando los padres tenían la preocupación de que los hijos no llegaran a nada. En varias de las sociedades que he descrito anteriormente en este libro los niños se veían libres de toda competencia sexual mientras vivían en estrechos círculos infantiles de un solo sexo y poco a poco iban evolucionando hasta convertirse en adultos. Tal vez tenga gran significación el hecho de que la división más notoria entre los grupos de varones y de niñas se observa en las sociedades donde la relación definitiva entre el hombre y la mujer es más específicamente sexual, en Samoa y en Bali, y donde se advierten menos imposiciones, menos agresividad, menos rivalidad, etcétera. El cariño de los padres y el retiro de ese cariño no están condicionados por las exigencias imperiosas y la agresividad en desarrollo de los hijos, sino que responden a los cuerpos, vistos como cuerpos de varones y de niñas que han de ser un día hombres y mujeres. Los niños se apartan de estas exigencias de sexualidad que son excesivas para que los varones puedan dominarlas y demasiado precoces para la seguridad social de las niñas, y esperan hasta llegar a la edad en que puedan reaparecer en el cuadro general y buscarse un amante, conforme al patrón que han aprendido de los padres.

Pero los padres norteamericanos no se preocupan fundamentalmente por las relaciones que tienen con los hijos como miembros de uno u otro sexo, como criaturas que responden a la caricia de las manos y al brillo de los ojos de los padres. Los hijos les preocupan en primer término como personas, como haces potenciales de grandes realizaciones, que merecen las mejores oportunidades, la mejor educación, la mejor crianza, para triunfar en la vida. La vida es una competencia en la que tanto los varones como las niñas tienen que intervenir despejados, bañados, con el aliento puro, las tablas de multiplicar bien sabidas y pisando justo en la línea. Es menester que se inicien cuanto antes, que sepan hablar por teléfono a los cuatro años, que manejen el dinero, que tengan y demuestren suficiencia según los patrones adultos.

En otras sociedades al niño le asusta un poco la idea de crecer porque significa asumir el papel físico del adulto: para el varón significa transformarse en el amante de una mujer adulta y engendrar hijos, para la niña ser amante y madre. La niña se contempla el cuerpo diminuto, el varón se mira los órganos genitales incipientes, y ambos comprenden que tienen que esperar, renunciar al juego de ser el niño de mamá y la niña de papá — que no es más que un juego insatisfactorio y parcial — y aguardar, aguardar diez años o más hasta que sean mayores. En general, cuanto más específicamente sexual es la relación entre los adultos — que puede incluir naturalmente una interpretación del matrimonio que imponga gran abstinencia sexual sin otro sustituto — más necesitan aparentemente los niños que se crían con la noción de que la edad adulta exige una sexualidad específica, un período de aislamiento para crecer en paz sin que los importunen con exigencias que no pueden satisfacer. Sería tal vez acertado describir este estado latente, el período entre la sexualidad infantil centrada en los padres y el despertar de la conciencia sexual del adolescente, como un fenómeno especializado del desarrollo *sexual*, que se puede atenuar o fomentar según las disposiciones sociales vigentes.

En cambio, en América, debido al énfasis que los padres le dan a la personalidad realizadora de los hijos, apenas diferenciada por el sexo en cuanto a la conducta y a la estructura prevista del carácter, apenas sujeta al modelo que le proporciona el progenitor del mismo sexo, hay cada vez menos posibilidades de que se produzca el estado latente. Para el niño norteamericano ser grande no significa asumir responsabilidades ni afrontar las pruebas de la actividad sexual completa. Ser grande significa usar pantalones largos como el hermano mayor, conducir un coche, ganar dinero, tener un puesto, gobernarse solo y llevar a las chicas al cine. Algunas caricias seguramente, otras caricias tal vez con el tipo de chica que todo el mundo invita nada más que para eso, pero nadie espera que la imitación de la conducta adulta que tiene lugar cuando sale una pareja termine en una unión perdurable o tenga como secuela el embarazo. Es en cambio parte de un juego de competencia, mediante el cual las chicas y los muchachos ponen en evidencia su popularidad apareciendo en público con personas muy conocidas del sexo opuesto. [2] El éxito que tiene con las chicas si usa el sombrero

de moda y se baña con el jabón que se recomienda, es parte de la personalidad del joven que tarde o temprano recibe del presidente del directorio la noticia de que lo han nombrado para ocupar el puesto ejecutivo que todos ambicionan. Pero así como el jefe de personal queda bien impresionado si el joven sale a menudo con chicas, mira con muy malos ojos al que a esa edad mantiene relaciones sexuales antes de casarse. El amor y el éxito que constituyen las ilusiones por las que se afanan tanto los varones como las niñas, cuidándose el cabello, limpiándose las uñas, leyendo los libros de etiqueta, ahorrando la mensualidad y el sueldo, tiene muy poco que ver con el sexo o con el cuerpo.

Es el juego de las citas: los muchachos son los que invitan a las chicas a salir, las chicas no invitan, todos tienen que vestirse bien a la moda del momento para los adolescentes, el resto del grupo tiene que enterarse de alguna manera, de lo contrario no tiene gracia. Aquí surge la confusión debido a la antigua asociación entre vestirse y cortejar. Hay quien supone que porque hay una relación tan estrecha entre los trajes y las salidas se trata de un juego galante. Pero los hombres se han pintado muchas veces para impresionar a sus enemigos o a sus camaradas en la guerra y las mujeres han librado verdaderas batallas con perlas y plumas desde tiempo inmemorial. La ropa, las flores, el baile, todo es parte del juego pero no es posible identificarlo con el noviazgo ni con una conducta esencialmente sexual, a pesar de que este patrón tiene luego honda repercusión en las relaciones entre el hombre y la mujer en América.

El hecho de que las citas constituyan más que nada una competencia que sirve para lograr la confirmación pública de la popularidad propia queda ilustrado por la conducta de los que no salen y se separan de los demás para "arreglarse", a veces a una edad bastante temprana. Se advierten aquí dos grupos: por una parte los que han experimentado un verdadero despertar de su sexualidad floreciente, de modo que puede decirse que están "enamorados", y que no le encuentran sentido a las citas porque prefieren su mutua compañía, y por la otra los que se necesitan recíprocamente, la chica y el muchacho que no les resultan gratos a los demás, que ocultan su fracaso fingiendo estar más a gusto juntos. Fuera del círculo de los que salen en parejas están los grupos periféricos más numerosos: las chicas y los muchachos que físicamente están tan poco desarrollados y son tan displásticos que se sienten inhabilitados para este juego que exige el remedo de la aptitud física para el sexo; las chicas y los muchachos que no disponen de dinero ni de ropa adecuada; los que tienen un interés tan profundo por otra cosa que no quieren perder el tiempo en un juego que no les llama la atención. Pero a los que están en condiciones de intervenir, el gran temor de divergir —consecuencia natural de los patrones culturales integrados con precipitación y apenas asimilados— los incita a continuar,

a demostrar que están triunfando en la forma decretada por el mundo social de los adolescentes, por las revistas que leen y por la expectativa de los padres.

¿Pero qué efecto tiene este patrón de relaciones de la adolescencia sobre la conducta social propiamente dicha de los norteamericanos? En primer término le da a la relación entre el hombre y la mujer el sentido de una situación. Se dice "tener compañero", "salir con fulano", "no hay nadie como la gente para salir". Se trata de una situación que incluye a una chica —o a un muchacho— de la posición social que corresponde y lo suficientemente popular, algo más que uno, si es posible, ya que esto es lo lo que más halaga. A primera vista quizá se crea que esto no difiere mucho del sueño de los estudiantes ingleses de "salir en bote con una chica" o de las escenas de las canciones románticas, donde había siempre "una joven a la luz de la luna". Sin embargo, el muchacho que quiere salir no suspira por una chica. Busca una situación principalmente pública, en la que los demás lo vean con una joven que se vista bien y que esté al corriente de todo. La saca a pasear con el mismo espíritu que saca el coche nuevo, pero con un sentido más impersonal, ya que el coche es suyo para siempre mientras que ella lo es sólo durante una velada. La experiencia de buscar y obtener gratificación de las situaciones que carecen en sí de significado le resulta luego muy útil al norteamericano cuando se adapta a las exigencias de un nuevo puesto o logra olvidarse de los compañeros del empleo anterior que ya no forman parte del grupo que le exige una atención estilizada constante.[3] Durante la guerra, los observadores británicos se quedaron perplejos por la contradicción que había aparentemente entre el afecto que el soldado americano demostraba por el camarada, evidenciado por la postración en que se sumían al morir alguno, y los resultados de las investigaciones que señalaban cuán transitorias eran esas amistades. Se descubrió que los soldados aceptaban al camarada porque pertenecía a la misma unidad y, debido a accidentes de asociación, pero no por rasgos personales que sirvieran de base a la amistad verdadera. El camarada, como la compañera, es función de una situación para la cual rige determinada conducta. Esto no significa, sin embargo, que el fracaso de una cita no les cause pesar, ya que los jóvenes norteamericanos les conceden mucha importancia a las obligaciones hacia las personas con quienes comparten una situación. Defraudar al compañero no es menos horrible porque se trate de un desconocido. En realidad es peor porque el joven o la chica se ven imposibilitados de relacionar la conducta manifestada con una idiosincrasia habitual y perdonable, y por lo tanto le dan una interpretación *impersonal.*

Los patrones de conducta adquiridos durante este período de invitaciones no sólo preparan a los jóvenes y a las chicas de América para abordar las relaciones personales como si se tratara de una situación,

sino que también tienen gran significación porque se destaca positivamente por primera vez desde la época de las cintas celestes y rosadas de los sonajeros y las colchas, la contraparte emocional de la identidad sexual. Existe siempre el temor de que el muchacho sea un mariquita. Pero en muchas sociedades donde la madre amamanta a los hijos y reacciona frente a los varones con la conciencia inequívoca de que son del sexo opuesto y frente a las niñas teniendo presente que son de su mismo sexo, las nociones elementales del papel sexual se adquieren temprano y permanecen incontestables durante toda la vida. Estas nociones se adquieren en una situación muy emocional y la lactancia constituye el prototipo de la relación sexual adulta que surge luego, no sólo por su esquema complementario sino por el tono emocional. Así como es la madre de juguetona, permisiva, incitadora, condescendiente, apasionadamente voluble, es luego la esposa o la amante y así quieren el amante o el marido que sea la esposa. En cambio, en el patrón americano el tratamiento que se les da a los hijos de ambos sexos como personas y la interposición de los objetos — del biberón, la cuna, la ropa — entre el cuerpo de los padres y el cuerpo del hijo, contribuyen a desdibujar esta noción primitiva. Cuando se destacan las diferencias sexuales se pone de relive la afirmación y la agresión en vez de la represión de la sensación física. En vez de que la identidad sexual sea muy evidente a los cuatro años y luego se mantenga latente hasta la pubertad, entre nosotros se atenúa la sexualidad infantil y la sensación del propio sexo para desarrollar durante la primera parte de la adolescencia la representación de una comedia originada no por el ímpetu de la actividad glandular ni por la memoria de los placeres corporales de la infancia, sino por las exigencias del juego de las parejas. Los niños no entran en el juego porque el cuerpo los induzca sino debido a la necesidad de hacerse ver, al deseo de tener méritos, de triunfar, de ser populares. No obstante, el juego está concebido en términos sexuales; merecen mucha atención los pechos y las piernas de las chicas y los rasgos viriles de los muchachos. La acentuación de la identidad sexual viene a ser como una ficha en este juego y el sexo se convierte en algo secundario, que sirve para conseguir lo que se desea, para llegar a donde se quiere.

La chica sabe que tanto en la oficina como en la pista de baile, cuanto más atrayente luzca, más probabilidades tiene de progresar o de casarse bien. Y sabe asimismo que la atracción se puede lograr con buen criterio, habilidad y dinero. La chica que se abandona por no tener por naturaleza buena silueta o lindas cejas no tiene excusa. Lo primero se corrige con una dieta adecuada y un buen modelador, lo segundo se soluciona con cosméticos favorecedores. En uno de esos famosos institutos de embellecimiento se proyecta en la pantalla al final del curso la fotografía de cada egresada antes del tratamiento, gorda, desaliñada, mal vestida, y luego la joven en persona aparta el telón de terciopelo negro y se presenta delgada, cimbreante, perfectamente vestida y maquillada. Y los aplausos no son para la más bella sino para la que logra la mejor transformación. El muchacho que no invita a una chica a salir porque siempre tiene las costuras de las medias torcidas procede con el mismo criterio pero a la inversa. Aplaude y recompensa y se siente orgulloso de la chica que está al tanto, que se arregla bien, que demuestra haberse esforzado por ser el tipo de chica que a él le gusta invitar. La apariencia del hombre entra cada vez más en esta categoría; el cabello, los dientes, el arreglo, el sombrero y el traje de moda, todo indica que se preocupa: por el ascenso, por el cliente o los presuntos compradores, por su aceptación como compañero. Desde el punto de vista de otra cultura o después de una incursión al subconsciente, estos detalles darían la impresión de que se trata de un pueblo, y en particular de una juventud, que se preocupa enormemente por el sexo, que tiene un solo interés en la vida: el amor, y que define al amor como netamente físico. Sin embargo esto es a mi entender un concepto erróneo. Creo más bien que este énfasis sobre la relevancia sexual de la apariencia física es el resultado de la utilización del juego heterosexual como índice del éxito y de la popularidad durante la adolescencia.

Este patrón de la adolescencia afecta las relaciones sexuales de los adultos también en otro sentido. Como cultura, hemos desechado el hábito de acompañar a las parejas. Toleramos y hasta fomentamos situaciones en las que los jóvenes pueden permitirse la conducta sexual que prefieran. Al mismo tiempo, se censura con el mismo rigor de antes a la chica que queda embarazada y no se ha tomado ninguna medida para simplificar el problema de la madre soltera que tiene que decidir lo que ha de hacer con el hijo. Se condena el aborto y resulta prácticamente imposible conseguir los datos veraces disponibles sobre el control de la natalidad, debido al conflicto entre las actitudes de católicos y protestantes con respecto a los principios éticos. Educamos a las niñas para que tengan libertad, soltura y confianza, sin asegurarles la protección que la timidez y el temor les brindan en otras culturas. Educamos a los varones para que sean también despreocupados y libres, para que se habitúen a estar con las chicas y para que sepan imponerse. Colocamos a los jóvenes en una situación virtualmente intolerable; les proporcionamos el marco adecuado para un tipo de conducta que luego castigamos si llega a suscitarse. La cultura americana se ha adaptado curiosamente a esta situación anómala recurriendo a las caricias audaces, o sea a diversas prácticas sexuales que no dan por resultado el embarazo. Se le concede cada vez menos importancia a la virginidad técnica; en cambio, subsiste la prohibición del embarazo fuera del matrimonio. Las caricias proporcionan la solución del dilema. Pero las caricias tienen efectos emocionales propios; exigen una adaptación de ín-

dole muy particular tanto por parte del hombre como por parte de la mujer. La primera regla que observar es que hay que conservar un control absoluto y saber hasta dónde se puede llegar; basta un impulso arrollador, basta con sucumbir un instante al ansia de consumar la posesión o de entregarse plenamente para perder la jugada, y se pierde sin dignidad. El control de este juego peligroso, tan similar a un tobogán, pero que no debe encararse nunca como si lo fuera, se le confía a la chica. Se supone que el muchacho tiene que insistir todo lo posible y que la chica tiene que ceder lo menos posible. La cita puede ser todo un éxito aunque no haya caricias de ninguna especie sino una batalla de ingenio, estocadas verbales por las que el muchacho convence a la joven de que él es tan popular que se atreve a pedir cualquier cosa, mientras que ella le hace ver que es tan admirada que no tiene por qué hacer concesiones. Si la atracción física es muy grande en los casos en que se llega a las caricias, el muchacho espera que la chica lo mantenga a raya y ella espera que él se lo permita.

De este juego que se repite interminablemente, a veces hasta durante diez años, antes del matrimonio, surge luego la imagen de la vida conyugal de los norteamericanos, en la que es la esposa la que determina el patrón de las relaciones sexuales. De ahí proviene la incapacidad de muchas mujeres para entregarse totalmente, que deja perplejos y frustrados a los extranjeros, y ése es también el origen de tantas compensaciones, del uso del alcohol para aflojar el control, y del mito corriente del amante invencible e irresistible. Aun antes de llegar al grado de madurez que le permita atender a las advertencias de su propio cuerpo, la chica tiene que asumir la responsabilidad de ser la conciencia de dos personas y a la vez tiene que saber participar con alegría y con soltura en un juego que nunca se termina y en el que siempre puede perder. No es extraño entonces que las películas y los folletines de las revistas glorifiquen el impulso de rendirse por completo que no se debe gratificar jamás.

Este patrón es igualmente coercitivo para el muchacho. Se habitúa a valorar las situaciones en las que lo frenan y a tener en poco la situación con la chica fácil, a la que sólo busca para la gratificación física inmediata, y a apreciar únicamente como satisfactoria la relación con la mujer que sabe decir que no y que se lo dice con frecuencia. Los que analizan las películas contemporáneas señalan que cobra cada vez más importancia la imagen de la chica buena y mala a la vez, la que en un papel atrayente parece mala pero al final resulta buena.[4] Esta tendencia se anticipaba ya en aquella canción de 1920 *"¿Won't somebody give me some good advice, on how to be naughty and still be nice?"* (¿Quieren decirme cómo se hace para ser pícara y ser una chica bien?) En cierto sentido se ha dado con la solución, sintetizada en la conducta de nuestros adolescentes. La cantidad de embarazos que se producen hoy

en día en las escuelas secundarias y en las universidades no parece haber aumentado sensiblemente — en relación con los cambios observados en la cantidad y en la índole del alumnado — con respecto a las cifras de hace veinticinco años cuando las parejas salían acompañadas y volvían temprano. Frente a la exigencia de que participen en este juego arriesgado y difícil, los jóvenes se desempeñan con valor y altivez; muchos logran aprovechar lo positivo de la situación, el hecho de que la chica y el joven comparten la responsabilidad de no perder la cabeza. Esta especie de pacto, de sociedad en la que cada uno depende de la colaboración, de la comprensión, del proceder leal del otro, constituye la base del matrimonio americano moderno, de estos matrimonios jóvenes que han resistido, parecería por milagro, las contrariedades de los campamentos militares, de la vida con los parientes, la inflación, la paternidad temprana, las neurosis de la guerra y el aislamiento en comunidades extrañas. El compañerismo que ambos conocieron cuando tenían que jugar con el sexo y hasta cierto punto vencerlo, los mantiene unidos y podrían ser felices si no se le hubieran añadido simultáneamente ciertas normas discrepantes de felicidad sexual a la exigencia de la cultura norteamericana de que todo individuo sea dichoso.

Durante el período de las diversiones en pareja la consigna es saber jugar constantemente con el sexo y ganar. Cuanto más jóvenes son la chica y el muchacho al aprender este juego de gratificar los impulsos parcialmente y en forma controlada, llegan a dominarlo con mayor perfección. Hay menos posibilidades de que afloren las emociones profundas que pueden confundir el proceso. Pero luego viene el matrimonio y el imperativo es otro. Es preciso que tanto el marido como la mujer gocen de una "vida sexual feliz" que no tiene ya la simetría de las citas en las que ambos se encontraban en una situación peligrosa y se valían de un pacto para salvarse juntos, sino que se define de distinto modo para el hombre y la mujer. Para el hombre lo más aciago, lo que tiene que evitar a toda costa, es la falta de potencia, determinada cuantitativamente por diversos elementos: la frecuencia, el momento, los intervalos, la seguridad para calcular la intensidad del impulso. Los hombres suponen implícitamente que si copulan son felices. El género de vida sexual que antes se efectuaba fuera del matrimonio, en los barrios escandalosos de fin de siglo, se ha incorporado ahora en cierto sentido a la vida conyugal. Es verdad que tampoco ahora el hombre está muy versado en refinamientos; la técnica, aunque se domine, se adquiere de mala gana y se menosprecia. Pero durante la época en que se iba cerrando el cisma entre la mujer bien — con la que se casaban y a la que respetaban sin pretender tomarse libertades — y la mujer fácil — a la que recurrían para solaz físico ya que consideraban que su seducción contribuía a despertar rápidamente el ardor — fueron surgiendo las nuevas modalidades de diversiones y caricias. La li-

teratura de Inglaterra y de los Estados Unidos causó gran revuelo al proclamar que la mujer tenía la necesidad y el derecho de gozar de la misma clase de satisfacción sexual que el hombre.

El pretexto de este clamor era la exploración de la psiquis femenina, que revelaba que la mujer necesitaba el placer sexual tanto como el hombre. Los sabios con cara de santos y barba blanca que escribían y luchaban para que este punto de vista tuviera aceptación deben haberse sentido como Santa Claus, repartiendo bendiciones y dádivas donde antes había aridez y privaciones. La novedad se propagó y al estallar la guerra de 1914 este énfasis coincidió con la disminución del rigor del control sexual y con el ingreso cada vez mayor de mujeres en la industria. La mujer bien se transformó entonces en una mujer que tenía que gozar del sexo y hacerlo en forma decididamente análoga al hombre. Por supuesto que esto no es un criterio insostenible en materia de conducta sexual. Tanto en Francia como en Samoa se supone que las relaciones sexuales felices entrañan el orgullo y el placer del hombre al satisfacer a la mujer, al suscitar en ella un orgasmo comparable al que experimenta él. Ni en Samoa ni en Francia se espera que la simple cópula logre esos resultados. Podríamos haber pasado del concepto puritano, según el cual las mujeres decentes no disfrutaban del sexo y las malas mujeres no disfrutaban de ninguna otra cosa, a una filosofía y a una práctica por la cual los hombres aprendieran a suscitar el orgasmo en la mujer de diversas maneras. Pero apareció una nueva influencia casi tan poderosa como la primera. Se trataba de la doctrina de que la mujer tenía que experimentar el orgasmo al igual que el hombre y no porque aprendiera a responder sino como reacción espontánea al acto sexual. De lo contrario, se las tenía por frígidas de acuerdo con una psiquiatría en la que dominaba la interpretación masculina europea de las diferencias sexuales. Sin embargo, no hay aparentemente razón alguna para creer que todas las mujeres, y ni siquiera una gran mayoría, reaccionen "naturalmente" en este sentido al simple acto sexual.

Por lo tanto tenemos ahora una serie muy compleja de criterios de adaptación sexual que han surgido juntamente con los cambios de la conducta sexual de los adolescentes, pero que no han logrado la integración con dichos cambios. Durante la adolescencia el hombre se habitúa a permitir que la chica le refrene la potencia directa, mientras que ella aprende a no dejarse excitar más que hasta cierto punto. Pero al casarse tiene que cumplir con la exigencia de que él manifieste una potencia directa y de que ella experimente el placer del orgasmo como consecuencia de esa potencia simple y natural. Ambos consideran que recurrir a las caricias sería una regresión. El marido se ofende ante cualquier interferencia que le impida manifestar la potencia inmediata que es ahora índice de su virilidad. La

mujer se considera inepta si necesita aún otras gratificaciones y si no sucumbe al arrebato, después de haberse controlado durante tantos años. No obstante, es difícil que la mujer logre la laxitud completa de la entrega total, a diferencia del orgasmo específico, cuando ha tenido que reprimir antes todos sus impulsos.

No nos extrañen las descripciones entre lo que se les exige a los jóvenes para que manifiesten y controlen a la vez diversas actividades heterosexuales y las normas que luego rigen en el matrimonio con una pretensión casi imposible de felicidad sexual. En América alcanzar la felicidad sexual conyugal constituye ahora un deber como todas las otras aspiraciones. La cultura norteamericana se ha desarrollado tan rápidamente, combinando elementos de tantas fuentes, que es natural que surjan contradicciones como las que se advierten en culturas mucho más antiguas y mejor integradas. Pero es importante recordar que cuanto mejor resuelvan los adolescentes los problemas difíciles de la libertad y las diversiones impuestas, menos preparados han de estar para cumplir con el criterio singular de la adaptación sexual en el matrimonio.

15. EL SEXO Y EL MERITO DE LAS REALIZACIONES

En la cultura occidental existe desde hace siglos el hábito de suponer que los hombres son capaces de forjarse una imagen de la mujer, que ella acepta de mal grado, y que las mujeres tienen pretensiones a las que los hombres se avienen aún con mayor renuencia. Esta es la descripción fiel de la sociedad que hemos estructurado, en la que las mujeres, como amas de casa, insisten en que los hombres se limpien los pies en el felpudo, mientras ellos las mantienen insistiendo en que vivan con recato en el retiro del hogar. Ha habido mil variantes de estas exigencias, que abarcan desde el ademán de tomar una taza de té hasta la prohibición de que las mujeres fumen o de que las hijas se corten el cabello. En cierto sentido daban lugar a una tensión agradable que servía de base para la etiqueta de salón y mediante la cual el hombre podía proclamar el natural deseo masculino de ser libre, desprolijo, desatento o impuntual *siempre que* la mujer no lo instara a volver a la hora de la cena todas las noches. El cuadro se puede complicar obsesivamente y quizá las chicas al hacer sus proyectos se detengan a reflexionar: "Pero a los hombres no les gustan las mujeres que..." Sin embargo una cosa es admitir que éstos son recursos culturales para conservar el equilibrio esencial entre los papeles del hombre y la mujer y otra muy distinta es tomarlos al pie de la letra y afirmar que el mundo es del hombre o decir, como Emily James Putnam en la introduc-

ción de *The Lady* (La dama), *"Where he put her, there she stays"* [1] (Permanece en el sitial que él le asignara), negando así la verdad elemental de que los hombres y las mujeres comparten un mismo concepto de las cualidades de la esposa, del marido ideal, del amante fascinador con quien sería un disparate casarse, y del solterón por naturaleza. Las frases "el hombre que aprecian los hombres" o "la mujer que las mujeres admiran" no implican una discrepancia fundamental en cuanto al tipo de hombre que se lleva mejor con los hombres que con las mujeres, sino que señalan más bien un acuerdo sobre los diversos tipos de hombre y de mujer. Cuando un hombre y una mujer hablan de una joven metódica, dedicada al trabajo y la mujer dice "Sería una buena esposa", aunque el hombre le conteste "A mí me parece que nadie va a querer casarse con ella", no hay en realidad un conflicto de opiniones. El disidente entiende lo mismo que ella por el término "buena esposa" pero se pregunta: "¿Quién tiene interés en una mujer así?" En el siglo pasado, cuando el mundo de la burguesía y de los círculos más selectos se mantenía rigurosamente apartado de las mujeres fáciles que usaban colores llamativos y exhibían sus encantos, las mujeres bien no por eso dejaban de reconocer que las otras fueran seductoras. Tanto el marido que, aburrido de las imposiciones de la esposa que se postraba en un sillón después del primer hijo, se buscaba una dama rutilante adornada de plumas, como la esposa que desde su retiro se imaginaba a la otra, admitían que la aventurera era atrayente y que era natural y reprobable que él se dejara seducir y también natural y justo que ella se ofendiera. Por consiguiente, el padre y la madre, el hermano y la hermana, el vecino, el párroco y el maestro, la futura suegra, la presunta amante, el Don Juan y el sabihondo del pueblo, así como las historietas, los episodios radiales y las películas, contribuyen a crear la imagen de los distintos tipos de hombre y de mujer que han de merecer el afecto, el aprecio, el odio o el desdén del mismo sexo, del sexo opuesto, o de ambos.

No hay por qué atribuir la menor vacilación de la mujer y los alardes del hombre a una conspiración masculina para mantener a las mujeres en su lugar, ni la timidez torpe de un hombre o la pretensión fatua de una joven a una conjura femenina para dominarlos. Las distintas culturas han precisado las relaciones entre los hombres y las mujeres de diferentes maneras. Cuando se han definido los papeles de modo que coincidieran, logrando así la integración de los preceptos y las costumbres, de los ideales y las posibilidades reales, los hombres y las mujeres de la sociedad han sido dichosos. Pero en la medida en que hubiera discrepancias en los dos papeles, en la medida en que se impusiera un estilo de belleza inalcanzable para la mayoría o determinado género de heroísmo o de iniciativa aunque la cultura no tuviera los medios para suscitar dichas reacciones, sufrían tanto los hombres como las mujeres. El menoscabo de uno de los sexos — del hombre que es incapaz de asumir, debido a la educación recibida, el papel emprendedor y patriarcal que no obstante se le exige, o de la mujer que ha gozado de excesiva libertad de movimientos durante la niñez para resignarse luego a permanecer encerrada plácidamente —, este menoscabo, esta discrepancia, esta sensación de fracaso en el papel impuesto, constituye la palanca que promueve los cambios sociales. Basta con seguir el curso del movimiento en pro de la igualdad de los derechos políticos de la mujer para advertir los contrastes en la reacción de las mujeres de un país a otro y cuán leve es la relación explícita entre la posición inferior de la mujer y la exigencia imperiosa de los derechos. Desgraciadamente no disponemos de datos comparativos similares sobre las tentativas para cambiar la posición relativa de los hombres, los movimientos paralelos, por ejemplo, para suprimir las pensiones en los casos de divorcio, las controversias sobre si las asignaciones familiares han de pagársele al padre o a la madre, los argumentos sobre el régimen de bienes en común. Los esfuerzos realizados para exonerar al hombre de ciertas responsabilidades y restricciones que ya no resultan razonables ni justas no se han canalizado en movimientos reivindicatorios ni han recibido la atención de subcomisiones internacionales que estudiaran el *status* jurídico de los hombres. Sin embargo, el análisis detenido de cualquiera de estas reformas jurídicas demostraría claramente que hay un movimiento permanente para eximir a los hombres de las imposiciones que ya no están de acuerdo con la era actual. Los casos de incumplimiento de palabra de matrimonio resultan ridículos en un mundo donde las mujeres hacen la mitad de las declaraciones y también suenan falsos los casos de enajenación de sentimientos, que suponen que la mujer es como una flor frágil e impresionable. Parece cada vez más notoriamente injusto que el hombre divorciado tenga que pasarle una pensión a la joven sin hijos tan bien educada como él, debiendo diferir por esta razón el nuevo casamiento. Pero aún perdura la tendencia histórica de incluir a las mujeres entre las minorías explotadas, originada por la revisión de los abusos legales y sociales que tuvo lugar simultáneamente con la transformación de una sociedad dividida en categorías, donde los derechos eran inmanentes, en sociedad contractual, donde era menester estipularlos, y esta tendencia contribuye a la confusión y aparentemente da lugar al argumento de que el mundo es de los hombres, que se abusa de las mujeres y que éstas tienen que luchar por sus prerrogativas.

Es menester un gran esfuerzo por parte de los hombres y de las mujeres para rectificar la orientación y recordar — al reflexionar — que éste no es un mundo creado sólo por los hombres en el que las mujeres sean incautas y tontas, inútiles y maldispuestas, ni tampoco poderosas intrigantes que ocultan sus atribuciones entre los volados de las enaguas, sino un mundo creado por la humanidad para seres humanos de

ambos sexos. En este mundo tanto el papel femenino como el masculino se ha definido a veces bien y otras veces mal; en algunos casos los hombres tienen una existencia regalada mientras las mujeres recurren a los adivinos, a las ilusiones, al autoerotismo, a los *gigolós* y padecen de trastornos somáticos o terminan en la locura. En otros casos el papel de la mujer se ajusta tan bien a las realidades de su suerte que dan una impresión de relativa placidez mientras los hombres viven pensando en quimeras. Pero es indudable que la posibilidad de lograr desempeñarse o no en el papel impuesto afecta tanto a unos como a otras. Las mujeres que parecen serenas mientras los hombres viven erráticos y atormentados por la brujería, también sufren por las discrepancias del papel masculino; los hombres que gozan de más privilegios o libertades que sus mujeres no llegan a la plenitud individual que habrían conocido si las esposas y las madres hubieran sido a su vez dichosas en un papel que les permitiera desarrollar sus facultades.

La literatura norteamericana de la actualidad protesta estrepitosa y airadamente por este problema de las relaciones entre los hombres y las mujeres. Abundan los libros que afirman que las mujeres se están masculinizando, para desgracia de ellas, de los hombres y de todo el mundo y hay también muchos libros (o tal vez sean los mismos) que insisten en que los hombres se están afeminando. Atendiendo a las reiteraciones destempladas de un libro como *Modern Woman: The Lost Sex* (La mujer moderna: el sexo perdido), que termina por atacar a los hombres al igual que a las mujeres, se da uno cuenta de que estamos pasando por un período de discrepancias tan evidentes en los papeles sexuales que los esfuerzos para disimular el sacrificio de ambos sexos resultan cada vez más infructuosos. Mientras perdure la costumbre de encarar aisladamente "la posición de la mujer" no se ha de comprender que si un sexo sufre, también sufre el otro. Mientras tengamos la convicción de que los penosos problemas de adaptación sexual actuales se deben solamente a la posición de la mujer, nos embarcaremos en una larga serie de soluciones equivocadas, tratando de sacar a la mujer del hogar, devolviéndola al hogar y sacándola otra vez, agregando aún más confusión a las dificultades provocadas por la evolución de la opinión mundial, la transformación de la tecnología, y la creciente precipitación y violencia de las transiciones culturales.

Durante los últimos años ha estado de moda decir que en América impera el matriarcado, abusando así de un concepto antropológico muy útil. Una sociedad matriarcal es aquella en la que algunas, si no todas, las facultades legales relacionadas con las disposiciones y el gobierno de la familia — la facultad de disponer de los bienes y de las herencias, de concertar los matrimonios y de regir el hogar — le han sido asignadas a la mujer y no al hombre. Hablamos a menudo de sociedades matrilineales, donde el hombre hereda el nombre, la tierra o la posición del

hermano de su madre a través de ella. Esto no significa necesariamente que las mujeres tengan gran influencia aunque se trata de un sistema que las favorece bastante, como para que la poligamia, por ejemplo, no resulte. También hablamos de sociedades matrilocales, donde las casas y las tierras son propiedad de la mujer y pasan de madre a hija, mientras los maridos entran y salen. Este sistema es todavía menos compatible con la poligamia o con el ejercicio de mucha autoridad por parte de los maridos y los padres, que después de todo viven bajo el techo de la suegra. Hay también diversas variantes según las cuales la mujer vuelve al morir a las tierras de sus propios parientes, tienen gran significación los vínculos maternos, pero difieren de los paternos, o, como sucede en Samoa, el hijo de la hermana conserva la prerrogativa del veto en los consejos de la familia materna. Y existen sistemas muy raros, como el de los indios iroqueses, por los que las mujeres ejercen la supremacía política ya que las ancianas nombran a los poseedores de títulos que tienen asimismo atribuciones de autoridad.

Al comparar la sociedad norteamericana contemporánea con estas disposiciones, se hace evidente que la palabra "matriarcado" no sólo no sirve para describirla sino que además contribuye a confundir los puntos esenciales.[2] En los Estados Unidos, las mujeres adoptan el nombre del marido y los hijos reciben el apellido del padre. Se espera que la mujer viva donde el marido quiera y negarse a ello equivale a abandonarlo. Los hombres tienen la responsabilidad de mantener a la esposa y los hijos, pero las mujeres no tienen la obligación de mantenerlos, así como tampoco los hermanos a las hermanas. El concepto jurídico fundamental es que la mujer depende del padre mientras es menor y que luego depende del esposo. Jurídicamente somos una sociedad patrinominal, patrilineal, patrilocal y casi patriarcal. Carece de importancia el hecho de que el padre norteamericano no concuerde con la imagen popular del patriarca de luenga barba con diez hijos. Tanto los hombres como las mujeres se crían dentro de este sistema orientado explícitamente hacia el padre. La ley le prohibe al marido pegarle a la mujer, pero es menester invocar otros preceptos si ella le pega a él. El derecho consuetudinario define a la mujer como un ser frágil, que necesita protección y sobre todo apoyo. En nuestra sociedad rige además la monogamia, censurándose todas las formas, hasta las más casuales, de poligamia.

Esta es la estructura familiar heredada de Europa, pero fue introducida en este país en circunstancias excepcionales. La autoridad que ejercía el padre sobre el hijo quedó minada al limitarse las sanciones sobre los bienes legados y debido a las infinitas posibilidades de abandonar el hogar. La potestad del marido sobre la mujer se ha ido modificando con más sutileza. En los tiempos de la colonización había pocas mujeres y, debido a la competencia, el hombre se veía obligado a corte-

jarlas de una manera muy distinta a la que se estilaba en los países donde era posible escoger de entre una docena de jóvenes y sus correspondientes dotes, o distraerse plácidamente mientras las madres se afanaban por presentarles a las hijas. Desaparecieron las dotes y se cortejaba a una joven por sus méritos personales. Hubo asimismo un cambio en la valoración de las cualidades femeninas. La docilidad, el apego al hogar, la inquietud y el temor cada vez que el marido hacía un viaje de pocas leguas quedaban muy bien en el Viejo Mundo. Pero la americana de las regiones fronterizas tenía a veces que hacerse cargo de una hacienda durante varias semanas, disciplinando a los hijos crecidos, albergando al forastero que pasara, cuidándose de los indios. Las mujeres fuertes, resueltas y de carácter, o sea las mujeres con coraje, fueron teniendo cada vez más aceptación. Hasta se produjo una variante en el prototipo de la solterona, y la versión inglesa de la tía rigurosa que tenía un gato y prefería a los sobrinos se transformó en una viejecita indulgente que tenía gatas y mimaba a las sobrinas. Pero a pesar de la demanda de mujeres con firmeza y habilidad para manejar el dinero y resolver las situaciones, no se toleraba paralelamente la apariencia masculina en la mujer. Era menester que aún poseyera las virtudes femeninas, que fuera atrayente, que tuviera más encanto todavía, ya que los hombres la elegían por su persona y no por la dote. El matrimonio por elección, denominado matrimonio por amor, obligó a los hombres y a las mujeres a procurar, cada vez más, agradar al sexo opuesto.

En los tiempos agitados de la colonización del continente, se le confiaron a la mujer otras tareas aparte de la dirección de la finca, la disciplina de los hijos y la vigilancia de los indios en ausencia del marido. Cuando los poblados iban adquiriendo el aspecto de una aldea, se pensaba que el orden, el cierre del garito o de la taberna, coincidía con la llegada de una o más mujeres decentes. Las cosas más nobles de la vida — los valores estéticos y morales — le fueron confiados activamente a la mujer, que los encaró de distinto modo; América no era Europa, donde se suponía que las mujeres rezaban más que los hombres sin que asumieran responsabilidades fuera del hogar. La mujer que desechaba los dictados del decoro femenino para predicar el bien es un personaje corriente en la historia de nuestro país desde la época de Anne Hutchinson, y tanto los hombres como las mujeres reconocen que se trata de un elemento importante de la cultura. Si bien se supone que los hombres confían en que sus propias esposas no han de sentir la vocación de reformar el mundo, se trata de una esperanza semejante a la de la madre creyente que, aunque le enseñe a rezar al hijo, quiere que sea capitán de barco y no sacerdote. La disposición ideal de la conducta ética sería asignarles las obras de caridad — tan necesarias — a las viudas y a las solteronas, de modo que estas dos categorías supernumerarias estuvieran felizmente ocupadas en una gestión provechosa para la sociedad. Ha sido muy interesante observar los cambios operados en la actitud hacia la señora de Roosevelt y el interés vivo e infatigable que manifiesta por todo lo que se relaciona con el bienestar social. Como esposa del presidente, la criticaban y la censuraban los mismos que se hubieran inclinado ante las nobles mujeres que lucharon, por ejemplo, por la abolición de la esclavitud. El resentimiento disminuyó notoriamente, sin embargo, después de la muerte de Roosevelt, ya que su dedicación constante y esforzada a la causa del bien pasó a servir entonces de ejemplo para las viudas más que para las esposas.

La solterona defensora del bien, propulsora de la educación, del progreso del pueblo, de la legislación social y de la libertad de las minorías oprimidas, se ha ido convirtiendo en el arquetipo de las ocupaciones en las que la mujer se hace cargo profesionalmente de una buena causa, especialmente en el terreno de la educación y de la asistencia social. Son terrenos en los que el hombre interviene a riesgo de que lo tachen de afeminado, a menos que desempeñe una función administrativa o financiadora. "¿Dónde están los hombres?" preguntan los ingleses que se destacan en las obras sociales, "Los nombres figuran en los membretes de las organizaciones, pero en las conferencias internacionales nos encontramos casi invariablemente con mujeres." "Los hombres, pues, son los presidentes de las comisiones, los que determinan la política financiera de las agencias, pero dejan la labor en manos de las mujeres. Viven demasiado ocupados como para poder asistir a las conferencias."

En semejante evolución histórica no se puede hablar naturalmente de causa y efecto. Hay que hablar más bien de un interminable proceso en espiral, según el cual la presencia de la mujer decente daba lugar en seguida a alguna reforma y se empezó entonces a considerar que las reformas eran actividades femeninas, lo que sirvió para atraer más a las mujeres y hacer aún más femenina la vocación, excluyendo así a los hombres. Entre la Primera y la Segunda Guerra, las mujeres demostraron mucho menos interés por las vocaciones denominadas de "asistencia", o sea las ocupaciones en las que no importaban la poca remuneración y el exceso de trabajo porque brindaban la oportunidad de desarrollar las facultades femeninas para atender a los niños, a los enfermos, a los desdichados y a los desvalidos. Esta tendencia a considerar la asistencia como profesión implica la transición de una actividad a la cual uno se consagra por entero — como la mujer lo hace todavía en el matrimonio y cuando llega la maternidad — a una ocupación a la cual uno le dedica ciertas horas y deberes específicos. Es evidente que este ideal de la mujer americana está asumiendo la forma de un papel tanto para la que tiene la idea de casarse como para la solterona que se busca una manera de vivir. Todo esto es consecuencia de la asimilación del ideal femenino al ideal masculino. Los varones y las niñas aprenden, sentados en los mismo bancos, estudiando las mismas lecciones y reci-

biendo los mismos conceptos, que los dos criterios más respetables para elegir una profesión entrañan que ésta ofrezca oportunidades para progresar y que sea "interesante". Hasta las visitadoras sociales, que deben dedicar todas las horas de trabajo a aliviar a los demás, justifican su elección diciendo que la carrera es interesante o que en ella se puede desempeñar bien una mujer. Sólo con muchas excusas confiesan ahora simplemente el deseo de ayudar a los seres humanos.

Mientras se modificaban y alteraban los tipos de mujer en esa época histórica, se creaba también un tipo de hombre. El hombre tenía que ganarse la vida, tenía que afrontar las realidades acerbas de la competencia, que talar y abrir claros en los bosques, aprovechar los atajos en un mundo en el que cualquiera podía llegar a ser presidente. La ciudad norteamericana corriente no le ofrecía la oportunidad de cultivar la interpretación ni el goce de las artes; las manifestaciones estéticas convencionales le estaban vedadas y se las consideraba femeniles. Hasta el día de hoy, escoger la música, la pintura o la poesía como ocupación formal constituye una actitud equívoca para el norteamericano. Los hombres ponían de manifiesto su virilidad en el mundo prosaico de los negocios, de la agricultura (en el campo las mujeres permanecían adentro y los hombres hasta ordeñaban) y de la política (la politiquería práctica y corrupta en contraste con las inocuas campañas reformistas). A medida que esta cultura de transición fue estableciendo inevitablemente valores simplificados para que pudieran entenderse los inmigrantes de distintos países, aumentó la competencia por los símbolos del éxito: el dinero, las cosas que se compran con dinero, la autoridad sobre las personas y la influencia sobre los acontecimientos.[3] Las rudas realidades de un mundo donde el paso de cada hombre está determinado por la marcha del rival y donde no hay tregua en la competencia, se le presentan al hombre antes que a la mujer. La expansión de la economía que le proporcionó amenidades a la vida de la mujer les impuso más exigencias a los hombres. Tenemos así finalmente los arquetipos actuales: el marido agotado que llega a la casa deseando tranquilidad para descansar y desprenderse el cuello de la camisa y la esposa que quiere salir, la madre que está demasiado con los hijos y que fastidia continuamente al padre para que se ocupe más de ellos, mientras el marido piensa que si pudiera se iría a pescar. Para merecer la consideración de los hombres y las mujeres, el norteamericano tiene, en primer lugar, que triunfar en los negocios; progresar, ganar dinero y ascender rápidamente y, si es posible, también tiene que ser agradable e interesante, arreglarse bien, ser sociable, estar al corriente de todo, practicar las actividades recreativas propias de su clase social, sufragar todos los gastos del hogar, conservar bien el coche y ser siempre galante con la esposa para evitar que lo distraigan otras mujeres. A fin de merecer la misma consideración, la mujer tiene que ser inteligente y atractiva, realzar sus condiciones naturales valiéndose de los modales y del gusto en el vestir, cautivar la atención de varios hombres primero y mantener el interés de uno después, saber dirigir el hogar y la familia para conservar al marido y para que los hijos puedan superar los riesgos de la nutrición, psicológicos y éticos del crecimiento y triunfar a su vez, y debe disponer asimismo de tiempo para otros "intereses", como la parroquia, las sociedades, las comisiones, o el *baseball*. La mujer que sólo tiene tiempo para atender la casa está mal vista porque "tiene mucho que hacer", es decir, porque es incompetente, porque el marido no gana lo suficiente o porque se han descuidado y han tenido muchos hijos.

Pero se le da más importancia al éxito con que se desempeña el papel que a las cualidades específicas del mismo. La mujer y el hombre que triunfan merecen la admiración de ambos sexos para corroborar que es posible llegar a ser lo que la madre exigía que fueran para hacerse acreedores de su cariño. Tal vez el que estudie la opinión pública crea advertir que hay mucha envidia entre los norteamericanos.[4] Pero esta envidia, así como las calumnias acerca de las personalidades conocidas que aparecen en los diarios sensacionalistas cuando se ventila cualquier escándalo, constituye un rasgo secundario en comparación con el placer que les proporciona generalmente a los norteamericanos el que triunfa en realidad, como lo evidencian las cenas de despedida para el jefe que deja la firma por un puesto mejor y las fiestas en honor de la única familia de la cuadra que consigue mudarse al nuevo barrio jardín. Porque el niño norteamericano recibe, conjuntamente con la fórmula cuidadosamente preparada del biberón, la exhortación de lograr todo, de alcanzar el peso normal y caminar a su debido tiempo, de pasar todos los años con buena nota en el colegio, de integrar el equipo e ingresar en el club o en el círculo selecto, de ser de los que la gente distingue para el éxito. En vez del padre que disciplinaba al hijo como si fuera un demonio que necesitara azotes y de la madre que lo socorría y consolaba enseñándole a evitar el castigo, tenemos ahora a la madre prácticamente sola, pero no tratando de contener la maldad innata de la criatura, sino observándola con inquietud para ver si podrá salir bien, cumplir y evitar el fracaso.

Esta crianza, tan similar ahora para los varones y las niñas, les produce sin embargo un impacto diferente. Tiene dos efectos importantes sobre el varón. Son mujeres las que lo educan para ser hombre, lo que implica que él no se puede identificar con la madre ni con la maestra.[5] Va a ser varón haciendo las cosas que la madre le indica, pero tiene que hacerlas como un hombre. Después de todo, los varones crecen si comen bien, y si estudian, sacan buenas notas — si observan las amonestaciones de la madre —, pero tienen que ser hombres, no tienen que ser afeminados, tienen que valerse por sí mismos. Tienen que pelear siem-

pre en defensa propia, pero no pelear significa ser "mariquita", por lo que es preciso encarar la situación de modo que las madres de ambos contrincantes crean que se baten para defenderse. Los únicos que les enseñan directamente a ser varones son los propios hermanos mayores o los de sus compañeros. Llama la atención lo que aumentó la delincuencia juvenil durante la guerra, cuando los hermanos mayores estaban lejos de la familia. Pero el hermano mayor está a su vez esforzándose por cumplir con el papel adulto que la madre y el mundo le han asignado, y el niño que lo sigue imita y emula a alguien que piensa en el futuro, en un puesto, en un coche, en un aumento.

En los distritos habitados por extranjeros, donde los nuevos inmigrantes o los fracasados viven en barrios miserables, se altera y se falsea este secuencia del desarrollo social.[6] Los muchachos no ven en los fracasos de los padres vestigios de un patrón remoto de triunfos masculinos, según la reinterpretación de las madres. Se hacen caudillos y dan origen a un corto circuito en el desarrollo social de los hermanos menores. La vida asocial de la pandilla juvenil sirve de base en América para las organizaciones criminales adultas. Sirve para destacar la evolución normal del norteamerciano, en la cual la madre que conoce el ambiente americano señala al padre como ejemplo, ya que si bien no es un dechado perfecto que el hijo pueda dedicarse a imitar, va al menos por buen camino y el niño lo puede superar. De acuerdo con este patrón, los muchachos, que no piensan en la admiración que puedan despertar entre los jóvenes sino en la acogida y en la aprobación que les han de acordar los adultos, toleran que los menores los sigan y los imiten — siempre que no los molesten —. La familia, el barrio entero, mira hacia el futuro y cada hombre va señalando hasta dónde y de qué manera han de progresar los demás.

Nadie representa una etapa permanente en esta escala. En tiempos de paz, los héroes del niño, ya sea hijo de un almacenero o del presidente de un banco, son los agentes de policía, los bomberos, los aviadores, los vaqueros y los jugadores de *baseball*, los hombres que en la vida real manifiestan los impulsos motores activos que experimenta el chico. La madre reacciona alternativamente, permitiéndole saltar sobre el sofá porque los libros señalan que no hay que frenar a las criaturas, y explicándole luego que no tiene que romper las cosas. Por su voz, y por la voz del anunciador de la radio, de la maestra y de todos los que lo rodean, el niño comprende que cuando crezca va a tener que aceptar un papel de responsabilidad, bien remunerado. Sabe que para justificar el deseo de ingresar en la policía o en el *baseball* profesional no basta con decir qué es lo que quiere hacer, sino que tiene que alegar que se trata de una carrera que le ofrece la posibilidad de triunfar, de ganar dinero y progresar. Sabe que a menos que tenga un buen puesto y coche, que se case y tenga hijos, no se respetará nunca, porque le va a faltar el

testimonio íntimo de su mérito, sintiéndose entonces, como ahora cuando no cuenta con la aprobación de la madre, solo e insatisfecho. La vida es una empresa en la que se puede triunfar mediante el esfuerzo. Todas las cualidades dignas de admiración se pueden adquirir esmerándose en la apariencia personal, cultivando las aptitudes, cuidando las relaciones con los demás. Aprende asimismo que la recompensa del éxito es el afecto, el beneplácito y el brillo de los ojos de la madre, el pan y dulce y el permiso para tomar lo que quiera de la heladera, el alivio y la complacencia que el padre manifiesta en la mirada. Aquí la madre no se estremece al oír el grito de guerra del niño disfrazado de indio — aunque le haya comprado el traje porque hay que permitirle desarrollar la imaginación o porque los demás lo tenían — sino que se emociona con las buenas notas, con el primer dinero que gana. Aquí la conciencia que el padre tiene de su propia masculinidad no lo induce a ver en el hijo una amenaza ni un desafío. Se siente padre desde hace ya tiempo y el buen éxito del hijo confirma el suyo como marido y como progenitor. En realidad, a menudo se preocupa excesivamente por él, protegiéndolo demasiado. Aun en los suburbios residenciales de la clase media los chicos reparten diarios y los magistrados y los presidentes de las compañías hacen el reparto cuando los hijos se enferman, para que no dejen de cumplir con las obligaciones comerciales contraídas. Llega a ser tan grande el mérito de demostrar ante los padres admirados que los alientan, las virtudes tales como la iniciativa, la independencia y la seguridad en la vida cotidiana que han de ser luego garantía del éxito, que a pesar de cierto temor de fracasar, el niño americano se acostumbra a ser muy optimista y a apreciar los elogios, la estimación y el aplauso de los demás. Los fracasos no son más que contrariedades pasajeras, los obstáculos existen precisamente para superarlos y sólo los afeminados consideran que un fracaso pueda ser otra cosa que un estímulo para esforzarse más aún. "Realizamos lo difícil inmediatamente; para lo imposible demoramos un poco más."

En este patrón lo que puede resultar una trampa es la índole condicional del proceso. Por un lado siempre pueden ganarse los elogios pasando a la etapa siguiente, ascendiendo del equipo de tercera al de segunda, del último al penúltimo lugar de la clase, aumentando un kilo o creciendo un centímetro; los elogios son sinceros y generosos, ya que los padres creen que tienen que brindarles a los hijos todas las oportunidades y que tienen derecho a considerar el éxito del chico como la recompensa del sacrificio. Por otra parte, ni la aceptación ni el mérito son definitivos. Si no se sigue avanzando hacia la próxima etapa, no queda del elogio más que el recuerdo de una dicha perdida que es menester recuperar. La madre lo quiere *si* sale bien; el padre está contento y orgulloso si tiene éxito, si fracasa lo consuela con cierta desazón. Pero en ningún momento de la infancia, y a menudo de la vida, logra me-

recer un cariño o un elogio que no esté condicionado ni sea transitorio, que nadie le pueda retirar. Este es el antecedente de algunas actitudes americanas, como la de no aceptar a los inmigrantes y promulgar leyes estatales no muy pródigas para la asistencia social de las familias indigentes, que contrastan agudamente con la buena voluntad y la liberalidad para donar artículos y prestar servicios sin reparar en el tiempo dedicado. No es que los norteamericanos piensen, como otros pueblos, que los bienes son limitados y que si uno gana, otro pierde. Creen más bien que el número de premios para el certamen, el número de buenas notas para la clase, es más limitado que el número de participantes. Si aumentan los contendientes, la carrera interminable por las notas o los premios se hace proporcionalmente más difícil. No es que el chico se acostumbre a querer derrotar a los otros, sino que espera fervientemente poder aventajar al número necesario para poder triunfar; los demás son para él incidencias, no cuentan tanto como rivales que hay que vencer sino como competidores que hay que dejar atrás. La educación recibida no le permite gozar abiertamente de la contienda y luego, al actuar en un ambiente de rivalidad que le exige a veces una competencia rigurosa y hasta feroz, la lucha en sí no le proporciona mayor placer. Acepta el mandato de seguir triunfando, avanzando, conservando su puesto entre los demás. Los métodos que se ve obligado a utilizar son parte del juego y se pueden dejar a un lado en la camaradería compensatoria que llega hasta mezclarse con la desagradable rivalidad. Cuando es posible olvidar por completo esta rivalidad en las relaciones entre los hombres suele surgir un juego delicioso de pretendida agresividad con estocadas y pases inofensivos y tonificantes.

Pero el papel de la hermana, de la novia y de la esposa es muy complejo en un mundo como éste, donde la masculinidad impetuosa del varón se orienta hacia la competencia por el éxito. Debido a que desde un principio es la madre la que manifiesta la aprobación o la censura, las amonestaciones de la conciencia tienen voz de mujer para ambos sexos, es la voz que dice: "No estás logrando lo que tendrías que lograr." El hombre que se siente fracasado está resentido con las mujeres y con los valores que las mujeres representan: los valores sociales, la legislación social, "la bondad sentimental". Y no sólo se resiente el que fracasa sino también el que cree que el triunfo le cuesta un sacrificio demasiado grande y vive comentando cuánto trabaja, que se ha hecho solo y que ahora la vida es más fácil que antes. El norteamericano que triunfa sin sentir que se ha tenido que sacrificar demasiado está en paz consigo mismo y con su conciencia, es generoso y hace donaciones para las obras de caridad o para el fondo de asistencia del sindicato, les envía víveres a los necesitados de Europa, apoya la legislación social, hasta integra una comisión para reunir fondos para la organización benéfica que patrocina la esposa. No obstante, en cualquier momento esta bondad afable puede ser suplantada por las aserciones violentas contra los "reformadores" que lo obligan a seguir un camino que le resulta intolerable, ya que desde el punto de vista de la competencia despiadada parecería que ese camino no tiene nada que ver con el problema inmediato de mantener un hospital o aumentarles el sueldo a los maestros. Queda mal condescender abiertamente a manifestar las virtudes cívicas; el hombre para ser hombre tiene que salir a dar pruebas de ello y sólo entonces puede dejarle la fortuna a un asilo de huérfanos. Para el norteamericano la carrera ideal es la del niño pobre que aprende a rezar junto a la madre, lucha contra grandes obstáculos ascendiendo y utilizando sin remilgos femeniles pero sin placer los métodos que la dura lucha reclama y que, millonario al fin, no les deja la fortuna a los hijos, porque sería arruinarles el carácter privándolos del gradiente que les ofrece por lo menos cierta posibilidad de éxito, sino que la destina a obras benéficas, dotando al pueblo natal o al país de colegios, bibliotecas, galerías de arte y orfanatos. Estas son las cosas que la madre le enseñó a respetar, cuando él se dedicaba de lleno a procurar el éxito. Las mujeres buenas lo han hecho así y terminan por quedarse con sus réditos, utilizándolos para sus propios fines, y en el ínterin él se ha esforzado por ser el hombre que según ellas debía ser. Como el cariño materno está cada vez más condicionado por el triunfo, tienden a fundirse en la mente del niño las imágenes de la madre y de la maestra, atribuyéndosele a la maestra algunos de los aspectos de la madre mala que antiguamente caracterizaban a las madrastras de los cuentos.

La hermana desempeña un papel muy especial en la vida del niño norteamericano que se prepara para triunfar en un orden donde lo comparan por su edad y tamaño con los demás y donde las recompensas vienen de las mujeres más que de los hombres. La hermana se transforma en doble rival a medida que crece más ligero, cumple mejor con los deberes, se ve en menos aprietos y aprende las lecciones que le enseñan las mujeres con más facilidad. Resulta curioso que en América la hermana represente siempre a la hermana mayor que los padres defienden, que se dé maña para ganar, que se sale con la suya — es decir, que obtiene la misma recompensa con menos esfuerzo — mientras que la hermana ideal es siempre la menor, la que puede ser superada sin esfuerzo.[7] La costumbre que tienen las madres norteamericanas de utilizar las comparaciones odiosas o desafiantes como aliciente para los hijos los exasperan, más cuando se refieren a la hermana, a la prima o a la vecina. Se le inculca al niño que tiene que aventajarla por ser varón y que es justo y lógico comparar los méritos de ambos según la misma escala a la misma edad porque los dos andan en bicicleta o duermen solos en el tercer piso o están en el grupo adelantado de tercero. Cuando

a los adultos les conviene, los tratan como si fueran iguales, y como si fueran distintos cuando la distinción puede servir de estímulo. Si el varón llora, lo retan más que a la niña que no llora; si ella lo domina, le dicen que es peor que si lo venciera un varón, aunque la chica sea el doble de grande y le hayan enseñado al niño a no pegarle por ser mujer. Se comparan los modales de unos y otras desde que se sientan juntos en el cuarto de los niños y más adelante, en el colegio, comienza la confrontación de la prolijidad y la puntualidad además del progreso en la lectura, en ortografía y en aritmética. La niña lo desafía y lo aventaja por lo menos en la mitad de los casos y, a veces más, hasta que por fin en el secundario encuentra la compensación en las ciencias y la mecánica, materias en las que ya no se espera que se luzcan las niñas. Mientras tolera que lo aventajen — por lo menos la mitad del tiempo — comprende que las chicas son capaces de hacer la mayoría de las cosas dignas de recompensa que hacen los varones, lo que le resulta insoportable por parecerle humillante.

Esto se manifiesta luego en la vida, en el hecho de que las mujeres tienen acceso a casi todas las ocupaciones, pero también se refleja en la renuencia a darle los puestos bien remunerados o que confieren amplias facultades administrativas — los dos índices más corrientes del éxito de un hombre — aun en aquellos campos para los que la mujer está mejor preparada, como por ejemplo ciertos servicios públicos. Hay muchas sociedades que educan a los varones enseñándoles simplemente a no ser mujeres, pero esta educación redunda inevitablemente en detrimento, ya que el hombre teme perder lo que tiene y vive obsesionado por este temor. Pero si además de aprender a no ser niña por nada del mundo, se ve obligado a competir con ellas constantemente a la edad en que las chicas se desarrollan más rápidamente que los varones, y en los trabajos asignados por una mujer que ellas interpretan mejor, se agudiza la ambivalencia. Los norteamericanos se valen por lo menos en parte del amor propio masculino para superar a las mujeres, en términos de dinero y de categoría. Las mujeres comparten la misma noción y tienden a despreciar al hombre aventajado por una mujer. A las norteamericanas que llegan a ocupar puestos de autoridad y categoría les resulta muy difícil tratar a los subalternos razonable y sensiblemente — ¿pues no son acaso fracasados si están ahí? — y las horroriza la idea de ganar más que el marido si quieren sentirse femeninas o le echan en cara su propio éxito cuando poseen el sentido de la competencia entre los individuos de ambos sexos. Tenemos por lo tanto el cuadro contradictorio de una sociedad que le abre todas las puertas a la mujer, pero que interpreta cada paso que da hacia el triunfo como perjudicial para las probabilidades de casarse y para los hombres que va dejando atrás.

Este antagonismo se acentúa precisamente en la clase media y entre los que aspiran a esta categoría social, ya que las ocupaciones de la

clase media se prestan al lucimiento de la mujer, sintiéndose los hombres más reprimidos porque se rechaza y se traba la masculinidad exuberante a fin de reservar y postergar la gratificación de los impulsos. Las madres burguesas, instruidas y tranquilas en el retiro del hogar, disponen de mucho tiempo para dedicarse a formar a los hijos, manifestándoles y retirándoles el cariño según las actitudes que adopta el niño. Y las virtudes de la burguesía — el ahorro, la puntualidad, la frugalidad, la previsión, la asiduidad, el control de los ímpetus, el respeto por la opinión de los demás, el acatamiento de un código de costumbres — son virtudes que se pueden adquirir. Las habilidades que requieren la aptitud del cuerpo y en las que los hombres pueden destacarse, como la caza, la equitación o la lucha, no figuran en la nómina de actividades de la clase media. Las virtudes burguesas que el niño adquiere en la relación recíproca con su madre se fundan en el patrón de actividades del canal gastrointestinal; se trata de recibir, guardar, librar con orden, y el varón tiene la complicación de aislar el control impuesto sobre la eliminación de la necesidad de conservar la virilidad impulsiva. Aunque no se evoquen las características particularmente femeninas, a la niña no le cuesta tanto observar los preceptos que se refieren al momento y al lugar. El norteamericano se ve obligado a competir durante la niñez, tanto en la casa como en el colegio, con chicas que le llevan cierta ventaja en casi todas las actividades que se premian, así como se elogia, por ejemplo, al que se defiende pero no al que pelea. Los deportes, tan estrechamente asociados con la fuerza y la vulnerabilidad corporal, constituyen casi el único campo del que aún queda excluida la competencia femenina y representan una evasión emocionante para los jóvenes y los hombres, aunque sea en las páginas de los diarios. Y la evasión es necesaria en un juego como éste, donde hay trampa pero nadie puede perder, so pena de perder el afecto de los demás y por ende, el amor propio.

Entretanto, ¿cuál es la situación de la niña que tiene la facilidad y el éxito asegurados en la competencia con el hermano debido a las condiciones imperantes en el hogar y en el colegio? Para el hermano, es como una hermana mayor que tiene privilegios, que se sale con la suya. En lugar de enseñársele a no hacer ciertas cosas por ser niña, a cruzar las piernas y a bajar los ojos, a sentarse en una butaca a bordar labores primorosas, se le enseña a hacer las mismas cosas que a los varones. Al varón le dicen que debería darle vergüenza que una niña lo aventaje y se invocan símbolos anticuados de superioridad masculina para rutinas como la de acordarse de cepillarse los dientes o de hacer los deberes. La sensación que siempre ha tenido el hombre de que para tener éxito en la vida sexual hay que ser fuerte, se invoca en provecho de actividades que no son del caso. Al mismo tiempo, se le dice a la niña que tiene que hacer todo mejor que el hermano, no porque

sea para ella humillante fracasar, sino porque a las niñas les cuesta menos ser buenas. Whittier sintetiza esta paradoja de la competencia entre los varones y las niñas en la poesía "In School Days" (En el colegio), que fue de las primeras en celebrar las alegrías y las penas de la coeducación, y que relata la historia de una niña que aventajó a su compañero en ortografía: [8]

"I'm sorry that I spelt the word:
I hate to go above you,
Because," —the brown eyes lower fell—
"Because, you see, I love you!"

("Lamento haber escrito esa palabra: no me gusta ganarte porque" — y bajó los ojos pardos — "porque yo te quiero, ¿sabes?"), y resulta significativo que el poeta, un hombre, al hablar de ella con tanta dulzura y nostalgia, moralizando sobre el contraste entre su actitud y la de la mayoría de la gente:

He lived to learn in life's hard school,
How few who pass above him
Lament their triumph and his loss
Like her —because they love him.

(La experiencia dura de la vida le enseñó luego cuán pocos son los que al vencerlo lamentan el triunfo propio y su derrota por quererlo como ella), se refiera a su muerte con sutileza, pero terminantemente:

Dear girl! the grasses on her grave
Have forty years been growing!

(¡Pobre niña! hace cuarenta años que sobre su tumba crece la hierba.) De la misma manera los aborígenes de Nueva Guinea relatan la historia de la mujer que les entrega a los hombres los símbolos que han de servir para compensarlos por su inferioridad frente a ella y luego les dice que sería mejor que la mataran. El amor en estas condiciones se vuelve intolerable. En la niña norteamericana se suscita un conflicto de otro orden. También tiene que hacer los deberes y obedecer a la madre para no perder su cariño, la aprobación de la maestra y las recompensas que reciben los que triunfan. También a ella le gustan las galletitas con dulce y quiere contar con el permiso de sacar lo que se le antoja de la heladera. Este derecho le corresponde casi automáticamente. Hay una bombonería en Nueva York que tiene en la vidriera un cartel que reza: "Para todas las niñas y para los varones *que se portan bien*." El derecho es inmanente, pero le exige un sacrificio. Si cumple con todos los preceptos, si saca buenas notas, si gana becas u obtiene un puesto de periodista hace algo imperdonable tanto para su criterio

como para los demás. Cada paso que avanza hacia el éxito como integrante de la sociedad norteamericana, sin distinción de sexo, representa un paso hacia atrás como mujer y significa a la vez que ha hecho retroceder a algún hombre. Porque en América la virilidad no es definitiva, es menester conservarla y renovarla día a día y uno de los elementos que la definen es superar a la mujer en todos los terrenos en los que ambos sexos participan y en todas las actividades que ambos sexos desempeñan.

Cuando la niña manifiesta la actitud de la heroína de Whittier, rechaza el dilema. Es cierto que tal vez tenga que saber la palabra ahora en tercer año porque, orientada como está hacia el éxito, no puede soportar el fracaso. Pero más adelante ha de desviar su interés, apartándose de la competencia falsa y del juego peligroso, para triunfar en otro plano como esposa y madre. Persiste la necesidad imperiosa de triunfar; no es tan absoluta como para el varón porque a la niña se le exige que triunfe como ser humano sin que exista la amenaza de no ser una verdadera mujer si no se destaca. El fracaso menoscaba la identidad sexual del varón, en cambio las niñas, si son bonitas, son más encantadoras si necesitan un caballero que les ayude a estudiar. No obstante, esto sucede cada vez menos. Se está difundiendo sutilmente por todo el país la pretensión de que tanto los hombres como las mujeres tengan la misma estructura de carácter. En una encuesta realizada en 1946 por *Fortune*, los hombres tenían que declarar con cuál de tres jóvenes igualmente bonitas preferirían casarse: con una que nunca hubiera trabajado, con una que se hubiera destacado bastante en el empleo, o con una que se hubiera desempeñado brillantemente en su trabajo. [9] Las preferencias fueron las siguientes: el 33,8 por ciento eligió a la que había tenido cierto éxito, el 21,5 por ciento a la de carrera brillante y sólo el 16,2 por ciento escogió a la joven que no había trabajado nunca. Todavía se prefiere a la que no se destaca demasiado, pero esta opinión sirve para instar a la joven a trabajar antes de casarse, tal vez hasta que nazca el primer hijo, y también a empezar a "hacer algo", aunque sea un trabajo voluntario, o a dedicarse a alguna afición, en cuanto los hijos van al colegio. El hombre quiere que la esposa le proporcione la certeza de su propio éxito actuando en una escala menor, pero al mismo tiempo quiere que le gratifique sustitutivamente sus aspiraciones de competencia, desempeñándose bien. Podría afirmarse que la distancia introspectiva que media entre "cierto éxito" y "carrera brillante" significa "a expensas de otro, actuando en otra esfera" más que "superándome a mí", prevaleciendo el énfasis sobre el éxito. Se desconfía cada vez más de la joven que nunca ha tenido un empleo. Quizá no haya podido conseguir un puesto, quizá si lo hubiera intentado habría fracasado, y, ¿quién tiene interés en una mujer que podría haber sido incompetente, por más dócil y animosa que sea? Re-

sulta también interesante comprobar que el 42,2 por ciento de las mujeres que respondieron a la pregunta creían que los hombres preferirían a la que se destacara medianamente, que sólo el 12,1 por ciento pensaba que los hombres podrían elegir a la que no hubiera trabajado y que el 17,4 por ciento estimó que preferirían a la que tuviera una carrera extraordinaria. Los comentaristas de *Fortune* agregan: Es evidente que las mujeres capaces no le inspiran a los hombres el recelo que suponen. Esto se advierte particularmente entre los hombres pobres, ya que el 25 por ciento cree que la joven de carrera brillante sería la mejor esposa. Las mujeres de condición modesta también eligen a la chica que se destaca (24,7 por ciento), mientras que las de la alta burguesía no la favorecen mucho (12,3 por ciento). Y obsérvese que precisamente la alta burguesía le da a las niñas una educación más similar a la de los varones, obligándolas a competir más directamente con los varones y sometiéndolas a las presiones que he mencionado.

Por consiguiente, desde el pricipio al fin de su educación y de la evolución de las perspectivas vocacionales, la niña se encuentra frente al dilema de manifestar sus condiciones lo suficiente como para destacarse, pero no demasiado; para merecer y conservar un puesto, pero sin la dedicación que conduce a una carrera extraordinaria que le impida luego renunciar a su trabajo para casarse y ser madre. La consigna es como las instrucciones de la clase de baile: "Dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás." Si no la cumple ha de atenerse a las consecuencias. ¿Y cuáles son las consecuencias? ¿No casarse? Si no fuera más que eso, no sería tan grave. Hay más mujeres que hombres en el mundo y muchas sociedades han logrado estilizar los votos de castidad y de pobreza asegurándoles así una vida digna. La monja que le ofrece a Dios sus cualidades potenciales de esposa y madre para la humanidad entera, y que sustituye la creación de sus propios hijos por las plegarias y el amor a las criaturas de Dios, siente que integra los designios divinos cumpliendo con el deber humano de "amar y proteger la existencia del hombre y la vida del mundo." [10] En los autobuses llenos y en los subterráneos, donde los hombres ahora permiten que las mujeres viajen de pie con los hijos en brazos — porque las mujeres también ganan, ¿no? —, les dan sin embargo el asiento a las Hermanas de Caridad.

Pero la mujer que sigue una carrera en vez de casarse no goza en los Estados Unidos de una posición tan grata ni tan acreditada. El mismo sentimiento que a veces domina en los norteamericanos, cuya generosidad no tiene paralelo en el mundo, cuando se oponen a que entren en el país algunos miles de huérfanos desamparados, juntamente con la noción de que el éxito de la mujer obra en desmedro de la virilidad del hombre, anula todas las posibilidades de que el papel le proporcione plena satisfacción. Si se destaca en una profesión como la del

magisterio, los hombres la desechan o recurren a expedientes tan increíbles como dictaminar que las mujeres no pueden enseñar historia en segundo año, de modo que la misma adopción de las medidas defensivas los denigra ante sí mismos. Nadie, ni el hombre ni la mujer que éste deja atrás, cree que esté bien que un hombre inepto sea nombrado director de un colegio pasando por encima de cinco mujeres mejor capacitadas. Ninguno de los dos sexos se siente conforme, ni las mujeres competentes, escrupulosas y dedicadas que pueden constituir el 80 por ciento de los concursantes, ni los hombres que tal vez representen el 20 por ciento y sospechan en general que el verdadero motivo de la promoción sea que "prefieren un hombre".

Tal vez esta situación, en la cual las mujeres se ven siempre diferidas después de consagrarse toda la vida a una profesión "dedicada", que exige virtudes femeninas como la imaginación minuciosa y la paciencia con los niños, sea una de las razones por las cuales las mujeres prefieren trabajar en las fábricas y en las oficinas, donde no es tan fácil relegarlas. Así pueden valerse también de otros recursos. Puesto que mientras las armas de la maestra y de la visitadora social son la voz maternal y la exigencia permanente de que los hombres sean rectos, las armas de la que elige otra carrera en los Estados Unidos pueden incluir las de la mujer que se vale de su sexo para lograr lo que ambiciona. La obra de Ilka Chase, *In Bed We Cry* (Lloramos en la cama), describe precisamente la tragedia de esta situación, la amenaza que la carrera brillante de una mujer representa tanto para ella como para el hombre que quiere. [11] La niña que siente una vocación más fuerte por el éxito que por el papel de esposa y madre se inicia en una carrera en la que ningún recurso le está prohibido. El varón está mejor preparado para la conducta prevista en el mundo de la competencia. Ambos adquieren en los campos de deportes las nociones éticas de la lealtad en la lucha, de que no hay que intimidar ni acosar, pero simulando siempre que cualquier varón es más fuerte que una niña. Tal vez en ella este anhelo de triunfar provenga de esa comparación, de la afirmación de que los varones siempre han de aventajar a las niñas; quizá se avive porque le cierran muchas puertas debido a que las mujeres "terminan abandonando el trabajo para casarse" o porque el padre o el hermano se burlan de que las niñas no tengan aptitud para las matemáticas. De cualquier modo, queda definida como más débil, y en América no hay normas que rijan el proceder del más débil. Cuando las norteamericanas —la mayoría— se guían por las reglas de la lealtad y las concesiones mutuas, renunciando a la pensión del divorcio, lo hacen considerándose seres humanos capaces, sintiéndose en igualdad de condiciones frente a los hombres y negándose por lo tanto a valerse de ellos en provecho propio. En cambio, a la mujer que se destaca en una carrera masculina le resulta casi imposible proceder correc-

tamente debido a la definición de la sociedad. La mujer que se destaca más que el hombre —y en una carrera masculina la única alternativa es aventajar a unos cuantos hombres — comete una acción hostil y destructiva. Si es bella o seductora, su proceder es todavía más fatal. A la mujer hombruna o fea se la puede tratar como si fuera en el fondo un hombre y es más fácil perdonarle el éxito. Pero no hay excusa alguna para la mujer femenina: cuanto más femenina es, más difícil resulta perdonarla. Esto no significa que todas las mujeres que escogen una actividad o una carrera en la que predominan los hombres sean hostiles y destructivas. Significa sí, que la mujer que desarrolla y reprime durante la niñez cierta potencia destructora corre un riesgo psicológico cuando desempeña luego un papel que se define como destructor. La situación puede llegar a resultarle absolutamente intolerable a la mujer que tiene actitudes maternales bien definidas.

Por consiguiente, el hermano y la hermana que se educan juntos saben qué es lo que cada uno desea del otro y lo que son capaces de dar. La niña se acostumbra a disciplinar y a atenuar la ambición que la sociedad le estimula constantemente, ya que se dice que las jóvenes que tienes puestos administrativos tienen su "carrera" y tener una carrera es interesante, mientras que los hombres con las mismas aptitudes son sólo empleados. Tenemos también la situación aparentemente insólita de que a medida que aumenta el número de mujeres que trabajan, las mujeres parecen interesarse cada vez menos por destacarse profesionalmente. Hace cincuenta años, la joven de singulares dotes que cursaba estudios universitarios tenía como meta una profesión, una carrera. Desechaba a menudo la idea de casarse porque le parecía un impedimento. Hoy en día una chica con la misma capacidad confiesa generalmente que quiere casarse y está más dispuesta a sacrificar la carrera por el matrimonio que a perder la oportunidad de casarse por la carrera. Debido a que se ha generalizado la costumbre de que las chicas trabajen antes de casarse —y si no tienen suerte, toda la vida— se esfuerzan por adquirir conocimientos y por prepararse para una profesión. Si son inteligentes y tienen aptitudes, el virtuosismo y el anhelo de triunfar las induce a dedicarse por entero al trabajo, pero rara vez se entusiasman tanto como para descartar el matrimonio.

Tampoco manifiesta ya la sociedad la condescendencia de antes para la que no resulta elegida. Los veredictos que brotan de los labios de la joven soltera al referirse a una solterona no son tan benévolos: "Debe ser una neurasténica", "No se fija en nadie", "No supo aprovechar las oportunidades que se le presentaron". Para la mujer el éxito radica en conseguirse y conservar un marido. Esto es más cierto ahora que hasta hace una generación, cuando aún se pretendía que los hombres eran los que buscaban a las mujeres y había chicas que hallaban tan

maravillosa la nueva libertad fuera del hogar que se dedicaban por entero al trabajo. Lo cual no nos extraña en este mundo donde se considera que el hombre soltero es un fracasado en lo que respecta a las relaciones humanas, una *rara avis* que, a pesar de la cantidad de jóvenes que hay, no ha podido encontrar ninguna por pereza o por negligencia. Cuanto más se destaca un hombre, más cree la gente que ha de ser un buen marido; cuanto más se destaca una mujer, más se pone en duda que pueda llegar a ser una buena esposa. La encuesta de *Fortune* detallaba las razones por las cuales se creía que los hombres habrían de preferir a las mujeres que tuvieran una carrera brillante — porque serían más eficientes, manejarían mejor el dinero y podrían ayudarle al marido — y agregaba: "Muy pocos consideran que la inteligencia sea una ventaja en la mujer y casi nadie dijo que sería más fácil congeniar con ella." La conocida frase "hasta los mejores cocineros son hombres" implica la admisión de que el norteamericano no ha sido educado para sentirse dichoso de ser el marido de una *chef* de renombre.

16. CADA FAMILIA EN SU HOGAR

La noción de que cada familia tiene que vivir en su propio hogar nos parece una verdad trillada que cualquier norteamericano acepta sin vacilar. Casi todos los norteamericanos admiten asimismo que hay escasez de viviendas debido a la declinación de la construcción durante la década de 1930 y la Segunda Guerra Mundial y a ciertas discrepancias entre los costos y los ingresos que sería menester ajustar. Sin embargo, hay que tener presente que la palabra "familia" sirve para designar a un número cada vez más reducido de personas, que ha aumentado progresivamente la cantidad de familias y que, en consecuencia, es cada vez mayor la necesidad de disponer de más unidades a diferencia de espacio habitable. Aunque los senadores sureños se oponen a veces a la legislación para la mujer aduciendo que la mujer es para la casa, casi todos ceden, por lo menos aparentemente, cuando se les pregunta: "¿La casa de quién?" En los Estados Unidos la mujer ya no se queda en casa y la exclusión de este derecho que le ha correspondido siempre en casi todas las sociedades se debe en parte a nuestra convicción de que cada familia tiene que vivir en su propio hogar, donde sólo puede haber una mujer. Además, la familia comprende solamente al marido, a la mujer y a los hijos menores.

Se considera que cualquier otra forma de vida presenta grandes inconvenientes. La combinación madre-hijo se clasifica como perjudicial para el hijo, ya que no se quiebra el vínculo y esto le arruina la vida.

No se critica tanto al padre que vive con una hija, pero si la joven está en edad y en condiciones de casarse, se censura al padre e insta a la hija a que busque novio. Los hermanos y las hermanas que viven juntos —solución corriente para los que teniendo cierta posición carecían de medios en otras épocas — están mal vistos, aunque uno de ellos sea viudo y tenga hijos. Se piensa que en este caso alguien se está sacrificando por los demás. Los hijos solteros que se ganan la vida no tienen por qué permanecer en el hogar; tienen que irse, casarse y formar sus propios hogares. Tampoco deben quedarse los padres ancianos a vivir con los hijos casados; de ninguna manera si ambos viven y pueden "hacerse compañía" y sólo si es imprescindible cuando ha fallecido uno. El concepto inflexible de los norteamericanos de que los parientes, especialmente las suegras, son funestos para el matrimonio, no repara en la soledad de los mayores. Los respetamos si "viven su vida", sin contar con disposiciones sociales que se lo permitan. Las dos únicas excepciones de esta insistencia sobre la inferioridad y la conveniencia de cualquier forma de organización doméstica aparte de la familia biológica con o sin hijos, las constituyen las jóvenes solteras que viven juntas y la mujer divorciada o viuda con hijos que vuelve a la casa de algún familiar, por lo general una hermana soltera o el padre *. La actitud correcta frente a la mujer viuda o divorciada que tiene hijos que mantener es suponer que se ha de volver a casar y que la solución doméstica adoptada es temporaria. Los hijos necesitan que haya un hombre en la casa para educarlos y se compadece a los que han perdido al padre. No se cree que los abuelos ni los tíos puedan reemplazarlo. En cuanto a las mujeres solteras que viven juntas, merecen todavía cierta tolerancia con un dejo de la condescendencia que hace un siglo se les acordaba a las solteronas, pero esta benevolencia se advierte cada vez menos. Ahora las jóvenes que trabajan y que comparten la misma casa tienen que justificarse con alusiones a la escasez de viviendas o alegando razones de economía. Surge la duda y hasta el temor de que comprometan así sus probabilidades de casarse. Unicamente se admite que los hombres vivan juntos en los pensionados universitarios, en los cuarteles y en los campamentos obreros, situaciones precisas que suponen que son demasiados jóvenes para casarse o que las esposas no pueden acompañarlos. De lo contrario, los hombres que viven juntos tienen que cuidar que no se ponga en duda su heterosexualidad. La ética que anima las diversas formas de censura social y que se manifiesta

* En 1947 una de cada diez familias no tenía hogar propio. Entre éstas, había dos millones y medio de matrimonios con o sin hijos, es decir, personas que en esta cultura tienen derecho a creer que arriesgan así la felicidad como peligra la salud durante una época de escasez. Había 750.000 grupos constituídos por un progenitor y los hijos (generalmente la madre y los hijos).[1]

en los reproches a la persona que parece egoísta y en los consejos para alentar a los supuestos perjudicados, se funda en la convicción de los norteamericanos de que es una perversidad restringir la libertad emocional de los demás impidiéndoles gozar de la vida. Y como gozar de la vida es para ellos casarse, resulta evidentemente equivocada cualquier solución doméstica que pueda inducir a la persona en condiciones de casarse a renunciar al matrimonio, mientras que beneficiarse por semejante situación denota un proceder egoísta y abusivo.

Estas actitudes y preferencias van creando un mundo en el que la persona se casa y vive en su propio hogar o se queda sola, almuerza en restaurantes, se pasa la noche leyendo y ve las películas dos veces, renovando el programa diario y valiéndose de su propia iniciativa para evitar la soledad. Con estos antecedentes no es extraño que los norteamericanos estimen que una de las ventajas primordiales del matrimonio sea la compañía, porque somos un pueblo gregario y necesitamos la presencia de los demás para lograr la plena sensación de nuestro ser. No hay durante la niñez ni la adolescencia ocasiones que sirvan para habituarse a estar solo o para apreciar lo que significa ser dueño de la soledad. Lo que el niño hace por su cuenta, con reserva, resulta sospechoso. "Hay tanto silencio que debe de estar haciendo alguna travesura." Las divagaciones y los ensueños se miran con malos ojos. Las personas que prefieren quedarse leyendo en lugar de salir obtienen menos puntos en los cuestionarios sobre las características personales. Hasta los más sencillos placeres sensoriales, como el de leer en la bañera el domingo de mañana, se consideran indulgencias antisociales. El tiempo que uno pasa solo se aprovecharía mejor con los demás y tanto el tiempo como el dinero son valores que hay que aprovechar lo mejor posible. El niño deja el hogar donde todos comparten la misma sala para ir al colegio, donde tanto el estudio como el recreo son colectivos. Durante la adolescencia se siente excluido si no tiene con quién salir cuando no hay que estudiar y al llegar a la edad adulta encuentra insoportable la falta de compañía. Lo primero que hace al entrar a una habitación vacía es poner la radio para suprimir el silencio. "El silencio perturba" dice esta generación que se ha criado estudiando en grupos con el estrépito de la radio. Lo que significa que cuando se encuentran a solas surge inevitablemente la pregunta: "¿Qué hice para merecer este aislamiento?", ya que así como se acostumbra a vigilar al niño que busca la soledad, también se suele como penitencia echarlo de la habitación o encerrarlo en su cuarto.

And if you doubt what the things I say,
Suppose you make the test;
Suppose when you've been bad someday
And up to bed are sent away

From mother and the rest—
Suppose you ask, "Who has been bad?"
And then you'll hear what's true
For the wind will moan in its ruefullets tone:
"Yooooooooo!
"Yooooooooo!
"Yooooooooo![3]

(Y si no me crees, ¿por qué no haces la prueba; por qué cuando te portas mal y te mandan a tu cuarto, lejos de tu madre y de los demás, no preguntas: "¿Quién se ha portado mal?" Entonces oirás la verdad; el viento aullará con su voz plañidera: "Tuuuu, tuuuu, tuuuu".) La soledad, ya sea anhelada o involuntaria, resulta indeseable y sospechosa. Cuanto más admirada y apreciada es la persona, más la reclaman, y sería egoísta de su parte quedarse leyendo, ocasionando sin querer la desdicha de otro. El proceder leal, la magnanimidad deportiva, que en América tiene un sentido que difiere de la tradicional aceptación inglesa, implica no negarse nunca a hacer lo que se tiene por divertido cuando los demás se lo piden, aduciendo cansancio, fastidio o la necesidad de estudiar, de escribir cartas o de zurcir medias. Los que critican a los norteamericanos porque necesitan la tranquilidad que les brinda la compañía a menudo se olvidan de señalar que, en una cultura como la nuestra, las necesidades universalmente reconocidas entrañan también deberes para todos, y que si se dice que uno está solitario cuando está a solas, resulta evidente que todos tienen la obligación de estar con otra persona. Por eso los niños deben tener "con quien jugar", los adolescentes tienen que salir y los adultos tienen que casarse y formar su hogar.

Por consiguiente, los dos valores sociales codiciados que no se pueden obtener fuera del matrimonio son la compañía permanente y la paternidad o la maternidad. Casi todas las demás necesidades humanas que antes se satisfacían en el hogar se satisfacen ahora en otra parte: los restaurantes brindan la comida; las revistas, el cine y la radio sirven para distraerse y traen noticias y chismes; hay lavaderos y tintorerías y establecimientos que se encargan de zurcir las medias y de guardar la ropa de invierno, y otros lugares donde uno se puede lavar la cabeza, arreglar las uñas y lustrar los zapatos. Para la gratificación sexual ya no es preciso elegir entre el matrimonio o la prostitución; la mayoría de los que no tienen reparos de índole religiosa pueden tener relaciones sexuales amistosas, sin compromiso ni responsabilidad. Con el automóvil, ya ni siquiera es necesario que la pareja fortuita disponga de un departamento. Las recepciones se ofrecen en los hoteles y en los clubes. Si uno se enferma, se interna en un hospital, y cuando se muere el velatorio puede realizarse en una funeraria. Hay servicios que se

ocupan de atender las llamadas telefónicas y de hacer las compras que uno ordena. Las diversas necesidades, de alimentarse, de albergarse, de tener relaciones sexuales y recrearse, se satisfacen eficientemente fuera del hogar, y sin embargo, ahora hay más gente que se casa que en ningún otra época de nuestra historia.

El matrimonio es un estado hacia el cual se sienten impulsados los norteamericanos y que representa para la mujer educada para ser activa y dinámica la oportunidad de realizar las aspiraciones que los demás le fomentan y le reprimen a la vez durante la infancia. Aunque en otras culturas la mujer domina más en el hogar, en América llama la atención la forma en que la mujer da la tónica del hogar. Esto puede atribuirse a diversos antecedentes: a que los valores estéticos le fueron confiados a la mujer durante la colonización, a la exigencia de que todos trabajaran, lo que motivó que los hombres estuvieran demasiado cansados para dedicarse al hogar, y particularmente a la división del trabajo entre los inmigrantes que no eran de habla inglesa. Al llegar, el padre se ponía a trabajar para ganar el sustento, mientras la madre se dedicaba a aprender las costumbres del país, y se ha acentuado esta división entre la adquisición de los medios y del estilo de vida como preocupaciones propias del hombre y la mujer. La vida urbana, con la complicación de los sistemas de transportes que obliga a los hombres a almorzar cada vez más fuera de casa, también contribuye a crear esta situación. A medida que los colegios se van consolidando y aumentan las distancias, los niños se van quedando a almorzar y la casa está desierta todo el día, por lo que la madre tiene tiempo para estudiarse las revistas, cambiar el arreglo del *living* y actualizar sus nociones sobre la paz mundial y el sistema de educación oficial en los ratos libres que tiene entre que atiende el teléfono, espera que llegue la ropa del lavadero y sale a hacer una diligencia.

De suerte que le corresponde a las mujeres determinar el estilo de vida de la familia consultando al marido únicamente para los problemas decisivos, porque ésa es su responsabilidad. Durante los primeros tiempos del matrimonio y la maternidad, le consagra a esta tarea toda la energía adquirida durante una infancia sana y activa. Si ha recibido una educación esmerada y está preparada para una actividad o una carrera, y sobre todo si se destacó profesionalmente antes de casarse, pone más énfasis en la forma de dirigir el hogar y criar a los hijos, empeñándose en demostrar que es una buena madre y una buena esposa. A veces puede decir con toda franqueza: "Sé que mi niña ya podría ir al colegio sola, pero la sigo llevando. Después de todo, es lo que justifica que me quede en casa." No siempre manifiesta abiertamente sus dudas acerca de la necesidad de dedicarle todo el tiempo al hogar, concentrándose entonces en el desempeño de la compleja tarea. Se

rige por las mismas normas que el marido: tiene que destacarse, superarse, exigirse cada vez más.

Al analizar la labor de la dueña de casa en los Estados Unidos, en ese hogar que glorifican las revistas femeninas y que presuponen los episodios radiales que tan bien se cuidan de especificar los detalles, advertimos ciertas contradicciones muy curiosas. En el hogar bien puesto —el objetivo de todos los anuncios— todo se hace más rápido y con menos esfuerzo: la ropa se blanquea en seguida, las planchas funcionan casi sin que uno se dé cuenta, el accesorio de la aspiradora sirve para limpiar los libros, el nuevo líquido para lustrar la platería la conserva siempre flamante. En realidad se le dice a la mujer, y al marido que no puede evitar los avisos de los diarios aunque no escuche la radio, que puede ser dichosa, moderna y disfrutar de muchas horas libres, si tiene los artefactos necesarios. Parece que en cierta época — en la década de 1920, cuando aún se conseguía servicio— la mujer que tenía unos cuantos aparatos y por lo menos una sirvienta, disponía de bastante tiempo para jugar al bridge. Esta es la imagen que conservan las profesionales de más de cincuenta años cuando comentan con envidia que las amas de casa tienen muchos ratos de ocio, especialmente en comparación con las que además de trabajar atienden el hogar, como lo hacen tantas, y no por capricho sino por necesidad. Hubo también una época, cuando apenas aparecieron las primeras panaderías y los lavaderos, los repartos y los alimentos envasados, las confecciones y las tintorerías, en la que pareció que la vida se iba a simplificar enormemente. La aspiradora representaba una gran ventaja para la casa que mantenía el *standard* de limpieza de la escoba y el cepillo, los lavaderos significaron un alivio para las familias que lavaban las sábanas en una tina anticuada y las panaderías una solución para quienes se dedicaban un día entero a hacer el pan. Sin embargo, así como los nuevos paliativos producen otra sensibilidad y distintos estados morbosos, los modernos aparatos no le han dejado a la mujer más tiempo libre para jugar con los hijos, ni para acurrucarse junto al fuego a leer, ni para colaborar con los maestros, sino que conjuntamente con otras complicaciones, le hacen la vida más difícil en vez de más fácil. La mayoría de las mujeres que viven en zonas urbanas no están enteradas de que, según el informe de Bryn Mawr, las tareas domésticas requerían 60,55 horas semanales en el hogar de una familia típica de agricultores, 78,35 horas en la casa de las familias que viven en ciudades de menos de 100.000 habitantes, y 80,57 horas en las ciudades de más de 100.000 habitantes.[3] Esto era antes de la guerra, cuando en todo el mundo se estaba adoptando la semana de cuarenta horas de trabajo.

Tal vez el término más significativo que se ha inventado en los últimos tiempos en el terreno de las relaciones familiares sea el de "cuidadora", o sea la persona que viene a cuidar de la familia cuando los padres tienen que salir. La madre moderna vive sola con el marido, que llega de noche, y con los hijos que de pequeños tiene que atender durante las veinticuatro horas del día, en una casa que sugiere la eficiencia de una fábrica —¿no tiene acaso aspiradora y lavadora automática?— y que ya no le ofrece muchas de las compensaciones que antes tenía la dueña de casa. Excepto en las zonas rurales, ya no produce, en el sentido de preparar conservas, encurtidos y dulces. Ya no disfruta de aquellas orgías de limpieza dos veces al año. No da fiestas en las que todos la admiran por la cantidad de manjares que ha preparado ostentosamente, sino que la admiran precisamente si da la impresión de que "ha hecho todo en un momento". Las fábricas procuran alcanzar el ideal de eliminar la mano de obra, y los ideales domésticos son análogos; hoy en día la dueña de casa tiene que lucir siempre como si no hubiera hecho ni tuviera que hacer nada; tiene que lograr un efecto de perfección espontánea, aunque se pase todo el sábado ensayando la forma de servir el desayuno del domingo sin el menor esfuerzo. Se le exige la inventiva de un jefe de producción en serie y no la facultad creadora de transformar amorosamente los materiales en alimentos y en prendas para los niños. Va de compras, encarga provisiones, transporta, integra, coordina, combina los ratos sueltos para hacer todo el trabajo y a menudo sólo puede jactarse de haber terminado bien la semana porque "nada le ha salido mal".

Generalmente, la mujer norteamericana desempeña estas tareas con entusiasmo. Demandan más energía nerviosa que esfuerzo físico, le absorben el tiempo pero no la agobian, y ella trabaja con diligencia en esa casa increíblemente limpia, donde todo brilla, donde el mango del batidor es del mismo tono que el banco de la cocina, preparando los platos milagrosos que aseguran la salud y la alegría del marido y de los hijos. Hay sin embargo dos cosas que le impiden ser completamente feliz: el temor de que a pesar de que no le queda tiempo libre, su trabajo no merezca que le consagre todo el día y el hecho de que, aunque le enseñaron como al hermano que cada uno tiene derecho a escoger su trabajo, no ha escogido el suyo. Quiso ser esposa y madre, pero no necesariamente "ama de casa". La convicción corriente de los norteamericanos es que esto se le impone por ser mujer; no es una categoría absoluta que se escoge con orgullo, sino un deber ineludible si se quiere merecer la dicha del matrimonio. Cuando las mujeres que están empleadas le preguntan qué hace, les contesta: "Nada" o "Estoy en casa". Y no obstante, son ochenta horas semanales de trabajo —quizá una noche libre si viene la cuidadora— solitaria y apurada porque ninguna otra mujer comparte ahora sus tareas, vigilando a los niños mientras juegan y procurando lucir fresca y tranquila cuando llega el marido.

Al limitar el hogar excluyendo a la abuela, a las hermanas y a las

hijas solteras, y con la desaparición de la servidumbre —como parte de ese proceso de negarse a compartir el hogar con otros adultos— se han multiplicado los hogares en los que la madre tiene que integrar todos los días la vida de la familia, preparando las comidas, empaquetando meriendas, bañando a los niños, cerrando las puertas, sacando a los perros y echando al gato, encargando provisiones, conectando la máquina de lavar, enviándoles flores a los enfermos, haciendo tortas para los cumpleaños, contando el cambio, limpiando la heladera. Mientras que antiguamente había una cafetera grande que servía para una familia de diez o doce personas, ahora hay que hacer café, lavar y lustrar la cafetera tres o cuatro veces por día. El hogar se reduce actualmente a lo más esencial, a menos de lo que la mayoría de los pueblos primitivos consideran indispensable. Las manos de la única mujer de la casa tienen que alimentar al niño, atender el teléfono, apagar el gas cuando la olla hierve, conformar al hijo mayor que rompe un juguete y abrir las dos puertas a la vez. Tiene que reunir las condiciones de una experta en nutrición, en psicología infantil y en mecánica, las de un jefe de producción y las de una compradora avezada. El marido la envidia porque puede distribuir el tiempo a su manera y ella lo envidia a él porque cumple con un horario. Si creen además que son el mismo tipo de persona, si tienen los mismos gustos y preferencias, se sienten disconformes y se impacientan por el descontento del otro.

No es ésta la primera vez en la historia que los hombres y las mujeres tienen un concepto falso del papel del sexo opuesto o se envidian, pero lo significativo del panorama norteamericano es la discrepancia que hay entre la educación de los varones y las niñas — que le permite elegir la profesión y el cónyuge— y el hecho de que se defina la responsabilidad doméstica, como si fuera un sacrificio para la mujer sin que se defina el trabajo como un sacrificio para el hombre. A los hombres se les enseña a querer trabajar en una fábrica, en las minas, en el campo, en una oficina, en un diario o en el mar, como manifestación de virilidad; a destacarse y a casarse y tener hijos para coronar el éxito, pero a la mujer no se le inculca una ambición tan bien definida, no se le enseña a querer a hacerse cargo de un departamento, de una casa en la ciudad o en el campo, o de cualquier otro tipo de hogar. La mujer norteamericana quiere tener marido e hijos y vivir en su propio hogar, vivir con otros es intolerable. Pero en cuanto a atender ese hogar, no sabe si no preferiría "hacer algo" después de casada. A muchos hombres les gustaría cambiar de trabajo —por lo menos para ganar más, para estar en otra categoría o disfrutar de mejores condiciones— pero no se ven frente a la discrepancia aparente de haber sido educados para una alternativa y creer que el éxito importa, pero que también importa el amor, por lo que todos tienen que casarse, sin la seguridad de que una cosa es la decisión de casarse y otra la ocupación que tienen

de casados. Es como si un hombre hiciera proyectos para el futuro — ser contador, abogado o piloto — y luego tuviera que agregar: "A menos que me case, naturalmente." —"¿Por qué?" —"Porque entonces tendría que ser granjero. Es mejor para los hijos, ¿sabe?"

No es que hayamos logrado sustituir la asociación entre la responsabilidad doméstica y la maternidad. Los jardines de infantes y los colegios les proporcionan a los niños un ambiente adecuado durante varias horas al día, un ambiente en cierto sentido mejor que el de la familia pequeña donde los hermanos rivales se pelean con encono y se traumatizan mutuamente. Gracias a las heladeras, a las conservas y a las marmitas a presión, se puede ahora preparar la comida sin necesidad de pasarse horas enteras vigilando la olla. Los sanatorios atienden a los enfermos graves. Pero la tarea de integrar la vida de los niños, aun contando con los *nurseries*, con los jardines de infantes y las plazas de deportes, reclama la atención de una mujer durante todo el día. Si la madre sale a trabajar, aunque sea por algunas horas, es necesario que otra la suplante a fin de que los hijos no sufran. No se puede mandar al *nursery* al niño que está resfriado o que ha estado expuesto a una enfermedad contagiosa sin haberla contraído. La mujer norteamericana es cada vez más independiente, más emprendedora, más eficiente, y está cada vez menos dispuesta a conformarse con una rutina, insistiendo en trabajar profesionalmente, ofreciendo sólo una parte de la personalidad cuando está empleada, y exigiendo absoluta autonomía cuando se consagra al hogar. Pero esta autonomía le exige asimismo un sacrificio mayor. Es como si la ilusión de los colonizadores, que indujera a tantos inmigrantes de diverso origen a convertirse en agricultores independientes que desempeñaban toda clase de tareas y que subsiste en la añoranza de tener una granja o un negocio propio, les hubiera sido transferida a las mujeres, que la ponen en práctica en la casa, pero que no tienen la satisfacción que les daría la certeza de haber elegido ese papel a la vez que el matrimonio, de desear la rutina a la vez que los hijos.

La dedicación que la madre norteamericana le consagra a la tarea de atender el hogar, comprende innumerables salidas para hacer las compras, para llevar y traer a los integrantes de la familia, para defender el ambiente en el que se crían los hijos luchando por el mejoramiento de las escuelas, de los parques y de las disposiciones de sanidad. Tiene, además del tesón puritano de la mujer del colonizador, la conciencia de que el hogar moderno, por su aislamiento, depende muchísimo de la comunidad. Es menester que la comunidad se organize para asumir algunas de las funciones que la única mujer de la casa ya no puede desempeñar, y, aun así, las madres no se pueden enfermar. Si se enferman, la sociedad no ofrece por lo general soluciones adecuadas para una emergencia de esta índole en la vida de los hijos. No obstan-

te, por muy activa que sea la participación de la mujer que tiene hijos pequeños en las empresas comunales, el hogar, y sobre todo los hijos, constituyen el eje de su vida y a ellos les dedica la mayor parte del tiempo. A veces importuna al marido para que la saque a pasear o se queja abiertamente porque se siente sola y está aburrida de las responsabilidades domésticas, pero nunca se queja de no tener nada que hacer.

Por eso le resulta tan penoso el cambio a la madre, cuando los hijos adolescentes dejan el hogar para irse a estudiar o a trabajar y comprende que su misión ha terminado. Las convicciones sociales le reiteran que no tiene que arruinarles la vida, que es necesario dejarlos vivir a su modo, permitiéndoles ser independientes y valerse por sí mismos. Sin embargo, si cumple fielmente con este mandato, pierde su función. Llega el día en que, siendo aún joven, se ve de pronto desayunando con el marido y se siente sola, muy sola, en su propio hogar. Se encuentra perdida, le falta su razón de ser; la misión por la cual "renunciara a todo" ha concluido y todavía tiene que preparar dos y tal vez tres comidas diarias, atender la puerta y limpiar la casa. Es cierto que hay menos platos para lavar y que no es necesario encerar tan a menudo, cuando no hay niños que rayen el piso. No se ha quedado del todo sin trabajo, pero está relevada; desempeña un papel similar al que les confieren las grandes organizaciones a los empleados con antigüedad para disimular el hecho de que son todavía demasiado jóvenes para retirarse aunque deberían hacerlo. Esta crisis doméstica es naturalmente más penosa aún si ocurre simultáneamente y se agrava con la inestabilidad hormonal y los temores emocionales que acompañan la menopausia, combinándose entonces el temor injustificado de perder el ardor físico y la admisión forzosa de que termina el período de la procreación.[4] Para la norteamericana casada y con hijos es más grave el temor de perder el encanto y la estabilidad emocional, que la inquietud que podría producirle el fin de la función procreadora, porque ha tenido uno o dos hijos que validan el matrimonio y, por lo menos conscientemente, no quiere tener más.

Por su parte, el padre tiene que afrontar otras dificultades. Desempeña en el desarrollo de los hijos, particulamente en el caso de los varones, el papel de un aliado propicio que les ayuda a emanciparse de la madre. Si alienta y facilita el anhelo del hijo de trabajar y tener novia, es un buen padre. Tiene que desdeñar las preocupaciones de la madre, defender las correrías del muchacho, mostrarse fraternalmente comprensivo. Pero en este sentido se expone a varios riesgos. Vuelve a vivir, aunque sea en forma ficticia, la libertad de que gozara al llegar a la edad adulta, esa libertad que sacrificó tan pronto y tan gustoso por el trabajo permanente y sin indulgencias que ha sido el sostén de su matrimonio. Al mirar hacia el pasado quizá sienta que nunca ha vivido en realidad, que se casó demasiado joven. Esta convicción domina más

si al mismo tiempo se da cuenta de que ya no tiene mayores probabilidades de progresar en el trabajo o de destacarse en su carrera. Mientras su vida se desarrolló en una curva ascendente, la gratificación que el éxito entraña para los norteamericanos le servía de incentivo. Pero llegado al punto en que ya no asciende más, se ve en muchos casos obligado a trabajar sólo para conservar el puesto, y esto lo desalienta. Ayudándole al hijo a emanciparse de la madre, identifica a la esposa como la mujer de quien nunca lograra librarse para gozar del placer de las distracciones irresponsables. La mira con los ojos del muchacho y de los otros jóvenes y descubre que comienza a impacientarse con ella porque representa las realizaciones terminadas, la conformidad. El hombre siente que la vida se termina cuando apenas ha llegado a la edad madura, no hay nuevos amores ni nuevos horizontes, sólo tiene por delante un gran vacío. De modo que aunque no haya perdido el puesto —en realidad se encuentra en la plenitud de sus funciones— se siente viejo debido a la índole del ciclo vital de los norteamericanos. A veces tiene que esforzarse por contener el impulso de abandonarlo todo y en ciertos casos sufre graves trastornos que pueden ocasionarle una muerte prematura.

Superficialmente, el problema de la pareja que se queda sola al llegar a la edad madura es que la misión de la madre concluye cuando es todavía una mujer sana y fuerte que tiene que buscar la forma de encauzar su energía sin apartarse de las costumbres ni de las necesidades del marido, que ha vivido muy unido a ella en ese hogar tan aislado, mientras el hombre sigue dedicado por entero a su trabajo. Sin embargo, debido a la gran importancia que le dan a la juventud, porque ambos sexos la añoran y la vejez les ofrece tan pocas satisfacciones, tanto el marido como la mujer encaran una crisis mucho más grave: la desilusión. Esta crisis se agudiza si se mueren los padres ancianos y surgen las complicaciones de hacerse cargo del que queda solo, de cuidarlo durante largos meses si se enferma, de disponer la venta de las propiedades y los muebles, todo lo cual contribuye a agravar el conflicto de verse envejecer. La insistencia de que los matrimonios se arreglen solos hace aún más ardua cada etapa de la crisis, ya que la mayoría no lo logra. Pero tampoco pueden abrigar la esperanza de irse a vivir con los hijos casados, ni con las hermanas o hermanos solteros o viudos. Dependen absolutamente uno del otro cuando constituyen un verdadero matrimonio. Vienen a ser como una sola persona y, por lo tanto, necesitan como la mayoría de los individuos en los Estados Unidos la presencia de los demás para tener la sensación cabal de sí mismos, para estar seguros de que son buenos, para librarse del examen de conciencia que impone la soledad y del pesar que los atormenta si condenan a otros a vivir solos.

Están surgiendo algunas soluciones para esta crisis. Hay parejas

que tratan de tener otro hijo y hasta se oyen términos vulgares cariñosos —"pequeña postdata", "capullito de invierno"—, que modifican el tono del antiguo apelativo popular "el hijo de la vejez". Es una forma de reconocer hasta qué punto la vida de la mujer y el matrimonio mismo giran a menudo en torno a los niños. La solución más corriente es que las mujeres aprovechen esa independencia que tanto anhelaran cuando vivían atadas a la familia y que se consagren activamente a alguna obra voluntaria o que vuelvan a la actividad que ejercían de solteras. Pero en este caso corren nuevos riesgos, especialmente si han superado con éxito la inestabilidad de la menopausia. Sin las grandes responsabilidades anteriores, con veinte años buenos por delante, las mujeres inician una carrera ascendente a medida que se entusiasman con las actividades de la comunidad o con las delicias de un trabajo que tenían abandonado desde hacía tanto tiempo. Y como la escala ascendente tiene tanta importancia en América, el nuevo fervor puede contrastar vivamente con la desventura del marido que tiene que resignarse a aceptar un estancamiento. La boda de una hija y la atención que le permiten dedicarle a los nietos atenúan a veces el entusiasmo de la mujer por las nuevas actividades, pero entrañan un grave problema para el marido que tiene que afrontar el hecho de ser abuelo. ¿Quién quiere ser abuelo en un país donde la vejez brinda tan pocas satisfacciones? La mujer de sus sueños inverosímiles es todavía una jovencita espigada, más joven ya que la propia hija casada que a medida que avanza hacia la madurez lo va relegando definitivamente.

Los matrimonios de cierta edad más conscientes están encarando esta situación seriamente, verificando sus recursos personales y materiales, pero sin orientar los proyectos hacia la vaga noción de retirarse a pesar suyo, sino pensando en los próximos veinte años. Si logran planear nuevamente la vida juntos, la crisis significa para ellos un paso hacia adelante en vez de un paso atrás. Puede ser que la sociedad reconozca con el tiempo que se trata de un período en el que las personas necesitan tanta guía como durante la adolescencia. Cada matrimonio aislado en su hogar está expuesto a presiones y a dificultades que no se conocen en las sociedades organizadas de otro modo. Y como prueba de las fases del ciclo de la responsabilidad, los hijos casados se ponen a pensar qué pueden hacer por los padres. La solución que adoptan no es ir a vivir todos juntos, sino buscarles algo que les pueda interesar. Lo ideal sería entonces que reorganizaran su vida, que vivieran independientemente de los hijos excepto en los casos de emergencia, que les cuidaran los chicos cuando ellos tienen que salir y que se retiraran por último a una casita en la Florida, donde los jóvenes esperan piadosamente que encuentren muchas amistades de su edad.

17. ¿PUEDE DURAR EL MATRIMONIO?

El concepto que del matrimonio ideal tienen los norteamericanos ilustra de manera notable hasta qué punto se guían por un adagio: "Ata tu carro a una estrella." * Es una de las formas de matrimonio más difíciles que ha ensayado la humanidad y resulta asombroso que haya tan pocos fracasos si se tiene presente la complejidad de la situación. Pero el ideal es tan alto y son tantas las dificultades, que éste es un aspecto de la vida norteamericana que reclama el examen de la relación entre los ideales y la práctica.

Guiados por este ideal los norteamericanos no sólo consienten sino que exigen que los contrayentes se elijan mutuamente. La vida es más fácil si los padres están conformes, pero ni las leyes ni las costumbres sociales insisten sobre este requisito. Se considera que los jóvenes que toleran que los padres se opongan al matrimonio carecen de madurez emocional o se dejan tentar por los sobornos que los padres ricos e influyentes les pueden ofrecer. Pero la chica ideal y el joven ideal se eligen y se casan a pesar de todos los obstáculos. Tal vez hayan sido condiscípulos desde la niñez. Este es un tema sentimental reiterado: "Desde que escribiste 'Te quiero' en la pizarra cuando éramos chicos"; o la inversa, la iniciativa masculina: "Te quiero desde que eras una criatura y gateabas por el suelo." Quizá hayan pertenecido al mismo círculo estudiantil, saliendo juntos y comprendiendo finalmente que eran el uno para el otro. Pueden también haberse conocido en un tren, en un barco, en un accidente, un incendio o un naufragio; mientras esperaban en la estación central, de casualidad al salir invitados por otra pareja, o por carta. "Recibí la primera carta de ella el domingo 2 de mayo de 1943. Yo estaba en Albuquerque, Nuevo México, y nos casamos en St. Louis, Missouri, el sábado 3 de junio de 1944." Tal vez la amistad se haya encauzado al descubrir que el hermano de uno y el tío del otro habían integrado, en distintas épocas, el equipo de fútbol de alguna pequeña universidad del medio oeste. Pero no importa que se hayan conocido en el colegio, cuando sentados en el mismo banco él le mojaba las trenzas en el tintero, o viajando en la misma línea de ómnibus, o al cruzarse las miradas en un club militar durante la guerra, o si se trata de la curiosidad y el interés que un joven experimenta al conocer a la chica que su compañero invita al baile de primavera de la universidad, cualquiera de estas circunstancias puede ser la feliz casualidad que da lugar al encuentro para que el corazón elija. El mismo

* Véase el Apéndice II.

colegio, el mismo pueblo, un accidente ferroviario, tienen idéntica función en una estructura romántica que hace caso omiso de las realidades del momento y del lugar, de la semejanza de hábitos y antecedentes sociales, que han servido generalmente de base para el matrimonio. El esfuerzo compensatorio de los padres por mantener a los hijos dentro del círculo de las personas de su misma fe, raza y clase social, puede interpretarse como una precaución frente a este ideal romántico de elegir a una persona por sus cualidades solamente, precaución que se ve reforzada, por fortuna para la estabilidad del matrimonio, por el temor de los norteamericanos a salirse de la clase que les corresponde o por lo menos de la clase a la que aspiran a pertenecer. No sólo los padres, sino también los jóvenes que se quieren casar, buscan al futuro cónyuge en un ambiente apropiado para que el azar que determina el encuentro de los enamorados opere únicamente con una lista de personas aceptables. En contrapunto con esta precaución surge el tema que se reitera en la literatura popular del joven y la chica que se conocen en circunstancias que los hacen aparecer como inaccesibles, descubriendo sin embargo al final que, además de poseer las cualidades personales por las que merecen ser amados, no son en realidad ayudantes de cocina ni encargadas de ropería, sino que se han educado en los mejores colegios y conocen a todo el mundo, o en el caso inverso, que han sido pobres antes de triunfar y saben por lo tanto comprender. Hay pequeñas sociedades primitivas que presentan el matrimonio como cuestión de elección, pero el joven elige entre ocho o diez chicas que conoce casi siempre desde la infancia o que tienen idénticos orígenes, si es que son de otra aldea. Pero en los Estados Unidos teóricamente sólo las principales divisiones raciales limitan le elección de modo que hay varios millones de jóvenes que son cónyuges potenciales si se encuentran y se enamoran. Pueden enamorarse en cualquier parte y los hombres a cualquier edad desde que entran en el jardín de infantes hasta la senectud; se considera en cambio que es peligroso y que puede traer más problemas que felicidad que las mujeres se enamoren cuando los hijos han llegado a la adolescencia o cuando ya no pretenden tener treinta y cinco años.

Tampoco hay para el amor un patrón que se apoye en el pasado y que reitere un estilo de vida milenario compartido por los abuelos que murieron en el mismo lecho donde luego nacieron ellos. Las canciones que dicen: "Quiero que mi novia sea como la que se casó con papá" o "Si mamá no se hubiera casado con papá, tal vez él se habría casado conmigo" ponen de manifiesto la relación entre los padres y los hijos en lugar de reconocer que el pasado ha de repetirse en el futuro. La mujer ideal de un hombre no se parece a su madre ni se viste como ella; habla quizá con otro acento, cocina de distinto modo, gobierna la casa de otra manera en todos los aspectos y se supone que no ha de estar de acuerdo

con la madre de él ni con la suya en cuanto a los detalles de la vida cotidiana.

La elección de la vida, del destino de cada persona depende del futuro y no tiene relación con el pasado o lo desmiente. Uno de los primeros indicios de la asimilación de los extranjeros es que se casen con personas que no pertenezcan al mismo grupo, a lo que contribuye el hecho de que les resulta más fácil a los padres, que contemplan cómo los hijos desechan los hábitos europeos, atribuir el cambio a un matrimonio dispar que tolerar la defección de dos jóvenes del mismo origen. Una novela que tuvo mucho éxito recientemente en ediciones populares: *White Fawn* (El cervatillo blanco), sintetiza esa situación.[1] La hija de una familia aristocrática de Boston conoce en una circunstancia insólita (le atropella al perrito con el coche) a un joven médico de porvenir que desciende de una familia irlandesa muy modesta. Ambos quieren a sus respectivas familias y las personas con criterio opinan que el casamiento es imposible ya que los dos viven en Boston y él se ha propuesto triunfar aunque la sociedad de Boston le cierre las puertas. Entonces surge la solución: no ha de ser en Boston sino en una ciudad bien distante, en Seattle, donde puedan empezar de nuevo. El tiene la misma educación que ella, Seattle es un ambiente nuevo para ambos, y los modales que puedan denotar otro origen en el marido han de desaparecer bajo la tutela de una mujer que lo quiere tanto que deja todo por él. Triunfa el amor; triunfa la democracia; queda reivindicado el amor propio de los irlandeses y la floreciente ciudad norteamericana cuenta con otro joven médico y con una familia que la honra. La novela presenta paralelamente, en un plano secundario, el problema de la madre de la chica, enamorada de un joven atado a una mujer enferma. Cuando ésta muere, la madre generosamente pone fin a sus relaciones dejándolo en libertad para que se case otra vez. De modo que aunque se pone de relieve la importancia absoluta y arrolladora del amor para quienes están en condiciones de casarse, es menester renunciar al amor que no conduce al matrimonio. La madre, una mujer todavía joven y seductora, que luce con gusto batas coquetas, se resigna a la vida tranquila que lleva con un marido austero mucho mayor que ella, conformándose con la alegría de ver feliz a la hija. Todos los años se realizan en América miles de matrimonios con antecedentes que presentan contrastes tan agudos aunque no tan dramáticos como éstos, y han de ser cada vez más corrientes a medida que las chicas vayan conquistando casi el mismo grado de libertad que los hombres.

Cuando un joven elige entre diez chicas aceptables que tienen idénticos antecedentes y las correspondientes cualidades domésticas, el amor puede seguir los dictados de la atracción física. Los rulos que caen sobre el cuello, las caídas de ojos, el gorjeo de la risa femenina, o el ademán de los hombros del muchacho, la timidez o la audacia de su

mirada, son los rasgos que distinguen a los individuos entre los campesinos o los pescadores. Pero estas cualidades deliciosas no pueden servir de guía cuando se elige al cónyuge entre un millón de jóvenes desconocidos. Y éste es, no obstante, el ideal de los hombres y hasta cierto punto el ideal de las mujeres. Si bien las más cautas dicen: "Quiero saber quién es antes de enamorarme", lo ideal, lo romántico y lo que a menudo se estila es decir: "Me enamoré de él sin saber siquiera cómo se llamaba." Mientras el matrimonio se considera venturoso es el proceder incauto el que se toma como prueba de verdadero amor. Cuando la hija repite la misma actitud, la madre no puede repudiar la historia romántica que se reitera tan a menudo, a menos que esté dispuesta a la vez a decirle a la joven en qué sentido la ha defraudado el matrimonio, a fin de prevenirla contra la falta de cautela.

Se ha señalado que uno de los temas frecuentes de las películas modernas es el de la chica "buena y mala", la que, aunque aparece en circunstancias comprometedoras, resulta al final decente y digna.[2] La solución ideal del dilema matrimonial de los norteamericanos sería conocer informal y anónimamente a una chica de la clase y religión deseada, ya que para probar el amor hay que hacer caso omiso de las consideraciones prácticas al elegir al ser amado, pero no obstante los cónyuges tienen que parecerse todo lo posible para que la unión sea feliz.

Entra entonces en juego el reverso de esta medalla romántica: aceptar a la mujer en un plano casi de igualdad y buscar el compañerismo y la comprensión que surgen cuando hay cierta afinidad de gustos, ideas políticas y aptitudes deportivas, cuando tienen preferencia por las mismas amistades y, según cierto método para pronosticar el éxito del matrimonio, cuando ambos poseen el mismo grado de introversión o se tienen la misma fe. Ya casi nadie cree que sea mejor que las personas fuertes se casen con las débiles, que a un intelectual le convenga una mujer frívola (aunque prefiera una que no sea intelectual) o que sean de provecho las diferencias cuantitativas de educación entre el marido y la mujer. Y como la educación de las chicas y de los jóvenes es tan similar, estos conceptos en realidad premian la semejanza. Uno de los ideales es la reciprocidad en el matrimonio. Los contrastes simples, como la diferencia de talla o del color del cabello y de los ojos, resultan originales e interesantes y se insiste en que la esposa acepte la categoría de ama de casa para establecer así por lo menos un punto de diferenciación. Pero no se le da valor a la verdadera diferenciación de la personalidad de ambos sexos. Por consiguiente, el dilema que las películas y las novelas resuelven fácilmente no resulta tan sencillo en la vida. El hombre tiene que encontrar una joven que sea idéntica a él en cuanto a antecedentes, religión, educación y experiencia, pero se tienen que conocer en circunstancias que los convenzan de que se eligen mutuamente entre millones de rivales por cierta cualidad intrínseca que no

tiene nada que ver con dichas consideraciones. Los jóvenes critican a la chica bonita o al campeón de fútbol que en vez de buscar otros horizontes se casa con el hijo o la hija de la vecina y los consideran timoratos y faltos de iniciativa. No creen que puedan ser muy dichosos. Las personas con criterio se muestran escépticas en cuanto a la posibilidad de que las parejas sean felices cuando hay una gran diferencia de clase o de educación y creen que una unión de esta índole termina en el fracaso.

Sin embargo, el único criterio que se considera valedero para resolver el matrimonio es la elección individual y lo único que necesitan las personas solteras mayores de edad para casarse (en algunos estados hay barreras raciales) es decidirse y disponer del dinero para la ceremonia y la libreta. Ciertos estados exigen un examen médico; en otros, la pareja tiene que esperar tres días. Pero eso es todo. No es preciso que el marido tenga un empleo ni que demuestre ser capaz de ganarse la vida. Tampoco es menester que la joven tenga alguna habilidad doméstica. Puede no haber hervido nunca un huevo ni acunado a un niño y hasta no saber arreglarse el cabello sola ni lavarse un par de medias. No sólo se prescinde del consentimiento de los padres, sino que tampoco se reclama la presencia de algún representante del pasado de los contrayentes que pueda mencionar por ejemplo que uno de ellos ha estado seis meses en la cárcel o internado en un sanatorio o en una clínica para enfermos mentales. Solos, sin que se conozcan los antecedentes de cada uno, sin que se exija la previsión del futuro, ambos están facultados para asumir un estado que en teoría los une para toda la vida no sólo emocionalmente sino también jurídicamente. Es cierto que este tipo de matrimonio sólo es frecuente en tiempo de guerra y en las grandes ciudades pero el hecho de que pueda ocurrir pone de relieve la forma de matrimonio, la falta de protección para los jóvenes que tratan de cumplir con la expectativa social de saber elegirse un cónyuge sin necesidad de ayuda ni de consejo.

Tampoco se cree que los recién casados necesiten ayuda material. En realidad, se considera que el patrono que le paga mejor a un hombre casado se vale de una excusa para pagarle menos a los solteros. Se critica asimismo a las tiendas que prefieren a las empleadas solteras porque viven con los padres y se conforman con menos sueldo por no tener tantos compromisos. Ambas prácticas se consideran abusivas. Hay firmas que prefieren tener empleados casados porque son más asiduos y hay quienes se niegan a tomar mujeres casadas porque tienen demasiados problemas domésticos, pero en cualquiera de estos casos la política observada protege a la firma y no a los individuos. Los sindicatos olvidan las necesidades de los casados al luchar por privilegios de antigüedad hasta el punto de incluir en los peores turnos a las mujeres que tienen hijos chicos. Los recién casados ven que el mundo no se

preocupa por ellos y que tienen que valerse por sí mismos. Si la esposa queda embarazada se complica terriblemente el problema de la vivienda ya que en muchos edificios de departamentos no se quieren admitir niños.

Tampoco se espera que los padres hagan algo por ellos materialmente. Tal vez la madre amante de la sociabilidad le "ofrezca" a la hija una recepción después de la boda o quizá el padre insista en que se celebre el acontecimiento aunque los jóvenes se opongan. Las amistades les ofrecen a veces despedidas pero todo esto depende de las exigencias del momento y del lugar. No hay dote, ni sumas a cambio de la novia, ni tierras, ni un carro cargado de colchones de plumas y calderos de cobre, ni una vaca con cría para alimentar al niño que venga, ni una parcela, ni una choza campesina donde los mayores queden relegados al fondo, ni tálamo nupcial, ni ajuar de hilo, nada de esto es ya imprescindible para casarse. Naturalmente que esto no significa que no haya padres que les hagan a los hijos valiosos regalos, hasta de casas y coches, pero se trata de casos extraordinarios y no de obligaciones. No se les reprocha a los padres la negligencia, y los hijos se sienten más bien cohibidos por los obsequios de esta índole debido a la convicción de que lo mejor es arreglarse solos. Prevalece este concepto de la independencia hasta el punto de que hay padres ricos que, sabiendo que van a dejarles una fortuna, permiten que los hijos luchen solos durante los peores años en lugar de ayudarlos, porque creen que proceder de otro modo sería perjudicial para el carácter de los jóvenes. El temor de tener que recurrir al padre o al suegro les sirve de estímulo a las parejas porque en los Estados Unidos la madurez nunca es definitiva; depende de la capacidad para ganarse el sustento.*

De modo que cada pareja empieza sola, sin contar con las prudentes sanciones ni con la asistencia que en otras sociedades les sirven de guía y apoyo a los recién casados. Comienzan a "hacer su vida". Lo ideal es que decidan por sí mismos dónde han de vivir y qué clase de vida quieren llevar; si han de gastarse el dinero en un coche o en una casita de campo, en un juego de dormitorio o de sala, en una lámpara o en una radio. Si los padres determinan el estilo de vida, se considera que intervienen, y ésta es una de las razones por las cuales tienen tantas dificultades en los Estados Unidos los hijos de familias de abolengo, ya que los padres se creen con derecho a vigilar la vida que llevan por el prestigio del apellido. Pero el ideal difundido hace que sean más corrientes las objeciones de los hijos que las de los padres. Esta emancipación de toda intervención por parte de los padres los induce paralelamente a

* El temor de perder esa madurez tan difícil de adquirir se observa en las actitudes que manifiestan los norteamericanos frente a Gran Bretaña, reiterándose la exhortación política de impedir cualquier intervención británica y aprovechando políticamente, como en la década de 1930, el peligro que podía representar para Chicago la influencia del rey Jorge.

ajustarse minuciosamente al estilo de vida del círculo a que pertenecen o desean pertenecer, o a la imagen que de ese círculo se forjan a través de las revistas y las vidrieras. Las alternativas son casi siempre muy limitadas aunque a veces den una impresión de individualismo exacerbado, como las tarjetas de Navidad modernas que traen la foto del perro o del hijo del remitente. No obstante, se considera que las alternativas de amueblar la casa en estilo moderno, antiguo o mixto, de decidirse por una radio clara o por una de nogal, por un Ford o un Chevrolet, de irse a vivir al centro o a los suburbios, entrañan problemas serios que los recién casados tienen que resolver juntos. Ya no se trata de que la novia se adapte a una suegra dominante e inflexible, ni de que el marido le imponga su manera de vivir o acepte la de la esposa. Aunque la posición social de la familia depende del discernimiento que demuestre la mujer para comprar, lo ideal es que el marido esté de acuerdo con la decisión y que los detalles queden a cargo de ella. Juntos deciden cuándo ha de nacer el primer hijo, a menos que la religión les enseñe que esas cosas las decide Dios; le eligen el nombre y hacen proyectos para su futuro. También se le encomiendan a la esposa los detalles de la disciplina y la educación de los hijos, pero el marido tiene que demostrar cierto interés. No es el caso de un patriarca que gana el sustento y hace valer sus derechos como amo y señor del hogar, sino el de la esposa que se queja porque el marido que no participa ni se interesa por el hogar no sabe desempeñar el papel que le corresponde.

Cuando son del mismo origen, pueden estilizar e incluir estas pequeñas desavenencias en el patrón del matrimonio, discutiendo felices durante veinticinco años por el capricho de tener un perro o un gato, de pasar las vacaciones en la playa o en la montaña, de quedarse en casa o salir, porque dentro de ese marco todos los problemas son secundarios. Pero cuando hay diferencias de clase, de región, de nacionalidad o de fe, la decisión más insignificante en vez de ser como un punto más puede deshacer toda la trama. Ya se trate de comer en la cocina un plato preparado a la ligera, o de poner en la mesa las cajas de cereales de la marca que los niños conocen y prefieren por los avisos de la radio, de apagar la luz la noche de bodas o de mandar un telegrama en lugar de una carta, cualquiera de estas alternativas puede separarlos como un abismo, no porque desaparezcan las cualidades personales que cada uno admirara en el otro, sino porque las diferencias de origen que no quisieron reconocer ni admitir van más hondo de lo que creían.

El ideal sexual de los jóvenes al casarse es que ambos sean castos, aunque se supone que los hombres sólo lo aparentan. La norteamericana aprecia al hombre que puede decirle que es la primera casi tanto como se enorgullece el hombre de ser el primer amante de su mujer. Antes de que se generalizaran las caricias, la esposa tenía que ignorar y dentro de lo posible evitar la admisión consciente de la experiencia prenup-

cial del marido. Ahora ambos están condenados a preguntarse hasta dónde habrá llegado el otro, con quién y en qué circunstancias. Los diversos convencionalismos de franqueza que están surgiendo no son más que la pátina de la antigua reserva basada en la misma duplicidad que se repudia pero que no obstante prevalece. El requisito de antes de que la novia fuera virgen y de que el novio manifestara una reticencia decorosa —lo que implicaba la prohibición de proceder como un experto— ha sido sustituida por la determinación de "dar vuelta la hoja". Este comienzo implica a veces la confesión de toda la experiencia sexual anterior, aunque sólo sirva para verificar que semejante acitud no aporta nada al flamante matrimonio. En vez de aprovechar la tranquilidad y la confianza que podrían ofrecerse mutuamente, la capacidad para detenerse a escuchar el latir del corazón del otro porque el propio ya no asombra, tratan de que el matrimonio, que es permanente, sea como una situación supuesta en la que no importa el pasado.

Esta capacidad para descartar el pasado, para encarar cada nueva situación, así se trate de un empleo como de un idilio, con la inocencia que para el europeo sólo podría ser el efecto de una amnesia o del aturdimiento, es una característica netamente americana que tiene su origen en la necesidad de estar a la vez listos para partir y firmemente arraigados en el ambiente.[3] Siempre alertas a lo que sucede en el mundo exterior, orientados hacia las realidades concretas de la vida, del tiempo y del lugar, desarrollan la facultad de responder rápidamente, llamándose en seguida por el nombre de pila, preocupándose y alegrándose por las penas y la dicha del que ocupa el escritorio contiguo o del que se sienta al lado en el tren. Un pueblo que se ha propuesto progresar constantemente, cambiando siempre de empleo, de casa, de manera de vivir, no puede añorar el pasado. El que emigra de Polonia a Nueva Jersey, de Massachusetts a Iowa, o de Illinois a California, no puede permitirse la nostalgia porque sería comprometer su asimilación al nuevo ambiente. Los hijos de los inmigrantes corren otro peligro, no ya el de sentir nostalgia por Polonia o por Massachusetts, sino el de que los domine cierta sensación de irrealidad, de repudio de los orígenes, de desarraigo. Hay que saber también contrarrestar este riesgo y una de las maneras es encarar la realidad actual como si fuera la única valedera, pero proyectando la mirada hacia el futuro, que puede ser diferente. Por eso a los norteamericanos no les parece mal decirles a tres chicas distintas el mismo año: "Eres la única mujer que he querido", ya que el hecho de querer a otra de por sí señala que la anterior no era la amada. Las experiencias y los amores del pasado se consideran superados, son asuntos concluidos y quedan automáticamente descartados. Todos se casan con la convicción de que sólo entonces han encontrado lo trascendental, lo único real para ambos. Si el matrimonio fracasa es porque no era lo verdadero, pero siempre existe la posibilidad

de que la próxima experiencia sea la definitiva. Así pueden aceptar con entusiasmo y optimismo y de todo corazón el nuevo empleo, el nuevo hogar, las nuevas amistades y los nuevos amores, porque ningún fracaso puede impugnar la posibilidad de triunfar más adelante que tienen todas las personas sanas y fuertes.

Por consiguiente, el mayor grado de experiencia sexual no ha contribuido tanto como en otros casos a facilitar las relaciones del matrimonio. La soltura es todavía señal equívoca de no poder dar vuelta la hoja y los fracasos anteriores que conscientemente se repudian se manifiestan en un desasosiego atormentado. La inquietud exagerada que para los norteamericanos es lo que caracteriza a las relaciones interpersonales serias, preocupándose ambos por temor a que el otro se aflija, carga de tensiones la conducta sexual y empeña particularmente la espontaneidad. Cuanto más reconocen las mujeres lo que puede representar para los hombres la gratificación sexual, más temen no lograr satisfacerlos; cuanto más pendientes viven los hombres de satisfacer a las mujeres, menos espontáneas son las reacciones. En la cultura norteamericana no hay muchos grados intermedios entre la consideración constante de los deseos, las esperanzas, los anhelos, propósitos y sentimientos de los demás y la indiferencia total hacia todo lo que no sea de interés propio. Esta posibilidad de que sólo quede la indulgencia egoísta y licenciosa si se desdeña, por la exacción que significa, el desvelo consciente por los demás, afecta la conducta sexual de los norteamericanos y hace que el matrimonio, con todos sus requisitos, parezca la única alternativa viable para evitar la explotación sin escrúpulos y sin sentido de la personalidad ajena. Las relaciones que no culminan en el matrimonio se consideran abusivas. Si bien en algunos casos ambos se explotan mutuamente, librándose entonces de la vergüenza moral de perjudicar al prójimo, predomina la convicción de que únicamente resulta digno y venturoso un compromiso difícil y definitivo.

Este deseo de comprometerse difinitivamente concuerda con nuestra forma tradicional de matrimonio, basada en el hecho de que tanto la Iglesia como el Estado insisten en que el matrimonio es perpetuo y que el rompimiento entraña para el responsable la imputación de ser un fracasado y aun la de ser culpable de un delito frente a la sociedad. Subsiste la ilusión poética, la frase reiterada, la esperanza de que el matrimonio dure hasta que "la muerte los separe", a pesar de que la mayoría de los estados han promulgado leyes que permiten obtener el divorcio mediante un trámite rápido y no muy oneroso. La necesidad de divorciarse se justifica por muchas razones. El énfasis desmedido que se le da al libre albedrío en todas las decisiones significa en el caso del matrimonio, como en las demás instancias de la vida norteamericana, que ninguna decisión es irrevocable. Cualquiera tiene derecho a mudarse si no le agrada la casa, a cambiar de empleo todas las veces que pue-

da, a cambiar de colegio, de amistades, de afiliación política, de religión. La libertad de escoger entraña el derecho a cambiar de idea. Si en todos los demás planos de las relaciones humanas existe la posibilidad de reparar los errores cometidos, ¿por qué ha de constituir el matrimonio la única excepción? Si lo que le daba valor al matrimonio era el hecho de que se hubieran elegido mutuamente, esa realidad valedera desaparece cuando uno de los cónyuges comete uno de los pecados más horribles que admiten los norteamericanos, el de coartar la libertad de otra persona, abusándose del pasado ajeno, aprovechando un impulso marchito y transformando un error en una condena. Cuanto más énfasis se le asigna en la psicología y en la literatura moderna a la gratificación de los impulsos, más obligados se sienten los esposos a no dificultar la gratificación de los impulsos de la otra persona. Todos los triángulos son como una trampa en la que quedan presos los tres cuando se trata de un matrimonio porque la mujer o el hombre disputado tiene derecho a escoger. Y como se puede divorciar si quiere de veras a la tercera persona, no divorciarse denota hostilidad y no acceder al divorcio significa, en el caso del cónyuge parcialmente rechazado, coartar la libertad de dos personas. Surgen aquí, inextricablemente asociados con la libertad que impera en los Estados Unidos, los dilemas éticos que no se suscitan en los países donde la Iglesia y el Estado no sólo abogan por la perpetuidad del matrimonio, sino que imparten la noción y exigen su observancia.

Por consiguiente, ha surgido una ética netamente americana que sustenta un código de concepciones sumamente contradictorias sobre el matrimonio y el divorcio. Se alienta a los jóvenes para que se casen como si aún pudieran confiar en que el matrimonio sea para toda la vida, aunque se enteran al mismo tiempo de que el divorcio es una incidencia muy frecuente, asimilando una ética que luego puede inducirlos a divorciarse. Muchas de las invectivas lanzadas desde el púlpito y los tribunales presuponen que todos los que se divorcian son egoístas que no piensan más que en satisfacer sus propios caprichos. Mientras sólo se divorciaron los egoístas y los ególatras, hubo pocos divorcios y fue fácil enseñarles a los jóvenes a considerar el divorcio como una de esas fatalidades que les suceden a los demás. Ahora la ética lo admite hasta el punto de que muchos maridos y muchas esposas se desvelan pensando: "¿No será mejor que me divorcie? ¿No la haría otro más feliz? ¿No podrá cultivar mejor sus facultades con la ayuda de otra mujer? ¿Le estaré arruinando la vida? ¿No estará mal permanecer a su lado sólo por fidelidad? ¿No les hará mal a los niños vivir en un hogar donde hay tantas desavenencias?" No sólo se está difundiendo por todo el país la posibilidad de que el matrimonio termine en divorcio, excepto en los casos en que *ambos* cónyuges profesan determinada fe, sino también la noción de que por lo menos uno de los cónyuges *debería* pedir el

divorcio cuando el matrimonio es imperfecto, todo lo cual contribuye a alterar las perspectivas y a hacer más difícil la unión.

Se hace más difícil por dos razones: porque prevalece aún la esperanza de que sea permanente, considerándose como un fracaso y hasta como un pecado cualquier unión inestable, y porque a las demás incertidumbres de la vida norteamericana se agrega ahora la inseguridad del matrimonio. En los Estados Unidos, donde todas las categorías son relativas, donde cualquiera puede perder el empleo, donde se juzga a los hombres en mérito a lo que progresan pero nunca en mérito a lo que son, el matrimonio era en otra época el único consuelo para la eterna incertidumbre, un remanso y una tregua en la incitación al empeño. Tanto si el hombre triunfaba como si fracasaba, tenía a la esposa a su lado, y así fuera ella inválida o un desastre como ama de casa, aunque no supiera criar a los hijos o pareciera un dechado de virtudes, podía contar siempre con el marido, por lo menos en la mayoría de los casos, de suerte que la persona sana podía tener la certeza de que el matrimonio era como un buen puerto, porque allí se serenaban las tormentas provocadas por el éxito y el fracaso. Era fácil ser romántico sabiendo que no había peligro de que surgieran otros romances:

> When I should be her lover forever and a day,
> And she my faithful sweetheart till the golden hair was gray;
> And we should be so happy that when either's lips were dumb
> They would not smile in Heaven till the other's kiss had come.[4]

(Yo sería su amante para siempre y ella mi novia hasta que se le platearan los cabellos, y seríamos tan dichosos que al morir ninguno sonreiría en el Paraíso mientras no llegara el otro y lo besara.) Estos versos quedaban muy bien en un poema sobre la esposa titulado: "Mi novia de siempre". No había por qué sondear el romance cuando no existían otras alternativas, ni se le sometía a ninguna prueba después de la boda.

Pero como hoy en día se admite que el divorcio puede sobrevenir en cualquier caso por más fieles y conscientes que sean los esposos y por más enamorados que estén al principio, hay que cultivar continuamente el matrimonio. Así como el esposo admite la posibilidad de perder el puesto, la esposa encara también la posibilidad de perder su papel, de verse abandonada, a veces con hijos chicos que atender. Tanto el marido como la mujer admiten la necesidad de seguir prefiriéndose, de confirmar y reiterar el derecho a ser el elegido, que nunca es permanente. Por eso ahora la esposa se pinta los labios antes de despertar al marido en vez de permitir que él la vea con los rulos de papel, y el marido que se fija en las demás mujeres no se siente muy tranquilo porque sabe que en cualquier momento puede dar con alguien que le interese

más que su mujer. Así como ella tiene la obligación de resultarle siempre interesante, él tiene que evitar que las otras le interesen. No tiene que ir a reuniones mixtas sin su mujer. Es por eso que el galanteo y la coquetería entrañan un riesgo que los europeos recién llegados no logran explicarse. Donde se permite el divorcio hay menos tolerancia para las aventuras galantes y las pasiones extraconyugales.

Y sin embargo la ilusión implícita de permanencia que tiene su fundamento en las estadísticas —ya que por muy corriente que sea el divorcio la mayoría de las uniones siguen siendo duraderas— compromete en vez de salvaguardar el matrimonio. La conducta matrimonial de los norteamericanos que los jóvenes aprenden en el hogar a través del proceder de sus padres y de los padres de sus amigos, denota que viven pendientes del fin del matrimonio. Las disputas, la susceptibilidad, la negligencia y la obstinación tendrían otras proyecciones dentro de un patrón irrevocable. Ahora cualquier desavenencia suscita dudas: "¿Te quieres divorciar? ¿Me divorcio? ¿Querrá ella? ¿En qué terminará todo? ¿A qué llegaremos?"

No hay motivo alguno para que no se adopten hábitos y maneras de ser más acordes con la fragilidad del matrimonio; es imprescindible, ya que parece improbable la otra solución: hacer más rigurosa la legislación sobre el divorcio. Una vez que la ética admite el divorcio, como en el caso de ciertos sectores de la sociedad norteamericana, la rectificación resulta retrógrada. Aún subsisten las razones por las cuales fue necesario permitir el divorcio: la heterogeneidad de la población y el peligro de que no congeniaran las parejas, debido al criterio imperante de que no hubiera barreras en la elección. La medida más lógica sería entonces crear un nuevo patrón de conducta que correspondiera a las nuevas circunstancias y parecería que este nuevo patrón se estuviera forjando.

Dentro de un patrón matrimonial que admita que el matrimonio *puede* ser duradero pero que en algunos casos no dura, hay que tratar de encontrar la manera de asegurar la permanencia necesaria para criar a los hijos, que no se consideran adultos hasta después de los veinte años. Aunque es posible argumentar merced a muchos datos, que los niños sufren más en un hogar desgraciado, donde se percibe el resentimiento manifiesto o callado de uno o de ambos padres, que viviendo con el padre o con la madre pero gozando de relaciones más sanas, no podemos afirmar que para los hijos sea mejor tener a los padres separados que juntos. Una de las cosas primordiales que tiene que aprender el ser humano es a obrar conforme a su identidad sexual, relacionándose al mismo tiempo con el sexo opuesto. No es fácil lograrlo, se necesita la presencia constante del padre y de la madre para que esta noción sea realidad. Para que el niño sepa cómo se toma en brazos a una criatura es menester que lo hayan alzado, y para que sepa cómo lo hacen las personas del sexo opuesto tienen que haberlo alzado ambos padres. Tiene que observar cómo reaccionan ante sus impulsos, como disciplinan y atenúan los propios a fin de proteger al hijo y, al llegar a la adolescencia, tiene que sentir que ambos lo dejan en libertad para enfrentarse al mundo. Lo ideal sería que los padres estuvieran presentes para bendecir y definir el matrimonio y para ayudarles a los hijos a asumir el papel de padres por la manera en que ellos asumen el de abuelos. Es así como la vida del ser humano alcanza la plenitud y hasta ahora no se conoce mejor camino.

Sabemos, no obstante, que esta continuidad varía de una sociedad cambiante a una sociedad estable, de las sociedades heterogéneas a las homogéneas. En una sociedad en transición como es la nuestra los modelos no pueden ser tan perfectos, se pierden necesariamente muchos detalles. Las hijas no aprenden a amasar el pan como las madres; a lo sumo aprenden a cocinar con gusto, pero se trata de otras comidas preparadas de distinto modo. Ya no se forja uno la imagen de lo que ha de parecer y sentir, de cómo ha de obrar y pensar a los setenta años merced a detalles concretos, como los anteojos de oro de la abuela o el bastón del abuelo. Cuando mucho, es la energía que manifiestan los ancianos al emprender un viaje o la placidez con que toman el sol recordando los salmos que solían cantar de chicos, lo que le queda al niño como impresión de la vida que va a llevar. Es preciso crear otras formas de educación que suplementen la particularidad de la familia, por las que el niño aprenda modalidades de sentir y de obrar que le sirvan en el futuro en un mundo que los mayores no pueden siquiera concebir. Ese mundo perderá mucho si los patrones de conducta que asimilan los niños son tan concretos y particulares que veinte años después se sienten desorientados, añorando la vida del pasado. Sabemos ya cómo encarar esta tarea cómo se puede interpretar y ampliar en el *nursery* la experiencia que cada niño ha traído del hogar y comunicársela a los demás. Sabemos también que los preceptos que los padres les imparten varían desde la certidumbre de ciertas reglas: "No comas en la calle", "No toques el timbre más de tres veces", "Nunca aceptes de ningún hombre un obsequio que no se pueda consumir en seguida o devolver", hasta la enseñanza de otra índole que admite que es necesario comer con disciplina para que sea un placer comer en compañía, que las ficciones sociales son útiles y dignas de respeto y que hay que precisar de algún modo las relaciones entre ambos sexos a fin de proteger a los individuos. Pero resulta muy complicado aprender a transmitir un patrón de modo que la generación siguiente cuente con la debida protección sin sentirse oprimida, para que perciba las mismas sutiles discriminaciones sin perder su propio discernimiento, para que no se limite a repetir o a completar el patrón, sino que sea capaz de crearse uno propio. Habrá seguramente más riesgos que en las sociedades tradicionales don-

de cinco generaciones jugaban a la mancha a la sombra del mismo manzano, nacían y morían en el mismo lecho.

Una de las singularidades de las sociedades en transición es la posibilidad de que se retrase la madurez, de que sufran muchos cambios los individuos más complejos y flexibles. En las sociedades más simples los niños han aceptado ya su identidad y sus papeles al llegar a los seis o siete años y sólo aguardan a que se consume el desarrollo físico para asumir del todo el papel. Pero en la mayoría de las sociedades la adolescencia es un período de reconsideración y tal vez de reorientación del individuo hacia las metas señaladas por la sociedad. En culturas como la nuestra puede haber dos y tres adolescencias y los individuos más complejos y más sensibles siguen buscando y cambiando hasta la muerte, poniéndose, como Franz Boas, a estudiar otra vez a los setenta y siete años el folklore del mundo a la luz de las modernas teorías. Nadie que aprecie la civilización y que reconozca que los hombres han ido tejiendo la vida siguiendo los dictados de su imaginación mientras reiteraban la memoria del pasado, la experiencia del presente y la esperanza del futuro, puede negar que sea una ventaja esta posibilidad de que resurjan las crisis de la adolescencia suscitando cambios en la vida.

Pero en un mundo donde cualquiera puede reorientar su vida a los cuarenta o a los cincuenta años es más difícil que dure el matrimonio.

Cada uno de los esposos tiene el derecho y la oportunidad de desarrollar sus facultades. Puede descubrir que tiene cierto talento insospechado y dedicarse a cultivarlo, o sobreponerse a cierta inclinación neurótica entorpecedora y empezar de nuevo. Desde que se educa a las mujeres el matrimonio se ha visto amenazado por las posibilidades de que tanto el marido como la mujer se cultiven o se estanquen. "No evolucionó junto con él", comenta la gente o, lo que es menos corriente, pero se oye cada vez más: "Ella ha alcanzado otro plano". En una sociedad donde se les exige movilidad a todos los ciudadanos, donde todos tienen que haber ascendido mucho antes de morir —o consagrarse a evitar el descenso, el único camino que le queda a la clase alta —, los esposos corren el riesgo de desencontrarse. Aparte de los otros requisitos exorbitantes que tiene que llenar el cónyuge perfecto, elegido entre todo el mundo pero que tiene que ser igual a uno, o complementario en aspectos triviales, es menester que posea la capacidad de superarse. En Arapesh los padres recurren angustiados a ciertos sortilegios para que la niña que crece muy ligero se conserve más pequeña que su prometido a fin de que la disparidad no arruine el matrimonio. Pero las parejas norteamericanas no disponen de agüeros ni de magia preventiva para cerciorarse de que han de crecer y cambiar paralelamente. La única solución es reconocer el problema, enseñarles a los jóvenes a pensar con serenidad cuando consideran la elección de alguien para compartir la vida,

incluyendo la capacidad de crecer al mismo ritmo entre los otros criterios que aplican. Y tiene que saber encarar como tragedias, pero no como traiciones, los fracasos en este plano. Llegará el día en que una discrepancia patente e irremediable de esta naturaleza constituya un legítimo motivo de divorcio que ambos cónyuges acepten, así como se reconoce que el hecho de no poder tener hijos es un motivo para disolver el matrimonio. Cuando se reconozca que los cambios en el ritmo del desarrollo personal son propios de la vida que se lleva en un mundo moderno y complejo, se les podrá ofrecer asistencia profesional a los matrimonios que manifiesten serias discrepancias, así como las parejas sin hijos se dirigen a una clínica en busca de consejo. Y, al igual que en las clínicas, habrá casos que tengan remedio y otros que no. Pero se mirará la vida de otra manera. Durante varios milenios los hombres y las mujeres atribuyeron la esterilidad a la perversidad de los espectros, de los demonios, de las brujas y de los duendes, a los hechizos de las tribus vecinas y a la inferioridad o malicia del cónyuge. Hoy en día pueden solicitar la asistencia experta del fisiólogo y del psiquíatra y evitar las tragedias inútiles o resignarse a aceptar lo irremediable. Es evidente que, así como no tiene sentido el matrimonio a menos que ambos quieran casarse, no es digno el divorcio si no lo desean los dos. Entre los pigmeos de las Filipinas, un pueblo de pequeños hombres y mujeres vigorosos que obedecen implícitamente al jefe en una sociedad que parece la infancia del mundo, cuando los cónyuges están de acuerdo en que quieren divorciarse, el divorcio se otorga en seguida; simplemente no hay matrimonio. La aceptación de una fe religiosa que comprende el ideal y el compromiso de que el matrimonio sea indisoluble realza la dignidad humana. Pero el matrimonio civil que une a cualquier pareja que desee casarse siempre que no haya impedimentos legales, pero que no le permite luego disolver la unión, es una parodia de los valores que enaltecen al hombre. En los Estados Unidos hay a lo sumo 64.000.000 de personas afiliadas a las Iglesias, y a muchos la fe ya no les ofrece garantía de que el matrimonio sea para toda la vida. Es menester crear un patrón que les permita a los otros 76.000.000 encarar dignamente el divorcio, deplorándolo cuando surge, para que los esposos traten francamente de salvaguardar y conservar la estabilidad del matrimonio.

Parecería que la nueva generación procurara precisamente eso. Los jóvenes están aprendiendo a aprovechar la libertad prenupcial contradictoria y sin precedentes que la sociedad les ofrece, porque conocen bien las reglas y saben observarlas. Están aprendiendo a cuidar la ilusión de enamorarse a fin de que la casualidad de conocer a la amada en una estación de ferrocarril quede para las películas y no ocurra en la vida, donde es muy probable que la secuela sea un desengaño. Están creando nuevos patrones de relaciones para conocerse que sustituyan el

largo noviazgo de antes, con aquellas estilizaciones que ahora resultan artificiales y poco francas. Están buscando la manera de conocerse y de llegar a la intimidad, desechando la teoría de antes que suponía que las chicas experimentarían un "despertar" sexual al casarse y también la pretensión posterior de ensayar el matrimonio. Las nuevas tentativas abarcan distintas etapas de un compromiso parcial, la paulatina inclusión de más amistades, la posibilidad de desistir dignamente. Los jóvenes se muestran mucho más realistas al considerar la personalidad del futuro cónyuge, debido en parte a que se han vuelto más sensatos contemplando el fracaso de tantos matrimonios de la generación de la guerra deshechos a causa de la ausencia, la escasez de viviendas, escétera, por no saber superar las pruebas de la vida conyugal *. Asimismo la sociedad tiene ahora más conciencia de que el matrimonio está expuesto a duras pruebas, y de que es imprescindible adoptar diversas medidas, como la difusión de consultorios que atiendan a los que necesitan guía para encarar sus problemas antes y después de casarse, la generalización de los *nurseries* y de los nuevos servicios domésticos, etcétera, para ayudar a la pareja que tiene que crearse por sí misma un estilo de vida en un mundo en el que nadie ha vivido jamás. En vez de la protección que los parientes, los jefes de la tribu, los consejos de familia y los padres les ofrecían a los jóvenes, se están creando poco a poco, pero efectivamente, a pesar de la resistencia, instituciones sociales más amplias que cumplen con el mismo cometido de distinta manera.

Entretanto, parecería que a los matrimonios jóvenes les entusiasma ahora más la idea de tener hijos que en otras épocas recientes. Ya no se considera que los hijos sean algo ineludible en la vida ni que constituyan uno de los inconvenientes del matrimonio, sino que son una aspiración consciente y deseable que dignifica la vida. También aquí se busca la simetría entre el marido y la mujer, eligiéndose que ambos compartan la decisión, los proyectos para el futuro, las alegrías y los cuidados. A medida que se acorta la jornada de trabajo y el sábado libre se convierte en una institución americana, desaparecen muchos de los problemas de la familia que vivía en los suburbios por el bien de los hijos, que nunca podían jugar con el padre porque llegaba tarde y estaba muy cansado los domingos. Dos días libres por semana le aseguran al hombre más agotado el descanso y el esparcimiento necesarios para poder dedicarse a los niños. Se está difundiendo rápidamente el concepto de que los hijos constituyen una alegría y no un deber, aunque existe siempre el riesgo de que la gente, obsesionada con los deberes, se pregunte: "¿Me siento realmente feliz con mis hijos? ¿Serán dichosos conmigo?"

Pero a pesar de la inquietud, el matrimonio, como forma de vida responsable elegida y venturosa, me parece una solución más adecuada para los descendientes de los puritanos que la actitud que deplora la falta de ortodoxia de rendirle patética e impropiamente a una entidad innominada la obediencia que se le debe a Dios. Si se encarara el matrimonio y la paternidad con más responsabilidad, también se sentirían más seguros los creyentes que cumplen con los preceptos, ya que se verían libres de la amenaza de la desintegración de las normas de una sociedad donde hay muchos que viven sin sentir siquiera la falta de fe.

Pero para que puedan surgir nuevos patrones de responsabilidad es imprescindible encarar la verdad de que cualquier matrimonio puede terminar en divorcio, excepto en los casos en que la religión de ambos lo prohibe. Es preciso que desaparezca el estigma del fracaso y del pecado y el oprobio de las acusaciones y la connivencia que hoy entraña la legislación sobre el divorcio. Hay que imponer nuevas prácticas sociales para que el fin del matrimonio se anuncie serenamente, así como se publica el casamiento. Para ello es necesario saber aceptar el infortunio, pero a los norteamericanos les cuesta mucho aceptar la muerte y el divorcio. Festejamos los nacimientos y los casamientos, pero nos apresuramos a retirar a los muertos sin ceremonia alguna, sin que los jóvenes ni los ancianos lleguen a comprender que tanto el morir como el nacer son realidades de la vida. Un mundo en el que alguien pueda decir: "Que los muertos entierren a los muertos", es un lugar horrible donde los cadáveres se pudren en la calle y los vivos tienen que huir para salvarse. Es penoso el fin del matrimonio, y es más triste aún que la muerte separe a los esposos (en 1947, de cada 100 familias, 12 estaban desintegradas; 9 por el deceso de uno de los cónyuges, 1 por divorcio y 2 por separación). Ambas desgracias son parte de la vida. Si reconocemos que vivimos en una sociedad donde se puede, y en algunos casos se debe, disolver el matrimonio, los recién casados y los matrimonios mayores podrán encarar los riesgos que corren y hacer todo lo posible por superarlos. El matrimonio era en otra época como un puerto desde donde muchos partían tranquilos, donde algunos se quedaban varados y donde otros naufragaban. Es ahora como navegar en alta mar sin tocar puerto nunca y ambos tienen que consagrarse a vigilar y a cuidar el barco para que se mantenga a flote. Cualquiera de estas formas de matrimonio puede ser honrosa y satisfactoria, si la humanidad así lo quiere.

Mientras el divorcio sea algo ignominioso, pero que no merece castigo, algo que se oculta pero que es accesible para cualquiera, podemos anticipar que ha de aumentar el número de casamientos irresponsa-

* En 1945, los divorcios de postguerra alcanzaron la proporción de uno por cada tres matrimonios, y según William F. Ogburn, han de disminuir, llegando a uno por cada cinco o seis.[5]

bles en los que uno o ambos se justifican con este razonamiento: "Y si no resulta, nos divorciamos." El resultado de semejante actitud es precisamente el divorcio. Si los jóvenes pudieran decir: "A pesar del riesgo, lucharemos por conservar la unión", habría menos casamientos y divorcios imprudentes. Pero la sociedad tiene que reconocer y respetar la intención de quienes se vuelven a casar, la fe en el matrimonio que revelaba el título de cierta película: "Esta vez, para siempre."

18. A CADA UNO LO SUYO

Hemos visto que los niños adquieren la noción de su identidad sexual a través del cuerpo y de la actitud que los demás asumen frente a ellos. Y hemos visto también que es posible exaltar la posición de cualquiera de los dos sexos y considerar al otro como una versión pálida, compensatoria o imperfecta. En ciertos casos es la niña la que se siente incompleta, dedicándose entonces a imitar las realizaciones masculinas, y otras veces es el varón el que se consagra a la emulación simbólica y rebuscada de la maternidad. La presencia del sexo opuesto puede falsear o reafirmar la sensación de la identidad sexual. Cualquiera de estas soluciones es posible, ninguna es inevitable. Si los padres consideran que una criatura es menos completa, que tiene menos capacidad potencial, menos derecho a ser libre, a ser mimada y protegida, o no se sienten tan orgullosos de ella como de otra, la criatura ha de sentir naturalmente envidia en muchos casos. Si la sociedad considera que ambos sexos tienen cualidades propias inalienables y estimables, pero sin establecer relación alguna entre dichas cualidades y los diferentes papeles que desempeñan en la procreación, tanto los hombres como las mujeres serán altivos y fuertes pero han de faltar algunos de los valores que surgen del contraste entre los sexos. Si se define a la mujer sin hacer referencia alguna a la maternidad, a los hombres puede parecerles inadecuada la virilidad porque pierde la relación con la paternidad. Y si se define a los hombres como progenitores antes que como amantes, la mujer descubre que quedan relegadas sus cualidades como esposa, destacándose sus aptitudes para la maternidad.

Superficialmente al contemplar una época determinada o un conjunto de disposiciones sociales, parecería que un sexo resultara favorecido y el otro perjudicado, pero cualquier ventaja o desventaja es temporaria. Si no se les permite a las mujeres desarrollar sus facultades, sufren las consecuencias tanto los hijos como las hijas. Si se exagera la importancia de la virilidad, la vida del hombre no tiene más sentido que la vida de la mujer cuando sólo se destacan sus funciones procreadoras. Si nos abocamos a un análisis profundo y procuramos cierta perspectiva temporal, si tenemos presentes las diversas posibilidades que nos sugieren o que ilustran otras culturas, podemos decir que la inferioridad de condiciones de cualquiera de los dos sexos obra en desmedro de la cultura y que el sexo que es dueño del mundo recibe en realidad un patrimonio incompleto. Cuando la cultura logra mayor plenitud, más plena es la vida del hombre, de la mujer, de las criaturas. La presencia y la conducta de ambos sexos afecta a los varones y a las niñas desde que nacen y cada sexo depende de ambos. En las leyendas que evocaban la existencia de islas sin hombres, donde sólo vivían mujeres, se advierte siempre, y con razón, alguna falla. Un mundo donde sólo existiera un sexo sería imperfecto, puesto que no tendría futuro. Sólo negando la vida misma se puede negar la interdependencia de ambos sexos. Admitiendo la interdependencia y trazándola minuciosamente desde el primer contraste que percibe la criatura entre la mejilla afeitada y la voz grave del padre y la suavidad de la piel y la voz más aguda de la madre, queda automáticamente descartado todo plan que pretenda favorecer a un sexo sin reparar en el otro. Considerar aisladamente la posición de la mujer es en realidad una actitud tan parcial como la de interesarse únicamente por la posición del hombre. Tenemos en cambio que pensar cómo se puede vivir en un mundo donde hay dos sexos de modo que cada sexo se beneficie en todos los aspectos por cada manifestación de la presencia de ambos.

Insistir en que es menester crear un mundo que favorezca a ambos sexos no significa que disimulemos o neguemos la distinta vulnerabilidad de cada uno, el hecho de que a los varones o a las niñas les cueste más adquirir ciertas nociones, de que haya períodos durante los cuales uno u otro sexo es físicamente más vulnerable. Tampoco significa que neguemos que cuando ambos son atendidos más por la madre que por el padre, sean diferentes las nociones, ya que el varón aprende a querer a una persona distinta mientras la niña acepta a una persona que es igual a ella y experimentan el primer contacto con el mundo a través de la boca anhelante, siendo éste el prototipo de las relaciones adultas en uno de los casos mientras que en el otro es a la inversa. No dejamos tampoco de reconocer que hay un período durante el cual la identidad sexual de la niña no es tan explícita como la del varón, que mientras él se siente seguro y orgulloso haciendo alarde de su masculinidad, la niña tiene que pasar por alto lo que parecería una deficiencia, confiando en la futura maternidad. Significa que reconocemos que la disciplina para aprender a controlar la eliminación, a prevenir, a satisfacer y a inhibir los impulsos como se debe según el momento y el lugar, tiene sobre el varón distinto efecto que sobre la niña. Reconocemos asimismo que al observar los niños la conducta de los mayores

para saber cuáles han de ser sus futuros papeles, la maternidad a la que la niña puede aspirar eclipsa, por lo conspicuo que es el embarazo, a la paternidad, que es mucho menos evidente para la fantasía del niño. Así como queda expuesta la vulnerabilidad de la niña cuando las disposiciones culturales parecen negarle ciertas libertades — el derecho a valerse de la mente o del cuerpo de algún modo que se le permite al varón — el varón es también vulnerable cuando la cultura lo incita a hacer un esfuerzo que está por encima de su capacidad por considerarse necesarias las realizaciones para validar la masculinidad, de otro modo imperfecta.

Reconocer lo que le corresponde a cada sexo, admitir cabalmente su vulnerabilidad particular y su necesidad de protección, implica ver más allá de la semejanza superficial que se advierte en las últimas etapas de la niñez cuando tanto los varones como las niñas, habiéndose desentendido de muchos de los problemas de adaptación sexual, se muestran ansiosos de aprender y muy capaces de dominar las mismas cosas. Si se los compara demasiado, debido a la organización escolar que no repara en que a esa edad las niñas crecen más rápidamente que los varones y que tienen más facilidad para aprender cierto tipo de lecciones, es posible que ambos se perjudiquen puesto que el varón puede llegar a experimentar cierto recelo ante la superioridad de la niña y ésta puede llegar a temer ser superior. Estos temores afectan profundamente el desarrollo posterior de cada sexo, pero se manifiestan de distinta manera: el varón se resiente y acepta de mala gana el mérito de las realizaciones de la mujer; la niña se asombra y disimula su talento. Al llegar a la pubertad, surge otra vez la diferencia. Para la niña, la pubertad queda definida por un hecho inequívoco y difinitivo. Unicamente si las disposiciones sociales afirman que la edad cronológica sea más importante que el desarrollo, o no admiten que sea tan normal desarrollarse tarde como temprano, puede la niña abrigar dudas acerca de sí misma o de su identidad sexual semejantes a las que confunden al varón a medida que va reaccionando ante los indicios más inciertos y menos definitivos de su propio desarrollo.

Al llegar a la edad adulta, listos ya para una relación sexual completa, los jóvenes de ambos sexos se sienten cohibidos por lo irrevocable que resulta la experiencia sexual completa para la mujer, comparada con el hombre. Lo irrevocable de la rotura del himen refrena la espontaneidad del hombre tanto como la de la mujer. Luego, en la consumación del acto sexual se produce otro cambio. El hombre puede revivir la fantasía de volver a entrar en la matriz, pero la mujer tiene que aceptar el deber que tiene para consigo misma, tiene que estar dispuesta a alojar en su cuerpo una nueva vida. No obstante, después de haber tenido un hijo, queda confirmada su identidad sexual absoluta, su aptitud para concebir, conservar y dar a luz a otro ser humano, y nadie puede negársela. El hombre que fecunda a una mujer no recibe la misma confirmación; la paternidad es siempre una inferencia, y su identidad sexual depende más bien de la potencia permanente que de la paternidad. A medida que pasan los años, la mujer afronta el momento en que han de cesar sus funciones procreadoras, de la misma manera irrevocable e inequívoca en que se manifestaran con la primera menstruación. Pero el hombre va perdiendo gradualmente la capacidad de engendrar, así como disminuye la potencia; se trata de alteraciones indefinidas y reversibles. No le dan la impresión de ser un acontecimiento único y desolador, que es el efecto que a muchas mujeres les produce la menopausia, ni le ofrecen la posibilidad de resignarse tranquilamente ante la consumación de una etapa de la vida. Se atiene a las satisfacciones y a los riesgos psicológicos propios de un proceso en el que no se distinguen tan precisamente las etapas.

La tendencia actual procura restarle toda significación a las diferencias que se observan en la aptitud para aprender, en el ritmo, en el tipo de recompensa y en el momento oportuno para el elogio, tratando a lo sumo de eliminar las discrepancias que se consideran desventajas para uno u otro sexo. Si resulta más difícil habituar al varón, hay que empeñarse más; si las niñas crecen más ligero que los varones, hay que separarlas para no perjudicarlos; si las mujeres tienen menos fuerza que los hombres, hay que inventar aparatos para que puedan igual hacer el mismo trabajo. Pero la adaptación que disimula una diferencia, que hace caso omiso de la vulnerabilidad, de la resistencia singular de cada sexo, limita la posibilidad de que se complementen y equivale a anular simbólicamente la receptividad constructiva de la mujer y la actividad constructiva espontánea del hombre, desdibujándose hasta convertirse ambos en versiones menguadas de la vida humana, ya que se les niega la plenitud que habrían podido alcanzar. Debemos velar por ambos sexos en los momentos vulnerables, protegiéndolos y cuidándolos durante las crisis que le resultan mucho más difíciles a uno que a otro. Pero a la vez que velamos por ellos, tenemos que conservar las diferencias. Limitarse a compensarlas equivale en realidad a rechazarlas.

Pero para que las personas tengan plena conciencia de su identidad sexual, cada ser tiene que sentirse también íntegramente humano. Somos en primer término seres humanos y si bien el sentido de la identidad sexual se impone sobre el sentimiento racial, de modo que los varones de una raza que se considera superior se muestran más dispuestos a ser hombres de una raza "inferior" que a ser mujeres de la propia, la gente no se decide a desechar la condición humana. El hombre más temerario y jactancioso vacilaría si tuviera que elegir entre cambiar de sexo o convertirse en un león o en un ciervo y la mujer más sensible y maternal preferiría perder la femineidad antes que ser borrega

o coneja. Ante todo humanos, pero, por Dios, conservando el mismo sexo, si es posible; ésta podría ser la síntesis de la actitud de los hombres y mujeres de todas las culturas del mundo. Tal vez la educación los induzca a creer que preferirían ser del sexo opuesto, impidiéndoles así actuar cabal y felizmente, pero ni aun así accederían a trocar por otra su condición humana. Sin embargo hemos observado lo perniciosos que pueden resultar para la noción de la identidad sexual los convencionalismos que cada sociedad formula para diferenciar a los dos sexos. Todas las sociedades conocidas han creado y sustentado la división artificial del trabajo y han previsto la personalidad de cada sexo, limitando así la potencialidad humana del sexo opuesto. Una manera de hacer esta discriminación es negar toda la gama de diferencias que hay entre las personas del mismo sexo, insistiendo por ejemplo en que todos los hombres tienen que ser más altos que las mujeres, de modo que el que es más bajo que una mujer parezca menos hombre. Pero ésta no es sino la forma más simple del convencionalismo que perjudica. Existen muchas otras debido a que no se ha querido reconocer que hay una gran variedad de seres humanos mezclados y casados y que el conjunto presenta contrastes tan agudos como el de una coneja unida a un león o una oveja unida a un leopardo. Se consideran arbitrariamente femeninas o masculinas muchas características que varían tanto dentro del mismo sexo que ni siquiera es posible hacer distinciones precisas. Ambos sexos pueden repudiar el vello, de modo que los hombres se afeiten y las mujeres se depilen las piernas y las axilas; pueden también considerarlo signo de virilidad y, entonces las mujeres se rapan la cabeza y los hombres usan peluca. Afeitarse da trabajo y el hombre lampiño se siente disminuido, mientras que la mujer que tiene tres pelitos en el pecho parece una bruja. Sin embargo, no se sufre tanto cuando hay que adaptarse a semejantes arquetipos como cuando se clasifican de manera similar las características personales. Si se le atribuye la iniciativa exclusivamente a uno de los sexos, especialmente en lo que respecta a las relaciones sexuales, se falsean y se deshacen muchos matrimonios porque le está vedado tomar la iniciativa al cónyuge que más aptitud tiene para ello, limitándose entonces a contenerse o a disimular, manejar y desmentir la relación. Lo mismo que sucede con la iniciativa, se advierte con respecto a la receptividad. Cada sexo es capaz de tomar cierto tipo de iniciativa y hay individuos que deberían, frente a los individuos del sexo opuesto, tomar la iniciativa o responder, en ciertos momentos y en ciertos lugares, sin tener presente a qué sexo pertenecen, lo cual resulta peligroso si los arquetipos impuestos no se lo permiten. Podemos pasar de las simples diferencias físicas a las definiciones complementarias que magnifican la importancia de las diferencias que se observan entre los sexos proyectándolas indebidamente sobre otros aspectos de la vida, hasta llegar hasta

los estereotipos de las actividades complejas relacionadas con la aplicación formal del intelecto al arte, al gobierno y a la religión.

En estas complejas realizaciones de la civilización, que constituyen la gloria de la humanidad y la esperanza de este mundo que hemos creado ha existido siempre la tendencia a hacer distinciones artificiales que excluyen a un sexo de cierta actividad y que, al rechazar las aptitudes potenciales de los seres humanos, no sólo limitan las oportunidades de los hombres y las mujeres sino también el desarrollo de la actividad en sí. El canto constituye uno de los ejemplos más sencillos. En algunas sociedades el canto no es más que un canturreo rítmico, sordo y desafinado. Es interesante señalar que éste es el estilo de una sociedad como la de Manus, que se basa en las similitudes más ambiguas que se observan entre los hombres y las mujeres. En otras sociedades cantan las mujeres y los hombres lo hacen en falsete. Puede ser que haya habido sociedades en las que cantaran los hombres y sólo pudieran cantar las mujeres que tuvieran voz de contralto. En otros casos se ha buscado la belleza de un coro que abarcara toda la escala de posibilidades de la voz humana, pero deseando a la vez excluir a las mujeres por estar el canto asociado a la religión y por considerarse que las mujeres no tenían que tomar parte activa en el ceremonial. La voz de los niños sirve aparentemente como sustituto. También se puede utilizar la de los eunucos y tenemos entonces la música basada en la perfecta orquestación de las voces masculinas y femeninas, pero excluyendo a las mujeres y castrando a los hombres.

En todas las épocas de la historia las actividades más complejas se han definido como masculinas en ciertos casos y como femeninas en otros, reclamando a veces los dones de ambos sexos o aprovechando diferencialmente el talento de uno u otro. Cuando queda limitada a un solo sexo cualquier actividad a la que ambos podrían aportar algo, y probablemente todas las actividades complejas pertenecen a esta categoría: la actividad misma pierde la riqueza que le da la diferenciación. Si se considera que determinada actividad compleja es propia de un sexo, se torna difícil y comprometedora la participación del sexo opuesto. En Bali no hay ningún tabú riguroso que le prohiba a la mujer o al hombre dedicarse a las artes propias del sexo opuesto si lo desean. Pero la pintura es en Bali una forma de expresión masculina. Cuando una jovencita con grandes aptitudes de la aldea de Batoean, donde unos setenta jóvenes ensayaban la novedad de pintar sobre papel, manifestó una modalidad distinta —pintando lo que veía en lugar de la representación estilizada y convencional del mundo—, los artistas la pusieron en ridículo y la desanimaron hasta que desistió, conformándose con imitarlos malamente. La misma diferencia de sexo que le permitía ver las cosas de otro modo e introducir una innovación, la hacía tan vulnerable que se desbarataba la idea. Asimismo, la intervención de un

sexo en las actividades del sexo opuesto puede resultar funesta si goza de más prestigio. En Samoa las mujeres hacían antiguamente una tela hermosísima de corteza, imprimiéndole las líneas suaves y fluctuantes cosiendo el patrón con sus filetes de hoja de cocotero sobre una estera. Cuando se introdujeron las herramientas de hierro, los hombres, por ser los que tallaban, comenzaron a hacer tablillas con patrones labrados más resistentes y fáciles de manejar que las frágiles esteras. Pero los diseños que crearon para un arte que ellos no dominaban resultaron rígidos y sin gracia, y hasta las mujeres fracasaron cuando intentaron renovar los diseños pintando imitaciones en lugar de utilizar las tablillas.

Lo mismo se observa en lo que atañe a la religión. Hay sociedades que sólo le permiten a un sexo la experiencia y la dirección religiosa, condenando las revelaciones que pretenda hacer el sexo opuesto. Se toma entonces a la mujer por bruja y al hombre por invertido. La desorientación llega a ser tan grande que, al no saber distinguir entre la aptitud y la definición social del papel de cada sexo, surgen los patrones instituidos que confunden la inversión sexual del travestido con las funciones religiosas, como en algunas tribus de Siberia. La sociedad puede negarle a uno de los sexos una vocación que ambos sientan, y nadie logra desarrollar plenamente sus aptitudes si corre el riesgo de perder la identidad sexual. Esta restricción arbitraria de las potencialidades de ambos sexos tiene como secuela la tragedia de no saber definir el propio sexo del hombre que se vuelve homosexual debido a la forma en que la sociedad define su vocación por la pintura o por la danza y de la mujer que se vuelve homosexual porque le gusta andar a caballo y trabajar con la regla de cálculo. Si el sexo opuesto se interesa mucho por una actividad propia del otro, pueden llegar a imponerse los intrusos, como en el caso de los hombres que han sido desplazados de la enseñanza en los Estados Unidos. Pueden suscitarse situaciones más singulares aún. En cierto momento y lugar, el ejercicio de la medicina puede abarcar la obstetricia. Los médicos que se interesan más por la capacidad procreadora de la mujer se dedicarán en primer término a la obstetricia y la pediatría. Quizá también se especialicen algunas mujeres cuyo interés por la medicina se considera masculino. Surge así un grupo de profesionales integrado por hombres que se han entusiasmado debido al concepto que tienen del papel femenino y por mujeres que repudian las limitaciones que a su juicio implica dicho papel. Juntos pueden encauzar la medicina por caminos extraños, permaneciendo al margen las mujeres en lugar de aportar lo que el conocimiento directo de la femineidad les facilita y guiándose los hombres por su propia fantasía más que si no hubiera mujeres en la profesión. Esta evolución puede conducir finalmente a la determinación de enseñarle a la mujer el "parto natural", o sea a devolverle la capacidad de dar a

luz que virtualmente se le había quitado en el curso del desarrollo bien intencionado pero parcial de la medicina.

Me he tenido en ciertos pormenores de este ejemplo porque es menester señalar que aunque se adopte con la mejor intención un programa que prepare a los hombres y a las mujeres para que puedan brindar su aporte especial a todos los procesos complejos de la civilización: la medicina y el derecho, la educación y la religión, las artes y las ciencias, la tarea ha de resultar muy difícil. Cuando se considera femenino un oficio o un arte, los hombres que se interesan se sienten ya perjudicados en cierto sentido o se perjudican al intentar ejercerlo. Si la definición social no basta para que duden de su propia virilidad, las normas y los procedimientos femeninos que rigen en dicha actividad los confunden y exasperan de modo que no logran producir nada bueno ni diferente, sino que inevitablemente trabajan en forma similar pero con peores resultados que las mujeres que se ocupan de esa tarea. Cuando una profesión se considera masculina, las primeras mujeres que la ejercen se encuentran igualmente en inferioridad de condiciones.[1] Tal vez se hayan interesado por esa actividad porque quisieran actuar como los hombres, compitiendo con ellos y demostrando su idoneidad. Los impulsos de esta índole, compensatorios y derivativos antes que primarios, les nublan la visión y les entorpecen los dedos al tratar de emular la conducta del sexo opuesto, que les parece tan deseable. Aunque no elijan la profesión por competir con los hombres sino por motivos originales, por curiosidad o por el deseo de crear o de intervenir en una actividad que les resulta apasionante, tropiezan también, como los hombres que eligen profesiones que las mujeres han definido, con un estilo impuesto por el otro sexo. Así como la persona que viene de otra cultura vacila y se confunde en tierra extraña, buscando a tientas un pestillo que no existe, levantando el pie donde no hay escalón, sintiendo apetito a la hora en que no se sirve la comida y con el oído atento para despertarse con ciertos ruidos que no se oyen en estas calles, el que ingresa en una profesión que ha sido del dominio exclusivo del sexo opuesto se confunde y tropieza, rindiendo menos de lo que es capaz. ¿Cómo va a competir con quienes están preparados para orientarse fácil y airosamente, sin pisar en falso ni agregar un gesto de más? Tanto en el plano del arte como en el plano de la ciencia, la modalidad del pensamiento, todo el sistema simbólico que tiene que utilizar el novicio, facilita el proceder del sexo esperado y dificulta la acción del sexo inesperado. Estos patrones parciales también limitan la actitud del sexo que se dedica a la actividad cuanto más tiempo la ejerce exclusivamente, ya que no se renuevan con la imaginación de ambos. Quizá uno de los motivos que podrían explicar la decadencia de las grandes épocas de actividad culta, cuando fracasan las doctrinas filosóficas, declinan las artes y decaen las religiones, sea la adhesión estricta a las interpre-

taciones y al genio de un solo sexo. Cuanto más se desarrolla alguna facultad creadora que se define como estrictamente masculina o femenina, más se divide la personalidad del que la ejerce y es mayor el riesgo de un divorcio entre la vida personal, con el matrimonio y la paternidad que dependen de la presencia del sexo opuesto, por una parte, y por la otra la vocación creadora del pensamiento y la acción. Pueden surgir soluciones secundarias, como la discriminación que hacían los griegos entre la esposa sin educación y la amante sofisticada; pueden optar muchos por el celibato y la homosexualidad por la sencilla razón de que las relaciones heterosexuales entrañan complicaciones intolerables. Cuanto más se consagra el individuo a una actividad creadora, así se trate del gobierno o de la ciencia, de la industria o del arte, de la religión o de la exploración sistemática, más aspira a la plenitud y más vulnerable es si la actividad sólo expresa parcialmente la plenitud de la naturaleza humana, sin reparar en ambos sexos.

Asimismo, es preciso tener presente que si no hay indicios de que la inteligencia sea atributo exclusivo de uno de los sexos, las restricciones que le prohiben a la mujer ejercitar sus facultades no sólo la perjudican sino que privan al mundo de su aporte, cuando tanto lo necesita. No he expuesto esta consideración en primer término porque aún existe la posibilidad de que el mundo pierda más sacrificando la diferenciación sexual que limitando el ejercicio de la inteligencia conforme a determinada modalidad de vida. Parece dudosa la ventaja de aprovechar las dotes de la mujer si su participación en las actividades que se consideran masculinas la despoja de los atributos femeninos, altera y falsea el aporte que podría hacer y vuelve recelosos a los hombres, ya sea porque su presencia los excluye o porque afecte la condición de los que intervienen. Es muy poco lo que se gana si la lucha limita la contribución original de las aspirantes. Puede afirmarse que la docencia —que debe ser ejercida por ambos sexos tanto para los varones como para las niñas— ha perdido tanto o más de lo que ha ganado con el alejamiento de los hombres, no sólo de la enseñanza primaria, que exigía las cualidades de la mujer, sino de la enseñanza media, puesto que no es bueno que los varones se formen solamente bajo la tutela de profesoras. Los profesores se refugiaron en las universidades procurando celosamente que las mujeres no dictaran ninguna cátedra e impidiéndoles así actuar en terrenos donde se podría muy bien aprovechar el discernimiento de la mujer. Este proceso nos obliga a meditar, sugiriendo que a menudo es peor el remedio que el mal.

Es peor sobre todo cuando se comparan cuantitativamente las aptitudes de la mujer con las del hombre.[2] Se dice entonces que hay muchas mujeres que son tanto o más inteligentes o fuertes que los hombres, que son tan capaces o más aún que ellos como organizadoras. Resultan a menudo contraproducentes las campañas que se fundan en el

derecho de la mujer a ingresar en cualquier esfera de actividades. El ingreso de la mujer se interpreta como competencia, lo cual entraña graves riesgos, tanto si la rivalidad se revela en el resentimiento de la maquinista soviética que se queja de que a las mujeres sólo les permiten conducir trenes de carga, como se manifiesta en el antagonismo devastador que se observa en América, donde cuesta tanto perdonar al que gana en la misma carrera, aunque es muy fácil aclamar al que triunfa en las que uno no interviene. Casi todas las intervenciones de la mujer norteamericana en las actividades de las que se había mantenido alejada siempre o durante los últimos tiempos se han interpretado en términos de competencia. Lo grave de la situación se percibe de diversas maneras: por los carteles de propaganda de pan que aparecieron en la costa del Pacífico en la primavera de 1948, en los que aparecía una chica esgrimiendo un *bate* de *baseball* y detrás de ella un muchacho con el guante de *catcher;* por la serie: "Así se hace" que se ve en el subterráneo de Nueva York, donde el texto dice que el anillo de compromiso es señal de sumisión y la figura muestra a un hombre vestido de etiqueta poniéndoselo él mismo. Sería insensato no reparar en los indicios que señalan que las condiciones actuales son perniciosas tanto para los hombres como para las mujeres, ya que permiten que la mujer se deje llevar por la curiosidad y los impulsos fomentados por el mismo sistema de educación que forma a los varones o la someten a disposiciones sociales que le niegan un hogar e hijos a muchas, la cuarta parte de las mujeres norteamericanas llega a la menopausia sin haber tenido hijos.[3] Tenemos que verificar prudentemente cuáles son las ventajas y qué posibilidades hay de aprovechar la sensibilidad de ambos sexos en seguida, para lograr el equilibrio sin dejar de avanzar.

Será muy grande en América la tentación de ajustar el equilibrio bruscamente, de impedir que las mujeres sigan invadiendo estos campos, en vez de tratar de modificar la admisión. Si adoptamos medidas retrógradas perdemos la oportunidad de idear invenciones sociales que le permiten a la mujer contribuir al desarrollo de la civilización como contribuye a la preservación de la especie. Hasta ahora hemos aprovechado las aptitudes del hombre en ambos sentidos pero las de la mujer casi exclusivamente en uno solo. La sociedad le exige a ambos sexos que vivan de modo que nazcan otros seres, que cuiden su masculinidad o su femineidad disciplinándola para cumplir con los deberes que la paternidad y la maternidad imponen y que dejen al morir nuevas vidas. Por eso el hombre tenía que estar dispuesto a elegir, cortejar y mantener a la mujer como amante, a protegerla y mantenerla como marido y a proteger y a mantener a los hijos en su función de padre. La mujer tenía que estar dispuesta a aceptar al hombre como amante, a vivir con él como esposa, a concebir, dar a luz, alimentar y

atender a los hijos. La sociedad que no logra imponerles estas exigencias a sus integrantes desaparece.

Pero al hombre la sociedad le exige algo más. A miles de generaciones de hombres se les han impuesto otros deberes aparte del de ser buenos amantes, maridos y padres, aunque éste implicaba de por sí la agricultura, la organización y la defensa. Han tenido que crear y desarrollar, de acuerdo con su capacidad individual, las disposiciones sociales que constituyen el marco dentro del cual se crían los niños, han tenido que construir torres más altas y caminos más anchos, que forjarse nuevos sueños y renovar las visiones, que ahondar cada vez más en los secretos de la naturaleza y que aprender a hacer más humana y más grata la vida. En esta aventura se produjo tácita y sutilmente la división del trabajo que databa de la época en que la capacidad creadora de tener hijos eclipsaba todas las acciones de los hombres, por más que pretendieran afirmar con danzas y pantomimas que los novicios eran no obstante hijos de ellos. Esta división del trabajo implicaba que a la mujer le bastaba con tener hijos y que todas las demás creaciones le pertenecían al hombre. Semejante suposición se vuelve insostenible a medida que los hombres logran realizar las creaciones que se atribuyen. A medida que la civilización se hace más compleja, la vida del ser humano tiene una definición individual además de estar al servicio de la raza, y las grandes estructuras como el derecho y la autoridad, la religión, el arte y la ciencia cobran gran importancia. Si son los hombres quienes ejercen dichas actividades, las mismas se convierten en índices de la naturaleza humana masculina y los hombres se enorgullecen de sus realizaciones. En la medida en que se excluye a las mujeres, éstas pierden atributos humanos. La mujer analfabeta no es menos humana que el hombre analfabeto. Mientras sean pocos los hombres que sepan escribir, la mujer no se siente disminuida. Pero si la mayoría aprende —lo que significa que han de tener acceso a los libros, adquiriendo así más precisión en el pensamiento y gozando de más posibilidades de comunicación— y las mujeres se ven impedidas de hacerlo por ser mujeres, pierden dignidad y comienza el proceso sutil que mina la integridad de ambos sexos. Cuando la privación de la mujer se compensa con otras formas de poder, como la voluntad imperiosa de la suegra que ha sido una esposa dócil, consagrada al hogar —en la China y en el Japón— el equilibrio se logra mediante patrones que falsean subrepticiamente las relaciones humanas y que perduran a través de los siglos. Cuando las mujeres expresan abiertamente la sensación de no poder intervenir en la sociedad, rebelándose contra las restricciones que ésta les impone, surge entonces la clase de libertad que se les concedió justo antes de la desintegración del Imperio Romano o la reclamada por los movimientos en pro de los derechos de la mujer del siglo pasado. Pero aunque la sociedad adopte medidas compensatorias, queda

sutil y profundamente minada la fe de la mujer en su propia capacidad para contribuir directamente a la cultura y se agudiza el aislamiento de los hombres en un mundo que han creado solos.

Si se aceptara la premisa de que podemos crear un mundo mejor aprovechando los diferentes dones de ambos sexos, tendríamos dos clases de libertad: libertad para aprovechar las aptitudes aún intactas de ambos sexos y para reconocer sin reservas y cultivar en cada uno la superioridad particular. Tal vez descubramos que en ciertos terrenos, como en el de las ciencias físicas, las matemáticas y la música instrumental, los hombres, en virtud de su sexo a la vez que por sus cualidades como seres especialmente dotados, poseen siempre esa levísima superioridad que es la que importa, y que si bien las mujeres pueden seguirlos fácilmente, ellos han de hacer siempre los descubrimientos. Tal vez podamos igualmente comprobar que la mujer, a través de las nociones que adquiere con la maternidad, transmitidas más fácilmente a las mujeres, aun a las que no tienen hijos, que a los hombres, tiene cierta superioridad especial para las ciencias que exigen ese género de discernimiento que mientras no se analice se denomina intuición. Si la intuición se funda, como parece, en la capacidad para percibir lo que se diferencia de uno, y no en la capacidad para proyectarse al idear un invento o formular una hipótesis, es posible que las mujeres posean más aptitud intuitiva. Así como se ignoró negligentemente durante siglos la capacidad del hombre para las matemáticas y la gente contaba uno, dos, dos y uno, o con los dedos, se han descuidado las facultades intuitivas de la mujer, sin que se cultivaran ni se desarrollaran.

La sociedad se beneficiará cuando se admita que es tan importante aprovechar las dotes de la mujer y ponerlas al alcance de los hombres y las mujeres en forma transmisible, como lo fuera aprovechar las dotes masculinas y crear sobre la base de ellas una civilización para ambos sexos. Podremos sintetizar las aptitudes de ambos en las ciencias, en las que se advierte un lamentable desequilibrio debido a que se sabe destruir mejor que construir y a que los sabios están más capacitados para analizar el mundo material, en el que el hombre puede proyectar su inteligencia, que el mundo de las relaciones humanas, para lo cual es necesario aplicar la intuición socializada. La madre que comprende que la criatura que hasta hace una hora era parte de su cuerpo es ya un ser diferente, con apetitos y necesidades propias, y que si se guía por su propio organismo para interpretar al hijo, el hijo se muere, tiene una preparación irreemplazable. A medida que aprende a atender a ese otro ser, desarrolla una manera particular de pensar y de sentir con respecto a los seres humanos. Estas nociones pueden quedar en ese plano o pueden estilizarse y formar parte de nuestra civilización. Los hombres y las mujeres que trabajan actualmente juntos en las ciencias humanas logran una mejor penetración debido a la forma

en que se complementa la percepción de ambos. Descubrimos que se valen de distintos medios: por ejemplo, para comprender cómo la cultura socializa a los niños el hombre tiene que volver mentalmente a la infancia, pero la mujer tiene también otro camino, el de comprender a las madres de los niños. No obstante, ambas actitudes son necesarias y la capacidad de uno de los sexos sólo puede ofrecer una respuesta parcial. Unicamente podremos crear una sociedad íntegra si se aprovechan las aptitudes especiales de cada sexo y las que ambos tienen en común, es decir, si se aprovechan los dones de la humanidad entera.

Todas las medidas que tomemos para librarnos de esta situación enmarañada, en la que se han hecho muchas proposiciones y contraproposiciones durante el transcurso de los siglos, han de resultar penosas e inevitablemente imperfectas. Se trata de un círculo vicioso en el que no se puede señalar ni el principio ni el fin, en el que la apreciación exagerada por parte de los hombres de los papeles femeninos y la admiración excesiva de la mujer por los papeles masculinos, induce a uno u otro sexo a usurpar, a desdeñar y hasta a despojarse de ciertos atributos de nuestra condición humana, tan preciada. Los que quieren quebrar el círculo son también fruto del mismo, manifiestan algunos de sus defectos en cada gesto y quizá sólo sean capaces de impugnarlo pero no de deshacerlo. Sin embargo, después de la identificación y del análisis debería ser posible crear un ambiente en el que otros que no estén tan afectados por la confusión anterior porque se han criado con una luz en la mano que ilumina el pasado al igual que el porvenir, den el próximo paso. Unicamente reconociendo que en la sociedad humana los cambios tienen que hacerlos quienes llevan en cada célula del cuerpo el motivo por el cual son necesarios, podremos disciplinar el corazón y tener la paciencia para crear realmente y bien, reconociendo que el hecho de que la civilización sea obra de los seres humanos no constituye solamente el precio, sino también la gloria, de la condición humana.

APENDICE PRIMERO

En las notas siguientes trato de orientar sucintamente al lector en cuanto a la ubicación de los diversos pueblos, mencionando qué es lo que se sabe acerca de ellos, y en qué época y con qué auspicio realicé mis observaciones, proporcionándole asimismo material bibliográfico. Cada cultura presentaba problemas diferentes. En Samoa trabajé sola; se había hecho mucho antes y se ha hecho más después. Había ya un diccionario y una gramática y se podía uno valer del inglés para aprender el idioma. En Manus tuvimos que analizar el idioma valiéndonos del inglés chapurrado (*pidgin English*) que se habla en aquellas regiones como lengua intermediaria, y lo mismo ocurrió en Arapesh, Mundugumor y Tchambuli, así como también en Iatmul cuando Mr. Bateson llevó a efecto el trabajo original que yo tomé como base. Se había analizado ya extensamente el balinés, pero con la colaboración de un auxiliar lingüístico que hablaba inglés descubrimos que era más provechoso hacer otro análisis conforme al método aplicado a los idiomas totalmente desconocidos. En todos los casos aprendimos el idioma y nos instalamos en una aldea nativa que observamos y estudiamos a fondo. En los apéndices e introducciones de varias obras he explicado detalladamente los métodos de observación, especialmente en *The Mountain Arapesh*, II, "Supernaturalism" (véase la Sección C más adelante); en el Apéndice II de *Coming of Age in Samoa* (Adolescencia y Cultura en Samoa), págs. 259-65; en el Apéndice I de *Growing Up in New Guinea* (Educación y Cultura); y en cuatro disertaciones: "More Comprehensive Field Methods", *American Anthropologist*, Vol. 35 (1933), págs. 1-15; "Native Languages as Field Work Tools" *American Anthropologist*, Vol. 41 (1939), págs. 189-205; "Living with the Natives of Melanesia", *Natural History*, Vol. 31 (1931), págs, 62-74; "Anthropological Data on the Problem of instinct", *Psychosomatic Medicine*, Vol. IV, octubre de 1942.

Se puede consultar la descripción general del distrito Sepik Aitape, donde viven los arapesh, los mundugumores, los tchambulis y los

iatmules, que figura en las págs. 153-66 de *The Mountain Arapesh*[1], "An Importing Culture", Vol. XXXVI, Pt. III, 1933. Los métodos de investigación utilizados en Bali y en Iatmul, que representan un gran adelanto en relación con los métodos anteriores, fueron descritos en mi artículo "Researches in Bali, 1936-39: I. On the Concept of Plot in Culture, II. Methods of Research in Bali and New Guinea", *Transactions of the New York Academy of Sciences*, Serie 2, Vol. 2 (1939), 24-31.

LAS SIETE CULTURAS DEL PACIFICO

En las siguientes secciones presento en el estilo más compacto posible una reseña etnográfica de las siete culturas sobre las que me he basado en las páginas precedentes. Utilizo el vocabulario técnico porque cualquier otra modalidad de presentación abarcaría mucho espacio. Estos apéndices son para el estudiante y para el lector que se interese por cuestiones como la población, la naturaleza del ambiente, la fecha en que el pueblo fue observado, etcétera. Figuran en el orden en que las estudié y he agregado una bibliografía de todas mis publicaciones, de las de mis colaboradores y de los trabajos importantes publicados posteriormente. Mis publicaciones presentan bibliografías más completas sobre los trabajos anteriores.

A. SAMOA

Recogí el material en 1925-26 cuando estuve nueve meses en Samoa con la misión de realizar un estudio sobre las adolescentes encomendado por el National Research Council, de cuyo Departamento de Ciencias Biológicas era miembro.

La población de las islas de Samoa, que en 1926 alcanzaba a 40.229 habitantes, pertenece a un grupo polinesio, de piel ligeramente morena y cabello negro ondeado, y habla un idioma polinesio. Las islas fueron cristianizadas durante la primera mitad del siglo XIX y se dividían administrativamente en Samoa Occidental, que comprendía las islas de Upola y Savaii, bajo Mandato de la Liga de las Naciones ejercido por Nueva Zelandia, y Samoa Americana, gobernada por la Marina de los Estados Unidos. Se había abolido la guerra, los trofeos de cabezas, la pena capital aplicada por los jefes de familia o por los consejos de las aldeas, el infanticidio, la poligamia y las pruebas públicas de la virginidad. El pueblo sabía leer el idioma samoano escrito con la ortografía europea que enseñaban los misioneros nativos, mientras que ambos gobiernos ofrecían algunos cursos de inglés. La copra era el principal producto de exportación, a cambio del cual compraban telas, que usaban en vez de la tela de corteza y las esteras excepto en el ritual, y el tul para los mosquiteros que sustituía a los mosquiteros de tela de corteza. Habían introducido las lámparas de querosene y el querosene, el jabón, el almidón, los cuchillos de hierro y los cubos para el agua. Utilizaban

el papel y la pluma para escribir con tinta, así como también lápices, para registrar datos y para la voluminosa correspondencia entre las islas. Los impuestos se cobraban sobre los réditos de la copra y muy pocos samoanos trabajaban por dinero. Estaba prohibida la enajenación de la tierra, por lo que no prosperaron ni las plantaciones ni los comerciantes extranjeros. El nivel de atención médica era alto debido al personal competente de la Marina. Había alrededor de doscientas personas para atender la Base Naval y cada tres semanas hacía escala el vapor que cubría la ruta entre San Francisco y Sydney. La iglesia formaba parte de todas las aldeas y era el asiento del colegio. La comunidad mantenía a la familia del pastor, que participaba de los honores rituales. La religión que prevalecía era una forma atenuada del congregacionismo (Sociedad Misionera de Londres), aunque habían también misiones y escuelas católicas en Tutuila y una pequeña misión mormónica.

Realicé todos los estudios minuciosos en la remota isla del grupo de Manua, especialmente en la aldea de Taü de la isla Taü, y los comentarios que siguen sólo se refieren a dicho grupo, aunque gran parte del patrón familiar es invariable en toda la región. No obstante, las diversas experiencias que han tenido con los europeos en las islas más grandes, en particular cerca de Upolu, que tiene pobladores europeos desde hace mucho tiempo, han dado lugar a ciertas diferencias en los patrones originales al margen de las que pueden atribuirse a las condiciones primitivas.

Los samoanos vivían en aldeas autónomas, vinculadas por la forma de relación ceremonial que reunía a los hombres que poseían los títulos más importantes de cada aldea en una asamblea formal llamada Gran Fono, donde cada uno tenía su sitio. Cada aldea poseía un gran número de títulos que pertenecían a las estirpes, cuyos miembros decidían en conjunto la disposición de los mismos, con las recomendaciones y la intervención ocasional del consejo de la aldea, integrado por los jefes de las familias. Se distinguía entre los títulos de los jefes y los de los jefes oradores, siendo complementarias las funciones de estos dos grupos. La organización del consejo de la aldea se repetía en el grupo de las esposas, en el de los jóvenes y los hombres sin título y en el de las jóvenes y las esposas de los hombres sin título, dividiéndose entre estos cuatro grupos las actividades comunales de la aldea. Cada aldea tenía uno o más jefes encumbrados que tenían la prerrogativa de conferirle un título especial, el de *taupou*, a una joven de su familia, y el de *manaia* a un joven. La casa, presidida por un hombre que poseyera algún título, comprendía una gran familia, distribuyéndose el trabajo según la edad y la posición de los integrantes, indicando el jefe quién tenía que cultivar la huerta, quién ocuparse de la pesca, cuántas esteras había que tejer, etcétera, considerándose todos los ingresos de propiedad familiar. Era raro que las familias biológicas vivieran aparte y era el *matai* (título del jefe de la familia) y no el padre quién imponía la disciplina. Los individuos conservaban ciertos derechos sobre las tierras de ambas líneas de la familia, en lo que respecta a la residencia,

así como el derecho al veto en los consejos de la familia materna. El sistema de parentesco era simple y bilateral, existiendo un tabú muy riguroso entre el hermano y la hermana. El rango estaba estrechamente unido al título y los hijos de los jefes quedaban clasificados entre los hombres sin título.

Los samoanos moraban en casas sin paredes, redondas u ovaladas, con techo alto de paja y piso de guijarros sobre el que extendían las esteras para sentarse o dormir. Se alimentaban principalmente de taro, ñames, frutos del árbol del pan, bananas y cocos, completando la dieta con pescado, mariscos, carne de cerdo y aves. Cocían los alimentos en los hornos de barro de la familia o de la aldea, sirviéndolos sobre hojas frescas. No tenían cacharros. La bebida ceremonial no era alcohólica y la preparaban con la raíz del *Piper methysticum*. La vestimenta consistía en el *sarong* corto —llamado lavalava, hecho ahora de tela—, una blusa que las mujeres usaban casi siempre y las camisas que los hombres se ponían para ir a la iglesia. Algunos de los jóvenes todavía se tatuaban, pero el tatuaje estaba prohibido en Manua desde hacía ya dos generaciones. Ambos sexos andaban descalzos. Dormían sobre esteras, pero con almohadas duras de capoc y mosquiteros modernos. Habían adoptado los utensilios y los cubiertos europeos, pero sólo para servirles una comida al estilo europeo a los funcionarios que los visitaran. En la casa del jefe y en la del pastor había también una mesa y una o dos sillas que se guardaban para los visitantes; el resto de la vida se desarrollaba en el suelo.

Cada casa se bastaba a sí misma en cuanto a las necesidades de la vida cotidiana, pero algunos hombres se especializaban en la pesca y el pescado se intercambiaba con cierto sentido de obsequio entre las casas emparentadas. La construcción de las casas y de las canoas era también un oficio especializado que se retribuía con esmero. No existía el comercio, sino los complicados intercambios afines, constituyendo las esteras y la tela de corteza el aporte femenino y los alimentos, los tazones de madera, las canoas, etcétera, el aporte masculino. También había continuamente pequeños préstamos informales. Las casas colaboraban en el reclutamiento de trabajadores para la aldea y aportaban contribuciones para las fiestas, a menudo como *rite de passage* para los que pertenecían a la casa del jefe. El patrón de relaciones de la casa se había extendido a la organización social, por lo que todos los habitantes de la aldea actuaban como si fueran parientes del jefe, y los jefes oradores, en conjunto, gozaban de facultades semejantes a las que ejercía la línea de mujeres de un linaje. Las prerrogativas del linaje abarcaban los títulos, las tierras, el predio de la casa, y a veces los privilegios inherentes de uno de los títulos.

Samoa se destacaba entre los grupos polinesios porque el énfasis recaía sobre la organización social en vez de poner de relieve lo sobrenatural, y por la importancia de las sanciones seculares. "Antiguamente teníamos dos deidades, Tangaloa y la Aldea, pero la principal era la Aldea." La comunidad de la aldea local siguió siendo el centro y la fuente de toda autoridad y del poder; la superestructura de títulos por

una parte y la de los grandes dioses y los dioses de los linajes por la otra, no merecían la misma consideración. La oratoria y la danza estaban muy desarrolladas, pero no así las artes decorativas, a excepción de los diseños frotados o pintados sobre la tela de corteza, las esteras apenas adornadas y algunas mazas. La literatura era también rudimentaria. La guerra se estilizaba como parte de las relaciones entre las aldeas que rivalizaban en las ceremonias y ocasionaba pocas víctimas. La hostilidad entre los individuos se manifestaba subrepticiamente bajo la forma de chismes o maquinaciones políticas y no en franca discordia. La sociedad constituía un ejemplo de economía próspera, era una organización social flexible y viable a la que se adaptaban los individuos según la edad, el sexo y la posición, con una serie de perspectivas que la mayoría podía a alcanzar y definiendo como deseables las aspiraciones que podía colmar en términos de gratificación personal: alimentos, abrigo, sexo, placer, posición y seguridad. Las enfermedades más graves eran la frambesia y la conjuntivitis, que la medicación moderna domina, y actualmente el aumento de la población es el más grande del mundo. Hasta la Segunda Guerra Mundial —y posiblemente también luego, aunque no disponemos de datos fidedignos — los samoanos representaban una de las adaptaciones mejor logradas y menos traumáticas a los cambios culturales que se conozcan. Esta adaptación puede atribuirse en parte a la flexibilidad de la cultura, a la protección económica que impidió la enajenación de las tierras y la introducción de la competencia económica al estilo europeo, a la feliz coincidencia entre el patrón del congregacionismo inglés y la organización social samoana y, al contrapunto igualmente afortunado entre la jerarquía de rango y posición de Samoa y la de la Marina de los Estados Unidos.

Publicaciones sobre Samoa

Mead, Margaret, *Coming of Age in Samoa* (descripción de la vida familiar y del desarrollo psicológico), William Morrow, Nueva York, 1928 (publicado luego en *Frow the South Sea*, William Morrow, Nueva York, 1939).
Ediciones inglesas: Jonathan Cape, Londres, 1929; Penguin Books, Londres, 1943.
Edición en español: "Adolescencia y Cultura en Samoa", traducción de Elena Dukelski Yoffe, Editorial Abril, Buenos Aires, 1945.
"A Lapse of Animism among a Primitive People", *Psyche*, Vol. 9 (1928) págs. 72-77.
——"Samoan Children at work and at Play", *Natural History*, Vol. 28 (1928) págs. 626-36.
——"The Role of the Individual in Samoan Culture", *Journal of the Royal Anthropological Institute*, Vol. 58 (1928) págs. 481-95.
"Americanization in Samoa", *American Mercury*, Vol. 16 (1929) págs. 264-70.
——*Social Organization of Manua* (disertación formal teórica y des-

criptiva). *Bernice P. Bishop Museum Bulletin* 76, Honolulu, 1930.
—"Two South Sea Educational Experiments and Their American Implications", *University of Pennsylvania Bulletin*, Vol. 31 (1931), págs. 493-97.
——"The Samoans" (breve reseña que abarca la estructura social y la estructura de la personalidad), en *Cooperation and Competition among Primitive Peoples*, editada por Margaret Mead, McGraw-Hill, Nueva York, 1937; Capítulo IX, págs. 282-312.

La lengua

Steubel, Otto, *Samoanische Texte, Veröffentlichugen aus dem Koniglichen Museum für Völkerkunde*, Vol, 4, Pt. 2-4, Berlín, 1896.
Pratt, George, *Grammar and Dictionary of the Samoan Language*, cuarta edición, London Missionary Society, Malua, Samoa, 1941.
La Biblia ha sido vertida al samoano por la London Missionary Society.

Antropología física

Sullivan, Louis R., *A Contribution to Samoan Somatology, Bernice P. Bishop Museum Memoirs*, Vol. 8, págs. 81-98, Honolulu, 1921.
——*Marquesan Somatology, with Comparative Notes on Samoa and Tonga, Bernice P. Bishop Museum Memoirs*, Vol. 9 págs. 141-249, Honolulu, 1923.

Contacto cultural

Keesing, Felix M., *Modern Samoa: Its Goverment and Changing Life*, Stanford University Press, 1934.
——*The South Sea in the Modern World*, John Day, Nueva York, 1941 (Institute of Pacific Relations, Serie sobre Investigaciones Internacionales).

Psicología

Cook, P. H., "The Application of the Rorschach Test to a Samoan Group", *Rorschach Research Exchange*, Vol. 6 (1942), págs. 51-60.
Rowe, Newton A., *Samoa under the Sailing Gods*, Putnam, Nueva York, 1930.
Copp, J. D., *Autobiography of a Modern Samoan Boy*, obra que será publicada por Beacon Press.

La población

Durand, John, *The population of Western Samoa, Reports on the Population of Trust Territories*. Nº 1, Departamento de Asuntos Sociales de las Naciones Unidas, Sección Población, Lake Success, Nueva York, 17 de enero de 1948.

La literatura

Stevenson, Robert Louis, *Vailima Letters*, Stone y Kimball, Chicago, 1895.
——*In the Souht Seas*, Scribner, Nueva York, 1896.
Fraser, John, "Some Folk-songs and Myths from Samoa", *Journal and Proceedings of the Royal Society of New South Wales:* Vol. 24 (1890), págs. 70-86, 96-121, 121-46, 241-86, Vol. 26 (1892), págs. 264-301.
——"Some Folk-songs and Myths from Samoa", *Journal of the Polynesian Society*, Vol. 5 (1896), págs. 171-83; vol. 6 (1897), págs. 19-36, 107-22; Vol. 7 (1898), págs. 15-29.

La cultura material

The Rangi Hiroa (P. H. Buck), *Samoan Material Culture, Bernice P. Bishop Museum Bulletin* 75, Honolulu, 1930.

B. EL PUEBLO MANUS DE LAS ISLAS DEL ALMIRANTAZGO

En 1928, cuando se llevaron a efecto estos estudios, los manus constituían un grupo de alrededor de 2.000 personas, que vivían en once aldeas autónomas en la costa sur de la Gran Isla del Almirantazgo, la isla central del archipiélago que se encuentra entre 1° 50 y 3° 10 de latitud sur y los 146° y 148° de longitud este. Viene a ser la "germinación noroeste de la cadena en arco de grandes islas y grupos de islas que extendiéndose aproximadamente del noroeste al sudoeste, comprende los grupos de Nueva Irlanda, Salomón y Nuevas Hébridas".[1]

Son de piel morena clara, altos y bien proporcionados, tienen el cabello rizado de los melanesios y hablan un idioma melanesio. Las aldeas se levantan sobre las lagunas adyacentes a los pesqueros, y a excepción de la aldea de Mbuke, donde existe la alfarería, y de algunos campos de sagú que les han quitado en la guerra a los pueblos de la tierra firme de la isla, dependen enteramente de la pesca y del comercio para el sustento. Trafican con los demás pueblos de las islas para obtener la madera con que construyen las casas, el cordel para los aparejos, los utensilios y las herramientas, y uno de los servicios importantes que ofrecen es el transporte de las mercancías en sus canoas marinas. Tenían un sistema monetario compuesto por dientes de perro y conchas y a pesar de la disposición periférica que ocupaban, sin tierras excepto las pequeñas plataformas que construían y algún islote despeñadizo, eran dominantes y ricos, prefiriendo el comercio a la guerra, pero desempeñándose bien como guerreros cuando intervenían en una contienda. Las casas estaban llenas de objetos de madera, de grandes batintines, de plataformas talladas que les sirven de lecho y de decenas de her-

[1] Descripción del naturalista del H. M. S. *Challenger* citada por R. F. Fortune, pág. IV de "Manus Religion" (véase bibliografía más adelante).

mosos cacharros que adquieren de otros pueblos, dependiendo de la rutina diaria de la pesca y de la intensa actividad pesquera mensual para obtener alimentos que les proporcionen hidratos de carbono.

La vida política de la aldea giraba en torno a un complejo sistema de intercambios afines en el que se trocaban bienes imperecederos por alimentos, cacharros, faldas de hierba, etcétera y que representaba un estímulo permanente para el esfuerzo económico. Este afán se acentuaba más aún debido a un sistema religioso según el cual cada casa estaba sometida a la tutela del espectro de un pariente masculino recientemente fallecido que los alentaba y castigaba y los defendía de los espectros de las demás casas. Los hombres estaban organizados en grupos de trabajo constituidos por los dirigentes financieros y un séquito de dependientes, pero había también cierto número de hombres independientes que sólo pescaban para mantener a sus respectivas familias. Aunque quedaban vestigios de rango, no había jefatura ni consejo de ninguna especie en la aldea. El eficaz código moral que le imponía a las mujeres la laboriosidad y el control sexual y que se observaba estrictamente debido a la creencia de que la enfermedad era el castigo de los espectros por las faltas de índole económica o sexual, mantenía integrada y activa a la comunidad, separándose de vez en cuando algún individuo que se incorporaba a otra colectividad.

Las islas del Almirantazgo quedaron sometidas al dominio europeo debido a la colonización alemana y se hallan bajo la administración fiduciaria de Australia desde la Primera Guerra Mundial. En la época en que yo fui no se habían establecido aún las misiones, pero habían decidido convertirse más adelante —cuando los dirigentes económicos hubieran hecho el intercambio más valioso posible entre las aldeas— al catolicismo, reemplazando con el confesionario el sistema vigente de confesiones públicas y aprendiendo asimismo a escribir y a llevar cuentas. Muchos manus habían servido en la guardia civil nativa, ya en el tiempo de los alemanes, y la mayoría de los muchachos que no se habían marchado todavía a trabajar sabían hablar el *pidgin English*. Era corriente el uso del hierro, los abalorios suplían las conchas monetarias, habían sustituido el velamen de estera por la lona, los mantos de estera de las mujeres, que debían observar complicados tabúes, por mantos de género y los taparrabos de tela de corteza de los hombres por otros de algodón. Pero los manus se servían de los recursos de la civilización europea con sagacidad y prudencia. Conservaban ciertas prácticas, como la de encender el fuego con yesca, considerando que los fósforos representaban un gasto inútil. Cuando trabajaban para los europeos manifestaban gran inteligencia, eran capaces de manejar las máquinas y demostraban poseer una estructura de carácter muy apta para la policía, ocupación de la que quedaron suspendidos a raíz de la famosa huelga de trabajadores nativos que tuvo lugar en 1928 en Rabaul y que fue organizada por la misma policía, en la que predominaban los manus.

Este pueblo representa la singular anomalía de ser un grupo pequeño que vive en la Edad de Piedra sin monoteísmo, sin formas políticas más complejas que las agrupaciones de parientes unidas por los vínculos de familia y los intercambios, que ha desarrollado una estructura de carácter que por su puritanismo, su diligencia, su capacidad para postergar el placer a fin de lograr ventajas económicas y para explotar a los demás en provecho propio, por su alto nivel de inteligencia —que incluye la facilidad para manejar las máquinas— se asemeja curiosamente a la estructura de carácter asociada con el origen del protestantismo y del capitalismo moderno en Europa occidental.

Las islas del Almirantazgo fueron capturadas por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial y reconquistadas por las fuerzas aliadas de Australia y los Estados Unidos. La marina norteamericana construyó una gran base aérea en Lorengau. Estas islas, juntamente con el antiguo territorio bajo mandato de Nueva Guinea y Papua están bajo la administración fiduciaria de las Naciones Unidas, encomendada a Australia.

Los estudios fueron realizados por Reo Fortune y yo durante seis meses en 1928-29 en misión encomendada por el Social Science Research Council. Esta fue la primera vez que tuve que utilizar el *pidgin English* como idioma intermediario, de modo que tuve que aprenderlo con un colegial que hablaba el manus y comprendía el inglés, aunque no sabía hablarlo, al mismo tiempo que trabajábamos sobre el idioma manus.

Publicaciones sobre los manus de las islas del Almirantazgo

Mead, Margaret, "The Manus of the Admiralty Islands" (breve resumen general), incluido en *Cooperation and Competition among Primitive Peoples*, ed. por Margaret Mead, McGraw-Hill, Nueva York, 1937; capítulo VII, págs. 210-39.

—— *Growing Up in New Guinea* (estudio sobre la educación de los niños y el desarrollo del carácter), William Morrow, Nueva York, 1930 (publicado nuevamente en *From the South Seas*, William Morrow, Nueva York, 1939). Título en castellano: *Educación y cultura.*

—— *Kinship in the Admiralty Islands* (estudio detallado de la organización del parentesco), American Museum of Natural History, *Anthropological Papers* (Vol. 34, Pt. II), 1934.

Fortune, Reo F., *Manus Religion* (estudio detallado de la religión con relatos textuales sobre la forma en que surten efecto las sanciones religiosas), American Philosophical Society, Filadelfia, 1935.

Primeras exploraciones

Parkinson, Richard H., *Dreissing Jahre in der Südsee*, Streker und Schröder, Stuttgart, 1907.

El idioma

Meier, P. Josef, "Mythen und Sagen der Admiralitötinsulaner", *Anthropos*; Vol. 2 (1907), págs. 646-67, 933-41; Vol. 3 (1908), págs. 193-206, 651-71; Vol. 4 (1909), págs. 354-74.
Véase también: Fortune, Reo F., "Manus Religion", *Oceania*, Vol. 2 (1931), págs. 74-108.
Mead, Margaret, "An Investigation of the Thought of Primitive Children with Special Reference to Animism", *Journal of the Royal Anthropological Institute*, Vol. 62 (1932), págs. 17390.
——"Two South Seas Educational Experiments and Their American Implication", *University of Pennsylvania Bulletin*, Vol. 31 (1931), págs. 493-97.
Spitz, René A., "*Frühkindliches Erleben und der Erwachsenenkultur bei dem Primitiven; Bemerkungen zu Margaret Mead 'Growing Up in New Guinea'*", *Imago*, Vol. 21 (1935), págs. 367-87.

Artículos populares ilustrados

Mead, Margareth, "Melanesian Middlemen" *Natural History*, Vol. 30 (1930), págs. 115-30.
——"Living with the Natives of Melanesia", *Natural History*, Vol. 31 (1931), págs. 62-74.
——"Water Babies of the South Seas", *Parents' Magazine*, Vol. 5 (1930), págs. 20-21.
——"Savage Masters of the South Seas", *Safety Education*, Vol. 10 (1931), págs. 226-30.

C. LOS ARAPESH

Los arapesh, que hablan el papú, son morenos y tienen el cabello rizado, ocupan un territorio en forma de cuña al noroeste de Nueva Guinea que se extiende desde la costa del Pacífico, sobre las tres cadenas de montañas de la cordillera del Príncipe Alejandro, hasta las llanuras que forman le cuenca del río Sepik. Las fronteras del territorio no están definidas, no tienen una denominación para el grupo y el término "arapesh" fue adoptado por el antropólogo tomando el vocablo nativo que designa al ser humano. Viven en tres medios distintos: en la playa, donde pescan y comercian con las islas vecinas; en las montañas, donde apenas pueden asegurarse el sustento cazando, cultivando las huertas y el sagú; y en las llanuras, donde están en contacto con los pueblos cazadores de cabezas y tienen grandes huertas de ñames. Se ha calculado que su número asciende a ocho o nueve mil personas. Reo Fortune y yo hicimos un intenso estudio de siete meses sobre los arapesh de la montaña en 1931, y el doctor Fortune volvió a observarlos en 1936.

Los arapesh de la montaña vivían en pequeños villorrios — el más grande les servía de base a 85 personas — con huertas dispersas en las que tenían chozas. Los villorrios, que en teoría pertenecían a una rama patrilineal, estaban vinculados por la vaga lealtad que le debían a una localidad designada con un nombre y que a veces se veía envuelta en disputas fronterizas o en contiendas en torno de las mujeres. No tenían ninguna forma de organización política y sólo ejercían cierta autoridad remisa los hombres mayores que habían ofrecido muchas fiestas y los integrantes del culto masculino que podían imponerles sanciones a los transgresores. La modalidad de trabajo, el cultivo de las huertas, la caza, la construcción de las viviendas implicaba la ayuda mutua, la iniciación o la participación en tareas colectivas. Escaseaban los víveres, eran muy poco frecuentes las celebraciones y el hambre los acechaba constantemente.

Vivían intimidados por los arapesh de la llanura, que eran más vigorosos y les exigían hospitalidad y sobornos económicos amenazándolos con brujerías, y por los comerciantes de la costa, que les proporcionaban festivales, objetos de adorno y diversiones. Los abrumaba tener que organizar actividades económicas que les permitieran aplacar a los del interior, importar lo que deseaban de la costa y conservar un mínimo de ceremonial.

La organización del parentesco era patrilineal, la residencia predominantemente patrilocal, pero tenían importancia los vínculos maternos. Construían las casas sobre pilotes o sobre el suelo; la indumentaria de las mujeres se reducía a dos delantales de fibra y la de los hombres a un angosto taparrabo de tela de corteza. Los intercambios afines eran de carácter nominal. La principal sanción moral se basaba en un sistema sustentado por los tabúes e impuesto por los *marsalais* — los espíritus de la lluvia que moraban en determinados sitios frecuentados también por los espectros de los muertos — que apartaba el crecimiento y todos los procesos relacionados con el desarrollo y con la vida de la sexualidad activa, de la agresión y de la muerte.

Importaban los arcos y las flechas, las lanzas, los cacharros, las bolsas de malla y las herramientas de piedra, aunque a veces hacían toscas imitaciones. Los arapesh manifestaban una actitud de extrema humildad con respecto a su artesanía y a su habilidad artística y sólo intentaban copiar en forma rudimentaria los trabajos más esmerados de los pueblos vecinos. Como esta región formaba parte del antiguo territorio bajo mandato de Nueva Guinea, comenzó el reclutamiento después de la Primera Guerra y en 1931 todos los muchachos pensaban marcharse a trabajar. De la cultura europea traían cuchillos, hachas, abalorios, fósforos, hojas de afeitar y pedazos de tela con los que los hombres se hacían taparrabos y que las mujeres se ponían para bailar. La zona fue ocupada por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial y estuvieron expuestos a la lucha entre los japoneses y las fuerzas australiano-americanas. Se había descubierto oro en las llanuras a un día de marcha de la aldea de Alitoa, donde trabajamos nosotros, lo que implicaba ya mayor contacto aún antes de la guerra.

Publicaciones sobre los iatmules de Nueva Guinea

Mead, Margaret, "The Arapesh of New Guinea" (breve resumen), incluido en *Cooperation and Competiton among Primitive Peoples*, ed. por Margaret Mead, McGraw-Hill, Nueva York, 1937; capítulo I, págs. 20-50.

La educación de los niños y la estructura del carácter

Mead, Margaret, "The Mountain-Dwelling Arapesh", Primera parte de *Sex and Temperament in Three primitive Societies*, William Morrow, Nueva York, 1935 (publicado nuevamente en *From the South Seas*, William Morrow, Nueva York, 1939), págs. 3-161. Edición inglesa: George Routledge, Londres, 1935.
Edición en castellano: *Sexo y temperamento*, traducción de Inés Malinow, Editorial Abril, Buenos Aires, 1947.
Edición sueca: Kvinnligt, Manligt, Mänskligt, traducción de Gulli Högbom, Tidens Förlag, Stokholm, 1948.
Fortune, Reo F., "Arapesh Maternity", *Nature*, Vol. 152 (1943), pág. 164.

La organización social, la economía, la cultura material y detalles de la vida cotidiana

Mead, Margaret, *The Mountain Arapesh, Anthropological Papers*, American Museum of Natural History, Nueva York: I. "An Importing Culture", Vol. 36 (1938), tercera parte, págs. 139-349; II. "Supernaturalism", Vol. 37 (1940), tercera parte, págs. 317-451; III. "Socio-Economic Life"; IV. "Diary of Events in Alitoa", Vol. 40 (1947), tercera parte, págs. 163-419; V. "The Record of Unabelin" (con Rorschachs), en prensa.

El idioma y el folklore

Fortune, Reo F., "Arapesh", *American Ethnological Society Publications*, Vol. 49 (1942), Nueva York.

La guerra

Fortune, Reo F., "Arapesh Warfare", *American Anthropologist;* Vol. 41 (1940), págs. 22-41.
——"The Rules of Relationship Behaviour in One Variety of Primitive Warfare", *Man*, Vol. 47 (1947), págs. 108-10.
Mead, Margaret, "The Marsalai Cult among the Arapesh", *Oceania*, Vol. 4 (1933), págs. 37-53.

Artículos populares ilustrados

Mead, Margaret, "Where Magic Rules and Men Are Gods", *New York Times Magazine*, 25 de junio de 1933, págs. 8-9.
——"Where Sorcerers Call the Tune", *Asia*, Vol. 34 (1934), págs. 232-35.
——"Tamberans and Tumbuans in New Guinea", *Natural History*, Vol. 34, págs. 234-36.
——"How the Papuan Plans His Dinner", *Natural History*, Vol. 34 (1934), págs. 377-88.

D. LOS MUNDUGUMORES DE NUEVA GUINEA

El pueblo mundugumor, que comprende unas mil personas, habla un idioma papú que denota haber sido simplificado al utilizarse como idioma comercial. Viven en dos grupos de villorrios, cuatro sobre una de las márgenes y dos sobre la otra del río Yuat, de rápida corriente, que se vierte en la orilla sur del río Sepik en Yuamarino. Reo Fortune y yo trabajamos allí durante tres meses y medio en el otoño de 1932. En esa época, aunque no habían sido sometidos por los misioneros y hacía muy poco que estaban bajo el control gubernamental, de modo que los niños de diez y once años de edad habían sido caníbales, presentaban el aspecto de una cultura arruinada. Las ceremonias no eran frecuentes, muchos hombres se habían marchado a trabajar y habían vuelto muy pocos de los que integraran el primer grupo de reclutas.

Los mundugumores se mantenían vinculados por las relaciones de parentesco y los intercambios entre los linajes de sexo alternado llamados hileras, según los cuales el hombre pertenecía a la hilera del padre de su madre, mientras que la mujer pertenecía a la de la madre de su padre. Conservaban sólo en forma ficticia un sistema sumamente difícil de concertar los matrimonios, entre los nietos de las hileras de primos hijos de un hermano y una hermana, y los hombres dominantes de la comunidad tenían muchas esposas, a veces de los pueblos miserables, mal nutridos e intimidados de las praderas que se extendían entre los ríos, que también habían sido víctimas propicias para la caza de cabezas y las fiestas de los caníbales, y que les seguían suministrando cestos, cacharros, mosquiteros, etcétera. Todas las aldeas habían concertado alianzas y habían combatido contra las demás y contra los pueblos vecinos. La caza de cabezas, los complicados acuerdos, las alianzas mediante rehenes y espías, los ritos que se observaban sobre todo infringiéndolos, constituían la principal actividad de los hombres, que estaban tan separados por las disposiciones de la organización social que eran todos enemigos, excepto durante las alianzas temporales y las treguas en ocasión de las ceremonias. Los hombres se ocupaban un poco de la caza y del comercio y se dedicaban bastante a la escultura y a la pintura y a la decoración de figuras de madera, habiendo desarrollado un estilo artístico propio. Las mujeres se hacían

cargo del resto del trabajo con la ayuda de los jovencitos, recogiendo el sagú, pescando, trepándose a los cocoteros y desempeñándose con seguridad y agresiva soltura en un mundo violento y peligroso.

Los mundugumores viven en el Distrito de Sepik del antiguo Mandato y entraron en contacto con las misiones entre 1933 y 1938, año éste en que tuve la oportunidad de volver a ver a mi principal informante, Omblean de Kenakatem, la aldea en la que nos instaláramos. Conforme a la distribución del trabajo, me dediqué primordialmente al estudio de la conducta infantil y de la cultura material. No se han publicado otros trabajos sobre la región.

Publicaciones sobre los mundugumores de Nueva Guinea. La educación de los niños y la estructura del carácter

Mead, Margaret, "The River-Dwelling Mundugumor", Segunda parte de *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, William Morrow, Nueva York, 1935 (publicado nuevamente en *From the South Seas*, William Morrow, Nueva York, 1939), págs. 164-233 (las otras ediciones se citan en la pág. 398).

La cultura material y el arte

Mead, Margaret, *The Mountain Arapesh*: I. "An Importing Culture", American Museum of Natural History, *Anthropological Papers*, Vol. 36, tercera parte, págs. 139-349, Nueva York, 1938 (ilustrado)

——"Tamberans and Tumbuans in New Guinea", *Natural History*, Vol. 34 (1934), págs. 234-36 (ilustrado).

E. LOS IATMULES DE NUEVA GUINEA

La cultura del pueblo iatmul del Sepik medio es una de las más notables de Nueva Guinea. Las aldeas ocupan las tierras situadas sobre ambas márgenes del río desde alrededor de 150 ó 250 millas de la desembocadura. Hablan un idioma papú muy complejo, existiendo también una forma simplificada que las tribus vecinas utilizan como jerga comercial. Las magníficas aldeas, con las grandes viviendas lacustres y las imponentes casas de los hombres, quedaban anegadas en cierta época del año. Las canoas que construían para la guerra estaban primorosamente decoradas. El complicado sistema de clanes patrilineales compensado por la atención que les merecían los vínculos matrilineales, las tres formas distintas de matrimonio, las diversas maneras de agrupar a la personas según su edad y de determinar la división de los bienes por mitades, daban lugar a una forma rica y compleja de organización social. Las aldeas estaban vagamente relacionadas por un complicado sistema cosmológico y totémico de nombres y por las teorías sobre el origen de cada aldea, que se remontaba hasta las otras. Pero carecían de organización política central y aun en las aldeas (la más

grande tenía 500 habitantes) mantenían cierto orden precario merced a la oposición de los grupos menores. La caza de cabezas y los muy numerosos ritos constituían el marco de las actividades masculinas. Desde el punto de vista económico, se trataba de un pueblo rico que contaba con un buen suministro de sagú y con lo que pescaban las mujeres en los canales artificiales. Cultivaban algunas huertas. Si bien algunas aldeas traficaban con los pueblos de la espesura en los mercados para conseguir artículos especiales, como cacharros, hachas de piedra y ocre, los iatmules se bastaban generalmente a sí mismo o practicaban una gran variedad de artes y oficios: hacían cestos, labraban, pintaban sobre corteza, modelaban sobre cráneos, etcétera.

Nuestro conocimiento de la cultura se funda en las cuatro expediciones de Gregory Bateson: en 1929, una breve incursión río arriba con el fin de reunir objetos y hacer un reconocimiento; en 1930, seis meses en la aldea de Mindimbit; en 1932-33 en Kankanamun y Palimbei; y en 1938 una estadía de ocho meses en Tambunum, ocasión en que lo acompañé, estudiando a los niños y colaborando en la obtención de material fotográfico que serviría luego para el estudio comparado de Bali. Me he basado mucho en el amplio conocimiento que el señor Bateson posee de la cultura iatmul, aunque todo el material específico referente a los niños proviene de esta expedición a Tambunum y se relaciona con la diferenciación entre la cultura de Tambunum y la cultura iatmul que florece río arriba, que sirviera de base para el estudio sobre el travestido publicado en *Naven* (véase la bibliografía).

Publicaciones sobre los iatmules de Nueva Guinea

Bateson, Gregory, "Social Structure of the Iatmul People of the Sepik River", Partes I-III: *Oceania*, Vol. II (1932), págs. 245-91, 401-53.

——"Music in New Guinea", *Eagle*, Vol. 48 (1935), Cambridge, Inglaterra, págs. 158-70.

——"Culture Contact and Schismogenesis", *Man*, Vol. 35 (1935), págs. 178-83.

——*Naven: A Survey of the problems Suggested by a Composite Picture of the Culture a New Guinea Tribe Drawn from thee Points of View*, Cambridge University Press, 1936.

Mead, Margaret, "Public Opinion Mechanisms among Primitive Peoples", *Public Opinion Quarterly*, Vol. 1 (1937), págs. 5-16.

——"Character Formation in Two South Seas Societies", *Transactions of the 66th Annual Meeting of the American Neurological Association*, 1940, págs. 99-103.

——"Conflict of Cultures in America", *Proceedings of the 54th. Annual Convention of the Middle States Association of Colleges an Secondary Schools*, 1940, págs. 1-19.

——"Administrative Contributions to Democratic Character Formation at the Adolescent Level", *Journal of the Association of Deans of Women*, Vol. 4 (1941), págs. 51-57.

——"The Family in the Future", en *Beyond Victory*, ed. Por Ruth Nanda Anshen, Harcourt, Brace, Nueva York 1943.
——"Research on Primitive Children", en *Manual of Child Psychology*, ed. por Leonard Carmichael, John Wiley, Nueva York, 1946, págs. 667-706.
——"Age Patterning in Personality Development", *American Journal of Orthopsychiatry*, Vol. 17 (1947), págs. 231-40.

F. LOS TCHAMBULIS

El pueblo tchambuli está formado por una pequeña tribu de 500 personas que viven a orillas de lago Tchambuli, junto a la montaña del mismo nombre. Dos vías fluviales comunican al lago con el río Sepik a unas 180 millas de la desembocadura. Hablan una lengua papú muy difícil que los pueblos vecinos no comprenden, por lo que tienen que aprender los idiomas de éstos. Cuando Reo Fortune y yo los estudiamos en 1933, hacía siete u ocho años que estaban bajo el control gubernamental del Mandato de Nueva Guinea. Anteriormente habían huido de las tierras de sus antepasados por temor a los belicosos iatmules y, separándose en tres grupos, habían vivido con los pueblos de la espesura. Ahora, bajo la Pax Britannica y con la introducción de las herramientas, estaban abocados a un renacimiento cultural, construyendo casas profusamente decoradas para los hombres en la costa y grandes viviendas familiares tierra adentro. Tenían algunas huertas, pero dependían sobre todo de la pesca y traficaban para obtener otros alimentos en los mercados periódicos. Las mujeres eran laboriosas y sabían hacer esteras, cestos, capas para la lluvia, mosquiteros; los hombres vivían la mayor parte del tiempo tallando, pintando y preparando esmeradas exhibiciones teatrales. Cada uno de los tres villorrios estaba dividio en clanes patrilineales, los clanes se mantenían unidos casándose los miembros con personas del grupo del hermano de la madre y tenían disposiciones que estipulaban diversas clases de mitades transversales para los clanes o partes de los mismos. Manifestaban más interés por el arte y por las ceremonias que por la guerra, y las víctimas para la caza de cabezas se compraban o eran criminales de la aldea vecina. A orillas del lago negro y reluciente, esta gente tan adornada y afectada vivía una especie de *ballet* perpetuo, poniéndose las mujeres grandes lirios rosados en los brazales antes de salir a pescar. Distribuimos el trabajo de la misma manera que cuando estudiamos a los mundugumores, y lo único que se ha publicado sobre los tchambulis es la Tercera Parte de mi libro *Sex and Temperament* (Sexo y temperamento) y las secciones sobre la cultura material y las artes aquí citadas.

G. BALI

El pueblo balinés contrasta agudamente con los demás que figuran en este libro. No se trata de un pueblo primitivo, sino de indonesios que hablan una lengua malaya y que han estado desde hace siglos en contacto con las culturas superiores del sudeste de Asia y de la China. En esa pequeñísima isla — 2.905 millas cuadradas — al este de Java, viven un millón de personas en una sociedad que en muchos sentidos se asemeja a la Europa medieval, o se asemejaba hasta que quedó bajo el dominio holandés a principios de siglo. El país se dividía en pequeños reinos, en los que los soberanos de la casta de Kesatria dirigían vagamente a los sacerdotes brahmanes, imponiéndole un tributo moderado a la población campesina que no pertenecía a ninguna casta y que vivía en las aldeas dentro de una estructura social perfectamente organizada, que se bastaba a sí misma y controlaba la propiedad de la tierra, el sistema de riego, y todas las formas de organización social que los príncipes reinantes no se hubieran reservado. El hinduismo había afectado profundamente la estructura religiosa pero quedaban aún vestigios del antiguo budismo. El sistema de castas, que se creía había sido traído de Java por los hindúes que huyeron de esa isla ante el avance del mahometismo, no era muy riguroso en Bali, pudiendo los hombres de la casta superior casarse con mujeres de la casta inferior y transmitirles igualmente ciertos privilegios a los hijos.

La estructura económica se basaba en la combinación de la administración comunal y feudal de la agricultura, siendo el arroz el cultivo principal, y en un sistema de mercador donde se compraban los productos de la artesanía individual o del grupo y los víveres con dinero; con monedas de cobre chinas. Las casas eran pequeñas pero estaban construidas y ensambladas con esmero y los templos constaban en general de un atrio abierto elevado y de pequeños santuarios en los que adoraban a los dioses hindúes y a los anteriores, conforme a un calendario sumamente complejo. Los sacerdotes y los escribas sabían escribir con caracteres antiguos en páginas hechas con hojas de palmera. Sabían trabajar el hierro, el oro y la plata y hacían tejidos complicados, incluso telas que teñían por el método de atar para que no las tocara la anilina ciertas partes del diseño. Las artes, en particular la música, la danza y el teatro, estaban enormemente desarrolladas y la gente, que tenía una manera de ser remota, como si viviera en un ensueño, y una disposición permanente e incansable para la actividad, dedicaba la mayor parte del tiempo a preparar sucesivas ceremonias dramáticas. El juego, basado en las riñas de gallos, estaba muy desarrollado; eran muy raros los casos de embriaguez, a pesar de que disponían de bebidas espirituosas. Los trances, la adivinación y el ritual regido por el calendario constituían aspectos importantes de la vida religiosa que abarcaba todas las facetas de la vida balinesa, desde las pequeñas ofrendas que hacían después de cada comida, hasta las ceremonias que ofrecían los príncipes y que costaban cientos de miles de florines. A pesar de las notorias diferencias que se observaban en-

tre los príncipes y los campesinos, entre los sacerdotes brahmanes y los oficiantes de los templos locales de las aldeas, entre los toscos artesanos de la montaña y los artífices de la llanura, por su ritual y su simbolismo gran parte de la vida balinesa estaba al alcance de todos los balineses. Por eso, si bien se advierten diferencias en muchos detalles entre distintas partes de Bali, entre la conducta formal de las diversas castas o entre las sectas sacerdotales, la estructura del carácter nos parece sumamente homogénea, notándose poca diferencia entre las aldeas donde los habitantes rara vez caen en un trance y otras donde casi todos conocen esta experiencia.

El estudio de una sociedad compleja como ésta, entraña necesariamente una labor muy distinta a la que se realiza cuando a lo sumo dos personas regirán la cultura de alguna pequeña sociedad primitiva recién descubierta y próxima a desaparecer. Durante los dos años, 1936-38, y durante una nueva visita en 1939, en que Gregory Bateson y yo trabajamos allí en estrecha colaboración con Jane Belo, que había vivido ya algunos años en Bali, y contando con la singular penetración de Colin McPhee, que estudiaba la música, de Walter Spies, hoy fallecido, que se había consagrado durante mucho tiempo a una intensa investigación de las artes, y de Katherine Mershon, que se especializaba en la danza y la conducta religiosa, durante ese lapso sólo pudimos conocer, en forma intensa pero limitada, algunos aspectos de la cultura, observando a un grupo de niños, a un conjunto de bailarines o de jóvenes artistas, o el calendario de una aldea, tomando notas y reuniendo también documentación fotográfica y material filmado. Es cierto que es muy vasta la literatura técnica y popular que hay sobre Bali. Los holandeses han estudiado las leyes y han reconstruido las secuencias arqueológicas merced al estudio detenido de los vestigios que quedan. Sólo presento aquí la bibliografía de nuestro trabajo y de las obras de nuestros colaboradores que nos han servido de base en su preparación.

Publicaciones sobre Bali.
La estructura del carácter y el sistema simbólico

Bateson Gregory, y Mead, Margaret, *Balinese Character: A Photographic Analysis*, New York Academy of Sciences, publicación especial, 1942 (100 láminas).

Abel, Theodora M., "Free Designs of Limited Scope as a Personality Index", *Character and Personality*, Vol. 7 (1938), págs. 50-62.

Bateson, Gregory, "The Frustration-Aggression Hypothesis", *Psychological Review*, Vol. 48 (1941), págs. 350-55.

——"Bali: The Value System of a Steady State", En *Social Structure: Studies Presented to A. R. Radcliffe-Brown*, ed. por Meyer Fortes, a publicarse por Clarendon Press.

Belo, Jane, "The Balinese Temper", *Character and Personality*, Vol. 4 (1935), págs. 120-46.

——"Bali: Rangda and Barong", *American Ethnological Society Monopraph* Nº 16, febrero de 1949.

Mead, Margaret, "Researches in Bali, 1936-39", *Transactions of the New York Academy of Sciences*, Serie II, Vol. 2 (1939), págs. 1-4.

——"Public Opinion Mechanisms among Primitive Peoples", *Public Opinion Quarterly* Vol. I (1937), págs. 5-16.

——"Character Formation in Two South Seas Societies", *Transactions of the 66h Annual Meeting of the American Neurological Association* (1940), págs. 99-103.

——"Administrative Contributions to Democratic Character Formation at the Adolescent Level", *Journal of the National Association of Deans of Women*, Vol. 4 (1941), págs. 51-57 (publicado luego en *Personality in Nature, Society, and Culture* ed. por Clyde Kluckhohn y Henry A. Murray, Knopf, Nueva York, 1948; tercera parte, Capítulo 37, págs. 523-30).

——"Conflict of Cultures in America", *Proceedings of the 54th. Annual Convention of the Middle States Association of Colleges and Secondary Schools*, 1940.

——"Educative Effects of Social Environment as Disclosed by Studies of Primitive Societies", en *Symposium on Environment and Education* (E. W. Burgess, W. L. Warner, Franz Alexander, Margaret Mead), *Suplementary Education Monographs* (University of Chicago) Nº 54 (1942), págs. 48-61.

——"Research on Primitive Children", en *Handbook of Child Psychology*, ed. por Leonard Carmichael, John Wiley, Nueva York, 1946, págs. 667-706.

——"The Family in the Future", en *Beyond Victory*, ed. por Ruth Nanda Ashen, Harcourt, Brace, Nueva York, 1943, págs. 66-87.

——"Age Patterning in Personality Development", *American Journal of Orthopsychiatry* Vol. 17 (1947), págs. 231-40.

La organización y la religión

Bateson, Gregory, "An Old Temple and a New Myth", *Djawa*, Vol. 17 (1937), págs. 1-18.

Belo, Jane, "A Study of Customs Pertaining to Twis in Bali", *Tijdschrift voor Ind. Taal-, Land-, en Volkenkunde*, Vol. 75 (1935), págs. 483-549.

——"A Study of a Balinese Family", *American Anthopologist*, Vol. 38 (1936), págs. 12-31.

Las artes

Bateson, Gregory, Bali: The Human Problem of Reoccupation; Material complementario sobre la exposición de Museo de Arte Moderno, Nueva York, 1942 (a mimeógrafo).

—— (con Claire Holt), "Form and Function of the Dance in Bali", en *The Function of Dance in Human Society, a Seminar Directed by Franciska Boas*, Boas School, Nueva York, 1944, págs. 46-52.

Belo, Jane, "Balinese Children's Drawings", *Djawa*, Vol. 17 (1937), págs. 1-13.

Hot, Claire, *"Les danses de Bali"*, *Archives internationales de la danse*, primera parte (15 de abril de 1935), págs. 51-53; segunda parte (15 de julio de 1935), págs. 84-86.
——*"Théâtre et danses aux Indes Néerlandaises"*, Catalogue et Commentaires, XIII Exposition des Archives Internationales de la *Danse* (1939), Maisoneuve, París, 1939.
—— Catálogo analítico de la colección de tallas balinesas del American Museum of Natural History, Nueva York (no se ha publicado).
McPhee, Colin, "The 'Absolute' Music of Bali", *Modern Music*, Vol. 12 (1935), pág. 165.
—— "The Balinese Wanjang Koelit and Its Music", *Djawa*, Vol. 16. (1936), pág. 1.
—— "Angkloeng Music in Bali", *Djawa*, Vol. 17 (1937).
—— "Children and Music in Bali", *Djawa*, Vol. 18 (1938), págs. 1-14.
—— "Figuration in Balinese Music", *Peabody Bulletin*, mayo de 1940.
——*A House in Bali*, John Day, Nueva York, 1947.
—— "Dance in Bali", *Dance Index*, enero de 1949.
—— "Five-Tone Music of Bali; *Musical Quarterly*, abril de 1949.
—— Grabación: Música de Bali; seis composiciones balinesas arregladas para dos pianos y ejecutadas por Benjamin Britten y Colin McPhee, G. Schirmer, Nueva York.
—— Música publicada: Música ceremonial balinesa —Pemungkah, Gambangan, Tabuh Telu; transcripta para dos pianos, G. Schirmer, Nueva York.
Mead, Margaret, "Strolling Players in the Mountains of Bali", *Natural History*, Vol. 43 (1939), págs. 17-26.
—— "The Arts in Bali", *Yale Review*, Vol. 30 (1940), págs. 335-47.
—— "Community Drama, Bali and America", *American Scholar*, Vol. 2 (1941-42), págs. 79-88.
Zoete, Beryl de, y Spies, Walter, *Dance and Drama in Bali* (prólogo de Arthur Waley), Harper, Nueva York y Londres, 1939.

APENDICE II

LA ETICA DE ENSEÑAR A INTERPRETAR

Quien se consagra a las ciencias sociales con la nueva conciencia que de conservarse ha de transformar al mundo, contrae muchas obligaciones. Al afirmar que el conocimiento les permitirá a los hombres forjar su propio destino, no sólo sostiene que el conocimiento sea provechoso, sino también que puede facilitarlo o por lo menos señalar el camino. Hay quienes pretenden que la penetración es siempre contraproducente, que una vez que el hombre pierde la inocencia — o sea la capacidad de ignorar las partes inconscientes de su personalidad que aunque no se reconozcan afectan sus actos — pierde también la limitada capacidad que tiene para proceder bien. Quienes confiamos en la conciencia, creyendo que únicamente comprendiendo al ser humano podremos crear un mundo en el que la humanidad conozca y desarrolle sus potencialidades y viva en armonía, optamos por la posición contraria. Nuestro argumento es que el hombre ya ha perdido las formas de inocencia admisibles con anterioridad a la era científica y que ahora, aniquilado el candor, tiene que seguir avanzando o resignarse a la sentimentalidad del avestruz o al cinismo que le ofrece como alternativas el poder y las satisfacciones inmediatas. Creemos que es posible alcanzar otra inocencia, es decir una plenitud distinta en la que la amonestación de Cristo "no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha" signifique una vez más plenitud e integración, pero en otro plano.[1]

[1] Mateo 6: 3. Escribí este párrafo citando la frase del Sermón de la Montaña en el sentido en que me habían enseñado a interpretarla, o sea que uno tiene que obrar como persona íntegra, sin calcular el provecho que puede devengarle la acción generosa. Pero advertí que la mayoría de las personas que leían el manuscrito o que eran interrogadas en cuanto al sentido de la cita la interpretaban de otra manera. En la mayoría de los casos pensaban que describía el mal proceder, la hipocresía, la intriga, o la conducta que la psiquiatría moderna denomina esquizoide. Muchos ignoraban de quién era la frase. También me resultó interesante comprobar que durante la Edad Media había prevalecido la interpretación que le daba un sentido de disociación perversa y no el de espontaneidad inocente (véase *"La Morte de*

Ningún científico que haya seguido de cerca las aplicaciones de la ciencia social durante la Segunda Guerra Mundial o que haya estudiado detenidamente la forma en que se utilizó la propaganda y la doctrina después de la Primera Guerra puede abrigar dudas acerca de la posibilidad de que la conciencia y el conocimiento sirvan tanto para fines destructivos como constructivos, ni podrá afirmar que la ciencia social constituye en sí una garantía para el bien de la humanidad, como tampoco lo constituye la física especulativa. Aplicadas irresponsablemente ambas ciencias pueden resultar tan funestas como provechosas, aunque se trate de la descomposición de una estructura social en lugar del arrasamiento de un área de diez millas de cualquier ciudad moderna. La mayoría de los especialistas que ingresaron en los departamentos que dirigían la guerra psicológica en sus respectivos países, o que intervinieron para mejorar las relaciones entre los aliados o para mantener el espíritu de la ciudadanía, razonaron en general que en la guerra la consigna era derrotar al enemigo, conservar las buenas relaciones con las naciones aliadas y alentar al pueblo. Había que determinar simultáneamente la ética de las diversas operaciones a llevarse a efecto para lograr estos fines[2] en las comisiones interventoras, en los servicios de inteligencia, en los servicios de contraespionaje, en los centros de ublicación, en los interrogatorios de los prisioneros de guerra, en los cuarteles generales conjuntos y al organizar agencias para interceptar la correspondencia o dirigir las campañas contra la difusión de rumores. Todavía no disponemos siquiera de las primeras apreciaciones; muchos de quienes tomaron parte activa no han estudiado

[2] Mead, Margaret, "On Behalf of the Sciences", en la colección de artículos "Toward and Honorable World", *Wilson College Bulletin*, Vol. II (1940), págs. 19-29; *Idem.* "The Comparative Study of Cultures and the Purposive Cultivation of Democratic Values" y los comentarios de Bateson, Gregory ("Social Planning the Concept of Deutero-Learning"), ambos publicados en *Science, Philosophy and Religion: Second Symposium. Conference on Science, Philosophy and Religion*, Nueva York, 1942, págs. 56-59, 81-97, respectivamente, (disertaciones de setiembre de 1941); Bateson, Gregory, y Mead, Margaret, "Principles of Morale Building", *Journal of Educational Sociology*, Vol. 15 (1941), págs. 206-20; Mead, Margaret, "Are Democracy and Social Science Compatible Each with Each?" en *And Keep Your Powder Dry*, William Morrow, Nueva York 1942; Capítulo XI, págs, 176-92; *Idem.* "Reaching the Last Woman Down the Road", *Journal of Home Economics*, Vol. 34 (1942), págs. 710-13; Bateson, Gregory, "The Science of Decency", *Philosophy of Science*, Vol. 10 (1943), págs. 140-42, respuesta al Dr. Langmuir; *Idem*, "The Pattern of an Armaments Race", Primera Parte: "An Anthropological Approach"; Segunda Parte: "An Analysis of Nationalism", *Bulletin of Atomic Scientists*, Vol. 2 (1946), págs. 10-11, 26-28 presentado al tratarse las implicaciones interculturales de los descubrimientos atómicos.

l'Avare" de Combe, Jacques, en *Jerome Bosch*, Librairie Rimbaldi, París, 1946, Nº 42). No obstante he decidido dejar la figura, ya que pone de relieve la confusión actual en cuanto a la relación entre el grado cada vez mayor de penetración y la posibilidad de alcanzar la inocencia en los planos superiores de la conciencia.

aún sus respectivas observaciones. Pero nadie que haya aplicado las ciencias sociales durante la guerra puede dudar de que tenemos un problema que encarar.

A medida que proseguimos con nuestra labor en esta incierta era de paz debemos poner en claro la ética de la interpretación, una ética que guíe a quienes se están dedicando a aplicar consciente y responsablemente las ciencias sociales. Uno de los aspectos del problema se refiere a la moralidad de difundir los conocimientos concretos de modo que se puedan valer de ellos quienes no son responsables de la forma en que los aplican. Si se analiza una cultura contemporánea — ya sea la propia, la de un país aliado o amigo inestable, la de un enemigo presunto o declarado — ese análisis, siempre que sea certero, puede utilizarse para bien o para mal. Se trata de un caso muy distinto al de la descripción técnica de la cultura de los mundugumores, que hace dieciséis años ya estaban disgregándose y desapareciendo de las riberas de un lejano río de Nueva Guinea. Unicamente pueden servir para fines prácticos los remotos conocimientos etnológicos de esta índole si se registran y enuncian en forma abstracta, interpretándolos luego en una situación moderna concreta. Los propagandistas políticos, los conspiradores subversivos, las agencias de propaganda que popularizan astutamente una marca a expensas de otra, los agentes de las potencias extranjeras que procuran crear escisiones en otro país o asegurar la cooperación de un aliado renuente, no pueden valerse de este material sin poseer otras nociones. La antropología aplicada no sólo depende del conocimiento de una serie de abstracciones extraídas del laboratorio primitivo, sino asimismo del conocimiento cabal y concreto de la situación que se va a alterar[3]. Si no se conocen las culturas de América, Rusia, Alemania, Francia, China, Inglaterra o Japón, resultan en general inocuos los más esmerados estudios sobre los esquimales y los hotentotes, los arapesh y los cheyenes. No obstante, al analizar del mismo modo las culturas contemporáneas, surgen nuevas posibilidades de abuso, de intervención, de corrupción y ruina. Se trata de un riesgo que es menester encarar con toda franqueza. Cuanto más sepamos acerca de nosotros mismos y de los demás pueblos del mundo, más daño podremos hacer a la vez que más bien. Sólo si confiamos en la conciencia, si creemos que la verdad nos hará libres, se justifica que nos empeñemos en la búsqueda y la difusión de los conocimientos de esta naturaleza.

Quienes nos preocupamos seriamente por la relación entre las ciencias sociales y nuestro mundo procuramos resolver el problema de di-

[3] A fin de conocer un ejemplo concreto del modo de encarar las abstracciones, véase Bateson, Gregory, "Morale and National Character", en "Civilian Morale", ed. por Goodwin Watson, *Second Yearbook of the Society for the Psychological Study of Social Issues*, Houghton Mifflin, Nueva York, 1942, págs. 71-91; y la aplicación posterior de estas abstracciones al problema de las relaciones anglo-americanas descrita por Mead, Margaret en "A Case History in Cross-National Communications", en *The Communication of Ideas*, ed. por Lyman Bryson, Institute for Religious and Social Studies, Nueva York, 1948; Capítulo XIII, págs. 209-29.

versas maneras. Al ejercer la antropología aplicada nos limitamos a imponernos mutuamente ciertos requisitos éticos muy sencillos. Insistimos en que es necesario tomar en cuenta la relación entre las finalidades y los medios, en que hay que proyectar el pensamiento hacia el porvenir hasta donde sea posible, tener presente el bien general y permaneciendo fieles a la idea del naciente equilibrio dinámico de la sociedad que libera el futuro. Aparte de estas exigencias imperativas, simples, incompletas, pero arduas si se encaran con plena conciencia, cada una tiene que ajustar los métodos a sus propios principios éticos [4].

Otro aspecto del problema queda resumido en la sentencia: "Es peligroso tener un poco de ilustración." Es muy poco lo que cualquiera de nosotros puede decir por ahora acerca de las culturas contemporáneas. Se trata de conocimientos parciales, imperfectamente formulados, incompletos, como toda ciencia, particularmente en sus comienzos y siempre en los períodos de desarrollo renovado. Pero muy pocos de quienes han seguido la evolución de la medicina, desde la primera trepanación hasta los modernos trasplantes de córnea, dirían que tendríamos que haber renunciado a la medicina porque en todas las etapas fracasaron las primeras tentativas en el terreno de la cirugía. Con la base de pocas nociones, si son las primeras, se avanza hacia los nuevos conocimientos y esa ciencia limitada no implica un riesgo a menos que el profesional o el paciente exageren sus proyecciones. El boticario hacía todo lo que podía y no hubo por qué prohibirle diagnosticar ni prescribir debido a lo rudimentario de sus nociones mientras no surgieron las facultades de medicina donde era posible adquirir más conocimientos. Entonces no fue contra la persona que administraba primeros auxilios que se tomaron medidas, sino contra el farmacéutico y luego la *nurse*. Las nociones limitadas resultan peligrosas si las aplican quienes sólo participan parcialmente del desarrollo de la tradición. Hay que controlar y circunscribir la esfera de acción del farmacéutico y de la *nurse* que tienen acceso a las drogas y a métodos que no dominan totalmente, inspirándoles sin embargo confianza a quienes saben menos que ellos. Pero si se hubiera dicho que el mejor cirujano, valiéndose de toda la pericia que le aseguraba su experiencia, no tenía derecho a intentar una nueva operación o que no era posible administrar una nueva droga aunque hubiera sido elaborada con la garantía de los mejores experimentos conocidos, la medicina no hubiera podido evolucionar. El riesgo está en el profesional que confía demasiado en sus nociones en vez de admitir que no sabe y tomar con valor y con humildad la vida del paciente en sus manos, con el consentimiento de éste, plenamente consciente de la situación. El peligro está en el paciente que cuenta demasiado con la ciencia del médico y confía en él aunque el médico le diga: "En este caso no hay que tener confianza sino fe." El proceder responsable de quienes aplican los métodos de la ciencia de modo que afectan la vida del prójimo entraña reconocer tan cabalmente

[4] La Comisión de Etica de la Sociedad de Antropología Aplicada ha estado trabajando desde mayo de 1948 y el informe de la misma se adoptó en sustancia en la asamblea realizada en Filadelfia el 30 de mayo de 1948. Se está preparando actualmente su publicación.

como les sea posible la significación de lo que hacen. Pero no sólo eso. Entraña asimismo transmitirles a los demás esta noción de la relación entre los nuevos conocimientos y la vida de sus hijos. La única torre de marfil es la del científico que se encierra prometiendo que no ha de comunicarle jamás a ningún ser humano el resultado de sus investigaciones. El conocimiento no implica un riesgo porque sea escaso: lo peligroso es no saber cuán poco se sabe. El antropólogo que trabaja en la sociedad se encuentra al principio, tanto en los Estados Unidos como en la Gran Bretaña, frente al más absoluto escepticismo y luego, si es que lo aceptan, descubre que le creen ciegamente, con una confianza irracional. Tiene la obligación de aclararse a sí mismo y de señalarles a los demás qué es lo que sabe — en determinado momento del desarrollo de la antropología — qué es lo que espera saber y qué repercusión puede tener ese conocimiento.

En lo que respecta a la parte de este libro que se refiere a la cultura norteamericana, he tratado de exponer en la forma más explícita posible los riesgos y las ganancias que, a mi parecer, esta discusión entraña para la cultura. En América el conocimiento cultural implica, debido a la relación especial con nuestros singulares hábitos de autocrítica, riesgos que no se suscitan en otras culturas que manifiestan distinta vulnerabilidad frente a la conciencia.

Los norteamericanos siempre hemos sido partidarios de atar el carro a una estrella. Discrepamos en cuanto a la manera de construir el carro y en cuanto al sendero que tiene que tomar, pero no nos cabe duda de que mientras quede una estrella en el cielo, nos ha de resultar imposible elegir otra alternativa más modesta. Nos parece inconcebible aspirar a menos de lo mejor. Conocemos muchas maneras de limitar la definición de lo mejor, de hacer caso omiso del estado de la cuerda, de soltar el carro para dar una vuelta, pero desde que empezamos a respirar este aire que según los europeos les da frescura a los niños, tenemos la convicción de que tiene que haber una estrella.

Pero la sociedad que se ata a una estrella, que se consagra a vivir constantemente con un ideal inaccesible de modo que una vez alcanzados los ideales de ayer no son más que aproximaciones imperfectas de los ideales del mañana, se expone a muchas otras contingencias: a diversas modalidades de profecía y de rebeldía, a que resulten víctimas los sectores de la población sacrificados en aras de una ficción y los individuos traicionados por los ideales que no pueden abrazar ni tolerar, al asalto reiterado del radical impaciente que propone utopías y del reaccionario nostálgico, que tampoco puede soportar ya la tensión. En una sociedad semejante, donde inevitablemente se producen tantas disensiones sobre lo que está bien y sobre la manera de resolver los problemas que surgen cuando se sigue a una estrella, los que expresan un criterio quedan sometidos, y con razón, a un riguroso examen y son parte integrante del todo. Hay profetas que advierten que la estrella se está apagando o que se ha desprendido y es menester encontrar otra. Son los descubridores de nuevas estrellas. Hay quienes hallan intolerable la distancia que separa al carro que avanza pesadamente atascándose en los baches durante el deshielo y dice: "Abandonemos esta

peregrinación lenta e interminable. Cortemos la cuerda para librarnos de la estrella, de ese ideal inalcanzable y fugaz que nos engaña y atémosla a algún punto firme —y absolutamente realizable— del pasado o del porvenir, encaminándonos rápidamente hacia el mismo." Hay quienes creen que es posible establecer una utopía sobre la tierra por medio de un *fiat* o de una revolución. Otros dicen: "Observad la distancia imposible que hay entre el carro y la estrella. Admitid que no podréis alcanzarla; cortad la cuerda y terminemos, tomemos la vida como se nos presenta. Es mejor dar un paseo. Sólo se vive una vez". En los Estados Unidos se oyen todos estos puntos de vista; todos experimentan cierto recelo frente a los demás, cada uno teme que los demás induzcan a la nación y lo obliguen a él a seguir un camino que rechaza. Es debido a la índole de nuestra civilización que surgen todos estos puntos de vista y el problema de esta civilización es hallar los medios para que todos los criterios puedan aportar su contribución.

Una manera de resolver el problema es desplazar la atención de la *índole* exacta de la estrella, o de la marcha lamentable del carro, concentrándose en la relación que hay entre ambos, o sea en la *tensión de la cuerda.*[5] La cuerda tiene que conservarse lo suficientemente tensa como para que quienes sepan que hay una estrella puedan guiar a los que viven ligados a la tierra y a los que no ven bien en la oscuridad, y para que los que se asustan de la estrella pierdan el temor y prosigan su camino. No tiene que estar tan tensa como para volcar el carro hacia atrás, dificultando la marcha, de modo que quienes se inquietan por el progreso se atrevan a decir: "Aceptemos mejor un ideal que se pueda alcanzar a tiempo y en este mundo y adoptemos métodos rápidos." O, creyendo que no se avanza en absoluto: "Cortemos la cuerda." Pensar en la tensión de la cuerda no significa que se dude de la significación de la estrella ni de la importancia de la marcha del carro. Implica sencillamente este razonamiento: "Admito la índole de mi cultura como una de las estructuras de la civilización en la que mejor puedo trabajar y acepto la responsabilidad de tomar parte activa en la tarea de cuidarla y favorecerla. Admito la importancia de los Jeremías, pero también comprendo que si abundan los Jeremías, se corre el riesgo de que la gente se desespere y no se arrepienta. Admito la importancia que tienen Amós y Oseas pero advierto asimismo que si se pone de relieve el fracaso del hombre que no logra vivir de acuerdo con el ideal, la gente ha de caer en la tentación de tomar por un atajo para acercarse a la utopía orientada hacia el futuro, que es el tema del idealista del comunismo, o para encarar la aceptación simplificada del poder como bien fundamental, el concepto de idealista del fascismo. Por último, admito la importancia de los que buscan sencillamente la alegría, los que dicen: 'Pero yo quiero vivir ahora, durante el curso de mi vida', porque impiden que los profetas y los utopistas sacrifiquen sin piedad el presente por el futuro, o a quienes viven ahora para que otros puedan vivir mejor algún día." Admitiendo todo esto, uno se pregunta: "¿Qué hay que hacer?"

Mantener la tensión adecuada en la cuerda significa vivir siempre alerta para que los ideales no se alejen demasiado de la práctica. Significa velar para que ello no ocurra en ningún plano y buscar la manera más segura de disminuir la tensión. En el capítulo XVIII "¿Puede durar el matrimonio?", me he referido en detalle a uno de estos planos ya que, como el concepto ideal que tenemos del matrimonio incluye la garantía implícita de que la unión ha de durar toda la vida — garantía que la sociedad moderna ya no confirma—, condenamos al fracaso a miles de matrimonios que de lo contrario podrían salvarse. Asimismo, según los ideales que instituimos actualmente para la mujer, insistimos en que sean seres humanos plenamente facultados para elegir y luego definimos la alternativa que escogen — el hogar para el marido y los hijos — como si no fuera por alguna razón la elección adecuada. Al educar a los varones les exigimos al mismo tiempo que manifiesten un alto grado de agresividad defensiva y les impartimos la noción de que está mal provocar una pelea.[6] Al crear una cultura orientada siempre hacia el futuro, hacia un patrón compuesto de detalles que se deben desechar en cuanto se logran porque entonces ya no bastan, nos hemos sometido a la necesidad de vigilar continua y conscientemente los patrones, así como a quienes tienen que regirse por ellos. Personalmente acepto de modo inequívoco una tarea a la que puedo consagrar todo mi esfuerzo, la tarea de mantener tensa la cuerda, pero no demasiado tirante, fuerte, pero no rígida. Acepto la cultura en que vivo como un estilo de vida dentro del cual es posible trabajar en pro del bienestar de la humanidad entera, en todas las regiones de la tierra. Acepto a los profetas que lamentan la visión borrosa e imperfecta; admito el derecho del revolucionario a desafiar y a quebrantar la sociedad cuando no es lo suficientemente íntegra como para resistirlo. Acepto la determinación indomable de vivir de quienes, sufriendo por las exigencias que no pueden soportar, reclaman la alegría, aunque se trate de una alegría fútil y vulgar, en vez de hundirse en la apatía y en la desesperación. Acepto la visión del santo pero me reservo el

> *And let his enemies give but let them say,*
> *That he would throw this continent away*
> *And seek another country,*
> *As he would do.*[7]

(Y no importa que sus enemigos se mofen ni que digan que sería capaz de desdeñar el continente y buscarse otra patria, como lo haría.) Porque la imaginación benévola de los hombres no ha creado aún ninguna cultura que le asigne el mismo sitio a todos los temperamentos,[8]

[5] Comprendía claramente por primera vez la obligación especial que tiene el especialista en ciencias sociales de observar la relación que hay entre los ideales inculcados y las realizaciones prácticas en una conferencia dictada por Ruth Benedict en Baltimore durante la Segunda Guerra Mundial.

[6] Mead, Margaret, *And Keep Lour Powder Dry*, William Morrow, Nueva York, 1942; Capítulo IX, "The Chip on the Shoulder", págs. 138-57.

[7] Ultimos versos del poema de John Crowe Ransom. "Persistent Explorer", de *Two Gentlemen in Bonds*, Alfred Knopf, Nueva York, 1927.

[8] Le debo el modo sistemático de encarar el problema de la desviación a Ruth Benedict, que dictó conferencias sobre el tema mucho antes de la publicación de *Patterns of Culture*, en 1984.

donde las bendiciones excedan a los traumas que inevitablemente sufren algunos. También acepto la responsabilidad de defender esta libertad contra quienes pretenden eliminarla.[9]

Al aceptar como parte integrante del mundo en el que puedo vivir y conservar mi alma, a quienes por una razón y otra lo encuentran intolerable, corro el singular riesgo de que se me interprete mal, como todos los que trabajan con esta fe revolucionaria. Sin embargo, es fundamental que nos comprenda a fin de que se juzgue el caso en base a los verdaderos méritos y no a través de una falsificación inconsciente pero funesta. A quienes creen que el país es una ciénaga de pecado y de perversidad, donde los hombres viven tan sólo el momento, olvidándose en su disipación de Dios; del alma y del prójimo, les costará creer que coincido con muchas de esas acusaciones, pero que no obstante discrepo en cuanto a los medios que utilizarían para enmendar la situación. Me chocan las disposiciones mortuorias que se toman actualmente en este país, pero no creo que se puedan cambiar apelando al arrepentimiento. Ni creo que la primera medida necesaria sea que las iglesias vuelvan a hacerse cargo del problema, desplazando a las empresas funerarias. Más bien describo cuidadosamente cómo hemos perdido la sensibilidad frente a lo que espiritualmente implica la muerte, relacionando el hecho con la clase de transformación que sufre nuestra sociedad. Reinhold Niebuhr confunde el sentido de mis palabras y dice que abogo por ritos fúnebres modernos.[10] Porque, ¿cómo es posible que alguien se pronuncie sin condenar a menos que esté del lado del demonio? Los que han convertido su visión de la utopía terrenal, progresista o reaccionaria, en un esquema por el que hay que luchar hasta imponerlo, me ubicarán con certeza en el bando contrario. Conforme al concepto que yo tengo de nuestra cultura, les reconozco el derecho a desafiar a la sociedad, aunque me empeño en fortalecerla para que no la puedan quebrantar; porque tengo fe en la sociedad que permite un reto semejante. Los que han abandonado la lucha para contemplar las estrellas, los que se sientan detrás de los cortinados de las ventanas con la esperanza de que la bebida, la gula, el sexo o el dinero les brinden la felicidad que la excesiva mención del ideal durante la niñez les pusiera fuera de su alcance, se revolverán inquietos en el sillón, si es que leen, y desearán que este libro fuera una radio para poder cambiar de estación. Mi voz tendrá inevitablemente el eco de las voces que los indujeron a buscar, como proclaman, la felicidad que ahora ansían. Han de temer que los arrastre a mi vez, que los convenza, que los engañe con la falsa promesa de que si son buenos, la vida ha de tener sentido, aunque se sientan privados de toda la alegría y del deleite del amor impetuoso y sensual que manifiestan por la vida. Por último, puede ser que algunos de los que "desdeñarían el continente" — no se trata de traidores sino de eternos expatriados en su propia tierra — se sientan defraudados, especialmente si han leído nuestras crónicas de culturas remotas muy distintas y han sospechado a través de esas descripciones que podrían haber existido maneras de vivir que no les resultaran ajenas, sino muy propias. Parecía entonces que estábamos de su lado al describir lo más fielmente que nos era posible la forma en que un pueblo completamente distinto había estructurado el mundo. Porque por mucho que repudien la vida a la que han nacido, considerándola tal vez concebida para otros pero no para ellos, algo les queda en el corazón. El idioma mismo es después de todo el que les hablaba la madre y la madre les dio por lo menos la humanidad lúcida que les permitió encarar el rechazo como una alternativa posible y digna. Dirán entonces que está bien describir a las demás culturas tratando de reproducir fielmente el conjunto de valores que otros pueblos sintetizan, pero que hacerlo en América es abusivo.

Todos nosotros, los hombres, las mujeres y los niños, los profetas y los revolucionarios, los hedonistas, los cínicos y los desheredados, los que nos preocupamos por la tensión de la cuerda, cerramos el corazón oponiéndonos a la intervención de distintas maneras. Antes de aceptarla en nuestro ámbito la encaramos como la voluntad de Dios o del partido, o como si se tratara de una tendencia natural que no se puede rechazar. Le hacemos una guerra a muerte si viene desde afuera. Pero quienes reconociendo los valores de la sociedad democrática nos consagramos por entero a una sociedad que pueda desarrollarse y cambiar y en la que los demás tengan libertad de escoger nuevas alternativas, no sólo nos comprometemos a resistir la intervención sino también a no intervenir indebidamente. Se trata de un problema difícil y variable. No se resuelve declarando abiertamente las finalidades perseguidas porque quienes las comparten hasta cierto punto las juzgarán abusivas. No se resuelve rechazando rigurosamente todos los esfuerzos orientados hacia los individuos, dedicándose únicamente a los procesos culturales; aunque sea fundamental.[11] No se resuelve tampoco conservando la sensación de humildad y de relativa impotencia al encarar los procesos culturales; aunque ello sea importante.[12] Ni se resuelve especificando qué es lo que se combate, porque darle un nombre al enemigo, aunque sea el demonio, significa enredarse con asociados extraños y empañar la claridad de la propia posición. No se resuelve adhi-

[9] No debe interpretarse con relativismo cultural en el sentido de que cualquier conjunto de valores sea tan "bueno" como los demás. Si uno pregunta: "¿Para qué sirve?", los diversos valores pueden parecer mejores o peores o diferentes maneras de alcanzar el bien.

[10] En 1945 escribí un artículo titulado "How Religion Has Fared in the Melting Pot" para la serie *Religion in the Post War World*, editada por Willard Sperry, Harvard University Press. Al hacer el comentario sobre dicha serie en el New York Times, el Dr Niebuhr confundió el sentido de mis palabras hasta el punto de acusarme de abogar por las tendencias culturales que yo deploraba *(New York Times, Reseña de Libros*, 2 de setiembre de 1945). El Dr. Niebuhr rectificó amablemente su mala interpretación al señalársela *(New York Times*, 30 de setiembre de 1945).

[11] Estos son los puntos que me parecieron más importantes al escribir el Capítulo titulado "Are Democracy and Social Science Compatible Each with Each?" en *And Keep Your Powder Dry*, William Morrow, Nueva York, 1942, págs. 176 - 92.

[12] Mead, Margaret, "Human Differences and World Order", en *World Orders*

riéndose a la integridad, abogando por la integridad del mundo, porque quienes no son íntegros pueden creer que la proposición de integridad es para seducirlos de mala fe. Ni tampoco esbozando los métodos utilizados. diciendo: "Vea, usted también puede advertir el patrón si se fija. Fíjese en el juguete que ese niña ha dejado en el suelo, en las tiras cómicas del diario que tiene en la mano, en el último aviso que pasó la radio, en los titulares que vocean por la calle". Porque entonces quienes se sienten acorralados en la vida pensarán que se trata de otra trampa, que el juguete ha sido colocado para corroborar el argumento, que se sobornó al locutor, que los titulares son fraguados.[13]

Creo que el dilema del conocimiento y de la libertad se puede resolver creando una atmósfera en la que los que trabajan y los que son estudiados, los que escriben y los que leen, los que enseñan y los que aprenden, los que curan y los que consultan, aprendan a compartir la convicción de que el mayor conocimiento libera al hombre, de que es posible forjar una cultura que refleje la imagen de todos los corazones humanos, por muy distintos que sean, sin recurrir a la intervención, la autoridad que anula, a la eliminación de la inocencia que nos despoja

[13] La redacción eliminó, a pesar de mi enérgica protesta, una prudente advertencia acerca de esta situación en un artículo sobre el trabajo en conjunto (Mead, Margaret, "Group Living as a Part of Intergroup Education Workshops", *Journal of Educational Sociology*, Vol. 18 (1945), págs. 526-34):
"Se puede insinuar otro problema de la dirección. Para que el grupo confíe en la experiencia colectiva sin solicitar la asistencia individual de los líderes, aprendiendo a atenerse a lo que piensan en conjunto, es necesario que alguno de los líderes relacione muchos detalles al parecer dispares —el incidente ocurrido cierto día, la historia que un informante relata en otra oportunidad, la confusión que echa a perder un argumento en la conversación, la súbita discrepancia que aparece en el momento inexplicable. Es preciso tomar estos elementos y comprobar la relación que hay entre los mismos, cumpliendo así con dos finalidades: la de acelerar el aprendizaje y la de utilizar en sentido constructivo la continuidad de la emoción... Pero este procedimiento entraña un riesgo. Cuanto más eficazmente se aproveche cada ocasión, cuanto más clara surja la relación entre el incidente confuso del lunes y la repentina indiscreción oral del martes, más coherente parecerá la conducta del grupo. La mayoría de los integrantes de una escuela intercultural no están acostumbrados a encarar la vida sistemáticamente, a observar que la conducta cultural, colectiva o individual, abarca regularidades perceptibles sobre las que se puede influir. En semejantes circunstancias los individuos que más se afanan por disimular sus propias emociones discrepantes, pueden asustarse e imputarles a los líderes la intención de dominar. Aunque la verdadera causa del recelo y del resentimiento sea la inexorabilidad de los procesos que señala el líder, es probable que el problema se plantee en términos más corrientes, refiriéndose por ejemplo a "la imposibilidad de observar las prácticas de la educación adulta". Dudo de que en semejante situación pueda resultar provechoso el tratamiento de estos antagonismos en el plano de lo sintomático, es decir, nombrando una comisión o sugiriendo una discusión cuando la reclaman."

Its Intellectual and Cultural Foundations, editado por F. Ernest Johnson, Institute for Religious Studies, Nueva York, 1945, Capítulo IV, págs. 40 51.

de toda espontaneidad. Creo asimismo que el especialista en ciencias sociales que trabaja aislado o a instancia de un solo sector de la sociedad — así se trate de un sector revolucionario, reaccionario reformista, de una oficina del gobierno o de una organización nacional, de una disciplina científica o de un culto propagandista — corre el riesgo de obrar en sentido destructivo a menos que los demás comprendan sus premisas.[14] Los demás, aquellos a quienes sus obra afecta directamente o puede afectar dentro de cincuenta años, no tienen por qué estar de acuerdo con sus métodos ni con sus finalidades. Pero es menester que todos los que resultan afectados comprendan la índole de la convicción que los guía. En mi caso, es la convicción de que la verdad, encarada como el proceso de comprender a los hombres que hoy viven en el mundo, puede contribuir a que sean más libres, y por ende, a que sean mejores seres humanos.

En síntesis, el científico que cree en esta relación entre el conocimiento y la libertad y la vida digna, únicamente puede obrar en sentido constructivo dentro de una sociedad que comprenda su actitud. Lo que resulta pernicioso no es el empeño de quien se vale de métodos y persigue finalidades que uno no comparte; es la mala interpretación de dichos métodos y propósitos. Los médicos católicos y protestantes han trabajado juntos, cumpliendo con el juramento hipocrático, pero guiándose por distintos credos religiosos al tener que optar por la alternativa terrible y reiterada de salvar la vida de la madre o la de la criatura durante el parto. Mientras se comprendan mutuamente y confíen en la relación entre la ética religiosa y la ética médica — en la sinceridad de la insistencia católica de que no se puede sacrificar una vida para salvar a otra, aunque ello signifique *permitir* que la madre muera, y en la sinceridad de la insistencia protestante de que la vida que ya se ha comenzado a vivir tiene prioridad sobre la que todavía no se ha empezado —, la ética de la sociedad se conserva incólume. Pero si los protestantes no logran percibir la relación entre la creencia católica y la lealtad esencial de la responsabilidad que el médico asume por la vida, interpretando la actitud como una medida para que haya más católicos, o si éstos, debido a un error análogo de interpretación, piensan que los protestantes prefieren *matar* al niño, se arriesga seriamente la posibilidad de lograr una base firme para la cooperación ética entre católicos y protestantes. El reconocimiento de la diferencia esencial que hay entre discrepar con cierta actitud, respetándola porque se comprenden las premisas fundamentales — aunque se rechacen — y rechazarla por incomprensión, ilustra hasta cierto punto cómo se utilizan los nuevos conocimientos culturales. No hay posibilidad de transigir con quienes propugnan el crimen.

Precisamente porque creo que muchos norteamericanos confían en la importancia de la libertad que se logra a través del conocimiento y de la penetración y no mediante la coacción, la autoridad fija o la re-

[14] Mead, Margaret, "Contemporary Anthropology" (Extracto de una conferencia dictada ante el Royal Anthropological Institute, Londres, 5 de octubre de 1943), *Man*, Vol. 45 (1944), págs. 48 - 49.

velación definitiva, es que me parece que se justifica en este país la aplicación de diversos métodos que armonizan con dicha convicción. Reconozco asimismo que es menester que los que no crean en esta libertad tan amplia porque piensan que otra solución ha de ser mejor para la humanidad, comprendan la relación que hay entre mi actitud y la de ellos. Si juzgan que mi actitud es errada basándose en motivos legítimos, el mundo en el que se invoca la comprensión es todavía un mundo seguro para todos los que lo habitan. Cuando tanto las brujas como sus perseguidores creen que ellas tienen pacto con el diablo, las hogueras forman parte de un mundo coherente, en el que las nuevas generaciones conservan el derecho a abrazar o a rechazar la herejía. Es cuando se engaña a los benévolos y a los justos que aman a Dios a su manera para que quemen por herejes a quienes no lo son pero aman a Dios de otro modo, que la ética de una cultura corre peligro. Dentro del grupo en que actúa, uno tiene la obligación de poner en claro sus principios ante quienes están de acuerdo y ante quienes discrepan con sus finalidades y métodos.

En el Apéndice III me refiero a ciertos aspectos de los papeles que desempeñan los hombres y las mujeres en la cultura norteamericana.

El lector encontrará en mi exposición muy pocas referencias a las desviaciones que se observan en nuestra sociedad y que permiten hablar de la sociedad como si se tratara de un paciente. No pienso disertar sobre la significación cultural de la prostitución y las enfermedades venéreas, del alcoholismo agudo y los delitos sexuales. Hay muchos de estos casos y la práctica y la frecuencia constituyen los índices de la inadaptación que se advierte en los Estados Unidos como en todas las sociedades modernas. Son síntomas del estado de la sociedad, así como son síntomas las fobias y las compulsiones mórbidas del paciente. Se puede establecer una relación sistemática entre los mismos y la sociedad, y si preparara un informe completo sobre cualquier sociedad primitiva describiría todas las desviaciones. Pero aunque puede decirse, como decía Lawrence Frank, que "la sociedad es el paciente", los norteamericanos que leen un libro sobre la sociedad de América no son pacientes individuales que por su propia voluntad se dirigen a un consultorio, donde además de tratarlos se toman precauciones para que no los confundan las nuevas nociones avasalladoras. Precisamente debido a la relación sistemática entre las aberraciones de los inadaptados y la conducta superior de los que logran adaptarse, puede resultar inconveniente exponer en ciertos contextos estos aspectos de la cultura. Si obligamos o inducimos al lector a reconocer que cualquier tendencia sana de su personalidad, desarrollada gracias a la cultura, está estrechamente relacionada con cierta modalidad de conducta que rechaza y que debe rechazar, no le ha de resultar muy provechoso el análisis de las principales tendencias culturales. Las personas que son sanas porque han rechazado satisfactoriamente las soluciones perniciosas y las desviaciones peligrosas, se desentienden del problema. O tal vez procedan durante algunos minutos como cierto médico que después de leer la obra de Freud tomó un ómnibus y se puso a analizar solemnemente la índole de los sentimientos homosexuales que le inspiraran los demás pasajeros. Llegó a la conclusión de que no le inspiraban tales sentimientos, combatiendo desde entonces enérgicamente las teorías de Freud, proceso éste que estorba en vez de facilitar el desarrollo de la terapéutica. Es posible que casi todos los norteamericanos encaren los conflictos que arrastran a muchos al alcoholismo, pero no conviene recordárselo a quien no es alcoholista, ya que la noción puede ser de graves consecuencias para los individuos cuya adaptación cultural es precaria. Si bien es cierto que la exposición de los motivos por los cuales algunos norteamericanos se dan a la bebida o cometen delitos no suscita de por sí los síntomas, puede inducir a muchos a reforzar sin necesidad las defensas morales. Y esos lectores, que comprometen sus propia adaptación al darse cuenta de que corren el mismo riesgo, pueden a su vez iniciar una campaña destructiva contra quienes no han tenido la misma resistencia, en lugar de extenderles una mano piadosa. La mayoría de las campañas se han fundado en la movilización de semejantes tendencias pero el científico responsable se detendrá a reflexionar antes de provocar actividades de esta naturaleza.

La sociedad es el paciente. Quienes han sufrido lesiones o deformaciones nos proporcionan datos invalorables sobre las fallas de la sociedad. Pero para curarla, también son necesarios los individuos capaces de consagrar sus fuerzas a la modificación de los procesos culturales que provocan la enfermedad. Creo que quienes mejor pueden aprovechar su capacidad son aquellos que conservan intacta su integración cultural a la vez que van comprendiendo cómo se encaran las principales regularidades de la cultura a través de la antropología comparada. El psiquíatra puede advertir síntomas inquietantes entre los invitados de una reunión, pero se cuida muy bien de mencionarlos a menos que vayan a consultarlo como pacientes. Del mismo modo, el antropólogo que contempla la sociedad moderna puede advertir síntomas graves que lo inducen a trabajar. Pero me parece que los análisis de esta índole se deben reservar para los trabajos especializados de los grupos de profesionales competentes que poseen una ética de responsabilidad. Al escribir en una forma accesible para todos los interesados, pienso que hay que ponerse en el lugar del lector y no obligarlo a aceptar ni a rechazar interpretaciones, cuando habría preferido ignorar las implicaciones si hubiera sabido de lo que se trataba.[15] No hemos alcanzado aún el grado de conciencia social que les permita a los hombres y a las mujeres corrientes estar al tanto de la psicodinámica cultural que los

[15] Esta es una de las críticas más severas que merece el hecho de haber permitido que el informe del Dr. Kinsey se convirtiera en un éxito de librería. La repentina eliminación de la reticencia anterior ha dejado indefensos a muchos jóvenes justamente en aquellos aspectos en los que el deseo de conformidad estaba resguardado por la ignorancia de las proporciones de la disidencia. Véase Mead, Margaret. "An Anthropoligist Looks at the Report", en *Problems of Sexual Behavior: Proceeding of a Symposium on the First Published Report of a Series of Studies of Sex Phenomena by Prof. Alfred C. Kinsey, Wardell B. Pomeroy, and Clyde E. Martin*, American Social Hygiene Association, Nueva York, 1948, pág. 58-69.

vincula con los psicópatas y los criminales, o con aquellos a quienes la incapacidad para tolerar las presiones de la cultura ha hundido en el alcoholismo o en la enfermedad como única defensa. Al mismo tiempo que aceptamos nuestra naturaleza humana común y el deber que tenemos como ciudadanos de mejorar las condiciones de un mundo en el que ocurren a esos casos, debemos, al menos mientras el mundo esté organizado de este modo, reservar el conocimiento detallado. Ya es de por sí bastante difícil el problema de aceptar las nociones de nuestra conducta consciente: la conducta que la madre aprueba, que la maestra recompensa, por la que rogamos, nos afanamos y luchamos sin cesar.

APENDICE III

FUENTES Y EXPERIENCIA SOBRE LA CULTURA NORTEAMERICANA

Tradicionalmente los antropólogos se han marchado a otras culturas para ejercer su objetividad y hasta el momento no se ha establecido la ética ni se han expuesto las razones de la aplicación de la disciplina antropológica a la observación de la cultura que uno integra. Las emociones, las alternativas, las preferencias morales, afectan inevitablemente los comentarios que formula el antropólogo sobre una cultura moderna, tanto si se trata de la propia como de otra que ha pasado a integrar. Cuando procura presentar el análisis fría e imparcialmente, evitando enunciar apreciaciones evidentes, como lo hiciera Geoffrey Gorer en su reciente libro *The American People* y como he procurado hacerlo yo en algunos casos, particularmente en "How Religion Has Fared in the Melting Post" [1], las reseñas demuestran que son frecuentes las malas interpretaciones. Si uno escribe con fervor o con pasión, combinando la capacidad de diagnosticar y de analizar con la parcialidad franca, surgen otros peligros que ya se han expuesto en el Apéndice II.

Lo más que podemos hacer por el momento es consignar con claridad en qué se funda el conocimiento que poseemos, cómo se ha obtenido, de quiénes y para qué fines, declarando asimismo que tenemos conciencia del peligro latente. Tal vez la actitud más enojosa que enfrenta el antropólogo sea la de quienes le reconocen el derecho a analizar las culturas primitivas pero, debido a cierta renuencia a colocarse en el mismo plano que los primitivos, situación que creen implícita, o a que se oponen a cualquier interpretación, insisten en que las opiniones emitidas sobre la cultura contemporánea sólo pueden considerarse como el producto de una "brillante penetración intuitiva"; juicio que se extiende también a ciertos libros como *The Crysanthemum and the Sword* de Ruth Benedict. Este juicio significa que cuando dos antropólogos llegan a una misma conclusión basándose en la misma premisa y en los mismos datos, o utilizan conscientemente la deducción que otro hicie-

[1] Véase la pág. 316.

ra con anterioridad, el público se confunde irremediablemente y se pregunta quién ha derivado la interpretación del otro, duda ésta que no se suscita cuando dos etnólogos coinciden en que un pueblo primitivo es patrilineal o que reconoce socialmente al travestido.

En una sociedad compleja se dispone a la vez de más y de menos material que en una sociedad primitiva. Es cierto que con un lápiz y una libreta puede registrar gran parte de lo que un pequeño grupo analfabeto conserva en la memoria. Pero no hay datos históricos, ni documentos, ni películas, ni tiras cómicas, ni guiones de comedia, ni encuestas, ni censos, ni guías de libros, para complementar el conocimiento que mis colaboradores y yo podemos adquirir en pocas semanas. Sólo disponemos de lo que observamos y anotamos, fotografiamos o transcribimos. La homogeneidad, la lentitud de las transformaciones, la población reducida, la carencia de un lenguaje escrito, son factores que obran a nuestro favor y encontramos así un laboratorio perfecto para aprender a observar los patrones de regularidad y para reunir material contrastante sobre las nociones humanas. Como laboratorio, la sociedad primitiva es insuperable, y ningún investigador ha de querer formular teorías fundadas en la sociedad moderna mientras haya una sociedad primitiva adecuada para trabajar. Por otra parte, la aplicación de las teorías conforme a los propósitos contemporáneos de la humanidad abarca la aplicación dentro de nuestra sociedad. A ese fin es necesario poseer conocimientos del mismo orden acerca de nuestra cultura, es preciso hacer un estudio analítico de los patrones sobre la base de datos reunidos según los métodos antropológicos. Aún no es posible aplicar los métodos que se fundan en las teorías antropológicas al estudio de las sociedades cuando los datos disponibles sobre las mismas han sido reunidos y analizados de acuerdo con los métodos de otras ciencias, aunque se trate de la sociología, de la historia, o de la psicología.

Por consiguiente, al intentar utilizar los métodos antropológicos para el estudio de las sociedades contemporáneas, nos valemos de los métodos desarrollados en las culturas primitivas. Observamos la conducta de las personas: lo que dicen, lo que comen, cómo obran, cómo caminan. Estudiamos la literatura popular, los avisos, las películas y los programas de radio, así como las versiones culturalmente localizadas de las bellas artes. Aprovechamos las estadísticas y las encuestas, los censos y los datos clínicos para verificar las observaciones. Nathan Leites definió claramente la condición de estas hipótesis en "Psycho-Cultural Hypotheses about Political Asts".[2]

Forzosamente trabajamos mucho solos, lo que significa que usamos los métodos utilizados en las misiones de estudio, haciendo observaciones hasta notar una regularidad, dejando luego de registrar todas las instancias de la regularidad y buscando continuamente excepciones, siguiéndolas con atención. Significa que para afirmar que la corbata forma parte del atuendo convencional del norteamericano, el antropólogo no cuenta cuántos hombres la usan, sino que, advirtiendo que se la ponen regularmente, se fija cuándo, en qué circunstancias y quiénes no se la ponen, repara en las bromas acerca de las corbatas, en los suicidios con corbatas, en las chicas que usan corbata, averigua a qué edad comienzan los niños a usarla y quiénes pueden andar sin ella. Una vez identificado el patrón, se percibe cualquier desviación o cualquier cambio, como cuando me sentaba en mi casa de Iatmul, que quedaba entre dos senderos, y observaba mientras trabajaba a la gente que pasaba. No me detenía a apuntar quiénes eran, ni me fijaba conscientemente. Pero en cuanto aparecía una combinación inusitada, si pasaba un niño con un adulto que generalmente no lo atendía, dos personas que no se hablaban, alguien que se suponía de viaje o enfermo en su casa, salía a investigar. Es lo que normalmente hace cualquiera en su propia cultura, inconsciente y continuamente, y que se manifiesta en el veredicto de que "algo pasa" en la familia de un amigo, en la calle, en el club o en la oficina. Se trata del patrón de las relaciones previstas, de los ruidos, de la disposición de los muebles, de la risa que provoca una broma, de la hora de las comidas, de la rapidez con que se atiende la puerta, y merced a estos detalles se advierten desviaciones y se emiten opiniones: "Han recibido malas noticias". El antropólogo está disciplinado para proceder, no sólo en las situaciones sociales sino en relación con la cultura entera, de la misma manera que procede uno en su propio ambiente para establecer las relaciones sociales corrientes entre las personas y entre las personas y las cosas. Se mantiene alerta para advertir cualquier cambio en el simbolismo de los avisos, la solución distinta para un dilema moral que presenta un cuento publicado en una revista popular; nota que se utiliza la palabra "subjetivo" en un despacho noticioso del *New York Times*, que los diarios se valen de citas textuales para informar acerca de los acontecimientos ideológicamente divergentes, que el énfasis es otro en las exhibiciones del Día de la Madre o que se empiezan a ver cirios en los adornos de Pascua. Cuanto más claras sean las hipótesis, cuanto más sistemáticamente hayan sido formuladas, más observaciones como éstas se pueden hacer en un día mientras uno camina, lee, conversa, mientras almuerza en el restaurante o viaja en el subterráneo o en el ómnibus. Y como para nosotros la observación es un acto benévolo, como consideramos que es agradable estudiar y ser estudiado y que la penetración complace, esta atención perpetua y casi inconsciente nos resulta tan grata como al pintor o al poeta la contemplación del color, de la forma, de un rostro o de un paisaje. Se trata de una actitud analítica, pero en contexto tan sintético — porque no integra la realidad que observa — que no implica la disección penosa de lo que uno ama. Inevitablemente las observaciones sobre un patrón tan complejo se apoyan en una cantidad de datos, pero no he incluido ninguna hipótesis sin pesar antes los antecedentes pertinentes disponibles.

La preparación que recibí fue excepcionalmente propicia para aprender a observar con gusto la cultura. Mi abuela era una maestra sensible y reflexiva consagrada a los niños pequeños, siempre al tanto de

[2] *World Politics*, Vol. I (1948), págs. 102-19.

la evolución de la psicología infantil de su época. No sólo me enseñó a ir al prado a buscar una planta que me describía, sino también a escuchar atentamente la conversación de mis dos hermanas menores, registrándola e interpretándola. Mi madre fue una de las primeras personas que se dedicaron al estudio del contacto cultural y cuando yo era aún muy chica estaba terminando su trabajo titulado "Italian on the Land: A Study in Immigration" (*United States Bureau of Labor Bulletin*, 14: 475-533, mayo de 1907). Me pesaban y me medían en la misma forma que a los niños italianos de la comunidad donde residíamos y donde mi madre hacía su estudio. La primera boda que presencié fue una boda italiana que estudié, apreció y disfruté. Como integrantes de la familia de un catedrático que dictaba clase en una universidad urbana, nos mudábamos a menudo y contemplábamos todas las comunidades con sentido crítico, señalando lo que necesitaban, cómo se podían mejorar los colegios, etcétera. Absorbía todo esto mientras me abocaba al estudio de las transformaciones de los juegos infantiles como la mancha y la escondida, registrando variantes en la forma de "contar" para jugar o costumbres populares poco conocidas, observando la conducta de dos personas que decían la misma palabra o el proceder de una pareja cuando caminando de la mano quedaba separada por un árbol o un farol. Ya había asimilado y desarrollado el conocimiento cultural y el respeto por las ciencias sociales cuando siendo estudiante universitaria comencé a trabajar bajo la dirección de Franz Boas y de Ruth Benedict. Por eso mis observaciones sobre la cultura norteamericana se remontan casi hasta la época en que aprendí a valerme de las palabras. Se han agudizado y especializado a través de los años, orientadas hacia problemas particulares: la adolescencia, la formación de maestros, la nutrición, la vivienda, la organización de la comunidad, el planteamiento psicosomático de la enfermedad, la organización de conferencias, las peculiaridades de las subculturas regionales, los esfuerzos por lograr la comunicación con los integrantes de otras culturas. He aprendido muchísimo trabajando en estrecho contacto con varios científicos de otras culturas. Kurt Lewin (fallecido), Erik Homburger Erikson, Gregory Bateson, Erwin Schuller, Nathan Leites. Los resultados de los estudios realizados en colaboración con Geoffrey Gorer durante el espacio de doce años se publicaron en su libro *The American People* y en el mío *And Keep Your Powder Dry*, y ni siquiera intento expresar en detalle todo lo que le debo por sus observaciones y sus análisis. Durante los últimos años he tenido la suerte de contar con muchos alumnos diligentes y perceptivos que han reunido y analizado material sobre las historietas, las películas, la propaganda, etcétera, con el fin de ampliar algunas de nuestras hipótesis. Y he aprovechado las extensas investigaciones llevadas a efecto por grupos de especialistas en ciencias sociales sobre ciertos aspectos de la cultura americana, especialmente *Middletown* y *Middletown in Transition*, y la serie "Yankee City", obra de la escuela ecológica de Chicago y del Chicago Committee on Human Development.

Para ilustrar sobre las diversas fuentes de material disponible, agrego aquí: 1. Una bibliografía de trabajos de importancia sobre la cultura norteamericana en lo que se refiere al sexo y a la familia, que no pretende ser completa pero que le sugiere al lector el tipo de material disponible. Al utilizarlo, acostumbro a considerar la zona del sudeste y de California como variantes muy divergentes de la cultura norteamericana y sólo incluyo los datos provenientes de esas regiones después de examinarlos detenidamente. 2. Una lista de las situaciones que me permitieron adquirir ciertas nociones y dedicarme al estudio, al análisis o al diagnóstico, e intentar modificar la cultura americana y que me facilitaron el acceso a mucho material que no se ha publicado, como historias clínicas, cuestionarios originales, ensayos infantiles, colecciones de bocetos, datos reunidos por comisiones, informes gubernamentales, etcétera. 3. Una lista de los trabajos que he publicado sobre la cultura norteamericana. Naturalmente que no por eso son más fidedignas las presentes observaciones, pero confirman mi interés y mi atención permanente. Señalan la cronología y los aspectos que me han interesado.

Material sobre la cultura norteamericana

Bateson, Gregory, "Morale and National Character", en *Civilian Morale, Second Yearbook of the Society for the Psychological Study of Social Issues*, ed. por Goodwin Watson, Houghton Mifflin, Nueva York, 1942, págs. 71-91.

Davis, Allison, and Dollard, John, *Children of Bondage*, American Council on Education, Washington, D.C., 1940.

Davis, Allison, and Gardner, Burleigh and Mary, *Deep South*, University of Chicago Press, 1941.

Dollard, John, *Caste and Class in a Southern Town*, Yale University Press. New Haven, en 1937. Erikson, Erik H., "Ego Development and Historical Change", en *The Psychoanalytic Study of the Child*, ed. por Anna Freud y otros, International Universities Press, Nueva York, copyright 1947, Vol. 2, págs. 359-96.

Gorer, Geoffrey, *The American People*, Norton, Nueva York, 1948.

Hicks, Granville, *Small Town*, Macmillan, Nueva York, 1946.

Hohman, L.B., y Schaffner, B., "The Sex Life of Unmarried Men". *American Journal of Sociology*, Vol. 52 (1947), págs. 501-07.

Kinsey, Alfred S., Pomeroy, Wardell B., y Martin, Clyde E., *Sexual Behavior in the Human Male*, Saunders, Filadelfia, 1948.

Kluckhohn, Clyde y Florence R., "American Culture: Generalized Orientations and Class Patterns" en *Conflicts of Power in Modern Culture* (Simposio de 1947 de Conferencias sobre Ciencia, Filosofía y Religión), Nueva York, 1947; Capítulo IX, págs. 106-28.

Lynd, Robert S. y Helen M., *Middletown*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1929.

——*Middletown in Transition*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1937.

Myrdal, Gunnar, *The American Dilemma*, Harper, Nueva York, 1941.

Parsons, Talcott, "Certain Primary Sources and Patterns of Aggression in the Social Structure of the Western World", *Psychiatry*, Vol. 10 (1947), págs. 167-81.

——"Age and Sex in the Social Structure of the United States", *American Sociological Review*, Vol. 7 (1942), págs. 604-16.
——"The Kinship System of the Contemporary United States", *American Anthropologist*, Vol. 45 (1943), págs. 22-38.
Powdermaker, Hortense, *After Freedom*, Viking Press, Nueva York, 1939.
Warner, William Lloyd, y Lunt, Paul, *The Social Life of a Modern Community*, Yale University Press, 1941 ("Yankee Town Series", Vol. I).
——*The Status System of a Modern Community*, Yale University Press, 1942 ("Yankee City Series", Vol. 2).
Warner, William Lloyd, y Strole, Leo, *The Social Systems of American Ethnic Groups*, Yale University Press, 1945 ("Yankee City Series", Vol. 3).
West, James, *Plainsville, U.S.A.*, Columbia University Press, Nueva York, 1945.

Situaciones que facilitaron las nociones y el acceso al material sobre la cultura norteamericana.

1925-26 Misión en Samoa Americana, que comprendía trabajos dentro de un esquema proporcionado por la Marina Norteamericana.

1929 Cátedras de desarrollo infantil y sociología en Vassar College, en las Universidades de Nueva York y de Columbia y en el Teachers College, que comprendían la lectura de muchos trabajos de los alumnos sobre sus hogares, experiencias y actitudes, y el análisis de determinados aspectos de la cultura norteamericana.

1934 Seminario de Hannover sobre Relaciones Humanas, trabajo intensivo con miembros escogidos de otras disciplinas para la preparación de un sistema de referencias y de material para los adolecentes norteamericanos sobre la naturaleza de la cultura, y en particular de la cultura americana.

1934-35 Estudio sobre la adolescencia encomendado por la Progressive Education Association, que abarcaba la lectura y evaluación de las historias clínicas de adolescentes de distintos ambientes.

1940 Estudio de la literatura existente sobre la medicina psicosomática, inclusive de las historias clínicas e interpretaciones publicadas, en general referentes a pacientes norteamericanos.

1942-45 Secretaria ejecutiva y directora de investigaciones de la Comisión de Hábitos Alimentarios del Consejo Nacional de Investigaciones (National Research Council), 1942-45, que incluía numerosos estudios sobre actitudes cualitativas, viajando por todo el territorio de los Estados Unidos y trabajando con las comunidades locales, el estudio diagnóstico de seis proyectos de bloques llevados a la práctica en grandes ciudades, el estudio del impacto producido por los programas federales en los pueblos chicos, y la dirección de la investigación detallada de ciertos aspectos de las actitudes norteamericanas con respecto a la nutrición (resumen con bibliografía publicado en los Boletines Nos. 108 y 111, año 1945, del National Research Council: *The Problem of Chanding Food Habits*, y *Manual for the Study of Food Habits*).

1942-48 Conferencias dictadas ante una gran variedad de grupos de norteamericanos en todo el territorio nacional, reparando especialmente en las reacciones de los auditorios.

1943 Conferencista e intérprete de las relaciones entre británicos y norteamericanos en la Gran Bretaña, al servicio del Ministerio de Información Británico y de la Oficina de Información de Guerra Norteamericana en Gran Bretaña.

1945 Integración de las investigaciones sobre el Estudio de la Familia, con el auspicio del New York Hospital y de la Community Service Society de Nueva York, en un enfoque multidisciplinario del tratamiento de las enfermedades orientado hacia la familia. (Richardson, Henry B., *Patients Have Families*, Commonwealth Fund, Nueva York, 1945.)

Publicaciones de Margaret Mead sobre la cultura norteamericana

1927 "Group Intelligence Tests and Linguistic Disability among Italian Children", *School and Society*, Vol. 25, págs. 465-68.
1928 *Coming of Age in Samoa* (véase la pág. 390), Capítulos XIII y XIV, págs. 195-248.
1929 "Broken Homes", *Nation*, Vol. 128, págs. 253.
1930 *Growing Up in New Guinea* (Véase la pág. 395), Capítulos XIII-XVI, págs. 211-77.
1931 "The Meaning of Freedom in Education", *Progressive Education*, Vol. 8, págs. 107-11.
1931 "Standardized America vs. Romantic South Seas", *Scribner's Magazine*, Vol. 90, págs. 486-91.
1935 "Sex and Achievement", *Forum*, Vol. 94, págs. 301-03.
1936 "On the Institutionalized Role of Women and Character Formation", *Zeitscrift für Sozialfarschung*, Vol. V, págs. 69-75.
1940 "Conflict of Cultures in America", *Proceedings of the 54th Annual Convention of the Middle States Association of College and Secondary Schools and Affiliated Associations*, págs. 11-14.
1941 "Administrative Contributions to Democratic Character Formation at the Adolescent Level", Journal of the Association of the Deans of Women, Vol. 4, págs. 51-57.
1941 (con Gregory Bateson) "Principles of Morale Building", *Journal of Educational Sociology*, Vol. 15, págs. 206-20.

1941 "On Methods of Implementing a National Morale Program". *Applied Anthropology*, Vol. 1, págs. 20-24.

1942 *And Keep Your Powder Dry*, William Morrow, Nueva York.
Edición inglesa: *The American Character*, Penguin Books, Londres, 1944.
Edición alemana: ... *Und haltet euer Pulver trocken!* traducción de Josephine Ewers-Bumiller, Verlag Kurt Desch, Munich, 1946.
Edición italiana: *Carattere degli Americani*, traducción de Lina Franchetti, Edizione U, Florencia, 1946.
Edición austríaca: ...*Und halte dein Pulver trocken*, traducción de Augusta V. Bronner y Amadeus Grohmann, Phoenix Verlag, Viena, 1947.

1942 "An Anthropologist Looks at the Teacher's Role", *Educational Method*, Vol. 21, págs. 219-23.

1942 "Has the 'Middle Class' a Future?" *Survey Graphic*, Vol. 31 págs. 64-67, 95.

1942 "Customs and Mores", *American Journal of Sociology*, Vol. 47, págs. 971-90.

1943 "The Cultural Picture" (Nº 1 de una serie de cuatro trabajos, "The Modification of Pre-War Patterns", Segunda parte de "Problemas of a War Time Society"), *American Journal of Orthopsychiatry*, Vol. 13 págs. 596-99.

1943. "Why We Americans Talk Big" *The Listener*, Vol. 30, pág. 494 (British Broadcasting Co., Londres).

1943 "Can You Tell One American From Another?", *The Listener*, Vol. 30, pág. 640.

1944 *The American Troops and the British Community*, Hutchinson, Londres (folleto).

1944 "A G I View of Britain", *New York Times Magazine*, marzo 19, págs. 18-19, 34.

1944 "Women's Social Position", *Journal of Educational Sociology*, Vol. 17, págs. 453-62.

1944 "Wath Is a Date?" *Transatlantic*, Nº 10, págs. 54, 57-60.

1944 "It's Human Nature", *Education*, Vol. 65, págs. 228-38 (Murray Dyer y Margaret Mead, programa de la serie "Science at Work" del American School of the Air, Columbia Broadcasting System).

1945 "Wellesley School of Community Affairs", *Progressive Education*, Vol. 22, págs. 4-8.

1945 "What's the Matter with the Family?" *Harper's Magazine*, Vol. 190, págs. 393-99.

1945 "How Religion Has Fared in the Melting Pot", en *Religion and Our Racial Tensions*, Vol. III de Religion in the Post-War World Series, ed. por Willard Sperry, Harvard University Press, Capítulo 4, págs. 61-81.

1946 "The American People", en *The World's Peoples and How They Live*, Odhams Press, Londres, 1946, págs. 143-63.

1946 "Cultural Aspects of Women's Vocational Problems in Post World War II", *Journal of Consulting Psychology*, Vol. 10, págs. 23-28.

1946 "The Women in the War", in *While You Were Gone*, ed. por Jack Goodman, Simon and Schuster, Nueva York, págs. 274-90.

1946 "Trends in Personal Life", New Republic, Vol. 115, págs. 346-48.

1946 "Pouvoirs de la femme": "Quelques aspects du rôle des femmes aux Etats-Unis", *Esprit*, París, noviembre, págs. 661-71.

1946 "The Teacher's Place in America", *Journal of the American Association of University Women*, Vol. 40, págs. 3-5.

1946 "What Women Want", *Fortune*, Vol. 34, págs. 172-75, 218, 220, 223-24.

1947 "The Application of Anthropological Techniques to Cross-National Communication" *Transactions of the New York Academy of Siences*, Serie II, Vol. 9, págs. 133-52 (publicado luego y ampliado en "A Case History in Cross-National Communications, véase más adelante).

1947 "What is Happening to the American Family?" *Journal of Social Casework*, Vol. 28 págs. 323-30.

1947 (con Alex Bavelas) "The Dallas Convention and the Future of AAUW", *Journal of the American Association of University Women*, Vol. 41, págs. 23-26.

1948 "Some Cultural Approaches to Communication Problems", in *The Communication of Ideas*, ed. por Lyman Bryson, Institute for Religious and Social Studies, Nueva York, 1948; Capítulo II, págs. 9-26.

1948 "A Case History in Cross-National Communications", *ibid.* Capítulo XIII, págs. 209-29.

1948 "The Contemporary American Family as an Anthropologist Sees It", *American Journal of Sociology*, Vol. 53, págs. 453-59.

NOTAS

PRIMERA PARTE

1

[1] Tomado de "Discourse with the Heart" de Léonie Adams: "Heart, that have loved, nor known it holy part (Truth is, live hearts must love as lips shall breathe). By this shall lift with sanctifying art Your act of life, who live but to bequeath: As lips that countless, graceless times have fed, Save themselves hungry, and bite blessèd bread."
Del libro *Those Not Elect, McBride,* Nueva York, 1925, pág. 12.

2

[1] Mead, Margaret, "Anthropological Data on the Problem of Instinct", *Psychosomatic Medicine,* Vol. IV (1942), págs. 396-97 (Symposium-Second Colloquia on Psychodynamics and Experimental Medicine).

[2] Armstrong, W. E., *Rossel Island,* Cambridge University Press, 1928, pág. 100.

[3] Demetracopoulou, Dorothy, comentario de Durham, M. E., *Lams and Customs of the Balkans, American Anthropologist,* N. S. Vol. 32 (1930), pág. 670.

[4] La descripición de la etapa siguiente servirá para aclararles ciertos puntos a quienes les interesa saber cómo se utilizan estos resultados al formular hipótesis que se verifican con material sobre los pueblos primitivos.

Después de hacer un estudio, ordenando el conjunto de sílabas extrañas según el patrón fonético y la gramática correspondiente, estableciendo un sistema de relaciones entre los términos que los niños utilizan para los adultos, los términos de que se valen las personas para describirse en distintos momentos y en diversos contextos y aprendiendo el sentido que tienen las frases como "Es un polluelo de halcón", "pero no nos apoderamos del cráneo" o "tenía el cuello firme", recogemos todo el material y lo registramos. ¿Cómo se utiliza? Quizá sea de provecho esbozar rápidamente cómo obraría yo para responder a una pregunta. Supongamos que alguien que se interesara por la psicología del desarrollo infantil o de la religión me preguntara: "¿Podría decir algo acerca de la relación que hay entre la prolongación de la juventud y las creencias sobre la inmortalidad?" En primer tér-

mino, repaso mentalmente regiones enteras de sociedades primitivas, recordando que a los indios americanos les interesaba en general muy poco la inmortalidad y que no asumía entre ellos gran importancia la personalización de los muertos. Tal vez repita la frase: "Brotamos como la hierba al amanecer y nos siegan por la tarde", que suelo citar para caracterizar la actitud de los indios plains ante la muerte. Al mismo tiempo acuden a mi mente las imágenes precisas de los indios que exhortaban a los peces a que se dejaran pescar y que luego tiraban al agua las espinas para que reencarnaran; de los espectros —todo un conjunto del otro mundo, pero nunca el abuelo o la abuela de alguien— que intervenían enmascarados en las danzas del pueblo zuñi; la creencia de los omahas de que todos los mellizos eran reencarnados. Muchos detalles significativos citados por cientos de etnólogos contribuyen a agudizar la intuición. Pienso luego en otra región, buscando quizá simultáneamente una categoría. O sea que digo: "Y en Indonesia...", y repaso las actitudes hacia los ascendientes, o decido incluir en el panorama la veneración de los antepasados y la reencarnación. Si la reencarnación me parece importante, pienso en las culturas que manifiestan esta creencia y puedo agregar: "Naturalmente interesa saber qué relación hay entre quién es uno al nacer y quién ha de ser al morir." Puede surgir así la comparación entre los esquimales y los balineses; ambos pueblos tratan a los recién nacidos como si poseyeran facultades proféticas y ya de pequeños les enseñan tareas complejas. Puedo intercalar aquí una pregunta: "¿Será tal vez fundamental la relación entre el aprendizaje y la teoría del nacimiento y la inmortalidad?", comparando entonces la convicción balinesa de que el individuo se reencarna una y otra vez dentro de la misma familia, por lo que el ciclo vital no es una culminación sino uno de los círculos de una serie interminable entre este mundo y el otro, con la actitud de los manus, que creen que los seres humanos se forman de sustancias del cuerpo de la madre y del padre, que alcanzan la plenitud de sus facultades durante la madurez, subsistiendo como poderosos espectros durante un lapso después de la muerte y escurriéndose luego hasta los niveles inferiores del cieno poblado de babosas marinas. Puedo agregar: "Los balineses creen que se puede aprender a cualquier edad —los muy jóvenes y los ancianos aprenden relativamente sin esfuerzo y la belleza perdura—, mientras que los manus están viejos y terminados a los cuarenta. Podríamos sugerir que se advierte aquí una relación que valdría la pena investigar a fondo." Pasaría entonces a considerar si conozco el caso de algún grupo que creyera en la reencarnación y manifestara al mismo tiempo una decadencia bien definida del vigor en el curso de la vida, buscando así ejemplos negativos que desmientan la hipótesis en desarrollo. Paralelamente traeré a mi memoria lo que se sabe sobre el aprendizaje a distintas edades en diversas culturas, reteniendo en un plano lo que se sabe sobre el mecanismo en sí —diferentes maneras de aprender: memorizando, premiando, castigando, eludiendo la penitencia— y en otro plano el material concreto: una película que muestra a un escultor aprendiendo a labrar, datos sobre las edades a las que los varones pueden empezar como aprendices de los artesanos, etc. O puedo también referirme a dos categorías etnológicas, como "creencia y reencarnación" y "ciclo vital"" y dirigirme a la Universidad de Yale para consultar las fichas de un catálogo en el que se ha compilado la información disponible sobre muchas sociedades, ordenándola por categorías, de modo que es posible establecer la relación que hay entre ambas. Puedo también consultar libros especiales para aclarar una serie de puntos: "¿Se incluía algún comentario sobre la edad en cierto estudio comparado sobre la forma en que los miembros de dos tribus africanas aprendían una historia?" "Sería interesante repasar el manuscrito de Jemez que decía que las mujeres que pasaban la menopausia pensaban que sólo entonces aprendían a gozar del sexo", etc.

Esta es una de las maneras de utilizar el material comparativo. El proceso comienza con una reflexión exploratoria mediante el material comparativo disponible sobre distintas partes del mundo, formulándose luego hipótesis preliminares a medida que se avanza y probándolas de memoria, hasta quedar con una que parezca fructífera y que se pueda verificar con la literatura existente o haciendo un estudio directo. Quizá en vez de volver al material primitivo haya que dirigirse al laboratorio psicológico o a una clínica. Cada antropólogo se vale del método comparativo a su manera, pero el método es esencialmente el mismo. (Véase Bateson, Gregory, "Experiments in Thinking about Observed Ethnological Material", Philosphy of Science, Vol. 8 (1941), págs. 53-68.)

SEGUNDA PARTE

El material utilizado en esta parte proviene de los estudios directos llevados a efecto por mí o por mis colaboradores. El Apéndice II incluye la bibliografía completa del material publicado sobre estas siete culturas. En estas notas sólo menciono algunas referencias que pueden resultarle de especial interés al lector o expreso mi reconocimiento por ciertas observaciones.

3

[1] Bender, Lauretta y Montague, Allison, "Psychotherapy through Art in a Negro Child", *College Art Journal*, Vol. VII (1947) págs. 12-17.

[2] Estos conceptos fueron formulados originalmente por Gregory Bateson mediante el material sobre Iatmul. Véase en particular su "Culture Contact and Schizmogenesis", *Man*, Vol. XXXV (1935), págs. 178-83; *Naven*, Cambridge University Press, 1936; "Some Systematic Approaches to the Study of Culture and Personality", Character and Personality, Vol. XL (1942), págs. 76-84; "Morale and National Character", en *Civilian Morale*, editado por Goodwin Waston, Houghton Mifflin, Boston (1942), págs. 71-91.

[3] En esta acepción del término "recíproco" me aparto un poco de la acepción definida en el artículo de Bateson "Morale and National Character" (loc. cit.). Basándome en la cultura manus, defino como conducta recíproca aquella en la cual los objetos, las mercaderías o las ideas figuran en el intercambio entre dos individuos o gru-

pos. Tomemos por ejemplo una secuencia de acción: A le pega a B, B le pega a A; siendo A el padre y B el hijo. La conducta puede ser *complementaria* si el golpe del padre es propinado y recibido de manera muy distinta que el del hijo: el padre corrige, el niño le devuelve un golpe insignificante o débil. Puede interpretarse como *simétrica* si el énfasis recae en el hecho de que ambos se enfrentan y se pegan con la misma actitud. Se puede considerar *recíproca* si se hace caso omiso de la fuerza o la debilidad relativa, del correctivo, del rechazo, de la comparabilidad o incomparabilidad del padre y del hijo, destacándose en cambio el hecho de que es un *golpe* lo que se da y un *golpe* lo que se recibe. Un *golpe* que se da o un *regalo* que se retribuye, si es que, como se ve, el golpe o el regalo constituyen el centro de la secuencia.

Como señala Gregory Bateson, lo que nos permite distinguir los diversos tipos para proseguir con el análisis es la forma en que los participantes encaran la secuencia de conducta.

[4] Sólo comencé a trabajar seriamente sobre las zonas del cuerpo cuando observé a los arapesh en 1931. Aunque conocía en general los trabajos fundamentales de Freud sobre el tema no se me había ocurrido que pudieran aplicarse en los estudios directos hasta que leí el primer informe sobre una expedición de Géza Róheim, "Psychoanalysis of Primitive Culture Types", *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. XIII (1932), Pts. 1-2 (Número dedicado a las investigaciones de Róheim en Australasia).

Mandé buscar entonces un compendio de la obra de K. Abraham. Una vez que me hube familiarizado con la utilización sistemática de estas ideas que señala Erik Homburger Erikson, pasaron a integrar mi equipo teórico. La presentación de *Balinese Character* ha sido en parte organizada en torno de las mismas, particularmente las láminas 38-44. Mientras se ideaba esta presentación, Gregory Bateson relacionó sistemáticamente el diagrama de zonas de Erikson con las categorías de la conducta *complementaria*. En "Research on Primitive Children", Mead, Margaret, en el *Manual of Child Psychology*, editado por Leonard Carmichael, Wiley, Nueva York, 1946, págs. 670-72, figura una versión intermedia del diagrama.

[5] Bateson, Gregory, "Social Planning and the Concept of 'Deutero-Learning." en *Science, Philosophy and Religion, Second Symposium* (Conferencia sobre Ciencia, filosofía y religión), Nueva York, (1942), págs. 81-97. Este artículo describe el modo de encarar el aprendizaje utilizado en este libro.

[6] Se describen detalladamente en *Naven*, de Gregory Bateson, Cambridge University Press, 1936.

5

[1] Field, Eugene, "To an Usurper", *Poems of Childhood*, Scribner, Nueva York, 1904, pág. 80.

[2] Mead, Margaret, "Age Patterning and Personality Development", *American Journal of Orthopsychiatry;* Vol. XVII (1947), págs. 231-40; Bateson, Gregory, y Mead Margaret, *Balinese Character*, lámina 74; Mead Margaret, "The Family in the Future" en *Beyond Victory*, editado por Ruth Nanda Anshen, Harcourt, Brace, Nueva York, 1943, págs. 66-87.

[3] Bateson, Gregory, "Sex and Culture", *Annals of the New York Academy of Science*, Vol. 47 (1947), págs. 603-64.

6

[1] Devereux, George, "Institutionalized Homosexuality of the Mohave Indians", *Human Biology*, Vol. 9 (1937), págs. 498-527.

[2] Greulich, William Walter, y Thomas, Herbert, con la colaboración de Ruth Christian Twaddle, "A Study of Pelvic Type and Its Relationship to Body Build in White Women", *Journal of American Medical Association*, Vol. 112 (1939), págs. 485-93.

[3] Las alternativas de las hipótesis sobre la humanidad entrañan obligaciones profundas e ineludibles. En calidad de científicos consagrados a la búsqueda de las mejores hipótesis tenemos ciertos compromisos bien definidos. Como integrantes de la sociedad humana en el año 1948, tenemos también el claro deber de investigar activamente las hipótesis que parezcan revelar los nuevos campos más importantes. Las hipótesis sobre los tipos de complexión son como armas de dos filos. Puesto que señalan que pueden haber profundas e inalienables diferencias entre los individuos, se prestan a graves generalizaciones sobre grupos raciales. Es sumamente fácil identificar un tipo de ser humano y confundirlo con un grupo localizado, como el europeo nórdico, y porque el tipo A sea alto y delgado como tipo individual, atribuirle sus características a un pueblo que, como grupo, sea más alto y delgado que otro. La etapa siguiente de este razonamiento falaz es el recrudecimiento de un racismo diferente, pero con todos los peligros que el racismo entraña, cuando parece que en esta época de la historia se favorece más el orden destacando las características modificables y no los rasgos inalterables del ser humano. Basta con que el estudioso de los tipos constitucionales cometa dos errores —confundir la institución cultural de la conducta compatible con determinado tipo con el temperamento innato y confundir el físico relativo dentro del grupo con la posición relativa dentro de la raza humana— para encontrarnos en un temible estado de racismo inadmisible. En efecto, es tan grave este peligro que al escoger los caminos de la investigación, es menester encarar las implicaciones de las diferencias constitucionales con especial sentido de la responsabilidad.

7

[1] Rahman, Lincoln, Richardson, Henry B., y Ripley, Herbert S., "Anorexia Nervosa with Psychiatric Observations", *Psychosomatic Medicine*, Vol. 1 (1939), págs. 335-65.

TERCERA PARTE

En esta sección me he valido de las observaciones antropológicas para esclarecer los problemas generales de la familia, las relaciones entre ambos sexos, el problema de la fecundidad y de la esterilidad, la heterosexualidad y la homosexualidad, teniendo presentes las últimas investigaciones realizadas en el campo de la endocri-

nología, de la psicología comparada, la fisiología y el desarrollo humano. Me he atenido a lo discutido con individuos especializados en los diversos campos, conociendo y confiando en su manera de encarar las cuestiones y leyendo los trabajos que me recomendaban por su pertinencia. No trato de presentar aquí una bibliografía sistemática; ni pretendo ni estoy habilitada para examinar estos terrenos. Al preparar este libro, traté de consultar a ciertos científicos para que me facilitaran material que contradijera o esclareciera los problemas sobre los que estaba trabajando. Mucho le debo personalmente a Lawrence K. Frank por su amplia orientación en el campo de la literatura y a Earl T. Engle, William Greulich, Gregory Bateson y Evelyn Hutchinson, y a las obras publicadas por Kingsley Noble, Frank Beach, A. Maslow, R. Carpenter, S. Zuckerman, y T. C. Schneirla.

8

[1] Mead, Margaret, *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, William Morrow, Nueva York, 1935 (Publicado también en *From the South Seas*, William Morrow, Nueva York, 1939), pág. 94.

[2] Miner, Horace, *St. Denis, A French-Canadian Parish*, University of Chicago Press, 1939, pag. 5.

9

[1] Le debo el reconocimiento de esta importante distinción y de sus implicaciones sociales a Zuckerman, Solly, *Functional Affinities of Man, Monkeys and Apes*, Harcourt, Brace, 1933.

[2] Puede consultarse el resumen de estos contrastes presentado por Mead, Margaret, en "Contrasts and Comparisons from Primitive Society", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 160 (1932) págs. 22-28.

[3] Es lo que hacían las mujeres de la sociedad areois antiguamente en Tahití y algunas mujeres de la sociedad india de Natchez, que así ascendían de categoría.

[4] Seligman, B. Z., "Incest and Descent, Their Influence on Social Organization", *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, Vol.* LIX (1929), págs. 231-72; Fortune, Reo, "Incest" en la *Encyclopedia of the Social Sciences*, editada por Edwin R. A. Seligman y Alvin Johnson, Macmillan, Nueva York, 1932. Vol. 7 págs. 620-22.

10

[1] Benedek, Therese y Rubenstein, B., "Correlations between Ovarian Activity and Psychodynamic Processes: I. The Ovulative Phase; II. The Menstrual Phase", *Psychosomatic Medicine*, Vol. 1 (1939), pág. 245 y siguientes, pág. 461 y siguientes.

[2] Fue Earl Engle quien me adelantó esta hipótesis sobre la esterilidad de las adolescentes y repasé los datos que había recogido en Samoa en un primer intento de verificación. Ashley Montague ha estado permanentemente interesado en este problema (véase "Adolescent Sterility", *Quarterly Review of Biology*, Vol. 14 (1939), págs. 13-14, 192-219). Hago estos comentarios teniendo presentes las hipótesis sobre los efectos mutuamente esterilizantes del semen de varios varones, pero no considero que éstas concuerden con los hechos observados en las sociedades primitivas.

[3] Compárese con los antiguos preceptos judíos en el sentido de que el hombre que manifestara pocas aptitudes para el pensamiento sólo se acostara con su mujer una vez por semana ahorrando todo el vigor posible para la reflexión, mientras que el erudito tenía que dormir con la suya todas las noches a fin de conservar despejada la mente para dedicarse al estudio. Puede decirse que estas interpretaciones describen otra clase de potencia, una forma de conducta adquirida que ya no es automática, pero que integra tan bien la estructura del carácter que resulta segura y adecuada *(Babylonian Talmud: Seder Nashin*, Vol. I, "Tractate Kethuboth", versión inglesa, Soncino Press, Londres, 1936, Capítulo V, págs. 369-372).

[4] McGraw, Myrtle B., *Growth: A Study of Johnny and Jimmy*, Appleton-Century, Nueva York, 1935.

[5] Gesell, Arnold, *Wolf Child and Human Child*, Harper, Nueva York, 1941.

[6] Davis, Clara M., "Self-Selection of Food by Children", *American Journal of Nursing*, Vol. 35 (1935), págs. 403-10.

[7] Richter, C. P., Holt, L. E., Jr., y Barelare, B., Jr., "Nutritional Requirements for Normal Groth and Reproduction in Rats Studied by the Self-Selection Method", *American Journal of Physiology*, Vol. 122 (1938) págs. 734-44.

[8] Young, Paul T., "Appetite, Palatability and Feeding Habit: A Critical Review", *Psychology Bulletin*, Vol. 45 (1948), págs. 289-320.

[9] Beach, Frank A., *Hormones and Behaviour*, con un prólogo de Earl T. Engle, Paul B. Hoeber, Nueva York, 1948.

[10] Véase Mead, Margaret, "Table shoing length of time since puberty, periodicity, amount of pain during menses, masturbation, homosexual experience, heterosexual experience and residence or nonresidence in pastor's household", *Coming of Age in Samoa* (Adolescencia y Cultura en Samoa), William Morrow, Nueva York, 1928.
Apéndice V, Tabla I, pág. 285.

[11] Frank, L. K., Hutchinson, G. E., Livinston, W. K., McCulloch, W. S., y Wiener, N., "Teleogical Mechanisms", *Annals of the New York Academy of Sciences*, Vol. 50 (1948), págs, 178-278, y en particular Livingston, W. K., "The Vicious Circle in Causalgia", págs. 247-258.

11

[1] Mead, Margaret, "The Concept of Culture and the Psychosomatic Approach", *Psychiatry*, Vol. 10 (1947), págs. 57-76; Booth, Gotthard C., "Variety in Personality and its Relation to Health", *Review of Religion*, New York (May 1946), págs. 385-412; Wolff, Harold G., "Protective Reaction Patterns and Disease", *Annals of Internal Medicine*, Vol. 27 (1947), págs. 944-69.

[2] En el libro del Dr. Kinsey *Sexual Behaviour in the Human Male* (Kinsey, Alfred C., Pomeroy, Wardell B., y Martin E., Sounders, Filadelfia, 1948) la discusión supone una relación sumamente simple entre el hombre y sus impulsos. El Dr. Kinsey toma como unidad de conducta lo que él denomina "alivio", la resolución inmediata

de la tumescencia, y considera comparables todos los contextos.

[3] Me lo ha sugerido Ernst Kris.

CUARTA PARTE

12

[1] Pueden consultarse los comentarios sobre la indagación sistemática en el análisis de las sociedades heterogéneas y cambiantes incluidos en "Educative Effects of Social Environment as Disclosed by Studies of Primitive Societies", por Margaret Mead, en *Environment and Education* (compendio), University of Chicago Press, 1942, págs. 48-61 (Supplementary Educational Monographs, N° 54; Human Development Series, Vol. I); "The Concept of Culture and the Psychosomatic Approach", *Psychiatry*, Vol. 10 (1947), págs. 57-76; e "Implications of Culture Change for Personality Development", *American Journal of Orthopsychiatry*, Vol. XVII (1947), págs. 633-46; Bateson, Gregory, "Character Formation and Diachronic Theory", *Social Structure: Studies Presented to A. R. Radcliffe-Brown*, editados por Meyer Fortes, que serán publicados por Clarendon Press.

[2] Frenkel-Brunswick, Else, y Nevitt, Sanford R., "Some Personality Factors in Anti-Semitism", *Journal of Psychology*, Vol. 20 (1945), págs. 271-91.

13

[1] "Women in America". Primera parte de la encuesta realizada por *Fortune* (octubre de 1946), pág. 10.

14

[1] Véanse los análisis anteriores del problema de las citas presentados por Mead, Margaret, "What is a Date?", *Transatlantic*, Vol. 10 (1944), págs. 54, 57-60; Gorer, Geoffrey, *The American People*, Norton, Nueva York, 1948, Capítulo IV, págs. 106-32.

[2] Las observaciones inéditas de Ray Birdwhistel me han proporcionado algunos de los detalles más valiosos sobre la conducta de los norteamericanos en relación con las citas durante los primeros años de la década de 1940.

[3] Véanse los comentarios sobre la necesidad de este tipo de adaptabilidad del carácter norteamericano: Erikson, Erik H., "Ego Development and Historical Change", en *The Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. II (1946), editado por Anna Freud y otros, International Universities Press, Nueva York, copyright 1947, págs. 359-96; Mead, Margaret, "Trends in Personal Life", *New Republic*, Vol. 115 (1946), págs. 346-48; Gorer, Geoffrey, *The American People*, Norton, Nueva York, 1948.

[4] Leites, Nathan, y Wolfestein, Martha, "An Analysis of Themes and Plots", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 254 (1947), págs. 41-48.

15

[1] Del prefacio de *The Lady*, Emily James Putnan, Sturgis and Walton, Nueva York, 1910.

[2] Mead, Margaret, "On the Institutionalized Role for Women and Character Formation", Zeitschrift für Sozialforschung, Vol. 5 (1936), págs. 69-75.

[3] Véanse los comentarios sobre el contacto de la cultura y la competencia debida a una escala única de valores de: Mead, Margaret, "Intepretive Statemen", en *Cooperation and Competition among Primitive Peoples*, editado por Margaret Mead, McGraw-Hill, Nueva York, 1937, págs, 458-511; y "Brothers and Sistern and Success", en *And Keep Your Powder Dry*, William Morrow, Nueva York, 1943, Capítulo VII, págs, 99-114; Bateson, Gregory, "Bali: The Value System of a Steady Date", en *Social Structure: Studies Presented to A. R. Radcliffe-Brown*, editados por Meyer Fortes, que serán publicados por Clarendon Press, Londres; y "The Pattern of an Armaments Race, Part I: An Anthropologist's Approach", *Bulletin of the Atomic Scientists*, Vol. 2 (1946), págs. 10-11; "Part 2: An Analysis of Nationalism", Vol. 2 págs. 26-28; Frank, Lawrence K., "The Cost of Competition", en *Society Is the Patient*, Rutgers University Press, 1948, págs., 21-36.

[4] Herzog, Herta, "Why People Like the Professor Quiz Program", en *Radio and the Printed Page*, editado por Paul Lazarsfeld, Duell, Sloan & Pearce, Nueva York, 1941.

[5] Véanse los comentarios sobre este punto de: Mead, Margaret, "The Chip on the Shoulder" en *And Keep Your Powder Dry*, William Morrow, Nueva York, 1943, Capítulo IX, págs. 138-57; Gorer, Geoffrey, *The American People*, Norton, Nueva York, 1948 Capítulo II, págs. 50-69.

[6] He podido interpretar este punto aplicando el mecanismo analítico denominado "encadenamiento de finalidades" (Bateson, Gregory, "Morale and National Character", en *Civilian Morale*, editado por Goodwin Watson, Houghton Mifflin, Boston, 1942, págs. 71-91) al material presentado por Tannenbaum, Frank, en *Crime and the Community*, Ginn, Boston, 1936.

[7] La serie de caricaturas titulada "La hermana mayor" que apareció durante tantos años en los diarios norteamericanos sintetiza un aspecto de esta situación mientras que los festivales de las "hermanitas" de los clubes de varones de ciertos barrios neoyorkinos representan la contraparte compensatoria.

[8] Tomado de *Collected Poetical Works of John Greenleaf Whittier*, editado por Horace E. Scudder, Houghton Mifflin, Cambridge, 1894, pág. 407.

[9] "Women in America", Primera parte de la encuesta realizada por *Fortune* (octubre de 1946), pág. 8.

[10] Tomado de la reseña aparecida en el *New York Times* (18 de marzo de 1946, pág. 1) sobre las palabras que les dirigiera el Cardenal Spellman a los estudiantes que se recibían de médicos, Universidad de Georgetown, 17 de marzo.

[11] Chase, Ilka, *In Bed We Cry*, Doubleday, Nueva York, 1943.

16

[1] Tomado de *Working Papers of the National Conference on Family Life*, Vol. 1 (1948) pág. 1.

[2] Tomado del poema de Eugene Field "The Night Wind", de *Poems of Childhood*.

[3] Citado y comentado por Ethel Goldwater en "Woman's Place", *Commentary* (diciembre de 1947), págs. 578-85.

[4] Benedek, Therese, "Climacterium: A Developmental Phase", trabajo que será publicado en el

Psychosomatic Quarterly.

17

[1] Prouty, Olive Higgins, *White Fawn*, Houghton Mifflin, Boston, 1931.

[2] Wolfenstein, Martha y Leites, Nathan, Véase la nota N° 4, Capítulo XIV.

[3] Erikson, Erik H., Véase la Nota N° 3, Capítulo XIV.

[4] Tomado del poema "An Old Sweetheart of Mine", de *The Complete Works of James Whitcomb Riley* (Las obras completas de James Whitcomb Riley) reunidas y editadas por Edmund Henry Eitel, Bobbs-Merrill, Indianápolis, 1913, Vol. I, págs. 68-72

[5] Ogburn, W. F., "Who Will Be Who in 1980", *New York Times Magazine*, 30 de mayo de 1948, pág. 23.

18

[1] Mead, Margaret, "Cultural Aspects of Women's Vocational Problems in Post World War II", *Journal of Consulting Psychology*, Vol. 10 (1946), págs. 23-28.

[2] El mejor resumen de esta manera de encarar las diferencias sociales es el que presenta Georgene H. Seward en *Sex and the Social Order*, McGraw-Hill, Nueva York y Londres, 1946.

[3] Ogburn, W. F., Véase la nota N° 5, Capítulo XVII.

INDICE

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN

1. La significación de las preguntas que hacemos 11
2. Cómo escribe un antropólogo 25

SEGUNDA PARTE

LOS MEDIOS DEL CUERPO

3. Las primeras nociones 45
4. Los patrones de equidad, de lucro, y de emulación de la matriz 64
5. Los padres, las madres y los impulsos que asoman 83
6. El sexo y el temperamento 100
7. Las regularidades básicas del desarrollo humano 110

TERCERA PARTE

LOS PROBLEMAS DE LA SOCIEDAD

8. El ritmo de trabajo y de recreo 123
9. La paternidad humana es una invención social 136
10. La potencia y la receptividad 149
11. La procreación 164

CUARTA PARTE

LOS DOS SEXOS EN LA AMÉRICA CONTEMPORÁNEA

12. La complejidad de la cultura americana 179

13. Las experiencias infantiles previstas 192
14. La conducta anterior al noviazgo y las exigencias sexuales del adulto 203
15. El sexo y el mérito de las realizaciones 213
16. Cada familia en su hogar 233
17. ¿Puede durar el matrimonio? 245
18. A cada uno lo suyo 262

APÉNDICES

Apéndice I 275
Apéndice II. *La ética de enseñar a interpretar* 295
Apéndice III. *Fuentes y experiencia sobre la cultura norteamericana* 309

NOTAS

Primera parte 319
Segunda parte 321
Tercera parte 323
Cuarta parte 326

COLECCION EXPERIENCIA

RALPH LAPP Y JACK SCHUBERT
RADIACIÓN Y RADIACTIVIDAD

CARL F. VON WEIZSÄCKER
ENERGIA ATOMICA Y ERA ATOMICA

ALBERT DUCROCQ
LA ERA DE LOS ROBOTS

ERICH KAHLER
LA TORRE Y EL ABISMO
(LA TRANSFORMACION DEL HOMBRE)

ALBERT DUCROCQ
DESCUBRIMIENTO DE LA CIBERNETICA

HANS SELYE
LA TENSION EN LA VIDA

ALBERT DUCROCQ
LA RUTA DEL COSMOS

ERICH NEUMAN
PSICOLOGIA PROFUNDA Y NUEVA ETICA

PAUL HÄBERLIN
GUIA DE LA PSICOLOGIA